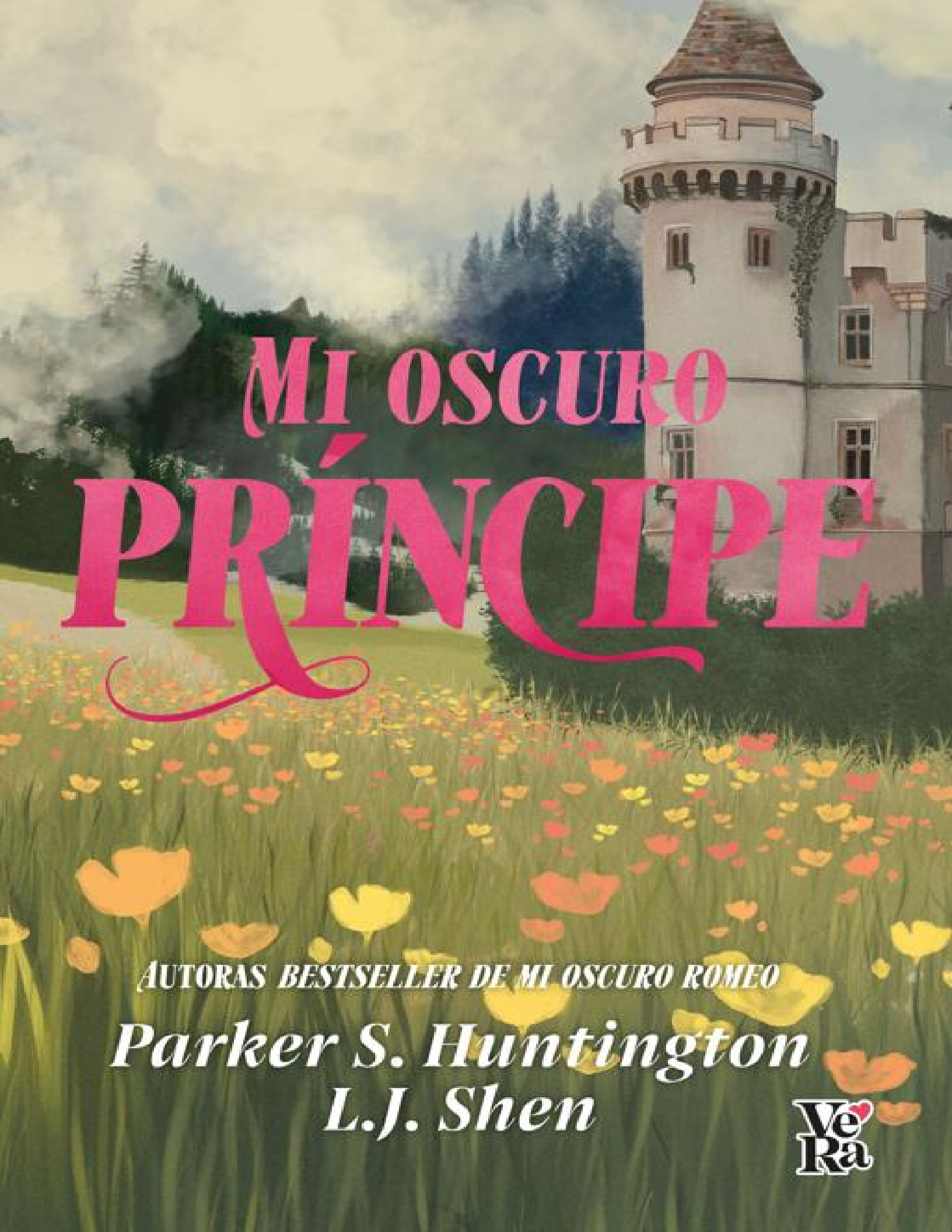
MI OSCURO
PRÍNCIPE
AUTORAS BESTSELLER DE MI OSCURO ROMEO
Parker S. Huntington
L.J. Shen
Ve Ra



ESTA BELLA DURMIENTE SE DESPERTÓ...
EN UNA PESADILLA.

Oliver

No suelo atrapar a mujeres con amnesia para casarme con ellas, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo.
Cuando la mujer de mis sueños cae de rodillas a mis pies, no puedo evitar preguntarme qué más haría en esa posición.
Está aquí. En mi casa. A mi merced. Y cree que fuimos amantes durante toda la década que hemos pasado separados.
Briar y yo siempre hemos tenido cuentas pendientes.
Ahora ha llegado el momento de saldarlas.

Briar

Voy a casarme con un monstruo hermoso.

Un farsante sin escrúpulos. El soltero más rico de Estados Unidos.
Dice que estamos enamorados, pero lo único que me provocan
sus besos es odio y deseo.
No recuerdo por qué ni cómo.
Pero sí recuerdo que es mi enemigo.
Ahora estoy atrapada en una pesadilla.
Y Oliver hará lo que sea para mantenerme en la ignorancia.

Parker S. Huntington es del sur de California. Se licenció en Escritura Creativa en la UCR y tiene un máster en Literatura por Harvard. También odia hablar de sí misma y es alérgica a las redes sociales, pero puedes suscribirte a su newsletter en **www.parkershuntington.com**.

L.J. Shen es autora superventas del *USA Today*. Escribe historias intensas, con antihéroes irredimibles y heroínas atrevidas que los ponen de rodillas (por más de una razón). Vive en Florida con su marido, sus tres hijos y una imaginación inquietantemente activa.

Mi oscuro príncipe

Parker S. Huntington
L.J. Shen

Traductora: Natalia Barry y María Eugenia Blanco

VeRa

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

A las chicas que aprendieron a quererse solas.
Convertisteis los pedazos rotos en armadura y las cicatrices en historias.

Los años pasan. Pero cien de ellos a un corazón fiel y constante le parecen un día.
La Bella Durmiente

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

PRÓLOGO

Briar

En mi historia, yo no soy la heroína.

Pero tampoco la villana.

Soy un personaje secundario y, además, de un relato que no es mío. La hija no deseada a quien no la querían ni sus padres.

Antes vivía en las sombras, atrapada entre las páginas de la historia de otra persona, como una rosa marchita. Hasta que él me liberó de este rol sofocante. Me enseñó la luz hasta que me convertí en la persona que él sabía que podía llegar a ser.

Oliver von Bismarck.

Mi mejor amigo. Mi amor imposible. Y secreto. Mi primer amor…

Y ahora… Mi peor enemigo.

Quizás Ollie ya se haya olvidado de mí, pero yo recuerdo muy bien cada una de las cicatrices que me dejó. Dicen que la mejor venganza es no ser como el enemigo. Me convertí en alguien amable, confiable y responsable. Todo lo que él no era.

Gracias a él, ya no soy una rosa.

Soy una espina.

CAPÍTULO UNO

Briar Rose

Catorce años de edad.

No está. Deja de buscarlo.

Esos eran mis pensamientos, de espaldas a la fiesta, mientras me obligaba a concentrarme en las olas que se revolvían bajo la luna ominosa. El cielo estaba cubierto por un manto de estrellas; mi única compañía mientras permanecía ahí, sentada en la barandilla de la terraza adoquinada del Château de Chillon. Todos a mi alrededor bailaban, flirteaban, reían. En una palabra: vivían la vida. Aun así, me sentía más sola que nunca.

Cada verano, la familia von Bismarck organizaba un gran baile para celebrar su llegada a Suiza. Cientos de familias aristocráticas del más alto pedigrí y de magnates de sangre azul de toda Europa desfilaban por el castillo medieval a orillas del lago Lemán para presumir de su relación con uno de los linajes reales más antiguos del mundo… Y entre ellos estaban los engreídos de mis padres.

Oliver debería haber llegado ya, debería estar recorriendo los pasillos de aquí para allá o planeando alguna broma pesada. Él haría su entrada triunfal solo cuando estuviera listo, ni un minuto antes.

No lo busques más. Trata de controlarte.

Demasiado tarde.

Mi cuerpo traidor actuó por su cuenta, y me hizo girar la cabeza hacia la fiesta para ir en busca de esos rizos dorados y esos ojos pícaros.

Los bailarines se abarrotaban en la pista al aire libre y saboteaban todos mis intentos por encontrarlo. Los vestidos pastel se deslizaban sobre los adoquines como nubes de algodón de azúcar, girando con destreza.

Desde el escenario escalonado, una orquesta barroca nos bendecía con las cuerdas estridentes de la *Suite de Mascaradas* de Aram Khachaturian. Uno de mis valses favoritos.

Me alisé la falda de mi vestido color rosa caramelo, mis padres no me regañarían por mancharlo con el polvo de los ladrillos de la terraza. Para que emitieran cualquier tipo de comentario relacionado con mi falta de respeto hacia el satén que llevaba puesto tendrían que notar primero mi existencia. Algo que ambos se esmeraban al máximo en olvidar.

Me asomé por la barandilla. Si llegara a caer, impactaría contra el tejado antes de rodar directa hasta el suelo de grava. Serían unos diez a doce pisos de altura. No sobreviviría a una caída así. Miré a mis padres, que conversaban con unos amigos a apenas unos pasos de mí.

No les importaba que estuviera sentada en el borde.

No les importaba siquiera.

—¿Y bien..? —Una mujer con un vestido color verde oliva miraba su copa de champán mientras hablaba con mis padres. Su acento refinado le hacía alargar las sílabas—. ¿A dónde se van ahora que ya está en marcha la sucursal de Zúrich?

Papá trabajaba para Luxor Trust, un banco boutique especializado en «masajearle las bolas a los imbéciles de los ricos». Dicho por él, no por mí. Él era uno de los gerentes y la descripción de su trabajo comprendía una cantidad obscena de adulación, la apertura constante de oficinas nuevas para satisfacer la demanda internacional y arrastrar a nuestra familia a cada rincón del planeta habitado por multimillonarios.

Desde que usaba pañales, yo no conocía otra cosa que el interior de una maleta. La idea de un «hogar» era un concepto abstracto para mí. Algo que tenían los demás niños. Yo no. A mis catorce años ya había vivido en Londres, Tokio, París, Montreal, Zúrich, Riad y Budapest.

A pesar de tener pasaporte estadounidense, apenas había pasado unos meses de vida en Estados Unidos. Cuando me preguntaban de dónde era, decía «Nueva York» pero la verdad era que no tenía origen. No había punto de inicio para mi historia.

No si Oliver von Bismarck puede evitarlo. Eso si logras convencerlo de que esté en ella.

—Ay, ni me preguntes sobre nuestra próxima aventura. —Mamá deslizaba sus dedos con perfecta manicura por su pelo corto mientras mantenía su otra mano sobre el traje de Prada de papá—. La empresa de Jason quiere que él abra una sucursal nueva en Buenos Aires. Sabes bien que amo esa ciudad. Soy mitad argentina.

—¿Y qué tal lleva todas estas mudanzas Briar Rose? —preguntó el marido de Vestido Verde, mientras daba vueltas a su copa de vino—. Fabienne y yo pasamos tres años en Alaska. Por trabajo, claro. Los niños se enfurecieron. Debe ser duro para una adolescente.

—Siempre le ha ido bien en la escuela. —A mamá se le tensó la espalda, como le pasaba siempre que surgía su tema de conversación menos favorito: yo—. Ha estudiado en casa desde niña con los mejores profesores que hay en toda Europa y está a punto de terminar un curso semipresencial de matemáticas de la Universidad de Oxford la próxima semana. Desde Le Rosey la contactaron dos veces el año pasado, para que vaya a esa universidad; pero con tantas mudanzas todo el tiempo… —Se le escapó un suspiro forzado entre los dientes—. Es muy difícil comprometerse.

Lo que no dijo fue que la única razón por la que me apunté a ese curso fue porque había oído que Oliver iba a estar en Birmingham durante una semana, a una hora en tren de Oxford.

¿No podrías siquiera tratar de disimular, Briar Rose?

Disimular era algo que hacía tiempo que ya no me salía, desde el momento en que me puse a leer revistas del corazón para saber más de la familia von Bismarck. Es decir, desde que me sumergí a leer sobre cuestiones de lo más estúpidas como quién come aguacate en la realeza o cuáles son los divorcios más escandalosos de Hollywood.

Vestido Verde le dio unas palmadas a mamá en el hombro:

—Bueno, Briar Rose es una niña brillante. De eso no hay duda.

A diferencia de esa desconocida, yo no me engañaba con los comentarios de mi madre sobre mi desempeño académico como si fuera una valoración de cinco estrellas. Y mucho menos cuando veía

a mamá ponerse a la defensiva más rápido que el agua que pasa por la grieta de una presa. Una ráfaga de viento bastaba para que mamá se cayera, de lo rígida que se había quedado.

Vestido Verde chasqueó los labios con compasión simulada e insistió:

—¿Y cómo lleva la parte social?

—Bueno, en lo social… —Los labios de mamá se apretaron tan fuerte que, de haber tenido un diamante entre ellos, lo habría aplastado. Se le fue todo el color del rostro—. Es un poco tímida y callada por naturaleza. Tampoco creo que le importe demasiado.

Sí me importa, mamá. Me importa tanto que a veces siento que me ahogo.

—Y no podemos detener nuestra vida por una niña, por Dios. —Papá le quitó la copa de champán de los dedos a mamá y la dejó sobre la bandeja de un camarero que pasaba—. Ese forma moderna de educar no es para nosotros. Así es como acaban todos siendo unos malcriados.

Sentí que me picaban los ojos. Me obligué a concentrarme en las parejas que bailaban para tragarme el dolor. Por debajo de las capas de tela, los pies se me movían al ritmo del vals y chocaban contra la barandilla de la terraza con cada giro.

Un paso atrás con el derecho. Uno al lado con el izquierdo. Pies juntos. El izquierdo adelante. El derecho al lado. Y se repite.

Me recorrió un cosquilleo por todos los músculos. Todo mi cuerpo me pedía bailar. Miraba las parejas, hipnotizada, cómo giraban, se inclinaban y se balanceaban de un lado al otro. Las risas me recorrían por la espalda como el efecto súbito de la cafeína cuando se toma un expreso de un solo trago.

Buenos Aires.

Era la primera vez que los escuchaba hablar de esos planes. Jason y Philomena Auer jamás permitían que una niña hiciera preguntas fuera de lugar, y mucho menos sobre un futuro que controlaban ellos enteramente.

—Esas preguntas egoístas alteran a tu padre —me reprendía mamá cada vez que abordaba el tema de nuestras mudanzas constantes—*. Debería darte vergüenza ser tan desagradecida y malcriada. ¿O te crees que todos los niños viven con todo este lujo que tú tienes?*

No. No creía eso para nada.

El problema era que yo no lo quería: ni la ropa de diseño, ni los áticos en rascacielos, ni los restaurantes glamurosos. Yo quería amigos fieles, comidas caseras y jugar a las cartas con mis padres en vacaciones.

Todas esas cosas de las que Oliver von Bismarck contaba historias, tan bonitas y ajenas que me costaba creer que existieran. Y, aun así, deseaba con desesperación que pudieran serlo.

Algún día, tendré eso.

Felicidad. Libertad. Amigos tan queridos que sean como una familia para mí.

Mamá soltó un suspiro:

—De todas formas, ya tenemos una solución.

Eso era nuevo para mí. ¿Una solución? ¿A mi soledad? Quizás por fin iban a dejarme tener un perro.

—¿Ah, sí? —Giré de golpe la cabeza justo al instante en que Vestido Verde se inclinaba hacia delante—. ¿Qué solución?

Papá le dio unas vueltas al gemelo del puño de su camisa hasta que el escudo familiar quedó en su lugar. Después dijo:

—Briar Rose continuará sus estudios en Surval Montreux a partir de septiembre.

La sangre se me heló en las venas. Surval Montreux era un internado para chicas. En Suiza. El plan era abandonarme allí entonces. Ni siquiera me lo habían consultado.

—¿Surval Montreux? —Vestido Verde se encogió como si el simple nombre lo repeliera—. ¿Por qué no Le Rosey?

Mamá jugueteó con las perlas Mikimoto que descansaban sobre su clavícula, con la mirada perdida como si la conversación la aburriera.

—Bueno, no podemos dejarla sola en Europa, sin supervisión, en una escuela con chicos, ¿no?

Traducción: ¿para qué arriesgarnos a un escándalo, cuando todo puede evitarse solo con que mi hija siga sintiéndose miserable?

Papá le apoyó la mano en la parte baja de la espalda a mamá, y la miró como si fuera la única persona que le importaba en la vida. Y lo era. Después de todo, yo no existía para él.

—Será lo mejor para todos —decía y le masajeaba la espalda sobre el traje de Oscar de la Renta que tenía puesto—. Nuestra última estación fue Zúrich, y comprobamos que Briar Rose habla un excelente francés. El colegio está muy actualizado, así que no habrá problemas para que le convaliden los estudios anteriores. Tendrá muchas oportunidades de hacer nuevas amigas.

Me mandaban a un internado.

Me dejaban en Europa y se mudaban a Sudamérica sin dudarlo.

Y lo peor de todo era que, aunque mi cuerpo temblaba de ira y de miedo, no encontraba la fuerza para enfrentarme a ellos. Para

interferir en la decisión. Para decirles que bajo ninguna circunstancia iba a dejar de vivir con ellos. Y no porque fueran unos padres maravillosos, sino porque eran mi único atisbo de normalidad, por miserable y patético que fuera.

—¿Mimitos?

La voz tan conocida me arrancó de esos pensamientos tan densos y pegajosos como el alquitrán.

Giré la cabeza hacia la voz.

Quien hablaba se acercaba con paso tranquilo, enfundado en un traje de cuatro piezas a medida. A nuestro alrededor, la gente detenía su paso para seguirle los movimientos, pero sus ojos estaban fijos en mí.

Nuestras miradas se encontraron y se le dibujó esa sonrisa traviesa de siempre en la comisura de los labios.

Me atravesó una alegría desenfrenada. Fue un contacto efímero y fugaz, como el roce de una pluma, pero no me molesté en aferrarlo. Sabía que volvería.

Porque por fin había llegado.

Oliver von Bismarck.

Conde de Carintia.

Hijo mayor de Felix von Bismarck, duque de Carintia.

Y mi mayor perdición.

CAPÍTULO DOS

Briar Rose

Hermes. A él me recordaba Oliver. Al dios griego de la fertilidad, la música y el engaño. El dios de todo lo decadente. Con sus rizos ondulados del color del trigo, esos ojos del azul de la porcelana y esos rasgos patricios. La única imperfección mínima en los rasgos casi divinos de Oliver era el mechón rebelde que tenía en medio de la frente. Yo lo sentía como una victoria personal. Me demostraba que él era uno más entre los mortales, como todos nosotros, que no se diferenciaba tanto del resto. Frunció el ceño y dijo:

—Ey, ¿qué haces? —me agarró las manos con fuerza y tiró para bajarme de la barandilla—. Estás demasiado al borde; es peligroso. Y parece que estés a punto de llorar.

Sí, así era, estaba a punto de llorar. Acababa de enterarme de que mis padres me iban a dejar abandonada en Suiza. ¿No planeaban siquiera decírmelo? ¿O acaso el plan era que me despertara sola un día en medio de una casa vacía?

Sentía las palmas de las manos sudorosas. Si pudiera sentir algo más allá de una conmoción total, también las sentiría heladas por el

pánico. Quería contárselo todo. Y a la vez, no quería decirle nada. A fin de cuentas, Oliver von Bismarck era la única persona en el mundo que me consideraba como algo más que un personaje secundario. No iba a molestarlo con mis problemas. Se suponía que los veranos que pasábamos juntos tenían que ser pura diversión. *Y libres.*

Forcé una risa, me puse de pie y me sacudí la grava pegada al vestido a la altura del trasero. Y dije:

—¿En serio?

—Sí. Se te ha corrido el rímel. No me digas que está de moda. El verano pasado eran las extensiones de vello nasal. No sé cómo expresarte el trauma que me quedó de bajarme de ese vuelo interminable, con el trasero aplanado, y encontrarme con una pista llena de mujeres peludas. Pensé que me había equivocado de planeta.

Por poco me echo a reír, al mismo tiempo en que me giraba para limpiarme el rímel aplicado cuidadosamente por la maquilladora profesional de mamá. Entonces, de pronto, sentí el impacto de la atención de la multitud. Nunca me acostumbraba a esa parte. Y no tenía por qué. Solo me pasaba cuando Ollie estaba conmigo. Él tenía su propia órbita de atención y, cuando se me acercaba, nada ni nadie podía quitársela de encima.

—Me arden los ojos. Debe ser por haber estado demasiado cerca del espectáculo pirotécnico —dije, y me abrí paso entre los curiosos y empecé a caminar sin rumbo—. ¿Qué quieres hacer?

Siempre salíamos juntos a investigar: nos colábamos en las cocinas y robábamos pasteles cuando nadie nos veía. Teníamos un acuerdo tácito: pasaríamos todo el verano juntos. Nuestros padres

tenían sus casas en el lago, a tres propiedades de distancia la una de la otra. Todos los años, al inicio del verano, me quedaba esperando con la respiración contenida a ver si Oliver había cambiado de idea, de si se iría a un campamento alejado o si decidía quedarse con sus amigos de Maryland. Siempre volvía a mí.

Me siguió hasta alcanzarme y empezó a caminar a mi lado, una torre imponente con una altura imposible.

—Primero, bailar. —Me tomó de la mano y me llevó a la pista.

Choqué contra su pecho y solté un pequeño sonido de asombro, todavía no estaba lista para levantar la mirada y mirarlo a los ojos. Era atractivo hasta lo inaudito, pero también era mi mejor amigo. Bueno, mi *único* amigo.

A sus quince años, estaba segura de que Ollie ya había besado a muchas chicas, y esa sospecha me enfurecía. Yo quería que él fuera mi primer beso, pero me aterraba la posibilidad de perder lo que teníamos.

—¿Bailar? —le dije con un resoplido, mientras trataba de soltarme del agarre de sus dedos—. Si tú odias bailar, Ollie.

—Es que no quiero dejar pasar la oportunidad de avergonzarte.

—El único que se va a avergonzar eres tú.

Mentira. Ollie era capaz de bailar en competiciones profesionales si quería. En el instante en que aprendió a caminar sin caerse, su abuela prusiana, seis veces ganadora del festival internacional de baile de Blackpool, le enseñó los pasos básicos.

—Soy demasiado sexi para avergonzarme. —Me llevó al centro de la pista y se detuvo—. Tiene que haber algo en que no destaque.

Con la cabeza inclinada, alzó la vista hacia mí. Tenía un brillo travieso en los ojos y una sonrisa peligrosa en los labios carnosos. El

corazón me explotó en un millón de mariposas. Ahora que mis padres se iban, ¿sería este nuestro último verano juntos? Solo de pensarlo se me revolvió el estómago. Me aguanté las náuseas y coloqué mi mano en la suya, que estaba extendida hacia mí. En cuanto sus dedos se cerraron sobre los míos, la música se fue apagando.

Aparté el brazo de un tirón, con la esperanza de que las mejillas no delataran los nervios que sentía. Le dije:

—¡Salvada por la campana!

Él se enderezó, me tomó la mano como si fuera lo más natural del mundo y me respondió:

—Solo espera un segundo.

En ese instante, la orquesta empezó a tocar *La Bella Durmiente* de Tchaikovsky. Su risa se deslizó por mis oídos como si fueran campanas corintias. Cometí el error de mirarlo, justo a tiempo para verlo animarse de nuevo. Era demasiado encantador. Qué injusto. Tendría que haber sido feo como un demonio. De ser así, lo tendría solo para mí y lo amaría igual, lo amaría tanto como ahora, ni una pizca menos. Ese era el secreto mejor guardado de Oliver. Su exterior deslumbrante no podía competir con lo perfecto que era por dentro.

Me rodeó con uno de los brazos y me acercó hacia él.

—¡Ah! ¡Pero si justo es tu canción!

—¿Mi canción? —repetí y parpadeé, en un intento por anclarme al presente, olvidarme de la bomba que acababan de lanzarme antes de que él llegara.

—¡Sí! ¿No sabes que eres la Bella Durmiente, boba?

—No estoy dormida para nada, al contrario, estoy bien despierta... Pero una siesta no me vendría mal —dije con tono de broma al ver, incómoda, que las parejas mayores se abrían paso para dejarnos pasar y se detenían a mirar nuestros movimientos suaves.

Visto desde fuera, debía parecer que Ollie y yo habíamos practicado durante años. Nos movíamos juntos como aguas del río que se encuentran con el mar; dábamos giros y vueltas en remolino, con los cuerpos entrelazados. Por un momento me sumergí en la dulce fantasía de fingir que éramos el uno para el otro. Que no tenía unos padres que me traicionaban. Y que conocía, desde siempre, el amor de un hogar. El hogar que se siente en el corazón y no en una dirección escrita en un papel.

—Te llamas Briar Rose, igual que la princesa. —Ollie me inclinó hacia abajo con los brazos de ambos extendidos—. Y hasta te pareces a ella.

—Es un personaje de ficción, Oliver. —Elevé una pierna, con la punta del pie estirada.

La gente a nuestro alrededor empezó a aplaudir. Cinco minutos atrás, ni siquiera me habían visto a un milímetro de la muerte.

—¿Y qué tiene que ver? Eres la copia del personaje de Disney. —Me recorrió de arriba abajo con ojos hambrientos—. El cabello rubio largo, las cejas arqueadas, los labios rosados.

En ese punto hizo una pausa y frunció el ceño mientras me miraba con intención. Agregó:

—Eso sí: no tienes uñas.

Esta vez se ganó una risa genuina. Le di un golpe suave en el pecho. No podía creer que me hubiera hecho reír con las noticias

que yo había recibido ese día. Como siempre, Oliver lograba lo imposible.

—Sí que tengo uñas. —Agité las manos en alto para dar fe de ello.

—Apenas se ven. Las devoras como poseída por el demonio.

—Sabes bien que tengo una vida estresante.

—Te entiendo. Es duro ser guapos e inteligentes cuando todos los que te rodean no superan el promedio. Yo tengo el mismo problema. Deberíamos abrir un club.

Una nueva oleada de risa me recorrió el pecho.

—Termina de una vez. Ya te pones pesado.

—Me he ganado una sonrisa. —Le brillaron los ojos, divertidos—. Sabía que lo lograría. Soy irresistible cuando me lo propongo.

No sabes cuánto.

Le devolví la mano y me recompuse un poco:

—¿Qué tal te ha ido el año?

—Uhm, a ver… —Me inclinó el torso y los pechos me quedaron a la altura de sus ojos. Bueno, «pechos» era una palabra demasiado grande para lo que yo tenía en el torso—. La escuela ha estado bien. Mi padre está construyendo tres hoteles más en Japón, lo cual significa que no ha pasado mucho por casa.

—¿Y qué tal?

—No hay mucho que decir.

Sabía que bromeaba, del mismo modo en que sabía que amaba a su familia con pasión. En nuestros círculos, la gente trataba a la familia como figuritas de colección: solo las muestras cuando es necesario. Pero, contra todo pronóstico, los von Bismarck se querían de verdad.

Hice un puchero y le acaricié la muñeca con el pulgar.

—Siento que hayas pasado el año lejos de tu padre.

Se encogió de hombros con esa actitud despreocupada tan característica de él:

—Cuestiones de negocios; nada que hacer. Además, me compró un regalo que decía «perdón por abandonarte durante estos años tan importantes de la escuela». Un regalo épico.

—A ver si adivino: ¿una puerta secreta?

—Para empezar: eso estaba en el primer lugar de mi lista para Navidad hace miles de años. Y segundo: Las *Crónicas de Narnia* son un clásico. —Me giró con tanta fuerza que le clavé los dedos en los hombros para aferrarme—. Papá me compró una casa. En Dark Prince Road.

Todos los años, Oliver se lamentaba de que sus dos mejores amigos vivieran en la misma calle y él, al otro lado de Maryland, en una mansión tan inusual como enorme, de casi dos mil metros cuadrados. La Ira de Dios podía caer sobre nosotros si esos dos se ponían a hacer de las suyas sin avisar al tercero. De todos modos, había que tener en cuenta que Zachary Sun tenía un palo atravesado en el trasero de forma permanente y Romeo Costa no tenía la más remota idea sobre cómo divertirse, y no era capaz de lograrlo ni que lo llevaran de la mano, o con una brújula, o con GPS, o lo que fuera; ni siquiera en conexión directa con la mismísima reina de la diversión, quien quiera que fuese. (Dicho por Ollie, no por mí. Yo no los conocía y, la verdad era que la posibilidad de conocerlos me asustaba bastante. Fuera bromas, una vez Ollie mencionó de pasada que la familia de Romeo había dejado atrás tantos muertos que alcanzarían para llenar un círculo del Infierno).

—¿Una casa? —repetí, mientras trataba de ahuyentar la punzada de celos que se me formaba en el pecho. La idea de vivir rodeada de personas que me querían era suficiente para hacerme derramar lágrimas de envidia.

—La más grande de la calle. Mamá dice que podré vivir ahí en cuanto cumpla dieciocho, con la condición de que la visite todos los martes y de que le deje a Seb quedarse a dormir de vez en cuando.

A los trece años de edad, lo único que le importaba al hermanito de Ollie eran su familia y el remo. Sebastian y yo nos llevábamos bien, pero para mi gusto era un poco frío y, en general, demasiado exasperante.

—Harás que tus vecinos maldigan el día en que se mudaron allí.

—La señora Costa ya llamó a mamá para rogarle que lo reconsidere. Pero es demasiado tarde. Ya hice construir un establo.

—¿Para qué?

Conociendo a Oliver, podía ser para cualquier cosa, desde un laboratorio de bombas fétidas hasta una fábrica de cerveza a pequeña escala. Tendía a complacerse en los caprichos que se le antojaban, solo porque podía hacerlo. Si Oliver fuera a quien mandaran a un internado en otro país, probablemente contrataría a alguien para que fuera en su lugar o convertiría el campus de la escuela en el epicentro de una revolución.

Ollie inclinó el brazo y me acomodó sutilmente en la posición correcta.

—Mis padres me han comprado un caballo nuevo. Parece que defeca el equivalente en su peso completo por día. Además, la casa está frente al agua y Seb se muere por entrenar allí.

—¿Sigue siendo tan bueno para el remo?

—Creo que va camino de competir en las Olimpíadas.

—¿Y el polo?

—El polo va bien. Ganamos el campeonato nacional. —Ollie restó importancia a sus palabras con ese gesto típico que hacía de encogerse de hombros y continuó—: ¿Y tú, Mimitos? —Me guiñó un ojo—. ¿Has dejado algún corazón roto este año?

No lograba darme cuenta de si me hablaba en serio o era en broma, para molestarme. Era imposible que él no supiera que yo no tenía amigas de quien hablarle, y mucho menos, admiradores.

—Estoy estudiando latín y mandarín. Mis padres dicen que reforzará mis solicitudes universitarias. —Me devané el cerebro en busca de algo que contar que no fuera tan de empollona y deprimente, y que pudiera impresionarlo—. Ah, también me hice este vestido yo misma. Hay algunas costuras por detrás que están mal, pero en líneas generales me ha quedado bastante bien, ¿no?

—Está perfecto.

Moví una pierna hacia atrás y después hacia delante:

—Gracias.

Él nos hizo inclinarnos hacia otro giro.

—Y, dicho sea de paso, tú también.

Eché la cabeza atrás y me eché a reír:

—No te hagas el gracioso.

—Nunca me hago el gracioso con algo así. —Se le endurecieron los rasgos y sus labios formaron una línea—. Lo digo muy pero muy en serio, Mimitos.

Nos fuimos deteniendo justo antes de que terminara la canción. Los aplausos entusiastas me resonaron en los oídos. Miré alrededor, aturdida. Se había formado un círculo en torno a nosotros, que nos

dejaba un espacio privado para bailar. Recorrí los rostros de sonrisas brillantes en busca de mis padres, y no los encontré. Mientras tanto, Felix y Agnes von Bismarck admiraban a su hijo con una mirada tierna. El corazón se me estrelló contra su jaula. ¿Dónde estaban mis padres? ¿Por qué nunca se sentían orgullosos de mí?

—Ven. —Oliver me arrebató la mano—. Quiero enseñarte algo.

Nos abrimos paso a través de la multitud para escabullirnos por una entrada privada y bajamos por una escalera angosta de adoquines. Como en toda mansión medieval, ni el buen clima lograba disipar el aire húmedo y el frío helado.

—Ve más despacio. —Me levanté la falda para no tropezarme—. Llevo tacones.

No eran muy altos, pero de todas formas me costaba caminar. No podía seguirle el paso a Oliver mientras íbamos de la mano, con los dedos entrelazados; así que casi iba arrastrándome.

—Eres más lenta que un perezoso muerto. —Se dio la vuelta y me levantó al estilo luna de miel como si yo fuese una pluma y empezó a bajar las escaleras a zancadas, de dos en dos.

Me abracé a su cuello y le dije:

—Antes que nada: eres un descarado.

Le rugió el pecho de risa, pero no me respondió.

Bajé la voz a un susurro:

—Y, en segundo lugar, ¿dónde vamos?

—Seb encontró donde guardan el alcohol, y hay cantidades gloriosas.

Dio la vuelta hacia otro tramo de la escalera. No era la primera vez que robábamos alcohol en una fiesta de verano. Habíamos empezado al segundo en que cumplí los once años y me bebí por

accidente el vino de mamá en lugar del zumo de manzana. Nunca habíamos llegado a emborracharnos de verdad, solo nos fascinaba el hecho de hacer algo prohibido.

Seis tramos más abajo, salimos corriendo por una puerta. Ollie me bajó y volvió a tomarme de la mano. Corrimos hacia un viñedo, entre risas, respiraciones agitadas y tropezones. Las antorchas amarillas nos guiaban en la oscuridad. La música fuerte sacudía el suelo por debajo de nuestros pies, el barro se me pegaba a la falda del vestido que me había pasado semanas confeccionando y, en algún punto, a Ollie se le perdió la corbata. Lo seguí, con la mano todavía aferrada a la de él.

—Espera a ver esto. —Sus palabras revoloteaban con el viento. La música y las luces iban haciéndose más tenues a medida que nos alejábamos corriendo—. También encontró una caja de libros más viejos que el demonio.

—¿Libros?

—Sí.

—Pero si él no lee nunca nada.

—Queremos encontrar escenas sexuales.

Corrimos unos minutos hasta llegar a un establo abandonado en un extremo de la propiedad. A toda esa distancia de la fiesta —y de mis padres— pude volver a respirar. Al menos una vez hubiera recuperado el aliento.

Ollie no parecía agitado para nada; sacó el móvil y lo usó de linterna para iluminar el camino.

—Ah, mierda. Casi me olvido. —Se metió el móvil en la boca, sujetándolo entre los dientes, y sacó una rosa color coral toda arrugada del bolsillo interior de su esmoquin. Con una sonrisa

pícara, colocó el tallo recortado en mi cabello, al mismo tiempo que dejaba caer el teléfono de nuevo en su mano.

—Una rosa para Briar Rose. —Me guiñó el ojo—. ¿O creíste que me olvidaría?

Negué con la cabeza. Sabía que no se olvidaría. Nunca se olvidaba. Oliver comenzaba cada verano sin falta regalándome una rosa para recordarme quién era yo. Un pacto que hicimos desde que, a los siete años, intenté escaparme para conocer a mis abuelos. Mis padres no lo permitieron nunca. Los llamaban «mala influencia», «cazafortunas» y «basura blanca».

Ollie abrió despacio la puerta corrediza del establo con el hombro. Dentro, nos recibió el polvo abundante del suelo de cemento y una hilera de casetas para los caballos con la puerta abierta. Apenas entramos, el olor a madera añeja y a orina reseca me impregnó las fosas nasales.

—¿Seb? —La voz de Ollie retumbó por las paredes.

—Aquí estoy. —La otra voz, con un tono juguetón, venía de la última caseta.

Encontramos a Seb recostado contra una pared de madera, contemplando una botella de vino abierta. Había una chaqueta sobre un fardo de heno lleno de moho, olvidada y abandonada, sin importar el precio de la prenda. Seb llevaba puesta una elegante camisa de vestir desbotonada al completo, de modo que le quedaba el pecho descubierto, resplandeciente y dorado, esbelto y bronceado, gracias a los años de remo riguroso. Si Oliver pasaba por un dios griego, Sebastian parecía salido de una pintura renacentista.

La madre de Ollie explicó que el nombre fue una inspiración durante un viaje a la Toscana. Tuvieron un aterrizaje de emergencia

en Gran Bretaña y decidieron hacer escala en Londres. Por cosas del destino, terminó frente a la pintura *El martirio de San Sebastian* y al contemplar los ojos del santo, atormentados y fijos en un punto, decidió que así llamaría a su hijo.

Sin contar los músculos y la contextura robusta, Sebastian era de una belleza casi femenina. Tenía pestañas largas, rizos juguetones de un rubio extremo y ojos grandes de un color claro y despejado como el cielo de verano. Y trataba a todas las personas como si fueran accesorios que no le traían más que cansancio. Era así con Seb: desde siempre se le notaba algo trágico. Igual que al santo. Su forma de ser obstinada y arrogante hacía que yo me preocupara por él más de la cuenta.

—Hola, BR. —Me apuntó con la linterna en la cara—. Veo que te deshiciste de esos bráquets tan espantosos que llevabas.

Entrecerré los ojos por la luz directa y vi que Seb tenía una caja llena de libros al lado.

—Si quieres conservar los dientes, será mejor que vigiles cómo le hablas —le advirtió Ollie.

—Venid, venid —dijo Seb, ignorando el comentario y dando unos golpecitos sobre la tierra con sus zapatos Oxford Berluti. Sujetaba la botella por el cuello, le dio unas vueltas y entrecerró los ojos para leer la etiqueta—: ¿Puedo quizás invitaros a un trago de… Domaine Leflaive Montrachet Grand Cru…? —Dejó escapar un hipo—. O de lo poco que queda, al menos.

Me solté de la mano de Oliver y respondí:

—Claro que sí.

—¿Has empezado a beber sin esperarnos? —Ollie atravesó el establo a grandes zancadas, le arrebató la linterna de golpe y se la

apuntó directo al rostro—. ¿Cuál es tu problema?

Seb contestó con los ojos entornados por la luz:

—Una mezcla saludable de ansiedad incapacitante, inseguridad y delirios de grandeza. —La botella se tragó su bostezo—. ¿Y el tuyo cuál es?

Siempre se las ingeniaba para sonar como un divorciado de treinta años al borde de una crisis temprana de los cuarenta.

Oliver negó con la cabeza.

—Por Dios, estás muy borracho.

Seb se encogió de hombros y volvió a tragar de la botella. Se dejó caer sobre un colchón de hojas crujientes y se echó a reír:

—Prefiero el término «cómodamente entumecido».

—Ya hablaremos sobre eso de «cómodo» cuando te pases la noche con la cara metida en el inodoro, vomitando por todos lados hasta las orejas. —Ollie lo enderezó—. Hueles a vino que apestas. Mamá y papá van a querer morirse cuando te vean.

Esas palabras eran un golpe en el pecho para mí, los celos se me clavaban con una ferocidad atroz. Primero porque Ollie y Seb tenían padres que se preocupaban en serio por ellos, tanto como para montarles un escándalo por andar bebiendo a escondidas sin ser mayores de edad. Habría castigos, conversaciones, consecuencias. Tal vez hasta alguna lágrima. Y segundo porque sabía que jamás llegarían a ese punto. Ollie nunca permitiría que sus padres se enteraran. Sería capaz de ocultar a Seb y de cuidarlo hasta que se recuperara de la borrachera. Se cargaría hasta la culpa, de ser necesario. Oliver y Sebastian eran leales el uno al otro hasta el extremo.

—¿Me has escuchado? —Ollie le dio una patada suave. El otro le respondió con un ronquido tan ruidoso que no dejaba lugar a dudas: se había dormido. Ollie soltó un suspiro y le desenredó los dedos de la botella de vino.

Se volvió hacia mí y encogió los hombros:

—¿Nos sumamos?

CAPÍTULO TRES

Oliver

Pasado el tiempo que me tomó montar una cama improvisada (y acostar ahí a un hermano idiota), me desplacé al cubículo donde estaba Briar Rose. En algún momento de los dos minutos que pasamos separados, ella se había desplomado contra la pared de madera, con una mano caída sobre la caja de libros que Seb había robado por capricho.

Algo en ella parecía salido de un cuento de hadas, pero de los primeros capítulos, donde el mundo se le viene encima a la princesa como una montaña de ladrillos y está a punto de descubrir que puede llegar a ser una chica fuerte.

Briar Rose se había vuelto bastante atractiva en los últimos años. Me era imposible no quedarme mirándola, aunque no podía precisar qué era exactamente lo que la hacía tan diferente.

Tenía una nariz respingona, unas cejas delicadas, unos labios con forma de corazón y unas pestañas más largas que una novela de Dostoievski. Yo ya conocía a muchas chicas guapas, pero con

ninguna de ellas se me aflojaban las rodillas ni sentía que me subía el calor por el cuello al verlas.

Como me estaba pasando en ese momento.

Me desabroché unos botones de mi camisa de vestir y fingí escucharla leer uno de los libros requisados por Seb. Pero en realidad, no podía concentrarme en otra cosa que no fueran sus labios. En especial, en el inferior, que era mucho más carnoso que el superior, y que parecía rogarme entrar en mi boca para que lo succionara hasta el cansancio.

Mimitos cruzó las piernas y dejó un pie en el aire, balanceando la zapatilla. La oí decir:

—Tierra llamando a Ollie. ¿Me estás escuchando siquiera? —Dio unos golpecitos sobre las páginas amarillas del libro de tapa dura que estaba leyendo y una nube de polvo se esparció en el aire—. Te estás perdiendo todas las partes salvajes del libro.

—Mierda. Me he distraído un segundo. —Parpadeé y me aclaré la garganta—. ¿Qué estamos leyendo?

—*La Bella Durmiente y sus hijos*. —Le dio otro golpecito al libro con el dedo, agarró la botella de vino medio vacía de la caja y le dio un breve sorbo—. Es una variación de *La Bella Durmiente*, supongo. Pero no me gusta.

—¿Por qué no? —Me froté la nuca llena de sudor—. A mí me encanta.

Es decir, me lo leía ella y yo la miraba completamente embobado, así que supongo que me gustaba.

Entrecerró los ojos color violeta.

—¿Te gusta?

—Sí. —Me encogí de hombros—. ¿Qué tiene de malo?

—Tal vez que el príncipe viola a la princesa dormida y la deja embarazada.

—Ah.

—¿O que la madre del rey intente matar a los niños y dárselos de comer?

Vaya.

Agarré la botella y dije mientras me la acercaba a la boca:

—¿Me gustan las familias complicadas?

—La Bella Durmiente da a luz estando en coma. —Se le quedó la boca entreabierta—. Esto no es un cuento de hadas. Es un cuento de Satanás.

Me tomé un trago de la botella y la dejé entre los dos, dentro de la caja, apretada entre los libros. Dije:

—Me debo haber dormido en esa parte.

—¡Madre mía, las cosas que se hacían antes con tal de entretenerse! —dijo Briar Rose y sacudió la cabeza.

—Recuerda... no había Netflix ni existía el *pickleball*.

Briar Rose cerró la tapa y devolvió el libro a la caja; allí, se tomó un momento más para pasarle la mano por el lomo por última vez a pesar de detestar el contenido. De todas las cosas raras que hacía, esa me pareció la más adorable.

Desde el momento en que empecé a regalarle rosas, comenzó a devorar todos los cuentos de hadas que encontraba. Me di cuenta de que a veces se aferraba a mis palabras y acciones como si fueran la verdad secreta del universo.

De niño, tener su atención me hacía sentir como si midiera tres metros de altura. A día de hoy, despertaba en mí algo confuso —que hasta llegaba a aturdirme— por dentro.

—¿Recibiste mi paquete el mes pasado? Casi doy un brazo por ese ejemplar de *Relatos Maravillosos*. Cada vez que el subastador aumentaba la apuesta, me imaginaba que papá me golpeaba en la cabeza con su billetera.

Cada vez que viajaba, me aseguraba de llevarle un *souvenir* y enviárselo a donde fuera que su padre la hubiese enviado. Últimamente, me había dado por enviarle diferentes versiones de *La Bella Durmiente*. Además del nombre, la delicadeza de Briar Rose me recordaba a la princesa. Algo en sus ojos soñadores y en su forma de hablar tan suave me daban ganas de acurrucarme dentro de ella como si fuera una cálida manta.

—Me encantó. —Cerró la caja y se mordió el labio inferior—. ¿Lo conseguiste en tu viaje a Xi'an con Zach, verdad?

—La madre de ese chico hace lo que sea con tal de sacarlo de casa... Aun si es mandarlo al otro lado del mundo conmigo.

Nos quedamos en silencio; cada cual perdido en sus propios pensamientos. Nunca habíamos tenido problema en llenar los silencios. Pero este verano era distinto y no podía darme cuenta de por qué. Desde el instante en que la había visto asomada por el borde de esa barandilla con ese vestido rosa esponjoso, se me hacía imposible no decir algo estúpido.

Por fin me dedicó toda su atención y me miró de arriba a abajo con el ceño fruncido en un gesto de preocupación.

—Supongo que me toca a mí preguntar si está todo bien. —Me dio un apretón en la rodilla con la mano—. Dime qué te pasa.

Mimitos se había ganado ese apodo hacía unos diez años, cuando decidió que no podía pasarse más de diez segundos sin abrazarme o tocarme. A los cinco años, me resultaba exasperante. Podíamos

estar en medio de una lucha cuerpo a cuerpo, pateando la tierra o lo que fuera, y ella era capaz de interrumpir todo de pronto y darme un abrazo que me llegaba hasta el alma.

Y yo la abrazaba a ella, claro. No era un niño malvado. Nunca entendí por qué hacía eso hasta el verano anterior a empezar la secundaria. Briar Rose me abrazaba siempre que podía porque no recibía esos abrazos en su casa. Para ella, yo era lo más parecido que tenía a una familia, y me destrozaba hasta el tuétano que sus padres fueran de lo peor que hay.

Y ahora, aquí estábamos, con su mano sobre mi rodilla, a segundos de arrancarme la verdad.

Lo que me está pasando es que quiero besarte, y no puedo dejar de pensar en eso, es lo que hubiera querido decirle. *Lo que me está pasando es que odio que vivas tan lejos y quizá deberías venir a vivir con nosotros. Total, no creo que a tus padres les importe demasiado*.

Yo seguía sin entender cómo podía ser que los padres no la quisieran. Lo único que sabía era que así era.

Y ella era de lo más adorable y dulce que había en el planeta, incluidos los *croissants* de Nutella. El problema eran ellos. Ella no. Ella nunca.

Mimitos se dejó caer al suelo, me abrazó una pierna y me apoyó el mentón sobre la rodilla, mirándome profundamente a los ojos.

—¿Y bien?

Mi cuerpo entero se batía contra una multitud de sentimientos; eran tantos que pensé que iba a vomitar. Alegría, pánico, deseo y... *mierda*, otras cosas que no podía ni describir.

Abrí la boca, sin saber muy bien qué saldría de ella, cuando un sonido claro del crujido distintivo de hojas pisadas nos interrumpió. Se nos abrieron los ojos de par en par y ambos nos volvimos hacia la entrada al mismo tiempo.

Gracias a Dios el establo tenía paredes bien altas.

Entre los Auer y los von Bismarck, no sabía quién nos mataría y quién enterraría los cuerpos si nos descubrían aquí con suficiente alcohol como para hundir el Titanic.

Lo que sí podía asegurar es que sería un trabajo conjunto; y que terminaría con el señor Auer tratando de darle una tarjeta de visita a mi padre como la que nos dejaba en el buzón todos los veranos. (La verdad que a los Auer no les importaba que bebiéramos siendo menores de edad. Lo que les importaba era el escándalo. A papá y mamá, sí les importábamos nosotros.)

Desde la caseta contigua, Sebastian soltó un ronquido tan fuerte que nos dio risa. El imbécil había nacido para sacarme de quicio.

Oímos unos pies que se arrastraban por la tierra fuera del establo. Briar Rose me apretaba la pantorrilla con la mano mientras escuchábamos la voz susurrada de un hombre y una mujer que profanaban nuestro santuario.

Mierda. Fui yo el que había dejado las puertas correderas abiertas; no se me había ocurrido que pudieran entrar visitas indeseables.

Unos segundos después, vimos las sombras de dos cuerpos que danzaban sobre la pared de enfrente. La silueta más grande se balanceó sobre el marco de la puerta del establo para encender un cigarrillo. Unos tentáculos de humo se arremolinaron al salir de sus labios.

—Ya sabes que odio que fumes. —Su acompañante pisoteó el suelo—. Hueles a cenicero.

Briar Rose y yo nos pusimos más tiesos que un cable de alta tensión y nos quedamos mirándonos, horrorizados. Reconocimos la voz. Era Philomena Auer. La madre de Briar Rose. ¿Y el hombre? No podía ser su padre. El señor Auer solo fumaba habanos porque todo lo demás le parecía una basura.

El tipo volvió a llevarse el cigarrillo a los labios, pero esta vez apuntó el humo directo a la cara de Philomena y dijo:

—Prefiero oler a cenicero y no a la mierda de un desgraciado que vive con la boca llena de gilipolleces. —El acento fuerte de Texas no se parecía nada a la marcada cadencia neoyorquina de Jason Auer.

Todavía recostada sobre mi rodilla, Briar Rose me miró con ojos enormes y desvalidos. Presioné un dedo contra mi boca, en un gesto claro de que se quedara en silencio total.

Philomena apartó el humo con la mano.

—Jason no es desgraciado ni dice gilipolleces.

—Es un ladrón y un estafador, y pone a toda la familia en peligro.

¿Peligro? ¿Qué peligro? De pronto me imaginé agarrando a ese Jason Auer y desollándolo vivo; y que, si Briar Rose me lo pedía, podía hacerle una manta con el cuerpo. Nunca me había caído bien ese tipo.

—Él sabe lo que hace. Además... ¿qué quieres que haga? Es mi marido.

—Es un imbécil.

—Un imbécil millonario. ¿O te has olvidado de que tengo un acuerdo prenupcial firmado? Tú no tienes nada que ofrecerme, Cooper, aparte de tu pene ligeramente por encima de la media. —

Dejó escapar un bufido gutural, tan distinto de la elegancia forzada que acostumbraba a fingir—. Eres más pobre que una rata de alcantarilla.

—Lo creas o no, Phil, hay otras cosas en la vida además del dinero.

Cada frase que intercambiaban hacía que Briar Rose se estremeciera como si las palabras en sí mismas la golpearan en la cara con la fuerza de un puñetazo. La entendía perfectamente. Su madre acababa de confesar que tenía un amante.

—No te atrevas a juzgarme, Cooper. Hago lo mejor que puedo para mi hija.

—Lamentablemente no, teniendo en cuenta que la niña es mía.

De pronto, Briar Rose soltó un sollozo.

Puta mierda.

Me abalancé y le tapé la boca con la mano, logré enterrar el grito que sabía que estaba a punto de escapar de su boca. El tipo lo dijo con tanta naturalidad, como si no acabara de trastocarle el mundo entero a mi mejor amiga.

Y ella...

Estaba congelada, con los ojos fijos en los míos pero sin verme, con las uñas aún clavadas en la carne de la palma de mi mano; unos pequeños ríos de sangre empezaron a deslizarse por mi muñeca. Pude ver que la confesión que acabábamos de oír se le iba hundiendo —poco a poco— en la piel, le llegaba al nudo de la garganta y le taladraba el corazón.

Se le derramó una lágrima desde la mejilla hasta mi nudillo.

Jason Auer no era el padre de Briar Rose.

Su padre era ese desconocido que teníamos delante.

CAPÍTULO CUATRO

Ahora todo tenía sentido. Los Auer parecían salidos de una orgía de lémures: todos de baja estatura, una explosión de pelo oscuro y espeso en la cabeza, la nariz puntiaguda y la mirada de ojos saltones. Siempre me sorprendía cómo alguien con una belleza tan impactante como Briar Rose podía haber nacido de los que bien podían ser una pareja de gemelos resultado de la endogamia familiar.

Sin embargo, Briar Rose desprendía un aura de reina con su estatura imponente, su majestuoso cabello rubio con pequeños reflejos cobrizos y sus ojos de un tono malva imposible. Y eso sin contar que no compartía ni un solo rasgo de personalidad con ninguno de ellos. A ella le encantaban los libros antiguos y las noches hogareñas. A ellos les gustaba el dinero fresco y el calor abrasador del inevitable viaje al infierno en que vivían. Ella traía alegría a cada lugar en que entraba. Ellos, a cada lugar del que salían. Ella era una buena persona. Ellos no.

Le acaricié el pelo con mi mano libre, con un fuerte deseo de que Philomena y ese Cooper, quienquiera que fuese, se largaran cuanto antes para poder abrazar a su hija entre mis brazos. Briar Rose cerró los ojos con fuerza y empezó a temblar por debajo de mi mano, con

la boca entreabierta, en una lucha por soltar un grito. Intentó apartarme la mano de sus mejillas, pero la mantuve firme.

Negué con la cabeza, suplicándole con la mirada que guardara silencio. No me hubiera extrañado que Philomena Auer superara en maldad a la abuela terrible del libro que acabábamos de leer. Si descubría a su hija aquí, seguro que la castigaría. No quería arriesgarme a eso.

—¡Sh! —Philomena le golpeó el pecho a Cooper con su bolso—. ¿Estás loco? Alguien nos podría escuchar.

—Ojalá. —Levantó la voz con determinación e hizo una pausa para darle otra calada al cigarrillo—. Briar Rose es mi hija. Quiero conocerla. Merezco poder tener una relación con ella. Quiero formar parte de su vida.

—Fue concebida en pecado.

—No fue ella la que pecó. Fuimos nosotros. ¿Por qué le hacemos sufrir a ella las consecuencias?

—Es una bastarda.

—Igual que ese que tienes por marido. —Arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó con el talón—. Veo cómo la trata. Y que tú se lo permites. Es una vergüenza. Jason es un maltratador.

Jason. ¿Sabría él que no era el padre biológico de Briar Rose? Estaba claro que lo sabía, de lo contrario, no sería el maldito desgraciado que era con ella.

El cuerpo de Mimitos temblaba detrás de mi mano; con los dientes aún clavados en mi carne. La sangre, caliente y espesa, le corría por el mentón y le goteaba sobre el vestido. Cerré los ojos y respiré lo más lento que pude, reprimiendo todo el dolor y la furia. En otro

mundo, uno que no tuviera juicios, ni policías ni consecuencias, habría salido de golpe y le habría dicho a esa mujer lo que pensaba.

Nunca antes en mi vida había ejercido tanto autocontrol para mantener la calma. Briar Rose no necesitaba a alguien furioso a su lado justo ahora.

Le levanté el mentón para obligarla a salir del estado ensimismado en que estaba, y articulé las palabras con la boca sin dejar salir sonido:

—Por favor, mantén la calma por mí.

La silueta de Cooper se deslizó hacia la de Philomena y se detuvo a apenas unos centímetros de su rostro:

—Quiero formar parte de la vida de esa niña.

—Ya está arreglado. —Philomena se apartó de un tirón y empezó a caminar de un lado al otro, agarrándose esa cabeza hueca que tenía sobre los hombros—. La niña no se quedará con nosotros. La dejaremos en Suiza y nos mudaremos a Argentina. Es mejor así.

—¿Mejor para quién? La niña tiene una vida de huérfana solo porque tú eres demasiado orgullosa para dejar que me haga responsable de mi parte.

—Tú no vas a arruinarme esto. Jason ya está superando mi pequeña indiscreción.

Cooper le dio una patada a la pared del granero, que resonó con un eco hacia donde estábamos nosotros y le arrancó un ronquido despreocupado a Sebastian, pero Philomena soltó un grito que ahogó todo sonido posible. Cooper le contestó:

—Eso que llamas «pequeña indiscreción» es una niña que tiene sus propios deseos y sueños.

—Una bastarda y nada más —dijo ella, con un resoplido de burla —. Una descendiente ilegítima y, si me permites añadirlo, bastante ingrata por cierto.

—No la dejarás sola en Suiza. Me la llevaré.

—Ni en sueños. ¿Y montar un escándalo?

No podía creer lo que oía: ¡era eso lo que le importaba! Briar Rose debía de haber heredado la inteligencia de su padre, porque su madre no tenía ni un ápice.

Me serpenteaban los ríos de sangre por entre los dedos. Briar Rose se desplomó sobre la palma de mi mano, entre sollozos ahogados. Si no detenía esas lágrimas, la iban a oír. Me devané los sesos en busca de alguna idea.

—Sé sincera y admítelo. —La voz de Cooper se redujo a un susurro—: Solo quieres deshacerte de ella porque estás celosa. Porque su exquisitez eclipsa la tuya. Porque ves a alguien buena y pura, y sabes que tú no eres ninguna de las dos cosas.

La señora Auer resopló:

—No estoy celosa de mi propia hija, pedazo de idiota.

—Sí lo estás. No puedes soportar su belleza y su elegancia. La expulsas de tu reino para sentirte mejor contigo misma. Muy triste de tu parte, la verdad. —Hizo una pausa, después prosiguió—: Eres Maléfica. Atroz. Vengativa. Y estás pasada de moda.

—Yo no… —Philomena se detuvo en seco—. ¿Qué ha sido eso?

Briar Rose. Llorando en mi mano. A un segundo de explotar en llanto.

Mierda y más mierda.

Philomena aspiró el aire con preocupación:

—¿Has oído eso?

—¿Si he oído qué?

Mierda. Tenía que hacer algo. No tenía opción.

Antes de pensarlo dos veces, aparté la mano de la cara de Briar Rose, me lancé hacia delante y estrellé los labios contra los de ella en un beso urgente y sofocante. No era apasionado, ni ardiente, ni nada impresionante. Ni tampoco lleno del deseo ni el amor que me había crecido por dentro en los últimos años.

No, este beso llevaba la marca furiosa de la desesperación, la angustia y la preocupación. De un intento por absorberle todo el dolor a la persona que más quería en el mundo y tragármelo como si fuera mío.

El sabor metálico de mi sangre se pasó de sus labios a los míos. Ella se atragantó con el beso pero no lo interrumpió. En cambio, me agarró por los hombros y me atrajo hacia ella; aferrándose a mí como si estuviera colgando del borde de un acantilado y yo fuera la roca que la mantenía con vida.

—Yo no oigo nada —resopló Cooper—. Patético. Cada vez que consigo dar contigo haces lo que sea para huir de la conversación...

—Hablando de eso, la próxima vez que te aparezcas por donde estamos, solicitaré una orden de alejamiento y te la meteré por el culo. No tienes ni las agallas ni los fondos para enfrentarte a mí. No me pongas a prueba. No terminará bien para ti.

—¿Y tú te crees que esta farsa terminará bien para ti? —Hizo un gesto amplio y la sombra cubrió la pared mientras yo movía a Briar Rose hasta donde no pudiera verla—. Conozco tus debilidades, Phil. Las tuyas y las del delincuente de tu esposo.

—Dios mío. De verdad crees que ella querrá estar contigo, ¿no? —Philomena dio unos aplausos llenos de sarcasmo que llenaron de

ecos el establo y ansié con todas las fuerzas que Mimitos estuviera tan ocupada con nuestro beso que no pudiera oírlas—. Es una debilucha; incapaz de defenderse por sí misma. Ayer, cambié mi entrecot quemado por el suyo, que estaba perfecto. No dijo nada.

Perra...

—Maldita. —Cooper terminó la frase por mí.

Apreté el cuerpo de Briar Rose con más fuerza, nuestros labios sellados entre sí, pegados tan fuerte que ella no podía moverse por nada del mundo.

—Y tú no tienes nada mejor que ofrecerle. Deja a Briar Rose en paz. —Los tacones de Philomena repiquetearon contra el suelo de cemento—. De lo contrario, perderá lo que tiene. El dinero. El pedigrí. La reputación. Tú no tienes nada que darle. ¡Si estás aquí de sirviente!

—Es un honor para mí trabajar de un oficio si eso significa poder ver a mi hija aunque sea un instante nada más.

—Sí, bueno, Briar Rose está acostumbrada a cierto estilo de vida. No se lo arruines. No será feliz si entras en su vida. Ninguna persona en su sano juicio quiere vivir comiendo pan y fideos instantáneos y bebiendo agua del grifo en un apartamento mugriento; y con el pobre tipo de su padre que apenas puede pagar el alquiler.

Dicho eso, Philomena se alejó con pisadas fuertes. Cooper soltó unos cuantos insultos, le hizo gestos obscenos con ambas manos a sus espaldas mientras ella se alejaba y dio una patada al suelo de tierra. Después, emprendió el camino de regreso al castillo.

En cuanto se alejó lo suficiente, separé los labios de los de Briar Rose. En lugar de la expresión somnolienta y confusa que solían tener las chicas después de que yo las besara, los ojos de Briar Rose

estaban muy abiertos y ávidos. Apretó los puños sobre su vestido y miró a su alrededor con temor de que volvieran las sombras y la consumieran. De pronto sonó un ronquido repentino y desagradable proveniente de Sebastian, y casi se cayó de bruces del susto.

—Ay, Dios mío. —Se tapó la boca con la mano y se echó a llorar de nuevo, con unas lágrimas nuevas que le brotaban de los ojos. Ni siquiera se inmutó por el beso que nos habíamos dado—. Ollie, ¿qué voy a hacer? Siento que el cielo se desmorona.

—Si el cielo se desmorona, yo lo aguantaré por ti.

No sabía cómo, pero lo haría. Encontraría el modo. Sin duda, lo haría por ella, como fuera.

—No soy la hija de pa... de Jason.

—Sigues siendo Briar Rose Auer. Divertida, dulce y perfecta como siempre.

Ella negó con la cabeza y murmuró para sus adentros:

—Es por eso por lo que me odia. Por eso quieren deshacerse de mí.

—No te odia, —le dije, en desacuerdo, pero yo sabía que el desgraciado sí la odiaba, y lo detestaba por eso. Hice una pausa, pensando con cuidado las palabras adecuadas, y agregué—: Esto puede llegar a ser... algo bueno.

Por la mirada escéptica de Briar Rose, supe que había fallado. Ella dijo:

—Sí que me odia. —Dejó salir una risa amarga y continuó—: Eso de cambiarme la comida del plato, fue así como ella lo contó. Mamá cambió su plato por el mío cuando se dio cuenta de que la comida estaba quemada, pero ¿quieres saber lo que hizo papá?

No. Sentía que, si me lo contaba, me acercaría aún más al asesinato de primer grado. Pero, aun así, asentí. Ella separó las manos de las mías, se puso de pie y continuó:

—Cortó de mi plato la mitad de carne que no estaba quemada y se la sirvió él, mientras agregaba que yo comía demasiado.

Qué hijo de puta.

—Jason Auer es un pedazo de mierda. No lo necesitas.

Yo pensaba de verdad que ella estaría mejor sin él. Papá odiaba a ese tipo; en particular por el hecho de que semejante «sanguijuela» tuviera una propiedad junto a la suya. Pero seguíamos viniendo al lago Lemán, a sabiendas de que estaban los Auer, porque yo necesitaba mi dosis de Briar Rose. Y si mis padres no me la daban, los acosaba sin descanso hasta que cedían.

—Es mi padre, Oliver.

—¿Y qué hay de Cooper? Es bueno saber que tienes un padre que parece que te adora. Vino a trabajar aquí solo para verte. Qué atrevido.

Ella inspiró aire y se miró el vestido. Aun a oscuras, se le veían las manchas de sangre sobre el satén rosa, de las mordidas que me dio.

—¡Ay, no! —Me tomó la palma de la mano y se la acercó a la cara, mientras me abría los dedos con delicadeza—. Lo siento mucho.

—No tienes por qué.

Hacía ya un rato que no me sangraba y no me importaba demasiado. No sentía nada. En ese momento, me di cuenta del punto al que había llegado: estaba perdido por ella. Hasta ahora, amar a Briar Rose había sido incómodo, enervante, molesto, pero mayormente emocionante. Había sido mayormente divertido. Pero hoy, se me había presentado el lado oscuro del amor. Una tierra

donde cada quemadura de ella me flagelaba a mí en la piel como un latigazo; las pérdidas de ella se convertían en las mías y sus dolores me pesaban en los huesos.

Empezó a retorcer sus dedos en las solapas de mi camisa y dijo:

—¿Qué voy a hacer?

—Escapémonos juntos. —No tengo ni idea de qué estúpido y delirante pensamiento al estilo Romeo Montesco se apoderó de mí para sugerir algo así, pero en cuanto lo dije me di cuenta de que no estaba bromeando—. Podríamos irnos al fin del mundo.

Tenía un lugar en mente: el cabo de Sagres, en Portugal. Seb me dijo una vez que quería navegar por ahí... Pero eso fue justo antes de batir el récord mundial de remo y decidir que era demasiado bueno para el resto del mundo y que tenía que conquistar el universo.

Briar Rose arqueó una ceja y me miró con unos ojos que decían «déjate de estupideces». Los ronquidos de Sebastian sonaron de fondo durante toda la conversación. El hecho de que Philomena y Cooper no lo hubieran oído era la única prueba fehaciente que quedaba por hacer para comprobar la existencia de Dios; en especial en un día tan despiadado.

—Claro. Escapémonos, por qué no. Total. Podemos vivir de hacer bromas pesadas y darnos besos en los momentos más extraños. —Trató de reírse y de parecer relajada e indiferente, como si la palma de mi mano no tuviera las marcas de sangre de sus dientes que casi la atraviesan—. Ya has oído lo que han dicho mis padres: me mandan a un internado en Suiza, que es solo para mujeres, y ellos se mudan a Argentina. Hasta ahora, se habían dividido el tiempo disponible entre ignorarme y directamente maltratarme, pero nunca

antes me habían abandonado. No quiero estar sola. —Se ahogó en su propio llanto y agregó—: Tengo miedo.

—Tú podrás con ese internado, Briar Rose. —Me aferré a sus brazos, sin saber muy bien qué me había poseído para ponerme a derramar todas esas estupideces juntas. Si yo no había estado ni un segundo en un internado, ni siquiera conocía un campamento de verano—. Hablaremos por teléfono todos los días y nos seguiremos escribiendo. Estaré a tu entera disposición. Antes de que te des cuenta, será verano de nuevo. Y a los dieciocho años, podrás deshacerte de esos dos imbéciles. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y tragó saliva. No era suficiente. Necesitaba oírselo decir.

—¿De acuerdo? —repetí.

—De acuerdo.

Debía estar muerta de miedo. Y yo también lo estaba. Mierda. Por las responsabilidades que acababa de prometer. Por su futuro. Por la posibilidad de no poder protegerla y de que ambos empezáramos a odiarnos por eso. Pero era capaz de matarme antes que no ayudar a mi Mimitos.

—Siempre estaré donde me necesites. —Le levanté el mentón y la miré directamente a los ojos—. No solo en verano, Mimitos. Si necesitas que me cambie de universidad y me vaya a Suiza contigo, lo haré. Haré lo que sea por ti. No importa si llueve o truena o graniza, nada me detendrá. Estaré siempre contigo. Te lo juro. Siempre me tendrás. Nunca, jamás, me perderás.

En lugar de responderme con palabras, ella me respondió con el cuerpo. Me apretó las mejillas, me atrajo hacia ella y me besó. Esta

vez fue diferente. Fue virginal, vacilante y bonito. Fue tan bonito, joder.

Me rozó con la boca y ambos nos recorrimos los contornos de los labios. Temblábamos, como si la gravedad estuviera a punto de fallarnos en cualquier momento. Y con ese beso, mi destino quedó sellado.

Jamás podría amar a otra mujer.

Para mí no habría otra que Briar Rose.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CINCO

Oliver

Presente.

—Ey, ¿puedes salir conmigo, de novio falso, la semana que viene? —dijo Franklin Townsend mientras se deslizaba por el asiento de copiloto de mi Ferrari Purosangue y se estiraba la minifalda por los muslos—. Hay una fiesta en una casa en la playa a la que me muero por ir, pero es en los Hamptons y preferiría no tener a todos los tipos tratando de seducirme cada cinco segundos.

Se acomodó el top triangular para que le cubriera lo mínimo para evitar otro arresto.

Punto uno: me puse a pensar a qué se debería esta repentina modestia. El atuendo de Franklin requería menos tela que una servilleta y la personalidad de esa chica se describía solo con decir que su vida eran las fiestas.

Y punto dos: qué tendría que ver los Hamptons con la frecuencia con que los tipos intentaban seducirla. Pero no me importaba tanto como para preguntar.

Aceleré el motor y lo hice rugir con fuerza para molestar a Romeo. Frankie estaba quedándose en su casa.

—Me tienta un poco pero no gracias, antes de algo así prefiero comerme mi propio páncreas.

—¿Por qué no? —Franklin hizo estallar su chicle rosa, con total indiferencia—. Soy un producto muy cotizado.

—Sabes bien que nunca aparezco en público más de una vez con la misma mujer. La gente se confunde y puede llegar a pensar que soy monógamo, Franklin. Soy un mujeriego, no un mago ilusionista.

—Técnicamente, ya estás más para que te llamen viejo verde. —Frankie se rio—. Todo el tema de estar con muchas mujeres se pasa de edad al llegar a los treinta.

Atravesé el barrio a toda velocidad mientras ella buscaba un espejito de su Birkin, regalo de su hermana y cortesía de un atracón de compras de despecho.

—No es que yo sea viejo... es que tú apenas has nacido —repliqué mientras se aplicaba una capa extra de brillo de labios.

—¿No era que a los hombres les gustaban las jóvenes?

—Tengo por regla que solo voy a enseñarle a ir al baño a alguien que haya salido de mis testículos.

Lo que no añadí fue que no pensaba tener hijos, así que no había problema con eso.

—¡Ay, vamos! Ni siquiera nos hemos enrollado.

Yo jamás me atrevería a tocar a Franklin. No de ese modo. Era una chiquilla que pensaba que BDSM significaba «borracheras, descontrol y sin moderación».

—La gente no lo sabe. —Apoyé la muñeca sobre el volante, con la mirada inerte sobre la ruta—. Creen que te he estado conquistando.

Y lo he hecho durante mucho tiempo.

—Y que por fin te dije que sí. —Cerró el espejo con un clic y levantó las manos al aire con un grito frustrado—. Y tú dijiste que no. ¿Por qué?

—Para no romperte el corazón.

Frankie resopló.

—Por favor. Si hay por aquí un corazón que pueda romperse, será el tuyo.

Imposible, desde ya.

Mi corazón estaba al otro lado del océano, en Europa, con una chica a la que no había visto desde los diecinueve años. El tiempo no había hecho que la olvidara para nada. Ni tampoco el desfile de mujeres que habían entrado y salido de mi dormitorio a lo largo de los años.

Pero Franklin Townsend, la hermanita pequeña de la esposa de Romeo, con esos ojos saltones, jamás estaría en mi lista de mujeres. Perseguirla me beneficiaba por las mismas razones por las que simulaba ser un idiota: espantaba a la gente de mi lado. Les hacía creer que yo era una criatura superficial y pervertida sin escrúpulos.

Un truco de lo más antiguo.

—Vamos, Ollie. Me has tenido esperando todo este tiempo. Lo menos que puedes hacer es ser mi novio por una noche. —Se recostó en su asiento, mirándome con gesto de puchero, claramente no estaba acostumbrada a que la rechazaran—. Puedes dejarme públicamente después. —Me guiñó el ojo—. Siempre he querido ver mi nombre en grande, en un cartel publicitario de Times Square.

Frankie, al igual que su hermana Dallas, estaba claramente desquiciada. No hacía falta ser ningún adivino para darse cuenta:

Franklin Townsend estaba destinada a terminar incendiando por accidente un barrio entero. O dos.

Solo en el último año, Dallas la había sacado de la cárcel tres veces, con discreción y con el pago de la fianza correspondiente por exhibicionismo, posesión de marihuana en lugar sagrado (la iglesia) y el robo (supuestamente accidental) de una caja de consoladores, que había pintado nuevamente y vendido en línea como si fueran exhibidores de joyas.

Frankie era de lo más graciosa sin proponérselo y del nivel de exigencia y elegancia de un hotel cinco estrellas. También era de cinco años su nivel de madurez mental, aunque tenía veinte en edad cronológica.

Demasiado joven para que la tomaran en serio.

Cambié de carril mientras insultaba mentalmente el tráfico:

—La respuesta sigue siendo no.

—¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta de que eres de lo más aguafiestas?

Porque soy un maestro de los secretos.

Cuando Frankie me pidió que la llevara al Grand Regent, no pude negarme. En primer lugar, porque mi familia es dueña del hotel. Uno de muchos de nuestra cadena de más de seis mil propiedades en todo el mundo.

Como no podía impedir que Franklin Townsend, un peligro andante, entrara en mi hotel sin sufrir las consecuencias de la ira de Romeo, hubiera sido una tremenda negligencia de mi parte no acompañarla personalmente y asegurarme de que no quemara una sauna. O dos.

Y, en segundo lugar, porque acababa de anunciar en nuestro chat grupal que iba al hotel a jugar al golf. Rechazar su petición habría sido grosero.

También disfrutaba del agradable efecto secundario de darles un dolor de cabeza a Romeo y a Dallas por simular que me encantaba pasar tiempo con el bellezón de su cuñada y su hermana, respectivamente. La trataban como si fuera la flor más delicada y no se daban cuenta de que estaban ante una planta carnívora capaz de devorar más de cincuenta insectos en diez segundos.

—¿Qué te trae hoy al Grand Regent? —le pregunté con tono de burla para desviar el tema de la conversación.

Para cuando salimos de Dark Prince Road, Rom y Dal ya debían estar imaginándome devorando a Franklin de cinco maneras diferentes.

En realidad, yo tenía una reunión de negocios en media hora. Estaba a cargo de todas las contrataciones y despidos de nuestra sucursal principal de la zona. Me gustaba estar al tanto de todo.

—Tengo una cita de Tinder en la suite presidencial —dijo Frankie, enrollándose un mechón de pelo alrededor del dedo—. Está casado y es treinta años mayor que yo, así que tenemos que hacerlo en un lugar muy discreto.

—Pon una toalla sobre las sábanas, por favor. Son de seda sin costuras.

—Quiere hacerlo en la ducha.

—Ponte chanclas. No quiero demandas judiciales.

—¡Por Dios! —Frankie echó la cabeza hacia atrás y se rio—. De verdad te importa una mierda que yo esté con otras personas.

—Lo que hagas con tu tiempo y tu cuerpo no es asunto mío. Sé que suena extremo, pero así lo siento.

Me miró de reojo con el ceño fruncido.

—Creía que querías estar conmigo.

Es lo que creía todo el mundo. Armé un escándalo por coquetear con Frankie en cuanto la descubrí metiéndose botellas de vodka en miniatura en su bolso de mano, en medio de un baile de debutantes hace años.

—La verdad es que lo hacía sobre todo para molestar a Romeo y Zach. —Me puse una mano en el corazón—. Por muy encantadora que seas, y quiero enfatizar que eres una de las criaturas más encantadoras que habitan este planeta abandonado por Dios, hasta alguien como yo tiene sus límites. Además...

Le eché una rápida mirada y seguí hablando:

—No veo que vayas a acostarte con nadie hoy, la verdad. ¿Qué estás tramando? Asegúrame que no nos arruinará la póliza contra todo riesgo del año que viene.

—Bueno, ya que lo preguntas: conseguí un trabajo en tu hotel.

La fulminé con ojos de ira:

—Las acompañantes sexuales están prohibidas en...

—Mierda, Ollie, ¡no es eso! —Me dio una palmada en el hombro con tanta fuerza que por poco me lo disloca—. Voy a estar de prácticas en la coordinación de intimidad más codiciada de todo Hollywood.

Lo dijo con una enorme sonrisa en el rostro.

—¿En una qué?

—Coordinación de intimidad.

—La intimidad no necesita coordinaciones. Cada quien sabe dónde va cada cosa. Es una respuesta de elección múltiple de esas que dicen «todas las anteriores», pero no hay que ser ningún experto para saber las ventajas y desventajas de cada orificio.

—Un coordinador de intimidad es un integrante del equipo de rodaje que cuida el bienestar de los actores y las actrices durante las escenas de sexo. —Se humedeció los labios y se limpió el dobladillo de la falda—. Es una gran oportunidad para mí. El productor de la película ganó tres veces el Óscar. Y los protagonistas son mis dos actores favoritos.

Nunca antes había visto a Frankie tomarse nada en serio, salvo su rutina de cuidados del cabello, así que dudé mucho de que esto fuera a salir bien, más aún, de que no terminara en catástrofe, una vez que Frankie se diera cuenta de cómo era trabajar de verdad.

Pero, por otra parte, quizá Frankie era como yo. Quizá solo fingía ser una mujer frívola que no tenía nada más en la cabeza que amantes y ropa de diseño. Quizá tenía otras dimensiones. Necesidades, deseos y anhelos. Deseos que no sería yo quien iba a satisfacer, pero deseos al fin.

Saludé a los guardias de seguridad y a dos porteros mientras nos dirigíamos desde la entrada trasera hacia el edificio principal del hotel, pasando junto a hileras de fuentes esculpidas y cornejos blancos floridos.

—¿Están filmando en el hotel?

Ahora que Frankie lo había mencionado, recordé haber firmado los papeles con los detalles y la documentación del seguro. Sí que era una película importante. Habíamos acordado cerrar un ala entera del hotel para ellos.

—Sí. —Frankie se colgó el bolso del codo—. No puedo garantizarte la supervivencia de las sábanas de seda sin costura.

El Ferrari pasó junto a unas hileras de bungalós en alquiler a largo plazo, dos muy aclamados campos de golf, cuatro piscinas al aire libre, ocho pistas de tenis y el auditorio, sede de algunas de las conferencias médicas y tecnológicas anuales más importantes del universo.

Frankie lo contemplaba todo con el gesto característico del aburrimiento de una chica rica ya hastiada de haber probado y agotado todas las cosas decadentes que el mundo podía ofrecerle.

Doblé hacia el aparcamiento subterráneo del personal y me sumergí en la oscuridad, mi lugar favorito.

Ella miraba por la ventana, más callada que de costumbre. De pronto, dijo:

—Tú no eres tan tonto de verdad, ¿no es así?

—¿Perdón?

A veces, pero no tan seguido, se me caía la máscara. A veces no era el Oliver von Bismarck tan divertido y mujeriego que todos conocían, el *playboy* multimillonario que era, a la vez, un imbécil de primera.

A veces me permitía ser… yo mismo… y nada más.

—Ya me he dado cuenta de que no eres tan impredecible y depravado como todos creen. —Frankie giró la cabeza de golpe y me miró—. No es más que una máscara. Lo que quieres es que la gente piense lo peor de ti. Y hasta que lleguen a odiarte. Jamás había visto nadie así. ¿Por qué lo haces?

Yo tenía la respuesta, por supuesto. Pero no la compartía nunca con nadie. Ni siquiera con Romeo y Zach, mis mejores amigos. Ella

no lo entendería. Nadie lo entendía.

La verdad era que no merecía ni amor, ni remordimientos, ni compasión de nadie. Me merecía el odio. Y como no podía decirle a la gente por qué odiarme, me lo buscaba por otros medios.

Di marcha atrás hasta mi plaza designada y apagué el motor, mirándola con ojos inexpresivos.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás hablando, Frankie. Ahora sal del coche. Llego tarde a mi partido de golf.

CAPÍTULO SEIS

Oliver

Frankie Townsend: he renunciado al trabajo
Nancy Noor: Disculpe, señorita. Este chat grupal es para la seguridad del vecindario.
Dallas Costa: ¿Has renunciado o te han despedido?
Frankie Townsend: no era para mí y listo, hermana.
Nancy Noor: Ya os lo he recordado antes, señoritas. ¿Podríais llevar vuestra charla privada a otro lugar?
Frankie Townsend: lo haría con gusto, pero necesito testigos por si me encuentran en una zanja tirada en algún lugar. FUERON MI HERMANA Y SU MARIDO.
Zach Sun: ¿Quién es la persona del número que empieza con 404? Ese número no es de este barrio, ¿no?
Romeo Costa: ¿Y tiene algún tipo de alergia al uso de mayúsculas?
Frankie Townsend: ja, ja. muy gracioso.
Frankie Townsend: en fin, iguaaaaaaal creo que encontré mi vocación.
Dallas Costa: ¿Y es...?
Frankie Townsend: quiero ser influencer.
Zach Sun: ¿A quién has influido en tu vida?
Romeo Costa: Sin contarme a mí, en mi deseo de suicidarme.
Dallas Costa: O a mí, de asesinar.

Frankie Townsend: bueno, parece que todos habéis decidido poneros a criticar.
Farrow Ballantine-Sun: Yo creo en ti, Frankie. <3
Frankie Townsend: sabía que no me abandonarías, Fae.
Farrow Ballantine-Sun: Pero creería más en ti si pudieras poner mayúscula donde toca.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SIETE

Oliver

Cuando asumí el cargo como gerente general *de facto* del Grand Regent, mi reacción inicial podría describirse como fría como el hielo.

Tenía dos títulos de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos: un posgrado de Cambridge y una tesis premiada sobre marketing de base. También tenía un amorío gubernamental, dos escándalos en el Congreso y una reputación que podía hacer llorar al político más corrupto.

Qué podía hacer yo si nadie se daba cuenta de que todos estos logros eran impresionantes en igual medida.

Con el tiempo, me había ido ganando el respeto del personal gracias a mi trabajo continuo, la satisfacción récord de los clientes y un rendimiento anual tan alto que permitió el reparto de tres pagas de beneficios a los empleados.

Y de vez en cuando, un nivel de éxito como ese requería sacrificar mis cuerdas vocales. Como hoy.

Después de dos horas y tres circuitos de gritos con mi equipo directivo, salí de la sala de reuniones del piso veinte del Grand

Regent y me dirigí a los ascensores.

El único que me siguió fue Elijah.

Todos los demás se quedaron; sabían muy bien que se verían sometidos a un interrogatorio sobre su perfil de desempeño por debajo de la media si se atrevían a deshonrarme con su presencia.

Eli me quitó el portátil de las manos y lo intercambió por el teléfono, diciéndome:

—Tienes unos doce mensajes sin leer del chat de seguridad vecinal, una llamada perdida de la oficina de Alemania y hordas de correos electrónicos de baja prioridad redirigidos a mi bandeja de entrada.

—Vete en el jet a Texas y comprueba los trabajos de remodelación. No quiero que tengamos otro incidente con el polvo como el de París.

Por fuera de la sede estadounidense, Eli era el portavoz de gran parte de mi trabajo en el Grand Regent. Oficialmente, ostentaba el cargo de director general de operaciones. Extraoficialmente, papá lo contrató como mi asistente ejecutivo para que fuera mi cara pública, por llamarlo así.

Excepto por los directivos y gerentes de la sede central y los miembros del consejo de administración, nadie más sabía que yo ya reemplazaba a mi padre en la mayoría de las tareas.

—Ahora mismo. —Pulsó el botón del ascensor con fuerza mientras se rascaba la nuca—. Una cosa más: ha habido un incidente en el ala oeste.

Mi teléfono sonó, anunciando la entrada de un mensaje y nos interrumpió. Me lo saqué del bolsillo y miré la pantalla con el ceño fruncido.

Frankie Townsend: hoolaaa, ¿puedes pasarme a buscar?
Ollie vB: No van más que dos horas. ¿Qué ha pasado?
Frankie Townsend: no sé. se ve que tienen que contratarte antes de poder empezar a trabajar. ¿puedes creerlo?
Ollie vB: Quizá te sorprenda pero sí. ¿De verdad pretendías colarte en un plató de rodaje?

Nota al margen: odiaba con todo mi ser que Frankie fuera de esa generación Z que se negaba a escribir las palabras con mayúscula porque, en su universo distorsionado, era demasiado esfuerzo.

Frankie Townsend: por dios, claro que no. me llegó el dato de que la coordinadora de intimidad necesitaba una asistente. contrató a rudy, mi amiga de la universidad. y pensé que tal vez podría necesitar unas manos más. solo quería ayudar.

Me pinché el puente de la nariz con el índice y el pulgar y exhalé. El Grand Regent tenía un contrato con el estudio, con una cláusula de privacidad total ante huéspedes e intrusos.

Ollie vB: Tengo que ir a otro sitio.
Frankie Townsend: pero por dios, ¿no vas a ayudar a una damisela en apuros?
Ollie vB: Tú no eres ninguna damisela, y te aseguro que las que están en apuros en este momento son las personas a tu alrededor.
Frankie Townsend: se me parte el corazón.
Ollie vB: Eso es porque se está pasando el efecto de las drogas. Rápido, vete a aspirar una línea de coca rosa.
Frankie Townsend: qué grosero. mi carisma es real y es gloriosa. podrías haberla probado si hubieras querido.

Ollie vB: No, gracias. ¿Por qué tienes el corazón partido? ¿El rechazo de la coordinadora de intimidad?

Era un título tan ridículo que no podía escribirlo sin reírme.

Frankie Townsend: en realidad, ella ha sido muy amable y me ha dejado pasar.
Ollie vB: Entonces, ¿por qué te vas?
Frankie Townsend: …
Frankie Townsend: prométeme que no me juzgarás.
Ollie vB: ¿Te parece que estoy en posición de juzgar a alguien?
Frankie Townsend: puede que haya empezado un pequeñito incendio controlado.
Frankie Townsend: antes de que armes un escándalo: solo se quemaron algunas partes de los muebles y se ennegreció media pared.
Frankie Townsend: tus sábanas de seda sin costuras están BIEN.
Frankie Townsend: (pero ya no son blancas).
Ollie vB: Ni loco voy a buscarte.
Frankie Townsend: ¡ay, por favor! primero te niegas a ser mi novio por una noche y ahora no vas a llevarme a casa después de que me despidieran de unas prácticas en las que nunca me aceptaron.
Ollie vB: Correcto.
Frankie Townsend: si no vienes a buscarme ahora mismo, te juro que no vuelvo a hablarte NUNCA más.
Ollie vB: Acepto tus condiciones.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHO

Oliver

Al final, retomé las riendas sobre el imbécil que llevo dentro y subí a la planta 46 para recoger a la pequeña señorita catástrofe. Ninguna parte de mí se sentía particularmente caritativa esa noche. Pero, por desgracia, mi rasgo de personalidad menos seductor que tengo salió a la luz: la molesta y exasperante tendencia de ser quien cuida del otro en cada relación en la que me veo envuelto sin querer.

Cuando a Zach se le partió el corazón y perdió gran parte de su sano juicio por su empleada doméstica, lo arrastré de vuelta a la cordura, a patadas y a gritos, lo cual concluyó con la propuesta de matrimonio más vergonzosa y humillante que se haya presenciado jamás en todo el continente. Cuando Romeo necesitó distraer a Frankie porque se llevaba a su mujer embarazada a maratones de compras por todo el mundo y a aventuras de *puenting*, le di a Frankie mi American Express para que desapareciera de su vista... y de su casa. El personaje que yo mostraba al exterior —las mujeres, el dinero, el *glamour*— no era más que una máscara veneciana de bufón, diseñada para ocultar mi único y trágico defecto fatal: las

cosas sí que me importaban. Demasiado. Todas. Todo. El. Puto. Tiempo. Si alguien lograba abrirse camino hasta mi corazón, allí podía quedarse.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor me encontré cara a cara con una mujer de unos treinta años con gafas estilo hípster, cantidades industriales de maquillaje (lo suficiente para moldear la escultura de un niño de dos años), una carpeta en la mano y una cara de molestia importante. Levantó el mentón y me miró con los ojos entrecerrados.

—Este es un plató cerrado, señor.

Le pasé por al lado y salí del ascensor con paso lento y danzante hacia el amplio pasillo.

—¿Ah, sí? No me digas. —No iba a dejarme intimidar en mi propia empresa.

Ella salió corriendo detrás de mí; le salía vapor por las orejas como las alcantarillas de las calles de Nueva York.

—Pero ¿quién se cree que es?

—El dueño de este hotel.

Salté sobre los cables de las cámaras y los alargadores de colores que serpenteaban encima del mármol italiano impecable. Había murales abstractos sobre las paredes revestidas de paneles claros en tonos turquesa, plata y oro. Al final del pasillo, un sillón Chesterfield sujetaba la doble puerta imponente de la suite presidencial. Unas doce personas entraron apresuradas desde todas las direcciones.

—Disculpe, señor von Bismarck. —La mujer corría casi pisándome los talones, medio tropezando y medio tartamudeando—. No lo he reconocido con la ropa puesta.

Ah, por los *paparazzi* de la playa nudista del verano pasado. Un momento mediático icónico.

—No hay de qué disculparse. —Me sacudí una pelusa invisible de la chaqueta—. Puedo entender que hay formas de vidas mucho peores que las de un hotelero multimillonario.

—Señor, no puede entrar ahí.

—Uhm. ¿Apostamos?

Estaba siendo desagradable, lo sabía. Una decisión bien calculada y deliberada, diseñada para convertir en enemigo a todo el mundo. Sin duda, Rom y Zach se quedaron en mi vida de puro leales que eran y por el hecho de ser tan insufribles como yo, aunque de otra manera.

A la distancia, oí la voz aguda e irritante de Franklin; te ponía los nervios de punta igual que rasgar una pizarra con las uñas:

—… sí, Ollie está a punto de pasar a buscarme en un segundo, Dal. —Supuse que hablaba por teléfono con su hermana—. Te juro que el fuego no fue ni siquiera tan grave. Además, ¿cómo iba a saber yo que la laca para el pelo es inflamable? No soy científica.

Se produjo una pausa y después siguió:

—¿Tú sí lo sabías? —Otra pausa—. Bueno, hubiera estado bien que me lo dijeras; llevo años fumando marihuana mientras me arreglo frente al espejo todos los días.

No podía creer que pudiera ser así de tonta en serio. Tenía que estar fingiendo.

—¿Dónde están las agujas? —dijo una voz nueva y quejosa—. Hay que coser otro tanga color crema.

—Yo estoy en eso —respondió otra voz femenina suave—. De hecho, ya casi he termi... Ay!

—Tengo que cortar, Dal. —Frankie hizo un sonido ahogado de sorpresa—. ¿Estás bien?

Haga lo que haga, buena mujer, no deje que Franklin Townsend se le acerque.

—Sí. Ha sido un pinchazo tonto.

Empujé la puerta doble hasta abrirla por completo y entré de golpe, con una sonrisa burlona en el rostro:

—¿Me habíais llamado?

Mi sonrisa se desvaneció al instante en que me encontré frente a frente con la mujer que se chupaba la sangre del pulgar pinchado. Tenía una aguja en la mano, entre unos dedos que yo conocía demasiado bien. Me habían hecho cortes de pelo de principiante en las tardes de verano que pasábamos holgazaneando junto al lago. Se habían metido en mis fosas nasales cuando jugábamos partidas de cartas, que yo siempre le dejaba ganar. Me habían acariciado la cara cuando perdí a mi abuela, cuando me rompí el brazo y cuando me peleé con mis padres. Esos dedos, al igual que la mujer a la que pertenecían, eran la razón por la cual yo iba vagando por este mundo sin rumbo fijo. Eran de quien había estado escapándome durante quince años, y sumando.

Briar Rose. Mi Briar Rose.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NUEVE

Briar

No vomites. No vale la pena que eches a perder tu almuerzo por él. Ese pastel de cangrejo vegano estaba delicioso. Y era caro. No lo vomites.

Pero parecía imposible, dado que Oliver von Bismarck estaba frente a mí, mirándome fijamente a los ojos, con el mismo nivel de sorpresa que yo debía tener en los míos.

El mundo se volvió negro y se me doblaron las rodillas. La gravedad me tiró de los pies como si fuera una alfombra. Me tropecé hacia atrás y traté de aferrarme a un candelabro para mantener el equilibrio.

Nunca en la vida me había pinchado el dedo. Mis habilidades de costurera eran inigualables. Pero había sentido su presencia segundos antes de que entrara. La calamidad sofocante que zumbaba en el aire.

Yo no era tan tonta. Sabía que él era el dueño de este hotel al instante en que el productor de *Law Lives* me informó sobre el calendario de rodaje. Pero los años de acosar a este hombre me

habían asegurado que Oliver no tenía relación alguna con los negocios de su familia. Al parecer, mi primer (y único) amor se había convertido en una catástrofe de proporciones gigantescas. Un eterno niño al que solo le importaba irse de fiesta, de vacaciones y dedicarse a corromper mujeres jóvenes. Yo me había dedicado con atención a seguir sus fechorías más recientes. Los arrestos, el libertinaje, el alcohol, las conquistas.

Y, aun así, el corazón se me encogió como un trapo al instante en que se cruzaron nuestras miradas. Porque yo todavía veía al verdadero Ollie detrás de esas pupilas pálidas: al chico con el que rodaba por las colinas, hasta que ambos quedábamos sudados y cubiertos de césped y estiércol, riéndonos a carcajadas.

Se me formó un nudo en la garganta con todo lo que había querido decirle durante quince años.

¿Dónde estabas y dónde estabas y dónde estabas?

Érase una vez, un chico me prometió un «para siempre». Nuestro «para siempre» se convirtió en «nunca jamás». Y ese «nunca jamás» fue un tiempo tan largo que exacerbó un sentimiento nuevo hacia ese hombre: odio.

—Vaya, si lo hubiera… —Oliver se recuperó primero y plasmó una sonrisa persuasiva en los labios—. Hola, Mimitos.

Con ese pequeño e insignificante apodo, quedó hecho pedazos lo que me quedaba de serenidad. Solté el candelabro y me desplomé contra la pared. La aguja que tenía en la mano se me cayó al suelo.

Oliver señaló el tanga color crema metido en mi puño y preguntó:

—¿Es para mí?

Me sentí como un pez destripado. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿Cómo podía entregarse a la diversión así sin más?

Atravesé la ira, el dolor, la frustración, y lo devoré con la mirada. Los ojos somnolientos color del cobalto, embriagados de lujuria y aún rodeados de abundantes pestañas. El puchero petulante e infantil que pedía a gritos que lo besaran y la nariz romana y altanera. Después de todos estos años, su figura robusta, tosca e imponente seguía teniendo el mismo efecto en mí.

No lograba precisar con certeza qué era más devastador: lo increíblemente guapo que era él o lo patética que era yo, que no podía articular palabra.

—¿Estás bien? —Frankie me puso una mano en el hombro—. Sé que tiene fama de ser un burdel andante, pero te aseguro que es casi inofensivo.

La voz de mi asistente sorpresa resonó por toda mi espalda.

Di algo. Haz algo. Demuéstrale que ya no eres esa chica desesperada que él conoció. La que se dio cuenta demasiado tarde de que nadie vendría a salvarla y de que tenía que levantarse y salvarse por sí misma.

La mirada de halcón de Ollie no se apartaba de la mía.

—Nos conocemos.

Frankie nos miró a ambos y preguntó:

—¿Sexualmente?

Ninguno de los dos le respondió.

La asistente de producción vino hacia mí corriendo y me dijo:

—Briar, tenemos que terminar esta escena. —Jaylla me arrancó el tanga del puño cerrado—. ¿Está listo ese tanga? Scarlett tiene frío.

Scarlett. Por supuesto. Scarlett. Mi actriz. La mujer que ahora mismo está en bata, esperándome para terminar la escena de sexo.

Ahora que lo pienso, Oliver no tenía permiso para estar aquí. Era un extraño más que venía a babear frente a mi cliente.

—S... sí. —Miré a Jaylla y esbocé una sonrisa—. Todo listo. Estaré ahí en un segundo.

Me volví hacia Oliver y recuperé la voz. Afilada como una navaja. Tal y como se merecía:

—Señor, usted y yo no nos conocemos. Y no puede estar aquí.

Oliver pareció descolocado. Se le desvaneció la sonrisa y se quedó con la boca abierta:

—Este es mi hotel.

—Y este es mi plató —contraataqué, mientras agarraba una botella de agua y le daba un gran trago—. Y lo sé todo sobre sus travesuras, señor von Bismarck. Tengo que pensar en mis clientes. Su presencia en esta habitación con actores desnudos no es bienvenida.

—Mi presencia en esta habitación... —Se me quedó mirando con ira, con la boca abierta—. ¿De verdad vas a fingir que no nos conocemos?

Toda la cara se le frunció en un gesto tenso.

Parpadeé, sin dejar de mirarlo, y recuperé la confianza en mí misma que me había ganado con tanto esfuerzo.

—Creo que me confunde con otra persona. No me extrañaría, teniendo en cuenta la cantidad de mujeres en su periferia.

Frankie tosió dentro de su puño y dejó salir una broma:

—Tocado y hundido.

Oliver no podía apartar los ojos de mí.

—¿Y tú sabes de eso porque...?

Una sonrisa lenta y llena de confianza le asomó en el rostro, empezó a iluminarlo y a llenarme de nostalgia.

—Porque sé leer y uso internet. Sería una negligencia por mi parte no tener identificadas todas las potenciales amenazas para mi rodaje. —Levanté una ceja—. Ahora... ¿puede irse, por favor? Un extraño en medio del plató afecta a la concentración de mis actores desnudos.

Era fundamental poner distancia. Idealmente, una distancia no menor a tres continentes y cuatro océanos.

—No puedes echarme de mi propiedad.

—Claro que sí, tengo un contrato de alquiler firmado por usted. —Lo agarré por las solapas de la camisa y lo saqué por las puertas—. Hemos alquilado esta planta entera. No está autorizado a entrar en las instalaciones durante una escena de sexo.

Frankie volvió a inspirar aire, asombradísima, mientras Oliver trastabillaba hacia atrás y me miraba como si fuera un animal rabioso.

—¡Gracias, Briar! —chilló Scarlett desde la cama principal al fondo de la habitación—. Por tu enorme apoyo.

—Debo decir que es la primera vez que me escoltan fuera de una escena de sexo en lugar de invitarme a entrar. —Oliver se llevó una mano al corazón, en un gesto sobreactuado de devastación—. ¿Habré perdido mi encanto?

—Pregúnteselo a alguien que alguna vez haya quedado encantada —le mentí.

Cuando nos quedamos solos, en el pasillo, lo empujé hacia la zona de los ascensores, haciendo caso omiso del modo en que me miraba, azorado, como si yo fuera una especie nueva de dragón.

Levantó una ceja, sin resistirse del todo a mi maltrato, pero sin facilitármelo tampoco:

—¿Vas a dejar a un lado esa máscara ahora que estamos solos?

—Nadie va a dejar de lado nada en este intercambio, señor von Bismarck. Su reputación le precede.

Me guiñó un ojo y sonrió:

—Tu ira me enciende las entrañas.

—Debe ser acidez, cariño. Haz que te vea un médico.

—No te creas todo lo que oyes, Briar Rose.

—Ah, el señor es también un manipulador. —Lo empujé con más fuerza—. ¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta de todas las señales de alarma? Eres un puto semáforo en cortocircuito.

—Bueno, estás invitada a sumarte a mis luces cuando quieras.

—Te juro por Dios que si haces una broma más, voy a apuñalarte. Y ningún juez me culpará, teniendo en cuenta nuestra historia juntos.

Eso lo hizo echarse a reír a carcajadas.

—Te he echado de menos tanto, Mimitos.

—No me llames así.

—¿Por qué no?

—Para empezar, porque ya no necesito cuidados de nadie.

—¿Entonces qué tal «Puñalitos»? —Se le iluminaron los ojos mientras retrocedía, tambaleándose—. Es bastante convincente.

Llegamos hasta el ascensor. Pulsé el botón unas cien o quinientas veces. No descansaría hasta verlo fuera de esta planta... Y de mi vida.

Había logrado recuperarme de su traición, pero me había llevado años. Años de llorar todas las noches hasta quedarme dormida, de

preguntarme por qué, cómo y cuándo había salido todo tan terriblemente mal. Por fin, después de tanto tiempo, logré estar mejor. Y en cualquier sitio donde Oliver von Bismarck no estuviera presente seguiría estando bien.

—¡Espérame! —Frankie salió despedida de la suite presidencial y corría en dirección a nosotros con sus tacones ridículos—. Te has olvidado de mí.

Me pregunté si eran amantes. La idea me llenó el corazón de un dolor sofocante.

—Está bien, basta de estupideces. —Oliver ignoró a Frankie por completo, cada fibra de su cuerpo estaba en sintonía con el mío—. Tenemos que hablar.

—No es así. —Me crucé de brazos con fuerza—. Llevamos quince años sin hablar. ¿Por qué romper una racha perfecta?

—Tengo mucho que explicarte.

—¿En serio? —Me tragué el grito que tenía atravesado en la garganta—. Somos completos desconocidos en todos los sentidos posibles.

—Nunca serás una desconocida para mí.

—Qué curioso que lo digas porque, por cómo dejaste las cosas, me di cuenta de que siempre habías sido un extraño para mí.

Los números de la pantalla digital sobre las puertas del ascensor indicaron que comenzaba a subir. Al fin.

—¿Así que sí que os conocéis? —Frankie se colocó entre nosotros, se sacó los tacones y se los metió en la cartera. Era una chica muy guapa. Con el énfasis en la palabra chica—. Van como siete minutos desde que os conocéis y Oliver todavía no ha dicho nada tan

desagradable para que quieras abofetearlo. Es casi como si estuviera intentando no ser él mismo.

—Si lo que quiere es que lo abofeteen, estaré encantada de satisfacer sus deseos.

Oliver se acomodó el anillo de la fraternidad en el meñique. El que yo le había regalado cuando éramos niños. ¿Todavía tenía esa cosa antigua? *¿Por qué?*

¿Qué te importa por qué?

Te dio la espalda cuando más lo necesitabas.

—Tenemos que hablar —insistió Oliver—. Briar Rose, yo...

—Ahora solo soy Briar. —Le sonreí con dulzura—. Me deshice de las rosas. También de esas teñidas y ridículas que me regalabas cada año.

—*Briar*. —Saboreó el nuevo nombre en la lengua y los pómulos se le tiñeron de rosa—. ¿A qué hora sales del trabajo? Yo...

El ascensor sonó y las puertas se abrieron. Aproveché la oportunidad y lo empujé dentro, lo mismo que a su amiguita escandalosa, y mantuve pulsado el botón de «cerrar las puertas».

—Adiós, Oliver. Que tengas una buena vida.

O no. Realmente no me importaba en lo más mínimo.

En cuanto el ascensor descendió con un gruñido de los engranajes, sentí que el aire alrededor se aligeraba. Me di la vuelta, apoyé la espalda contra la pared, cerré los ojos y respiré hondo. Entré en una lucha por mantenerme en pie. Y finalmente, perdí. Me deslicé hasta la lujosa alfombra, me agarré la cabeza e intenté hacer mi ensayada rutina de respiración profunda.

Los años de terapia se habían esfumado con una simple mirada de sus ojos.

Se había quedado con el anillo de diez dólares que le había regalado. Mi única posesión de niña. Me lo había ganado en una feria. Todo mi pasado me volvió de pronto y lo miré de frente. Sin rodeos. Me recordó todo lo que había perdido.

Mi mundo entero.

CAPÍTULO DIEZ

Oliver

—¿Entonces vas a dejarme conducir tu Ferrari? —chilló Frankie mientras aplaudía como una foca.

Te dejaré conducir un maldito tanque M1 Abrams con tal de que me dejes en paz.

—Claro. —Le lancé las llaves—. Intenta no chocarte con nada.

—No prometo nada. —Frankie hizo girar el llavero sobre el dedo índice—. Pero me gusta tu optimismo. ¿Por qué tienes los ojos rojos e irritados?

—Demasiada marihuana.

No fumaba marihuana. Pero iba en camino de pasar directamente a la metanfetamina si no conseguía borrar a Briar Rose de mi memoria en las próximas horas.

Briar. No Briar Rose, imbécil.

Pero todavía olía igual que Briar Rose. Dulce, floral y tan tentadora que tuve que luchar contra una erección el instante en que me tocó.

Era la misma, uñas mordidas y todo; y a la vez... era diferente. Más feroz.

Frankie hizo un puchero mientras daba vueltas por el vestíbulo principal.

—¿Puede ser que estés… como… enamorado de la coordinadora de intimidad? —Entrecerró los ojos—. Porque nunca te había visto así.

—¿Así cómo?

—No sé... afectado.

¿Era posible que estuviera realmente enamorado de una mujer a la que no había visto en quince años? Lógicamente, no. Pero la lógica era un concepto ajeno para mí en ese momento. ¿Qué eran, al fin y al cabo, las construcciones sociales?

—Vete a casa, Franklin.

—Mi casa está en Georgia.

—Es lo que digo.

—Espera... ¿Puedo quedarme con el coche?

—Si te lo doy, ¿te irás?

—Sí.

—Felicidades. Eres dueña de un Ferrari.

Ella se encogió de hombros y se alejó con paso firme hacia los ascensores, contoneando las caderas de un lado al otro. En cuanto desapareció por las paredes metálicas, salí disparado al bar al otro lado del vestíbulo y me desplomé en un taburete.

El Grand Regent presumía de tener la exquisitez de lo antiguo, en una mezcla moderna de Hogwarts y Hotel Lutetia. Había unos sillones reclinables tapizados de cuero marrón que flanqueaban unas elegantes mesas de caoba. Los candelabros de cuernos decoraban el techo por encima de todo el largo de una barra con espejos.

Di unos golpecitos con los nudillos sobre la barra y dije:

—Un Sazerac.

Kelsey, mi camarera, más inteligente de lo que podía esperarse para su edad, me echó una mirada furtiva:

—¿Solo?

—Por desgracia. —Agarré un ejemplar del *Wall Street Journal* y me puse a ojearlo sin leer nada en concreto—. Pero teniendo en cuenta el mal momento que estoy pasando con el sexo opuesto, tal vez debería replantearme mi estado actual.

—¿Quieres contarme más?

El halo de rizos oscuros que le enmarcaba los ojos amables del rostro le rebotó en la sien cuando empezó a agitar la coctelera con la absenta y el coñac, con un terrón de azúcar.

—No. Prefiero rumiar mi autodesprecio en silencio, por favor.

La pequeña Briar Rose ya no era tan pequeña. El refinado capullo de rosa había florecido y se había convertido en algo más delicado y prohibido aún. Y de una belleza que seguía siendo descuidada. Azarosa. Una mezcla embriagadora de flequillo ondulado largo, moño alto desordenado, chaqueta vaquera holgada y medias altas hasta la rodilla. No me sorprendió que tuviera estilo y fuera impecable. Pero sí me descolocó por completo que siguiera siendo tan única. Llevaba tirantes ¡Tirantes! Todo el conjunto completo era un gesto de desquicio a sus padres, que decía «a la mierda».

Kelsey me sirvió el trago con una gran sonrisa. Lo probé y tiré el periódico al otro lado de la barra, incapaz de concentrarme. Me dije para mis adentros que no importaba el hecho de que apenas había unas doce plantas de distancia hasta donde estaba Briar. Y que no me importaba y listo.

Pero cada vez que sonaban los ascensores, me daba la vuelta para mirar y me desanimaba cuando veía salir a cualquier idiota que no fuera ella.

Pero si la estás esperando, imbécil.

Hice una pausa; el frío del vaso helado sobre mis labios. *Mierda y más mierda*. De pronto me di cuenta de cómo me vería desde fuera, sentado ahí, como un acosador, listo para tenderle una emboscada en cuanto terminara de trabajar.

Es que tenía que volver a verla. Era una necesidad, no un deseo.

No significa nada de nada. No es que te interese retomar lo que teníamos. Solo sientes... curiosidad.

Claro. Curiosidad. No significaba nada que le hubiera dado instrucciones al personal de todas las jerarquías, desde directivos hasta botones, de que dejaran salir al equipo solo por la puerta principal. O de que había hecho todo lo posible para asegurarme de que ella pasaría por el vestíbulo si quería escapar.

Nos volveríamos a ver, le gustara o no.

Y no, no significaba nada,

Briar se había convertido en coordinadora de intimidad. ¿Acaso eso significaba que ahora vivía en Estados Unidos? No necesariamente. ¿Estaba casada? ¿Tenía novio? ¿Estaba en contacto con sus supuestos padres? ¿Se había puesto en contacto con Cooper alguna vez? ¿Era feliz?

Estaba bastante seguro de que podría encontrar la respuesta a la mayoría de estas preguntas. Por supuesto, no tenía ningún derecho. Hacía tiempo que había tomado la decisión ejecutiva de dejarla en paz después de descubrir mi verdadera naturaleza, y por las malas. Yo era, y seguía siendo, un desastre andante y parlante. Listo para

arruinarle la vida a alguien en cualquier momento. Cuanto más me alejara de ella, más segura estaría.

Eso debería haber sido suficiente para sacarme de mi asiento y meterme en el Ferrari con Franklin.

Y sin embargo…

Sin embargo.

Me giré hacia los ascensores, esperando a que ella apareciera. Cada vez que se abrían las puertas y salía una pareja enamorada, un hombre de negocios o una manada de turistas, apretaba los dientes hasta que sentía que se desintegraban en polvo.

Pasó una hora, y después otra.

Finalmente, a las nueve de la noche, chasqueé los dedos.

Al instante y al pie, se materializó Kelsey por detrás de la barra.

—¿Señor?

—Que evacúen la planta de la suite presidencial.

—¿Quiere decir la habitación?

—Toda la planta.

No estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

—Eh... ¿les doy una razón?

—Porque lo digo yo.

Diez minutos después, empezó a dispersarse el equipo de rodaje, que salía poco a poco por los ascensores. El personal de rango más bajo, de peluquería y maquillaje, salió primero, seguido de los técnicos y camarógrafos. Después vinieron los productores, el director y sus asistentes. Y, por último, los actores.

Vi de reojo a la infame de Scarlett Boureanu, una pelirroja sensacional que se había convertido en la última adquisición de

Hollywood. Me guiñó un ojo, pero fingí no darme cuenta y estiré el cuello para ver a la mujer que iba detrás de ella.

Efectivamente, era Briar. A diferencia de su glamurosa clienta, llevaba una gorra verde desgastada, una gabardina y una revista con la que se cubría la cara.

Pero le reconocí los mechones de cabello rubio oscuro.

Abandoné el taburete y di unos pasos rápidos hacia ella.

—Briar, espera.

Pero no esperó.

Es más, aceleró el paso.

Las zapatillas chirriaban sobre el mármol mientras avanzaba con la cabeza agachada y salía apresurada por la entrada, abriéndose paso en medio del grupo de botones y porteros.

—Señor von Bismarck, ¿no le enseñó su madre a captar las señales de un rechazo? —me dijo Scarlett desde unos pasos atrás, tomándose el tiempo de saborear las palabras.

La ignoré y seguí corriendo más rápido hacia Briar. Me di cuenta de que estaba siendo irracional. Casi como un depredador. En cualquier caso, daba igual. Aunque quisiera explicarle por qué había desaparecido hace tantos años sin decir ni una palabra, cosa que quería hacer, no podía.

No habría podido transmitírselo por carta, ni por correo electrónico, ni por teléfono en aquel momento, y tampoco podía hacerlo ahora. Había prometido no decir nunca ni una sola palabra de lo que había pasado, y tenía la intención de cumplirlo. Pero ella era la única persona a quien quería contarle la verdad.

Briar aceleró el paso.

—Déjame en paz.

Hacía frío, el día estaba húmedo, y ya oscurecía. Quedaban los últimos restos de un día de febrero. Aunque Briar iba bastante abrigada, recordé que siempre era bastante friolera, incluso en verano.

—Por favor, para. Entra y hablemos.

Yo no suplicaba jamás.

Y acababa de hacerlo.

Pero Briar seguía avanzando rápidamente por la pasarela, un revuelo de ropa caóticamente estilosa que iba alejándose de mí cada vez más.

—No pienso dedicarte ni un minuto.

Aceleré el paso. Nos íbamos acercando a una hilera de árboles iluminados por la luna.

—No tardaré mucho.

Más allá de los árboles, se desplegaba el campo de golf. Estaba en construcción todavía, cerrado al público en general.

Briar corrió más rápido.

—¿Quién hubiera dicho que eras pura fachada? —El viento le distorsionó la voz a un volumen irregular—. Bueno, yo me lo podría haber imaginado fácilmente. Nunca fuiste de los que hacen lo que prometen.

Yo no era eso.

Mantuve el negocio familiar a flote cuando mis padres se hundieron en una profunda depresión y mi hermano desapareció por completo.

—Jamás quise hacerte daño.

Ella me ignoró, dobló a la derecha de golpe, pasó de largo por la zona de árboles y se metió en el campo de golf.

—Detente de una vez —le ordené; avanzábamos los dos tropezándonos a cada paso por el camino inclinado en medio de la oscuridad—. O alguno de los dos saldrá herido.

—Espero que seas tú. Y no me importará, vendehúmos.

—No soy un vendehúmos.

Se me tensó la mandíbula. Por lo general, en el Grand Regent, que me percibieran así erróneamente no me molestaba y hasta me convenía. Pero con Briar, por alguna razón quería contarle la verdad. Ni siquiera importaba demasiado. La noche terminaría, llegaría la mañana y cada uno seguiría su camino. No había otra opción. Seguí hablándole:

—Además… ¿Qué es eso de «coordinadora de intimidad»? —le dije y chasqueé los labios con desdén, a ver si lograba enfurecerla y que se detuviera. Agregué—: No es un trabajo de verdad.

Funcionó. Se detuvo en seco, apenas a unos metros de un obstáculo de agua del campo de golf.

—Sí que lo es y, a diferencia de ti, me gano la vida haciendo lo que me gusta. —Frunció los labios, se dio vuelta para mirarme—. ¿Sabes qué? Toda la vida soñé con tener a alguien que me protegiera. Alguien que velara por mis intereses y mi bienestar. Esa persona nunca llegó. No fue ni mi madre, ni mi padre, ni mi padre biológico y mucho menos tú.

Le tembló la voz al pronunciar lo último, como si el solo hecho de pensar en mí le repugnara. Hubiese querido morirme ahí mismo; perecer a sus pies por haberla defraudado.

—Briar…

—No he acabado. No tienes derecho a interrumpirme. —Se le formaba una nube alrededor de los labios cuando las palabras se

encontraban con el aire fresco—. Y, a fin de cuentas, yo no elegí esta profesión. Ella me eligió a mí. Quise dedicarme a hacer que otras personas se sintieran protegidas en momentos vulnerables. Me gusta entrar en un rodaje y saber que mis actores confían en que velaré por su bienestar a toda costa. Mi trabajo me permite ser la madre y el padre de una persona. O la hermana, o la amiga. El mundo no fue amable conmigo. Así que me aseguré de poder serlo yo. Para corregir mi error.

Leí su mensaje entre líneas: el error que quería corregiera yo. Y no quería que volviera a joderle la vida. Recibido. Punto.

Sin embargo…

Sin embargo, ahí estábamos ambos, agitados, tratando de recuperar el aliento. Briar se inclinó, con las manos sobre las rodillas; los mechones del flequillo pegados a la frente y a la sien por debajo de la gorra.

—Lo siento. —Se lo decía en serio—. Lo siento de verdad que te haya pasado todo eso. Todo. Y lo siento por haber sido otra persona más que te decepcionó… Pero yo también tuve mis propios problemas.

Briar frunció el ceño y empezó a abrir los labios como para decir algo pero, de pronto, los cerró con fuerza. Los ojos también. Tomó una, dos y hasta tres respiraciones profundas. Después, volvió a abrirlos.

—¿Qué pasó?

Era mi momento de decirle la verdad.

La revelación horrible.

De que yo era un monstruo.

Y no podía decírselo.

No me salían las palabras.

—¿Y bien? —Levantó el mentón, su mirada era penetrante e inflexible—. Es la segunda vez que me persigues en el día de hoy. Dime qué era lo que te mantenía lejos de mí. Sé que fui intensa durante mi juventud. Me doy cuenta de que te presionaba. Pero podrías haber llamado alguna vez; decir algo, al menos. Decir amablemente que estabas ocupado, que no te interesaba seguir en contacto y que podríamos hablar de vez en cuando, como amigos y nada más. En lugar de eso, cortaste la relación de un modo brutal; y cuando me presenté en tu casa, llamaste a seguridad para que me escoltara hacia la salida.

Hice una mueca de dolor. Eso había pasado al poco tiempo de graduarme en Harvard, antes de escaparme a Cambridge a hacer mi máster. Ella había sido una criatura diminuta y desolada. La habían ahogado en la tormenta hasta el cansancio. Estaba completamente sola. Y no la dejé ni entrar.

Tenía razón. Era un monstruo. No merecía ni el perdón.

Agaché la cabeza y no dije nada.

—Claro que sí. Eres todo un caballero, joder, Oliver. —Briar sacudió la cabeza y levantó las manos—. Nada ha cambiado en absoluto. Tú menos que nadie. La próxima mujer que te diga que te quiere es una idiota.

Briar dio media vuelta y salió caminando con dificultad hacia el borde del obstáculo de agua del campo de golf. Debajo del manto de oscuridad, el cerco de tela que lo bordeaba casi no se veía. Las piernas se le enredaron en la malla.

—Mimitos, cuidado. Hay un...

Tropezó hacia delante y cayó hacia el otro lado, mientras agitaba los brazos nerviosamente. Escuché un gruñido seguido del golpe sordo de la cabeza de Briar chocando contra lo que esperaba, joder, que no fuera la camioneta Bobcat aparcada al borde del estanque, y finalmente… un enorme chapuzón. Pasaron unos segundos: el tiempo quedó suspendido. La hoja de la guillotina flotando en el aire; un recuerdo que se me estrellaba contra el cuerpo con una fuerza terrorífica. Me quedé paralizado, sin poder mover ni un dedo.

Pero de pronto recordé que Briar estaba en peligro, y todo se desvaneció de mi mente.

Mierda.

Me saqué la chaqueta de un tirón, encendí la linterna del móvil y salté al estanque. El agua helada me perforaba la piel. Nadé en la oscuridad total, tratando de encontrarla. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Cada vez que me sumergía salía sin nada. El pánico empezó a devorarme como un fuego por dentro. Cada segundo para ella dentro del agua helada era un segundo que no podía darse el lujo de pasar.

Decidí dividir el estanque por secciones y sumergirme en cada uno por turnos, cada vez que inhalaba. Funcionó. En la quinta inmersión, logré agarrarle el dobladillo de la gabardina.

Fue una batalla terrible de regreso hasta la orilla, pero cuando la tumbé sobre el césped cuidadosamente cortado y le presioné los dedos temblorosos sobre el pulso del cuello, identifiqué el inconfundible latido cálido que me retumbó en la piel. Débil, pero presente.

Solté un suspiro ahogado de alivio, pero al instante me di cuenta de que tenía el cuero cabelludo, y de hecho todo el rostro, de un

color mucho más oscuro que el resto del cuerpo mojado. *Sangre.* Tenía la cara cubierta de sangre. Seguro que se habría golpeado la cabeza al caer y se había hecho daño.

La sangre.

El agua.

La herida.

Una corriente de recuerdos se abrió camino por mi mente como la compuerta de una presa. Cogí el teléfono y pedí ayuda.

Ya habría tiempo para derrumbarse.

Pero ese tiempo no había llegado todavía.

CAPÍTULO ONCE

Briar Rose

Dieciséis años de edad

Otro verano, otra rosa.

—Una azul violeta. El color más raro para una rosa. Y qué coincidencia, es el de tus ojos. —Ollie inclinó la cabeza para besarme el dorso de la mano libre, sin apartarme la mirada ni un segundo—. Y el color de mis pelotas todo el año.

Me reí.

—¿Tanto te masturbas, pervertido?

—Soy el más pervertido. Ni te imaginas. Y tú eres la novia del pervertido. —Oliver se dejó caer a mi lado con todo su montón de miembros musculosos y bronceados—. ¿Qué dice eso de ti?

Arqueé una ceja.

—¿Que mi gusto en cuanto a los chicos deja mucho que desear?

El pecho de Ollie retumbó de risa mientras se inclinaba para darme otro beso. Me miré la camiseta básica y los vaqueros sencillos

que llevaba, y deseé haber podido ponerme el precioso vestido que me había cosido para esta ocasión: su primer día de regreso a Suiza.

Seb me había advertido que su hermano trataría de darme una sorpresa. Y, aun así, Oliver consiguió llegar cuando menos lo esperaba: estaba tumbada en la orilla del lago, holgazaneando debajo del sol, trazando con el dedo las formas de las nubes gordas y esponjosas.

Me puso la rosa en el pelo, como hacía siempre, apoyándose en un codo y mirándome con una sonrisa soñadora. Me la saqué de entre los mechones y me la acerqué a la nariz.

—¿De dónde la has sacado?

—De Austria.

Le arranqué un pétalo aterciopelado y me lo froté entre los dedos.

—¿Es natural el color azul?

—No. Las riegan manualmente con un agua especial que tiñen. Aún no se ha conseguido cultivar rosales en este tono. Y lo sé porque estoy muy interesado en este proyecto.

—¿Cultivar rosales? —le dije con tono burlón—. Has usado esas palabras para impresionarme, ¿no?

Él miró al cielo con aire suspicaz:

—Está bien, sabelotodo.

—¿Por qué te interesan las rosas azules?

—Porque una vez que se conviertan en bienes de consumo, podré enviarte un ramo cada fin de semana.

Sentí como si él moviera el suelo debajo de mis pies para enseñarme a volar. Como si empezara a flotar en el aire, movida por alguna especie de hechizo. Oliver me sacó el pétalo de entre los

dedos y me acarició con él, lo pasó por mi cuello y se me puso toda la piel de gallina.

—Parece que las rosas azules simbolizan el amor no correspondido y un deseo profundo hacia lo que no puede obtenerse.

Tragué con dificultad, con el corazón agitándose en mi pecho.

—Tu amor no es no correspondido.

Deslizó su nariz sobre la mía y dijo:

—Ah, ¿no?

Negué con la cabeza y con el movimiento nuestras narices se frotaron hasta acabar en un beso.

—Qué bien. —Me dio un beso corto en los labios—. ¿No te enamoraste de nadie más durante el año? ¿Hay alguien a quien tenga que matar?

Por poco me ahogo de la risa.

Hasta ese momento, mi estancia en Surval Montreux no podía describirse como placentera. Lo menos que podía llamarse era desafiante. Era como un bicho raro; no encajaba en ninguna parte.

Para empezar, no tenía padres. Las demás chicas podían oler esa debilidad a kilómetros de distancia. Podían ver que siempre me quedaba cerca de la universidad cuando teníamos unos días libres mientras ellas se subían a sus aviones privados a encontrarse con la familia en las residencias más lujosas y los condominios más exclusivos.

Mis padres apenas me contestaban a las llamadas. Y cuando lo hacían, usaban los casi sesenta segundos que teníamos para regañarme por tratar de contactar con otros familiares.

—Deja de molestar a mis hermanas —me decía mi madre molesta —. Ya te lo he dicho mil veces: no es más que una pérdida de

tiempo y energía. No tengo contacto con ninguna de ellas. Tienen demasiados celos de nuestra riqueza y de nuestro éxito.

Daba igual.

Total, no me contestaba nadie.

Al final, dejé de intentarlo.

Mis compañeras de clase me apodaban de mil maneras distintas: empollona obsesiva, ratón de biblioteca, la llanera solitaria y, el peor de todos, Rosa Llorosa, gracias al momento en que me encontraron llorando desconsoladamente en el baño porque mis padres se olvidaron de mi cumpleaños. Lograban que todos los atributos de los que me enorgullecía se transformaran en un insulto: mi intelecto, mi sensibilidad, mi forma de ser introvertida.

Por otra parte, decidí sumergirme en el estudio. Si no tenía familia ni amigos, al menos tendría un gran futuro. Me quedaba horas tirada en la cama imaginándome la vida que tendría cuando me mudara a Estados Unidos. Los amigos, las residencias de estudiantes, las fiestas, las vacaciones de verano.

Podría compensar todo el tiempo perdido.

Podría crearme mi propia burbuja de personas que me quisieran.

Y todo esto sería un recuerdo del pasado.

Aunque sabía, muy en lo profundo de mi ser, que a pesar de todo los traumas dejaban cicatrices permanentes. La distancia solo nos dejaba ver lo lejos que habíamos llegado.

—Claro que no me enamoré de nadie. —Me puse la piruleta en la boca, y le daba vueltas con la lengua. Los labios se me hincharon y seguramente estaban manchados del rojo cereza del caramelo. Sabía que él no se iba a resistir a darme un beso verdadero—. ¿Y tú? ¿Te enamoraste de alguien?

—No. —Me tomó la mano y empezó a besármela con besos salteados, esponjosos, delicados y suaves, rebosantes de alegría. Su aliento cálido me recorría los dedos, sus labios se deslizaban por la palma de mi mano abierta y mis nudillos—. Creo que no lo acabas de entender. Estoy tan obsesionado contigo que ni les he contado a mis amigos de tu existencia. Estoy tan perdido por ti que la sola idea de que otros chicos sepan de ti me enferma de celos. El otro día, Romeo vio una foto tuya en mi fondo de pantalla y me preguntó quién eras. Le di un puñetazo.

—Mmmh. —Me estiré hasta besarlo en los labios—. Masculinidad tóxica. Mi sabor favorito en chicos.

Me lamí los labios y él se rio, sin dejar de besarme, trataba de agarrarme la punta de la lengua con los dientes.

—¿En chicos? —dijo, con un gruñido—. ¿En plural?

—En el único que hay: tú.

—Mierda. —Suspiró—. Esto es malo.

Me besó en la mejilla, la punta de la nariz, el extremo de las pestañas.

—¿El qué es malo?

—Lo entrelazada que estás con mi alma. Como un enredo en el pelo imposible de deshacer.

—Qué poético —dije, con sorna—. Ni John Keats podría igualarte.

—No pienses en otros hombres cuando estés conmigo.

—Ollie, John Keats murió hace más de doscientos años.

Empezó a besarme el hombro al descubierto.

—No hace tanto, entonces.

El tirante de mi camiseta se deslizó hasta el codo dejando a la vista la curva de mis pechos por encima del dobladillo de la tela.

Cuando Ollie estaba conmigo, yo vivía al máximo. De pronto, empezaba a apreciar todo lo que me rodeaba. El aroma de los capullos en flor y del agua dulce que corría. El trinar de los pájaros y las risas de la gente desconocida que pasaba. Ellos también se convertían en recuerdos felices.

—¿Buscamos formas en las nubes? —susurró con sus labios rozando mi sien.

—Sí.

Entrelacé mis dedos con los suyos y lo sentí natural y correcto. Como si nunca nos hubiéramos separado.

Miré hacia el cielo.

—Ahí veo un conejito.

Él señaló una nube enfrente de mi hombro izquierdo.

—Un pene gigante.

—¡Ollie! —Me tapé la boca con la mano abierta para frenarme las carcajadas que querían salir.

—¡Vamos! Te ríes porque sabes que es así. Si tiene una corona más grande que la del Príncipe Eduardo.

—Ahora sí que te estás ganando un puñetazo.

—No sirve que me amenaces con algo bueno. Cada vez que me tocas, para mí es una fiesta.

Extendí los brazos sobre el césped cuidadosamente cortado. Una mariquita aterrizó sobre la punta de uno de mis dedos y dejé que caminara por encima.

Oliver apoyó el mentón sobre mi hombro y ambos nos quedamos mirándola, en silencio.

—¿Qué tal va el cielo? —Recorrió el camino de la mariquita y me tomó de la muñeca; su pregunta hacía referencia a lo que le dije la

noche de nuestro primer beso. Desde esa vez, solía preguntármelo de ese modo—. ¿Volvió a caerse sobre ti?

—No; mientras estés cerca, no.

—Te dije que lo aguantaría. —Me hizo cosquillas en el hombro con la sonrisa—. Estuve pensando…

Fruncí la nariz y le dije:

—¿Pensando o soñando despierto?

—Ambos. Cuando se trata de ti, se me mezclan. —Me agarró de la mano y entrelazó los dedos con los míos una vez que la mariquita salió volando—. Nuestros padres se ven cada tanto y nuestras casas de verano están una enfrente de la otra. ¿Por qué no te quedas con nosotros a pasar el verano? Puedes quedarte en la caseta al lado de la piscina.

Tragué con dificultad. Cualquier chica le habría dicho a su novio que sus padres no la dejarían pasar el verano entero en la misma casa que un chico con las hormonas revolucionadas, pero en mi caso, estoy segura de que estarían aliviados.

Todavía odiaban mi presencia ahí donde estuviera.

Solo que, ahora, todo tenía sentido.

Yo era la prueba viviente y fehaciente de la infidelidad de mi madre.

Desde el momento en que supe de la existencia de Cooper, dos años atrás, no había dejado de buscar información sobre él. Y siempre volvía al mismo punto muerto.

Me aterraba la idea de abordar el tema con mi madre, pero estaba desesperada por encontrar a mi padre biológico. Los pensamientos me atormentaban desde aquella noche.

De lo único de lo que me arrepentí desde entonces fue de no haberme animado a salir de mi escondite ahí mismo y rogarle que me llevara con él.

Mamá no me conocía para nada. Prefería comer fideos instantáneos, beber agua sucia del grifo y tener un padre cariñoso que lo que fuera mi familia actual. Sin duda. Un corazón lleno de amor vale más que una cartera llena de dinero.

—Ya veremos. —Me saqué la piruleta de la boca y la tiré en mi bolsa de residuos junto con la botella de agua y los caramelos. La misma mariquita de antes se me posó en el pecho.

Se detuvo al sentir que se me hundía y volvía a elevarse con una respiración profunda. Después, siguió explorando.

—Solo era una sugerencia. —Ollie se incorporó y se apoyó en los codos, me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Sin presiones. Solo que cada momento que estás lejos de mí es como una tortura.

Levanté la mariquita con cuidado con las dos manos y la deposité en la hierba por encima de mi cabeza. Después, me di la vuelta y miré a Oliver:

—¿Y qué pasará si no te sientes más como ahora en dos, tres o cinco años? Cuando vayas a la universidad y conozcas a todas esas chicas preciosas…

—Conozco chicas preciosas todos los días. —Se encogió de hombros y, si bien las palabras eran para tranquilizarme y para demostrar su intención, el corazón se me estrujó hasta dejarme sin aliento—. No hay nadie que pueda ser más bonita que la chica de quien estoy enamorado. Está comprobado científicamente.

No era la primera vez que me decía que estaba enamorado de mí. Me lo había dicho el año pasado, durante el verano, cuando nos bañamos desnudos en el lago.

Yo sabía que lo decía en serio.

Y también sabía que los sentimientos, como las estaciones, tenían tendencia a cambiar.

—Ey, escúchame bien, mírame a los ojos. —Me acarició la cara, rodeándola con sus grandes manos, y me miró fijamente a los ojos. Esa mirada era como un trueno que me retumbaba en el pecho y me partía en dos—. Sé lo que estás pensando en este instante y tienes que dejar de hacerlo ya mismo. Olvídate de que somos muy jóvenes. De que la probabilidad nos juega en contra. No pienses en estadísticas ni en experiencias de vida, ni en todas esas idioteces. Acuérdate de lo importante, ¿eh?

—¿Y qué es lo importante? —le pregunté, orgullosa de que no me temblara la voz, de que no se me quebrara en mitad de la frase.

—De que soy tuyo. Por completo. Incondicionalmente. Trágicamente. Aceptaría estar contigo aun si me odiaras, antes que estar con nadie más. Tu ira supera toda compasión. Tus sonrisas ganan a las sonrisas de cualquier otra persona. Un momento contigo supera una vida entera con quien sea. Eres la única para mí.

Se inclinó hacia delante y estrelló su boca contra la mía, en un beso lento, puro y tranquilizador. Yo tenía el sabor de la piruleta de cereza y él, sabor a verano y a amor eterno. Las briznas de hierba nos hacían cosquillas en las orejas. Él abrió la boca y deslizó su lengua contra la mía, mientras me acariciaba la nuca con los dedos. Las uñas cortas me recorrían el cuero cabelludo y se me ponía la piel

de gallina con cada contacto. Los pezones se me endurecieron debajo de los tirantes que sujetaban la camiseta de tela delgada.

No llevaba sujetador. Ollie lo sintió.

Y yo lo sentí a él.

Se me escapó un gemido por la garganta con el baile de nuestras lenguas. Nos degustábamos, nos estimulábamos, nos buscábamos. Nos amoldábamos el uno al otro a la perfección, con el sol lamiéndonos la piel desnuda; y en ese momento, me sentí invencible.

No había nada en el mundo, por más grande que fuera, que pudiera detenerme.

Ningún problema podía superarme, por fatal que pareciera.

Imposible, con Oliver a mi lado.

Si el cielo se me cayera encima, él lo aguantaría.

—Eres la única para mí, Briar Rose —me susurró en la boca sin dejar de besarme—. Tú eres el puto universo para mí.

CAPÍTULO DOCE

Briar

Abrí los ojos con un gemido de lo más lujurioso.

Un torrente de luces fluorescentes me cegó, ahuyentando el recuerdo del toque mágico de Ollie en el lago. En cuestión de segundos, la realidad disipó aquel delicioso sueño.

Volví a cerrar los ojos con fuerza, con miedo de enfrentar dicha realidad. Me dolía todo. Me sentía entumecida, algo no iba bien… ¿dónde demonios estaba?

Sentía como si me hubieran metido dentro de una lavadora cargada al máximo y me hubieran dejado allí durante los cuarenta minutos del ciclo entero de lavado. Empapada, aporreada, revolcada contra las paredes y estrujada varias veces hasta secarme. Traté de enderezarme en la cama, pero los hombros me crujían como hojas secas. El propio peso del aire me impedía mover los brazos. Inspiré una bocanada profunda y me arrepentí al segundo, una segunda ola de dolor se me disparó desde los pulmones hasta la garganta.

Está bien. Estás viva. Ahora lo sabes gracias al hecho de que TE DUELE CADA CENTÍMETRO DEL CUERPO.

Volví a permitirme abrir los ojos con un parpadeo. Un mar de tonos azules pastel apareció borrosamente. Pestañeé hasta que las paredes quedaron fijas ante mi vista e hice un inventario del resto de mi cuerpo.

Unos tubos se enredaban como serpientes por los brazos y el pecho, que me aferraban a una cama grande. Tenía varios monitores a los lados de la cabeza. Y había unas cuantas agujas clavadas en mis venas a cada lado, pegadas con fuerza contra la piel.

Las agujas me daban náuseas. Eso lo sabía. No porque me acordara sino por la sensación desagradable y caliente que se me iba instalando en el estómago como un goteo.

Era evidente que estaba en un hospital. En Estados Unidos, a juzgar por los carteles que tenía enfrente.

¿En qué momento me mudé a este país?

Tenía un recuerdo vago de haber subido a un avión, pero no recordaba ni cuándo, ni por qué, ni con quién.

Había muchas cosas que no me acordaba.

Me latía la cabeza sin parar y los pensamientos nadaban sueltos en contra de una corriente de pegamento viscoso. Me llevé la mano a la frente y acaricié lo que parecía una gasa apretada contra mi cráneo. Mechones de cabello dorado se enredaban en mis dedos, enmarañados de sangre. El corazón se me había subido a la garganta y luchaba por latir.

¿Qué me ha pasado?

Piensa, piensa, piensa.

Una maraña de pensamientos enredados me nublaron en la mente. Traté de organizarlos de algún modo y formé unas columnas

mentales para contrastar lo que identificaba como hechos y lo que suponía:

Los hechos:

– Estaba en una habitación de hospital.
– Era de noche. (En el reloj se veía la hora: «las 4 a.m.»; y a través de la ventana podía ver que se extendía una oscuridad total.)
– Ya no era más una adolescente sino una mujer. (Pruebas: Mis pechos.)
– Había tenido algún tipo de accidente (choque automovilístico, lanzamiento en paracaídas con un mal final, una vuelta dentro de una picadora de carne, de acuerdo con el nivel de dolor que sentía.)

Las suposiciones:

– Estaba en Estados Unidos.
– Ya no estaba en contacto con mis padres.
– Tenía pérdida de memoria.

Con eso último, el pulso se me aceleró al máximo. Sentía que tenía unos vacíos gigantescos en la memoria como si me hubieran agujereado el cráneo con un taladro. Me devané los sesos en busca de lo último que podía recordar e hice caso omiso del dolor punzante y agudo que me perforaba como un cuchillo. Un hotel. Recordaba un hotel. Un lugar hermoso. Pero no podía recordar qué hacía allí ni con quién estaba.

El pánico se me arremolinó en el estómago y me clavó las garras en todo su recorrido hasta la garganta. Se abrió la puerta de la habitación y entró un hombre con una bata blanca y pulcra. Caminó hacia mí con paso lento, balanceando una carpeta en la mano. Era médico.

—Ah, señorita Auer. —Me ofreció una sonrisa cálida—. Está despierta.

No pareció sorprenderse.

¿Quizás no sea tan grave la cosa?

Noté que me llamó señorita Auer. ¿Eso quería decir que no estaba casada? Definitivamente, no recordaba haberme casado.

Traté de incorporarme para adoptar una posición sentada, pero me arrepentí de inmediato. Se me escapó un quejido por entre los labios. Me dolía todo, y demasiado.

—Por favor, no se incorpore. Yo me acerco. Le hemos administrado una buena cantidad de calmantes y posiblemente todavía pasen unas cuantas horas hasta que pueda caminar.

—¿Estoy muerta?

La pregunta se me escapó sin querer. A la vez, sentí que quería saberlo.

—No. Ni tampoco está muriéndose. —Sonrió y se detuvo frente a la cama—. Soy el doctor Cohen, fui quien la recibió hace unas horas cuando la trajeron de emergencia. ¿Cómo se siente?

—Como los mil demonios, o peor.

Sacó un bolígrafo de la carpeta y empezó a tomar notas.

—¿Qué le duele?

—Todo el cuerpo excepto los dedos de los pies, que no los siento.

—¿Recuerda qué le pasó?

Negué con la cabeza, y las lágrimas se me empezaron a acumular en los párpados. No sabía nada. Ni qué había pasado, ni dónde vivía, ni quiénes eran mis amigos, ni a qué me dedicaba...

—Por favor, esté tranquila. —El médico hizo una pausa y me dio unas palmaditas en la mano—. Estoy aquí para contarle lo ocurrido.

No tiene de qué preocuparse. Es completamente normal en lesiones como las suyas.

—¿Qu-qué? —tartamudeé al formular la pregunta, con miedo por lo que estaba a punto de escuchar—. ¿Qué me ha pasado?

—Se tropezó y se cayó dentro de un obstáculo de agua en un campo de golf.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Campo de golf?

Yo no jugaba al golf; jamás me había interesado. Jason y Philomena Auer jugaban al golf sin descanso durante fines de semana enteros. Era razón suficiente para evitarlo por completo.

—Al caer, se golpeó la cabeza con gran fuerza contra una máquina y tuvo una conmoción cerebral.

Me cruzó un recuerdo por la memoria como un rayo. Agua. Recordaba el agua. Mucha agua. Por todas partes.

—¿Cuánto tiempo estuve sumergida?

—No mucho. Nos dijo que un minuto o dos.

—¿Les dijo?

—Sí, la persona que la trajo, el hombre que la rescató. —El doctor Cohen dejó a un lado su carpeta y la enganchó al pie de la cama—. Se llama Oliver von Bismarck.

Oliver.

Se me arremolinaron unas mariposas en el estómago. Me acordaba de Oliver. Mi novio. No. Más que eso. Mi… *todo*. Y me había salvado. Todavía estábamos juntos.

Sentí un alivio inmediato que se me expandía por los huesos y desplazaba los nervios que sentía. Eché los hombros hacia atrás y

me asombró sentir que me dolían mucho menos, ahora que tenía algún atisbo de algo familiar a lo que aferrarme.

—¿Él está bien?

—Sí, él está bien. Tiene un guardián más fuerte que un toro. Entró todo empapado y se desnudó en medio del pasillo de entrada en cuanto le aseguramos que usted estaría bien.

Me reí, y se me salió una mueca de dolor al mismo tiempo, de sentir que la garganta me raspaba y se me enroscaba con cada sonido.

—¿Se desnudó?

Sí, eso sonaba a algo que Oliver podría hacer.

—Fue todo un espectáculo para las enfermeras. —El doctor Cohen debe haberse dado cuenta de mi horror porque negó con la cabeza en un gesto de reproche, mientras se le formaba una sonrisa en los labios—. Pero no se preocupe, no llegó a sacarse los pantalones y las enfermeras le dieron una camisa seca para que se la pusiera.

—¿Dónde está ahora?

—Fuera, esperando. ¿Lo recuerda?

—Sí. —Hice una pausa y traté de pensar, traté de acordarme de la última vez que nos habíamos visto. Era como correr hacia una línea de llegada que se alejaba cada vez más—. Recuerdo que somos muy cercanos.

Se me aparecían destellos de recuerdos de ese día en el lago. De él, prometiéndome que estaría conmigo para siempre. De mí, con las uñas clavadas en su espalda para que el beso fuera más profundo. Me sonrojé. Y carraspeé para ocultar la oleada de deseo que me inundó el pecho.

El doctor Cohen esperó pacientemente y me alentaba a continuar con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Él es mi…?

Dejé la pregunta incompleta: *¿pareja?, ¿mejor amigo?, ¿marido?*

No. Mi marido no. No estaba muy apegada al apellido Auer, teniendo en cuenta todo lo que me había pasado. Dudo que hubiera vacilado ante la posibilidad de poder cambiarme al apellido von Bismarck si nos hubiéramos casado.

—Me temo que no puedo proporcionarle esa información. —El doctor Cohen puso el carrito de mi sonda intravenosa en el espacio entre uno de los aparatos y la cama—. Vino con usted en la ambulancia y completó los formularios de ingreso. Puede hablar con él si lo desea. Está aquí fuera.

—Sí. —Carraspeé de nuevo—. Quiero hablar con él. Gracias.

El doctor Cohen ya se dirigía hacia la salida cuando añadí:

—Me voy a curar, ¿no?

El médico acercó un taburete y se sentó. Apoyó los antebrazos en los barrotes de mi cama para empezar a hablar. El corazón me dio un vuelco. No había sido mi intención tener una conversación seria con el médico sentado junto a mi cama. Esperaba más un «sí» rápido, o un «¡claro!». Quizás hasta un pulgar levantado y nada más, pero solo ese movimiento del taburete echaba por los suelos toda la paz que me traía saber que Oliver estaba cerca.

—Sí, señorita Auer, se pondrá bien y se recuperará. —Se tomó el tiempo necesario para responder y eligió las palabras con cuidado—. La amnesia postraumática no es infrecuente en los casos de conmoción cerebral. La mayoría de las personas recuperan toda la

memoria en cuestión de días o semanas. Lo que necesitamos es que se mantenga muy tranquila y se cuide. ¿Cree que puede hacerlo?

Asentí y tragué con mucha dificultad. Me ardía la garganta. Un poco por la sequedad y otro tanto por la posibilidad de no recuperar nunca mis recuerdos.

El médico volvió a tomar su carpeta y la apoyó en el regazo.

—¿Podría decirme qué recuerda de su vida?

Fruncí el ceño y reflexioné sobre la pregunta.

—Recuerdo algunas cosas, pero no el contexto en que sucedieron.

—Totalmente normal.

—Recuerdo mi infancia bastante bien. Diría que hasta los catorce años, posiblemente me acuerdo de todo.

—¿Y después?

—Fragmentos aislados. Me vienen como destellos rápidos, pero se van más rápido todavía. —Hice una mueca de dolor, del esfuerzo de perseguir un recuerdo y no lograr retenerlo. Me dolía la cabeza como si tuviera el cerebro metido en una trituradora.

—No se esfuerce. Los recuerdos vendrán al ritmo que tengan que venir. Puede hacerle daño si los fuerza. —Anotó unas cosas—. ¿Qué más?

—El lago. Recuerdo el lago. Con Oliver. Cuando llegó por sorpresa a verme el primer día del verano en que cumplí dieciséis años.

—Eso está bien. Muy bien.

—También recuerdo otras cosas. Hasta los dieciocho. No todo. Pero sí una buena parte.

—¿Y todo lo que sigue?

—No está.

Frunció el ceño y el ritmo del bolígrafo se aceleró sobre el papel.

—¿Por completo?

—Recuerdo haber tomado un vuelo a Estados Unidos desde Suiza. No estoy segura de cuándo. Debió ser en la universidad, porque recuerdo haber ido a la universidad en Estados Unidos.

—¿A cuál?

—No lo sé. —Me invadió el pánico hasta las tripas y se me instaló en el corazón—. Solo me acuerdo de mi compañera de habitación. Pero no me acuerdo ni del nombre.

—¿Y recuerda de qué trabaja?

—Recuerdo que trabajo, pero no dónde ni en qué. —El pánico volvió a subirme por la garganta y se me arremolinó en una espiral de ansiedad—. No me acuerdo de dónde vivo. No me acuerdo de ninguno de mis amigos. No me acuerdo de si tengo pareja o no.

El doctor Cohen dejó el bolígrafo y me sujetó la mano con fuerza:

—No pasa nada si no recuerda esas cosas. Ya recuerda muchas otras. Eso es bueno. Es un muy buen comienzo. Siga por ahí.

Una de las luces del techo parpadeaba por encima de nosotros. Aparecieron unas sombras sobre los ojos profundos del doctor Cohen. Traté de concentrarme en ellas en lugar de la frustración que me recorría.

Después de un silencio largo, suspiré y le dije:

—No recuerdo dónde viven mis padres ahora mismo, pero sí recuerdo que no estoy en contacto con ellos. No recuerdo mi trabajo, pero recuerdo que... ¿cosía ropa interior?

Ropa interior. Un hotel. El golf. Nada tenía sentido.

El doctor Cohen soltó una risa incómoda.

—Puede que no lo crea, Briar, pero todo esto es muy positivo.

Briar.

—Recuerdo haberme cambiado el nombre de Briar Rose a Briar.

Y recordaba tener una razón para ello. Algo traumático que me había pasado, algo que me había hecho llorar mucho, que me traía mucho dolor y decepción. Pero por más que lo intentaba con todo mi ser no podía recordar qué era.

El doctor Cohen se incorporó en el asiento, esperando con paciencia mis palabras. Por momentos, escribía algo en su carpeta. Me hizo un par de bromas. Después, me aseguró que había muchas formas de ayudarme. Que me harían pruebas, que comenzarían un tratamiento y que haríamos juegos interactivos que me refrescarían la memoria. Que lo único que tenía que hacer era confiar en el proceso y mantener la calma.

Luego volvió a preguntarme:

—¿Quiere que traiga al señor von Bismarck?

—Sí.

No lo dudé ni un segundo. Había muchas cosas que no sabía con certeza, pero sí estaba segura de que quería ver a Oliver. De que él tendría, al menos, algunas respuestas. Oliver era siempre mi lugar a donde regresar. Era la única dirección en la que había ido mi corazón.

—Háganlo pasar.

CAPÍTULO TRECE

Oliver

Romeo Costa: ¿Es cierto lo que dicen?
Ollie vB: No sé de qué te sorprendes, si me has visto desnudo muchas veces... Sabes bien que no mide menos de treinta centímetros.
Romeo Costa: Estás confundido: son veinte y en un día bueno.
Zach Sun: Se rumorea por ahí que agrediste a una mujer que trabajaba en la película que se filmó en el hotel, donde Frankie estaba de prácticas.
Ollie vB: ¿Con que «de prácticas»? Qué forma tan interesante de decirlo.
Romeo Costa: ¿Tú cómo lo dirías?
Ollie vB: La película donde Frankie hizo destrozos, sembró el pánico, prendió fuego a los muebles. ¿Cuál prefieres?
Romeo Costa: No cambies de tema. ¿Quién es?
Ollie vB: Tu cuñada, por desgracia para ti.
Zach Sun: La mujer a la que acosaste. Frankie dijo que le dejaste tu Ferrari con tal de irte detrás de esa mujer y acecharla.
Ollie vB: Veo que Frankie ha estado hablando bastante.
Romeo Costa: ¿Dónde estás, por cierto?
Ollie vB: En el hospital.
Romeo Costa: ¿EN EL HOSPITAL?
Zach Sun: ¿¡EL HOSPITAL!?
Ollie vB: Tuvo una conmoción cerebral.
Zach Sun: ¿No será hora de llamar a tus abogados, Oliver?

Ollie vB: Yo fui quien la rescató, no quien le hizo daño. Por favor…
Zach Sun: Los llamaré por si acaso.
Romeo Costa: Voy para el hospital.
Ollie vB: No hace falta.
Romeo Costa: Me llevo a Dal conmigo.
Ollie vB: ¿No os parece que ya he tenido suficiente sufrimiento por hoy?
Zach Sun: Ni por asomo. ¿Necesitas que llevemos algo?
Ollie vB: NECESITO QUE NO VENGÁIS.
Zach Sun: Nos vemos en breve.

CAPÍTULO CATORCE

Oliver

Mala suerte. Mal agüero. Maleficio. Yo traía la desgracia a todo lo que me importaba en la vida. Así era antes. Y así era ahora. No había cambiado nada.

Las patas del asiento barato de plástico de la sala de espera traqueteaban debajo de mis pies cada vez que hacía rebotar el talón sobre el suelo de linóleo. Con los dedos, me golpeteaba la rodilla al ritmo de *La Bella Durmiente.*

Tendría que haberlo visto como lo que era: una advertencia. Me las había ingeniado para pasarme quince años sin oír esa música. Y, aun así, el recuerdo de bailarla con Briar había resurgido hacía unos días en una fiesta, cuando una heredera monegasca intentó atraerme a un encuentro sexual rápido en el baño de un reconocido palacio. En medio de todo, sonó el vals, y arruinó el momento.

El reloj colgado encima de la recepción me miraba fijamente. Las dos de la madrugada. Un suspiro se me escapó de los labios e hizo ondear la bata que le había «tomado prestada» a una enfermera que pasaba. Aunque todavía llevaba puestos mis vaqueros

empapados (los mismos con los que había rescatado a Briar), no tenía frío. Gracias a la adrenalina que todavía me recorría el cuerpo, no sentía nada en absoluto. Solo el zumbido familiar de la ansiedad, la emoción y la desesperación que me atacaba las entrañas cada vez que Briar y yo estábamos en la misma zona geográfica.

Los paramédicos me habían dejado ir con ella en la ambulancia, probablemente porque yo tampoco debía verme muy saludable. Para cuando llegamos, Briar había perdido el conocimiento. Los médicos me habían ingresado por separado, me tomaron los signos vitales y me enviaron a dos enfermeras hostiles que se pelearon conmigo hasta que me quité la camisa y me puse algo seco. Desde ese momento, no me había movido de ese mismo rincón de la sala de espera, en el asiento más cercano a la habitación de Briar. Allí fue donde también me interrogaron, y la conversación fue más o menos así:

Enfermera: No podemos localizar a sus contactos de emergencia.

Yo: Sus contactos de emergencia son dos malditos desgraciados negligentes.

Enfermera: Como sea, no hemos podido localizarlos; pero seguiremos intentándolo.

Yo: No vale la pena. Sus padres han desaparecido de su vida desde que era una adolescente. Soy lo más parecido que tiene a un familiar cercano.

Pero ¿acaso eso es lo que yo era? O, mejor dicho: ¿debía serlo?

Pasaron dos horas y yo seguía sentado en la misma silla, esperando las novedades de los médicos. *Por favor, no entres en un coma vegetativo. Odio tener que tomar decisiones importantes, maldita sea. Apenas puedo decidir qué comer cada puto desayuno.*

Me golpeé la cabeza contra la pared y cerré los ojos. Los hospitales me deprimían. Una mezcla potente de lejía, antiséptico y el indescriptible olor de la angustia. Un cóctel con el que me había ido familiarizando bastante a lo largo de los años, que me había pasado sentado durante horas esperando fuera de quirófanos y de unidades de cuidados intensivos. En medio del repiqueteo de pasos, teléfonos que sonaban y pitidos entrecortados de los monitores cardíacos, se oyó el chirrido de una puerta que se abría:

—¿Señor von Bismarck?

Me incorporé de un salto. El doctor Cohen atravesó con paso ágil dos de las filas de asientos y se detuvo justo delante del mío. Por lo general, un rasgo que me enorgullecía de mí mismo era el de no juzgar a las personas por su apariencia, pero si hubiera tenido que elegir a un médico para tratar a Briar, habría sido él. Calvo. Arrugado. Serio. Por mí, podía tener cualquier edad entre cincuenta y cinco y ochenta y tres años. Me daba igual. Siempre y cuando no fuera un residente recién graduado, listo para meter la pata a lo grande al primer intento.

Me apoyé en los brazos del asiento para ponerme de pie y me sorprendí de mi propia inestabilidad:

—¿Qué pasa?

—Las enfermeras me informan de que usted es el familiar más cercano de la señorita Auer.

—Ajá.

Hojeó las páginas de su carpeta, sin apartarles la vista ni un segundo.

—¿Es el novio? ¿El esposo?

Negué con la cabeza.

—Un viejo amigo.

—¿Y sus padres?

—Ausentes.

—¿Hermanos? ¿Pareja?

Me pasé la lengua por el interior de la mejilla mientras saltaba de un pie al otro.

—Nadie más.

Quién sabe. Ella podría tener una relación amorosa y tierna con alguien. Pero su teléfono se había echado a perder en el agua y no tenía forma de ponerme en contacto, así que, por desgracia (para él), no había nadie más que yo.

El doctor Cohen chasqueó la lengua y golpeó sobre la carpeta con la punta del bolígrafo.

Recurrí a mis niveles máximos de autocontrol para contener las ganas de arrancarle los ojos.

—¿Y bien?

—Voy a empezar por las buenas noticias. —Se puso la carpeta debajo del brazo y sacó un pañuelo del bolsillo del abrigo, con el que se secó el sudor del cuero cabelludo lustroso—. Hemos hecho un TAC, una resonancia y unas radiografías después de comprobarle los signos vitales a la señorita Auer. Todo parece en orden. No se ven fracturas en el cráneo, ni zonas de hemorragia, ni hematomas en el tejido cerebral. Le hemos dado medicación anticonvulsiva por precaución, pero no hay huesos rotos ni ninguna otra zona que nos preocupe.

Asentí como un estudiante, esperando la otra parte de las noticias. Por mi experiencia, las malas noticias siempre acompañaban a las

buenas. Algo así como: *«Felicidades, has logrado sobrevivir, pero te vas a arrepentir cada puto día de tu vida».*

—Ahora bien... —El médico se aclaró la garganta y miró hacia atrás, a la puerta cerrada de Briar—. Parece que la señorita Auer tiene lo que en términos médicos llamamos amnesia postraumática. ¿Está familiarizado con el concepto?

—Solo por la serie *Days of Our Lives.*

No había conocido a nadie que hubiera tenido amnesia. Ya de por sí, la enfermedad me parecía difícil de entender. Para mí, era algo que solo les pasaba, y con una frecuencia inédita, a los personajes de las telenovelas. Y además... me pasé gran parte de mis veinte años esperando que me sucediera a mí, pero al final me llevé una decepción.

—La amnesia postraumática es un estado transitorio de alteración de la función cerebral causado por un traumatismo craneal. Para decirlo en términos más sencillos, parece que la señorita Auer no recuerda demasiado del incidente que la llevó a su hospitalización, ni tampoco recuerda los aspectos básicos de su vida en la actualidad.

¿Briar tenía pérdida de memoria? ¿Desde qué momento no recordaba? Parpadeé varias veces en un esfuerzo por comprenderlo. Pregunté:

—¿Significa esto que se ha despertado?

—Sí. He intentado refrescarle la memoria sin presionarla, con la esperanza de que me diera algún tipo de contacto. Un familiar o cónyuge. Nada. No recuerda nada. —El doctor Cohen se subió las gafas, que le quedaban apretadas contra las mejillas gracias a una banda que le rodeaba el cráneo. Tenía cara de sabueso y la utilizaba para intimidarme—. Está dolorida todavía, a pesar de que le hemos

dado calmantes. Habla con claridad y coherencia. Lo único es que no parece recordar nada de los últimos diez años más o menos.

Era el tiempo exacto en que no tenía posibilidad de ayudarla para nada. Durante todo el tiempo en que estuvimos separados, me lo pasé evitando deliberadamente cualquier noticia sobre ella. Me había esforzado por ignorar a mis padres cada vez que sacaban a colación a sus vecinos del lago Lemán, me había negado a invertir en empresas con sede en el país y había prácticamente obligado a mi padre a buscar a otra persona para gestionar nuestras propiedades en la zona.

El terror me inundó. Lo único que sabía de la vida actual de Briar era que, para mí, seguía siendo preciosa. Y lo cierto era que no me necesitaba para saberlo. Con mirarse en el espejo bastaba.

—Entiendo. —Me sujeté la mandíbula y la moví de un lado a otro —. ¿Cuánto tiempo puede durar esto de la amnesia?

—Es difícil de saber. Pueden ser cinco minutos o cinco meses. Cada caso es único y particular. —El doctor Cohen volvió a sacar su carpeta y sacó de ahí también el bolígrafo que tenía enganchado—. Hay diferentes grados de amnesia postraumática. Depende del tipo de lesión inicial, de los tratamientos que la persona decida hacer y del tiempo de recuperación.

—¿Podría durarle para siempre?

—Es muy poco probable.

—Pero no puede darme una respuesta cien por cien segura.

—En lo que respecta a lesiones cerebrales en general, y a la amnesia postraumática en particular, no hay modo de saberlo. Lo único que podemos hacer es brindarle un entorno estable y de apoyo para que se recupere; y animarla a que haga una

rehabilitación cognitiva que contribuirá a que los recuerdos vayan volviendo: mostrarle fotos, llevarla a los lugares que le gustan, hacer las rutinas diarias con ella. Los recuerdos regresan solos en gran medida en cuanto el cerebro se va curando, pero hay algunos consejos para estimularlos sin causar daños.

Me pasé los dedos por el pelo. Los mechones se habían apelmazado y ahora tenía unos rizos tiesos de lo mugriento que estaba el estanque del que había sacado a Briar.

—Envíeme la factura y pagaré todos los gastos: que sean las mejores instalaciones que tenga para ofrecerme, el personal más prestigioso...

—¿Qué instalaciones? —preguntó el doctor Cohen y levantó la vista de su carpeta—. La mayor parte del proceso de rehabilitación se lleva a cabo en casa. Imagino que querrá que el fisioterapeuta vaya a su casa, dado que la señorita Auer tendrá que mantenerse en un entorno tranquilo en todo momento.

—Disculpe. —Me apoyé un dedo sobre el pecho—. ¿Se refiere a mi casa?

El doctor Cohen frunció el ceño.

—Señor von Bismarck, ¿es o no es usted su pariente más cercano?

—Sí, pero…

—Como ha dejado bien claro, la paciente no tiene a nadie más en este mundo. No podemos dejarla ir por su cuenta si vemos que hay una opción más adecuada.

—¿Y soy yo la opción más adecuada?

Me miró con ojos desconfiados, una sinfonía de juicios se le reflejaba en la mirada con la claridad de un día soleado.

—¿Hay alguna razón por la que no lo sería?

Bueno, quizás el hecho de que rompí mi promesa con ella, ahora me odia y preferiría tirarse a un lago antes que estar a menos de tres metros de mí.

El doctor Cohen apoyó una mano firme en mi hombro.

—Según la señorita Auer, la última vez que habló con sus padres, se cambiaron el número telefónico para librarse de ella. Y eso fue hace unos diez años.

La bilis me subió hasta la garganta. El dolor, antes sordo y persistente, como los recuerdos de una cicatriz, se extendió por todo mi cuerpo. Todo lo que había tratado de reprimir con todas mis fuerzas me volvió de golpe como un jarro de agua fría.

Sus circunstancias. Su desesperación. Mi traición.

Eché los hombros hacia atrás y me zafé del agarre del médico; me inundó una calma sorprendente y dije:

—Debo cuidar de ella ahora.

Era absurdo. Improbable. Totalmente insostenible, teniendo en cuenta mi particular forma de vivir. Pero también era un acto de justicia poética. Yo le había prometido que podría contar conmigo y le había fallado. Lo mínimo que podía hacer era cuidarla hasta que se recuperara. Si teníamos suerte, estábamos hablando de semanas, no de meses.

Además, ¿qué otra opción tenía? ¿Dejarla aquí?

Ahora que me veía cooperar con él, el doctor Cohen continuó. Pasó a la página siguiente de su carpeta y me dijo:

—Una trabajadora social irá al domicilio con una enfermera y una asesora de salud para hablar sobre las necesidades de la señorita Auer, pero le haré un resumen. —Me clavó una mirada fulminante,

pronunciando las palabras con lentitud, como si fuera el tonto del pueblo al que acababa de confiar los códigos nucleares—. Tendrá que proporcionarle cuidados, llevarla a sus citas médicas, asegurarse de que tome la medicación a la hora y hacerle compañía.

—¿Hacerle compañía?

Sentí que en cuanto Briar recuperara la memoria, estaría todavía más furiosa al descubrir que me la había llevado a mi casa en el momento más vulnerable de su vida. Y su ira ya podía alimentar a toda una central eléctrica.

—Sí. Que tenga distracciones: que pase momentos con usted, con sus amigos, con las personas que la quieren. No le hará ningún bien si cae en depresión o entra en pánico. Algo que suele pasar con los amnésicos, sobre todo si no tienen una red de apoyo sólida.

Me lanzó otra mirada penetrante.

No podía culparlo. Mi reputación llegaba a todos los rincones de la ciudad. Le contesté:

—Entiendo.

—Lo mejor es que no esté sola, ni siquiera durante períodos cortos.

—Menos mal que no tengo un trabajo asalariado, ¿verdad?

—Esto no es broma, señor von Bismarck. —Se guardó el bolígrafo en el dobladillo de la chaqueta y entrecerró los ojos mientras me decía, con tono de enfado—: Briar Auer está en un momento muy frágil y vulnerable y la única persona que recuerda con certeza es a usted. Usted es su sistema de apoyo. Usted será quien marque la diferencia entre un proceso de recuperación tranquilo o lleno de baches. Y no cometerá errores, le dará un proceso de rehabilitación sin complicaciones.

—¿Y eso qué implica exactamente?

—Cuide de ella. Que no se altere. Si se convence de algo, no le rompa la ilusión. Sígale la corriente. Aun si piensa que es atleta olímpica, que su perro de la infancia sigue vivo o que el novio con quien rompió de la peor forma todavía la quiere. ¿Me entiende?

Levanté una ceja.

—¿Me está pidiendo que le mienta?

—Le estoy pidiendo que proteja su estabilidad mental a toda costa, señor von Bismarck. Si no puede hacerlo, dígamelo ahora y le asignaremos otros cuidados. No será lo mismo que tener a alguien cercano, pero sí mejor que lanzarla a los lobos.

A mí. El lobo era yo. ¿Cómo lo sabía?

Pero aun así…

—No. —Asentí, con la mandíbula apretada, sorprendido de lo mucho que me irritaba su falta de confianza. Era la primera vez que alguien que no fuera Sebastian me confrontaba por el modo en que trataba a Briar—. Puedo hacerlo. Haré todo lo que haga falta.

—El regreso a la realidad debe ser gradual. Se sentirá desorientada e indefensa, y tenemos que asegurarnos de que cualquier mala noticia que haya que darle, le llegue de un modo que pueda digerirla a su ritmo. Es probable que ella se sienta frustrada, irascible e impotente hasta que pueda situarse en el presente.

Sentí que estaba a punto de salir corriendo sin mirar atrás. No tenía idea de cómo iba a llevarla a mi casa en mi situación actual.

El doctor me echó una última mirada de repaso y preguntó:

—¿Está todo claro?

—Sí.

—Bien. Está despierta. ¿Quiere verla?

¿Morir por mil cortes de papel es mi otra opción? Porque casi que la prefiero.

El doctor Cohen suspiró.

—La respuesta correcta es sí.

—Perdón. Sí.

—Muy bien. Ya que insiste, venga por aquí.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO QUINCE

Oliver

Entré en la habitación de Briar preparado para verme mutilado por una mujer furiosa o encontrarme a una niña de cinco años que quiere jugar. Todo era posible.

Desde ya que tampoco podía descartar la posibilidad de que, al instante de verme, recordara el odio visceral que me tenía y tratara de apuñalarme con lo que encontrara.

Pero cuando empujé la puerta y entré, encontré a una Briar preciosa y agotada que miraba por la ventana; alguien muy parecida a la que siempre había sido.

—¿Mimitos?

—Hola, Ollie —susurró sin darse la vuelta, con la voz ronca y despreocupada de siempre—. Siento que se me cae el cielo encima.

Todas las piezas que había logrado mantener unidas dentro de mí durante años se desmoronaron y empezaron a apilarse en el fondo de mi estómago como un rompecabezas roto.

Me aclaré la garganta y me clavé las uñas en las palmas de las manos, con los puños cerrados.

—Yo te lo sujeto.

Por fin, giró la cabeza para mirarme con una sonrisa mientras daba unas palmaditas al borde de la cama.

—No te quedes ahí parado. Tienes toda una vida que contarme.

Ah, así que era cierto.

Definitivamente no se acordaba de los últimos quince años ni del hecho de que yo había sido un imbécil de primera división durante cada uno de ellos.

Me senté a su lado y la devoré con los ojos ya que la tenía tan cerca. Incluso sin maquillaje, toda despeinada, sin ropa elegante, seguía siendo lo más hermoso que yo había visto.

Su belleza se desplegaba por todas partes. En los charcos púrpura, azul y dorado de sus ojos salvajes y compasivos, tan grandes, casi dibujados, que le daban un aire de inocencia que suavizaba su belleza caótica. En su boca como un capullo de rosa, llena de ingenio y humor. En la constelación de pecas que tenía en la nariz y las mejillas, en la curva suave de las cejas. En la manera en que su risa, como yo ya sabía, se metía por entre mis huesos y les daba calor.

No tenía sentido buscar defectos en Briar.

No los encontraría.

Tardaría más de treinta años buscando.

—Recuerdo que soy un poco despistada, pero creo que esta vez me he pasado —dijo. Después suspiró y entrelazó los dedos con los míos con total naturalidad.

Se me dispararon las pulsaciones, como a mil por segundo, pero me obligué a mantener la calma. La Briar que yo había visto antes

hubiera preferido prenderse fuego a la cara y apagarlo con un cuchillo antes que ser amable conmigo.

Pero esta Briar creía que todavía éramos amigos.

Me apretó la mano.

—¿Puedes contarme qué pasó?

Podía, pero con eso la pondría en un estado de estrés y el doctor Cohen me había dicho que no hiciera eso. Así que hice lo que sabía hacer a fuerza de llevar quince años de mujeriego irresponsable.

Mentí.

—Estábamos en el Grand Regent y quisiste ir a dar un paseo. Fuimos hasta el campo de golf, que estaba en mantenimiento, y te caíste en un obstáculo de agua.

Era la mentira más piadosa que había dicho en mucho tiempo. Apenas era mentira. Era casi una verdad subjetiva, en realidad.

—¿Qué me hizo caminar hacia el obstáculo de agua? —preguntó, confundida.

—Estábamos discutiendo.

—¿Sobre qué?

Sí, imbécil, ¿por qué no le cuentas sobre qué?

Miré por detrás de su hombro, hacia una pintura de un jarrón colgada en la pared.

—Eh… sobre arreglos florales.

—¿Qué?

Buena pregunta.

¿Qué demonios haces, von Bismarck?

Podría haber elegido cualquier otro tema: la comida, el clima, temas de política, las vacaciones, la pizza más asquerosa que hay (aunque esa era una discusión breve: todo el mundo sabe que es la

pizza con piña). ¿Por qué demonios no había una pintura sobre igualdad de género en esa pared?

—¿Es que nos vamos a casar? —Los ojos de Briar se iluminaron y, por primera vez desde que nos habíamos reencontrado, le vi florecer una sonrisa en los labios—. ¡Dios mío, Ollie!

Antes de que me diera cuenta de nada, me tomó la cara entre sus pequeñas manos y tiró de mí para besarme. Yo era un desgraciado con todas las letras pero aparentemente todavía me quedaba algo de moral, porque la tomé por las muñecas con suavidad, incliné el mentón hacia arriba y le besé la frente vendada.

—Tiene que ser de rosas, Ol. Rosas de todos los colores. Rojas. Blancas. Rosadas. Coral. Me encantan las rosas color coral.

—Tendrás todas las rosas que quieras, amor. —Podía echarle toda la culpa a mi boca, que parecía empeñada en complacer a Briar después de años de fallarle. A mi boca y todas las demás partes de mi cuerpo, menos mi cerebro—. Todas las flores de toda América y de Europa juntas. El mundo se quedará sin rosas para cuando termine de decorar nuestra boda. Las tasas de divorcio se dispararán hasta el cielo. Tendrán que cancelar el Día de San Valentín.

—Eso es… eh… romántico hasta niveles psicóticos. Gracias. —Briar me tomó la mano con el puño y me besó en los nudillos con elegancia—. La enfermera me dijo que te tiraste al agua para salvarme.

Asentí con seriedad.

Un hombre que fuera mejor persona se habría sentido culpable de lo que estaba pasando. No me merecía la adoración de esta mujer, ni mucho menos su sonrisa. Pero me sentaba tan bien. Me sentía bien al ser el héroe de Briar otra vez.

Aunque fuera por unos minutos nada más.

Irás al infierno, Oliver. No. A algo peor. Irás a un tipo de purgatorio nuevo diseñado solo para ti y tus pecados.

Briar se inclinó y me dio un beso sonoro en la mejilla.

—Gracias por salvarme siempre.

Mi respuesta fueron unas palmaditas torpes en el muslo. Mi pene, al que nunca le llegó el aviso de que esto era una crisis de proporciones gigantescas, se puso duro al instante. Era momento de cambiar de tema.

—Entonces… —Carraspeé—. Cuéntame qué recuerdas.

Se enderezó en la cama y se puso seria.

—Recuerdo casi todo hasta los catorce o quince años. Recuerdo nuestras vacaciones de verano en el lago. Recuerdo mis pasatiempos. —Le brillaron los ojos—. Recuerdo el día en que me encontraste mirando las nubes en el lago y nos besamos durante horas hasta hacernos sangrar los labios.

—Ah. Mi primera experiencia de juego con sangre.

—¿Es un fetiche que te gusta?

—No particularmente.

Hasta ahora, al menos.

A lo largo de los años, había probado todos los fetiches que existen para excitar al sexo opuesto. Me tomó diez años hasta admitir finalmente que mi único fetiche, la única mujer para mí, era Briar Rose Auer.

—Uhm… —Briar inclinó la cabeza, acariciándome los nudillos sin prestar atención—. También recuerdo fragmentos de lo que creo que es mi presente.

—¿Como qué?

—Recuerdo que ya no estoy en contacto con mis padres. —Me miró directo a los ojos—. ¿Es así?

Asentí.

Eso coincidía con el hecho de que el personal del hospital no pudiera localizarlos. Y con el hecho de que me había metido en el mismo saco que a ellos durante nuestra pelea de hacía unas horas. Oliver = Malo. Así que, por asociación, los tres padres que tenía también debían haber sido así.

Briar se mordió el labio inferior y se quedó pensando en eso. Después, siguió:

—Recuerdo que cambié mi nombre, de Briar Rose a Briar, pero no recuerdo por qué. Sé que vivo en Estados Unidos, que trabajo, y que amo mi trabajo. ¿A qué me dedico?

—Eres coordinadora de intimidad.

Parpadeó varias veces.

—¿Eso es un trabajo en serio?

—Te aseguras de que los actores se sientan cómodos durante las escenas de sexo. Eres muy buena. Haces que la gente se sienta segura de sí misma.

—Qué bien, me gusta. —Asintió y dejó pasar un momento para que la información se asentara—. ¿Y tú, a qué te dedicas?

—Hago que la gente se sienta insegura de sí misma —dije, con ironía—. Es más, me buscan por varios cargos de asesinato…

Se echó a reír y le volvió algo de rubor a las mejillas.

No recordaba la última vez que había sentido tanta… *¿calidez?*

Su risa. Su felicidad. Su existencia junto a la mía. Todo eso desafiaba la promesa que había hecho quince años atrás.

Briar sonrió con picardía y dijo:

—Supongo que lo de coordinadora de intimidad tiene sentido. Debe ser por toda la práctica que tengo contigo, ¿no?

Mi pene le chocó los cinco a la bragueta de mis pantalones con entusiasmo. Qué culpa podría tener, si tenía cabeza, pero no ojos. ¿Cómo podría leer la situación si no podía verla?

—La práctica hace al maestro —dije, carraspeando, mientras recordaba al doctor Cohen que por poco me agarra de los testículos con tal de prometerle que no le rompería la ilusión a Briar—. Y tú y yo somos muy perfeccionistas, Mimitos.

—¿Cuándo nos vamos a casa?

—Quieren tenerte en observación durante cuarenta y ocho horas.

Forzó una sonrisa tímida y preguntó:

—¿Es raro que extrañe nuestra casa cuando ni siquiera me acuerdo de cómo es?

Una cosa era segura: Briar no recordaba la peor metida de pata de toda mi vida.

Le acaricié la mejilla con el pulgar, con toda la fuerza de voluntad que había en mí para no besarla. Sería incorrecto. Sería inmoral.

Normalmente, esa cosa molesta llamada moral no me importaba para nada. Los valores acumulados por experiencia, y no mediante la razón, habían sido una reverenda mierda, igual que mis experiencias de vida.

Pero con Briar quería hacer lo correcto.

Ya le había hecho demasiado daño.

—No es raro para nada —le dije y le apreté la mano; de pronto supe que empezaba a cavar mi propia tumba otra vez y que esta era todavía más profunda: estaba ante una chica que todo lo que siempre quiso en la vida era un hogar—. Nuestra casa es increíble.

—¿Tenemos mascotas?

—Dos perros. Trio y Geezer.

Arrugó la nariz.

—¿Los nombres fueron cosa tuya, no?

—Ya venían con ellos.

—¿De qué raza son?

—Más o menos de todas. —Encogí los hombros—. Los dos son rescatados, tan ariscos y feos que nadie quería adoptarlos, así que nos los llevamos nosotros. Trio tiene tres patas y cero noción del espacio personal. Geezer tiene diecisiete años, pero todavía anda bastante bien. Es de una raza pequeña, pesará unos trece kilos, así que esperamos tenerlo un par de años más.

—Por supuesto que tenemos perros rescatados, no me extraña. —Briar se mordió el labio inferior para disimular una sonrisa—. ¿Somos buena gente, Ollie?

—Tú eres increíble. Yo soy un peligro para la sociedad, pero entre los dos lo compensamos.

Se echó a reír.

—Apuesto a que son perros horribles y adorables a la vez.

—Más feos que el demonio —confirmé y me saqué el móvil del bolsillo—. Te los enseño.

—Buena idea. Tal vez me ayude a recordar.

Sabía que no la ayudaría porque no los había visto nunca, pero aun así le enseñé las fotos de los perros. La miré reírse y hacer exclamaciones y lloraba con los vídeos de los perros haciendo cosas estúpidas.

¿Cómo lo haría para llevármela a mi casa?

Ya tenía a alguien ahí.

Alguien a quien no le gustaba compartir.

Alguien que no había tenido compañía en quince años.

Si hubiera podido pensarlo en frío en ese momento, le habría puesto freno a la situación. Pero no, tenía toda la intención de llevarme a Briar a una casa donde no había ido nunca, donde no había ninguna de sus cosas, ni una sola prueba de nuestro supuesto compromiso.

Sin fotos, ni vacaciones, ni recuerdos. Nada.

Hacía quince años atrás que había borrado a esta mujer de mi vida y que había vuelto a empezar.

Bueno… algo así.

Y después estaba el tema del *casamiento pendiente*.

Yo tenía una aversión morbosa a la monogamia. No es que estuviera en contra del matrimonio en sí. Hasta le veía ciertos méritos económicos y sociales. Pero no iba a ser tan idiota de casarme con alguien que realmente me gustara.

Veía a mis amigos, a Romeo y Zach, dos de los hombres más dominantes en los consejos de administración de sus empresas, paseados por sus esposas por todo Potomac como si fueran caniches entrenados.

No, gracias.

Me gustan los testículos en el lugar que les corresponde: firmemente unidos a mi polla.

Briar me interrumpió el hilo de pensamiento:

—Por cierto, ¿dónde está mi anillo de compromiso?

—Lo perdiste en el estanque —le dije sin dudar ni un poco.

Se le sonrojaron las mejillas.

—Ay, perdón.

—Está bien. Era un anillo simple, de quinientos mil dólares. El de mi madre te espera en la caja fuerte.

Alguien tenía que callarme la boca cuanto antes.

—Ay, Ollie. —Me apretó la mano—. Me alegra tanto que sigamos juntos.

Supe que iría directo al infierno.

Y probablemente me alojarían en el mismo piso con Cristóbal Colón y el rey Leopoldo.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO DIECISÉIS

Oliver

Abrí la puerta de la oficina del doctor Cohen de golpe y le grité con voz ronca:

—Briar cree que estamos comprometidos.

El doctor Cohen levantó la vista de la pantalla de su ordenador y en ese momento la máquina dio un pitido y se apagó. Llevaba encima de los hombros una americana estilo *tweed* y su cartera *satchel* cruzada a la altura de la barriga.

Se colgó el llavero en un dedo y las cejas se le pegaron a la altura del ceño por detrás de las gafas de lectura mientras se levantaba del escritorio.

—¿Qué demonios le ha dicho?

—¡Nada de nada! —Levanté las manos y empecé a caminar de un lado al otro por el despacho diminuto, sin que me importara lo más mínimo que su turno acababa de terminar y que eran casi las cuatro de la mañana—. He dicho una estupidez sobre un arreglo floral, y ella ha sacado sus propias conclusiones. Ahora cree que estamos planeando una boda. Tenemos que decirle la verdad.

Él tomó una bufanda del perchero y se la echó al cuello.

—Usted no tiene ninguna verdad que decir.

—Ella no puede pensar que estamos juntos.

Me empujó con el hombro mientras caminaba con paso seguro hacia la puerta.

—Lo que no tiene que pasar es que ella vaya a su casa a recuperarse, a sabiendas de que usted le mintió y después se acobardó y se echó atrás.

Lo seguí.

—No hay nada en mi casa que demuestre que estamos juntos. Ni fotos, ni cosas suyas, ni…

—Encárguese de que las haya. —El doctor bajó las escaleras rumbo al aparcamiento; lo seguí pisándole los talones—. Es un hombre de recursos, un multimillonario, según se dice. Estoy seguro de que su gente puede buscar algunas cosas de la casa de Briar y crearles álbumes enteros de fotos con inteligencia artifical.

—Eso es antiético —gruñí, bajando los escalones de dos en dos a la vez para bloquearle el paso en el descansillo.

—También es poco ético acostarse con la mayoría de las mujeres del continente.

Se detuvo frente a mí y me miró con desprecio. Seguro que alguien le había contado la rabieta que había tenido años atrás en ese mismo hospital.

—No me interesan sus preferencias personales, señor von Bismarck. La señorita Auer es mi paciente. No le diga que le ha mentido. Su estado mental está tan frágil como ella. Recuperará la memoria en algún momento y se dará cuenta ella sola de que no están juntos.

—¿Y entonces? —Sentí que se me abrían las fosas nasales—. ¿Volverá a odiarme por haberle mentido?

El médico encogió los hombros y siguió caminando, dejándome atrás.

—Parece que ya lo odiaba de antes, así que no cambia mucho la cosa, ¿no?

Desapareció en el siguiente tramo de escaleras.

Pateé la pared y maldije en los cuatro idiomas que conocía.

Malditasealaputamadrequelosparióatodos.

CAPÍTULO DIECISIETE

Oliver

Unos treinta minutos después, estaba sentado en la cafetería del hospital con Romeo, Dallas, Zach y Farrow, tomando unos cafés tibios y carísimos y comiendo bollería seca de hacía tres días. Parecía una intervención excesiva e injusta considerando que mis hábitos con el alcohol, el sexo y la cocaína estaban mayormente bajo control.

—A ver si lo he entendido bien. —Rom revolvía el café con sus ojos inquisitivos clavados en mi rostro—. Esta mujer, a quien nunca conocimos, es tu amor de la infancia; y ahora te odia con toda el alma, pero de pronto tiene amnesia y entonces piensa que estáis comprometidos.

Apreté los dientes.

—Dicho así parece ridículo.

—Es que lo es. Muy ridículo. —Zach probó su café y se echó hacia atrás con cara de asco—. Suena a comedia romántica barata.

—Solo un titán del intelecto como Ollie podría meterse en una situación como esta —dijo Romeo sonriendo con satisfacción.

—Estas pastas son horribles —dijo Dallas con la boca llena de un rollo de canela, pero aun así siguió comiendo—. Más rancias que los chistes de padre.

Romeo le arrebató el rollo a su esposa y se lo cambió por una galleta de mantequilla que sacó del bolsillo interno de su americana.

—Entonces, ¿no puedes decirle la verdad sobre vuestra relación?

Negué con la cabeza.

—El médico dice que es crucial que recuerde las cosas por sí sola y que, mientras tanto, tengo que brindarle un entorno seguro.

Zach bostezó.

—Estaría más segura hasta secuestrada por una red de pedófilos.

—Pues claro. —Puse los ojos en blanco—. Briar tiene como treinta años: no les serviría a los pedófilos…

—¿Qué fue lo que hiciste para que te odiara así y te sacara de su vida? —dijo Farrow, que emanaba un fuerte aire de «quememos al patriarcado».

El hecho de que esa mujer pudiera desmembrar a alguien hasta dejarlo en porciones microscópicas no colaboraba en que me cayera bien.

Me encogí de hombros.

—Lo de siempre. Me acosté con ella y desaparecí. Supongo que le dolió más porque nos conocíamos desde que éramos bebés.

Todas las personas de la mesa me miraron con distinto grado de sorpresa y asco, a excepción de Dallas, que seguía concentrada en las pastas. ¡Como si yo fuera el único que que tuviera un problema! ¡Esa mujer vivía tan atacada por las cosas dulces que su marido le llevaba comida en los bolsillos!

—Me gustan casi todas las cosas *vintage* excepto los postres —se quejó, después olfateó un *brownie* que había quedado abandonado en la bandeja y le dio un mordisco.

—¿De verdad vas a llevártela a tu casa? —preguntó Zach, mientras hacía un cisne tridimensional con la servilleta del hospital.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa pegajosa.

—No tengo opción.

Ya había mandado a un ejército de asistentes a buscar la dirección de Briar y llevarle sus cosas a mi casa. El nivel de diligencia con que lo había hecho todo también me sorprendió. Lo cierto era que no podía borrar el pasado entre nosotros. Tarde o temprano ella iba a recordarlo.

Romeo se dio unos golpecitos sobre el pecho y dijo:

—A nosotros no nos dejas ni entrar en tu casa…

Hice una bolita con una servilleta y se la arrojé.

—Si te casaste en mi casa, imbécil.

—En el jardín trasero.

—Dallas se vistió en una de las habitaciones.

Zach se acarició la barbilla y entrecerró los ojos.

—En la única que no usas para encerrar a tus esclavas sexuales, supongo.

—Pero por Dios, ¿por quién me tomáis? —Me pasé la mano por el pelo enmarañado, ya menos áspero gracias al enjuague rápido en el lavabo que me había dado, incitado por Briar—. Las tengo en el sótano, no en los pisos de arriba. ¿O creéis que soy un principiante?

—Siempre quise saber eso. Suponiendo que esas que llamas esclavas sexuales dieron su consentimiento para estar allí —Farrow me dedicó una mirada punzante, con el entrecejo fruncido y duro—:

¿cómo sobreviven en un sótano? Imagino que debe haber un olor asqueroso que genera un ambiente totalmente antierótico. Y ni hablar de la cantidad de suplementos nutricionales que necesitarían para mantenerse sanas...

Romeo asintió.

—Deben necesitar vitamina D en pastillas del tamaño de la cabeza de Zach.

—Mi cabeza tiene proporciones perfectamente normales con respecto a mi cerebro, muchas gracias. —Zach le lanzó el cisne de papel a Rom—. Lo siento mucho si no todos hemos nacido con un cráneo tan mal diseñado que apenas les cabe el cerebro del tamaño de una manzana.

—Rom, vamos a tener que ir a una pastelería, porque todo esto está horrible —se quejó Dal y le robó un pastelito a Farrow.

—No hay problema, mi Galletita. —Le besó el pelo y retomó la conversación conmigo—. Eres incapaz de cuidar a otro ser humano. De hecho, no te confiaría ni una planta de interior.

—De plástico —aclaró Zach—. Que no necesita ni agua ni sol.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Me recosté sobre el respaldo de la silla y colgué el brazo sobre él—. Es por eso que tendremos que hacerlo en equipo.

Zach entrecerró los ojos.

—¿Nos estás pidiendo que cuidemos a una mujer que no conocemos?

—Bueno, no puede quedarse sola ni un minuto, y yo ni loco detengo mi vida para atenderla.

Tenía un secreto. Era lo que me había mantenido alejado de Briar todos estos años. Algo oscuro que me daba vergüenza y que no

podía compartir con nadie. La razón por la cual nadie era bienvenido en mi mansión, por más grande y lujosa que fuera.

—Está bien —dijo Dallas y levantó la vista de su *brownie*—. De todas formas, no iba a dejarte hacer cualquier cosa con esa pobre alma inocente sin quedarme cerca. Pasaré todos los días a asegurarme de que la chica esté a salvo. ¿Cómo se llama, por cierto?

—Briar.

—Qué nombre tan bonito —dijo Farrow, que estaba apoyada en el hombro de Zach—. ¿Y has dicho que antes de la amnesia te odiaba?

—Detestaba cada fibra de mi ser —reconfirmé.

—Una chica lista —dijo Farrow y asintió. Intercambió una mirada con Dallas—. La ayudaremos.

Se suponía que con eso yo debía sentirme mejor. Pero no. No necesitaba gente cerca porque no tuviera tiempo para Briar. Tenía todo el tiempo del mundo. Lo que necesitaba era que no me dejaran cometer un error. Porque Zach tenía razón.

El doctor Cohen le había confiado las gallinas al zorro.

Briar eran las gallinas.

Y yo, un zorro con piel de cordero…

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO DIECIOCHO

Oliver

Dallas Costa te ha agregado al grupo Familia de Dark Prince Road.

Ollie vB: No.
Dallas Costa: ¿PERDONA? Si somos una gran familia feliz.
Ollie vB: Tú no eres mi familia.
Frankie Townsend: tú sí para mí, pero somos dos hermanas solo, lo de «gran» es exagerado.
Zach Sun: Y yo no estoy nada feliz de compartir barrio con algunos de vosotros, ciertamente.
Farrow Ballantine-Sun: ¿Este grupo significa que tendremos más fotos de bebé Luca?
Zach Sun: Espero que no. Me daría pena bloquear a la esposa de mi mejor amigo.
Romeo Costa: Cuida esa bocaza, Sun.
Zach Sun: Querrás decir los dedos.
Romeo Costa: Da igual, debería temblarte cada fibra de tu ser si le faltas el respeto a mi esposa.
Frankie Townsend: quiero a alguien que me ame tanto como romeo a dal, que está listo para matar a todo aquel que la ofenda.

Dallas Costa: Entonces, ¿cuándo conoceremos a tu prometida por accidente, Ollie?
Ollie vB: Nunca.
Dallas Costa: ¿Esta noche? Perfecto. Llevamos el vino.
Frankie Townsend: un momento ¿¡QUÉ!? ¿ollie está comprometido?
Ollie vB: Antes tengo que confirmar con el doctor Cohen si es seguro presentarle gente al azar que nunca ha visto en la vida. No pienso arriesgar su recuperación.
Farrow Ballantine-Sun: No me había dado cuenta de que ella significa tanto para ti.
Zach Sun: Conociendo a Ollie, lo que quiere es que la chica se recupere pronto para poder seguir usando su casa de burdel.
Dallas Costa: Quiero una respuesta hoy mismo. Lo repito: no confío en tus acciones con una mujer inocente y amnésica.
Ollie vB: Antes que nada, no es tan inocente, puede ser bastante atrevida a veces.
Dallas Costa: ¿En qué momentos?
Ollie vB: Por ejemplo, cuando insiste en que nos vamos a casar.
Ollie vB: Segundo, acabo de hablar con el doctor Cohen y parece que está bien la cena. Lo único es que en ningún caso tenemos que decirle que pasaron cosas que no pasaron. Así que prohibido jugar con ella, ¿entendido?
Frankie Townsend: espera, ¿estamos hablando de mi jefa? ¿la mujer que dejaste en coma?
Romeo Costa: Yo no voy a jugar con nadie, recuérdatelo a ti mismo.
Farrow Ballantine-Sun: Te juro que te convierto en abrigo de crochet con mi espada si te aprovechas de esa pobre mujer.
Zach Sun: Esa idea sí que me parece buena.
Frankie Townsend: briar, ¿verdad?
Ollie vB: En serio, no le digáis cosas que no son verdad. Ni del mundo ni de su vida. Intento ser lo más sincero posible con ella.
Romeo Costa: Imposible. De ser así, la mujer ya habría salido por patas. Zach, ¿no ha pasado nadie corriendo frente a tu casa?
Zach Sun: A ver… preguntaré por aquí.
Frankie Townsend: ¿nadie me responde?

Ollie vB: En este momento, os odio a todos con todo mi ser…
Zach Sun: No. Me dicen que no ha pasado nadie por aquí, ninguna mujer…
Ollie vB: Ya ha empezado a recordar algunas cosas. No creo que le lleve mucho tiempo más recuperar la memoria.
Dallas Costa: ¿Y cómo se supone que voy a enseñarle algo sobre ella misma si ni siquiera tiene redes sociales? La investigué por todas partes y no encontré nada.
Frankie Townsend: es verdad. hasta hablé con gente que trabaja con ella. no tiene FaceBook, ni Instagram, ni Snapchat, ni TikTok. ¿será una persona real?
Ollie vB: Sí. Y es magnífica.
Ollie vB: Y, además, ¿qué hace Frankie aquí? Si ni siquiera vive en el barrio.
Frankie Townsend: …
Frankie Townsend: digamos que papá me echó de casa cuando recibió la factura por los daños del incendio de tu hotel. Muchas gracias, ollie.
Ollie vB: Que te sirva de lección.
Frankie Townsend: lamento decepcionarte, pero si dejar la universidad tres veces no me sirvió, dudo mucho que justamente tú, querido, me des una lección.
Zach Sun: No pensé que llegaría el día en que Ollie impediría que Frankie lo pisoteara.
Frankie Townsend: este imbécil ni siquiera quiso acostarse conmigo cuando pudo.
Romeo Costa: La trama se complica...
Ollie vB: Perdón, ya tuvo que aparecer mi polla, pero la saco de aquí enseguida.
Farrow Ballantine-Sun: @OllievB, ¿qué pasó? Si estabas tan empeñado en acostarte con Frankie.
Zach Sun: No estaba interesado de verdad. Era todo una farsa. Lo llevo diciendo desde hace años.
Ollie vB: No os gusta que persiga a menores de edad. No os gusta que NO persiga a menores de edad. ¿En qué quedamos? Nada os va bien.
Dallas Costa: Vamos a tu casa a cenar mañana, señor Pecador en Serie.
Ollie vB: Comportaos.
Dallas Costa: Y llevo a Luca.

Zach Sun: Nosotros ya tenemos otros planes.
Farrow Ballantine-Sun: No, no es así.
Ollie vB: ¡Vaya, vaya! Te tiene bien atado.
Zach Sun: No seas tan orgulloso, Oliver. Tengo el presentimiento de que el próximo eres tú.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO DIECINUEVE

Briar

No había recuperado ni un solo recuerdo para cuando me dieron el alta. Me había pasado horas y horas durmiendo, persiguiendo algún que otro sueño del pasado que llenara los vacíos entre el presente y quince años atrás. No tuve ninguno. Pero, viendo el lado positivo, me habían trasladado a la suite ejecutiva para las últimas noches, y cada mañana me despertaba con la visión de Oliver desparramado en la cama de al lado, con el cabello brillante resplandeciente en la luz del amanecer.

Abrí el espejito del asiento del acompañante en el Ferrari de Oliver y me pasé la lengua por los dientes.

—Estoy superemocionada de volver a casa.

Ollie no me había tocado ni una vez desde que había recuperado la conciencia en el hospital, salvo por un par de abrazos torpes, casi paternales. Yo no recordaba mucho de mi vida, pero sí me acordaba de que de adolescentes éramos inseparables. Tan pegados que no nos separaban ni con un machete afilado. Vivíamos todo el tiempo al

borde de meternos mano entre los pantalones en público, y nos besábamos a cada rato hasta dejarnos la boca seca.

Así que me sorprendía un poco ver a Oliver tan recatado, parecía casi un sacerdote. La verdad es que estaba distante desde el primer momento en que me desperté. No había estado poco cariñoso, pero sí reservado.

Quizá está preocupado por mí. Quizá me lo estoy imaginando.

Me aparté un mechón de pelo de la frente y me miré el moretón verdoso.

—Estoy segura de que volver a casa me ayudará a recordar.

—Mmhm —murmuró Oliver; golpeteaba los dedos sobre el volante y miraba a todos lados menos a mí.

Le sonreí de perfil.

—Trio y Geezer estarán tan felices de verme.

Nada. Seguía con los ojos fijos en la carretera. Con un suspiro, abrí la guantera mientras tomaba un sorbo de agua de mi termo. Pero apenas vi lo que había adentro, escupí todo el contenido sobre el parabrisas y empecé a toser.

—¡Dios mío! —gruñó Oliver y dio un giro abrupto a la derecha a la vez que me lanzaba una mirada rápida de preocupación. Un coche pasó por nuestro lado tocando la bocina y el conductor nos hizo un gesto obsceno—. ¿Estás bien, Mimitos?

—No lo sé, dime tú. —Metí la mano en la guantera, empecé a revolver lo que había ahí y a sacar el contenido: un consolador fosforescente con forma de dinosaurio, un cinturón de castidad BDSM y un consolador con púas—. ¿Qué mierda haces conmigo en la cama?

Los ojos de Oliver se abrieron de par en par, y los pómulos esculpidos se le tiñeron de rojo.

—Nada que tú no consientas, mi pequeña gatita sexi.

—No recuerdo ninguna versión de mí que disfrute de un consolador con púas.

—Bueno, existe. De no ser así, eso no estaría ahí.

Fruncí el entrecejo y dije, dubitativa:

—Bueno qué… sorpresa…

—Espera a ver tu colección de masajeadores prostáticos con forma de cabra.

Por Dios. Seguramente esto tenía que ver con mi trabajo, sería investigación o algo así... ¿O no era coordinadora de intimidad?

—Vas a tener que enseñarme a usarlos de nuevo, porque me he olvidado de todo.

Oliver cerró los ojos un instante y la boca se le movió en un rezo susurrado. Guardé los juguetes y levanté una ceja. Le pregunté:

—¿Por qué estás tan raro?

—¿Raro cómo?

—No sé… estás… *tieso.*

Apretó el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Acomodó en el asiento sus glúteos de acero y dijo:

—Lo de tieso suele ser una ventaja para ti, no una queja.

Ignoré la erección evidente que tenía y miré el velocímetro.

—¿Y por qué conduces a menos de cincuenta kilómetros por hora?

—Porque tengo que asegurarme de que estés a salvo.

—¿Aburriéndome hasta la muerte?

—Briar, yo…

—¿Qué ha pasado con «Mimitos»?

Abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir:

—Nada. Es que la última vez que hablamos, me pediste que no te llamara más así.

—¿Ah, sí?

A mí me encantaba ese apodo. La pelea de la noche del accidente debió de ser grande. Odiaba pensar que me había convertido en una novia obsesiva y exigente, pero había crecido fantaseando con casarme con Oliver. Tal vez me puse demasiado insistente con algún arreglo floral.

Cambié de tema, no quería retomar lo de la pelea aún.

—¿Tenemos un patio grande?

—Sí. —Frunció el ceño sin apartar la vista del camino—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, es obvio que duermes en la casa del perro, así que quiero asegurarme de que estés cómodo.

No podía creer que le hubiera pedido que no me llamara Mimitos y que él se lo hubiera tomado tan en serio. Algo no cuadraba, pero no me daba cuenta de qué. Y de solo ponerme a tratar de atar cabos, la cabeza empezaba a retumbarme como si miles y miles de los peores bateristas de la historia ensayaran ahí dentro. Algo de mí incomodaba a Oliver, y estaba decidida a averiguar qué era.

Le sonó el teléfono sobre la consola central. *La Bella Durmiente* de Tchaikovsky. ¡Por fin! Aparecía algo que me traía recuerdos de nosotros. Sentí que se me arremolinaba una nostalgia en el pecho. Se desvaneció tan rápido como había llegado, pero se me quedó instalada una duda que no podía digerir. Era esperable. La nostalgia es la forma que tiene el corazón de aferrarse a lo que desaparece con el tiempo.

Me tragué el nudo de la duda y decidí romper el hielo.

Salté en el asiento, me llevé una mano al pecho y pegué un grito:

—¡¿QUÉ MIERDA ES ESO?!

—¿Qué? ¡¿Qué pasa, por Dios?! —Ollie se desvió de la carretera principal y encendió las luces de emergencia. Me miró de arriba abajo varias veces, con cara de pánico—. ¿Te encuentras mal?

—¡Tu mini ordenador sabe cantar! —Señalé el teléfono mientras me cubría la boca con la mano en un gesto de asombro—. ¿También baila?

—¿Si sabe qué…? —El tono se le fue suavizando y se quedó mirando el teléfono entre ambos. Frunció el ceño y luego lo relajó. En la pantalla se leía el nombre «Romeo»—. Ah, amor… No te acuerdas…

Me acarició el pelo con ternura y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja; un escalofrío me recorrió la espalda. Siguió hablando:

—Es un iPhone, un teléfono inteligente. No es un ordenador.

—¿Sabe también…? —Me mordí el labio mientras alternaba mi mirada del teléfono al rostro de Ollie varias veces.

—¿Qué? —Oliver se inclinó hacia mí y alejó el teléfono, como si por tenerlo cerca pudiera aterrorizarme de nuevo—. Dime…

—No, mejor no. —Negué con la cabeza—. Vas a pensar que es una pregunta estúpida.

—Jamás pensaré que nada de lo que digas o hagas pueda ser estúpido —me tranquilizó.

—¿Sabe también… —bajé la voz hasta un susurro—… leer la mente?

Él soltó una risa y me tomó las manos.

—No, no lee la mente, pero sí hace muchas otras cosas. Se usa para trabajar, se conecta a internet, tiene una asistente digital llamada Siri que puede responderte lo que le preguntes. Por ejemplo, el clima o alguna fecha importante.

Parpadeé y traté de no hacer gestos extraños.

—¿Funciona a pilas?

—Se carga con electricidad.

—¿Qué es la electricidad?

Empalideció por completo, toda la sangre se le fue de la cara y frunció el ceño con preocupación. Seguía sin poder procesar la broma, así que bajé la visera y volví a mirarme al espejo. Entrecerré los ojos en una mueca de dolor y me toqué la frente.

—Oliver.

—¿Qué pasa? —Me acercó las manos al rostro sin tocarme, me abanicaba desde todas las direcciones como si quisiera tocarme, pero con miedo de empeorar las cosas.

—¿Te duele? ¿Volvemos al hospital? Ya me parecía que era pronto para que te dieran el alta. Volvamos. O, ¿sabes qué? Vayamos a otro hospital. No me gustó desde el comienzo. Y ese doctor Cohen es un idiota. Conozco a un tipo de la Johns Hopkins que se especializa en cuestiones del cerebro. Él nos ayudará, estoy seguro. Y si no, te prometo que…

—No es dolor. —Me toqué la frente—. ¿Eso es una arruga?

—¿Una qué?

—Una arruga.

—¿Ahí en tu frente? —Me quitó la mano y me revisó el rostro—. No. Es una marca roja de tanto que te tocas la frente.

—¿Qué año es?

—¿Año? —repitió.

—¿Qué edad tenemos?

—Yo, treinta y cuatro. Tú, treinta y tres.

—Pero si… —Moví la cabeza de un lado al otro—. Si apenas cumplí los quince…

Oliver apoyó la espalda en el asiento y se tironeó unos cuantos mechones de pelo.

—Ay, mierda…

—Ni siquiera me ha venido el período.

—Mierda, mierda, mierda y más mierda. *¡Mierda!*

—Justo ayer mi abuela me sentó a su lado y me explicó que los chicos les meten el pito a las chicas para hacer bebés.

Casi se le disloca la mandíbula. Pasó un segundo. Después otro. Y después otro más. Por fin, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas como un descosido, mientras se daba palmadas en la frente.

—Eres una maldita desgraciada.

—Ay, por favor, no exageres, te mereces eso y mucho más por usar masajeadores prostáticos con forma de cabra conmigo. —Me volví hacia él en el asiento y lo miré con una mezcla de diversión y confusión. No se sentía como siempre entre nosotros. Y, aun así, no había nada en el mundo que me hiciera sentir más cómoda que tenerlo cerca. Suspiré—. Relájate. Estoy bien. No voy a desintegrarme si dejas de mirarme cinco segundos. Concéntrate en conducir.

—Es que no lo entiendes: pensé que te habías muerto esa noche. O peor.

—¿Hay algo peor que la muerte?

—Sí —afirmó con tono neutro.

De un momento a otro, se extinguió la alegría del ambiente. Me envolví en el cálido cárdigan que Oliver me había dado (regalo de Navidad de alguien llamada Dallas, que aparentemente era mi mejor amiga) y me dediqué a echarle unas miradas de reojo de vez en cuando. Seguía aferrado al volante con los nudillos blancos de tanto presionar; con el coche todavía aparcado en la cuneta. Sentía un picor en los dedos de tanto que quería alisarle las arrugas de la frente y borrar lo que fuera que había pasado que lo ponía tan serio. Tan sombrío. Pero el problema era que no tenía forma de saber qué era. Un recordatorio de otra cosa que había perdido. Cada uno de los recuerdos que me hacían ser quien era.

No es cierto.

Me miré en el espejo del coche.

Todavía eres tú, esa versión de ti que es alguien que importa, que es querida. Todavía eres una persona dulce, inteligente y compasiva. No necesitas los recuerdos para ser la misma chica que ama a Oliver von Bismarck con locura.

Claro que no. A fin de cuentas, el corazón es más importante que la razón.

—¿Has dicho que tenemos unos treinta y pico años? —Me di unas palmaditas en el rostro, mirándome con un gesto grandilocuente de asombro—. Esto tiene que ser bótox. Qué bien estoy envejeciendo. ¿Cuándo crees que tengo la próxima cita para cirugía estética?

Oliver aflojó por fin las manos sobre el volante y encendió el motor mientras negaba con la cabeza con una carcajada.

—Nunca he cuidado a alguien que ha perdido la memoria.

—No es que haya perdido toda la memoria, solo se me han borrado los últimos diez años —dije haciendo pucheros y miré hacia el paisaje que rodeaba la carretera: árboles, campos de golf, ríos y lagos. Vivíamos en un lugar hermoso—. De hecho, acabo de acordarme de algo más reciente hace apenas un segundo.

—¿Ah, sí? —Ollie levantó una ceja—. ¿De qué?

—Recuerdo haber cosido unos tangas poco antes de golpearme la cabeza.

—Sí. Eran para la película en la que estabas trabajando.

—¿Por qué lo dices en pasado? Voy a volver en cuanto pueda.

Oliver tragó saliva ruidosamente y dijo:

—Mimitos, ya han puesto a alguien en tu lugar.

—¡¿Qué?! —Por poco salto del asiento y abro la puerta—. ¡No pueden hacerme eso! Tengo que volver a trabajar. Eso me ayudará a recordar.

—Tienes que descansar. —Me dio unas palmadas sobre el muslo y una ráfaga de deseo me atravesó el cuerpo—. Y hacer todas las preguntas que quieras.

—Está bien. ¿Cuál es mi posición sexual favorita? —lo desafié.

—Vaquera invertida mientras yo hago el trabajo duro.

Me eché a reír. Ese era el Ollie que yo conocía. Apasionado. Divertido. Y… sincero al máximo.

—¿Alguna vez… hemos hecho…?

—¿Cuál?

—¿La del sesenta y nueve?

Me miró dos veces, como para reconfirmar lo que oía.

—¿Eso quieres saber?

—No importa. Solo me preguntaba qué pasa si te muerdo el pene sin querer cuando tengo un orgasmo. —Negué con la cabeza, divertida de verlo hacer una mueca de dolor por reflejo—. Siguiente tema: ¿cuál es el lugar más loco en que lo hemos hecho?

—Eh… —Se frotó el mentón mientras lo pensaba. Por la incipiente sonrisa que se le dibujaba en el rostro, deduje que había más de un lugar para elegir—. Diría que el Palacio de Versalles.

Me atraganté de nuevo con un sorbo de agua.

—¡¿Qué?! ¿Estábamos borrachos?

—Sobrios como el típico tío enfadado en la cena de Navidad recién salido de rehabilitación. —Negó con la cabeza—. Pero no lo hicimos en los jardines. Ni siquiera eso. Fue directamente en la sala del trono.

Me tapé la cara con las palmas de las manos, con las orejas más ardientes que un pavo recién salido del horno.

—¡Mentira!

—No. Pu-ra-ver-dad —silabeó—. Y te hice gozar durante cuarenta minutos seguidos.

—Ahora sí sé que mientes.

—Está bien, está bien. —Hizo una pausa—. Fueron cincuenta, no cuarenta.

Me reí a carcajadas. Él también. Y por un segundo efímero y fugaz, todo volvió a ser como era entre nosotros. Sea lo que sea que fuera.

Oliver dobló en dirección a un camino amplio y arbolado, y estuvimos conduciendo casi dos kilómetros más hasta llegar a una enorme calle sin salida. Dos mansiones se alzaban a ambos lados al final de los interminables caminos de entrada, con una tercera

mansión firmemente asentada en el centro, apoyada en una colina que le permitía elevarse por encima del resto. Las casas se alzaban como tres reyes, imponentes por su tamaño y su arquitectura. Nada de aquel paisaje me resultaba familiar.

—Llegamos a Dark Prince Road. —Oliver pisó el acelerador al fin —. La mía es la de la derecha. Tiene su propio lago. Bueno, es más bien una entrada que da al Potomac. Te va a encantar.

Carraspeé y me pregunté en qué momento se me había secado tanto la garganta.

—Quieres decir la nuestra.

—¿Qué? —Me miró, confundido—. Ah… sí, claro. La nuestra. Perdón.

Se me hizo un pequeño nudo en el estómago. Lo desaté y me puse a mirar la propiedad.

—¿Es la casa que te compró tu padre después de ese año que estuvo fuera por negocios?

—¿De eso te acuerdas?

—Sí. También recuerdo que te regaló un caballo.

—Está en los establos de atrás. Ahora tengo dos: Usain Colt y Al Caponi.

Me reí tapándome la boca con la manga y pregunté:

—¿Son uno para mí y otro para ti?

Aparcó junto a una estatua romana en el patio de entrada de ladrillos dorados, lanzó una mirada prolongada a las ventanas del ala sur de su mansión y tragó saliva.

—Quizás puedo enseñarte a montar a Usain Colt un día de estos.

—¿Tengo un caballo y no sé montar?

—Aunque quizá no lo creas, no eres buena en todo.

Hice un puchero con dramatismo exagerado y dije:

—Creía recordar otra cosa…

Me desabrochó el cinturón de seguridad, dio la vuelta al coche y me abrió la puerta. Le tomé la mano que me ofrecía y sentí un escalofrío cuando los últimos vientos fríos de invierno me golpearon de pronto en el rostro. Las fachadas imponentes, todas de piedra, estaban enmarcadas por jardines exuberantes. Las chimeneas y agujas de las cúpulas se incrustaban por lo alto hasta alcanzar el cielo. Y la hiedra trepaba por las paredes de las columnas adornadas que enmarcaban el portón de doble puerta. Ollie vivía en un castillo. *Los dos* vivíamos en un castillo.

—Bienvenida a casa, Mimitos.

Pero no la sentía para nada como mi casa.

Por alguna razón que no podía identificar, se sentía más una jaula de oro.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO VEINTE

Oliver

Siempre supe que el karma sabía dónde vivía yo, con dirección exacta, y que tarde o temprano llamaría a mi puerta. Pero nunca me hubiera imaginado que me castigaría de este modo: mi primer y único amor sacó un consolador con púas de la guantera de mi coche y me obligó a inventar una excusa.

No había excusa posible.

Todo empezó como una pequeña prueba. Solo para ver si me funcionaba como a los demás: con accesorios, cantidades industriales de alcohol encima y un acuerdo de confidencialidad más largo que *El Señor de los Anillos*.

En cuanto me di cuenta de que todos esos artilugios no ayudaban en lo más mínimo, los escondí en los lugares más obvios, solo para despistar a mis amigos.

Yo ya sabía que mi actuación era menos convincente que las promesas de campaña en época electoral, pero cuanto más la exageraba, cuanto más me esforzaba por mantener la farsa, menos preguntas me hacían.

Pero no había sido así siempre.

El último verano que pasamos juntos con Briar (el verano en que tuvimos sexo), lo único que necesitaba era que ella respirara, y ni siquiera demasiado cerca, y yo ya estaba listo.

Abrí la puerta.

—Bienvenida a casa, Mimitos.

Trio y Geezer llegaron corriendo desde la sala de juegos: Trio sobre sus tres patitas de galgo flacas como ramas y Geezer, en su patinete. Briar se agachó y dejó que mis dos perros, feos como el demonio, le lamieran la cara y le saltaran encima, llenándoles el hocico de besos.

Como los perros, a diferencia de los humanos, son bondadosos por naturaleza, no cuestionaron en absoluto a la extraña que se les aparecía en su casa y la recibieron con un entusiasmo digno de fans de Taylor Swift.

Trio se revolcó y se puso panza arriba para que Briar se la rascara, mientras que Geezer sacudió las orejas grandes de sabueso para rogar que se las rascaran por detrás.

—Ah, ¿con que emocionados de ver a mamá? ¿Es eso? —les decía Briar con voz tierna.

Tenía ganas de matarme. No de la culpa, sino porque me daba un vistazo de lo que podría haber sido mi vida en un universo paralelo.

En el que no lo había echado todo a perder con Briar.

En el que ella podría haber sido la mamá para estos perros.

En el que yo no necesitaba consoladores con púas ni cinturones de castidad para despistar a mis amigos, solo por el temor que me causaba que, ante el menor atisbo de compasión, se me derribara el muro de acero que me había construido.

Ella jugó con los perros durante unos veinte minutos, mientras yo no paraba de mirar al segundo piso echo un manojo de nervios. Sabía que mi compañero de casa no saldría.

No lo hacía nunca.

No lo había hecho ni una vez durante los quince años que habían transcurrido desde que yo nos había arruinado la vida a ambos.

Pero yo sabía que él no quería que Briar estuviera en casa.

Cuando le conté que ella se mudaría, fue como una guerra nuclear. Pero, al final, él no podía hacer nada al respecto.

Era mi casa.

Interrumpí su sesión de amor con los perros y estiré la mano hacia los estantes de nogal negro que iban del suelo al techo, de donde saqué una rosa azul que había preparado de antemano.

—Una rosa para mi Briar Rose.

Briar levantó la mirada, sin soltar todavía a Geezer, a quien tenía abrazado. Trio corría en círculos a su alrededor, moviendo la cola con tanta fuerza que se le balanceaba todo el cuerpo, ajeno al hecho de que la sonrisa de su «mamá» se iba borrando lentamente.

Las pupilas se le clavaron en la rosa y se levantó despacio. Tomó la flor de entre mis dedos y se la acercó a la nariz respingona.

Se me estrujó el corazón de pronto y no tenía idea de por qué.

—¿Te acuerdas? —le pregunté con voz ronca.

—Creo que sí. —Los dedos acariciaron los pétalos de la rosa azul. Parecía como hipnotizada de verla—. Me acuerdo de que me dijiste que tenían que teñir a cada rosa una por una, y que tenías que encargarlas de algún lugar lejano.

Levantó la vista y preguntó:

—¿Es una tradición nuestra?

Sí. Lo fue. Hasta que yo lo arruiné todo.

—Sí —dije y me aclaré la garganta—. Así es. Todos los días te doy una de estas rosas.

—¿Todos y cada uno de los días? Un momento… —Examinó la flor y la levantó hacia la luz natural que se reflejaba en los ventanales—. Esta flor no está teñida. Parece cultivada así. Pensé que habías dicho que no existían.

—No existían. —Me rasqué la nuca, en un profundo deseo de congelar el calor que me subía por las mejillas—. Invertí en una empresa de botánica hace un tiempo, dirigida por unos científicos de Davis, Cornell y Harvard. Descubrieron cómo se podían cultivar y ahora tengo un jardín repleto.

Como dije antes: me había deshecho de *casi* todo rastro de Briar.

Palabra clave: *casi*.

Ella era como un tumor en mi organismo, persistente, alojado en cada hueco y rincón de mis órganos vitales. Ni el mejor cirujano podría extirparlo por completo.

Briar pegó un saltito y aplastó la rosa entre los dedos de la emoción. Su cabeza giró de un lado a otro en busca del jardín.

—¿Puedo verlo?

—Tranquila, Rayo McQueen. —Le apoyé las manos en los hombros y traté de calmarla antes de que terminara otra vez en el hospital—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Apoyó la mejilla en la rosa, sonriendo, y me dijo:

—¿Todavía vamos al lago Lemán?

Le devolví la sonrisa, seguro de que ese tumor acababa de restarme otra década de vida.

—Todo el tiempo, Mimitos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Oliver

Tengo que admitir que algo me salió bien: me recuperé bastante rápido del impacto inicial de fingir ser su prometido.

Unos días atrás, mis asistentes habían localizado su apartamento: un diminuto estudio mugriento en el centro de Los Angeles, del tamaño de mi organizador de zapatos. Contacté con el dueño, le pagué el alquiler hasta el final del contrato y le informé que la inquilina se mudaba conmigo.

No hizo demasiadas preguntas, lo cual me hizo querer estrangularlo. Yo podría haber sido cualquier persona. Un delincuente. Un cobrador. Un mal augurio.

El mal augurio eres tú y más te vale estarte quieto con las manos, desgraciado, me advertía la voz de Dal dentro de mi cabeza, con su acento sureño y todo.

Gracias a mi capacidad de previsión, pude mostrarle algunas de las cosas que me había mandado traer por avión privado del agujero en que vivía con unas cuantas ratas y una planta de plástico: su colección de velas aromáticas, el perrito San Bernardo de peluche

que tenía desde que era niña y su set tradicional de *fondue* suizo. Antes de ir a buscarla al hospital la noche anterior, había llenado el vestidor con su ropa, sus zapatos y varios artículos de tocador, con extremo cuidado de que todo pareciera dejado por ahí con descuido para que se viera auténtico.

—Vivimos en una casa enorme hasta lo grotesco —dijo Briar mirando de un lado a otro, tratando de absorber los vitrales y los balcones franceses. La mansión entera tenía una apariencia de dinero de familia de prestigio, de opulencia, recubierta de una capa delgada de alguien que trataba con todas sus fuerzas, sin éxito, de sobrevivir a sus pecados—. Pero no parece que haya mucho personal de servicio.

—Somos gente reservada.

Y con «somos», quería decir «él es reservado». Pero ella no se cruzaría nunca con él. Ambos vivirían bajo el mismo techo, y ella jamás sabría que hay otra persona viviendo en la mansión.

—Y nos gusta tener sexo por toda la casa, sin importar la hora —añadí, señalando la fuente del tamaño de un coche, de donde manaba agua hacia una pila de mármol. El reflejo de la araña de cristal brillaba sobre la superficie—. Demasiadas demandas legales en potencia.

—Sonamos como unos salvajes.

—Prefiero la denominación «locamente enamorados».

Se detuvo en la sala de juegos y giró la silla de más que había junto a la mía.

—¿Y esta es mi silla?

—Moldeada a medida para tus nalgas.

—No parece muy de mi estilo.

—Pasaste por una fase de obsesión con la *Guerra de las galaxias.*

En realidad, había sido yo el de esa fase, cuando me pasaba horas encerrado aquí, desesperado por volver a encontrar algún pasatiempo. Pero con su estado de memoria, era menos probable que me creyera si le decía la verdad. Caminamos por los pasillos abovedados, pasamos junto a los retratos al óleo de Trio y Geezer disfrazados con atuendos históricos y atravesamos el salón de baile donde Romeo y Dallas habían celebrado su boda. Después, regresamos al vestíbulo principal.

—Y con eso llegamos al final del recorrido. —Aplaudí con una sonrisa triunfante—. Dos piscinas, una pista de tenis, una de petanca y un gimnasio privado. ¿Algo más que quieras ver?

Ya habíamos dedicado más de una hora a recorrer los terrenos. Había pasado la mitad del tiempo maravillada con las rosas modificadas genéticamente y tratando de darle una manzana a Al Caponi, que desconfiaba muchísimo de los extraños.

Sigue enfadado contigo porque lo castraste, le había dicho, y en mi mente le agradecí a Seb haberme obligado a tener ese caballo.

—Sí. —Briar se apoyó en la pared junto a la escalera y se cruzó de brazos. Se quedó mirando a lo lejos, más allá de mi hombro—. El ala sur.

—¿Qué? ¿Esa cosa antigua? —Señalé con el pulgar por encima del hombro, riendo—. Olvídalo, nada que ver allí. Es aburrido.

—Tiene el balcón más grande, la mejor vista directa al lago y a los botes. —Briar frunció el ceño—. Seguro que hay algo interesante allí.

Ese «algo» era capaz de matarnos a los dos si nos metíamos en su territorio.

Le bloqueé el paso con el cuerpo. Y el cuerpo era un buen pedazo de cuerpo.

—Ese sector está prohibido.

Briar me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres decir con «prohibido»?

—¿Qué parte de la frase no has entendido? —pregunté con amabilidad. No me había dado cuenta de que la conmoción le había afectado las facultades cognitivas.

—Te lo diré bien claro: lo he entendido todo y no estoy de acuerdo en nada. —Vi asomar unas chispas en sus ojos—. Esta es mi casa también. No puedes decirme dónde ir y dónde no.

Cariño, tu casa es un baño público portátil que ya pasó a la gloria, con una cortina de cuentas que separaba el baño de la cocina.

¿Y algo más que podría decirse sobre su casa? Que ya no existía. El contrato estaba rescindido. Bajo ningún concepto la dejaría volver a ese antro mugriento e inseguro. No sabía aún qué haría ella al recuperar la memoria. Pensé que seguramente le buscaría otro lugar donde vivir. Esperaba que no fuera demasiado orgullosa y que me dejara ayudarla, porque comprarle una casa bonita en un barrio seguro al menos me haría sentir un poco mejor después de cómo habían terminado las cosas entre nosotros.

—Al ala sur no se entra, Briar.

Puso las manos en la cintura, con los puños cerrados.

—¿Por qué?

Cerré los ojos, respiré hondo, y opté por una versión posible de la verdad.

—Tengo un lado oscuro.

—¿Tiene algo que ver con los tapones anales que vi en el coche? Porque si es eso, no te voy a juzgar.

—He dicho que tengo «un lado oscuro», no «un lado fenomenal». Pon atención.

Frunció el ceño.

—¿Qué es tan secreto?

—Es privado.

—Soy tu prometida, ¿no es cierto?

Mierda. Es cierto.

—Soy, eh… —*¿Asesino en serie? ¿Ladrón de arte? ¿La mismísima parca?*— acumulador.

Sí. Fue lo mejor que se me ocurrió. ¿Qué puedo decir? Hasta ese momento no había vivido nunca dentro de una comedia romántica barata donde todo, absolutamente todo, saliera mal.

Los ojos de Briar se entrecerraron hasta quedar reducidos a dos rendijas desconfiadas. Era evidente que creía lo que le decía tanto como si le estuviera diciendo que Papá Noel podía bajar por las chimeneas de los siete continentes a la vez sin que se le borrara la puta sonrisa de la cara ni un segundo. Solo dijo:

—Déjame pasar.

—Es una locura lo de ahí dentro: montañas de bolsas de plástico reciclable, cajas de cartón vacías, diarios de los años sesenta, mi colección de papel higiénico usado…

Inclinó la cabeza, cuestionando mi respuesta.

—¿Tienes una colección de papel higiénico usado?

—¿Qué decirte? Cada cual tiene lo suyo. —Y en mi caso, eran las bacterias fecales—. Mira, no quiero que veas mi mierda.

—Voy a ser tu esposa. Estoy segura de que la mierda ya te la he visto, literalmente, y en más de una ocasión. Los hombres se destacan por olvidarse de tirar de la cadena. De eso sí que me acuerdo. Tuve la desgracia de vivir en una residencia mixta en la universidad. —De pronto, se le iluminaron los ojos—. ¡Dios mío, Ollie! Acabo de acordarme de algo, la universidad a la que fui: ¡Baylor!

Se tapó la boca de un manotazo.

—Mis condolencias.

—No es broma. —Me dio un golpecito en el pecho, con el rostro rebosante de alegría—. He podido recordar algo del pasado. Pero…

Hizo una pausa, frunció el ceño con la cabeza inclinada, y agregó:

—Pero no recuerdo que me hayas visitado ni una vez. ¿No se suponía que yo iba a ir a Harvard? ¿Por qué no fui a Harvard? ¿Nos habíamos separado en ese momento?

—Algo así —musité.

—Uf. ¿Qué hiciste?

—¿Por qué asumes que hice algo?

—Porque yo nunca arriesgaría nuestra relación. Estoy demasiado loca por ti.

Sentí un pinchazo en el pecho. ¿Un infarto? No. Peor. Mucho peor. Confirmado, esto era *una mierda total*. Porque estaba sintiendo algo. Algo que no era un total desprecio por la vida.

—Está bien. Sí. Fui yo —admití a regañadientes.

—¿Me engañaste? —dijo sorprendida al máximo.

Se me cayó la mandíbula de la sorpresa.

—No. Yo jamás te haría eso.

—¿Y a otras sí?

—Una pregunta estúpida. No hubo otras, ni las habrá.

Y era pura verdad. Briar se balanceaba de un pie al otro, con los brazos cruzados todavía, evidentemente esperando una respuesta.

—Digamos que… —Me pasé los dedos por el cabello y casi me rasgo el cuero cabelludo hasta hacerlo sangrar— …me acobardé en un momento. Estaba pasando por un momento difícil y necesitaba un descanso de todo. También corté contacto con Zach y Rom.

—Oh. —Se le suavizó la voz—. Espero que puedas ir poniéndome al día de todo lo que pasó en ese tiempo. Quiero que nos apoyemos en todo. Ahora, muéstrame ese desastre.

—No, ni hablar. —La agarré por los hombros, todavía tan delicados y tentadores, y la giré, de regreso al ala norte de la casa, con las bibliotecas, las habitaciones de invitados, el dormitorio principal y la oficina—. Mi terapeuta me dice que es mejor que no lo veas. No quiero que digas algo cruel.

—¿Qué? Yo jamás haría eso.

—Ya lo hiciste una vez.

Odiaba mentirle y, peor aún, hacerla pasar por una desconsiderada, pero no tenía opción. El mundo podía explotar si se metía en esa parte de la casa.

Era en serio. No descartaba que él hiciera cualquier cosa, hasta era capaz de asfixiarme con una almohada en medio de la noche. Y era lo mínimo que me merecía. Pero eso lo obligaría a salir de su ala de la mansión, y por tanto no lo haría. Se pasaba el tiempo vagando por esos pasillos oscuros día y noche, rumiando, enfurecido, pudriéndose en su propia ira.

Briar se detuvo, sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí. —La empujé suavemente—. Me preguntaste si estaba seguro de que tenía suficiente mierda porque todavía cabía una aguja en un rincón cerca del techo.

—Ay, no, qué cruel de mi parte. ¿Por qué te dije eso?

—Cuando te emborrachas, te pones fatal.

—Lo siento.

—Está bien. Pasado pisado.

Ahora sí: directo al infierno. Y como castigo peor, traerían a toda mi familia. Tendría que ver a mis queridos padres arder en la hoguera de mis pecados las veinticuatro horas de cada día durante el resto de mi vida.

Briar se llevó una mano al corazón y negó con la cabeza.

—No me dejes volver a beber alcohol hasta la boda.

—Solo prométeme que nunca entrarás ahí —insistí, y odié el temblor de ansiedad de mi voz—. La última vez terminaste enterrada bajo una pila de periódicos. Tardamos cuarenta y ocho horas en sacarte de ahí, y con un equipo especializado. Estabas envuelta como un pescado en un ejemplar de *The Atlantic*.

—Lo siento muchísimo.

Lo que yo sí iba a sentir muchísimo sería cuando le volviera la memoria. Iba a matarme. De varias maneras. Despacio y con mucho dolor. Y seguro que yo me excitaría, pero igualmente…

Se detuvo delante del dormitorio principal.

—Por cierto, ¿cuándo veré a nuestros amigos?

Espero que nunca.

Lo arruinarían todo porque me recordarían a cada instante que esto no era real. Por primera vez en mucho tiempo, me lo estaba

pasando bien en la vida. Briar era hermosa, divertida, ingeniosa. Y también decidida sin ser obstinada.

Y ese era el problema, justamente.

La única forma de destruir un sueño era hacerlo realidad.

Por fin tenía a Briar Rose.

Y la perdería del modo más espectacular.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Briar

La excusa del acumulador compulsivo no me la creí ni por un segundo.

Oliver era minimalista desde que nació.

Bueno, tan minimalista como puede, siendo un *nepo baby* multimillonario.

Desde que tengo memoria (más literalmente que nunca), lo recuerdo conduciendo coches impecables, vivir en habitaciones ordenadas y despejadas de cosas, y llevar carteras con una única tarjeta de crédito negra (a diferencia de la que me habían devuelto a mí en el hospital, repleta de cupones, monedas y billetes arrugados).

Y hasta ahora: no había miles de empleados de servicio por todas partes y la casa estaba impecable. En seis kilómetros a la redonda no había ni un vaso fuera de lugar. Me guardé en la memoria lo de investigar el ala sur en cuanto Oliver me dejara en paz.

No me había dejado sola ni un segundo, solo para ir al baño y cambiarme de ropa, y en ese segundo me había puesto un vestido hermoso de nuestro armario. (Pero yo, a diferencia de él, parece que

dejé el dormitorio principal todo desordenado: camisas, zapatos y vaqueros por todas partes. Tuve la decencia de disculparme y prometí ordenar todo por la mañana).

A las siete en punto, Oliver me acompañó a cenar al patio del primer piso, con vistas al lago. De pronto salieron de la nada dos camareras uniformadas que se pusieron a nuestro lado.

Una de ellas se inclinó hacia mí, con las manos juntas a la altura del estómago y me dijo:

—Señorita Auer, me alegro mucho de volver a verla.

Fruncí el ceño mientras Oliver me apartaba la silla.

—Gracias.

Había pronunciado mal mi apellido. ¿Sería nueva? ¿Acaso yo había espantado a su predecesora? Vagar por el mundo sin recuerdos era como navegar en un barco sin brújula ni GPS. Sin logros de los que enorgullecerse. Sin errores sobre los que reflexionar. Una pizarra en blanco que, de alguna manera, parecía más sucia que un pasado dudoso. Agregué:

—Puedes llamarme Briar.

De ningún modo mi yo actual sería tan presumida de pedirle a mis empleadas que se dirigieran a mí por el apellido. Ni hacerles llevar uniforme, *mucho menos*.

—El personal es nuevo. —Oliver le dio la vuelta a la mesa cuando me senté y se acomodó frente a mí—. En general pedimos comida hecha pero el doctor Cohen recomendó que comieras bien.

Hizo una pausa, me miró fijamente y agregó:

—Y la agencia de donde contrato al personal les exige llevar uniformes.

Me recosté contra el respaldo de lona de la silla.

La camarera volvió a inclinarse, esta vez más que antes.

—Mis disculpas, Briar.

Yo tenía bien presente que vivía una vida privilegiada. Más de una en mi situación tendría otras preocupaciones fuera de las lagunas de la memoria y los dolores de cabeza esporádicos: pagos de facturas de hospital, turnos de trabajo y cuidado de niños.

Intenté hablar sin que se me notara la felicidad que sentía:

—¿Ya te he dicho alguna vez lo maravilloso que eres?

Casi todos los hombres no hubieran sabido manejar una situación como la que habíamos vivido. Oliver lo había hecho con elegancia. Era muy afortunada de tenerlo por compañero.

Él no apartó los ojos de la copa de vino y me contestó:

—Sí, me lo dijiste.

—Bueno, va en serio. Tengo mucha suerte de amarte. Hablando de eso, ¿cuándo fue la última vez que te dije que te quería?

—Me lo dijiste justo antes del accidente —añadió algo en voz muy baja que no llegué a entender; era algo así como «más o menos».

La otra camarera me retiró la campana de plata del plato y dejó al descubierto mi cena. Un enorme filete de lomo Porterhouse con espárragos, puré de patatas bien cremoso y algún tipo de salsa blanca.

En cuanto el olor de la carne me llegó a las fosas nasales, me incliné sobre la baranda de mármol y vomité directamente sobre los rosales.

—Mis felicitaciones al chef, que consiguió hacer vomitar a mi prometida antes de que probara bocado siquiera. —Oliver salió corriendo hacia mí, me sujetó el pelo con manos expertas y me lo

levantó mientras les gritaba a las empleadas—: Quitadle esta comida ya mismo.

Después, me preguntó:

—¿Estás bien, Mimitos? ¿Son las migrañas?

—No. —Negué con la cabeza y me limpié la boca con el dorso de la mano—. No es eso. Estoy... esto está malo.

—¿Malo? —Tomó un espárrago de su plato y lo cortó con sus dientes blancos como perlas—. Amor, a esta vaca se la alimentó con pasto orgánico de quinientos dólares el gramo. Te aseguro que este es el mejor filete que comerás en tu vida.

—No es eso. —Negué con la cabeza y me alejé de la mesa, tambaleante—. Soy... creo que soy vegetariana.

Se quedó mirándome sin poder decir nada, con la boca abierta y el rostro inexpresivo.

Me abracé a mí misma; el cerebro hecho un torbellino.

—¿O tal vez hasta vegana?

¿Cómo podía ser que mi prometido no supiera que no comía carne? ¿Y por qué el ala sur estaba prohibida? Nada tenía sentido. Y necesitaba una buena dosis de sentido en esos momentos.

Frente a su silencio, le supliqué con la mirada que me diera una explicación razonable.

—¿Cómo es posible que no lo sepas?

Me guiñó un ojo, en un intento de aliviar el ambiente y me dijo:

—Nunca pareciste tener ningún problema con mi carne.

—Ollie.

—Mierda. —Tragó saliva. Se humedeció los labios—. Es hora de decir la verdad, ¿no?

Por fin.

Asentí en silencio.

—La verdad es que tienes muy baja la vitamina D. —Suspiró, cogió un trozo de pan de la mesa y se lo comió de un bocado—. Sí, ya lo sé. Parece una contradicción, ¿no? Que seas mi futura esposa y te falte justo la vitamina D. Qué irónico. Pero Dios hace cosas misteriosas.

¿Vitamina D?

Le dio un trago al vino y se sumergió en la pregunta tácita:

—Sí, eres vegetariana, pero tus médicos me dijeron que estos resultados de laboratorio están así desde hace tiempo. Y pensé que podría ser un buen momento para introducirte en el consumo de carne roja. Necesitas zinc, B12, ácidos grasos, calcio, hierro. Todo. —Levantó una mano en el aire, aunque yo no iba a decir nada—. Ya sé que ha sido terrible por mi parte, pero no quería correr el riesgo de que te desmayaras en medio de la boda. Quiero cerrar este asunto cuanto antes.

—Es antiético y completamente inapropiado.

—Cariño, es una de las cosas menos inapropiadas que te he hecho en la última semana —murmuró—. Pero estoy de acuerdo. Te pido disculpas.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Y cuándo es la boda, por cierto?

—No hemos puesto fecha todavía.

Cuanto más tiempo pasaba con mi prometido, más creía que había subestimado la magnitud de nuestra pelea. Pero, a fin de cuentas, el dúo de Briar y Oliver que yo recordaba podía sobrevivir a cualquier pelea. Estábamos muy enamorados. Éramos radicalmente fieles. Aun

así, necesitaba eliminar por completo el atisbo de duda que me brotaba en el estómago.

—Quiero hacerte unas preguntas, ¿puede ser? —le dije y le apoyé una mano en el hombro.

Se le cortó la respiración y yo también sentí una sacudida. De algo extraño y ajeno. De una sensación desconocida que se acumulaba en mi interior.

—De acuerdo.

—¿Tengo antecedentes penales?

Se atragantó con el vino.

—Solo por ser tan sexi que a veces parece un crimen.

—En serio.

—No tienes antecedentes penales. —Pausa—. No que yo sepa.

—¿Tengo algún tatuaje? —Sabía la respuesta a esa pregunta solo porque había visto la tinta en mi cadera al cambiarme de ropa hace un rato.

Me miró directo a los ojos, pero su mirada se llenó de algo que no pude descifrar. Deseo, y enfado, y alarma y algo más. Algo más oscuro. Mucho más oscuro de lo que yo sabía que él era capaz. Pero era mi Ollie. Mi alma gemela. Mi bromista de siempre. ¿Qué le había pasado? ¿Qué nos había pasado?

Se me dilataron las fosas nasales.

—Deberías saber la respuesta a esa pregunta, Oliver. ¿Tengo algún tatuaje en alguna parte? Y si es así, ¿de qué?

El silencio flotaba en el aire como una guillotina.

Levantó el mentón y dijo lentamente:

—Tienes un tatuaje. En el hueso de la cadera. Dice «pelea como una mujer» en tipografía Lobster. Te gusta cuando recorro las letras

con los dedos, una por una, mientras te muerdo y te chupo la entrepierna. Te gusta cuando lo beso al despertarte por la mañana y te lamo de pies a cabeza. Te lo hiciste el día que cumpliste dieciocho años y te diste cuenta de que oficialmente tu relación con tus padres había terminado; como recordatorio de que no los necesitas, de que te tienes a ti misma.

El atisbo de duda instalado en mi vientre se desvaneció por completo. Sí que era Oliver von Bismarck. Mi Oliver. El verdadero, auténtico y sincero. El chico que me regalaba rosas azules y se iba a dormir cada noche con el volumen del teléfono al máximo por si lo llamaba si necesitaba ayuda. Solo era yo que estaba rara con mis inseguridades. Era tonta e ingrata. De la culpa que sentí, me subió un calor intenso por las mejillas. ¿Cómo podía siquiera dudar de él?

—Lo siento. —Di la vuelta a la mesa, le rodeé los hombros con los brazos y lo atraje hacia mí—. Lo siento por haber dudado de ti.

Él me abrazó por la cintura y me hundió la nariz en el cabello.

—Soy yo quien debería pedirte perdón por no haberte cuidado bien. —Le tembló el cuerpo entero—. Te prepararé *pasta al aglio e olio*.

—Te haré compañía mientras cocinas y trataré de no arrancarte la ropa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Oliver

Se había hecho vegetariana. Eso sí que era una novedad para mí.

Casi se me sale el alma del pecho cuando me preguntó por los tatuajes. Me acordaba todavía del que se había hecho el último verano que estuvimos juntos, apenas cumplió los dieciocho años. Y no le mentí. Por lo menos no técnicamente. Sí pasó que le chupé toda la entrepierna y pasé mis dedos por las letras cuando le dolía, para que se curara. Sí pasó que la besé para que se sintiera mejor.

El resto de la cena fluyó sin más incidentes. Briar era divertida, observadora y, si bien no se acordaba ni de sus domicilios anteriores, ni de sus amigos, ni de su trabajo de los últimos quince años, no tenía problema en analizar el pensamiento filosófico del puto Nietzsche, en profundidad. Acababa de acordarse de que se había especializado en Filosofía en la universidad.

—Creo que a lo que me refería con «pelea como una mujer» es a esto… —Enroscó los espaguetis con el tenedor sobre una cuchara y los sorbió como una niña, sin dejar de sonreírme, mientras proseguía—: Las mujeres son todas unas pioneras. Nietzsche era un

amargado con más problemas de salud que un anciano de noventa años. La sociedad educada lo rechazó en gran medida por no creer en Dios, y estaba en la ruina total y completa, peor que un estudiante pobre y mujeriego. Era machista, como los demás intelectuales de su época. Y, aun así, las mujeres lo criaron y lo cuidaron. Mujeres inteligentes. Feministas. Su hermana, su madre, su tía, Lou Salomé.

—¿Lou qué?

—La mujer a la que le pidió matrimonio tres veces. Una intelectual y escritora brillante. Lo rechazó las tres veces.

—¿Por qué?

—Quería casarse con alguien de su altura. Verás, a pesar de la opinión general de la época sobre las mujeres, Lou Salomé sabía lo que ella valía. Se dio cuenta de que no la apreciaba como ella se merecía. No era arrogancia, ni codicia, ni esnobismo. Eran así en los hechos.

—¿Y cuáles eran esos hechos?

Agarró la vela de la mesa y la apagó de un soplo.

—La sombra de un hombre está diseñada para taparle la luz a la mujer. Porque trata de ponerle freno a lo que no puede controlar.

Empecé a excitarme con su cerebro.

Quería meterle la polla por la boca, ahora que sabía todas las cosas inteligentes que salían por ahí.

Para cuando llegamos al dormitorio principal, no había dejado de pensar ni un segundo en todo lo que quería hacerle. Claramente, yo no me había encontrado con mis valores morales entre la caída en el estanque y el momento actual.

Entró en el baño a cepillarse los dientes mientras yo me ponía el pijama en el vestidor y le echaba un vistazo a su guardarropa. Era tan básico que casi me pongo a llorar.

Briar era dueña de un estilo único que solo podía describirse como propio de ella. No se vestía como si cada centímetro de la Tierra fuera su pasarela, como Dallas y Frankie, atrapadas en la ostentación de los nuevos ricos y gastando cientos de miles de dólares en ropa al mes. Tampoco se vestía como Fae, una víctima de la moda que necesitaba desesperadamente un trasplante de ojos.

No, el armario de Briar estaba lleno de tejanos *vintage*, de botas vaqueras auténticas, con las mangas remangadas y chaquetas de cuero. *Fenomenal*. Briar era fenomenal. Siempre lo había sido. Era una de las razones por las que nunca quise alejarme de ella cuando estábamos juntos. Nunca sentía que me estuviera perdiendo algo, como en un síndrome FOMO. Yo ya sabía que tenía lo mejor.

Volví a la cama, sacudí las almohadas y deshice la construcción elaborada que insistía en hacer mi empleada doméstica todas las mañanas.

—Ollie.

—¿Qué? —Entré en el baño corriendo, en parte para poder verla desnuda, pero sobre todo porque de verdad me preocupaba por ella.

Tenía puesta una camiseta rosa corta sin sujetador debajo (se le marcaban los pezones) y unos pantalones deportivos enroscados en la cintura. El cepillo de dientes le colgaba de la boca, de donde le desbordaba la espuma.

—Mira lo que he descubierto que puedo hacer.

Sin esperar respuesta, hizo una vertical, doblando los codos poco a poco con las piernas en el aire, rectas como una flecha. Su

camiseta corta se le subió, dejando al descubierto sus tetas.

Necesito repetirlo: tenía las tetas al descubierto, bronceadas, divinas y directamente frente a mí. Con un *piercing* en uno de los pezones. Se me levantó el pene hasta el abdomen y empezó a gotear su líquido preseminal.

—¿Sabías que podía hacerlo? —murmuró, todavía con el cepillo de dientes colgando.

—¿Qué? ¿Hacerme eyacular de solo existir? Sí, eso sí.

¿Cómo descubre uno de pronto que puede hacer una vertical? Tomé nota mental de estar más atento a ella, no fuera que la encontrara boca abajo entre las espinas de los rosales después de un cuádruple salto mortal hacia atrás que le salió mal.

El cepillo de dientes se le cayó al suelo de la risa.

Me sonrió y la espuma de la pasta de dientes le corrió por las mejillas.

—¿Seré una aficionada al yoga?

—Eso parece.

—Qué guay. —Seguía boca abajo con una vista directa a mi pene erecto. No había mucho que pudiera hacer al respecto—. ¿Qué otros pasatiempos tengo?

—Dejarme con las ganas.

Bajó los pies poco a poco, se enderezó y se me acercó despacio, contoneando las caderas a cada paso.

—De eso podemos encargarnos enseguida, ya sabes. —Su voz se coló por nuestros cuerpos como si fuera humo.

Se acercó más y, justo cuando pensé que me rodearía el cuello con los brazos, me sorprendió de nuevo: su pierna salió disparada como si fuera una bailarina y el tobillo me quedó apoyado en el

hombro. Todo el cuerpo se le fundió contra el mío, toda la longitud de su larga pierna me presionaba con fuerza; su vagina apretada contra mi erección.

Se me pusieron los ojos en blanco. Los cerré con fuerza y jadeé en busca de aire. Traté de recordarme que el compromiso, a diferencia de la atracción sexual, era falso. Si ella estuviera en todas sus facultades mentales, lo que estaría haciendo sería castrarme, y preferentemente con un cortaúñas, para prolongar el dolor.

—Amor. —Me acerqué a su rostro y le besé la nariz respingona. Juraría que por un segundo sentí que todo el grosor de mi pene encajaba entre los labios de su vagina—. No podemos hacer esto ahora mismo. —La besé en el talón del pie descalzo y la ayudé apoyarlo de nuevo sobre las baldosas—. Créeme que no hay nada que me gustaría más que... bueno, saborearte. Pero tenemos que dar tiempo a que te adaptes. Antes de que perdieras la memoria, tuvimos una discusión. Estabas molesta conmigo. No quiero aprovecharme de ti.

No podía decirle toda la verdad. Pero podía ser sincero en que tener sexo no era buena idea. A decir verdad, era una idea fantástica. Quizás la mejor idea de todos los tiempos y de toda la civilización. Pero sabía que su verdadero yo no lo hubiera querido en ese momento.

Se dio la vuelta hacia el lavamanos y escupió la pasta de dientes, después llenó un vaso con agua y se enjuagó.

—¿Por qué discutimos?

—No puedo decírtelo. —Volvió a darse la vuelta de golpe y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Por qué no?

—El doctor Cohen me dijo que no te molestara con nada que pudiera alterarte. Lo que había hecho te alteró.

Briar entrecerró los ojos.

—¿Algo del estilo de engañarme?

—Como te he dicho antes, no te engañé nunca, ni nunca lo haré. —Apoyé el codo en el marco de la puerta y me froté el pelo—. Pero para serte totalmente sincero, tampoco estuve en abstinencia durante el tiempo que nos separamos.

Y fueron quince años.

Ella volvió a colocar el cepillo de dientes en su sitio y arrojó la toalla de mano en la cesta elegante que había para la ropa sucia, mientras decía:

—Me preocupa lo que dices.

Me aparté del marco de la puerta, me acerqué a ella, la tomé por los hombros y le besé la frente. Me quedé un rato con los labios pegados a su piel.

—No tienes de qué preocuparte. Te adoro. Nunca querría hacerte daño. Nos desentendimos por un momento. Solo quiero que recuperes la memoria antes de que tengamos sexo. Si después de que lo recuerdes todo, sigues queriéndome en tu cama, te prometo que no me iré nunca más.

Me miró y parpadeó con aire dubitativo.

—¿Significa que no dormiremos en la misma cama?

—Si no te sientes cómoda, puedo irme a dormir a una de las habitaciones de invitados.

—No. —Apoyó las palmas de las manos sobre mi pecho. Ambos notamos que el corazón me latía a toda velocidad—. No quiero dormir sola. Te quiero a mi lado.

—Tus deseos son órdenes.

—¿Pero nada de sexo hasta que vuelva a recordarlo todo?

—Nada de sexo hasta que recuerdes.

—Está bien... pero en cuanto lo haga, tendrás que darme sexo oral al menos durante cuarenta minutos. —Levantó una ceja—. Como en el Palacio de Versalles.

—Fueron cincuenta y claro que sí.

—Mientras trazas las letras de mi tatuaje con el dedo.

—Trato hecho.

Había muy pocas posibilidades de que ella fuera a querer tener nada que ver con mi pene, ni mucho menos con cualquier otro órgano de mi cuerpo, cuando recuperara la memoria.

Y todo era culpa mía.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Oliver

Diecinueve años de edad.

—Feliz decimoctavo cumpleaños para mí. —Briar Rose levantó en alto el chupito de tequila—. ¡Salud!

Se llevó el chupito a los labios, inclinó la cabeza hacia atrás y se lo bebió de un trago. Y yo hice lo mismo, mientras la observaba con cuidado en busca de algún signo de colapso inminente.

Sus padres no habían vuelto a su casa de Ginebra y ni habían aparecido para saludarla por el cumpleaños, ni tampoco por su graduación. Le habían dejado un mensaje a través del ama de llaves. Algo sobre una invitación de última hora para ir a una isla al norte del estado de parte de un senador en ascenso.

Desde entonces, Mimitos no había dejado de llorar desconsoladamente salvo interrupciones esporádicas cada dos horas. Así que tomé la decisión ejecutiva de sacarla de esa casa llena de recuerdos deprimentes en todas las paredes.

Nos subimos al tren nocturno hacia París para pasar su cumpleaños en un lugar neutral. En cuanto llegamos, me arrastró a un estudio oscuro donde una chica gótica llena de tinta le hizo el tatuaje en el hueso de la cadera.

La siguiente conquista de su mayoría de edad sería beber alcohol legal por primera vez, o más bien llenarse el estómago hasta los topes.

Levanté una ceja y observé a mi novia angustiada:

—¿Estás bien? —Parecía salida de un tablero de Pinterest con su vestido mini de lentejuelas rosadas y el cabello recogido con una cinta de Chanel.

Briar Rose dio unos golpecitos con los nudillos sobre la barra pegajosa y giró el dedo índice para pedir otra ronda de bebidas.

—Mejor que nunca.

El barman se nos acercó y nos sirvió la tanda de cuatro vasos. Mientras esperábamos, Briar Rose tomó mi chupito sin empezar y se lo bebió de un trago como una profesional. Nuestros años bebiendo a escondidas obviamente no habían sido en vano.

Mordió una rodaja de lima y descartó la cáscara sin pestañear siquiera.

—Gracias por venir. —Le pasé el brazo por el respaldo del taburete y busqué su rostro. Legalmente, ya podía beber en Francia, pero yo sabía que emborracharse hasta la médula en medio de un bar abarrotado de gente en medio de París no la ayudaría a sentirse mejor.

Yo no era de entrar en pánico muy seguido. Pero en ese momento estaba llegando al punto del pánico. Que Briar Rose tuviera unos padres de mierda no era ninguna novedad para mí. Pero sí verla

derrotada, frustrada y desvalida. Por lo general ella era de controlar sus emociones, de mantenerse resiliente y en sus cabales.

—Encantado. —Le di un golpecito con un dedo en la punta de la nariz—. No me perdería verte por nada del mundo.

Pasó la punta del dedo por el borde del chupito vacío, mirando fijamente el fondo del vaso.

—Pero se suponía que no ibas a venir este verano.

—No pasa nada. —Me giré en mi asiento y le arreglé la rosa azul que llevaba detrás de la oreja con una sonrisa—. No hay ningún otro lugar en el mundo en el que prefiera estar.

Calificar de desastre esos últimos días del verano hubiera sido una ofensa para todos los desastres del mundo. Por primera vez en catorce años, mi familia no iba a pasar el verano en Ginebra. En cambio, mi padre había alquilado una casa junto al lago en el centro de Nueva York durante un mes.

Pero no de vacaciones. No. Nos dejó bien claro que esperaba que Seb y yo hiciéramos unas prácticas intensivas en la ciudad vecina. En los próximos diez años, papá tenía previsto que nos hiciéramos cargo del Grand Regent, y estaba dispuesto a matarse antes de que hundiéramos la cadena de hoteles.

Nos había llegado la hora. En los próximos meses, entraría en mi segundo año en Harvard. Seb también acababa de terminar el instituto antes de tiempo, así que no es que ninguno de los dos pudiera escapar de la responsabilidad.

Yo había pensado pasarme el mes siguiente de viaje por Europa con Briar Rose y, después, encontrarnos en Harvard. Lo habíamos conseguido. Era oficial. O, al menos, eso fue lo que pensé.

Pero unas noches después, me había llamado llorando a mares e hiperventilando por estar sola en esa maldita casa. Salí disparado sin terminar lo que tenía entre manos y me subí a un avión rumbo a Ginebra. Dejé al personal confundido, a mi hermano muy enfadado y a mi padre despotricando y echando humo por las orejas.

Me incliné hacia Briar para besarle la frente.

—Lo importante es que he venido. —Ella se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro al mismo tiempo que yo me inclinaba, impidiendo que mis labios la besaran. Aun así, llegué a sentirle el aliento: rancio y agrio del alcohol. Quería arrancarle toda la borrachera con besos, limpiarle todo el dolor y la angustia. Quería beberlo todo de sus labios. Llevar la carga de su dolor.

—Bueno, Mimitos, ya es hora de la cena. —Di un aplauso con las manos y le brindé mi mejor sonrisa ganadora—. ¿Nos vamos?

—¿Tú y quiénes más? Familias con bebés, jubilados con mucho tiempo libre y gente que no tiene reloj. —Arqueó una ceja—. Son las cinco de la tarde. Métete la cena por ya sabes dónde…

—Me encantará probar algo nuevo cuando tengamos sexo, si así lo quieres. Pero aun así tienes que comer.

—No tengo hambre.

—Cariño, te quiero más que al porno, que a la pizza y la cerveza belga bien fría en las tardes de un verano caluroso, pero si no te llenas el estómago con carbohidratos, vas a pasar la noche en el hospital por el alcohol. Y sería lamentable que celebraras así tus dieciocho años en este planeta.

Briar Rose hizo un puchero y giró el vaso de chupito vacío, después se apoyó con el mentón sobre el puño y dijo:

—Da igual, empiezo a sentir que no hay mucho que celebrar.

—Mimitos…

Desvió los ojos azules salpicados de púrpura del vaso y los posó en mi rostro. Tenía los ojos vidriosos, a punto de llorar.

—Pero es cierto, ¿o no?

El corazón me estalló en un billón de pedazos.

—No, no es cierto.

—Estoy muy agradecida de que me lleves a Harvard contigo. Y de poder pasar las vacaciones con tu familia a partir de ahora. Y estoy agradecida hasta la médula por toda tu devoción, tu dedicación, tu amor... Pero eres la única persona en el mundo para mí, una isla, Ollie. Mi isla. Mi felicidad, y también la falta de ella; todo depende únicamente de ti. Si desapareces de mi vida...

—No desapareceré de tu vida nunca… —la interrumpí.

Sonrió con tristeza y continuó:

—Pero si sucediera, te llevarás contigo lo mejor que tengo. Te llevarás lo único que me importa en la vida y que no quiero perder. Eres todo lo mejor y lo peor que me ha pasado, Oliver von Bismarck. Si te pierdo, no me queda nada.

No tenía nada que decir al respecto. Sus sentimientos eran válidos y no podía culparla por sentirse así. Los padres la habían enviado a un colegio solo de chicas, donde no encajaba, y, por eso mismo, se le habían anulado todas las oportunidades de hacerse amiga de alguien. Nunca tenía a nadie con quien pasar el tiempo, nunca la presentaban con otras familias y nadie se molestaría en enamorarse de ella.

Estaba sola por completo.

Excepto por mí.

Todo lo que yo tenía que hacer era asegurarme de que eso fuera suficiente.

Rebusqué la cartera en mi bolsillo, tiré unos cuantos billetes sobre la barra y me cargué a Briar sobre el hombro, levantándola por la cintura, para llevarla fuera del bar. Ella ni se inmutó. A esas alturas, tal vez ya rozaba el coma etílico.

Salí disparado por la Rue de Rivoli, con mi novia al hombro.

—Mhmm. —Me rozó la espalda con las uñas de un modo que se me puso duro el pene y sentí un cosquilleo por toda la piel—. Creía que Rivoli era italiano, no francés.

Respiré hondo.

—Te refieres a los *ravioli*, amor.

—Quiero *ravioli*. Es cierto. Necesito meterme unos carbohidratos.

Necesitas que yo me meta en ti.

Y con eso venía el segundo problema.

No nos habíamos acostado aún.

Bueno, no era un problema en sí. Nuestro estado virginal debería haberme molestado más, posiblemente, pero me chupa un huevo (doble sentido a posta).

Hasta el momento, nunca había sentido que se hubiera presentado la ocasión ideal. En especial porque nos veíamos solo ocho semanas en todo el año. Me imaginé que pasaría cuando nos encontráramos en Harvard. Ahí podríamos salir a la noche. Comer fuera. Ir al cine. En un tiempo sin límite de construir ese tipo de intimidad que da lo cotidiano.

Yo estaba bien con llegar virgen a los diecinueve años. Pero ya, veinte era demasiado.

—Por dios, tienes un culo delicioso —dijo Mimitos, mientras me masajeaba por encima de los vaqueros en medio del hipo reiterado y de los transeúntes que abarrotaban la calle—. Quiero morderlo.

—Gracias a la máquina de Smith, no me salto el día de piernas en el gimnasio. —Trataba de mantener un tono ligero en la voz mientras buscaba un restaurante donde no hubiera tanta gente. Pero en el verano parisino, todo estaba lleno.

Soltó otro hipo y dijo:

—Creo que deberíamos tener sexo.

—Creo que deberías comer, beber tres litros de agua y dormir unas ocho horas de siesta —le contesté.

No había modo de que yo me acostara con esa mujer en su estado más vulnerable.

—Sé exactamente lo que hago, Oliver. Incluso si lo dejáramos mañana mismo, seguirías siendo la única persona a quien quiero darle mi virginidad.

—Por mucho que me alegre oír esto, Mimitos, nadie hará nada hasta que te sientas mejor.

Vi una pequeña cafetería al final de la calle y me apresuré hacia allí. Ya empezaban a rodearnos las miradas curiosas, y ni hablar de las mujeres que me miraban escandalizadas cuando me veían pasar con una chica al hombro, y vestida con un vestido demasiado corto, colgada como si fuera un premio.

El aroma a mantequilla de los *croissants* me subió por la nariz al segundo en que cruzamos la puerta del café. (Bueno, yo la crucé y ella la pasó colgada de mí).

Elegí la mesa más alejada del lugar, en un rincón al fondo, y pedí todo lo que había en el menú: sopas, sándwiches, postres, batidos y

café. Y también dos botellas de agua con gas.

Después, me quedé mirando mientras mi novia devoraba la mayor parte del contenido de la mesa.

—Despacio, Mimitos. —Le acaricié el cabello mientras la observaba comer como si acabaran de rescatarla después de seis años en la selva—. La comida no se va a ir a ninguna parte.

—Ni siquiera tengo tanta hambre. —Dejó el tenedor, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Todo lo que quiero es llenar este vacío que tengo dentro. Pero no hay comida que me baste para eso.

—Tienes razón. La comida no te llenará ese vacío. —Tragué saliva y odié sentir que, en el mismo momento en que hablábamos de vacíos y de cómo llenarlos, mi pene solo pensaba en un vacío en particular—. Pero sí los buenos amigos. La familia que formarás algún día. Tienes mucho más por delante en la vida; esto justo empieza. Y lo que más deseo es formar parte.

Ella extendió su dedo meñique hacia mí (vi que tenía una gota de salsa en la punta).

—¿Me lo prometes?

Encajé mi dedo meñique con el suyo y le dije:

—Te lo prometo.

—Siento que el cielo se me cae encima.

—Si el cielo se te cae, yo te lo aguanto.

Briar Rose sonrió, satisfecha con mi respuesta, y procedió a terminarse el *croissant* que tenía en la mano.

Después de que se acabara todos y cada uno de los platos, la llevé al hotel más cercano que encontré y la tumbé en un sofá de la recepción mientras pagaba la estancia.

Me guardé la tarjeta llave en el bolsillo delantero y me llevé a Briar Rose en brazos, como si fuera nuestra luna de miel, hasta la suite que había reservado. Para cuando llegué a la puerta, hacía rato que se había dormido apoyada en mi pecho, roncando sonoramente.

En ese momento, me vibró el teléfono en el bolsillo. *Papá*, pensé. O quizás Seb. Ambos se habían puesto de acuerdo para no darme un segundo de respiro, recordándome sin parar que los había plantado con la casa del lago. Claro que querían mucho a Mimitos, pero no podían entender por qué tenía yo que dejarlo todo para estar con ella. Y menos cuando todos sabíamos que se encontraría conmigo en Estados Unidos en unas semanas para el día en que me mudaba al campus de la universidad.

Los traspasos de titularidad, las presentaciones empresariales, las reuniones con el consejo de administración: papá amenazó con dejarlo todo en manos de Seb, lo cual, para ser totalmente franco, me parecía un plan buenísimo.

Junto con Briar Rose, ambos pensábamos que ser un vendehúmos era el peor trabajo del mundo. Ella, porque culpaba las ambiciones laborales de su padre por la soledad en que vivía. Y yo, porque quería hacer algo que me hiciera feliz. No sabía el qué, pero Briar Rose me había prometido ayudarme a descubrirlo.

El tono de la llamada se apagó en mi bolsillo y al rato empezó de nuevo en medio de la maniobra que hice para llevarme a Briar Rose a un brazo e insertar la tarjeta llave en la cerradura con el otro. Abrí la puerta de una patada y entré tambaleándome con mi novia inconsciente todavía en brazos.

Ella soltó un ronquido de proporciones descomunales cuando me desplomé sobre la cama *king size* a su lado.

Entonces saqué el teléfono del bolsillo al mismo tiempo que me tironeaba del pelo desde la raíz mientras deslizaba la pantalla para responder la llamada.

—¡¿Qué pasa?!

—Estás despedido —anunció Seb con una evidente sonrisa de oreja a oreja en los labios.

Me incorporé de un salto y me quité la chaqueta de los hombros, rebuscando la cartera en los bolsillos.

—Tú no eres mi jefe.

—No todavía —me contestó Seb y chasqueó la lengua—. Pero papá está furioso. Dice que te escapaste detrás de una chica. —Hizo una pausa—. En otras palabras, sabe la verdad.

—Estas diciendo puras mentiras y lo sabes. —Eché un vistazo por encima del hombro para ver cómo estaba Mimitos. Inconsciente.

—Aunque estuviera mintiendo, papá sigue estando en lo cierto.

Encontré la cartera en el bolsillo trasero.

—No me importa.

De verdad. No veía qué diferencia suponía que estuviera o no presente un estudiante universitario de diecinueve años en la adquisición hostil de un hotel en quiebra en medio de Savannah. Sobrevivirían sin mí.

Además, jamás dejaría de lado las prácticas reales para echar un polvo. Aun si fuese por fin con la chica que amaba desde que dejé los pañales. (Por cierto, ella se me adelantó seis meses en ese logro). Y aparte de eso, Seb sería mejor gerente general que yo. Mi hermano menor era mejor tanto en inteligencia como en capacidad analítica, pero yo lo compensaba con la determinación obstinada que tenía de mi lado.

—Pues harías mejor si te importara. —Seb hizo una pausa dramática—. Lo convencí de que me diera las llaves de la cabaña de North Oaks para ir antes de que terminara del verano.

—Hijo de puta —le espeté y salí de la habitación de un portazo. Mimitos iba a necesitar agua y analgésicos cuando despertara. Y eso sería pronto—. Sabías que quería llevar a Briar Rose.

Lo había planeado todo. Iba a invitar a mis amigos más cercanos y presentarle gente con quien llevarse bien. Romeo. Zach. Algunas chicas de Harvard que fueran buena gente. Para que cuando llegara el otoño entrara en el campus universitario rodeada de amigos. Y así no se repetiría la historia de Surval Montreux.

Pero ahora Seb se me había adelantado.

Siempre ese rasgo competitivo que tenía. Para él, la vida era una gran carrera.

—Si te duermes, pierdes —dijo mi hermanito entre risas socarronas, y acompañó sus palabras con el chasquido conocido de una lata de cerveza que se abría. El muy idiota seguro que tenía los pies sobre el escritorio de papá, con el teléfono entre la oreja y el hombro—. Tengo grandes planes para esa casa. Mucha fiesta.

Entré y salí del ascensor a toda prisa, y me sumergí en la corriente de la calle parisina.

—Sí, claro, cómo no…

—Sabes que me encantan los lagos. Tengo que mantener mi rutina de remo intacta para la próxima temporada.

Empujé la puerta de una farmacia y fui directo a la sección de turistas borrachos, repleta de analgésicos, medicamentos contra las náuseas y frascos de artículos de tocador.

—Te has olvidado de preguntarme por qué estoy aquí.

Si bien yo consideraba mejores amigos a Romeo y Zach, Sebastian había nacido para ser mi mejor amigo. Literalmente. Mamá decía que lo había creado para mí porque yo no dejaba de agarrarme al hijo de mi primo con mis manitas de bebé.

Pero, aun así, mi hermano no sabía mucho sobre la situación de Mimitos. (Y para el caso, Rom y Zach ni siquiera se creían que ella existía). En parte porque quería proteger su privacidad, pero sobre todo porque a Seb todo el mundo le importaba un comino, salvo por él mismo.

Desde siempre pensé que lo que Seb necesitaba era una tragedia que lo sacudiera hasta los cimientos, que le recordara que no era tan intocable como pensaba.

—No me he olvidado, amigo. —Seb se rio al otro lado de la línea —. Solo que no me importa.

Quería darle un puñetazo en la cara. Pero en lugar de eso, agarré una cesta y la empecé a llenar con las cosas que Briar Rose necesitaba. Doliprane, líquidos, electrolitos, carbohidratos y zinc.

—Algún día, toda esa maldad que llevas dentro se pondrá en tu contra —le dije, rumiando las palabras mientras me dirigía a la caja. No quería perder el tiempo. Tenía que volver a esa habitación por si Briar Rose vomitaba o algo así.

—No, no va a pasar. Soy más rápido que un relámpago y no podrá adelantarse. Ah, por cierto —dijo Seb y chasqueó los dedos al otro lado del teléfono—. También convencí a papá de que me deje el Lamborghini verde durante el verano. Fue bastante fácil porque lo encontré quejándose y lloriqueando con Manuel por tu enorme culo perezoso.

El gerente de operaciones y mano derecha de papá. Genial. Ahora se había corrido la voz por toda la empresa de que yo era un irresponsable de mierda.

—Volveré al hotel tan pronto como pueda. —Apreté los dientes, tiré unos cuantos billetes en dirección al cajero y regresé al hotel hecho una furia—. Solo quiero asegurarme de que Briar Rose está bien.

Seb se puso serio por primera vez.

—¿Está enferma?

—No, nada de eso. Solo tiene una semana de mierda.

—Mi sexto sentido me dice que la tuya lo va a ser todavía más cuando regreses aquí.

En ocasiones como esta, llegaba a odiar a mi hermano de verdad.

—¿Puedes al menos decirle que es una emergencia?

Podía llamar a papá yo mismo, pero me llevaría unas horas. Y cuidar a Briar Rose me requería toda la atención disponible en ese momento.

—Claro, intentaré acordarme de decírselo.

—No todo en la vida es una broma, Seb.

—No —dijo, y bostezó—. Pero esta conversación sí, de lo contrario no me estaría riendo.

—Quiero...

Pero el maldito colgó.

Desgraciado.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO VEINTICINCO

Oliver

Me desperté sobresaltado, empapado en mi propio sudor. El brazo que tenía aferrado a la cadera no me dejó incorporarme en la cama.

Tenía el pene erecto encima de mis abdominales. Lleno, grueso y totalmente duro. Quizás había sido el sueño (de París con Briar y ella suplicándome que la follara en plena calle). O quizás por el hecho de que una mano pequeña y suave lo tenía secuestrado en un agarre de tornillo.

—Briar.

No se movió.

Las sábanas estaban amontonadas al pie de la cama. Aun así, apenas podía distinguir la silueta de su figura delgada en la oscuridad.

Le di un codazo en el hombro y me horroricé al sentir que apretaba más el agarre sobre mi pene y que me retorcía un poco hacia arriba y hacia abajo.

—Mier-da-ah.

Ella soltó un ronquido agudo y me dio una patada en la pierna.

Mierda y más mierda.

Intenté separarle los dedos uno por uno, pero ella empezó a gemir y se resistió a soltarme. Se me apretujaron los huevos.

—Tienes que soltarme o eyacularé hasta el techo.

No exageraba.

Si bien yo no era de disfrutar acostándome con cualquiera, me pasaba bastante tiempo familiarizando mi pene con mi puño. Pero en los últimos días, no lo había hecho tanto.

Todo el tiempo libre que había tenido en los últimos días me lo había pasado en el hospital con Briar.

Por las mañanas, la veía estirar los brazos al sol, y veía el tirante caer por su delicado hombro. Las tardes eran de verla mirarme fijamente mientras se mordía el labio, y me invitaba a hacer lo mismo. Y por las noches, dormía a su lado, escuchando sus gemidos suaves.

Ella siempre había sido así. Propensa a los sueños salvajes. Aquella noche de borrachera en París me describió el sueño erótico más obsceno que jamás le había escuchado. Si llegué virgen hasta los diecinueve años fue por puro milagro.

Briar me pasó la pierna por encima y se frotó contra mi cuerpo. En cuanto me liberó, la moví a su lado y levanté una muralla de almohadas entre nosotros para evitar futuras… bueno, futuras erecciones.

—¿Ol?

Me quedé paralizado, con la respiración atascada en la garganta durante un segundo.

—¿Sí, Mimitos?

No respondió.

Solté el aire contenido y me quedé mirando al techo; me puse a contar ovejas. Supuse que no volvería a poder dormirme en toda la noche, pero tenía que intentarlo. Esta sería mi última noche de sueño profundo antes de que se iniciaran las reformas más importantes en el hotel.

Minutos más tarde, mucho después de que me hubiera llamado, la oí quejarse en sueños.

Estiré el cuello, en un esfuerzo por lograr oír lo que decía.

—No te vayas, Ollie.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Oliver

Romeo Costa: Puede que lleguemos tarde.
Zach Sun: ¿Por qué?
Romeo Costa: Dallas.
Farrow Ballantine-Sun: ¿Qué hace?
Dallas Costa: Analizo cómo puede ser que el gimnasio sea al mismo tiempo el lugar más feliz de la casa para mi esposo mientras que para mí es una cárcel a medida.
Romeo Costa: No es culpa mía que le dijeras a tu médico que comes por razones emocionales después del parto.
Dallas Costa: No, lo que le dije fue que había vuelto a comer después del parto y que eso me ponía sentimental. No es lo mismo.
Zach Sun: ¿Segura que no?
Dallas Costa: Segura. Es mi configuración de fábrica. Pero el médico ahora cree que tengo una depresión posparto y que necesito algo para liberar endorfinas.
Romeo Costa: Recogerás tu siembra. En este caso, come y sé feliz.
Dallas Costa: ¿Cómo puede ser que a una le receten hacer ejercicio? No es una droga. Más bien, drogas es lo que voy a necesitar después de esto. Tengo el trasero que me quema.
Frankie Townsend: llegar tarde a dónde?

Zach Sun: ¿Y Oliver? Ese era el pie para que él nos regalara una de sus bromas mediocres sobre sexo anal. El juego de palabras es deliberado.
Romeo Costa: El tipo está desaparecido con su mujer. Quizás tengamos que llevar comida por si se olvidó de que en una cena hay que darles de comer a los invitados.
Farrow Ballantine-Sun: @Frankie Townsend, una cena de bienvenida (de nuevo) al barrio en casa de los von Bismarck.
Frankie Townsend: desde cuándo nadie me cuenta nunca nada?
Frankie Townsend: hola? hay alguien?

CAPÍTULO VEINTISIETE

Briar

—Ese bebé tiene algo raro. —Oliver frunció el ceño sin dejar de mirar su teléfono, segundos después de confirmar que nuestros amigos estaban a punto de llegar en cualquier momento a mi cena de «Felicidades por haber sobrevivido»—. Seguramente traigan a Luca esta noche.

—Es prácticamente tu sobrino. —Levanté las piernas juntas y puse los pies sobre la mesa de café, poco acostumbrada a vivir en una casa tan grande que los muebles no tocaran las paredes... ¿O sí que lo estaba?—. Cualquier cosa rara que tenga, la recibió de ti por ósmosis.

—¿Cómo sabes que no es culpa de Dallas y Romeo?

—Porque estoy comprometida contigo. No necesito recordarlos para saber que es cien por cien culpa tuya.

—Puede que te arrepientas de esas palabras cuando los conozcas. —Se detuvo a mitad de camino para redirigir a uno de los camareros que se dirigía al ala sur—. En especial Dallas.

En cuanto Oliver me dejara sola un rato, tenía decidido ir a investigar mejor el tema de la acumulación compulsiva, a ver si era realmente grave o qué era. Lo haría de un momento a otro. Solo que había un pequeño problema: no se separaba de mí, no lo había hecho ni una vez desde que había salido de alta del hospital. ¿Acaso no tenía un trabajo que hacer? ¿Ni un pasatiempo que atender? ¿Ni ningún amigo?

Me entró un temblor cuando me llegó una ráfaga de viento que me rozó los brazos.

—¿Qué tiene Dallas?

Ollie frunció el ceño y cerró de una patada las puertas del patio.

—Para empezar, cuando se enteró de que estaba embarazada, compró una cantidad de pantalones de maternidad del mismo color para todo el vecindario. —Ollie me arropó con una colcha tejida bien abrigada—. Iba de puerta en puerta y los repartía como si fuera un vendedor de Biblias.

Fruncí la nariz en un gesto de confusión y me moví en mi capullo recién hecho para acomodarme.

—¿Pantalones de maternidad?

—Sí, esos anchos de algodón, que quedan tan horribles que deberían considerarlos un crimen contra la humanidad.

—Quizá era su forma de prepararse para usarlos durante todo el embarazo y no quería ser la única.

—Eh. Eso fue exactamente lo que dijo ella.

Asomé la cabeza de golpe y me liberé de mi capullo.

—¿Será que acabo de acordarme de algo?

—Puede ser —me respondió, sin darle demasiada importancia, y me puso una manta sobre los hombros—. Sigues siendo muy

friolera, ¿verdad, Mimitos?

—Sí, y no es nuevo para ti, ¿no? ¿O no llevas los últimos diez años lidiando conmigo y con el frío? —Me incliné hacia delante y choqué la nariz contra la suya—. Y cambiando de tema, ¿qué tiene de raro el bebé Luca?

Oliver se apartó de mí de golpe, lo cual me hizo fruncir el ceño.

—A cada momento me mira tan fijamente que me atraviesa hasta el alma. Siento como si me estuviera mirando un excombatiente de dos guerras mundiales, que lo mataron y lo devolvieron al mundo de los vivos como Benjamin Button, solo para juzgarme. —Ollie se sirvió agua en un vaso con incrustaciones de diamantes y bebió hasta la mitad de un solo trago—. Hasta tiene una arruga.

—Los bebés pueden tener muchas arrugas. Que no te sorprenda. Y hablando de eso, ¿cuándo tendremos uno?

Escupió toda el agua encima de mi manta.

Fruncí el ceño ante esa reacción. ¿Sería que no quería hijos? En aquel entonces, siempre me decía que yo tendría mi propia familia y que él estaría conmigo a cada momento.

Me eché hacia atrás contra el almohadón del respaldo del sofá. Sentí que empezaban a encajar mínimamente algunas piezas. Quizás era por eso que habíamos discutido aquella noche.

Podía imaginarme que tuviéramos una buena pelea sobre el tema hijos. Yo quería tener hijos. Con todo mi ser. Y los dos lo sabíamos muy bien.

Estaba empezando a abrir la boca para preguntárselo, cuando llegó una horda de personas. Atravesaron la puerta en medio de mucho ruido, al cual cada uno aportaba distintos grados de caos. Eran cinco seres extremadamente atractivos, hasta niveles absurdos,

y entraron confiados por la casa como si fuera suya. Eran todos tan perfectos que me costó dejar la boca cerrada.

Y bebé Luca no venía con ellos.

—Creo que te he roto la cerradura —anunció la diosa de cabello rosado.

Llevaba puesto un vestido casi inexistente que podía haber pasado por lencería fina sin problema. Tenía cara de heredera de alcurnia, harta de todo y difícil de impresionar. Una cara que, por desgracia, yo conocía muy bien del internado privado.

Antes de poder prevenirlo, me puse tensa y me bajé la manta, como si me encontrara de vuelta en medio de los pasillos fríos de Surval Montreux.

—¡JEFA! —Antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, la mujer corrió hacia mí y me rodeó con los brazos y, en el proceso, se me cayó encima—. Te he echado de menos. ¿Te gusta mi peinado nuevo? Me teñí el pelo. Me queda mejor, ¿no?

Seguro que era una de las hermanas Townsend. Oliver me había advertido sobre su intensidad.

—No me acuerdo de tu peinado anterior. —Miré hacia Ollie, que la apartó de mí y la depositó nuevamente sobre sus tacones de doce centímetros—. ¿Soy tu jefa?

—Eras mi jefa. —Hizo pucheros—. Me despidieron.

—En realidad nunca te contrataron, Franklin. —Ollie la acompañó de vuelta al vestíbulo y, desde ahí, se volvió hacia mí y agregó—: Se invitó sola a tu plató cuando se enteró de que necesitabas una asistente. Y una vez ahí, provocó un incendio.

—Ah.

A ver. Hasta donde llegaba a recordar, yo siempre había vivido una vida muy solitaria. No podía creer que estos fueran mis amigos.

Eran tan... excéntricos.

Oliver asintió.

—Tiene una audacia sin igual, hasta puede entenderse como una inspiración a veces.

—Hablando de inspiración, he decidido que quiero ser *influencer.* —Frankie se agarró del brazo de alguien que se le parecía un poco. Supuse que sería Dallas—. Te prometo que es un trabajo de verdad, hermana. Deja de aplicarme la ley del hielo, suficiente castigo he tenido ya.

—No es un trabajo que te haga dejar de meterte en problemas, que es lo único que queremos Rom y yo. —Dallas se desató la bufanda que llevaba en el cuello y se tomó su tiempo para asimilar la mansión a su alrededor—. No puedo creer que nunca me hayas dejado entrar por la puerta principal, Oliver.

¿No la había dejado entrar nunca por delante? ¿En serio? O mejor dicho: ¿ni yo tampoco?

—Pero te dejé casarte aquí. —Oliver me apoyó la mano en la parte baja de mi espalda y guio al grupo al comedor—. Y te di una habitación para que te prepararas.

—Y me sacaste por la puerta trasera como si fuera comida en mal estado. —La mujer se dio la vuelta y me tomó de la mano, con los dedos entrelazados—. Soy Dallas.

Después, señaló con el pulgar al hombre alto y taciturno que tenía detrás y agregó:

—Y este es mi marido, Romeo.

Romeo asintió con la cabeza, pero no dijo nada. La ayudó a quitarse el abrigo, lo colgó en el perchero y le acercó una silla, después se sentó a su lado.

Frankie se sentó al otro lado de Dallas. La otra pareja se sentó frente a ellos.

Zach y Farrow, pensé.

—Soy Farrow. —La chica me saludó con una mano discreta en alto y una sonrisa amigable. Era alta y delgada, con un cabello rubio de un dorado que bien podía pasar por modelo de Victoria's Secret—. Pero llámame Fae. Felicidades por sobrevivir.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa y me volví hacia su esposo—. Y tú eres Zach, ¿verdad?

El Zachary Sun que yo recordaba según la descripción de Ollie de niños era el de un cuadro en blanco y negro. Intrincado, melancólico, deslumbrante y con una fuerte necesidad de toques de color.

Parecía una descripción acertada.

Pasó el brazo por detrás del respaldo de la silla de su esposa y lo apoyó ahí: la viva imagen de quien se mantiene en calma a fuerza de ansiolíticos.

Oliver me apartó la silla de la cabecera. Me senté y lo vi caminar hasta el extremo opuesto, donde pensé que se sentaría. Pero no, arrastró la silla de la otra cabecera hasta mí y se apretujó en el pequeño espacio entre Zach y yo.

Me acerqué a él para hacerle hueco, sin poder evitar fruncir el ceño otra vez. No se había despegado de mi lado ni un solo segundo desde el hospital.

Le di una palmadita en el muslo y le dije:

—No me voy a ahogar si te alejas unos pasos, ¿eh?

Encogió los hombros y chasqueó los dedos varias veces hasta que el personal del *catering* comenzó a sacar los platos de comida. *Risotto laksa*, codillo de cerdo *kare*, cangrejo de concha blanda y pasta *tom yum* vegetariana para mí.

Empecé a enrollar los fideos *bucatini* con el tenedor y me dirigí al grupo:

—¿Podría alguien describirme cómo fue cuando nos conocimos por primera vez?

—Claro —contestó Romeo en un tono muy lento; y me sorprendí de que fuera él el primero—. Lo recuerdo como si fuera hoy.

—Quieres decir «ayer», ¿no? —pregunté con una ceja levantada, consternada por el sistema educativo estadounidense—. ¿La frase no es «lo recuerdo como si fuera ayer»?

Se le dibujó un atisbo de sonrisa en el rostro.

—Eso. Claro.

Dallas le dio un codazo en el estómago.

—Lo que ha querido decir es que antes de conocerte en persona, él no creía que existieras.

Farrow asintió y dijo:

—Ni tampoco Zach.

Zach apartó los carbohidratos a un lado del plato y empezó con las proteínas.

—Pensábamos que eras una amiga imaginaria de Oliver y que te había inventado de tanto estar solo.

Oliver frunció el ceño y movió la mandíbula de un lado a otro, con el cuchillo todavía clavado en la chuleta de cerdo.

—¿Por qué pensabais eso? Si la mencioné varias veces.

—Seb nos dijo que era inventada.

—¡¿Cuándo?!

Farrow se volvió hacia Zach y preguntó:

—¿Quién es Seb?

Me incorporé de golpe, sorprendida por haberme olvidado de preguntar por él en medio del caos, y dije:

—¡Eso! ¿Dónde está Seb?

Dallas habló con la boca llena de una pata de cangrejo entera:

—¿Qué es un Seb?

Frankie dio un silbido:

—Seb suena sexi.

Zach fue el primero en responder:

—Sebastian von Bismarck es el hermano menor de Oliver.

A Dallas se le cayó el tenedor; dio contra el plato con un estruendo muy fuerte y le manchó toda la blusa con la salsa de *laksa*.

—¿Oliver tiene un hermano? ¿Cómo es que no lo sabía?

Buena pregunta.

Era el hermano menor del mejor amigo de su esposo, atractivo hasta lo absurdo y talentoso hasta el delirio. Vivían en la misma calle. Seb debía ir a visitar al hermano todo el tiempo. No podía no conocerlo…

También me acordé de que Oliver me había dicho por aquel entonces que sus padres le habían hecho prometer que dejaría que Seb se quedara a dormir todo el tiempo que quisiera.

Romeo limpió la salsa de la camisa de Dallas con una servilleta de tela y dijo:

—Porque Sebastian decidió tirar a la basura todo su talento e irse a vivir con lo mínimo, de mochilero, como un técnico jubilado en plena crisis de los cuarenta.

¿Seb? ¿Había dejado el remo? ¿Y vivía de mochilero por el mundo? Ese no era el mismo Sebastian von Bismarck que yo recordaba, el que no podía ni comerse el almuerzo sin convertirlo en una competición. ¿Qué había pasado?

A mi lado, vi empalidecer a Oliver. Yo sabía bien que no era buena idea preguntarle delante de tanta gente, pero sin duda lo haría en cuanto se fueran.

Zach asintió.

—La verdad es que yo le estoy agradecido.

Farrow arqueó una ceja y preguntó:

—¿Ah, sí?

—Durante años, cada vez que mi madre empezaba a sermonearme sobre alguna cosa, miraba al otro lado de la calle, a esta casa, y recordaba que siempre podía ser peor. Ahora que lo pienso, su horror también podría haber sido por Oliver.

Farrow suspiró.

—Ah, Constance.

Me quedé mirando a Oliver, que de pronto parecía sumamente interesado en su pan de romero.

No me importaba que no me hubiera contado nada sobre Seb. Después de todo, acababa de salir del hospital con instrucciones claras de tomarme las cosas con calma. Pero sí me importaba que él parecía muy incómodo y quería ayudarlo.

Me devané los sesos en busca de algo positivo para decir sobre Seb. Se me ocurrieron muchas cosas, pero me decidí por lo primero

que notaban todas las personas al conocerlo:

—Seb es guapísimo.

Oliver levantó la cabeza de golpe y miró hacia la puerta como si esperara que Sebastian entrara inesperadamente de un momento a otro.

Frankie se humedeció los labios.

—Estaba segura de que había otro von Bismarck más delicioso todavía.

—Ni siquiera lo has visto. —Dallas robó una vieira del plato de su hermana y, después, un camarón del de su esposo—. Acabas de enterarte de su existencia hace apenas dos décimas de segundo.

—¡Y qué dos décimas de segundo más gloriosas! —Se inclinó hacia mí—. Cuéntame más.

—Tiene unos músculos increíbles… —comencé—. Todo el cuerpo marcado. Y es competitivo hasta la extenuación. Pero también divertido, a su propia manera, que es bien extraña, como si odiara a todos todo el tiempo. E inteligentísimo sin el menor esfuerzo siquiera. Yo diría que cada vez que llega a un lugar, todas las personas se giran a mirarlo.

Con cada descripción, Oliver se ponía tenso. Nunca lo había visto tan... molesto, o algo así. No era que no se esforzara por ocultarlo (él era muy bueno en eso), pero yo lo conocía de toda la vida, le había visto cada rincón y cada grieta de su ser, y lo había abrazado cuando lloró la muerte de su abuela.

Oliver estaba molesto. Tal vez habían tenido una pelea tremenda con el hermano. Seb sí que era muy agresivo. Decidí cambiar de tema y me dirigí a Dallas:

—Cuéntame un poco sobre ti. ¿A qué te dedicas?

—Soy ama de casa.

—¿Y antes?

—Era rehén de la casa.

—Ab, bueno... —dije, dubitativa, y me quedé esperando más detalles. Pero no dijo nada más, así que me concentré en el esposo —. ¿Y tú?

—Soy traficante internacional de armas.

Se me cayó el cuchillo de las manos y se estrelló contra el suelo con un ruido fuerte.

—¿Cómo, de... armas… verdaderas?

—Sí, tanques, misiles y aviones de combate. —Me dedicó una sonrisa de depredador, con todos los dientes afilados a la vista—. Si alguna vez necesitas una granada M67, aquí estoy.

—Ah, de acuerdo. —Oculté mi horror con una sonrisa forzada y me centré en Farrow.

—¿Y tú?

—Soy deportista.

Por fin, alguien normal.

—¿A qué deporte te dedicas?

—Esgrima. Bueno, ya me retiré como esgrimista. Me descubrieron haciendo trampa y fue todo un escándalo. Casi me expulsan del equipo nacional, pero decidí abandonar la práctica para convertirme en entrenadora.

Ay, Dios mío. ¿Estos eran mis mejores amigos? ¿No había ni uno normal? Quizás Zach. Tenía que ser Zach. Oliver me dijo una vez que era un tipo totalmente cuadrado, sin una sola neurona disponible para divertirse. (En sus propias palabras, había dicho «tiene neuronas que son alérgicas a la diversión»). Me giré hacia él:

—¿Y tú, Zach?

—Me dedico a las inversiones.

—¿Alguna empresa conocida?

—Dot Cum.

—Dot… ¿qué? —Fruncí el ceño y me devané los sesos en busca de algún dato de esa empresa, pero no encontré nada. Debía ser una nueva—. ¿Qué es eso?

—El sitio de porno más grande de todo Estados Unidos.

Nadie. Ni uno de ellos. No había ni una sola persona normal en esa mesa. Ni siquiera Frankie, que según parece se había aparecido en mi trabajo y causó un incendio.

Miré a Oliver directamente a los ojos, pero me evitó; y siguió ignorándome aun cuando le di una patada por debajo de la mesa. Hizo una mueca de dolor, pero mantuvo la mirada fija en el fondo de la copa de vino.

—Y, además, es un sitio increíble. —Frankie juntó los dedos y se los besó—. Excelente calidad de vídeos... —Después negó con la cabeza, con una expresión de decepción en su bonito rostro—. Y después dicen que el cine ha muerto…

—Bueno… gracias a todos por una cena encantadora. —Oliver fingió una sonrisa forzada y me pasó un brazo por detrás de los hombros—. ¿No estáis todos felices de volver a reencontrarnos con nuestra mejor amiga?

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Oliver

Qué mal salió eso. Un desastre. Una mierda.

De pronto caí en la cuenta de que depositar la confianza en mis amigos era peor que depositarla en el papel higiénico de una capa. Claro que podía confiar en ellos si tenían que llevarme al hospital por un ataque cardíaco. O si quería hacer mis inversiones al máximo.

Pero nunca tendría que haber confiado en ellos para ayudarme con Briar, y mucho menos cuando esa confianza les requería ser algo que no serían jamás: normales.

Al segundo en que saqué a los cinco de mi casa, y que los vi atravesar el vestíbulo y salir en sus coches, cerré de un portazo, y ni me molesté en poner el cerrojo. Ya que, efectivamente, Frankie lo había roto.

Fabuloso.

El paranoico que tenía por compañero de casa me mataría si alguien llegaba a meterse en casa, subir por las escaleras hasta encontrárselo, todo deprimido, tirado ahí en el ala sur.

—Oliver.

—Estoy muy cansado —le dije en medio de un bostezo, y arrastrando las palabras, sin darme la vuelta—. Deberíamos ir a dormir temprano.

—¿Qué hace Sebastian de mochilero por Europa?

—Por Asia, en realidad. —Hice ver que me tambaleaba de sueño, camino al dormitorio—. Más precisamente en Bali desde hace dos días.

—Debería estar en las Olimpíadas.

—Amor, son solo cada cuatro años.

—Lo digo en serio. —Briar avanzaba con la respiración entrecortada, agotada de tratar de seguirme el ritmo y de alcanzar mis pasos, deliberadamente largos—. ¿Qué dicen tus padres al respecto?

—Nada. Lo aman. Es el Niño Contraseña.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que con su nombre lo abre todo, como una contraseña. —Abrí la puerta del dormitorio de golpe y me dejé caer sobre la cama; me quité los zapatos y dejé que cayeran donde la gravedad los llevara—. Es puro milagro que los *hackers* no les hayan vaciado ya la cuenta bancaria.

—Estás ocultándome algo.

Sí, lo hago.

Lo había hecho una vez y lo seguía haciendo.

En lugar de responder, solté un ronquido bien fuerte para simular que estaba dormido. Briar resopló molesta y se fue. Un minuto después, oí la ducha. Para cuando se metió en la cama y se quedó dormida, yo seguía bien despierto.

La verdad era que quería contárselo.

Quería contárselo todo.

Pero todo.

Sobre el otro habitante de la casa.

Sobre mi hermano.

Sobre aquella noche quince años atrás.

Sobre por qué le había fallado.

Pero no podía.

Lo había prometido, y ya le había arruinado la vida a mucha gente.

Como siempre, me costaba conciliar el sueño.

Encendí la máquina de ruido blanco que me había regalado mi terapeuta, conté ovejas, jugueteé con los pies de Briar (que siguió durmiendo) y silbé *La Bella Durmiente*.

Pasaron las horas y por fin me venció el sueño, pero ya sabía cómo sería: vendría con pesadillas. El sueño siempre venía acompañado de pesadillas para mí.

Siempre.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Oliver

Diecinueve años de edad

Si tuviera que elegir un momento de la vida y congelarlo para siempre, sería este: desde el pequeño balcón del hotel de París, tumbado en una hamaca colgante, y viendo desde allí a Briar dormir mientras se recuperaba de la resaca, con París desplegado a nuestros pies.

Su cuerpo estaba todo desplegado sobre las sábanas como una pintura: pura suavidad, belleza y paz. Yo sabía que, en cuanto despertara, de inmediato se formaría esa pequeña arruga que tenía entre las cejas, y se las ingeniaría para morderse las uñas, a pesar de que ya estaban muy cortas.

Suspiré y empecé a revisar los cientos de mensajes sin leer de papá, mamá y Seb. La tarde llegó y se fue, dando paso a la noche. Tenía que reservar un vuelo de regreso a Estados Unidos, pero no quería dejar sola a Briar antes de estar seguro de que estaba bien.

Técnicamente, podía volver conmigo a Estados Unidos. Pero papá y Seb nunca nos dejarían en paz. Seb no haría más que burlarse de mí día y noche sin piedad; no por maldad, sino por pura costumbre. Pero papá... Papá se pasaría la vida intentando ocultarme su decepción, y yo la vería igualmente en sus miradas persistentes y sus suspiros prolongados. No. Papá contaba conmigo: él quería que diera lo mejor de mí, que estudiara la empresa de arriba abajo y me concentrara al máximo. Y eso significaba seguir el plan original que habíamos ideado con Briar Rose, aunque significara estar separados durante unas semanas más.

No recordaba en qué momento me había quedado dormido en la hamaca, pero en cuanto oí la voz ronca de Briar Rose que me llamaba, me levanté de un salto y volé directo a la habitación. Ella estaba desperezándose, con los brazos por encima de la cabeza, ya despierta, y con los tesoros que le había comprado en la farmacia repartidos por toda la cama.

Se tomó un trago de Gatorade. Tenía las mejillas y la nariz quemados por el sol y los ojos aún pesados por el cansancio.

—¿Estabas mirándome mientras dormía?

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Ella asintió. Apoyé la cadera contra la cómoda y la observé con atención.

—¿Te sientes…?

—Estaré mejor una vez que me hagas olvidarlo. —Dio una palmadita al espacio a su lado con una sonrisa—. Ven aquí.

Me acerqué a ella y me senté al otro lado de la cama, sin invadirle el espacio personal. Al ver que se encontraba bien, me invadió una

sensación de alivio que se me expandió por todo el pecho. No solo estaba bien, sino que ya no estaba completamente destrozada.

Saqué un menú del paquete de bienvenida del hotel.

—¿Quieres que pidamos comida a la habitación?

—Son las tres de la madrugada —dijo, y resopló—. Seguro que ya han cerrado la cocina.

—Seguro que no… —Moví las cejas de arriba a abajo—. Solo es cuestión de dejar la propina adecuada.

Briar Rose se rio. Pero, al rato, la risa se le fue apagando en la garganta.

—Creo que tendré que acostumbrarme a ser una estudiante en bancarrota. No creo que mis padres vayan a pagarme casi nada.

—Ya le encontraremos solución. —Le di una palmadita en la pierna, sabiendo muy bien que sería yo quien le encontraría la solución. Ni siquiera tendría que pedirle dinero a mis padres. Había ahorrado por mi cuenta. Bueno, al menos lo suficiente para pagarle dos años la universidad y los gastos de residencia, y con un buen margen.

Le besé la frente despacio y me quedé ahí, presionando los labios durante unos segundos y respirando su aroma. Estaba seca. La humedad se había evaporado en algún momento de la siesta.

Ella sacó el pie de las sábanas y se puso a juguetear contra mi muslo. Le tomé el pie con la mano y empecé a masajeárselo.

—Escucha, Mimitos. Tengo que llevarte de regreso a Ginebra. Papá se quedó esperándome en casa para esas prácticas que estoy haciendo.

—¿Y por qué no te quedas a dormir aquí? —me dijo, llena de energía.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—Me encantaría pero no puedo…

—Vamos, Ollie. No te he visto en todo el año.

—Es muy importante para mí. Estas prácticas… —le dije, casi en un susurro.

Pero mientras se lo explicaba, me iba sintiendo cada vez más como un imbécil. Era su decimoctavo cumpleaños y sus padres la habían abandonado y se habían olvidado de ella sin siquiera enviarle un *brownie* de cumpleaños ni una felicitación. Y ahí me tenía a mí explicándole tonterías, estresado por unas prácticas de mierda impuestas por mi padre para una empresa que igualmente iba a heredar.

Ella se dio la vuelta y empezó a subirse por mi cuerpo con las manos y las rodillas apoyadas sobre la cama.

—Al menos, tengamos una despedida amorosa…

—Escucha, no quiero precipitar las cosas…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, se sentó encima de mi erección. Su ropa interior era tan delgada que no lograba ocultar la humedad entre sus muslos. Estaba completamente lubricada, lista para que la penetrara. Lo sentí aun a través de mis vaqueros.

Contuve el aliento. Ya nos habíamos besado antes, y hasta nos habíamos frotado con la ropa puesta, pero esto se sentía diferente.

Inclinó la cabeza y se aferró a mi labio inferior con los suyos, y empezó a chuparlo y succionarlo para provocarme.

—No estamos apresurando nada.

Me recorrió la boca con la lengua, me la abrió de pronto, y al segundo nos sumergimos en un beso apasionado. Sus dedos se

deslizaron por debajo de mi camisa, trazando un recorrido por mi torso hasta mi pecho.

—Quiero sentirte dentro —me suplicó mientras me rozaba el pecho con las uñas—. Es lo que he querido desde que tengo dieciséis años. Es lo que quería hace nada, cuando estaba borracha y es lo que quiero ahora, que estoy sobria. Quiero que me penetres y me llenes con tu semen.

—Así no es como quiero que pase.

Pero, aun así, mis manos se movían solas, la recorrían por detrás de los muslos y le separaban las piernas. Después, envolví con los dedos la piel suave y bronceada de su culo y la empujé hacia mi pene duro, sentí su sexo húmedo y apretado contra mi erección, a través de la ropa. Seguí hablándole:

—Ya hemos esperado mucho… —le dije, entre besos—. Quiero que sea especial.

—Ya es algo especial. —Me recorrió la boca con la suya mientras hablaba—. Que no haya velas, ni un vino, ni una cabaña en medio de una tormenta de nieve no significa que no sea especial. No necesitamos esos clichés.

No era que yo quisiera clichés. Quería que fuera en el momento perfecto. Un momento en que no nos abrumaran las emociones, con una pasión tan intensa que pareciera un incendio después de una explosión. Pero en ese instante, no era justamente mi corazón el que estaba a punto de incendiarse.

Briar Rose me desabrochó el botón de los pantalones, me bajó la cremallera y se inclinó para besarme de nuevo. Había un 83 % de probabilidades de que los dos tuviéramos un sabor peculiar por el alcohol.

Me recorrió la mandíbula con los labios calientes y suaves, mientras descendía más por mi cuerpo.

—¿Tienes un preservativo? —Me subió la camisa hasta el cuello para dejarme la piel al descubierto y besarla en su recorrido hacia abajo. Sentí que todo mi cuerpo entraba en un delirio que era bueno y malo a la vez. Como si flotara sobre la delgada línea entre una borrachera feliz y la borrachera de la que ya necesitas un lavado de estómago.

—¿Un preservativo? —pregunté, desorientado—. Creo que he perdido la capacidad del lenguaje. Es decir, quizá…

Pero no pude terminar. La frase quedó en el aire, y yo seguí intentando ordenar el caos que tenía en la cabeza.

En ese momento, Briar Rose agarró mi pene que estaba tan duro que me dolía y se lo metió en la boca envolviéndolo por la base para lamerlo. Solté un gemido sordo. Deseaba a esa mujer con todo mi cuerpo. De pronto, desde algún lugar alejado de mi mente, recordé que Sebastian me había metido un preservativo en la cartera cuando salí a toda prisa al aeropuerto.

Me había mirado con esa sonrisa burlona, diseñada especialmente para molestarme.

—Te olvidas de los condones, hermano.

—No pienso usar condones, idiota. —Le di un golpecito en la frente con los nudillos—. Briar está desolada.

—Mejor todavía. Una vez me acosté con una chica que acababa de perder a su primo. Estaba hecha una fiera.

—Eres un ser humano despreciable.

—Bueno, no seré tan deslumbrante como otros, pero... —Sebastian se rio entre dientes y metió en mi cartera un preservativo

—. Llévatelo igual. Ya me lo agradecerás.

—Bueno, dile a papá que volveré lo antes posible, y que era una emergencia.

—Sí, sí. Que te diviertas, y que te acuestes con tu princesa Aurora, hermano.

—Tengo un preservativo —logré anunciar con voz ronca, mientras miraba desde arriba la cabeza de Briar Rose, en estado de total fascinación.

El cabello, que había quedado todo despeinado de la borrachera, ahora se desparramaba sobre mis muslos y la cama con cada succión que me daba con la boca: me chupaba sin descanso, torpe y adorable a la vez y... ¡mierda! Yo ya estaba a punto de eyacular.

Le recogí el cabello con dedos temblorosos, tan abrumado por las emociones que no lograba comprender del todo lo que estaba pasando en realidad.

—Amor, si no paras ahora mismo, me explotará el semen por todas partes. Estoy muy cerca.

Levantó la vista, con los labios hinchados y rosados de tanto succionarme. La levanté con torpeza y la besé. Sentí el sabor de mi pene en sus labios. Todos y cada uno de mis sentidos enloquecieron. No cabía en mi propio cuerpo: todo era tanto que me sobrepasaba y, a la vez, no me bastaba.

La agarré del rostro y la besé con pasión. Nos giré a ambos en la cama y le quité la ropa interior. El teléfono sobre la mesita de noche explotaba con la entrada de un mensaje tras otro, pero lo ignoré. Me ahogué en Briar Rose, la saboreé, tomé todo lo que tenía para ofrecerme y perdí el contacto con la realidad.

Apreté mi puño con tanta fuerza que rompí el vestido. Ella jadeó con sorpresa y murmuró algo sobre no tener ropa para cambiarse. No la entendí, tan sumergido que estaba en el momento.

El momento que estaba esperando desde que cumplí catorce años.

Su ropa interior había desaparecido. Igual que mi autocontrol. Había manos por todas partes: tocaban, agarraban y acariciaban. No sé ni cómo logré separarme de ella los siete segundos que tardé en buscar la cartera y sacar el preservativo, pero una vez que pude, fueron tres veces hasta que logramos ponérmelo. Después, ella se tumbó en la cama y yo la rodeé con los brazos; y al final, respiré hondo y me contuve.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Le besé el pelo. La nariz. El hueco del cuello—. Podemos parar aquí. Podemos esperar y hacerlo cuando por fin vuelvas a casa....

—Estoy en casa, Ollie. —Apretó la palma de la mano contra mi corazón; y sentí que me palpitaba con tanta fuerza que podría hacerle daño—. Donde tú estés, es mi casa.

Y con eso, me decidí.

Fue una batalla hasta lograr entrar. Briar Rose tenía la vagina apretada y ajustada, y, además, la barrera de la virginidad. Pero también sentí que estaba empapada. Lista para que la penetrara. Y ella conocía bien el dolor. No hizo ni un gesto, solo se derritió contra mi cuerpo, piel con piel, mientras yo me iba hundiendo cada vez más, hasta que cada centímetro de mí se derritió en ella. Esperé un segundo a que me bajaran las pulsaciones.

—Puedes moverte. —Me acarició el cabello y me besó—. No me duele tanto.

—Gracias, pero solo trataba de evitar el infarto.

Ambos nos reímos, aún enredados en un beso torpe.

—¿Está bien así para ti? —me preguntó.

—Maravilloso. El Paraíso. —Inhalé, exhalé y repetí la acción como si fuera nueva para mí—. ¿Y para ti?

—Me encanta tenerte dentro. Y también tenerte fuera; pero cuando estás dentro, me siento completa. Como si formaras parte de mi cuerpo.

Entré y salí varias veces, y empecé a ver las estrellas. El placer era tan intenso que casi no podía soportarlo, tan al borde del clímax que me olvidé de cómo se respiraba. Nos abrazamos con furia, como si fuera un viaje del que no creíamos salir vivos. Briar Rose jadeaba con fuerza, empujaba con sus caderas también, se frotaba contra mí y abría cada vez más las piernas.

—Voy a acabar —anunció ella primero.

Me llené de orgullo, y también de alivio, porque estaba casi seguro de no poder contener mi propia explosión.

—Yo también.

Y así fue. Al instante. En una sinfonía caótica de lujuria, amor y risas. Y temblores generalizados. Ojos en blanco. Carcajadas desde lo más profundo de nuestros huesos.

Tuvimos el orgasmo juntos, abrazados. Fue tan emocionante que nos besamos sin parar, sin poder dejar de reírnos y pellizcarnos, como si acabáramos de lograr algo que nadie más había logrado en la historia de la humanidad. Como haber saltado de un avión sin paracaídas y lograr sobrevivir.

—Madre mía... —Me quité de encima y rodé por la cama. Después, me llevé una mano a la frente. Estaba empapado, todo

sudoroso, y sentía el pulso en la piel, que me latía con fuerza desde la muñeca hasta la sien—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Ella rodó hacia su lado y me sonrió, aturdida.

—No sé, ¿pero podemos acordar repetirlo todos los días, tres veces al día, hasta cansarnos y no querer más?

—Querrás decir seis veces al día, en cuyo caso estoy de acuerdo.

Ella se rio. Miré entre sus muslos y vi que tenía unas marcas de rayas rojas.

Estiré una mano y le acaricié la parte ensangrentada.

—¿Te ha dolido?

Ella negó con la cabeza y me clavó esos ojos hermosos sin soltarme la mirada.

—No mucho. Pero lo suficiente para sentirme feliz de haberlo hecho con alguien que valga la pena.

Abrí la boca para decir algo, pero mi teléfono empezó a sonar de nuevo. *Ping. Ping. Ping. Ping.*

—Responde —dijo, y asintió—. Debe ser importante, y sé que no deberías estar aquí.

Me estiré hasta la mesita de noche y agarré el teléfono.

Seb vB: Te he conseguido un billete de última hora porque soy, literalmente, un puto santo.

Seb vB: Tu avión sale de Charles de Gaulle en unas horas, así que tienes que mover ese gran culo que tienes y salir AHORA MISMO.

Seb vB: Si llegas esta misma noche, creo que papá lo entenderá como una emergencia de veinticuatro horas y lo dejará pasar sin tocar tu herencia.

Seb vB: Si no, solo puedo prometerte que tendrás trabajo de conserje al menos en uno de los hoteles cuando sea gerente <3

Solté un gemido y volví a mirarla.

—Odio tener que hacer esto...

Era en serio. Yo sabía que si dejaba plantado a papá, después de un tiempo iba a llegar a olvidarlo, pero entretanto me castigaría de todas las maneras posibles. Y podría incluir negarme el acceso a mi mensualidad. Sin la garantía de los pseudopadres de Mimitos, asumía que el coste de su educación y de nuestro futuro hogar y familia recaería íntegramente sobre mí.

—Tienes que irte. —Ella sonrió y se mordió el labio—. Está bien. Lo sé. Estoy muy agradecida de que hayas venido veinticuatro horas a celebrar mi cumpleaños número dieciocho.

—Yo también.

Le di un beso rápido, luego me levanté de un salto y agarré los calzoncillos y los vaqueros. Ni siquiera me limpié los huevos. Solo me saqué el condón usado, que estaba lleno de unos siete litros de semen, le hice un nudo y lo tiré a la basura por debajo del escritorio.

—¿Estás bien para volver sola a Ginebra?

Eso sonaba espantoso, como algo que diría el peor de esos mujeriegos imbéciles de los que se quejaban las chicas de la universidad, que no querían otra cosa que sexo. Me recordé a mí mismo que no era así. Que compartiría toda mi vida con esta chica, pronto. Que estaríamos juntos, en la misma universidad, en la misma ciudad, a un paso de distancia. Y entonces, por fin todo sería normal.

Ella saltó de la cama y cogió su vestido.

—Sí. —El vestido estaba hecho un harapo, y todo por mí. Trató de ponérselo, pero estaba todo roto a la altura del escote. Briar hizo una mueca de dolor.

Me di la vuelta y la miré:

—Oh, mierda.

—No te preocupes. —Me hizo un gesto despreocupado con la mano y se rio—. Me pondré una bata del hotel y saldré rápido a comprarme algo por la mañana. Tienes que tomar un vuelo. Ve.

—No voy a dejarte aquí sin ropa y con sangre entre las piernas.

Me di la vuelta para correr hacia ella, pero el teléfono volvió a sonar.

Maldita sea, Sebastian.

—No. —Briar Rose empezó a empujarme hacia la puerta—. Sé que tu padre lo da todo por ese negocio. No lo decepciones. Vete. En serio, seguro que encuentro a alguien a quien pagarle para que me traiga algo de una de las tiendas de abajo. ¡Esto es París, por el amor de Dios! Si hay algo que no falta son boutiques.

—Pero...

Mimitos soltó otra risa forzada.

—Vete, Ollie, vete.

Me empujó hasta pasado el baño. Tropecé y seguí avanzando mientras me ponía los zapatos. Llegué hasta la puerta mientras palpaba sobre la chaqueta y los bolsillos para asegurarme de que tenía la cartera, el teléfono y el pasaporte. Me detuve en la puerta y le tomé la cara entre las manos. No era como había querido que fuera nuestra primera vez. Quería abrazos, caricias y películas románticas empalagosas hasta las náuseas. Pero ya habría tiempo para todo eso. Pronto.

—Te quiero. —La besé—. Nos vemos en unas semanas.

Ella sonrió.

—Nos vemos en unas semanas.

—Hoy empieza nuestro final feliz, el de «vivieron felices y comieron perdices» —le prometí.

En ese momento no lo sabía, pero era mentira.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO TREINTA

Briar

Lo único bueno que se pudo rescatar de esa cena fue el hecho de que Oliver decidiera dejar de seguirme. Dio un giro de ciento ochenta grados. Como la noche y el día.

Antes de esa cena fatídica, Oliver no me perdía de vista ni un segundo. Yo me pasaba prácticamente todo el día subiéndome por las paredes de la lujosa y perfecta mansión que no sentía como propia. Y él me seguía a todas partes, salvo las ocasionales pausas para ir al baño y darme una ducha rápida. Fuera de eso, él no me perdía de vista.

El hombre era implacable.

Todo un padre sobreprotector en potencia.

Me hacía hacer rompecabezas, jugar al sudoku, tomar batidos saludables a cada rato y dar largos paseos por el lago, a los que me acompañaba, con el pretexto de que el aire fresco era «bueno para el alma».

Me trataba como si fuera Beth, la hermana debilucha de *Mujercitas*. Como si fuera a desmayarme en cualquier momento, o

fuera más frágil que una hoja seca recién caída.

Yo le decía todo el tiempo que me sentía bien. Es decir, todavía tenía migrañas y me dolían los músculos del cuerpo por la caída. Pero por lo demás, lo único que me hacía sentir desorientada era no recordar todo sobre mi vida.

Pero ese día de la cena, en cuanto terminó, prácticamente perseguí a Oliver hasta el dormitorio, dispuesta a interrogarlo sobre Sebastian, pero me lo encontré desmayado en la cama. No había que ser un detective para darse cuenta de que estaba fingiendo.

Bufé y me metí en el baño molesta, tiré mi ropa por todas partes, sabiendo muy bien que el autoproclamado supuesto acumulador que tenía por prometido odiaba el desorden.

Después de ducharme, volví al dormitorio con una toalla bien envuelta alrededor del pecho.

Él me respondió con un ronquido.

A la mañana siguiente, me desperté sola. Había una rosa azul solitaria en la mesita de noche. Y no había nota.

Bajé las escaleras, siguiendo el aroma mantecoso de las tortitas, hasta llegar a la cocina. Sirvió una pila entera de tortitas en un plato, dejó caer una dosis generosa de sirope de arce encima y colocó el plato en la isla junto a un vaso lleno de zumo de naranja recién exprimido.

Me llevé el vaso a los labios, con la mirada fija en la ventana francesa que iba del suelo al techo y daba al lago. Me ardían los ojos del deseo que sentía al mirarlo. De ponerme a estudiarlo a fondo y descubrir qué me estaba ocultando.

Me moría por saber qué habría pasado entre él y su hermano. No me cabía duda, desde el fondo de mi corazón, de que Oliver von

Bismarck me quería más que a nadie en el mundo. Pero su hermano pequeño era un fuerte competidor por ese primer puesto.

¿Por qué no quería decirme qué pasaba?

Seguramente, la Briar que yo era antes de la amnesia ya lo sabía.

—Me voy a jugar al golf. —Ollie me entregó una servilleta, me dio un beso en la coronilla y agarró un plátano y una barra de proteínas —. Dallas está a punto de llegar.

—No, no es verdad. —Bebí un sorbo de mi zumo—. Odias el golf. Siempre dijiste que es el deporte más aburrido del mundo.

—El segundo deporte más aburrido del mundo —replicó—. No hay nada más aburrido que el *curling*. Es como ver a gente que limpia el suelo en cámara lenta.

Se apoyó sobre la encimera de la cocina, con aire de lo más relajado. Como si no me hubiera evitado por completo la noche anterior. Quizá yo estaba sobrepensando las cosas demasiado. La verdad era que había tomado una cantidad importante de vino durante la cena. Tal vez no era más que eso,

La paradoja era que, aunque tuviera la cabeza vacía de recuerdos, me desbordaba con ideas de todo tipo.

Preguntas. Pensamientos. Conspiraciones.

Mordí una tortita, maravillada ante la revelación de que Oliver ahora cocinaba.

—¿A dónde vas realmente?

—Es que… —Abrió la nevera y sacó una comida precocinada. ¿Cuánto más comería este hombre? ¿Nos alcanzaba, aun siendo multimillonarios?— … me empezó a gustar el golf.

—No, no es verdad —dije con tono decidido, acunando el vaso entre los dedos—. Estás vestido de traje. Dime adónde vas.

Se metió un huevo duro entero en la boca y frunció el ceño, exasperado.

—¿Nunca se te escapa nada?

—Sí —contesté, y me serví más tortitas—. Dejé escapar a mis padres. Aunque la verdad es que me alegro de haberme librado de ellos.

—Esos desgraciados no valen nada, no merecen ni el aire que respiras. —Oliver frunció el ceño mientras miraba la hora en su Patek Philippe y murmuró unas palabras maleducadas sobre Dallas, algo sobre llegar tarde a todas partes, hasta a su propia boda—. Pero no te preocupes. Tienes a mis padres que te adoran y se mueren por verte.

Me dedicó una sonrisa tranquilizadora y agregó:

—Mamá siempre dice que eres como la hija que nunca tuvo.

—Eres muy bueno cambiando de tema. A mí también me cae bien tu madre. ¿A dónde vas?

Soltó un gruñido de protesta y rebuscó un segundo huevo duro en el plato de comida precocinada.

—Reunión de la junta directiva en el hotel.

Me moví inquieta en mi asiento, con la mandíbula casi dislocada de la sorpresa:

—¿Estás a cargo del The Grand Regent?

Él asintió y tomó una botella para batidos y un bote de proteína en polvo.

—Hace tiempo que papá no puede hacerlo.

—¿Pero está bien?

—Está bien de salud. —Ollie asintió de nuevo y volví a apoyar la espalda en mi asiento, aliviada.

—Sigue teniendo el cargo de director general en teoría, pero en realidad soy yo quien se ocupa del negocio.

—Qué locura.

—Así reaccionan todas las personas cuando se enteran, por eso lo mantenemos en secreto.

Yo detestaba que Oliver se menospreciara; fingía ser un tonto cuando no lo era para nada.

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Casi once años. Pero insisto, casi nadie lo sabe. Ni siquiera Romeo, Zach y sus esposas. No tienen ni idea. —Echó dos cucharadas llenas del polvo en la botella y la llenó con leche de soja y yogur griego—. Así que, por favor, no se lo menciones.

Me froté la frente que estaba ahora libre de gasas.

—¿Por qué les ocultas este logro a tus amigos?

—Cuanto mayor la expectativa, mayor el fracaso. —Agitó la botella y dio un sorbo—. Se creen que soy solo un estúpido heredero. Es mejor así.

Mmm...

Romeo y Zach se conocían con Ollie desde preescolar, más o menos en el momento en que se dio cuenta de que todos los demás niños no le interesaban para nada. Los tres se hicieron muy amigos e iban juntos a todas partes, se paseaban por Potomac como tres duendecillos malvados y peligrosos, los tres de un coeficiente intelectual desmedido y una inclinación aún más desmedida por meterse en problemas.

Yo estaba segura de que Romeo y Zach no hubieran aceptado del todo a Ollie en su grupo de amigos si realmente pensaran que solo es un estúpido heredero.

Además, esa descripción no se parecía en absoluto a su personalidad de la infancia. Era travieso. Sí. Se pasaba el tiempo haciendo bromas de mal gusto. También. Pero nunca, jamás, había sido un estúpido.

Me guardé esto en el archivo como otra cosa más que Oliver me ocultaba, junto con tantas otras y, entre ellas, la pelea que me llevó al accidente.

En un sentido realista, sabía que el doctor Cohen le había dado la orden estricta de no contarme cosas que pudieran alterarme. Pero aun así... no podía evitar sentir que odiaba haber perdido mis recuerdos.

Nada de esto sería un problema si no tuviera amnesia.

—Estaré de vuelta en unas horas como máximo. Pórtate bien, Mimitos. —Oliver se dio la vuelta en dirección a la puerta. Ahí se detuvo, se me acercó de nuevo y me dio otro beso, esta vez en el borde de la oreja—. No te acerques al ala sur.

Estos últimos días, me había perseguido como un halcón a su presa. Todo el tiempo se aseguraba de que no me acercara a ese sector de la mansión.

—Ajá…

—Te adoro —susurró.

—Te quiero.

Me giré hacia él y le sonreí.

Él no me sonrió de vuelta.

Estaba serio. Triste. Perdido. ¿Devastado?

¿Pero por qué?

¿No era acaso algo bueno que yo lo amara? Era lo único que recordaba sin dudar. No nuestra relación, sino la sensación profunda

de hogar a dondequiera que él estaba.

Odiaba que la amnesia hubiera cambiado la dinámica de nuestra relación. Que él obviamente todavía me amara, pero se sintiera incómodo de demostrarlo.

Junté toda la confianza de la que era capaz, le agarré la mano y seguí mirándolo con mi mejor sonrisa tranquilizadora.

—Hay muchas cosas que no recuerdo, pero, de algún modo, sé que nadie me ha mirado nunca como tú lo haces.

Oliver se estremeció.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Oliver

GUAC 'N ROLL: ¡Felices vacaciones de invierno! Saca tus abrigos del armario y acércate a Guac 'N Roll ahora mismo. ¡Responde este mensaje con la palabra «BURRITO» y obtén un burrito ¡GRATIS! Solo para las primeras 1000 respuestas.
Dallas Costa: BURRITO.
Ollie vB: ¡NO PUEDE SER!
Ollie vB: ¿Dos segundos?
Ollie vB: La última vez que te envié un mensaje, me dejaste en visto durante una semana. ¿Y respondes en dos segundos a esto?
Dallas Costa: ¡Es un burrito gratis!
Ollie vB: Y tú eres multimillonaria.
Dallas Costa: Un momento, ¿eres Oliver?
Ollie vB: Si ni siquiera te gusta la comida de franquicia. Dijiste que era una vergüenza para las artes culinarias.
Dallas Costa: En primer lugar, si es comida rápida no cuenta. Es terapia para el alma.
Dallas Costa: Segundo, ¿te cambiaste el número solo para acosarme?
Ollie vB: No necesitaría hacer algo así si pudiera confiar en que responderías a mis mensajes cuando corresponde.
Dallas Costa: Si es por lo que quedamos, en que cuidaría a tu falsa prometida, estaré allí en una hora. La niñera de Luca tuvo un pequeño accidente.

Ollie vB: Ve con el niño.
Dallas Costa: Briar puede estar sin un adulto durante sesenta minutos.
Ollie vB: No es eso lo que me preocupa.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Briar

Dallas estaba a punto de llegar. Venía a cuidarme.

Eso me daba unos minutos sola. El personal de la casa se afanaba en sus tareas sin prestarme atención. No había casi nadie a la vista en el segundo piso.

Bingo.

En cuanto el Maserati de Oliver (¿cuántos putos coches teníamos?) salió del garaje (donde al menos había doce espacios de aparcamiento), salí corriendo por el ventanal del vestíbulo y subí la escalera.

La culpa me consumía por dentro a medida que iba avanzando en dirección a la sección prohibida de la casa: el ala sur. Oliver me había pedido explícitamente que no me aventurara por allí, pero no tenía derecho a hacerlo. No podía bloquearme el acceso a una parte entera de la casa que compartíamos; en definitiva, era mi casa también.

Éramos iguales en eso.

Y eso de ser un acumulador compulsivo era mentira también.

Además, después de que él admitiera que me ocultaba cosas para no alterarme, como la misteriosa discusión antes de mi accidente, entendí que, si no tomaba la iniciativa de buscar la verdad por mí misma, quizá nunca la descubriría.

Trio y Geezer me seguían de cerca mientras me iba adentrando poco a poco en la sección cerrada de la propiedad. Al entrar, vi un pasillo sinuoso y largo que se extendía a lo lejos. No se veía dónde terminaba, solo una boca oscura y húmeda, llena de aire viciado como una casa abandonada.

Unas cortinas opacas eclipsaban la luz natural. Mi teléfono estaba en reparación desde el accidente, así que confié en los perros para que me guiaran en la oscuridad. Caminamos durante un minuto entero antes de llegar a una especie de puerta para mascotas.

Trio y Geezer se detuvieron a mis pies, mirándome.

—Nunca habíais estado aquí, ¿no? —Desenganché el pestillo y abrí la puerta—. Más vale que mi prometido no tenga escondido un tráfico de animales exóticos ahí dentro.

Los perros esperaron a que yo entrara antes de seguirme. Como Geezer iba en su monopatín, con la barriga pegada al suelo, avanzábamos a ritmo lento.

—No te preocupes, amigo. —Me agaché y le acaricié la cabeza—. Mamá no se alejará de tu lado.

Me enderecé, y de pronto vi con sorpresa que nos rodeaban montones y montones de cachivaches por todas partes. Quizá hacía mal en desconfiar. Quizá mi prometido sí que tenía un problema de acumulación compulsiva. Entrecerré los ojos y me esforcé por distinguir los objetos. Algunos todavía estaban en cajas, envueltos con lazos de satén que abrazaban el cartón grueso y colorido.

Levanté a Trio en brazos y le rasqué por detrás de la oreja.

—Puede que papá sí tenga un problema de acumulación compulsiva.

Seguimos avanzando por el pasillo, con cuidado de no chocarnos con las cajas que flanqueaban ambos lados. Como Geezer se tropezaba a cada rato, lo cambié por su hermano y me guardé su monopatín bajo el brazo.

El pasillo parecía interminable. Al final, llegamos a la parte más alta del ala, que consistía en una sala de estar redonda y otras habitaciones. Parpadeé, confundida. Todo parecía bien ordenado y muy habitado.

La molesta pantalla de un televisor de cien pulgadas colgada en la pared mostraba un torneo de remo. Hice un inventario de la habitación a media luz: un refresco a medio beber en la mesa de centro, una pila de libros escolares abiertos, un puzle de cinco mil piezas, casi terminado, al lado de los libros.

Se oía el crepitar de una radio desde una de las habitaciones. Los comentaristas de un programa deportivo describían una carrera de caballos por encima del rugido de una multitud entusiasmada.

Trio ladeó la cabeza y me lanzó un gemido que daba a entender su inquietud sobre el lugar.

—No pasa nada. Puedes quedarte aquí y yo iré a explorar.

Aquí había alguien viviendo. No tenía ni idea de quién era, ni de por qué.

Dejé a Geezer apoyado sobre su monopatín; el corazón me latía con miles de pulsaciones por segundo. Geezer empujó las ruedas hasta el sofá y se dejó caer sobre la alfombra que había a los pies.

La radio venía de la habitación más alejada, pero decidí empezar por la puerta más cercana.

Golpeé con los nudillos, desesperada por oír una respuesta a través de mi pulso ensordecedor. Me contestó el silencio al otro lado. Empujé la puerta y me encontré con un gimnasio doméstico de última generación. Vacío. Filas y filas de aparatos desplegados por toda la habitación. Un banco para levantar pesas, una máquina Smith y una estantería llena de mancuernas de todos los tamaños, también barras paralelas, una camilla de tratamiento y palos de movilidad. Un equipo completo de fisioterapia.

¿Había alguien aquí haciendo rehabilitación? Tenía sentido. El lugar quedaba alejado de todo y daba a un sector exclusivo del lago, lejos de la mirada indiscreta de los vecinos.

Miré por la ventana: daba a una vista hermosa. Un pequeño cobertizo para botes bordeaba el lago. En mi primera visita al lugar, había visto botes de remos ahí dentro. *Cascos* solía llamarlos Sebastian. Estaba obsesionado con el remo. Pero este equipo de fisioterapia no podía ser de Sebastian. Él no se escondía del mundo. Al contrario, lo honraba con su deslumbrante belleza y encanto.

Más confundida que antes, salí de la habitación y llamé a la segunda puerta. De nuevo, no hubo respuesta. La abrí. Esta vez, me recibió una cocina totalmente equipada. Había un microondas, dos hornos y unos fogones de gas. En la esquina, había una nevera industrial con puertas vidriadas, así que pude ver el contenido en su interior: frutas de todos los colores, verduras, carnes y quesos.

—Por Dios, Ollie. Si de verdad tienes un tráfico de animales aquí escondido...

Di un paso atrás, tambaleante.

Mi espalda chocó contra algo firme y alto. Jadeé del susto y me di la vuelta lentamente. Era una planta decorativa.

—Mierda.

Me dirigí a la tercera puerta. Llamé. Tampoco hubo respuesta, pero esta vez juraría que oí algo moviéndose dentro. Un mueble contra el suelo. Se me humedecieron las manos.

Volví a llamar.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

El corazón me latía con fuerza. *Bum, bum, bum…*

Tragué saliva con dificultad y giré el picaporte de la puerta. La empujé solo unos centímetros para asomarme. La habitación estaba casi totalmente a oscuras. Había dos cortinas una a cada lado del ventanal y lo cubrían casi por completo, apenas un haz de luz sobresalía por los bordes.

Logré distinguir algunos muebles. Una cama con dosel, una cómoda y unos estantes empotrados a la pared repletos de trofeos y certificados en exhibición. Se me subió el corazón a la garganta y se me trabó la respiración. Metí la cabeza entre la puerta y el marco y entonces lo vi.

Sebastian.

El muchacho más hermoso del mundo.

Estaba sentado de espaldas a mí; la silueta imperial e impresionante era inconfundible. El torso triangular, cubierto de músculos, estaba encorvado. Los rizos del cabello (que aun en la oscuridad se veían de color miel) le rodeaban las orejas y la nuca como la escultura de *Laocoonte y sus hijos*.

—¿Seb? —susurré.

No podía creer que no hubiera preguntado por él ni una sola vez desde que desperté del coma. Hasta el día de la cena, había dado por sentado que andaba por ahí, conquistando el mundo con su sonrisa encantadora.

Siempre había sido el hijo predilecto. El atleta. El hermano astuto. El conde ambicioso. Oliver decía en broma que Seb tendría que haber nacido primero. Que a sus padres les habría gustado más. Pero yo no estaba tan segura. Los von Bismarck amaban a sus dos hijos con toda el alma. Si preferían en algo a Sebastian, no lo demostraron nunca.

Seb no respondió. De no ser por el mínimo movimiento de su espalda cada vez que respiraba, hubiera pensado que era una estatua.

—Sebastian, soy yo. Bri...

—Sé quién eres —me interrumpió, con la voz distante, fría y… cruel—. No tenías derecho a entrar aquí sin permiso.

Me quedé aferrada a la puerta, confundida. ¿Estaba enfadado conmigo? ¿Acaso yo le había hecho algo malo que no recordaba?

—¿Estamos...? ¿Te he hecho algo?

—No. Todo está bien. Ahora fuera de aquí.

—Pero... ¿por qué?

—Quiero estar solo.

Sonó como un gruñido, y si no hubiera conocido a este hombre de antes, si no hubiera reconocido esos distintivos rizos angelicales, de un rojo intenso en los extremos que, cuando les daba el sol, formaban un halo alrededor de su cabeza, lo hubiera confundido, a este ser frío y malo, con un extraño.

—Sebastian, no seas tonto. Si ha pasado algo, dímelo. Somos adultos. Yo...

—Por el amor de Dios, ¡fuera! —rugió de nuevo y se levantó de golpe del asiento, el cuerpo en toda su altura imponente ante mí.

Apretó los puños a los lados. Me estremecí. Todo mi interior se tensó, pero no me moví. Era obvio que estaba sufriendo. No sabía por qué pero sí sabía algo con total claridad: no hay nada en el mundo que te haga sentir más solo que saber que estás sufriendo y darte cuenta de que nadie va a venir a ayudarte. Las batallas más duras se libran en silencio, y nadie ve las cicatrices.

Entré, dando unos pasitos rápidos, y les hice señas a Trio y Geezer para que entraran también. No me había dado cuenta de que me habían seguido. Pero estaba segura de que Seb no sería cruel con los perros.

—No. —Cerré la puerta detrás de nosotros—. Vamos a hacerte compañía.

Resopló, con tono despectivo y preguntó:

—¿Tú y quién más?

Se acercó a una ventana y abrió las cortinas de un tirón. Los rayos del sol inundaron la habitación de golpe. Cerré los ojos y me tapé la cara con la mano. Para cuando la bajé, él seguía de espaldas a mí.

—¿Quién eres ahora, Briar Rose? ¿La reina de la casa?

—Ahora soy solo Briar —le señalé y me pregunté cómo era posible que no lo supiera—. Y tengo a Geezer y a Trio aquí conmigo.

Eso lo hizo quedarse paralizado un momento. Yo sabía que quería darse la vuelta y mirarlos, pero no lo hizo. En cambio, juntó las manos detrás de la espalda y se quedó mirando por la ventana hacia el campo que se extendía ahí fuera.

Desde ese ángulo, no podían verlo. Demasiadas columnas, ángulos del tejado y torrecillas que lo cubrían. De alguna manera, supe que había elegido esa habitación por ese motivo.

—¿Ya has recuperado la memoria? —dijo en un tono que demostraba que no parecía importarle.

—No —enterré el dolor y me aclaré la garganta—. Bueno, todavía no. Voy recordando algunas cosas poco a poco...

No respondió, pero tampoco me detuvo. Lo tomé como una buena señal y me adentré más en la habitación. Olía a cerrado. A polvo, a sudor masculino agrio y a agonía.

—Recuerdo todos nuestros veranos juntos —puntualicé.

—Los días de antes. —Esas palabras crípticas terminaron con un estremecimiento ligero cuando me oyó avanzar hacia él—. Esos recuerdos no me sirven de nada. No era mi verdadero yo.

Me acerqué un poco más.

—No des ni un paso más, Briar. No me haré responsable de mis acciones si lo haces.

Quería asustarme, amenazarme para que me echara atrás.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunté, con voz suave—. ¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Por qué eres tan entrometida?

—Por curiosidad natural combinada con necesidad de validación —le respondí, con total franqueza—. No puedo imaginarme por qué estás tan enfadado.

Ignoré su advertencia y me acerqué más. Quizás era un error, no estaba dándole el espacio que necesitaba. Pero algo me decía que había estado solo durante mucho tiempo. Durante semanas y meses. *Años* tal vez. Que ansiaba el contacto humano más que

ninguna otra cosa. Dicen que la soledad no es estar solo, sino sentir que nadie te ve. Bueno, a Sebastian le pasaban las dos cosas, y eso lo había reducido a una sombra de lo que era.

—Siempre has sido tan alegre. —Parpadeé y sentí que se derramaba un líquido salado; me pregunté cuándo había empezado a llorar—. Tan vibrante. Tan atractivo…

Soltó una risa amarga. Le tembló toda la espalda. Ya estaba a solo unos metros de él. Las respiraciones entrecortadas rebotaban entre nosotros. Le brillaban unas gotas de sudor en la nuca. Mi cercanía lo ponía nervioso.

Y a mí también.

—Por el momento, solo te diré que ya no soy ninguna de esas cosas. —Le pasó el dedo al alféizar de la ventana y recogió una montaña de polvo. Deduje que nadie entraba aquí a limpiar nunca—. Ya no soy el niño que recuerdas, Briar. Soy un monstruo. Un paria. Oliver hizo bien en decirte que no vinieras aquí. Puedo hacerte daño.

—No tengo miedo.

—¿Por qué? —preguntó él. Parecía casi asombrado.

¿Ahora la gente le tenía miedo? ¿Acaso había hecho él algo terrible?

—Porque puede que no sepa lo que ha pasado en los últimos quince años, pero te conozco en tu corazón, y sé que eres buena persona.

Más silencio.

No se había dado la vuelta para mirarme.

Iba dándome cuenta de lo que pasaba.

Trio y Geezer se le pusieron uno a cada lado. Geezer le empujó la cabeza contra el pie, y Trio saltó con sus dos patas delanteras sobre

el alféizar y siguió la mirada de Seb.

Él lo miró y le acarició la cabeza con los nudillos. El cachorro le lamió las yemas de los dedos y lo miró con franca adoración.

—Ya no soy atractivo —dijo Seb después de un rato.

Cerré los ojos. Una lágrima solitaria se me derramó de uno de ellos.

—Me lo imaginaba.

—Hago llorar a los bebés.

—Los bebés lloran siempre. No les hagas caso. Les gusta hacer drama por todo.

No se rio. Me dijo:

—Hasta a mis propios padres les cuesta mirarme a la cara.

Apoyé una mano sobre su hombro con cautela. Todo el cuerpo se le convirtió en piedra. Se estremeció y pude sentir que la piel se le ponía de gallina a través de la camisa. Estaba temblando; el cuerpo, en un estremecimiento constante, se le derretía con un simple toque. Hice fuerza por tragarme el grito que amenazaba con salir de mi boca.

—Briar...

—Mírame, Sebastian.

—No puedo.

—Sí que puedes.

Quería abrazarlo por detrás, moldear mi cuerpo con el suyo, protegerlo como un abrigo, pero sabía que aún no estaba listo. Sebastian tendría que redescubrir la vida desde cero, igual que yo. Segundo a segundo, con cada respiración. Caricia por caricia. Con cada sonrisa a la vez. Pero sería a su propio ritmo y por su propia voluntad. Sanar solo llega una vez que estás listo. Nunca antes.

La luz del sol le lamía la piel, dejaba al descubierto una larga cicatriz nudosa que lo recorría desde el hombro hasta la punta del dedo. Como si alguien hubiera intentado arrancarle la piel.

—No existe nadie que me haya visto así. Ni siquiera mis mejores amigos. Nadie más que Ollie, mis padres y unos pocos cuidadores. —Tragó saliva con dificultad—. Y hasta ellos tuvieron que firmar un acuerdo de confidencialidad estricto.

—Yo también soy de la familia —le recordé—. Crecimos juntos, Seb. Puedes confiar en mí.

Se agarró del alféizar de la ventana y lo apretó hasta que los nudillos se le enrojecieron. Me alejé para darle espacio. Temblaba tanto que casi le digo que no.

Pero entonces se dio la vuelta, y el universo entero se derrumbó sobre mí.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Briar

Sebastian.

El Sebastian hermoso y glorioso que yo había conocido.

Esa persona que tenía enfrente no se le asemejaba en nada.

El cuerpo sí se le parecía: fuerte, ancho, delgado y musculoso. Bronceado como un dios.

Pero el rostro no. Era como si un animal feroz hubiera intentado destrozarlo y casi lo hubiera logrado. Las heridas habían sanado dejando unas cicatrices gruesas y marcadas. Había unas rayas rojas y furiosas que se extendían desde el lado derecho de la mandíbula hasta el pómulo.

Un cráter me devolvía la mirada desde donde antes se encontraba un trozo de su mejilla izquierda. También se había roto parte del labio superior, y lo que había sido una nariz elegante ahora se hundía junto con la mejilla que faltaba.

Y, por si fuera poco, Sebastian tenía el ceño fruncido.

Mi reacción instintiva fue inclinarme y vomitar. No por su aspecto. Bueno, en realidad sí. Era por su aspecto, pero no porque me diera

asco a mí. Sino porque le daba asco *a él*.

No podía vivir en paz consigo mismo, y esa idea me llenaba de tristeza.

Me obligué, con una mano temblorosa, a alcanzar su rostro y deslizar un dedo por el surco profundo que se le marcaba entre las cejas. Él soltó un sonido de rechazo cuando sintió el contacto, y se apartó por instinto. Era obvio que le sorprendía el contacto.

No cedí.

Pasó un instante y después volvió a inclinarse hacia mí, con los ojos cerrados para saborear el contacto humano.

Una lágrima solitaria se le derramó por la mejilla desde el ojo derecho.

Contuve el grito que se me atascaba en la garganta.

La boca se le torció en una mueca extraña y dijo:

—Ya no soy tan atractivo, ¿verdad?

Ay, no. Me pregunté si me habría oído durante la cena de la noche anterior, cuando les hablé a las chicas de su belleza. Lo había comparado con una deidad.

—El parche en el ojo queda supersexi. —Me encogí de hombros y seguí alisándole la arruga persistente de la frente—. Yo siempre estuve a favor del Capitán Garfio y sus amigos.

—Garfio era el villano de la película.

—Los villanos son héroes incomprendidos.

—Sí, bueno. —Se le dibujó una mueca enmarañada en el rostro—. Yo soy perfectamente comprendido. Mi amargura es bien entendible.

Los perros movían la cola y nos rodeaban, percibían la profundidad del momento.

—¿Hace tantos años que compartimos esta casa y nunca te había visto así? —le pregunté con voz ronca.

Se lamió el labio superior, que tenía roto, y me respondió con una evasiva:

—Uhm…

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace quince años.

Hace quince años.

Sebastian tendría unos treinta y tantos. Entonces se había pasado la mitad de la vida encerrado entre estas cuatro paredes, alejado de la civilización.

Le rodeé el rostro con ambas manos con suavidad.

—¿Y te pasas todo el día aquí sentado solo?

No hizo más que asentir levemente con la cabeza.

Ay, Seb.

Todavía tenía el mismo bronceado precioso de siempre. Así que debía de pasarse horas pegado a la ventana, mirando hacia fuera mientras el mundo seguía adelante sin él.

—Es mejor así. —Debió de percibir mi duda, porque se puso a dar explicaciones—: Cada vez que mi madre me ve, empieza a llorar descontroladamente. Mi padre vomitó la primera vez que vio mi cara después del accidente. Oliver es el único que soporta mirarme, y lo hace porque no tiene otra opción.

¿Qué quería decir eso? ¿Por qué Ollie no tenía opción? Se me acumulaban las preguntas en la mente, pero también empecé a sentir un alivio creciente.

De pronto, me llené de culpa. No pude evitar que se me hundieran los hombros al tener la certeza de que Oliver guardó este secreto

por su hermano. No porque no me quisiera o no confiara en mí.

—Lo siento por sacar el tema de nuevo, Seb, pero... ¿qué te pasó?

Me agarró con fuerza por la muñeca y me apartó las manos del rostro. Tuve la sensación de que le resultaba difícil rechazar el único contacto humano que había tenido en mucho tiempo.

—Ahora no es el momento. No puedo creer que te haya mostrado mi cara. Demonios. —Se alejó de golpe, empezó a dar vueltas por la habitación amplia y sacudió la cabeza con aire incrédulo—. No debes decirle nada a Oliver.

—¿Por qué?

¿Acaso no le alegraría a Oliver saber que me acerqué a Seb? ¿Que pude hablar con él? Era su hermano, por el amor de Dios.

—Se pondrá sensiblero de saber que te mostré la cara y empezará a pensar que quiero buscar tu compasión o algo así…

—Le diré que me costó muchísimo convencerte de que lo hicieras —le prometí.

Sebastian negó con la cabeza:

—Tampoco le gustará saber que hablamos. Tendrá miedo de que se lo arruine todo. Ahora que estás con él, no te dejará ir.

—¿Ahora que estoy con él? —Limpié unas motas de polvo con el dedo, deslizándolo por el borde de la cama—. ¿Qué quieres decir?

¿Cuánto tiempo había durado nuestra primera ruptura?

—Ay, mierda. —Seb se rio entre dientes—. Quiero decir ahora que estás de alta y que te has recuperado de tu lesión.

—No es eso lo que has querido decir —dije con firmeza y lo miré fijamente.

Él también me atravesó con la mirada:

—Yo no soy tu novio, Briar. No puedes obligarme a que hable.

Otro dolor de cabeza me taladró el cerebro. Con él, me llegó un recuerdo.

Era yo y estaba en la puerta de esta misma mansión, sacudiéndola desesperadamente. Llovía a cántaros. Era joven. Y estaba enfadada. *Y famélica.*

Tenía la ropa pegada al cuerpo como sanguijuelas que me succionaban la sangre. Lloraba desconsoladamente y, de pronto, caía de rodillas.

Tenía la parte delantera de las piernas llena de barro y temblaba de frío. Y le rogaba a Oliver que abriera las puertas.

No lo hizo.

Yo sabía que él estaba en casa, pero no lo hizo.

¿Por qué había sido tan cruel? ¿Tan horrible conmigo? ¿Qué le había hecho?

Seb frunció el ceño y me miró con detenimiento.

—¿Estás bien?

Ni me había dado cuenta, pero había empezado a agarrarme la cabeza y estaba hiperventilando. Era un recuerdo, no una pesadilla. Algo tangible que había sucedido en el pasado.

Un olor metálico y húmedo me quemaba en las fosas nasales, el frío de mi ropa empapada me calaba hasta los huesos.

—¿Oliver me echó de la casa en algún momento?

El rostro de Seb no podía mostrar otra expresión que la del ceño fruncido, pero pareció suavizarse por la sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

Señalé la puerta.

—Acabo de tener un recuerdo de mí misma aquí fuera, suplicando que me dejaran entrar.

La mirada de Sebastian se oscureció.

—Es Oliver quien debe contarte esa historia.

—Pero...

—Límites —me interrumpió Seb—. Si no los respetas, la próxima vez no te dejaré entrar.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

—Qué atrevido de tu parte suponer que yo querré tu compañía.

—Teniendo en cuenta que Ollie es mi principal rival intelectual y que siempre está a un pedo de soltar algún chiste escatológico, creo poder afirmar con seguridad que vendrás a visitarme con frecuencia.

Estaba desesperada por saber la verdad, pero tampoco quería que este momento girara en torno de mí. Parecía que Sebastian estaba dando sus propios pasos. Tenía que posponer mi revelación.

—Está bien. Entonces... —Me subí a su cómoda, lo cual lo obligaba a él, y a mí misma, a mirarnos cara a cara. Así me acostumbraba—. ¿Qué haces aquí todo el día?

—Hago ejercicio. Cocino. Salgo a remar. —Se encogió de hombros, mirando a todos lados menos a mí—. Estudio a distancia en cualquier programa en línea que me acepte. Voy por la cuarta carrera.

—¡Madre mía! ¿Qué has estudiado?

—Administración de empresas en Cambridge y Northwestern, psicología en Johns Hopkins y, ahora mismo, estoy estudiando ciberseguridad en Georgia Tech.

—Siempre fuiste muy inteligente.

—La inteligencia no sirve para nada si no sabes cómo usarla.

—¿Y tu única compañía es Oliver?

Sebastian se rascó la mejilla izquierda, o lo que quedaba de ella y dijo:

—Algo así. Hay días enteros que no nos vemos. Contrario a lo que todos creen, trabaja. Y mucho. Y hay días en que no estoy de humor para socializar. Nos vemos una o dos veces por semana.

Sebastian casi vivía como un ermitaño. Este hombre que había sido una vez el adolescente más codiciado de todo el mundo occidental. Había salido con princesas, *pero de las verdaderas.* Había remado en el equipo olímpico. Hasta había dado una charla TED.

—¿Qué dice la gente sobre tu desaparición? —Recordé el relato ridículo sobre sus viajes de mochilero que seguro que nadie se había creído—. Deben hacer preguntas…

—Creen que me fui a vivir a la India. A meditar, porque tuve una crisis nerviosa. —Se le sacudió el pecho con una risa amarga—. Una mentira muy eficaz. Y, además, creíble. Si te pones a pensar, tiene sentido: después de años de presiones de la competición deportiva extrema y la excelencia académica, decidí que quería escaparme de todo y me fui al paraíso. La playa de Radhanagar.

—Pero si eres la persona más competitiva del mundo.

—No lo sabe nadie salvo mi familia. —Se encogió de hombros—. Tampoco necesito trabajar ni demostrarle nada a nadie. De vez en cuando, aparece alguien que dice que me vio en un ashram remoto en algún lado. La verdad es que le suma más encanto y exotismo.

—¿Y tus padres?

—Saben que estoy aquí. Pero les da demasiado miedo mirarme.

—Eso no puede ser cierto —dije con un tono de protesta—. ¡Si te adoran!

—A veces vienen de visita y hablamos a través de la puerta —admitió en voz baja—. No les dejo verme. Les angustia mucho.

—¿A tu padre también?

—Especialmente a Félix. —Hizo una mueca—. El pobre viejo está muy deprimido.

Ahora todo tenía sentido. Era por eso que Oliver se había hecho cargo de los negocios. Por eso cargaba a la familia von Bismarck entera sobre los hombros.

Seb movió la mandíbula hacia delante y atrás, y agregó:

—Papá nunca se recuperó del todo de mi accidente, aunque no estaba allí cuando sucedió. Creo que lo sobrepasó la tristeza de ver que yo quedaba destrozado. Dañado para siempre. Sin posibilidad de reparación. —Se señaló el rostro—. No es difícil verme a través de sus ojos. Quebrado. Destruido. Inútil.

—Imposible. Estoy segura de que no es así como te ven. —Una oleada de ira me recorrió el cuerpo—. No pueden...

Pero el resto de la frase se me atragantó en la garganta en cuanto oí una voz femenina que llamaba desde el balcón exterior.

—¿Briar? ¿Hola? Soy tu mejor amiga del mundo mundial. ¿Dónde estás?

Con Sebastian nos miramos, alarmados.

Después, él me agarró por los antebrazos y me llevó a la salida.

—Tienes que irte ahora mismo. Ella no puede entrar aquí.

Di un paso atrás.

—Pero no hemos terminado.

Los perros me seguían mientras yo iba saliendo, Geezer sobre su monopatín.

—Habla por ti. Yo he terminado esta conversación hace treinta minutos.

—Solo llevo aquí quince minutos.

—Correcto. —Sebastian empezó a cerrarme la puerta en las narices—. Saca tus propias conclusiones.

Metí el pie entre la puerta y el marco un segundo antes de que la cerrara de golpe.

—Espera.

—¿Qué?

—Mañana vendré a visitarte de nuevo. Haremos ese puzle juntos. —Señalé la sala de estar—. El médico me dice que los puzles son buenos para mi cerebro.

—No necesito compañía —dijo con los dientes apretados. Seguían siendo unos dientes bellos: grandes, blancos y rectos.

—Bueno, yo sí —le dije alegremente; me negaba a rendirme con él—. Me muero de ganas de montarlo.

La voz de Dallas resonó más fuerte ahora, empezaba a buscarme dentro de la casa.

Seb entrecerró los ojos con fuerza.

—No.

—Sí.

—¿Briar? ¿Estás arriba? —canturreó Dallas al fondo de la casa, con una voz cercana y alarmante.

Enderecé los hombros y la espalda, con gesto seguro, y me negué a moverme de ahí.

Sebastian se quedó mirándome con la ceja levantada, en un desafío abierto y directo.

—Está bien. —Los dientes le chocaron entre sí cuando apretó la mandíbula, y la movió de un lado a otro—. Vuelve mañana.

—Gracias. —Me estiré por el marco de la puerta y le di un beso ligero en la mejilla derecha—. Será divertido.

—Lo dudo mucho.

Le grité por encima del hombro, mientras me alejaba corriendo por el pasillo con los cachorros.

—Sí que será divertido.

—Trae a los perros —murmuró.

Y con esas palabras, se me abrió el corazón y se me llenó de luz.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Oliver

Romeo Costa: Bueno. La cena estuvo bien, ¿no?
Zach Sun: ¿Bien? Bien desastrosa querrás decir, entonces sí.
Ollie vB: Lo único que queda ahora es que Dallas haga su parte.
Zach Sun: Confiar en Dallas es tan arriesgado como confiarle a Nixon las llaves de una caja fuerte llena de dinero.
Romeo Costa: Hablando de mi esposa, acabo de regresar del concesionario McLaren. Le compré doce coches a Dallas en diferentes tonalidades para que siempre le combinen con la ropa.
Zach Sun: Ayer hice lo mismo con Farrow, pero con Pagani.
Romeo Costa: No es un concurso para ver quién la tiene más larga, Zach.
Ollie vB: Obvio. Porque de ser una competición, todos sabemos que gano yo.
Ollie vB: Entonces, ¿por qué nos cuentas esto?
Romeo Costa: Me alegra que lo preguntes. Porque en el concesionario escuché una conversación entre dos señores que juraban y perjuraban que estás en la junta directiva de Grand Regent.
Zach Sun: ¿Quieres decir algo al respecto?
Ollie vB: Mi padre a veces me envía a recordarles a los empleados que las cosas pueden empeorar mucho si empiezo a estar al mando.
Romeo Costa: Bueno, tuve en cuenta esa opción. Pero uno de los caballeros me insistió en que eres coherente, sensato y sorprendentemente bueno en lo que haces.

Ollie vB: ¿Estás seguro de que era un concesionario y no un centro de rehabilitación? Beber durante el día no es TAN habitual.
Zach Sun: ¿Nos estás ocultando que eres inteligente, Oliver?
Ollie vB: Negativo.
Ollie vB: Quiero decir... Negatibo.
Zach Sun: Siempre sospeché que eras inteligente.
Romeo Costa: Nunca me convenció esa historia de que volviste de las vacaciones de verano con una lobotomía parcial que te redujo el coeficiente intelectual.
Zach Sun: Tu cartera de inversiones es sólida.
Romeo Costa: Y hablas cuatro idiomas.
Zach Sun: Y eres piloto de avión con título habilitado.
Romeo Costa: Y no fuiste tan tonto como para meterte en la cama con la pesadilla de mi cuñada.
Zach Sun: No te ofendas, Rom, pero Dallas no es tampoco un paseo por el parque.
Ollie vB: Es más bien una corrida frenética por Jurassic Park.
Romeo Costa: Más cuidado, ¿eh? Me parece que ambos estáis bastante aferrados a vuestros testículos. No me gustaría convertirlos en adornos colgantes de esos que van en el espejo retrovisor para uno de los coches nuevos de Dallas.
Ollie vB: Seguramente ella los prefiera fritos con cebolla caramelizada e higos.
Zach Sun: ¿Por qué no nos dijiste que trabajabas, Oliver?
Ollie vB: Casi no es un trabajo de verdad. Mi familia no puede despedirme.
Romeo Costa: ¿Qué más nos ocultas?
Ollie vB: Solo esos tres cadáveres.
Ollie vB: Ah, y no me preguntes dónde estaba durante la época del asesino del Zodíaco.
Romeo Costa: Por cierto, Dallas ya llegó a tu casa.
Ollie vB: Ya lo sé.
Romeo Costa: Lo está pasando muy bien con Briar.
Ollie vB: Si Dallas le hace algún mal, te demandaré por daños emocionales.
Zach Sun: Más cuidado o tendremos que concluir que de verdad quieres casarte con esta mujer.

Romeo Costa: Será un día helado en el infierno, el día en que veamos a Oliver von Bismarck avanzar por un pasillo que no sea el de una farmacia veinticuatro horas para comprar más lubricante.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Briar

Me apresuré en sacar conclusiones: Oliver no había decidido dejar de perseguirme. A menos que se considere que cinco llamadas en treinta minutos son suficiente espacio personal.

El elegantísimo teléfono inalámbrico de la casa de los Costa volvió a sonar y el nombre de Oliver apareció en la pantalla verde iluminada. *Que sean seis llamadas.*

Pulsé el botón de respuesta y lo interrumpí antes de que pudiera decir nada:

—¿Estás seguro de que es mi amiga?

Su risa contagiosa resonó al otro lado de la línea.

—¿Qué te dice que no?

—Quizás las miles de señales de alerta que observo.

—¿Dallas? ¿Señales de alerta? Es lo normal en ella.

—¿Normal? —Yo tenía a Luca en brazos, en un portabebés tipo BabyBjorn, y le acariciaba el pelo espeso y oscuro de la cabeza con una mano, mientras sostenía el teléfono en el oído con la otra—. Hace un rato estábamos en casa y sacó un libro.

—Sabe leer y escribir. Algunos dirían que es una cualidad maravillosa.

—Pero después sacó su Kindle.

—Quizá se aburrió del libro en papel.

—No. Le entró hambre.

—No me digas que se comió el Kindle.

—Lo usó de marcapáginas. Para el libro en papel. Imagina mi sorpresa cuando la mujer abrió la edición especial, colocó el Kindle entre las páginas, cerró el libro de golpe y lo dejó sobre la mesa de café.

Oliver respondió con un «Mm» y se oyó el ruido de un teclado al otro lado de la línea.

—La gente tiene sus peculiaridades. Es normal.

Caminé de un lado a otro por la sala de estar de Dallas y Romeo, me estaba gustando el cambio de escenario con respecto a nuestra mansión.

—Entonces nos fuimos a Taco Bell en coche.

—La comida rápida también es normal. —El sonido rápido del repiqueteo sobre el teclado se interrumpió—. ¿Te permiten comer eso durante tu recuperación?

—No viene al caso, doctor Cohen —dije y giré la cabeza para asegurarme de que la mujer en cuestión no había vuelto a entrar en la casa—. Dallas usó la guantera del coche de soporte para los tacos entre semáforo y semáforo.

—Bueno, eso sí que es una genialidad. No se puede conducir con un taco en la mano. No es seguro. —Ollie siguió escribiendo—. Y ahora, ¿dónde está Dallas? ¿Te ha dejado sola?

—No soy una niña. No necesito que me cuiden todo el tiempo. Se ha dejado la cartera en el coche y ha ido a buscarla. —Dejé pasar un instante—. Pregúntame por qué.

—Prefiero no hacerlo.

—Compra cosas por teletienda, Ol. —Levanté el brazo libre, lo cual le hizo asomar una sonrisa a Luca, y entretanto, seguía balanceándome con él en brazos—. Es la única persona que conozco que compra cosas de los anuncios de publicidad.

—Que conoces hasta ahora…

—La cuestión es que he pasado veinte minutos viendo la teletienda con ella y ahora Romeo está a punto de recibir una afeitadora para pies, una almohada de viaje de plumas de avestruz y una funda de almohada de Nicolas Cage.

—Es tu mejor amiga —insistió Ollie—. Ella y Fae.

Suspiré. Sinceramente, no tenía duda. Ninguna duda. Porque Dallas podía ser muchas cosas… sí, pero me daba cuenta de que tenía un corazón de oro. De hecho, la verdad es que sus peculiaridades me encantaban. A cada segundo que pasaba con ella, me daban ganas de tuitear algo y compartir su genialidad con el mundo. Seguro que no me creerían, pero lo haría igual.

Además, tenía sentido que me hiciera amiga de las esposas de los mejores amigos de Oliver. Y estaba ganando tiempo. Llenaba nuestra conversación con todo lo que podía para no romper mi promesa con Seb. Cada vez que Ollie me llamaba, me ponía más ansiosa por exigir respuestas.

—Si fueras una pinza de pezón, ¿dónde te esconderías? —Dallas volvió a entrar con todo tipo de accesorios de lactancia—. Lo pregunto para una amiga. Yo soy la amiga.

—Tengo que irme. Ya ha vuelto Dallas. Te quiero siempre. —Colgué y señalé algo beige y de silicona encajado entre los lujosos almohadones del sofá—. ¿Ahí?

Dallas se inclinó sobre el respaldo del sofá, sin moverse de la zona de la cocina del gran ambiente lujoso de planta abierta.

—¿Es Ollie otra vez?

—Sí.

—No me digas que se ha enfadado porque te he llevado a pasear. —Agarró el objeto de silicona, se dio cuenta de que era un babero y dejó todo lo que traía en la isla de la cocina—. Dios no permita que le haga daño ni a un solo pelo de su preciosa esposa.

—Prometida —la corregí, pero me atravesó el estómago una pequeña descarga eléctrica al oírle decir la palabra «esposa».

Vas a ser la señora de Oliver von Bismarck.

La Briar Rose de diez años habría derramado lágrimas de felicidad.

La Briar de treinta y tres años quería que el tiempo avanzara rápidamente hasta la boda para poder saltarle encima. De ninguna manera me rechazaría en nuestra noche de bodas, con o sin memoria en mi cerebro. Jamás había visto a un Ollie tan contenido como ahora.

Dallas detuvo la búsqueda de las pinzas para pezones y me dijo:

—Tienes que desafiarlo más.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿No lo hago?

O una pregunta mejor hubiera sido: antes del accidente, ¿alguna vez lo necesitaba hacer? Si yo siempre me negaba a que nadie me limitara en mis deseos…

—Eso no es lo que importa. En mi humilde opinión, nunca puedes dejar que tu hombre se vuelva complaciente. —Era fácil para ella decirlo. Acababa de contarme la historia de cómo su esposo había recibido una bala por ella—. Dios creó al hombre para que fuera ignorado. Está escrito en la Biblia con toda claridad.

—¿Eso está en la versión del rey Jacobo o en la Nueva Biblia Americana?

—¿Qué es lo primero que hace Eva? Se come la manzana. Y… *¡puf!* —Dallas chasqueó los dedos—. En un segundo ignoró la advertencia de Adán.

—Era la advertencia de Dios. —Acuné un poco a su hijo que dormía contra mi pecho y me pregunté si absorbería algo de esta conversación mientras dormía—. Y el resultado fue bastante horrible. Toda la humanidad fue expulsada del Paraíso.

—¿Qué eres ahora? ¿Predicadora? —Dallas le dio un sorbo a su café helado y tamborileó con las uñas sobre el vaso—. Esa chica quería comer algo, ejercía el autocuidado.

Parpadeé. No estaba segura de estar de acuerdo con su versión de los hechos. No recordaba nada de esto de las clases de historia de la religión que había tomado en Surval Montreaux, pero también era cierto que Dallas había crecido en el epicentro de las universidades religiosas de la zona.

Negó con la cabeza con fuerza y siguió buscando las pinzas.

—Lo que digo es que Ollie necesita que le recuerden que tú eres una persona adulta, que puede valerse por su cuenta. Él no puede tenerte encerrada en ese lugar como a una princesa de cuento de hadas.

Tenía razón. Y yo tenía toda la intención de abordar el tema con Oliver en cuanto recuperara al menos un recuerdo. Uno solo. Podía ser cualquiera. Cada vez que me concentraba en el pasado, me volvían los dolores de cabeza con toda la furia. Empezaba a perder las esperanzas.

Hettie, la chef personal de la mansión Costa, entró en la cocina con las compras en dos bolsas llenas.

—Ya os dije que volvería rápido. —Dallas aplaudió y corrió hacia Hettie.

—¿Qué has comprado?

—Conseguí cangrejos frescos de la pescadería que te gusta. —Hettie se recogió el cabello color violeta en un moño alto y se anudó el delantal por detrás del cuello tatuado—. Para esta noche tendremos cocina fusión Viet-Cajún. Y también *andouille.*

—¿Por qué no te quedas a cenar? —Dallas se volvió hacia mí un momento y después abrió el horno para ver si estaba ahí su juguete sexual—. ¿Cómo te gustan las salchichas, Briar?

—En el cerdo al que pertenecen. —Le di una palmadita en la espalda a Luca y recorrí el espacio entre la cocina y la sala de estar —. Soy vegetariana.

Me resultaba muy extraño que no lo recordara *ni una persona de todo mi círculo.*

—¡Ay! Claro que sí. Me había olvidado. —Hettie se apartó un mechón de pelo de la cara, abrió la panera, sacó las pinzas para pezones y se las pasó a su jefa—. *Bingo.*

Dallas se guardó las pinzas en el bolsillo del vestido.

—Eres una santa.

Hettie se volvió hacia mí.

—¿Qué te preparo?

—¿Algo de merienda? —Me rasqué la sien—. Bueno... unas galletas saladas con mantequilla de cacahuete estarían muy bien.

Hettie y Dallas intercambiaron miradas de preocupación, como si les hubiera pedido comerme la cabeza del bebé que tenía en brazos.

—Con Briar, aún nos quedan por trabajar algunas cuestiones —se excusó Dallas con su cocinera, aparentemente por mi gusto aborrecible en materia culinaria. Después me dijo—: Briar, querida, quería contarte que estuve investigando sobre la amnesia y cómo ayudarte a que recuperes la memoria.

Me mordí el labio inferior con timidez.

—¿De verdad?

No sabía si emocionarme o ponerme nerviosa. Dallas parecía llena de buenas intenciones y malas decisiones.

—¿Cuenta igual si lo busqué en Google? Porque eso es lo que he hecho. —Dal se dejó caer con fuerza sobre uno de los taburetes de la isla y abrió una libreta—. Voy a hacerte unas preguntas que funcionan como gimnasia para tu cerebro, por así decirlo.

Sonrió. Tenía una belleza al mejor estilo del viejo Hollywood: cabello abundante color castaño, ojos de un verde pálido y un vestido hecho a medida por diseñadoras que podía considerarse demasiado formal hasta para una boda, así que era inimaginable para estar en casa.

—Lo haré lo mejor que pueda. —Asentí.

—¿Cuál es tu color favorito?

—Fácil. El azul. —Siempre el azul. Desde que era niña. Sonreí—. El color de las rosas que me regala Ollie todos los días.

—¿A qué escuelas y universidades fuiste?

Recité rápidamente la docena de escuelas por las que había pasado, y también pude contestar sin problemas las preguntas que siguieron: los nombres de mis padres, los lugares donde había vivido y donde había pasado las vacaciones, nombres de personajes famosos, detalles de algunas travesuras en las que me había metido Ollie de adolescentes. En cuanto pasamos a la edad adulta, empecé a dudar.

Dal tomó entre dos dedos la cola de un cangrejo bien sazonado y tiró de él hasta decapitarlo.

—¿Tienes algún recuerdo de tu trabajo, de ser coordinadora de intimidad?

Yo seguía caminando lentamente alrededor de la isla con Luca en la mochila y se me fue formando una arruga en el ceño por encima de las mejillas.

—Creo que recuerdo la universidad.

Me latían las sienes. Los flashes entraban y salían del cerebro como un foco de luz en cortocircuito. Me agarré del borde de la encimera con fuerza; los nudillos se me pusieron blancos.

Animadoras que vuelan por el aire haciendo acrobacias. Banderas y carteles ondeando al viento en el campo deportivo Gritos y cánticos. El verde del escudo de la Universidad Baylor. Verde y dorado. Una mano delgada que se extiende hacia mí, seguida de una sonrisa pícara.

—Hazel —grité, con el corazón acelerado—. Recuerdo a mi compañera de habitación. Hazel Locklear.

—¿Tu compañera de habitación del internado? —dijo Dallas, mientras absorbía el contenido de la cabeza de un cangrejo.

—Sí, de la universidad. Baylor.

—Eso está en Texas, ¿no?

—Sí, Waco, Texas. —De repente, recordé con seguridad que había seguido siendo amiga de Hazel. Buenas amigas.

Los fragmentos de su recuerdo empezaron a unirse en mi mente. Su pelo largo e increíble. Su humor ácido. Las travesuras que hacía que siempre me recordaban a Oliver. Y la ropa que se puso ganó un concurso de belleza de un festival. Lo exponía en un maniquí que yo le había bordado con rosas azules.

—Me acuerdo de mi compañera de habitación. —No pude contener la sonrisa—. Se llamaba Hazel. Seguimos siendo amigas.

—¿Tu compañera de habitación... de la universidad, en Texas?

—Sí.

Dal se tocó el mentón con un dedo y se manchó con salsa.

—¿No están de vacaciones ahora?

Abrí la aplicación de internet en el nuevo teléfono que Ollie me había dejado para que lo usara. No tenía ni un contacto ni fotos. No me habían podido arreglar el teléfono anterior.

—Sí —confirmé, mirando la pantalla—. Aquí dice que están de vacaciones.

—Se me está ocurriendo hacer una escapada exclusiva de chicas en un futuro *muy, muy* próximo. ¿Nos vamos a Texas?

Dallas se metió dos salchichas *andouille* en la boca, apurada por terminar.

—Hettie, prepara el *jet*. Llamaré a Fae. Seguro que quiere venir.

Ollie seguro que iba a vetar la idea y se pondría a protestar y a preocuparse innecesariamente por mi seguridad, pero no quise decírselo. Era hora de descubrir quién era yo fuera de los límites de mi relación.

Y Dallas Costa era la persona indicada para ayudarme.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Briar

Cuatro horas después, me encontré en medio del campus universitario de Baylor; con Farrow a mi derecha, Hettie a mi izquierda y Dallas detrás, con Luca sobre el pecho, en el portabebés. El niño iba haciendo sus gorjeos e intentaba capturar todo con los puños regordetes.

Al otro lado de la plaza central, había un edificio con ventanales lustrosos que redirigía la luz solar directamente a nuestros ojos. Sentí que el cerebro se me abarrotaba de destellos de recuerdos pasados, pero se desvanecían tan rápido como se materializaban.

Fideos. Rollitos de primavera vegetarianos. Verduras de hoja verde.

Me cubrí los ojos con las manos y señalé el edificio:

—Ahí es donde almorzaba entre clases. Me gasté aquí todo el dinero para comidas ya en el primer mes, de tanto que me gustaba esa comida china.

La culpa inicial que había sentido de volar hasta aquí en un *jet* privado se desvaneció. No estaba segura de cómo sentirme ante la

existencia de ese avión, o del hecho de que aparentemente Ollie y yo éramos dueños del mismo modelo y lo usábamos todo el tiempo para cualquier trámite que tuviéramos en cualquier parte del mundo.

Me resultaba un despilfarro excesivo, un desperdicio de recursos. En especial, la parte en que Dallas pidió hacer una escala en Nueva Orleans para comerse un pollo frito de su restaurante preferido. (Me aseguró que si aprovechábamos y nos comíamos unas *beignets*, los buñuelos típicos de Nueva Orleans, el desvío era más amigable para el medio ambiente.)

Dallas dio una vuelta sobre sí misma y su vestido elegante se abrió en abanico a la altura de los tobillos.

—Algo que echo de menos de la universidad son los restaurantes con bufé donde te sirves todo lo que quieres por el mismo precio.

Los puestos de comida al aire libre. Las salidas en coche con amigos y la música fuerte en el aparcamiento. Las mascotas de la universidad.

Fae resopló y dijo:

—Pero si no duraste más de una semana como estudiante universitaria.

La residencia donde vivía. El zoológico. Los deportes.

—Por el bien de todos —suspiró Dallas—. Los profesores querían que me fuera, más de lo que yo quería.

Las horas de estudio compartidas. Las siestas en el subsuelo de la biblioteca.

Me esforcé por seguir el hilo de la conversación, pero el dolor punzante que me atravesaba la sien me catapultó de cabeza hacia una papelera. Vomité los *beignets* y el *latte* que me había tomado unas horas antes.

La nota altísima, y tan molesta, que obtuve en los exámenes de Gestión Estratégica. Y la profunda ansiedad que la acompañó, seguido por un sentimiento agridulce de saber que mis padres ya no estaban en mi vida como para que les importara.

Farrow me recogió el pelo y lo metió por detrás de mi camisa.

—Quizá esto no ha sido tan buena idea.

—Deberíamos irnos —dijo Dallas, que saltaba de un pie a otro mientras me frotaba la espalda—. Lo siento mucho, Briar. A veces me emociono demasiado y hago cosas sin pensar.

Acepté la servilleta húmeda que me alcanzó Hettie y sacudí la cabeza mientras me secaba los labios.

—No. Quiero quedarme. Necesito quedarme.

Dallas y Fae intercambiaron una mirada intensa pero no se opusieron. Los cinco nos pusimos en marcha para ir abriéndonos paso entre las hordas de mantas de pícnic, extendidas por un campo de césped que terminaba en una fuente colosal. Al pasar al lado, vimos unos chorros de agua que se elevaban hasta unos treinta metros de alto.

Me acerqué a un edificio de paredes planas de ladrillo rojo y rocé con la yema de los dedos un letrero que había grabado en el cemento.

—Yo estudiaba aquí. Se llama Biblioteca Moody. Tiene un jardín con parterres en la parte de atrás. Me pasaba ahí horas preparando exámenes parciales, tumbada junto a la estatua del oso que es el símbolo de la universidad.

Me lancé de cabeza a los recuerdos, a sumergirme en el campus a toda velocidad. Las chicas me siguieron. Entré en la residencia de estudiantes donde había vivido el primer año.

—Oh, por Dios. —Me tapé la boca con la mano, con un sentimiento confuso entre la risa y el llanto—. Me acuerdo de todo.

Al menos, me acordaba de todo lo referido a la universidad. Por lo tanto, también recordaba con certeza que *no* estaba con Ollie en ese tiempo. Ni siquiera estábamos en contacto.

Se me vino una avalancha de preguntas al cerebro. *¿Por qué rompimos? ¿Cuánto tiempo había durado la separación? ¿Habría sido por eso que elegí Baylor en lugar de Harvard?*

Podría haberles preguntado a ellas. Seguro que lo sabían; eran mis mejores amigas. Pero el orgullo (y ese calor que me quemaba las mejillas que me negaba a llamar vergüenza) no me permitieron abordar el tema. Además, el doctor Cohen me había advertido, sin rodeos, que cualquier noticia impactante podría desencadenar una reacción grave. Habíamos cruzado el país entero en un avión. Prefería ser precavida.

Farrow entrelazó los dedos con los míos y los de Hettie, y tiró de nosotras con paso rápido, avanzando por el camino con bordes de césped.

—Creo que los dormitorios están por aquí. Descargué un mapa en el avión.

—No hace falta —le dije, casi a gritos—. También me acuerdo de esto.

Por primera vez desde que desperté en el hospital, todo me resultaba familiar. El edificio. Los jardines. El aire. Todo parecía real.

Bueno, quizá no *todo*. Desde luego que no me parecía real el desconocido que me gritó de pronto por detrás:

—¿Briar? ¿Briar Auer? —Se subió las gafas que le colgaban de la nariz mientras se acercaba a nosotras. El cabello rubio dorado por el

sol le rebotaba al viento en todo su esplendor—. ¿Eres tú?

—¿Te conozco? —le di un codazo a Fae—. ¿Sabes si lo conozco?

Se encogió de hombros.

—Soy la más nueva de Dark Prince Road. No sabría decirte.

Incliné la cabeza para tratar de ubicar al chico, pero no lo conseguí. Parecía de mi edad, tal vez lo bastante joven como para ser un profesor muy atractivo o tal vez un ayudante. En el tiempo que tardé en intentar dar con una respuesta, él había recortado la distancia que nos separaba y se detuvo, con los puños apoyados sobre las rodillas para recuperar el aliento.

Le sonreí educadamente.

Me señaló con el dedo en la cara.

—Sí que eres tú. Perra.

Mi sonrisa se desvaneció.

Fae se me puso por delante de pronto, echó los hombros atrás y se cruzó de brazos.

—¿Cómo dices?

Por instinto, di la vuelta alrededor de Fae y se me dibujó una sonrisa salvaje en el rostro.

—Si crees que soy una perra, estoy segura de que te di tu merecido.

¡Epa! ¿De verdad acababa de decir eso?

—¿Mi merecido? —El chico alzó sus manos al aire—. Mi prometida me dejó por tu culpa. Hace nueve años que estoy haciendo el doctorado porque tuve que salir a trabajar y ganar dinero. Ella se llevó todos sus ahorros cuando se fue.

¿*Sus* ahorros? Ahora estaba segura de que el tipo se lo merecía.

Fae se acercó a él, dispuesta a decirle lo que pensaba, y la quise aún más por ello.

Le apoyé el brazo sobre el antebrazo y la llevé hacia atrás. Sabía que podía encargarme de él. De algún modo lo sabía. Y supe que era mi costumbre defenderme sola.

Miré mi reloj inexistente y golpeé el suelo con el pie.

—¿Acaso nos conocemos?

—Sí. Nos conocimos en la app de citas Raya el año pasado. Estábamos en West Hollywood.

Eso me desconcertó.

—¿El año pasado yo estaba en una app de citas? —Me incliné hacia las chicas con una ceja arqueada, con gesto de *¿Qué mierda pasa?*—. ¿Por qué estaba yo en Raya el año pasado?

Dallas frunció el ceño y le tapó los oídos al bebé mientras preguntaba:

—¿Y decidiste hablar con este imbécil?

—Esa no es la cuestión. —Al chico le temblaban los hombros, casi no podía contener la rabia—. No te hagas la tonta.

Bostecé.

—Lo que tuvimos no debe ser muy digno de recordar.

—No eres tan sexi. Solo me llamaste la atención porque ahí ponías que habías ido a Baylor, que era tu alma máter. ¿Y cómo me lo compensaste?

—Me encantaría saber…

Y ya que estamos, ¿no me dirías qué demonios hacía yo en una aplicación de citas tan cara, por qué coincidimos en West Hollywood y dónde diablos encaja mi prometido en todo esto?

—Te envié un mensaje directo con mi usuario de Instagram y creaste un chat grupal con mi prometida, en el cual mandaste fotos de tus compañeros de trabajo, le dijiste que hasta a ellos se les ocurría algo mejor que decir para seducir a las chicas y la ayudaste a tener una cita a ciegas con uno.

Fae soltó un silbido de aprobación y dijo:

—Memorable.

—Eres lo más grande que hay. —Dallas suspiró y me pasó el brazo por detrás de los hombros—. Si no estuviera tan traumatizada por el desgarro de tercer grado que tengo en la vagina por culpa de Luca, me quedaría embarazada con solo oír eso.

Hettie aplaudió.

—Tienes unos ovarios de acero.

De hecho, los tenía.

De pronto recordé que los había desarrollado después de cortar cualquier contacto con mis padres.

De niña, yo siempre había ido a lo seguro; hacía todo lo posible por no avergonzar a Jason y Philomena Auer. Pero en la universidad me había vuelto más valiente. Juré que nunca más dejaría que nadie me pisoteara.

Con Hazel bajábamos corriendo las escaleras como si fuéramos las dueñas de cada milímetro del campus. Los chicos nos adulaban a donde fuera que íbamos, y nos pasaban su número de teléfono en los partidos de fútbol, las conferencias y las fiestas después de los partidos.

Íbamos de fiesta en fiesta. Hazel me había enseñado a soltarme y a disfrutar de la vida.

Y durante todo ese tiempo, nunca hablé con Oliver von Bismarck.

Fae se echó el cabello hacia atrás por encima del hombro y logró enfocar la mirada por debajo de su nariz para enfrentarse al chico, a pesar de que él le sacaba siete centímetros y medio de altura.

—¿Por qué sigues aquí?

Dicho eso, enganchó su brazo con mi codo y nos alejó a las cuatro del muchacho boquiabierto que había sido mi cita de Raya.

Hettie abrió el mapa en su móvil.

—¿Recuerdas en qué edificio estaba tu dormitorio?

—Penland Hall. —Señalé el camino, que estaba pasando una serie de pistas de tenis—. Es por aquí.

Caminamos el resto del trayecto como una cadena humana, enlazadas por los codos. Enfrentarme a mi pasado sola me aterrorizaba, pero me sentí bendecida de poder hacerlo con tan buenas amigas.

—Creo que no podemos ir más lejos sin que nos echen. —Farrow se detuvo frente a los escalones que conducían a la puerta principal —. No tenemos tarjetas de acceso.

—¿Tarjetas de acceso? —Dallas frunció el ceño, rebosante de indignación—. Tenemos encanto. No necesitamos tarjetas de acceso.

Efectivamente, tras un breve coqueteo en la recepción, nos dirigimos a mi antigua habitación de la residencia. El corazón me dio un vuelco y casi se me salió del pecho.

Colarnos en las bodas de la capilla.

Intentar hacer kayak en el puerto deportivo. Sin éxito.

Jugar a los bolos en el centro de estudiantes.

Los recuerdos me inundaron a una velocidad alarmante. Dejé la vista fija en el suelo chirriante, decidida a combatir el dolor de cabeza.

Doblamos por el pasillo hacia mi antigua habitación.

Me estampé contra la espalda de Fae.

Dallas soltó un grito ahogado. Farrow gruñó. Hettie hizo un ruido extraño como de *vaya, vaya.*

—¿Y él qué hace aquí? —dijo Fae con los dientes apretados de la rabia.

Levanté la cabeza de golpe y seguí la dirección de sus miradas hacia el hombre de pie frente a la puerta de mi antigua habitación de la residencia.

Era mi prometido, con el rostro en cincuenta tonos de rojo de lo enfadado que estaba.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Oliver

Romeo Costa envió un archivo adjunto.

Romeo Costa: Luca usando su primer sombrero vaquero.
Zach Sun: Mierda, ese es un bebé adorable que no parece para nada una patata con pañal y mala actitud.
Zach Sun: (¿Lo estoy haciendo bien?).
Ollie vB: Increíble. Suenas como un humano completamente auténtico. ¿Estás probando una nueva actualización de ChatGPT?
Zach Sun: Sí.
Ollie vB: No está funcionando.
Romeo Costa: Coincido. Directo a la basura.
Ollie vB: @RomeoCosta, no sabía que estabais en Texas.
Romeo Costa: No estamos en Texas. Dallas y Farrow han llevado a Briar a ver su antigua universidad.
Ollie vB: ???
Romeo Costa: Están intentando ver si caminar por Baylor le trae recuerdos.
Ollie vB: Pero acabo de hablar por teléfono con Briar. Estaba comiendo *beignets*.
Romeo Costa: En Nueva Orleans.
Ollie vB: NUEVA ORLEANS.

Romeo Costa: Solo una parada rápida antes de ir a Waco. Dallas insistió en que sería un desperdicio de gasolina no hacerlo.
Zach Sun: ¿No te lo han dicho?
Ollie vB: NO.
Zach Sun: Oh, qué incómodo. Disculpe las molestias. ¿El Estado de Texas puede ayudarlo en algo más o levantamos la sesión?
Romeo Costa: Ese OpenAI necesita ajustes importantes, @ZachSun.
Ollie vB: @RomeoCosta, dile a tu esposa que responda mis llamadas antes de que le prenda fuego a tu maldita nevera.
Romeo Costa: Todo son risas hasta que amenazas la comida de Galletita.
Ollie vB: Ella tiene a mi prometida.
Romeo Costa: Tu FALSA prometida.
Zach Sun: Los sentimientos deben de ser reales.
Romeo Costa: ¿Habla la IA o eres tú?
Zach Sun: Yo, pero hasta un abrelatas con los ojos vendados detectaría esos sentimientos. Ollie es un libro abierto.
Romeo Costa: Hasta hace un segundo ni siquiera sabíamos que Ollie tenía corazón.
Ollie vB: Voy a volar hasta allí a buscar a Briar porque vosotros dos, imbéciles, no podéis mantener a vuestras mujeres bajo control.
Romeo Costa: Parece que tienes el mismo problema con la pobre mujer que cree que está comprometida contigo.
Ollie vB: Ella está en un estado delicado.
Romeo Costa: Hoy ha luchado contra Hettie en nuestra sala de estar. Y ha ganado. Por goleada.
Ollie vB: Aun así, si le pasa algo, todos en este Tribunal estáis muertos.
Zach Sun: Los detalles marcan la diferencia. Esto no quiere decir que el Tribunal no cometa errores. Al menos el cuatro por ciento de los condenados a muerte son inocentes.
Romeo Costa: Quema ese ChatGPT y empieza de cero, amigo.
Ollie vB: En serio. Es peor compañero de conversación que ese tipo de Dr. Phil.
Zach Sun: Doctor Phil.
Ollie vB: Eso he dicho.
Zach Sun: No, ese es su nombre. El tipo de Dr. Phil se llama Doctor Phil.

Romeo Costa: No te molestes. Seguro cree que todo el programa es una escena eliminada de *Hospital General*.
Ollie vB: Sí, claro. Dejé de verlo después de que Helena le lanzara una maldición a Luke y Laura en el altar. ¿No podía esperar a que terminara la boda?
Zach Sun: Tú tampoco puedes, al parecer.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Oliver

Mi corazón dio un vuelco en cuanto Briar apareció en mi campo de visión. Me puse de pie de un salto y me pasé una mano temblorosa por el cabello.

Está bien. Está entera. ¿Por qué mierda tu corazón quiere salirse del pecho?

—Oliver. —Dallas saltaba arriba y abajo, riéndose como si yo no tuviera toda la intención de estrangularla con mis propias manos. Lo único que me detenía era el hecho de que su marido psicópata disparaba misiles desde tanques solo por diversión—. Qué agradable sorpresa. ¿Buscando a tu próxima novia?

Farrow hizo un gesto circular con el dedo hacia los dormitorios, señalando a las estudiantes que se habían detenido a mirar.

—El rango de edad parece bastante adecuado.

Me lo tendría bien merecido si terminara en la portada de TMZ justo cuando por fin había conseguido el respeto colectivo del consejo del Grand Regent. Ya de por sí no estaban de acuerdo con mi decisión unilateral de drenar el enorme estanque que

consideraban el punto focal del campo de golf. Pero tenía que hacerlo, considerando que MI PROMETIDA CASI PIERDE LA VIDA AHÍ.

Prometida falsa, imbécil delirante.

—Oh, solo soy un año menor que Ollie —dijo Briar con inocencia, sin captar el chiste sobre Frankie que a mí no me había hecho ninguna gracia.

Dallas le puso el chupete a Luca y alzó una ceja hacia mí.

—¿Has decidido unirte a nosotras?

—¿Qué me ha delatado? —Le mostré una sonrisa diabólica—. ¿El hecho de que has secuestrado a mi prometida?

—«Secuestrar» es una palabra muy fuerte. —Dallas puso los ojos en blanco y se detuvo frente a mí—. Prefiero «llevarla de vacaciones espontáneas».

—Entonces yo prefiero el término «abrazo apasionado».

—¿En lugar de qué?

—En lugar de «estrangularte», que es lo que estoy a punto de hacer.

—Hacemos esto por su bien, Oliver. —Farrow condujo a Briar hacia la puerta que yo estaba bloqueando, todavía intentando estimularle la memoria—. Ella merece saber más.

Traducción: *merece recordar que eres un pedazo de maldita mierda tóxica.*

Siempre supe que Farrow era más dura que un montón de clavos oxidados. Y casi igual de agradable.

Briar se pasó las uñas por el cabello y sacó mechones de su improvisada cola de caballo.

—Uf.

Corrí a su lado y la sujeté del codo cuando se tambaleó.

—¿Estás bien?

La mirada fulminante que lancé a Dallas, Fae y Hettie habría podido derrumbar un edificio entero.

—El doctor Cohen dijo que un mal recuerdo podía retrasar su progreso.

—Estoy bien. —Briar se apoyó en mí—. Solo… creo que recuerdo algo.

Mi corazón se hundió. Cuanto más se acercaba a la verdad, más nos alejábamos. No esperaba que realmente estuviera conmigo. Ni quería que lo estuviera. Al fin y al cabo, no merecía ni una pizca de afecto en mi vida. Simplemente… no estaba listo para que volviera a odiarme.

Briar chasqueó los dedos.

—Recuerdo la pelea.

Mierda.

Dallas se lanzó hacia Briar, casi tropezando con Luca por las prisas.

—¿Qué recuerdas?

—Con Hazel.

Me desplomé un poco, odiándome por lo aliviado que me hicieron sentir sus palabras.

No recuerda ese día.

Hettie ayudó a Briar a enderezarse.

—¿Qué pasó?

—La eché. Espera… —Briar negó con la cabeza—. No fue una pelea. No, no. Había un chico conmigo. Él era… —Frunció el ceño,

concentrándose en la puerta de madera—. Era mi novio. Se llamaba Grant.

Grant merecía una tumba sin nombre, seis metros bajo tierra, solo por haber respirado el mismo aire que Briar alguna vez.

—Grant. —Los ojos de Dallas brillaron, irradiando pura diversión—. Qué interesante. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Briar se llevó la mano a la nuca, con los ojos entrecerrados, tratando de entender la revelación.

—Mucho tiempo, creo.

—Bueno, ya basta de vuestras estupideces —gruñí, metiéndome entre el grupo de mujeres y apoyando una mano en la parte baja de la espalda de mi falsa prometida—. Cariño, vámonos a casa.

—Está recordando cosas —protestó Dallas—. Estás interrumpiendo nuestro progreso.

—Tiene migrañas, y no recuerdo que el doctor Cohen haya mencionado nada sobre llevarla por todo el mundo para ayudarla a recuperarse. Necesita descanso.

—Estoy tratando de ayudar.

Mostré los dientes, en una actitud claramente salvaje.

—Todo lo que tocas se vuelve radiactivo.

—Quiero recordar. —Briar se apartó de mí y me fulminó con la mirada—. Sí, me duele la cabeza, pero esto es vital. Desde que desperté del coma siento que ha pasado una eternidad y no he avanzado nada. No sabes lo que es no tener recuerdos. Mis recuerdos soy yo.

—Sigues siendo tú, Mimitos. Divertida, inteligente y hermosa.

—Y perdida, desorientada y frustrada. ¿Por qué no quieres que mis recuerdos vuelvan tanto como yo? Es nuestra historia de amor lo

que he olvidado.

—Sí quiero.

No, no quiero.

En cuanto recupere la memoria, se irá. Y yo no podré seguirla. No sin romper la promesa que le hice a Seb.

¿Y por qué, exactamente, la seguirías, imbécil? No es tuya. De hecho, te odia.

—No te creo.

Se giró hacia la puerta antes de que pudiera responder, recorriendo la madera pintada como si eso pudiera darle las llaves del pasado.

—Grant fue mi novio durante mucho tiempo. Dos, tal vez tres años.

La revelación me atravesó el pecho como si alguien me hubiera clavado una espada y echado lejía sobre la herida abierta. No tenía derecho a sentirme mal, después de todo lo que le había hecho pasar. Y aun así… En quince años, nunca había logrado superarla. Nunca tuve una relación que durara más de dos horas, mucho menos dos o tres años.

—Solo intento ayudar —expliqué, viendo cómo su ceño se fruncía más al mirarme—. El doctor Cohen dijo que evitáramos cualquier cosa que pudiera alterarte.

—Espera, ¿cómo has llegado tan rápido? —Sus ojos iban de mí al pasillo y luego a sus «secuestradoras», como si ellas tuvieran todas las respuestas.

Guardé el teléfono en el bolsillo, dado que ya no necesitaba que Dallas respondiera mis malditas llamadas.

—En mi avión privado.

—Oliver, esto es absurdo. ¿Por qué no has llamado?

—He llamado. Os he llamado a todas apenas me enteré de que estabais aquí. Ninguna me ha contestado.

—Oh. —Briar sacó su teléfono nuevo del bolsillo, y parpadeó al ver las cien llamadas perdidas—. El mío todavía estaba en modo avión.

Farrow se encogió de hombros mientras se quitaba tierra de debajo de la uña.

—El mío siempre está en silencio.

—No tienes mi número —intervino Hettie—. Solo soy la humilde cocinera de tu amiga.

—Recibí tus llamadas. Pero las ignoré. —Dallas besó la cabeza de Luca y volvió a mirar a Briar—. Entonces, ¿qué más recuerdas?

—Hay una sala común aquí con una mesa de billar. —Señaló por encima del hombro—. Quiero ir a verla. Creo que recuerdo algo importante que pasó allí.

—Aww. —Dallas movió las cejas—. ¿Tú y Grant haciendo cosas prohibidas sobre la mesa?

—No, tiene que ver con Hazel.

—¿Por qué no llevas a Briar a verla, Hettie? —Farrow se aferró a los codos de ambas y las empujó suavemente—. Así Dallas, Oliver y yo podemos matarnos tranquilamente mientras aprovecháis el tiempo que nos queda aquí antes del vuelo de regreso.

Observé cómo Hettie guiaba a Briar por el pasillo, negándome a apartar la vista hasta que el último átomo de ella desapareció de mi campo visual. Algo nauseabundo se agitaba en mi estómago. Tenía que detener esta mierda. Briar y yo habíamos terminado en el momento en que traicioné a mi familia. Necesitaba ayudarla a recuperarse, y luego no volveríamos a vernos nunca más. Al menos

eso le debía. El nudo violento que se apretaba dentro de mí solo podía ser culpa y preocupación por su salud. *Nada más.*

En cuanto Briar y Hettie quedaron fuera de alcance, Dallas se giró hacia mí con la boca abierta, y por primera vez no era para meterse un pastel entero sin cortar.

—Mierda, Ollie. —Se llevó una mano al pecho—. Estás enamorado de ella.

—Eso es ridículo. —La fulminé con la mirada—. No estoy ena… Es complicado. Nos conocemos desde que usábamos pañales. Estoy *preocupado* por ella, ¿sí?

Dallas se acarició el mentón, pensativa.

—Nunca pensé que fueras capaz de preocuparte por algo que no fuera el próximo hueco para tu pene.

—Pues sí, hay gente que lo hace —murmuré.

—No es tu caso. —Farrow deslizó el dedo por su teléfono sin molestarse en mirarme—. Fuiste programado como un imbécil anticuado. No creí que tuvieras esas funciones.

Dallas sonrió radiante.

—Debe ser una nueva actualización de software, ¿no?

Farrow hizo un gesto con la mano para cortar el chiste.

—Esa última analogía ha sido excesiva.

Dallas suspiró.

—Las bromas internas son como las galletas recién horneadas con virutas de chocolate. Nunca sabes cuándo parar.

Sin Briar presente para presenciar esto, me giré hacia ellas, con las manos en la cintura.

—Hora de dejar las tonterías. Os habéis pasado de la raya. Y mucho.

Fae hizo una pausa y dejó el dedo suspendido el tiempo suficiente para resoplar.

—¿Ah, sí?

Dallas acunó a Luca en sus brazos.

—Me pediste que ayudara a Briar. La estoy ayudando. Si dependiera de ti, no recuperaría la memoria en otra década.

Eso sí es una buena idea.

Me pasé la mano por el cabello.

—No debisteis sacarla de mi propiedad, y mucho menos llevarla a otro estado. ¿Entendéis lo delicada que está? Esto no es un maldito juego. ¿Y si me hubiera necesitado?

—Parece que te necesitó mucho durante su vida, y no estuviste ahí. —Fae me miró entrecerrando los ojos mientras guardaba el teléfono—. No finjas que ahora de repente te importa.

Tenía razón, por supuesto. Esa era mi vergüenza eterna. Pero con ella en Europa y con una prohibición autoimpuesta de buscar información sobre ella, había logrado empujar la culpa a la periferia de mi mente. Ahora que estaba frente a mí —deslumbrante, hermosa y adorable hasta el maldito extremo—, yo necesitaría sufrir amnesia para alejarme.

Me humedecí los labios y respiré hondo.

—Esta es la última vez que os lleváis a Briar a algún lado sin mi permiso. He tenido que abandonar una maldita reunión de la junta para estar aquí.

—¿De qué estás hablando? —resopló Dallas—. Eres como yo. Nunca has conocido un trabajo, mucho menos tenido uno.

Mierda. La verdad se me escapó como una fotopolla enviada por accidente a un chat grupal entre un montón de archivos adjuntos.

(Lección aprendida: enviar una foto a la vez).

Dallas y Farrow me miraron fijamente, esperando una explicación.

Un músculo me palpitó en la mandíbula.

—No creo que me conozcáis cuando se trata de esta mujer.

—No creo que te conozcamos en absoluto —coincidió Farrow—. Estoy empezando a ver que tienes un trabajo, que no eres tan tonto y que eres capaz de tener sentimientos.

Este no era el momento de hablar de mí.

—Volved a hacer una mierda como esta con Briar una vez más, y haré que la vida de todos en Dark Prince Road sea un infierno. No me llevéis la contraria cuando se trata de esta mujer. No la pongáis en riesgo. No toméis decisiones estúpidas ni imprudentes. Ella está bajo *mi* tutela. Es *mi* responsabilidad. *Yo* debo protegerla. —Las miré a ambas—. ¿Está claro?

Dallas y Farrow intercambiaron miradas. Nunca me habían visto así. Yo tampoco me había visto así. Ni siquiera sabía que tenía dentro de mí la capacidad de preocuparme tanto.

Pero cuando me di cuenta de que se la habían llevado, lo único en lo que podía pensar era en los «¿y si…?».

¿Y si le daba miedo volar? ¿Y si se sentía sola? ¿Y si el avión se estrellaba? ¿Y si alguien decía algo que la ofendiera? ¿Y si no recordaba nada y se iba decepcionada? ¿Y si lo recordaba todo y yo no estaba ahí para abrazarla?

Finalmente, tras un momento de silencio, una sonrisa empalagosa apareció en el rostro de Dallas. Sonrió como si supiera algo que yo no.

—Clarísimo.

—Claro. —Farrow volvió a concentrarse en su teléfono—. Sigue mintiéndole. Eres el único que cree que lo haces por su propio bien. Pronto recordará por qué dejasteis de hablar.

—Bueno. —Dallas se sacudió las manos—. ¿Ahora qué?

—Ahora… —ya había comenzado a avanzar por el pasillo hacia la sala común, dondequiera que estuviera— voy a recuperar a mi prometida y largarme de aquí.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Briar

Número desconocido: Advertencia justa: tu chico ha pasado como treinta minutos yendo y viniendo por este lugar, revolviéndolo todo, como si fuera a encontrarte debajo de la cama del perro de Geezer.
Briar Auer: ¿Seb?
Seb vB: El único e inigualable.
Briar Auer: No pierdas mi número, porque no puedo garantizar que no me tire del avión con tu hermano.
Seb vB: Apunta al Misisipi, si quieres. Dicen que el *E. coli* está hermoso y bien tóxico en esta época del año.
Seb vB: Prometiste que ibas a volver a visitarme.
Briar Auer: Lo prometí. Y lo haré.

CAPÍTULO CUARENTA

Briar

—¿Esto es realmente necesario?

Irrumpí en la cabina del *jet* privado de Oliver, agitando un pequeño vial con polvo blanco dentro. La rabia por la escena que había montado en Baylor me hacía hervir la sangre. No me molesté en moderar mi temperamento.

Diez minutos más y habría tenido un avance. Lo sabía.

Tan. Malditamente. Cerca.

Ya recordaba más de lo que esperaba antes del viaje.

Mi compañera de cuarto. Mi novio. Mis carreras. En plural. Marketing y filosofía. Mi bebida favorita: capuchino con leche de almendras. Tequila cuando salía de noche. #TeamOasis, no Blur. Jennifer Aniston antes que Brangelina. Tomaba el whisky solo y pasaba los fines de semana haciendo voluntariado en refugios. Debí haber leído la biografía de Steve Jobs unas diecisiete veces antes de perderla en el río Brazos.

Oliver echó un vistazo a la bolsita desde el asiento del piloto, pulsando uno de los cientos de botones frente a él.

—Sí, lo es.

Levanté las manos, cuidando de no derramar el narcótico que fuera que había metido ahí dentro.

—No nos vas a llevar de regreso a casa volando drogado hasta las cejas.

¿Con qué clase de hombre vivía?

—¿Drogado? —Apartó la vista del cielo nublado—. Mimitos, eso es harina sin gluten. La llevo a todos lados porque los restaurantes son un desastre con los celíacos.

El calor me subió de golpe a las mejillas. Lo sabía. Claro que lo sabía. Lo recordaba de antes. Los chefs de la casa del lago preparaban platos por separado, solo para él.

—Perdón. —Solté un pequeño suspiro y, con él, una mínima fracción de mi enfado—. Pero sigo molesta contigo.

—Lo sé. —Se encogió de hombros mientras accionaba otra palanca—. No es que tengas motivos. Te he salvado de esa gente.

—¿Esa gente? Adoro a mis amigas.

—Técnicamente, apenas las acabas de conocer —señaló—. Y tienes que admitir que Dallas es… intensa.

—¿Intensa en qué sentido?

—En todo. Literalmente en todo.

—No estoy de acuerdo. Me encanta su personalidad.

—¿Cuál de todas? Tiene muchas. —Ajustó el acelerador y el compensador, manteniendo la velocidad de crucero—. No sé cómo Romeo conserva la cordura. Aunque, viendo cómo se comporta en cuanto su mujer entra en una habitación, estoy bastante seguro de que ya no la tiene.

Otro dolor de cabeza me atravesó el cráneo. Me sujeté las sienes con ambas manos y apreté fuerte, como si la cabeza fuera a separarse del cuello si no la sostenía. Se me escapó un quejido.

Me tambaleé detrás de su asiento.

—Necesito sentarme.

Se levantó y me guio hasta el asiento del copiloto.

—Ven, siéntate a mi lado.

Levanté una mano, sabiendo que iba a echarle la culpa a las chicas.

—Estaré bien. Se me pasará pronto.

Si no estuviera luchando contra un terremoto de 9,5 dentro del cráneo, probablemente estaría emocionada por estar en una cabina por primera vez. En cambio, se me escapó otro quejido áspero.

—¿Ves? A esto me refiero. —Oliver hizo rechinar los dientes—. Maldita Dallas. Los *jets* privados vuelan más alto que los aviones comerciales. La altitud es terrible para tus dolores de cabeza. Toma, te he traído Advil. —Sacó un par de cápsulas verdes del bolsillo y me las dio con agua.

Me las tragué haciendo una mueca.

—¿Por qué los aviones privados hacen eso?

—Aire más ligero. Menos congestión. Más eficiencia de combustible. —Activó el piloto automático y me prestó toda su atención mientras me frotaba la espalda en pequeños círculos—. Cuanto más alto vuelas, menos combustible consumes. Y como los *jets* privados son más ligeros que los comerciales, tenemos una mejor relación entre empuje y peso.

—Eso no es conocimiento común.

—No, Dallas no sabría eso. Sabe lo justo, y ni siquiera tiene la gracia de un crío.

—Estás siendo bastante desagradable.

—Se suponía que debía mantenerte a salvo. —Si esto fuera un dibujo animado, le saldría vapor por las orejas—. Rompió la promesa que me hizo. No tengo respeto por la gente que no cumple sus promes…

El resto de la frase murió en su garganta. Quise preguntarle a qué se refería, pero no lograba concentrarme.

—Me duele muchísimo la cabeza —dije con una voz que venía del fondo de mi garganta—. Espero que no haya turbulencias.

—Estás de suerte. Muy poca lluvia o nieve alcanza los 45.000 pies. Tendremos un vuelo sin turbulencias. —Movió la lengua dentro de la boca—. Pero siempre las podemos crear nosotros.

—Cállate, Ollie. Sigo enfadada contigo.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros y volvió a hacer una pausa—. Para dejarlo claro… ¿estás enfadada porque aparecí en tu pequeña gira de chicas o porque tenemos un *jet* privado?

Buena pregunta.

Para ser sincera, su llegada sorpresa no me había enfadado tanto. Hasta era romántica…, si pasabas por alto todas las banderas rojas como para llenar un carnaval.

Podía ver la preocupación filtrándose en los surcos profundos de su frente cuando lo encontré paseándose fuera de mi dormitorio. Un brazo cruzado, el otro puño apoyado bajo la barbilla, y el golpeteo pesado de sus pasos contra el suelo laminado. Podría haber sido el cartel publicitario de la abstinencia a la nicotina.

Ayudaba que él tuviera razón.

No debería haber hecho un viaje espontáneo de punta a punta del país. El doctor Cohen no había autorizado ningún viaje. De hecho, había insistido en que descansara mucho en casa.

—Supongo que por el *jet* privado —murmuré, aunque eso tampoco sonaba del todo correcto.

Esa furia latente seguía hirviendo en mi sangre desde que desperté del coma. Bastaba la chispa más pequeña para hacerla estallar. En algún lugar profundo de mi mente, yo sabía que estaba furiosa con mi prometido.

Me masajeé las sienes, apartando la incertidumbre antes de perder la cabeza por el dolor punzante.

—¿Con qué frecuencia vuelas en esta cosa?

Saber que teníamos un *jet* privado me producía emoción y náuseas a partes iguales. No le tenía miedo a volar, no había sentido ese revuelo incómodo en el estómago al despegar, y sin embargo… había algo que no me encajaba. Me preguntaba por qué.

—Más a menudo que no —dijo Ollie, apagando el piloto automático y volviendo a poner las manos en los mandos—. Trato de hacer al menos diez horas por semana. Me calma. Me mantiene despejado.

Me removí en el asiento del copiloto, tratando de acomodarme.

—Es horrible para el medioambiente.

—Hasta donde sé, Dallas te trajo aquí en un *jet* privado, no en una escoba. —Me miró de reojo—. ¿Puedo asumir que ella no tuvo que aguantar el mismo discurso estilo Greta Thunberg?

—Correcto. —Eché la cabeza hacia atrás, mirando los controles de iluminación—. Es mi amiga. Algún día espero lograr que entre en razón…

—Suerte con eso.

—Pero tú eres mi futuro esposo. Deberíamos tomar las decisiones importantes juntos —dije y levanté las manos—. Y andar por el mundo generando la huella de carbono de tres presidentes es una locura.

—¿Tres presidentes? Eso es exagerar. —Infló las mejillas—. Esos tipos vuelan de campo de golf en campo de golf si el sol se pone muy rápido.

Me abaniqué las mejillas con la mano. Podríamos haber cocinado un huevo dentro de la cabina: un contraste brutal con el interior, que parecía un congelador.

—No te pases de listo. —Me subí las mangas hasta los hombros—. No hay excusa para lo que le estamos haciendo al medioambiente, Oliver.

Los ojos de Ollie se detuvieron en la piel descubierta de mis brazos. Se tensó, siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Evidentemente te olvidaste de todos nuestros viajes a Martha's Vineyard y de las tablas de embutidos que devorabas junto al muelle. Hiciste quedar a Dallas como si hubiera inventado las huelgas de hambre.

—Esto no tiene gracia.

Enganché un dedo en el cuello de mi camiseta y tironeé para poder abanicarme por ahí.

Dios, ¿por qué hacía tanto calor?

—¿Está roto esto? —Mis manos flotaron sobre las rejillas del aire —. Tenemos que empezar a volar en aviones comerciales.

Agarré el bajo de la camiseta y la subí hasta debajo del pecho, metiéndola dentro del sujetador. Ollie apartó la vista de las nubes y

me miró.

Tragó saliva y su voz se volvió más áspera.

—Tienes que dejar de hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque me cuesta mantener la vista al frente, y me gustaría mucho que lleguemos sanos y salvos a casa.

Resoplé.

—No es nada que no hayas visto antes. Ni siquiera se me ve el sujetador.

Su garganta se movió al tragar saliva.

—¿Y si te dijera que cada vez contigo es como la primera vez?

—Entonces te diría que ojalá no sea igual para mí, porque la primera vez que dormimos juntos parecía que fueras esa máquina que corta embutidos… pero con mis órganos internos.

Oh, mierda. Me di cuenta de que recordaba esa noche. En París. En mi cumpleaños. Philomena y Jason me habían dejado plantada, y Oliver me salvó el día llevándome en tren. El tatuaje. Bailar en las calles. Tomar vino como si no hubiera un mañana. Orgasmos torpes sobre sábanas de hoteles.

Ollie se llevó una mano al pecho.

—Es lo más bonito que alguien me ha dicho en la vida.

Me reí, a mi pesar. Se suponía que esta era una conversación seria.

Con razón me volví coordinadora de intimidad, pensé, todavía con París en la cabeza. Si cada vez que hacíamos el amor era tan intenso como esa noche, seguro que no podrían sacarme del dormitorio. De pronto, ya quería recuperar mis recuerdos por otra razón: meterme en la cama con mi prometido.

Las nubes cubrían el camino bajo nosotros como almohadas esponjosas. Algo me vino a la cabeza mientras atravesábamos el cielo.

—Oye —exclamé frunciendo el ceño—. Soy ambientalista.

Eso tenía que ser la razón del nudo en el estómago que no se deshacía.

—¿No soy jodidamente afortunado? —murmuró, casi inaudible—. Esto cada vez mejora más.

—No —dije y negué con la cabeza, levantándome de golpe, con energía como para enfrentarme a un olímpico—. O sea, soy una ambientalista activa. —La adrenalina me zumbaba en el pecho—. Voy a manifestaciones cuando quieren demoler parques y bosques. Solo uso productos ecológicos y escribo cartas a mis representantes.

Standing Rock. La huelga climática. Keystone. Berlín. Cientos de miles de personas. Discursos. Cantos. Marchas. Música. Poemas. Esperanza.

Mi corazón latía en mis oídos. Me tambaleé, sin querer luchar contra los recuerdos, aunque las náuseas amenazaban con tumbarme. Me aferré al reposabrazos y me forcé a enderezarme.

—Y… y… abrazo árboles.

Un suspiro cansado se le escapó entre los dientes.

—Claro que sí.

—¿No te gusta eso de mí? —Lo miré, desconcertada—. Esto es… como mi misión de vida. Me importa muchísimo el medioambiente.

¿Oliver pensaba que iba a despertar del coma y convertirme en otra persona? Tenía que saber lo que opinaba de los *jets* privados. ¿Por qué lo ignoraba?

Claro, él tenía su propia autonomía. No podía exigirle que renunciara a todo porque nuestras pasiones no coincidieran. Pero sí esperaba que me respetara lo suficiente como para no subirme a aviones privados.

Lo entendía por mi lesión. Pero antes del coma… La idea me revolvió el estómago: que alguna vez hubiera abandonado mis valores por un hombre. Un hombre que me salvó de niña, sí, pero un hombre al fin.

No recordaba mucho de mí, pero sabía, sin duda, que detestaba a los maridos que daban órdenes a sus mujeres sin tener en cuenta sus deseos. Para mí, un matrimonio basado en la obediencia no es un matrimonio: es una cárcel.

—¿Y qué tal si te apasionas por viajes a las costas italianas y francesas para ir de compras? —dijo Oliver, preparándose para descender—. Es un hábito sostenible para nosotros, y así conservo mi afición de volar. Ganamos todos.

Arrugué la nariz.

—Eres horrible.

Guiñó un ojo.

—¿Horriblemente sexi?

—Horriblemente horrible.

—Solo estaba comprobando el ambiente. —Se mordió la mejilla por dentro mientras me miraba.

—Helado. Y a punto de ponerse peor.

No solía ser grosera sin motivo. Sabía que los von Bismarck tenían una flota de aviones. Demonios, la familia de Romeo los fabricaba… y también cazas, tanques y probablemente armas nucleares. Difícil

de digerir, pero me habría acostumbrado. Entonces, ¿por qué estaba tan molesta?

Porque no son solo los aviones, dijo una voz en mi cabeza. *Es el bistec que te sirvió. Los mariscos que te ofreció Dallas. La pelea que no te cuenta. El niño que considerabas tu hermanito, aislado en un ala abandonada de un castillo frío y gigante que no se siente como un hogar.*

—¿Y qué quieres que haga? —Oliver se pasó la lengua por sus dientes perfectos—. ¿Que deje de volar?

Sí. Pero ni yo misma creía que fuera razonable. La verdadera pregunta era: ¿cómo podía el hombre que amo preocuparse tan poco por el mundo que dejaremos a nuestros hijos? A menos que… Mi corazón se detuvo un segundo. Me llevé una mano al pecho.

—Ollie.

—¿Ahora qué? —murmuró. ¿Acaso nos llevábamos bien siquiera?

—¿Hemos pensado en tener hijos?

Había evadido esa pregunta en la cena. Hoy no lo haría.

Me lanzó una mirada imposible de leer. Otra vez me sentía confundida. Habíamos hablado de formar una familia desde nuestra primera cita. Él sabía lo que yo quería. No había manera de que nos hubiéramos comprometido sin hablar sobre eso. Así que no tendría por qué tener un nudo gigante en la garganta.

—A mí me da igual. —Se encogió de hombros sin mirarme—. Lo dejo en tus manos.

—Pues yo sí los quiero. Pero tú ya lo sabes.

—Perfecto. Prometo trabajar duro para que pase.

—¿No te importa el mundo que les vamos a dejar?

Entrecerró los ojos y miró hacia las nubes.

—¿No está Elon colonizando Marte?

¿Elon? ¿Se llamaban por el nombre? ¿Era amigo del tipo? Olvídalo. Mejor no saberlo.

—¿Y si así fuera?

—Les compraremos unos terrenos. Estarán bien.

Negué con la cabeza.

—Esto es absurdo.

—Eh, eh, todavía ni siquiera hemos visto la lista de precios.

—¿Y qué va a hacer la gente que no es lo suficientemente rica como para comprarse un lugar en Marte?

Los ojos claros de Oliver se llenaron de algo peligrosamente parecido a fastidio, aunque mantuvo la voz ligera.

—Cariño, apenas me importa la vida de mis mejores amigos. Pretender que me importe la de desconocidos hipotéticos del futuro ya es mucho pedir.

Apreté los labios, conteniendo un grito.

—De verdad no sé por qué nos gustamos.

Podría pensar que nos quedamos juntos desde que éramos novios de la infancia, pero el hueco de cuatro años en la universidad demostraba lo contrario.

—Encantado de hacerte una demostración cuando recuperes la memoria —dijo con tono arrastrado, mientras movía los dedos por un montón de botones que estoy casi segura de que presionaba solo para distraerme.

—¿Alguna vez piensas en cosas que no sean sexo?

—Rara vez. Y no por voluntad propia.

—No puedo creer que ya estés en tus treinta.

La verdad, yo tampoco podía creer que este fuera el mismo Oliver von Bismarck del que estuve enamorada cuando era niña. ¿Qué le había pasado? Aunque sospechaba la respuesta: Seb.

—Yo tampoco. —Ajustó los controles—. Créeme.

El suave rugido del motor zumbaba, acompañado por las ocasionales confirmaciones del control aéreo. El silencio se extendió entre nosotros. Uno incómodo, tenso. No el silencio de una relación sana y estable.

—Entonces… —Oliver se aclaró la garganta, retomando la conversación de la nada—. Supongo que no vas a ir a la inauguración oficial del centro de esquí artificial del Grand Regent en Palm Springs.

Giré la cabeza hacia él, horrorizada.

—Eso es un desierto.

—Hasta que se convierta en playa dentro de treinta años.

Sentí que la mandíbula se me desencajaba.

—¿De quién fue esa idea?

Se señaló a sí mismo.

—Ollie.

—Mimitos.

—¿Dónde estaba yo cuando pasó eso?

—Probablemente montando sobre mi polla. No me canso de ti, y siempre me llevas al punto del delirio.

Exhalé con exasperación.

—Tengo la sensación de que somos tóxicos juntos.

Me guiñó el ojo.

—El infierno y el cielo son la misma experiencia a distintas temperaturas.

Me dejé caer en el asiento, sin preocuparme por ocultar mi mal humor.

—¿Qué otros planes para destruir el mundo tienes que deba saber?

Mantuvo los ojos fijos en el cielo al frente. El leve movimiento de sus fosas nasales fue la única señal de que me había oído.

—Ninguno que se me ocurra.

Me mordí el labio inferior.

—De verdad necesito recuperar mis recuerdos, ¿no?

—Sin prisa. Te esperaré —apretó con fuerza el mando—. Aunque muera en el proceso.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Oliver

Romeo Costa: ¿Qué es eso que ando escuchando de que Oliver salió corriendo a Texas para ir a por su prometida falsa como si tuviera esas molestas cosas llamadas sentimientos?
Ollie vB: Tiene amnesia. No está nada bien. Y tampoco lo está tu esposa, por cierto, y ella no tiene una conmoción como excusa.
Zach Sun: ¿Desde cuándo eres una persona altruista?
Romeo Costa: ¿Desde cuándo es una PERSONA? ¿Ahora ya lo estamos humanizando?
Zach Sun: ¿Y qué quiso decir Farrow con que tuviste que «salir antes del trabajo» para ir hasta allí? Tener sexo no es un trabajo, Oliver. A menos que por fin hayas abierto una página de OnlyFans.
Ollie vB: @RomeoCosta, tu mujer se pasó de la raya, y vamos a hablar seriamente de eso.
Romeo Costa: Aquí estoy, temblando del miedo.
Ollie vB: Cuando vengáis mañana otra vez a cenar, es jodidamente vital que no hagáis nada estúpido.
Zach Sun: ¿Como qué?
Ollie vB: Como hablar, por ejemplo. Solo respirad y sonreíd.
Zach Sun: Escuché que ya está empezando a recuperar la memoria. Malas noticias para ti.
Ollie vB: No tanto.

Romeo Costa: ¿Por qué?
Ollie vB: Es una ambientalista vegetariana que no me deja en paz. Creo que tal vez sí fue solo una cosa de adolescentes lo que hizo que el Oliver niño se enamorara de ella.
Zach Sun: No te creo ni un poco.
Zach Sun: Sigues perdidamente enamorado de esta mujer.
Romeo Costa: Coincido.
Ollie vB: Comportaos mañana por la noche, cabrones.
Romeo Costa: Ya veremos.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Briar

Me escondí en el lago.

En cuanto nos detuvimos en la entrada, me disculpé, salí disparada desde la sala hasta la terraza y corrí hasta la orilla del agua. Trio y Geezer me siguieron de cerca, pidiendo atención.

Por primera vez, Oliver no intentó acompañarme. Supongo que él también se sentía abrumado.

Con *nosotros*.

Sabía que tenía amnesia, pero algo me inquietaba. Esa conexión natural de nuestra juventud —como una marea que va y viene, pero siempre está ahí— ya no existía.

Tal vez eso venía con crecer y descubrir quiénes éramos. Tal vez el amor cambiaba con la edad y dejaba de ser llenar vacíos para convertirse en construir algo completo.

O tal vez el amor cambiaba cuando dejaba de ser una necesidad y pasaba a ser una elección.

Aun así, no podía sacudirme esa sensación persistente de que estaba enfadada con él.

Un caleidoscopio de azules, morados y rosas rebotaba en el reflejo del lago. Avancé tambaleándome por el muelle de madera. Al final, dos sillas miraban hacia la extensión de agua cristalina.

Me di cuenta de que eran para Ollie y Sebastian.

Me acerqué poco a poco, deseando y temiendo encontrar ahí a Seb. Quería sacarle respuestas. Saber cómo estaba mentalmente. Pero, a la vez, también necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos.

Geezer jadeaba, rezagado. Lo levanté en brazos y me acomodé su monopatín bajo el brazo. Trio salió disparado sin nosotros, veloz como un rayo pese a que le faltaba una pata.

Saltó de una silla a otra, dándome la respuesta.

Sebastian no estaba ahí. No habría interrogatorio. No habría respuestas.

Tenía sentido. Para que nadie lo viera, Seb solo podía salir de su ala en plena madrugada.

Oh, Seb. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste que el sol tocara tu piel?

Cuando Trio se acomodó en una silla Adirondack, apoyé el monopatín contra un poste y me senté en la otra, colocando a Geezer junto a mí. Las olas suaves susurraban contra los pilotes. El viento silbaba entre el muelle y el acantilado al otro lado del lago, y me daba escalofríos.

Me bajé la camiseta del sujetador, acomodé las mangas y abracé mis rodillas contra el pecho. Este lago no se comparaba con la grandeza del lago Lemán. Aun así, podía verme a mí y a Oliver ahí, besándonos en el césped junto a la orilla, peligrosamente cerca de darles un espectáculo a los vecinos.

En cuanto ese recuerdo golpeó mi cabeza, cerré los ojos con fuerza y apoyé la frente en el respaldo. El dolor comenzó a formarse como una tormenta oscura en el horizonte.

El dinero. Perdido. Convertido en polvo y mentiras.

Geezer cojeó hasta el muelle. Pronto, él y Trio corrían en círculos, ladrando y jugando, ajenos a mi lucha interna.

La caminata de la vergüenza. Dedos señalándome. Susurros crueles. Lágrimas calientes.

El recuerdo me rozaba la mente, lamiendo sus bordes antes de alejarse, fuera de mi alcance.

Lluvia. Rejas de hierro. Lágrimas. Muchas lágrimas.

Perseguía los recuerdos como en una maratón sin línea de llegada. Había algo monumental en ellos. Como si, en el momento en que se desplegaran por completo dentro de mí, mi vida fuera a cambiar.

—Dios…

La migraña me venció. Me doblé, apenas alcanzando a colgar la cabeza sobre el borde del muelle para vomitar los últimos *beignets* en las olas acogedoras. Cuando mi estómago quedó vacío por completo, me dejé caer boca arriba, mirando fijamente las nubes con forma perfecta.

Una rosa de tallo largo. Un corazón. Un anillo de diamantes.

Cosas que deberían haberme hecho feliz.

En lugar de eso, me sentía vacía.

No. No vacía.

Enfadada.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Briar

La tormenta dentro de mí se negaba a ceder.

Retumbaba entre mis costillas, oscura y turbulenta, mientras regresaba a casa una hora después, procurando ocultar mis emociones. Si las liberaba, nos ahogarían a todos, pesadas y sofocantes, como nubes tercas aferradas a su forma.

Oliver me encontró en el vestíbulo. Él también acababa de entrar a la mansión, al parecer, después de haber ido a correr. Si notó la tempestad dentro de mí, no hizo ningún comentario.

Una gota de sudor le resbaló por la sien hasta caer sobre su camiseta sin mangas empapada. Se limpió la frente con el borde de la tela, dejando al descubierto sus abdominales definidos y una profunda V. Podría pasar por un semidiós. El guiño que me lanzó después de sorprenderme mirándolo me dijo que él también lo sabía.

De pronto, una idea me embistió, casi derribándome con el peso de su estupidez. Era horrible, brillante, mezquina y, quizá, lo único capaz de calmar mi tormenta.

—Vaya, vaya. —Oliver sonrió con sorna, haciendo una pausa para beber agua—. Si no es mi guerrera climática vegetariana personal.

Dejó la botella sobre la isla de la cocina al pasar, recorriéndome el cuerpo de arriba abajo con la mirada.

—Vaya, vaya. —Imité su gesto, deslizando los ojos por su cuerpo —. Si no es mi maniático sexual desempleado personal.

Se llevó una mano al pecho.

—No me digas que me has buscado en internet.

—Sí lo he hecho. —Sonreí mientras seguía sus largas zancadas. Intenté no soltar una carcajada cuando casi tropieza al escuchar mi respuesta. Le tranquilizaría saber exactamente lo que descubrí, y justo por eso no pensaba decírselo—. Ni una sola mención a mí. ¿Normalmente me escondes en el ático?

—Jamás. —Exhaló un suspiro dramático—. Ahí guardo a mis amantes. No, a ti simplemente no te gusta la atención.

—A ti tampoco.

Eso no significaba que no la tuviera ya. La gente lo miraba quisiera o no. Venía incluida con tener un nivel de atractivo más propio de un imán.

—¿Pedimos comida? —Se colgó una toalla del hombro—. ¿O es demasiada huella de carbono contratar a un repartidor para que nos traiga la cena aquí?

Me pregunté si las mujeres que vinieron después de mí pensaban que podían cambiarlo. Seguro que sí. Oliver von Bismarck era rico, guapo y divertido. Debía tener suficientes mujeres persiguiéndolo como para montar un equipo de futbol en cualquier momento.

—Pedir comida está bien —lo desestimé, con una sonrisa despreocupada—. ¿A dónde vas?

—A la ducha.

—Qué coincidencia. Estoy planeando hacer yoga caliente en el baño. Te acompaño.

Por instinto, me recorrió con la mirada antes de apartarla.

—No creo que sea buena idea.

Subimos juntos las escaleras hacia el dormitorio principal. Me aseguré de rozarle el brazo, aunque él me daba espacio suficiente para mantenerse alejado.

—Entonces tendremos que admitir que no estamos de acuerdo. —Le robé la toalla y me limpié la nuca—. Me encanta el vapor de la ducha. Me ayuda a respirar mejor, y tu presencia no va a interrumpirme.

—Tú me vas a interrumpir.

—Sobrevivirás, cariño. —Le di una palmada en los glúteos con un guiño.

Dio un salto y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Acabas de darme una palmada en el culo?

—Sí. ¿Por qué? ¿Te he hecho sentir incómodo?

Negó con la cabeza, casi boquiabierto.

Entramos al baño principal.

Podía notar que Oliver quería protestar cuando entré con él, pero le dejé sin palabras en cuanto me quité la camiseta y el sujetador, para después bajarme los vaqueros y la ropa interior de un tirón.

Las prendas salieron volando contra la pared cuando las pateé.

Oliver se quedó frente a mí, mirándome embobado durante al menos sesenta segundos seguidos.

—¿Te está dando un infarto? —Moví los dedos de los pies dentro de mis calcetines blancos altos y estiré los brazos sobre la cabeza,

arqueándome con un bostezo. Como yogui devota, mi flexibilidad rivalizaba con una cuerda elástica—. Si es así, no te va a molestar que te mande a urgencias con alguien del personal, ¿verdad? La hora punta es horrible.

—Bueno… ¿no soy un hombre con mucha suerte por haberte conquistado? —murmuró, mientras el bulto en sus pantalones grises crecía segundo a segundo.

—El más afortunado —dije, estirando la mano para pellizcarle la mejilla, sabiendo que lo odiaba—. Métete en la ducha. Tengo hambre.

Como no se movió, le di la espalda y bajé a posición de perro boca abajo, regalándole una vista perfecta de mi trasero y mis piernas.

Aspiró con fuerza detrás de mí, tanteó el borde del lavabo y se aferró con los dedos.

—Por Dios, Mimitos —su voz sonó ronca y desesperada—. ¿Estás tratando de matarme?

—¿Por qué? ¿Está funcionando?

El sonido que hizo parecía indicar que casi se ahogaba con su propia lengua.

—¿Mmm? —En un movimiento rápido, pasé a una plancha lateral, deslizando el pie derecho por el interior de mi pierna izquierda hasta el muslo—. ¿Has dicho algo?

Oliver no respondió mientras estiraba el brazo libre hacia arriba. De hecho, no se había movido desde que me había desnudado. Sin previo aviso, levanté la pierna derecha bien alto, ofreciéndole una vista directa de mi coño expuesto.

Mis pezones se endurecieron, tensos por el deseo. La humedad entre mis muslos seguramente brillaba, como una invitación abierta.

Oliver solo se quedó ahí, moviéndose incómodo de un lado a otro, tratando de no tocarse.

—Cariño, ¿puedes abrir la ducha? —Bajé hasta abrirme en *split*—. Ese vapor no se va a crear solo.

—Totalmente en desacuerdo. —Tragó saliva—. Hay tanto vapor aquí que mis pelotas están a punto de incendiarse.

De alguna manera, logró apartar la mirada y se quitó la ropa, esparciéndola por el suelo. Su cuerpo me hacía querer llorar. Mi centro latía, desesperado por ser llenado. Por ser tocado. Por ser devorado por ese hombre.

Era perfecto. Cada centímetro. Hombros anchos, brazos musculosos y un abdomen impecable.

Tropezó hacia la cabina de cristal y dejó la puerta entreabierta mientras batallaba con el grifo. El agua siseó al salir y empezó a llenar el baño de neblina. La condensación cubrió espejos y paredes.

Oliver apoyó el antebrazo en el cuarzo mientras luchaba por no agarrarse el pene. Estaba absurdamente duro y tenía la punta casi morada. Una perla perfecta de líquido ya coronaba la cabeza.

Sabía que mi plan sería fácil, pero no pensé que tanto.

—Puedes masturbarte, amor. No me voy a molestar. —Le guiñé el ojo y me puse en postura de media luna—. La verdad, yo también quiero tocarme.

Oliver gruñó de dolor y apretó su pene sin moverlo. Bajó la barbilla.

El agua bajaba por su figura imponente como una cascada, pasando por esos rizos rubios que me encantaba agarrar porque

olían a verano, a coco y al chico que amaba.

Se limpió el líquido.

—Esto es muy difícil para mí.

—Me doy cuenta. —Mi mirada bajó hasta su pene, que se adhirió a su abdomen como una sanguijuela cuando lo soltó.—. ¿Te molesta si acaricio al gatito?

—¿Eh… qué? —parecía aturdido. Distraído.

—Ya sabes… si pulo la perla. Aprieto el botón.

Parpadeó varias veces, a punto de explotar.

—Tienes sentido del humor.

Parecía sorprendido.

Ah, claro. Porque soy una ambientalista fría y amargada.

—Sentido del humor… y la libido de alguien que acaba de descubrir el sexo. Además, hago la mejor pizza del mundo. Pero eso ya lo sabes, futuro esposo. —Guiñé un ojo, señalando mi entrepierna —. ¿Entonces, puedo?

—Sí. Claro. Si eso es lo que quieres…

—Está haciendo un poco de frío fuera. —Me quité los calcetines—. ¿Puedo pasar? Prometo no tocarte. Respeto que no quieras tener sexo hasta que recupere la memoria.

—En realidad, tal vez no sea buena…

Ignoré sus protestas y entré a la enorme ducha. Cuatro cabezales elegantes salpicaban el techo. Giré una manilla al azar, una que nadie había usado, y activé el modo lluvia.

Con una sonrisa, me apropié del banco en la esquina y abrí las piernas, mostrándole todo de mí.

No solo estaba húmeda.

Estaba empapada.

No había forma de negar que ese hombre me parecía irresistible. Sin importar cómo me sintiera respecto a él, no podía negar la atracción.

Oliver dejó de protestar y de lanzarme miradas miserables. Se deslizó por la pared de azulejos y me observó. El agua se acumulaba en el borde de sus labios rosados y sobre las puntas de sus pestañas.

Tenía los ojos entrecerrados. Ebrio de deseo.

Su pene se balanceaba de arriba abajo, como un péndulo, desesperado por hundirse en algo. En mí. Quería sentirlo dentro. Entero.

Destellos de nuestra primera vez bailaron frente a mí.

Mis uñas clavadas en su espalda, incapaz de contenerme porque era tan grande. Tan grueso.

La deliciosa sensación de estar fundidos.

Llevé la mano a mi clítoris y empecé a masajearlo con el dedo índice, provocando mi entrada con el meñique. Mi vagina hacía sonidos hambrientos, lista para que el hombre frente a mí la conquistara.

Mis pezones estaban tan duros, tan sensibles, que el más leve roce del aire me hacía estremecer.

—Tu coño es tan hermoso —dijo con voz ronca, lamiéndose los labios—. Ojalá pudiera devorarlo.

—Puedes hacerlo. —Dibujé una sonrisa en mi clítoris con la yema del dedo—. Futuro esposo.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras volvía a apretar su pene con el puño.

—¿Qué me estás haciendo?

—Oye… —intenté mantener un tono tranquilo. Profesional. Para ocultar cuánto me afectaba. Estaba al borde del orgasmo. Solo por verlo mirarme mientras me tocaba—. Deberías enjabonarte. Ya sabes… para limpiarte.

Tomó una botella dorada de Guerlain y se echó dos chorros en las manos.

—Debería.

Sus dedos fuertes recorrieron sus hombros, espalda y pecho. Aceleré el ritmo en mi clítoris, usando la otra mano para formar una V con los dedos y abrir mis labios. Su pecho subía y bajaba cada vez más rápido.

Gruñó, algo parecido a un gemido.

—¿Te molesta si también limpio mi pene?

—No. —Mi voz salió espesa, melosa, muy distinta a mi propia voz —. La higiene es lo primero.

Mis caderas se movían al ritmo de nuestros latidos. Incluso desde el otro lado de la ducha, podía sentirlo. Su respiración caliente. Su pulso imposible. Sus ojos tocándome en cada parte donde se posaban.

Quería ahogarme en ese hombre y no volver a tomar aire jamás. Podía destruirme si quisiera. De hecho, casi perdí el hilo del plan. Mi propósito. La razón por la que lo había provocado.

La mano de Ollie se deslizó por su pene, desde la base hasta la punta.

—Deberíamos parar.

Aun así, se frotó con el pulgar la abertura en la punta, temblando de deseo, y con los ojos fijos en mí.

—No. —Aceleré—. Estoy muy cerca.

—No puedo. No puedo. —Oliver negó con la cabeza y se soltó—. No está bien. No puedo hacerte esto.

—Estoy muy cerca.

De verdad lo estaba.

Un jadeo profundo escapó de mí. Dibujé un círculo sobre mi clítoris antes de hundir dos dedos dentro. No sabía cómo explicarlo, pero esto era más intenso que cualquier sexo que hubiera tenido y fuera a tener. Solo saber que Oliver estaba ahí. Frente a mí. Perdiendo la cabeza por mí.

Era todo lo que siempre había querido.

Todavía lo era.

Y eso me emocionaba y me deprimía al mismo tiempo.

—Lo veo. —Tragó saliva—. Te ves impresionante cuando acabas.

Fue todo lo que necesité. Mi corazón se disparó, mi piel se encendió, y mis paredes comenzaron a palpitar mientras una ola caliente de placer me recorría desde la cabeza hasta los pies.

Estaba flotando, girando, perdida en ese dulce deseo. Por un instante, mi existencia entera quedó suspendida. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y, por una vez, me permití sentir.

Unos momentos después, abrí los ojos. Oliver ya estaba de pie, con una toalla en la cintura. Me miraba con una mezcla de confusión y horror. Entonces lo entendí. Lo cerca que había estado de acostarme con él.

Me levanté, sonreí y caminé hacia él, moviendo las caderas. Su mirada las siguió y bajó hasta el interior de mis muslos. Me detuve frente a él extendí entre nosotros los dedos que habían estado dentro de mí.

Levanté una ceja.

—¿Quieres probar?

—Más que nada en este maldito mundo —dijo con voz ronca—. Pero no puedo. No hasta que recuperes la memoria.

—Oh, bueno.

Aun así, me acerqué más. Mis pezones rozaron su pecho mientras me ponía de puntillas y estiraba el brazo para cerrar la llave del agua. En cuanto se apagó, el aire frío me erizó la piel.

Oliver contuvo el aliento cuando nos tocamos. Embriagada del poder que tenía sobre él, rocé mis pezones contra su cuerpo. Se quedó completamente quieto, sin respirar siquiera.

Cerró los ojos con fuerza y aspiró profundo cerca de mis dedos. Un gruñido salió desde lo más profundo de su garganta.

—Briar.

Me estiré, arqueando mi cuerpo desnudo contra el suyo.

—Tal vez la próxima vez, ¿no?

Mi vagina húmeda rozó su toalla… y la erección palpitante que no lograba ocultar.

—No tengas la menor duda.

Me di la vuelta y me fui.

1-0 para el equipo visitante, idiota.

Yo llevaba la cuenta.

Porque antes, junto al lago que me hizo recordar el lugar donde nos habíamos enamorado, por fin había recordado mi pasado horrible.

Quince años atrás, Oliver von Bismarck me había abandonado.

Esta vez, sería yo quien se marcharía.

Pero no sin antes causarle una herida más profunda que la que él me había dejado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Oliver

Romeo Costa: ¿Y bien? ¿Ya ha recuperado la memoria?
Ollie vB: No, pero estoy a punto de amputarme la polla para no frotarme contra ella todas las noches.
Zach Sun: ¿Has pensado en dormir en camas separadas? O en casas separadas, considerando que prácticamente sois unos desconocidos.
Ollie vB: ¿Cómo crees que reaccionaría Farrow si le dijeras que quieres dormir en camas distintas?
Romeo Costa: Lo atravesaría como a un kebab y lo vería girar lentamente sobre el fuego mientras le lee una lista con los mayores logros de sus rivales empresariales.
Ollie vB: Gracias.
Romeo Costa: Puedes tan solo decirle la verdad.
Ollie vB: El doctor Cohen dijo que la haría retroceder.
Romeo Costa: ¿Desde cuándo te importa hacer lo correcto?
Ollie vB: Es lo mínimo que puedo hacer después de romperle el corazón.
Zach Sun: Mejor romper un corazón que reventarte tus propias pelotas.
Romeo Costa: Pobre Zach. Por fin descubrió el sexo y ya no puede pensar con la cabeza que tiene sobre los hombros.
Ollie vB: Hablando de pelotas en peligro, venís a cenar esta noche, ¿verdad?

Romeo Costa: Por desgracia. A Dallas le cayó bien tu prometida.
Ollie vB: Prometida *falsa.
Zach Sun: Sentimientos *reales.
Ollie vB: Lo único que siento por ella es lástima y culpa.
Romeo Costa: Eso ya es más emoción de la que has mostrado por todas las mujeres juntas con las que has estado en los últimos quince años.
Ollie vB: Y aun así… sigue siendo menos que Zachary Sun humillándose frente a un estadio lleno de fanáticos, en la madre de todas las humillaciones. Tienes suerte de que nadie lo haya grabado, o ya serías una sensación en internet.
Zach Sun: La IA detecta evasión nivel prémium. Suenas como si estuvieras perdiendo el control.
Ollie vB: Si estoy perdiendo el control, es solo porque Dallas le compró una libreta a Briar.
Romeo Costa: Mmm… eso es curiosamente estudiantil. Estoy… ¿me atrevo a decirlo?… orgulloso.
Zach Sun: ¿Y el problema es…?
Ollie vB: El problema es que Briar escribe en ella cada vez que digo algo, como una terapeuta cuando su paciente le dice que cree que vive en una simulación.
Zach Sun: Extrañamente específico.
Romeo Costa: Admítelo, von Bismarck. La posibilidad de que Briar descubra la verdad te hace cagar de miedo.
Zach Sun: El supuesto «último en pie» ahora está de rodillas.
Ollie vB: Lamento decepcionaros, pero solo estoy en esa posición por sexo oral intenso.
Romeo Costa: Yo le doy dos semanas.
Zach Sun: Yo le doy una.
Ollie vB: ¿Y qué estamos apostando?
Romeo Costa: Tu yate.
Ollie vB: Está bien. Y si pasan las dos semanas y sigo felizmente no enamorado, vosotros dos vais a invertir en mi *startup*.
Zach Sun: Por última vez, Oliver, no hay mercado para el pegamento para tacos.
Ollie vB: DEBERÍA HABERLO. Esas cosas se desmontan más rápido que el autocontrol de Dallas en un buffet libre.

Zach Sun: Entonces no pidas tacos crujientes.
Ollie vB: No me gustan los tacos blandos. Están aguados. Me hacen sentir como si masticara un trapo mojado.
Romeo Costa: El pegamento no es la respuesta.
Zach Sun: A menos que la pregunta sea: ¿con qué te puedes drogar si eres un estudiante pobre?
Ollie vB: Mi apuesta, mis reglas. Vais a invertir si gano.
Romeo Costa: Claro. Pero no vas a ganar.
Ollie vB: Id preparando las carteras, señores.
Zach Sun: Famosas últimas palabras.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Oliver

El ronquido de Briar rompió el aire quieto como el golpe de un gong.

Si lo que pasó antes en la ducha la afectó de alguna manera, no lo demostró. De hecho, se quedó dormida en menos de un minuto, apenas su cabeza tocó la almohada.

¿Y eso de dónde salió?

Yo esperaba una pelea después de nuestro enfrentamiento en Baylor. Los dos estábamos cargados de frustración, que yo controlé diciéndome que pronto se iría.

Todo volvería a su jodido, deprimente y monótono lugar. Yo regresaría a mi vida feliz y libre. Ella volvería a su trabajo en Los Ángeles.

No se romperían promesas. No se intercambiarían mentiras drásticas. Y no habría ningún tipo de contacto.

Lo que no esperaba era casi morir de calentura porque la mujer más sexi que había conocido decidió hacer un número del Cirque du Soleil desnuda frente a mí.

Agudicé el oído todo lo que pude, buscando señales de vida en el ala sur, sabiendo que era imposible escuchar algo desde ahí. Ni con la oreja pegada a la puerta del cuarto de mi hermano lo oiría.

A Sebastian le gustaba quedarse en completo silencio solo para torturarme.

Sabía que yo analizaba demasiado cada señal de vida y encontraba esperanza en cosas sin sentido.

Las horas pasaron en silencio, salvo por algún ronquido ocasional de Briar.

Como todas las noches desde que destruí a la familia von Bismarck, luché contra el sueño. Ese se había vuelto mi ritual desde la primera noche, cuando descubrí que mi error se repetía en mis pesadillas en cuanto cerraba los ojos.

Habían pasado quince años y aun así sabía con exactitud qué me esperaba al otro lado de mis párpados. El chapoteo del agua. El rugido del motor. El silencio aterrador. Y la sangre. Demasiada sangre.

Probé terapia, medicamentos, acupuntura, hipnosis, luz roja, meditación, ejercicio hasta el agotamiento.

Nada funcionaba.

Siempre volvían. Y yo luchaba hasta no poder más. Y al día siguiente, las persistentes bastardas regresaban otra vez.

Las pesadillas son la forma que tiene la mente de recordarte dónde te duele.

Con las sábanas enredadas en la cintura, me moví sin parar, conté ovejas, repasé cada momento antes de mi error brutal… y me rendí.

La máquina de sonido me llamó.

Encendí el ruido blanco y puse el temporizador para que se apagara una hora y media antes de que Briar despertara.

Los siseos y susurros me arrullaron, llevándome directo a la misma pesadilla.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Oliver

Diecinueve años de edad.

Se podrían hacer estudios completos sobre cómo mi cuerpo lograba funcionar en Nueva York mientras mi mente permanecía a miles de kilómetros, en Europa, con Briar Rose. Había llegado sana y salva a Ginebra, con pocos contratiempos. Es decir: viajando en una bata de hotel y defendiéndose del taxista imbécil que coqueteó con ella.

En general, la culpa por haberla dejado sola en París para arreglárselas como pudiera me recarcomía. Por otro lado, sus padres terminaron regresando a Ginebra. Un cambio de planes de última hora con el senador. Al menos Mimitos no estaba sola, aunque todos podíamos coincidir en que un asesino en serie habría sido mejor compañía.

Mientras tanto, yo había llegado a la casa del lago antes del amanecer, lo que significaba que solo me había tomado un día en Europa. Fue más bien una escala. Aun así, a papá no le gustó. Fingí disculparme y pasé las dos semanas siguientes anotando tonterías

en hojas de cálculo y siguiendo a papá, a su director de operaciones y al consejo mientras nos enseñaban a Seb y a mí cómo manejar la empresa.

Todos los días contaba los minutos para reencontrarme con Mimitos. En medio de la cuenta atrás, analizaba números, hacía simulaciones de atención al cliente y completaba el examen de dieciséis páginas de papá. Aprobé. Por poco. Seb sacó A+. Maldito.

En nuestro último día en la casa del lago en Savannah, papá decidió que ya nos había exigido lo suficiente y nos dio un día libre.

—Habéis demostrado un verdadero compromiso con el negocio y un conocimiento extraordinario en hospitalidad y administración hotelera —dijo mientras nos miraba entrar a su oficina con el rostro impasible—. Os merecéis un descanso.

Me animé.

—¿Un descanso como en… un viaje a Europa?

Papá golpeó el escritorio de caoba con los nudillos.

—Un descanso en plan: id a jugar al patio.

Seb frunció el ceño.

—No tenemos cinco años.

—Aun así, no voy a recompensaros cada vez que cumpláis mis expectativas —respondió—. Debéis superarlas para ganar premios. Haced una barbacoa y tomaos una o dos cervezas mientras yo atiendo mis asuntos.

Seb trató de simular su sonrisa y se burló de mí:

—Buuuu.

Papá se encogió de hombros.

—Podéis usar la lancha pontón, siempre y cuando seáis capaces de empujarla mar adentro y hacerla funcionar.

—Qué buena vida —murmuró Seb.

—Vamos, vamos —aplaudió papá—. Algunos tenemos trabajo que hacer.

Seb y yo salimos disparados de su oficina antes de que cambiara de opinión y cerramos la puerta de golpe. Al otro lado del pesado roble chocamos las manos, con sonrisas enormes en la cara.

—Increíble. Un día entero libre. —Seb alzó las cejas—. Alguien está de buen humor.

Nuestro padre nos quería. Hablando de manera objetiva era justo, se involucraba en los asuntos de su familia y tenía pasión por ella. Pero también era estricto. Mamá siempre decía que las reglas eran amor envuelto en precaución.

Seb me dio una palmada en el hombro y me siguió hacia el patio.

—¿Qué quieres hacer, galán?

Quiero hacerle el amor a mi novia. ¿Puedes lograr que eso pase?

Me rasqué la barbilla.

—Podemos llevar el pontón al otro lado del lago. Hay una parrilla, tiendas de antigüedades, cosas turísticas.

—¿Tiendas de antigüedades? —Seb fingió ponerse un collar invisible alrededor de su cuello y suspiró—. ¿Con quién crees que estás hablando?

—Perdón, Seb. Los burdeles no son legales en este estado.

—Como si alguna vez necesitara pagar para follar. —Se giró hacia mí caminando hacia atrás por el muelle—. Mírame.

—¿Es obligatorio?

—Soy un puto dios.

—¿Desayunaste cocaína o qué?

Sonrió.

—Vamos, vayamos al centro a follar con alguien.

—Si vamos al centro, solo tú vas a follar y yo tendré que quedarme esperando en la recepción de un motel de mala muerte mientras lavas tu pene en el fregadero porque soy quien te lleva de vuelta a casa.

La experiencia me daba la razón.

Seb se rio.

—¿Zach y Rom están por aquí este verano?

Negué con la cabeza.

—No. Tienen sus propios asuntos.

Subimos al pontón, que estaba amarrado junto al mini yate de papá. Aunque no se podía comparar con el de su vecino de veinte millones de dólares, seguía siendo una buena embarcación: vinilo plateado y negro, equipos de sonido de última generación y luces de atraque. Incluso tenía una mesa plegable.

Con todo lo que habíamos trabajado, Seb y yo no habíamos hecho nada divertido juntos en siglos. Me alegraba estar con mi hermano menor. Durante las prácticas, Seb se las había arreglado para hacer que las cosas se pusieran innecesariamente tensas, tratando de superarme todo el tiempo, cuando en realidad a mí no me importaba una mierda.

De hecho, solo había regresado porque sabía que el dinero von Bismarck haría mucho más fácil formar una familia con Briar Rose.

La gente que no conocía a Seb me consideraba muy inteligente y elegante, con talento para los números. En cuanto lo conocían, me reclasificaban como el hermano tonto. Después de todo, él era más listo, más guapo y más ambicioso. Nada lo detenía cuando se proponía lograr algo.

Separaba su vida privada del trabajo, los estudios y el deporte de una forma en la que yo nunca pude. Eso le daba ventaja. Pero no me importaba no ser el hermano prodigio. Solo quería que nos lleváramos bien.

Subí al pontón detrás de Seb, metí la llave en el contacto y empujé la palanca para acelerar el motor. La lancha avanzó y comenzó a cortar el agua turquesa como un cuchillo.

Seb se arremangó y sacó unas cervezas de una nevera debajo de un banco. Destapó una con el pulgar y me la pasó. Di un sorbo lento, con los ojos entrecerrados hacia el horizonte mientras poníamos rumbo a la isla que estaba junto a la casa del lago.

—¿No es aburrido follar siempre con la misma chica? —Seb apoyó los codos en la barandilla—. O sea, ¿no quieres variedad?

—No realmente. Hay más en la vida que mojar el churro, Seb.

Briar Rose y yo solo lo habíamos hecho una vez, pero desde hacía siglos sabía que solo quería estar con ella. No necesitaba a nadie más. ¿Para qué? Solo tenía dos manos, y necesitaba las dos para aferrarme a ella.

—Sí, ya sé —dio otro trago—. También está remar y hacer barbacoas.

Resoplé y negué con la cabeza.

—Horrible.

—Hablando de horrible… —Me dio una palmada en la espalda y me agarró el hombro con una sonrisa torcida—. Tengo malas noticias.

Oh. Ya conocía esa cara. Era la cara de un imbécil que disfrutaba con arruinarme el día. Seb tenía un lado cruel. En cierto modo me

recordaba a Romeo. Arruinarle el día a la gente como pasatiempo. Sin remordimientos.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—Pues… mientras estabas en Europa, quise cotillear el perfil de Instagram de una de las chicas con las que salgo…

Chicas. En plural. Jesús. No soy de juzgar, pero, joder, mi hermano es realmente un mujeriego. Sentí que la mandíbula se me tensaba.

—Vale.

—Siempre termino dándole «me gusta» por accidente a una foto de hace como mil quinientos años. —Se rio y dio otro trago a su cerveza—. Créeme, no hay nada más humillante que saber que alguien recibió una notificación tuya dándole «me gusta» a sus fotos de antes de que entrara a la pubertad.

Lo miré fijamente, sin siquiera concentrarme en el camino hacia la isla.

—Sí. ¿Y…?

Tenía la sensación de saber hacia dónde iba la cosa.

—Bueno, el caso es que dejaste tu iPad tirado en la zona común, y pensé que no pasaba nada si revisaba su perfil desde tu cuenta. Así que lo hice.

—Seb… —le advertí.

—Le di «me gusta» sin querer a una foto suya en bikini en la playa, ya sabes que mis dedos no son confiables cerca de chicas guapas, y de inmediato me mandó un mensaje. Bueno, a ti —se burló—. Solo que olvidé que estaba usando tu perfil, así que empecé a hablar con ella.

—Sebastian Leopold von Bismarck.

—Conectamos rápido. —Tomó un trago de cerveza e ignoró mi rabia creciente—. De pronto, como una docena de notificaciones apareció en la pantalla. Ella estaba dándole «me gusta» a todas tus fotos. Pero yo pensaba que eran las mías. Así que empecé a darle «me gusta» a todas las suyas también. Y a dejar comentarios.

—¿Comentarios? —Apenas podía mover la maldita mandíbula de lo tensa que estaba—. ¿Qué comentarios?

Briar Rose y yo revisábamos nuestras redes todos los días. No había forma de que no lo notara tarde o temprano.

—Nada muy intenso. Le halagué sus entrenamientos y su genética. Cosas así.

—Le dijiste que estaba buenísima —aclaré.

—Tremenda. —Suspiró—. O sea, en verdad lo está.

—Imbécil.

Apagué el motor, dejé la cerveza y lo agarré del cuello de la camisa.

—Tengo novia. Seguro que lo verá, si no es que ya lo ha visto. ¿Cómo has podido ser tan jodidamente descuidado?

Lo estampé contra el volante. El metal se le enterró en la espalda. No me importó.

—Mierda, relájate un poco. Solo dile a Briar Rose lo que pasó. Lo va a entender. —Intentó zafarse, pero yo era más alto, más grande, más fuerte—. O se lo digo yo. Da igual. Ella sabe que nunca la engañarías.

—Esto ha sido una violación a mi privacidad. —Acerqué mi cara a la suya—. Quédate con el rancho. Manipula a papá para que te dé el Lamborghini. Haz todas esas mierdas. No me interesa. Pero no te metas con mi relación, Sebastian.

—Aburridoooo. —Me empujó, imitando un ronquido—. ¿Crees que eres la gran cosa solo porque tienes una relación estable?

Tropecé hacia atrás y choqué con el asiento.

Seb hizo una pausa para tomar el último trago.

—Bájate de la maldita nube, ¿quieres? La mitad del encanto de vuestra relación es que no tienes que aguantarla a diario. Vive al otro lado del mundo. —Me mostró el dedo del medio y volvió al volante—. Ya te he dicho que lo siento.

Troné el cuello y los dedos.

—Como si lo dijeras en serio.

Encendió el motor y giró la lancha de regreso a la casa del lago.

—Ve con el drama a otra parte, llorón de mier…

Aceleró justo cuando alcancé a agarrar su camisa, tirando de él hacia atrás y estampándolo contra la cubierta. Se revolvió y fue directo a mi cuello. Le di un golpe en la mejilla izquierda y alcancé su mandíbula.

Seb escupió sangre sobre mí mientras se reía como un loco.

—Dios, eres patético.

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Qué mierda te pasa, Seb? ¿Por qué estás siendo tan imbécil?

—Porque tú me hiciste así —rugió—. Siempre eres el niño bueno, Oliver. Novia estable. Buenas notas. Responsable. Gracioso. Amigo de todos. ¿Sabes lo que cuesta que se fijen en ti cuando eres el segundo hijo?

Le lancé otro puñetazo, pero giró la cabeza para esquivarlo y me agarró los nudillos. Luego torció mi muñeca hacia dentro y giró nuestros cuerpos para quedar encima de mí.

—Tenía que ser mejor en deportes, mejor en los estudios, mejor en todo —escupió, al tiempo que se sujetaba por los codos contra la cubierta—. Siempre tengo que superarte para que recuerden que existo.

La lancha daba vueltas sin rumbo por el lago a toda velocidad. Ninguno fue a por el timón. Los dedos de Seb se cerraron alrededor de mi cuello. No apretó lo suficiente para matarme, pero sí para asustarme de verdad.

Y entonces lo entendí. La tensión entre nosotros todo el verano. Seb estaba harto de mí, igual que yo de él. Sí, me superaba con su talento. Pero papá me adoraba. No por mis buenas notas ni mis deportes. Sino por la clase de persona que era.

Porque era fiel a una sola chica, como él lo era con mamá. Porque prefería jugar al Jenga y al Uno en familia que salir de fiesta.

Porque yo era… yo.

El adorable y confiable Oliver.

—Suéltame —logré decir con el poco aire que tenía en los pulmones.

Seb no me soltó. Solo me miró con las fosas nasales abiertas, los ojos muertos, la boca dura. Y lo supe. Fuera lo que fuera, llevaba mucho tiempo gestándose.

Respiré hondo, acerqué las rodillas al pecho y lo pateé con toda la fuerza que tenía. Seb salió volando contra la barandilla. Tenía la sorpresa marcada en la cara cuando cayó hacia atrás, en el lago, con un gran chapuzón.

Me puse de pie de golpe, con la risa atrapada en la garganta. No había justicia poética mejor que saber que ese cabrón tendría que

nadar hasta la orilla. Podía hacerlo. Su equipo de remo tenía tiempos brutales en natación y el muelle no estaba lejos.

Pero eso fue antes de escucharlo. El inconfundible sonido de carne siendo triturada. Algo se había atascado en el potente motor. La lancha se detuvo. Fui hacia delante cuando perdió velocidad y siguió deslizándose con el impulso restante.

Corrí a la popa y miré por el borde. Oh, mierda. Rojo. Demasiado rojo. No veía a mi hermano. Debía haberse hundido.

—Mierda —susurré, lanzándome hacia el timón.

Apagué el motor. Chirrió hasta detenerse. Esperé a que la lancha quedara completamente inmóvil antes de lanzarme al lago de cabeza, todavía con la ropa puesta. El pulso me retumbaba entre los oídos. No sabía si podría hacerlo. Si ya era demasiado tarde para salvar a mi hermano.

Me sumergí con los ojos abiertos y moví la mano para apartar los remolinos de sangre. En cuanto se diluyó en el agua del lago, vi a Sebastian. Colgaba de la hélice, casi pegado a ella.

Al principio, estuve a punto de vomitar de alivio. Revisé mentalmente sus brazos y piernas: seguían unidos a su cuerpo. Se aferraba a la hélice con todas sus fuerzas para no hundirse, lo que significaba que estaba vivo. Nadé hacia él, lo sujeté por debajo de las axilas y tiré hacia arriba.

Su peso me hizo entrar en pánico, pero la adrenalina me dio fuerza.

—Por Dios, cómo pesas. —Lo arrastré hasta la popa como a un pez gordo y muerto—. ¿Qué demonios te dan de comer mamá y papá?

No respondió. Lo giré boca arriba. Entonces lo vi. Su cara. O la ausencia de ella.

Mierda, mierda, mierda.

La hélice lo había destrozado. Tenía fragmentos del rostro abiertos. Partidos en dos. Una mejilla. Partes de la frente. Todo era rojo, cubierto de sangre, y aun así podía ver que su cara ya no era su cara en absoluto. La línea del cabello empezaba en medio del cráneo.

Y no me respondía.

No creí que pudiera. La sangre brotaba a borbotones de su labio superior.

—Seb, Seb, Seb…

Apoyé las palmas sobre su pecho, tratando de no llorar al escuchar su dificultad para respirar.

—Perdón por empujarte. Voy a arreglar esto ahora mismo. Aguanta.

Tenía que volver a la orilla lo más rápido posible. Corrí al timón y encendí el motor otra vez para ir al muelle a toda prisa. Mientras tanto, agarré el teléfono y llamé a una ambulancia y luego a mis padres. Les supliqué que me esperaran en el muelle.

Durante todo el trayecto, mi cabeza era un caos.

Yo hice esto.

Empujé a Sebastian al agua por algo tan estúpido, tan trivial. Por un maldito malentendido de Instagram.

No hizo ningún sonido.

Tenía que mirarlo cada pocos segundos mientras guiaba la lancha hacia la orilla. Seguía ahí, jadeando. Entonces caí en la cuenta de

que acababa de perder lo único por lo que era conocido: su apariencia. Y que jamás la recuperaría.

Nunca me iba a perdonar. Lo que empezó como una rivalidad entre hermanos acababa de convertirse oficialmente en odio puro y absoluto.

Había arruinado la vida de mi hermano menor.

Y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Briar

Desperté lista para la batalla.

Armada con mis recuerdos —todos mis recuerdos— sabía que no podía quedarme en esta jaula dorada durante mucho tiempo. No porque Oliver fuera a echarme. Ese imbécil todavía creía que yo no sabía nada. Tampoco porque necesitara trabajar, ya que mi próximo proyecto no empezaría hasta mediados de julio.

Sino porque, si no salía de ese lugar, podría matar a mi «prometido» con mis propias manos. Sin sutileza. Sin venganza sofisticada. Nada de la tortura que había imaginado ayer antes del incidente del yoga en la ducha.

No veía la hora de lanzarle la verdad en la cara a Oliver y verlo retorcerse. Tendría que esperar hasta después de la elegante cena con sus amigos esa noche.

Dallas. Farrow. Hettie. Todas me traicionaron. Me mintieron en la cara y fingieron ser cercanas a mí.

¿Me tenían lástima? ¿Les parecía divertido que viviera con el hombre que una vez me rompió el corazón y me abandonó?

No. Rechacé ese pensamiento de inmediato. Si las chicas hubieran estado de acuerdo con lo que hizo Oliver, no me habrían llevado a Baylor para ayudarme a recuperar la memoria.

Las libraría de mi venganza. Pero sí pensaba comprobar hasta dónde estaban dispuestas a llegar con sus mentiras. En la cena de esa noche. Donde planeaba obligar a todos en esa maldita calle a confesar sus crímenes.

La ansiedad me hervía bajo la piel. Giré sobre mi cadera y noté el lado vacío de la cama de Oliver y su teléfono todavía cargando en la mesita. El mío vibraba sobre la almohada junto a mí.

Seb vB: La próxima vez que husmees entre mi equipo de remo, vuelve a dejarlo como lo encontraste.

Seb. El maldito gruñón. Él también debía de saberlo. No podía reprochárselo. No tenía intención de interactuar conmigo. Yo había invadido su territorio, no al revés.

Escribí un mensaje y dudé antes de enviarlo, pero lo hice de todos modos. Confiaba en que Seb guardaría nuestras conversaciones para sí mismo, en especial porque no quería que Oliver descubriera que yo sabía lo de su condición.

Briar Auer: Sé la verdad.
Seb vB: ¿Y qué vas a hacer?

Ni disculpa. Ni reconocimiento de su papel en la mentira. Nada. Era tan propio de Seb —del viejo Seb— que casi sonreí.

Briar Auer: Voy a incendiar este lugar.

Seb vB: Conmigo dentro, por favor.

Fruncí el ceño, 99 % segura de que lo decía literalmente.

Después de mi horrible ruptura con Oliver, me destrozó que Ollie se quedara con Seb en el «divorcio». Siempre lo había considerado mi hermano menor. Mi cruel y malhablado hermano menor, pero hermano al fin y al cabo.

Todos mis mensajes a Seb habían quedado sin respuesta. Me había bloqueado. En ese momento asumí que era por lealtad a su hermano, pero ahora sabía que simplemente se había cerrado al mundo entero.

Lo cual me recordó algo.

Venganza.

Entré en mi vestidor —lo único, además de Geezer y Trio, que echaría de menos de esta casa— y elegí el bikini más diminuto que tenía. Si Ollie pensaba que ayer se había quedado con las ganas, no tenía idea de lo que le esperaba.

No tardé más de veinte minutos en encontrar a Oliver tomando café en el jardín. Había elegido un rincón tranquilo con vistas al lago y a las rosas azules.

Me coloqué frente a la ventana abierta para hacer mi yoga matutino justo en su línea directa de visión. Levantó la vista de su portátil y parpadeó dos veces cuando vio mi atuendo. Me incliné en la postura del perro boca abajo, con la esperanza de provocarle una erección que con suerte terminara en necrosis.

Después de mi rutina, entré en la cocina con unos *shorts* diminutos y mi bikini rojo brillante. La piel se me erizó por el frío,

pero torturar a Oliver tenía prioridad absoluta. Él intentaba con desesperación concentrarse en la hoja de cálculo que tenía delante.

—¿Has dormido bien? —canturreé.

—Sí. ¿Y tú? —dio un sorbo a su *macchiato* y volvió a centrar su atención en la pantalla.

En retrospectiva, debí haber visto las señales evidentes.

La carne. El avión. La manera en que se refugiaba en el trabajo cada vez que tenía que cuidarme. Oliver quería tener lo menos posible que ver conmigo hasta que recuperara la memoria, pero yo me negaba a ponérselo fácil. No porque me hubiera mentido sobre nuestro compromiso, haciéndome quedar como una completa idiota. Sino porque recordaba lo que me hizo.

Cada. Cosa. Cruel.

La forma en que perdí la virginidad con él y luego me dejó. Esa caminata de la vergüenza por las calles empedradas de París, casi desnuda, con apenas una bata fina del hotel ajustada sobre los hombros. Las miradas. Los susurros. Las negativas a dejarme entrar en las *boutiques*. Las lágrimas ardientes que vinieron después.

El silencio repentino de Ollie tras aquello. Sin llamadas, mensajes ni correos. Ninguno de los regalos que solía enviarme cuando viajaba. Me presenté en esta misma casa, frente a estas mismas rejas de hierro forjado, solo para que me rechazara. Otra vez.

Luego, esos intercambios en Instagram. Tan públicos, casi como si hubiera querido restregarme en la cara que me había engañado.

Y, sobre todo, recordaba cómo este continente nunca volvió a parecerme lo bastante grande para los dos después de lo que pasó. Elegí vivir en Los Ángeles porque era el lugar más lejano de Maryland en todo Estados Unidos, salvo Alaska y Hawái.

Aun así, veía su rostro. Todo el tiempo. En revistas de cotilleos, en columnas sociales, incluso en audiencias del Congreso. Oliver estaba en todas partes, por más que intentara borrarlo de mi vida.

Esta vez, él sería el atrapado. No podría deshacerse de mí.

—Hacía un poco de calor. —Fruncí las copas de mi bikini hasta que los triángulos apenas cubrieron mis pezones, decidida a darle un poco de su propia medicina—. Creo que voy a dormir desnuda esta noche, si no te molesta.

Oliver se atragantó con el café y salpicó la mitad sobre la pantalla de su carísimo dispositivo. Agarró una servilleta y se secó las comisuras de los labios.

—¿Ahora eres alérgica a la ropa?

—¿Ahora? —Alcé la mirada hacia él tras un velo de pestañas, parpadeando con inocencia—. Soy una nudista orgullosa, Oliver. Es un estilo de vida para mí. Lo recuerdo perfectamente. Nunca ando por la casa con ropa. Me hace sentir…

Él emitió un quejido.

—¿Cuerda?

—Encerrada.

—O tus tetas permanecen encerradas, o lo estaré yo… cuando mate a cualquiera que te mire desnuda.

—No deberías ser tan celoso. Recuerdo la mayor parte de mis años en la universidad, y me acosté con *muchos* chicos. Al menos doscientos, según mis cuentas.

—¿No tenías un novio formal?

—Grant. Grant Dwyer. —Suspiré, fingiendo profunda reflexión—. Ese sí que era un caballero. No como el otro.

—¿El otro?

—Vance Smith. —Arrugué la nariz, inventando un recuerdo—. Nos conocimos en una gasolinera.

—El lugar más respetable para un primer encuentro.

—Unas tres semanas después lo dejé porque exigió que me deshiciera de mi colección de vibradores.

—¿Qué? —Oliver parecía más horrorizado que yo, aunque yo sabía que era pura ficción—. Eso es como despedir a su *sous chef* por ayudarlo a cocinar.

—En cambio, Grant era un sueño. Un revolucionario total. Aceptó una relación abierta.

—Una relación abierta —repitió Oliver con tono seco.

—Sí —mentí—. Debí de acostarme con cientos de hombres durante los tres años que salimos. Incluso miró un par de veces. Lástima que tuviera que mudarse a una aldea remota al otro lado del mundo para salvar crías de foca de derrames de petróleo. Grant también es ambientalista.

—Tenías una relación abierta con un ambientalista que abandonó su carrera para salvar focas bebé del petróleo.

—Sí. ¿No es un sueño?

—Bueno, decididamente es *algo*… —murmuró Ollie en su taza.

Me acerqué a su preciada cafetera, un modelo sofisticado que debía de haber costado cinco cifras. Me puse de puntillas para alcanzar una taza en la alacena.

Mis pechos se balancearon con el movimiento.

Oliver se giró, visiblemente alterado.

—¿Quieres que te prepare café?

—No hace falta, ya me apaño. Tú siéntate y descansa.

—Con cuidado. Mamá me la mandó hacer a medida en Italia. Es la única máquina de su tipo y es irremplazable. El fabricante cerró hace años.

Hice un gesto despreocupado con la mano.

—Te preocupas demasiado.

Volvió a su portátil. Tomé una de las válvulas de la cafetera y la giré en sentido contrario, desenroscándola a propósito. Hizo un ruido metálico al caer.

—Oh, mierda. —Chasqueé la lengua, dándome una palmada en el muslo—. He roto la cafetera. No te molesta, ¿verdad?

Si hubiera mirado más de cerca, se daría cuenta de que bastaban diez segundos para volver a enroscar la válvula, pero no lo hizo. Casi parecía que le salía humo por las orejas. Permaneció rígido frente a la pantalla, probablemente porque no quería gritarme.

Se aclaró la garganta, la espalda recta como un palo.

—No pasa nada.

Fui hasta el frigorífico industrial, saqué un café frío y me dejé caer a su lado mientras le regalaba mi mejor sonrisa triunfal. Él frunció el ceño ante la pantalla.

Yo era una espina clavada en un lugar incómodo.

Lo que no sabía era que estaba a punto de hacerlo sangrar.

—Entonces. —Sorbí el café ruidosamente, una de las cosas que más le molestaban desde que éramos niños—. Estaba pensando…, para nuestra boda…

Rechinó los dientes ante los sorbos exagerados y se obligó a mirarme.

—¿Sí?

—Dallas mencionó que organizaste su boda aquí.

—Así es —alargó las palabras, con evidente recelo.

—Me mandó una carpeta con tus correos impresos. Los que le enviaste con sugerencias para la boda.

Omití la parte en la que nos habíamos reído en el avión sobre lo ridículas que eran la mayoría y habíamos coincidido en que Oliver debía perfeccionar su habilidad para bromear.

Yo, en cambio, no necesitaba ayuda en ese terreno.

Ollie cerró el portátil y eligió con cuidado sus siguientes palabras.

—Nada iba en serio.

—¿De verdad? Encontré ideas geniales en la carpeta. —Saqué la carpeta de veinte centímetros de grosor y la dejé caer sobre la mesa. Hizo vibrar toda la estructura con su peso—. Además, Dal dijo que parecías entusiasmado con ellas, así que pensé incorporar tantas como pudiera en la boda.

—¿Dal? —repitió, observándome hojear las páginas sin mucha atención.

—Sí. Su apodo, tonto. No voy a llamar a mi mejor amiga por su nombre oficial. Es que yo… No sé… —Me encogí de hombros—. Me siento tan afortunada de estar en una relación contigo.

—Ah, ¿sí?

—Eres todo lo que siempre he querido. Nunca me fallarías. Nunca me mentirías. Nunca me abandonarías como lo hicieron mis padres y Cooper. Tú siempre me pones primero. —Lo miré directo a los ojos y observé cómo se estremecía con cada palabra que le clavaba—. Te quiero, Oliver.

No dijo nada.

¿Qué podía decir, si no era absolutamente nada de eso?

Suspiré, deteniéndome en una página que había marcado.

—No quiero ser una novia insoportable y hacer que la boda gire solo en torno a lo que yo quiero, así que prefiero tomar tus sugerencias y seguirlas. No es que siquiera recuerde lo que quiero, de todos modos. Eso resuelve ese problema.

—Sí. Claro. —Parecía perdido en sus pensamientos, aún atrapado en mi descripción anterior de él.

Me incliné sobre la mesa y lo saqué de su ensimismamiento con un beso firme en la mejilla.

—Es como si lo hubieras planeado con anticipación cuando recopilaste esto.

—Lo que estaba pensando era que quería joder a Romeo y a Dal, porque ninguno quería realmente casarse en ese momento.

—No seas ridículo. Es obvio que están enamorados. ¿Quién se casaría por otra razón que no sea amor? —Hice una pausa y forcé el contacto visual, con una ceja en alto—. Me quieres, ¿verdad?

Desvió la mirada.

—Claro que sí.

—¿Qué es lo que más amas de mí?

—Tu creatividad. Tal vez podrías aplicar esa creatividad para planear una boda desde cero. —Intentó quitarme la carpeta de las manos—. No necesitas esto.

Le aparté la mano de un manotazo.

—No seas ridículo. Le has dedicado mucho trabajo a esto. Sería una lástima desperdiciarlo.

—No, en serio. —Por primera vez parecía genuinamente nervioso, seguramente al recordar todas sus sugerencias horribles—. No hay problema.

—Quiero que cantemos el dueto de «La puerta hacia el amor». —Hice una pausa—. Ya sabes, la canción de *Frozen*.

Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Quieres que cantemos una canción de *Frozen*?

—Sí.

—¿En nuestra boda?

Asentí.

—Es un buen dueto. No eres Santino Fontana, pero ya nos he inscrito a clases de canto. Es una profesora reconocida. Los actores de Broadway la recomiendan. Tiene una lista de espera larguísima, pero moví algunos hilos.

—Vaya. —A ese ritmo, sus cejas iban a quedarse pegadas al techo —. No creo que pueda. Estoy hasta arriba de trabajo.

—No te preocupes por el trabajo. Ya he contactado con tu asistente y le he pedido que bloquee los horarios necesarios para nuestras sesiones. —Hice un gesto despreocupado y le arrebaté el *macchiato*. Tomé un sorbo, hice una mueca exagerada y lo escupí de vuelta en la taza—. Uy. Acabo de recordar que no me gustan los *macchiatos*. Estoy progresando mucho, ¿no?

—Asombroso. —Miró su café echado a perder antes de volver a mirarme—. Espera. —Frunció el ceño—. ¿La princesa Anna no termina casándose con otro?

—Correcto. —Me detuve, sorprendida—. ¿Cómo lo sabes? ¿Tienes sobrinos?

—Eh, no. —Se frotó la nuca, con los pómulos ligeramente sonrojados—. ¿Cómo no iba a saberlo? Es cultura general.

—¿Para un hombre de mediana edad sin hijos ni parientes pequeños? Lo dudo.

—Primero: no soy de mediana edad. Segundo: está bien. *Frozen on Ice* estaba superbién, ¿vale? ¿Qué tiene de malo? Dos hermanas atractivas peleándose, patinadoras con culos de escándalo y comida. —Se señaló a sí mismo—. Soy humano.

—Mi humano favorito —lo corregí—. Sé que no especificaste qué número musical querías en la carpeta, pero siento que la canción nos representa mucho, ¿sabes? Y no te preocupes, marqué varias sugerencias que sí podemos seguir al pie de la letra.

—De verdad que no hace falta.

—¿Dónde está? —Fruncí el ceño mientras pasaba las páginas y chasqueé los dedos al encontrarla—. Aquí. Tatuajes a juego. Es una idea tan romántica, Oliver. Estoy pensando en retratos a color de nuestros rostros, tamaño completo. Sé que solo incluiste blanco y negro en tus referencias, pero nuestro amor es tan lleno de color que sería una pena apagarlo.

Un tono verdoso cubrió sus mejillas.

—¿Qué tal si dejamos aparcado lo del tatuaje? Podemos empezar con el dueto de *Fro*…

Lo interrumpí.

—Por cierto, ¿cuándo es nuestra boda?

—Aún no hemos fijado la fecha. —Añadió en voz baja—: Y gracias a Dios por eso.

—Creo que debería ser muy pronto. O sea, este mismo mes. —Lo dije con convicción—. No tiene sentido esperar. Ninguno de los dos se está volviendo más joven. Quiero empezar a tener bebés de inmediato.

—Quizá deberías recuperar la memoria primero. —Tosió en su puño—. Quiero decir, ni siquiera has elegido vestido.

—¡Oh, sí lo hice! —Aplaudí sobre la mesa del comedor, haciendo que una caja *vintage* de puros se deslizara por la superficie.

La detuvo antes de que cayera al suelo y la colocó a su lado. Luego me miró con la resignación de un padre cansado de entretener a su hijo hiperactivo después de un subidón de azúcar.

Oliver entrelazó los dedos y me estudió.

—¿Cuándo has tenido tiempo de buscar vestido?

—En el *jet* a Baylor. Las chicas y yo vimos la película de *Barbie*.

Se pasó la lengua por el interior de la mejilla y cruzó los brazos.

—Ya veo.

Señalé entre nosotros.

—Nos parecemos tanto a Margot Robbie y Ryan Gosling…

—Perdona, pero ya le gustaría a Ryan Gosling tener mi mandíbula.

—Como sea. —Me encogí de hombros—. En fin, ella llevaba un minivestido rosa precioso…

—¿Minivestido?

—… y pensé que quedaría monísimo en el altar. Especialmente si tú usas un conjunto de Ken a juego.

—No voy a usar un conjunto de Ken a juego.

Suspiré.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría conservar lo poco que me quede de dignidad después de ese dueto de *Frozen*.

Quizá estaba exagerando demasiado. Forzando mi papel de desequilibrada. Tenía que hacerlo más creíble si quería prolongar su tortura.

—Ollie. Son tus ideas. ¿Cuál es el problema? ¿O soy yo? ¿No quieres casarte conmigo? —Me cubrí la boca y dejé que se me

llenaran los ojos de lágrimas. Agradecí mentalmente a una clienta ganadora del Óscar por enseñarme el truco de llorar cuando quisiera —. Pensaba que me querías.

Dos empleadas domésticas entraron en la cocina con bolsas de supermercado. En cuanto me vieron llorando como una niña, dieron media vuelta y se alejaron rápido para evitar la escena. Oliver pasó la mirada de ellas a mí, a punto de perder la paciencia.

—Está bien —espetó, con los puños apretados—. Usaré el estúpido conjunto de Ken. Por Dios.

—¿Estúpido? Es de diseñador. Dal nos consiguió el contacto. El traje está tejido con hilos de oro real y tiene incrustados diamantes rojos. Cuestan casi doce millones cada uno.

Sus ojos casi se le salieron de las órbitas.

Si Ollie no me hubiera arruinado la vida, me daría lástima en este momento.

—Gracias por ser un buen jugador de equipo. —Dejé de llorar y lamentarme de golpe—. ¿Quieres saber qué más tengo planeado para nosotros?

Me miró con unos ojos que decían que le habían succionado el alma y que una muerte prematura no llegaría lo suficientemente pronto. Me lo tomé como una señal para continuar.

—Dal mencionó que te encantan las insinuaciones sexuales, así que quiero que los muñequitos del pastel de boda seamos nosotros haciendo un 69.

Se presionó la base de las palmas contra los ojos, masajeándolos.

—También me gusta el polo. Eso no significa que quiera recorrer el pasillo hacia el altar montado en un caballo.

—¿Por qué no? —me animé—. Es una gran idea.

Me miró. Yo sabía que la boda era hipotética. Su molestia, en cambio, era muy real.

—De hecho —continué—, lo vi en la página 8, sección 7, parte A. Eres muy organizado, por cierto. Para honrar el espíritu de tu organización, marqué mis favoritos con notas adhesivas organizadas por color. Las rojas son un *no*. Las amarillas son un *tal vez*. Las verdes son un *imprescindible*.

Los dos miramos la pesada carpeta de cuero que yo sujetaba con mano de hierro. Debía de haber cientos de notas verdes sobresaliendo del archivador.

Ante su silencio, seguí hablando.

—La única razón por la que no mencioné lo de montar a caballo es porque no recordaba si todavía podías montar con el nivel de habilidad necesario para maniobrar por pasillos estrechos.

—Quizá también podríamos tomar una clase para eso —dijo con tono inexpresivo.

—No creo que podamos meter otra más. —Fruncí el ceño antes de cambiarlo por un brinquito de emoción—. Oh. Vi tu idea para las bolsitas de regalo. Es brillante.

—Tendrás que refrescarme la memoria.

—Le aconsejaste a Romeo regalar acciones de su empresa a los invitados, pero como es nuestra boda, podemos regalar acciones del Grand Regent.

—Claro. Porque el champán y el Advil son demasiado básicos.

—Exacto. Tus ideas son geniales. No me voy a adjudicar el mérito. La siguiente, sin embargo, es totalmente mía. —Abracé la carpeta contra mi pecho—. Espera a escuchar quién quiero que se presente después de la ceremonia.

Oliver tanteó la mesa en busca de su caja de puros, la abrió, sacó un grueso habano y encendió su Zippo para encenderlo.

Fruncí el ceño para fingir preocupación.

—¿Todo bien?

—Nunca he estado mejor. ¿Por qué?

—Porque has encendido el puro al revés.

Soltó una tos ahogada, giró el puro y lo encendió otra vez.

—En fin… —me froté las manos—. ¿Listo para la guinda del pastel?

—Sí, cariño. —Oliver dio una calada a su puro y entrecerró los ojos al mirarme—. No estoy seguro de cómo podrías superar todas estas maravillosas ideas, pero te escucho.

Tenía la sensación de que estaba fantaseando con cien formas distintas de matarme.

—La boda será en… —Redoblé los dedos sobre la mesa, rayando intencionadamente la madera con mis anillos baratos—. Nauru.

Abrí los brazos con una sonrisa.

Un tic nervioso apareció en su mandíbula.

—¿Nauru?

—Sí. Nunca he ido. ¿Y tú?

—No —respondió—, ya que el país insular más pequeño del océano Pacífico exige visado para visitantes y solo hay diez embajadas en todo el mundo que la otorgan.

—Las cosas inalcanzables son mucho más deseables, ¿no crees? —Apoyé la barbilla en el puño y lo miré con ojos soñadores—. Estoy segura de que tú me enseñaste eso.

—Briar, solo se puede volar ahí vía Brisbane, y sale un vuelo a la semana. Uno. Es imposible transportar invitados.

—Querer es poder.

—Eso dicen... —Apretó el puro con tanta fuerza que se partió por la mitad. Unas migas de tabaco cayeron sobre la mesa—. ¿Cuál es tu punto?

—Creo que podemos lograrlo —dije con confianza—. Una vez me dijiste que podías hacer cualquier cosa que te propusieras.

No entendía por qué estaba tan alterado. No era como si la boda fuera a celebrarse de verdad.

—Un amigo mío fue a Nauru. Riggs Bates. Es fotógrafo de Nat Geo. —Oliver hundió el puro roto en su *macchiato* lleno de saliva—. Dijo que, cuando aterrizó, tuvo que hacer autostop para llegar a su hotel.

—¿Y cuál es el problema? Iremos en grupos grandes. Estaremos seguros.

—Ese lugar no tiene transporte público masivo.

—Increíble, ¿no? Su consumo de gas natural per cápita es cero. Súper conscientes del medio ambiente. —Me incliné al borde del asiento, casi vibrando—. ¡Estoy tan emocionada!

Oliver movió el puro de un lado a otro dentro de la taza y se limitó a mirarme sin decir palabra. Creo que ya le había sacado de quicio.

Perfecto.

Hora del gran final.

—La boda será exactamente dentro de un mes, así que márcalo en tu calendario. —Golpeé la mesa con el puño—. ¿Puedes ser un encanto y enviar las invitaciones?

Me levanté y rodeé la mesa para tomar sus mejillas entre mis manos y apretarlas como una tía insoportable.

Cuando lo solté, gruñó.

—De acuerdo. ¿A quién quieres invitar?

—Oh, a quien tú creas que me gustaría ver ahí. Sabes que ya no tengo memoria.

Con eso, me dirigí hacia la salida de la cocina. Tenía muchas cosas que destruir y relativamente poco tiempo para hacerlo.

También tenía que hacer la maleta.

—Oye, ¿a dónde vas? —me gritó.

—A limpiar tu armario. —Ni siquiera me molesté en mirarlo—. Creo que vi algunas cosas viejas ahí que puedes donar a la caridad.

Sabía lo que venía. Planeaba vaciarle todo el armario.

Creo que escuché a Oliver gemir que el karma es cabrón antes de entrar al pasillo.

Sí, lo es, esposo.

Pero yo soy peor.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Briar

Seb vB: ¿Comiste sushi vegetariano del pecho desnudo de Oliver? Qué asco.
Briar Auer: Uf. ¿Lo viste?
Seb vB: Eso y lo que siguió. Ojalá le hubiera hecho una foto a la cara de Oliver cuando le dijiste que cambiaste todos los relojes de la casa porque no crees en el horario de verano.
Briar Auer: Dios, tus oídos deben haberse vuelto supersónicos.
Seb vB: Veo y escucho todo desde la ventana.
Briar Auer: Nada perturbador en absoluto.
Seb vB: No cambies de tema.
Seb vB: ¿Sigues enfadada porque interrumpió tu viaje con las chicas?
Briar Auer: Algo así.
Briar Auer: La sangre se paga con sangre.
Seb vB: ¿Y por qué detenerse en sangre?

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Oliver

Ollie vB: Creo que me está tomando el pelo.
Zach Sun: ¿Puedes ser más específico? Todas las mujeres del planeta te han jodido en algún momento.
Ollie vB: Muy gracioso, señor virgen de treinta y tantos.
Ollie vB: Briar. No puede ser tan insoportable.
Romeo Costa: ¿A qué te refieres?
Ollie vB: Acaba de planear la peor boda en la historia del matrimonio.
Romeo Costa: ¿Y qué te importa? La boda no es real.
Zach Sun: ¿O SÍ?
Romeo Costa: Compartiremos el yate por turnos, Zach.
Zach Sun: Ni lo sueñes. Tú dijiste dos semanas. Yo dije una. El que se acerque más al plazo gana. Y sí, lo estoy cronometrando.
Ollie vB: Creo que no lo estáis entendiendo. Ella no es Dallas. Su misión en la vida no es hacer que la gente pierda la cordura. Por lo general es tranquila, divertida y genial.
Romeo Costa: Parece que tienes una tendencia a sacar lo peor de las personas.
Zach Sun: Es cierto. ¿Recuerdas a la casada que intentó prenderle fuego a tu casa?
Romeo Costa: ¿O a la *socialité* despistada que quiso secuestrar a tus perros?
Zach Sun: ¿O a la fan que intentó robarte el esperma?

Ollie vB: Voy a llorar.
Zach Sun: Por favor, haz un directo. Sabes que me encantan las crisis nerviosas.
Ollie vB: Es tan exasperante como sexi.
Romeo Costa: ¿Eso qué significa?
Ollie vB: Que estoy a punto de sufrir un infarto, básicamente.

CAPÍTULO CINCUENTA

Oliver

Había muchas probabilidades de que no saliera vivo de la cena.

No si mi prometida podía hacer algo al respecto.

No sabía qué tenía Briar preparado para mí, pero no creía que hubiera roto la cafetera por accidente (no era torpe) ni que hubiera decidido de manera espontánea dejarme con las ganas mientras yo me duchaba e inventar el yoga en bikini (que internet confirmó que, por desgracia, no era algo real). Estaba tramando algo.

No podía hacer nada salvo esperar a que cayera la guillotina. Si tenía suerte, me cortaría la cabeza y pondría fin a esta miserable existencia. Briar y Seb tendrían el final feliz que merecían, y mamá y papá por fin se librarían de nuestras cenas de los martes con el único de sus hijos que se dignaba a aparecer.

Con los preparativos del banquete en marcha, avancé entre el personal por los vastos pasillos de mi mansión, más que nada para asegurarme de que Briar no hubiera incendiado nada en los veinte minutos que había tardado en dar de comer a Al Capony y Usain Colt.

Una vez confirmé la ausencia de llamas, me instalé frente a una ventana con vistas al lago. Con las manos entrelazadas detrás de la espalda, observé el bote de remo vacío de Sebastian. No podría usarlo esta noche. No con la empresa de catering instalando las mesas junto al lago. Habían preparado una cena de ocho platos a la orilla del agua, en su mayor parte vegetariana, por Briar, aunque Hettie añadió algunos extras.

Remar a medianoche era la única vía de escape de mi hermano. El único momento en que se sentía cómodo saliendo de su ala para tomar aire fresco. Una punzada de culpa me atravesó el pecho. Negué con la cabeza y me dirigí a su ala, no sin antes mirar a ambos lados para asegurarme de que Briar no pudiera verme.

Lo último que necesitaba era que descubriera a mi hermano ermitaño, malhablado y resentido con el mundo viviendo ahí. Que viera cómo convertí a Sebastian von Bismarck, uno de los hombres más codiciados del mundo, en una sombra de sí mismo. Yo tenía el toque opuesto al de Midas. Todo lo que tocaba lo convertía en basura. Lo arruinaba todo. Siempre. Incluyendo mis relaciones con Sebastian, con Briar y con mis padres.

Los perros me siguieron cuando entré en el territorio de Sebastian. Raro. Nunca se habían aventurado a este lado de la casa. Abrí las dos rejas de seguridad para bebés y las cerré sin hacer ruido. Aunque la mansión tenía casi dos mil metros cuadrados, no podía ser descuidado.

Seb ni siquiera levantó la vista cuando entré en su gimnasio. Sabía que lo encontraría ahí. Pegado a la máquina de remo —siempre remando—, vestido solo con un pantalón corto negro deportivo. Su cuerpo, cubierto de músculos trabajados, brillaba por el sudor. Me

negaba a creer que estuviera fuera del mercado por su cara. Como si a las mujeres les importaran las caras. Si así fuera, Pete Davidson seguiría siendo virgen.

—Mira quién es, el hermanísimo —dijo Sebastian mientras tiraba del asa y se estiraba hacia atrás antes de deslizarse al frente, con movimientos suaves y controlados—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

Por lo general le mandaba un mensaje antes de venir. Necesitaba tiempo para prepararse para verme. Era el único ser humano al que accedía a ver cara a cara.

Compartíamos exactamente una cita fija a la semana: veíamos de una sentada los episodios de *Days of Our Lives* de los siete días anterior es en completo silencio y luego cada uno volvía a su vida como si nada hubiera pasado.

Cada dos semanas, más o menos, lograba convencerlo de pasar una noche extra conmigo. Entrenábamos fuera, en el bosque remoto detrás de la propiedad, pero solo tarde en la noche. O compartíamos una comida que yo traía de casa de mamá. Pero nunca, jamás, aparecía sin avisar.

Ni siquiera sabía qué me había traído hasta aquí.

Tal vez quería hablar maravillas de Briar, pero eso solo sería restregarle la vida en la cara. O quizá esperaba que por fin me liberara de la promesa que me había arrancado después de arruinarle la vida. De cualquier modo, ninguna de las dos cosas iba a pasar.

Lo sabía. Y aun así… apoyé el hombro en el marco de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos delanteros.

—Habrá una cena fuera esta noche. Solo quería avisarte.

Su espalda tembló con una risa seca.

—¿Querías asegurarte de que el monstruo no saliera de su jaula y asustara a tus invitados?

Odiaba que se viera como un monstruo. Que al mirarse al espejo viera el mismo rostro que yo veía y no pudiera reconocer a alguien digno de amor.

—Sabes perfectamente que no hay nada que quiera más que verte ahí, cenando con nosotros, socializando otra vez. —Lo dije tan bajo que dudé de que pudiera oírme.

—Ay. No serás tú el mejor hermano del mundo.

Un músculo me palpitó en la mandíbula. Me tragué un gruñido de frustración.

—Solo quiero que seas feliz.

—Me temo que debiste pensar en eso antes de arruinarme la cara.

Soltó el agarre, se puso de pie y cogió una toalla pequeña para secarse la cara y el pelo. Luego la lanzó al cesto de ropa sucia, recogió su botella con aminoácidos y se acercó a mí.

Su rostro nunca se había curado del todo. No era fácil de admitir, pero era la verdad. Había quedado completamente desfigurada, con partes que faltaban y trozos de piel cosidos entre sí.

—Como te decía, gracias por avisar. —Me sostuvo la mirada, con sus ojos azules como el océano fijos en los míos—. ¿Algo más?

—Ven conmigo al cirujano plástico. —El tono desesperado de mi voz me exasperó. No debería estar rogándole que hiciera esto—. Exploremos nuestras opci…

—No me interesa ponerle pintalabios a un cerdo. —Su risa metálica resonó por el pasillo—. Nada me hará ver como me veía

antes. Quiero mi antigua cara. Quiero mi antigua vida. Si la opción es sobras o nada, elijo nada.

—¿Por qué eres tan terco? —gruñí.

—¿Y tú por qué eres tan idiota?

Negué con la cabeza.

—Mamá debió dejar que te escurrieras por su pierna.

Eso lo hizo resoplar.

—Eres un romántico empedernido si crees que papá está abierto a algo que no sea la posición del misionero para el acto con fines reproductivos.

Su hombro chocó con el mío cuando salió hacia su habitación. Lo seguí.

—Nadie quiere estar solo.

—¿Ah, no? —Entró en su baño privado y abrió el grifo de la bañera. El agua comenzó a correr—. Entonces, ¿por qué sigues solo?

Una sonrisa oscura le torció el rostro. Sabía con exactitud por qué estaba solo. Sabía lo que quería… y que él era la razón por la que lo había perdido. Ninguno lo admitiría. Después de hacer la promesa, nunca volvimos a hablar del tema.

—Estoy solo, no me siento solo —respondí, señalando hacia el lago donde probablemente ya habían terminado de montar nuestra cena—. Veo a nuestros padres casi cada semana…

—Y odias cada minuto.

—Tengo amigos…

—Compañeros de entrenamiento con sus propias familias y círculos sociales.

Sebastian nunca perdía la oportunidad de recordarme que Rom y Zach tenían un vínculo más fuerte entre ellos que el que tenían

conmigo. Yo era el tercero en discordia. El que se invitó solo a su fiesta de dos cuando descubrió que la mayoría de la gente era insoportable. Para entonces, ellos ya se conocían desde hacía cinco años. Habían crecido siendo vecinos.

Y después del accidente de Seb…

No quise acercarme demasiado a nadie más.

—Aventuras de una noche —señalé, desesperado—. Disfruto de los encuentros esporádicos.

Bueno. Encuentro. En singular. Solo para probar. Nota rápida: fue horrible. Lo dejé después de eso. La verdad era que me burlaba de Zach por ser virgen, pero probablemente tuvo cincuenta veces más sexo en su breve matrimonio que yo en toda mi vida.

—Y a mí me encantan los largos paseos por el infierno con mis mejores amigos Jeffrey Dahmer y Ted Bundy. —Sebastian resopló, cogiendo un frasco pequeño de sales de baño—. No compro lo que estás vendiendo, Oliver. Te sientes tan miserable y estás tan solo como yo. Solo que finges mejor.

Tú me pediste eso, quise gritar.

En lugar de hacerlo, me tragué la frustración y la enterré junto con mi resentimiento.

Vació las sales en el agua. Le dolía el cuerpo todo el maldito tiempo. Usaba cantidades industriales de sales, aceites y multivitamínicos para intentar aliviar el dolor.

Enderecé los hombros.

—Al menos yo no me escondo del mundo.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa amarga.

—Intenta vivir en mi cuerpo un minuto y tú también lo harás.

Eso me dejó callado.

Sabía que tenía razón. Pero no quería que la tuviera.

Sebastian se sentó en el borde de la bañera y observó cómo las sales burbujeaban dentro del agua y la volvían lechosa.

—¿Algo más, hermanito?

—De hecho, sí. Necesito un consejo.

—Skyn ultra finos, aunque los Trojan Magnum también están bien.

Ignoré su broma sobre condones.

—Briar está hecha un demonio. No sé qué le pasa…

—¿Ya intentaste desconectarla, reiniciarla y volverla a conectar, pero esta vez sin arruinarle la vida?

Apreté los dientes. Intenté mantener la voz neutral.

—Como decía, lleva unos días bastante rebelde. Podría intentar aventurarse en tu ala.

—Anotado. Pelearé con ella cuando quiera, donde quiera.

—No vas a tocarle ni un solo pelo —repliqué, con un tono más áspero y duro de lo que pretendía.

Eso hizo que Seb levantara la vista del agua.

—¿Perdón?

—No puedes tocarla si viene aquí. Ni hacer una escena. Si tan siquiera la haces sentir un poco incómoda…

—¿Entonces qué? —Se puso de pie. Seb vivía para hacerme sentir pequeño, culpable e insignificante—. ¿Qué vas a hacer? Soy el hermanito al que le arruinaste la vida. No te atreverías a tomar represalias contra mí.

Tal vez fueron las constantes jugarretas mezquinas de Briar. Tal vez fue la década y media de noches sin dormir. Tal vez fue la tensión de tener a la mujer más sexi del planeta frotándose contra mí veinticuatro siete.

Pero, por primera vez desde que arruiné la vida de Seb, exploté.

Avancé de golpe y quedé frente a frente con él, invadiendo su espacio personal. Nuestras narices casi se tocaron. El aliento me salía pesado, desbocado. Ni siquiera sabía por qué. Por qué al fin decidí acabar con toda esta mierda.

—No me importa lo que te haya hecho hace casi veinte malditos años, Sebastian. —Le clavé un dedo en el pecho—. Fue un error, y lo pago todos los días. Carísimo. Te he pedido perdón. Te lo pido todo el tiempo. Pero te lo digo ahora: si le haces daño a esa mujer, te voy a destruir y no voy a dejar nada para que otros lo puedan rematar. ¿Entiendes?

Sus ojos azules brillaron. Me pregunté si lloraría. Me pregunté si siquiera podía hacerlo. Nunca había visto llorar a Sebastian. No desde que tenía cinco años. Ni siquiera después de lo que le hice.

—Si te importa tanto, ¿por qué aceptaste dejarla?

Por tu culpa, quise gritar. *Porque estaba demasiado ocupado intentando arreglar las cosas contigo. Intentando arreglarte. No podía salvaros a los dos, así que te elegí a ti.*

Recordé el momento en que le prometí a Sebastian que me mantendría alejado de Briar.

Seb estaba sentado en la cama del hospital mientras yo sujetaba un espejo frente a él, observando cómo se quitaba las vendas del rostro. En el segundo en que se vio, vomitó. Sobre el espejo. Sobre mi brazo. Sobre las sábanas. Sobre los azulejos de la clínica. Luego me miró, completamente serio, y preguntó:

—¿Quieres compensármelo?

Asentí, con el corazón en la garganta.

—Te daré lo que quieras.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea —prometí.

—Quiero tu felicidad.

Me quedé helado, temiendo a dónde iba con eso.

—Seb…

—Aléjate de Briar Rose.

Sentí como si me hubiera dado una puñalada traicionera.

—¿Perdón?

—Me quitaste cualquier posibilidad de felicidad que tuviera. Yo voy a quitarte la tuya. Deja a Briar Rose, vive tu miserable vida sin ella y recuerda lo que se siente que te arranquen aquello que más te importa.

Podría haber dicho que no. Decirle que solo hablaba desde la ira, el miedo y la frustración de haberlo perdido todo. Que tal vez en un mes, o un año, o incluso cinco, se arrepentiría de haberme pedido que la dejara.

Pero no lo hice.

En vez de eso, acepté.

—Porque tú me lo pediste —dije en voz baja, aunque ni yo mismo me creía.

—Eso es una montaña enorme de mierda y lo sabes. —Sebastian dio un paso atrás, al tiempo que negaba con la cabeza y cerraba el grifo—. Pero está bien. Prometo no despedazarla miembro por miembro si encuentra el camino hasta aquí.

—Gracias.

—Pero no prometo no hablar pestes de ti.

Ya se estaba bajando el pantalón corto, señal de que debía irme.

—Está bien. —Hice un gesto con la mano por encima del hombro —. Únete al club.

—Soy el presidente. —Le cerré la puerta en la cara, negando con la cabeza, aunque no antes de que llegara a gritar—: No te preocupes, Ollie. Si te hace sentir mejor, estoy seguro de que ella te odia menos de lo que yo te odio.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Oliver

Tirarme de cabeza por un acantilado. Intoxicación alcohólica. Ahorcado con la barba hasta la cintura del camarero, que juraría había encontrado la forma de colarse en mi vino.

No sabía cómo me iba a matar esta noche. Solo sabía que lo haría.

En ese momento contemplaba coger el cuchillo de carne y atravesarme el corazón. Aunque estaba abierto a otros métodos, entre ellos llenarme los bolsillos de piedras y hundirme en el lago (gracias, Virginia Woolf) o lo de siempre: subirme al Lambo y pisar el acelerador a fondo hasta estrellarme contra el roble más cercano.

Decir que la cena era una experiencia terrible sería como decir que un tsunami era húmedo. La cena no era terrible. Era una carnicería violenta digna de Jack el Destripador. La aniquilación total de los míseros restos de mi alma.

Irónicamente, la decoración me recordaba a un cuento de hadas. Una larga mesa rústica se extendía por el perímetro del muelle, flanqueada por bancos de madera. Sobre el sencillo mantel de lino,

candelabros de cuernos falsos de ciervo y rosas azules formaban un patrón a lo largo del centro.

Las velas brillaban en tono anaranjado e iluminaban nuestros rostros. Olas suaves golpeaban la orilla y se enredaban con la arena antes de retirarse. Nos atiborrábamos de granadas, champán importado y pan rústico recién horneado. Todo era perfecto. Absolutamente perfecto. Excepto por la compañía.

—Rosas sin espinas. —Briar tomó una de las rosas, recién cortadas de nuestro jardín, y examinó los pétalos aterciopelados entre sus delicados dedos. Una sonrisa amarga cruzó su rostro—. Quitarle las espinas a una rosa es como quitarle las uñas a un gato. Los deja indefensos para protegerse. ¿Ese es el tipo de hombre que eres, Ollie?

Todas las miradas en la mesa se volvieron hacia mí.

—No. —Contuve el pico de frustración, intentando sonar despreocupado—. Solo me preocupaba que Dallas se lastimara. Ella es, eh…, única.

Romeo dejó su cuchillo de carne, se limpió las comisuras de la boca como un aristócrata experimentado y me gruñó:

—Estás a punto de someterte a unas cirugías muy jodidamente especiales para que te vuelvan a unir los huesos si no le pides disculpas a mi mujer ahora mismo.

Su mujer, sin embargo, no se ofendió.

—Briar, me encanta tu vestido. —Dallas se dio una palmada en su generoso escote, cubierto por un Valentino bordado que costaba más que un apartamento en Nueva York—. ¿De dónde es?

—Déjame ver. —Briar llevó la mano hacia atrás y arrancó la etiqueta del cuello de su vestido marrón con lunares, entrecerrando

los ojos para leerla. El sonido de la tela rasgándose cortó el aire—. Parece que es lo mejor de Target. —Se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos—. ¿En serio, Ollie? ¿No pudiste invertir en ropa decente para mí? ¿Eres tan tacaño?

Romeo se atragantó con su *whisky sour*. Zach soltó una risa nasal. Los ojos de Frankie iban y venían entre mi falsa prometida y yo.

Respiré hondo para tratar de calmarme.

—Es cosa tuya, pequeña guerrera ambiental. No crees en la ropa de diseñador.

—Es ropa, no astrología. No es cuestión de creencias. —Briar puso los ojos en blanco y se terminó mi copa de champán—. Esto es moda rápida. La moda de lujo no es incompatible con la sostenibilidad. Stella McCartney, Burberry, Chloé. Muchos diseñadores tienen colecciones sostenibles. Solo admite que eres tacaño.

Eso resumía el tono de nuestra cena. Sus cuarenta y siete minutos completos. Alguien le preguntaba algo a Briar o la halagaba, y ella encontraba la forma de usar el nuevo tema para atacarme.

En ese momento yo era el nada orgulloso dueño de unas quince dianas, y ni siquiera habían servido el plato fuerte.

—Mañana te llevo de compras —murmuré dentro de mi Negroni. Necesitaba algo más fuerte. Cianuro, por ejemplo.

La única razón por la que no la había ahogado en lujosos vestidos era porque el doctor Cohen había subrayado la importancia de mantener sus cosas antiguas disponibles para ella, incluyendo su ropa. Podría ser perjudicial que se encontrara con un armario lleno de cosas que nunca eligió.

Mi mirada pesada se deslizó hacia la ventana de Sebastian. Las cortinas *blackout* cubrían todo el largo. Si no hubiera estado aferrado a cada centímetro de la tela, me lo habría perdido. Un movimiento muy leve. Seb estaba ahí. Pegado a la ventana. Escondido tras la cortina.

Quiere estar aquí abajo. Quiere volver a vivir.

Pero no lo haría, así que me terminé el cóctel, aunque deseaba haber optado, en efecto, por el cianuro.

Cuando me negué a entrar en la enésima pelea que intentaba provocar, Briar ignoró mis palabras, como si me considerara irrelevante.

—Entonces, Romeo. ¿Tu trabajo como traficante de armas es a jornada completa? —Se volvió hacia él—. No sé cómo será eso, ya que mi futuro esposo no trabaja.

Él apretó los labios y contuvo una risa.

—Correcto.

—¿Sabes? Ayer recorrí la propiedad y la encontré un poco aburrida. Me preguntaba si podrías hacerme un favor.

—Puede —asintió Dallas por su marido, sin siquiera escuchar el favor—. Lo que quieras, amiga. Cuentas con nosotros.

—Gracias. —Briar sonrió sobre su sopa vegetariana *joumou* mientras buscaba señales de horror en los rostros de los demás—. Odio molestar, pero no sabía dónde más conseguir un lanzallamas.

Farrow se atragantó con un pedazo de pan. Zach dejó caer la cuchara dentro de su *poulet aux noix* y le dio palmadas en la espalda.

—Qué divertido. —Dallas se animó y brindó con su bebida—. ¿Para qué?

—Estoy en mi etapa de chica gótica. —Briar señaló el acantilado al otro lado del lago—. Los arbustos de allí son demasiado verdes. Arruinan el ambiente.

Romeo arqueó una ceja y fue el primero en romper el silencio que reinaba.

—Entonces, ¿quieres… quemarlos?

—¿Qué? —Briar miró alrededor con fingida sorpresa—. ¿Conoces otra forma rápida de volverlos negros? Además, destruir cosas es muy terapéutico. Pregúntale a Oliver. Él hace eso con su propia vida cada pocos años.

Una oleada de risas recorrió la mesa. Mi mandíbula se tensó. No necesitaba una bola de cristal para saber hacia dónde iba la noche. Podría irme y terminar con mi sufrimiento, pero me quedé por ese leve movimiento de la cortina. La pequeña posibilidad de que Sebastian nos estuviera observando desde arriba, absorbiendo nuestra risa por ósmosis.

—Ah. —Dallas se dio una palmada en la frente—. Olvidé el *griot* que preparó Hettie. —Empujó su silla y se puso de pie—. Si me necesitáis, estaré en la cocina, matando un cerdo como Briar acaba de hacerlo.

—De hecho, me encantaría un recorrido por tu lugar de trabajo. —Briar seguía enfocada en Rom—. He oído que Dallas condujo un tanque hacia un bache.

Zach soltó una carcajada sobre sus tostones crujientes.

—No, hizo que un tanque cayera en un bache. Hay diferencia.

—En fin. Me encantaría una visita por el lugar. He recordado que soy una gran fan de las armas de fuego. —Briar se dio unas

palmaditas en la cadera como si escondiera algo ahí—. Tengo mi propia colección para demostrarlo.

Romeo tomó su vaso, aflojando el cuello de su camisa con un dedo.

—¿Tienes armas?

—Muchas. Empecé con algo pequeño, unas cuatro 500 S&W Magnum, pero luego me aburrí un poco, así que conseguí algunas armas militares históricas e incluso una ametralladora completamente automática.

Mentira. Mi gente revisó su horrible apartamento en Los Ángeles de arriba abajo. No tenía ni una sola arma. Mucho menos una ametralladora. Claro que no la desmentí. Sabía lo que le debía.

Zach entrecerró los ojos.

—¿Y qué demonios planeas hacer con una ametralladora automática?

—Se me ocurre una cosa. —Dallas, que acababa de regresar, miró de Briar a mí, claramente entretenida—. Tres, si cuentas sus testículos.

—Me encantaría ver tu colección de armas, Briar. —Romeo le siguió el juego, sabiendo con seguridad que mis arterias estaban a segundos de estallar sobre la mesa—. Sería un honor.

—Hablando de honor… —Briar se volvió hacia Zach—. El otro día recordé algo. Una vez tuve el honor de hacerte ganar una fortuna.

Él le dedicó una sonrisa condescendiente.

—¿Ah, sí?

—Hace unos años fui tendencia número uno en tu página porno. Ingresos por publicidad, cariño.

—¿Un vídeo sexual? —Frankie escupió vino por toda la mesa—. Ni yo hice eso. Amiga. —Se inclinó para chocar la mano con Briar—. Habrías sido la jefa más enrollada del mundo.

—De hecho… —Briar infló el pecho—. Creo que sigo siendo la primera en los resultados de búsqueda bajo cierto fetiche.

Pegué una sonrisa falsa en mi rostro y fingí interés en mi rabo de buey. Lo más probable era que Briar lo hubiera descubierto todo y hubiera decidido cobrarse su venganza de manera lenta y dolorosa.

Quiere que pierdas la cabeza y lo poco que te queda de paciencia, me recordé. *Lo más probable es que haya recuperado la memoria por completo y sepa que no la confrontarás al respecto.*

Después de todo, tenía que seguirle el juego, por la remota posibilidad de que estuviera teniendo una crisis nerviosa y no mintiendo.

Genial. Jodidamente fantástico. Mi vida no deja de mejorar.

—Me impresionas. —Farrow le dio una palmada en el hombro a Zach mientras fruncía el ceño con falsa compasión.

—¿Ah, sí?

—Por ser dueño de una web porno cuando tú mismo fuiste virgen durante tantos años, hasta que conociste a Farrow. Debió de haber sido duro. —Mi falsa prometida se llevó los dedos a los labios, abriendo los ojos—. Sin doble sentido, claro.

A esas alturas, me retorcía en el asiento como si tuviera el trasero en llamas. Briar me estaba provocando. Quería llevar las cosas al límite. Ver hasta dónde podía llegar antes de que la enfrentara, para que yo quedara como un completo idiota.

Cada fibra de mi ser quería devolvérsela. ¿Quería una boda temática de *Frozen* en medio de la nada? Pues hagámosla, a la

mierda. No iba a ser el primero en parpadear en esa competición absurda. Si de terquedad se trataba, nadie iba a ganarme.

Zach cortó su cerdo con expresión aburrida.

—¿Y cómo sabes que era virgen?

—Farrow me lo contó en el avión a Texas. —Señaló a Fae con el dedo—. Uy, perdón. ¿Era secreto?

Todos sabíamos que a ninguna de las dos le importaba. De hecho, la única persona en esa mesa que todavía guardaba secretos de verdad era yo. Estos días, mis amigos vivían sin vergüenza.

Lo más probable era que por eso, de todos los trapos sucios en Dark Prince Road, Briar había elegido *esos* temas. Los seguros. Quería empujar los límites, pero no se metería en serio con nadie que no fuera yo.

Mi mano se cerró con fuerza alrededor de la cuchara.

Romeo retomó la conversación.

—¿Qué fetiche?

Los camareros avanzaron hacia nosotros como una bandada de uniformes blancos para retirar los platos y servir *dous makos* y *kokiyòl* de postre.

—*Chick pass*. —Briar mordió un dónut y alzó una ceja—. ¿Os suena?

No sabía si reír o llorar. Si estrangular o besar a esa mujer imposible. Solo sabía con certeza que llevaba veinticuatro horas tomándome el pelo… y que tenía un sentido del humor excelente y una agudeza mental que estaba a la altura.

Hice girar mi bebida en la mano y por fin intervine.

—Qué curioso que últimamente pareces recordar tantas cosas de tu pasado, Mimitos.

—¿No es genial? —Briar me sonrió—. También recordé que te compramos ese aparato para agrandar ya-sabes-qué. ¿Te ha llegado?

Dallas se llevó una mano al pecho y cerró los ojos.

—¿Podemos tomarnos un momento para apreciar cómo Briar ha superado a Oliver siendo más Oliver que Oliver?

Zach se volvió hacia Briar.

—¿Cómo se llama tu vídeo sexual?

Abrió la boca para responder y, aunque estaba seguro al 99 % de que ese vídeo no existía, solté entre dientes:

—Voy a mandarte la cara a otro planeta de un puñetazo si le haces una pregunta más sobre eso, Sun.

—Vamos, Ollie. Estoy orgullosa de mi pasado. —Briar agarró mi rodilla bajo la mesa, la masajeó y deslizó los dedos por la parte interna de mi muslo hasta casi arrancarme un gemido del fondo de la garganta. Jugaba sucio—. ¿Tú no estás orgulloso de tu pasado?

Bien. Ahora sabía que lo recordaba todo. Cada detalle vergonzoso que nos había traído hasta aquí.

—Tienes razón. —Me concentré en no correrme en mis pantalones como un adolescente—. Por favor, continúa.

Y ya que estamos, ¿cuándo recuperaste la memoria? ¿Cuánto tiempo llevas con esta farsa?

Tenía la cabeza hecha un caos. Mi entrepierna, en cambio, tenía muy claros sus sentimientos. Quería salirse por la cremallera y llegar hasta la Vía Láctea.

—Entonces. —Briar miró a Zach—. ¿Recuerdas *«Two Girls, One Cup»*?

—Cómo olvidarlo. —Zach me lanzó una sonrisita rápida y satisfecha, la de alguien que sabía que mi agonía era comparable a la de Jesucristo en su último aliento—. Es un hito cultural en el ámbito de la pornografía.

—Mi exnovio y yo lo recreamos con un *sundae* y unas nueces. Tú decides a cuál par me refiero.

Todos estallaron en carcajadas. Yo quería pasar directamente a la parte de mi piadosa ejecución.

—En serio. —Briar dejó el tenedor y apartó el plato—. Por eso decidí convertirme en coordinadora de intimidad. Es mi misión en la vida llevar la mayor cantidad posible de cuerpos desnudos y momentos sexis a la pantalla.

Zach elevó su copa en dirección a ella.

—Te agradecemos tu servicio.

—Es encantadora. —Frankie se abanicó con la mano—. En serio, me tiene obsesionada.

—Yo también —coincidí.

Dallas le robó el postre a Romeo.

—¿Tu coprotagonista es ese ex del que hablaste en Texas? ¿Grant?

—Ese mismo.

—El ambientalista que salva focas —murmuré en mi bebida.

Dallas señaló a Farrow.

—Fae y yo lo buscamos por internet.

—¿Y qué os pareció? —Briar movió las cejas—. Está bueno, ¿eh?

—Totalmente. Si lo tuyo con Ollie no funciona, es atractivo.

Al diablo. Golpeé mi vaso con más fuerza de la necesaria y derramé ginebra por el borde.

—¿Qué en específico?

La respuesta de Briar fue inmediata.

—Sus cejas.

—«Sus cejas» —repetí, inexpresivo.

Se dio golpecitos en la barbilla.

—Y sus dientes.

—¿Sus dientes?

—Y le gusta leer literatura erótica.

—Ohhh… —Eso captó la atención de Dallas. Se inclinó hacia delante, olvidando los dónuts haitianos—. ¿En serio? Eso sí que es atractivo.

Romeo entrecerró los ojos y desvió la conversación.

—Dime, Briar. ¿Recuerdas algo de Texas?

—¿Del viaje? —Asintió—. Recuerdo todo lo que las chicas me contaron. Como que Farrow hizo trampa para entrar en los Juegos Olímpicos, pero al final no compitió.

Farrow se encogió de hombros, sin afectarse. Ni siquiera entraba en el top diez de cosas que quisiera ocultar. Todos sabíamos que Fae se había convertido en una especie de leyenda viva con lo de los Juegos Olímpicos, y Dallas pensaba que el mundo funcionaría mejor si nadie tuviera empleo.

Perfecto. Con las chicas usaba guantes de seda, pero conmigo había sacado las garras.

—Y recuerdo que Dallas nunca ha aguantado en un trabajo… —se volvió hacia ella con una sonrisa serena—… y que prácticamente fue vendida en matrimonio por un padre que jamás la apoyó. Por suerte, se enamoró de su secuestrador, quien, afortunadamente, tiene los medios para financiar su adicción a las compras.

Maldita sea, había llegado a esta cena con pruebas. Solo podía imaginar qué diría de mí cuando llegara mi inevitable turno.

Dallas se encogió de hombros mientras robaba restos del plato de su hermana.

—Me casé con un multimillonario. No voy a poner un puesto de limonada fuera. Las cosas son lo que son.

—Vale, esto está divertido. —Frankie chilló—. Sé que no fui a ese viaje, pero ¿puedes meterte conmigo también? —Levantó la mano como una alumna ansiosa por participar—. Yo también. Yo también.

No pude contener el gruñido. Esto ya estaba mal… y estaba a punto de empeorar.

Briar inclinó con lentitud la cabeza hacia Frankie, con una sonrisa serena pintada en el rostro.

—Guardé lo mejor para el final, Frankie.

Se me hundió el estómago. Por primera vez en toda la noche, el rostro de Briar se endureció con alguien que no era yo.

Sostuvo la mirada de Frankie.

—Hoy, mientras ordenaba los asuntos de mi prometido en su oficina, me encontré con sus estados de cuenta bancarios.

¿Entró a mi oficina? ¿Cuándo? ¿Cómo? Rara vez la perdía de vista.

—Es lo más extraño. —Briar chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza—. Tenía muchísimos cargos en su tarjeta de crédito que llevaban a tiendas de diseñador, todos en Georgia. Y pensé… ¿a quién podría conocer Oliver que viva en Georgia? Alguien lo bastante cercano como para prestarle su tarjeta. Alguien lo bastante imprudente como para acumular cuentas de cuarenta mil dólares en vestidos y zapatos. —Apoyó la barbilla en el puño—. ¿De quién creéis que me acordé?

—Yo… eh, ¿Posh Spice? —Frankie sonrió con esperanza—. Le encantan los bolsos de diseño.

Cerré los ojos y me cubrí el rostro con las manos. Lo más irónico de todo era que jamás había tocado a Frankie, ni tenía el menor deseo de hacerlo.

—Tú, Frankie —dijo Briar con total naturalidad—. Estás teniendo una aventura con un hombre comprometido que te dobla la edad. Espero que estés orgullosa de ti misma. —Se puso de pie, tomó la servilleta de su regazo y la arrojó sobre la mesa.

—En realidad no es así. —Frankie se levantó de un salto. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Salió corriendo tras Briar, que avanzaba a zancadas hacia la casa—. Te juro que nunca lo toqué. Jamás. Y no porque no lo haya intentado. —Se detuvo para lanzar una mirada de disculpa a su hermana—. Perdón, Dal.

Dallas suspiró.

—Está bien. La deficiencia de vitamina D viene de familia.

Frankie siguió persiguiendo a Briar por el césped.

—Él no me hacía ni caso.

Aunque lo único que deseaba era meter la cabeza en la boca de uno de los muchos lanzallamas de Romeo, algo me impulsó a ir tras ellas. Tal vez saber que Briar no quería matar a Frankie. Quería mi cabeza en una bandeja. ¿Dónde estaba su vegetarianismo?

—Él no me hacía caso, y sé por qué. Porque está obsesionado contigo. —Frankie se levantó el vestido para correr más rápido—. Siempre estuvo obsesionado contigo. Me di cuenta la primera vez que os vi juntos en el hotel. Eres tú. Las demás solo eran una distracción.

Briar agarró el pomo de la puerta trasera y la abrió de un tirón.

—Es un mujeriego.

—Es un santo —replicó Frankie mientras la seguía al interior de la casa.

—Está roto.

—Tú también —respondió ella en un raro susurro. Quizá el único momento de lucidez que le había visto a Frankie—. Y yo. Todos lo estamos. Lo perfecto es muy aburrido. Es predecible. Los defectos mantienen las cosas interesantes.

Pasé junto a Frankie y sujeté a Briar del hombro.

—Frankie, regresa fuera.

—No puedo hacerlo si está enfadada conmigo. —Frankie levantó los brazos como una niña. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Cree que estamos teniendo una aventura. Yo jamás haría eso. Nunca me metería con alguien que ya tiene pareja.

Miré de reojo la escalera. Briar ya había desaparecido hacia la habitación. Estaba ansioso por enfrentarme a ella. Saber qué era lo que sabía. La electricidad me recorría cada fibra del cuerpo. Por primera vez en años, me sentía vivo. Lleno de algo que no era pura miseria.

Guie a Frankie hacia la puerta del patio.

—No cree que tengamos una aventura.

—Claro que sí. Ella misma lo ha dicho.

—Lo que quiero decir es que, aunque lo crea, no le importa. —La espanté con ambas manos—. Ahora vete. Por favor.

—No antes de...

—Frankie. Lárgate antes de que llame a seguridad y te saquen. ¿Sí? Necesito hablar con mi prometida.

Mi prometida.

Qué chiste.

Se acabó la farsa. Briar ya me había descubierto. Era hora de enfrentar las consecuencias. No iba a ser sencillo. Más bien todo lo contrario.

Y, aun así, fui. Sin dudar.

Porque incluso su odio era mejor que su indiferencia.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Briar

Seb vB: Me he enterado de todo ese desastre.
Seb vB: Yo y medio litoral este.
Seb vB: ¿¿¿Estás bien???
Seb vB: Supongo que eso significa que te vas.
Seb vB: No te vayas.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Briar

Eso no salió como lo había planeado.

El plan: presionar a todos para que confesaran sus mentiras y luego largarme de ahí como una chica dura, con la barbilla en alto, como si no me importara lo más mínimo la farsa de Oliver.

No planeé que la «amante» de mi prometido saliera corriendo detrás de mí, llorando.

No planeé que mis supuestas mejores amigas disfrutaran mientras me metía con ellas.

No planeé que los mejores amigos de Oliver me siguieran el juego con mis afirmaciones descabelladas.

Obviamente —y esto me lo llevaría a la tumba— esa gente no era tan horrible. Más bien, lo contrario.

Habían aceptado seguir el absurdo plan de Ollie no porque les divirtiera dejarme en ridículo, sino porque eran personas decentes y no querían arriesgarse a retrasar mi recuperación.

Además, Dallas y Fae no tenían por qué llevarme a Texas para intentar activar mi memoria. Ellas eligieron hacerlo.

De cualquier forma, encontraría un momento para disculparme.

No fueron ellos quienes me abandonaron después de quitarme la virginidad, me obligaron a caminar desnuda por las calles de París y me ignoraron semanas después, solo para, meses después, dedicarse a coquetear abiertamente en redes con una modelo increíblemente atractiva de Instagram, con pechos diez veces más grandes que los míos.

No te importa, no te importa, no te importa.

Superaste a Oliver hace siglos.

Es hora de irte y no volver a verlo jamás.

Arrastré mis dos maletas hacia las puertas dobles de la habitación principal e ignoré a Oliver cuando apareció en el marco. Se había quedado unos momentos más con Frankie, y me pregunté de qué habrían hablado.

No es asunto tuyo, Briar.

Claro. Podían follar hasta reventar, me daba igual.

Y, aun así, la idea de que tuvieran una aventura me erizaba la piel y me revolvía el estómago.

Oliver cerró las puertas detrás de él y me bloqueó el paso. Una serie de emociones cruzaron su rostro. Ira. Sorpresa. Determinación.

Nunca lo había visto así.

Tan… vivo.

—Por favor, déjame pasar. —Me colgué la mochila al hombro, asegurándola en la espalda—. Gracias por el alojamiento, pero quiero irme a casa.

—Has recuperado la memoria. —Sus fosas nasales se ensancharon —. Lo recuerdas todo.

Le ofrecí una sonrisa impaciente.

—Sobre todo la parte en la que te detesto.

—¿Cuándo empezaste a recordar?

—No es asunto tuyo.

—Lo que has hecho ahí abajo ha estado fuera de lugar. —Señaló detrás de él, hacia la cena.

—¿De verdad vamos a hablar de comportamientos fuera de lugar? —Incliné la cabeza y me crucé de brazos—. Porque quizá prefieras sentarte y reservar una hora… o siete.

Entrecerró los ojos, negó con la cabeza y luego alzó las manos en señal de rendición.

—Mira, sé que debes estar enfadada…

—No estoy enfadada. Estoy aliviada. Recuerdo a la perfección en qué punto estamos, y ahora puedo seguir con mi vida sabiendo que nunca volveré a ver tu cara.

—¿No crees que merezco terminar la conversación que dejamos a medias en el Grand Regent después de todo lo que he hecho por ti?

—Recuérdame qué has hecho por mí. —Dejaría caer la mandíbula al suelo, aunque lo más probable era que el suelo estuviera lleno de fluidos humanos en los que prefería no pensar—. ¿Acostarte conmigo, dejarme tirada en un país extranjero, terminar conmigo o…?

—Salvarte la vida, acogerte en mi casa, cuidarte hasta que te has recuperado, traer todas tus cosas en avión para que tuvieras una sensación de normalidad.

—Ah, claro. —Chasqueé los dedos—. Se me había olvidado que te debo la vida por no dejarme morir después de que me lanzaste de cabeza a un obstáculo de agua. —Junté las palmas—. Gracias… por tu caridad, tu generosidad y, sobre todo, tu humanidad sin límites.

Por cierto, la respuesta a tu pregunta de si puedes tener cierre o no es no. Si yo no lo tuve hace quince años, supongo que tendrás que esperar al menos quince más para que estemos en paz. Ahora, ¿puedo irme?

—Puedes. —Se hizo a un lado y dejó libre el paso hacia la puerta. Eso me sorprendió un poco. Oliver no era de los que se rendían sin pelear—. Mucha suerte.

Agarré las dos maletas, una en cada mano, y las llevé hasta el borde de la escalera curva. Una barbaridad de escalones me separaba del descansillo. Al menos dos docenas.

Había subestimado mi fuerza.

No estaba de humor para cargar las maletas por las asas, así que las empujé con la punta del pie, y miré cómo se precipitaban dando tumbos hasta la planta baja.

Rebotaron de escalón en escalón, con suerte abollando su preciado mármol en el proceso. Podía soportar algunos golpes.

Se lo merecía.

Bien.

Había dicho lo que pensaba. Habían pasado quince años y yo nunca tuve un cierre. Después de tanto tiempo, no debería importar.

Pero importaba.

Él se había convertido en una persona completamente distinta al chico del que me enamoré, pero yo seguía siendo yo. La chica rechazada por todos los que había amado: su madre, su padre, su padre biológico y su primer amor.

Ese muro que había levantado —lleno de espinas, duro y furioso— era lo único que tenía para protegerme.

Cuando llegué al descansillo, saqué el teléfono y lo revisé. Seb me había dejado varios mensajes.

Pasábamos tiempo juntos siempre que Oliver me daba espacio, y ya se había acostumbrado a que yo apareciera unas cuantas veces al día. Incluso había dejado de esconder el rostro entre las sombras.

La culpa me recorrió la columna.

Irme echaría por tierra cualquier progreso que hubiera logrado.

Lo sabía.

—Por cierto —dijo Oliver desde la barandilla de la segunda planta, con los codos apoyados en la caoba pulida—. ¿A dónde planeas ir, exactamente?

Lo siento, Seb. No puedo quedarme aquí con este cabrón.

—A casa. —Le lancé a Oliver una mirada asesina—. A Los Ángeles.

—Oh. —Hizo una mueca con gran dramatismo—. Sobre eso.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué?

—Rescindí tu contrato de alquiler y vendí tu coche —anunció con los hombros encogidos.

Me giré en redondo hacia él.

—¿Que hiciste qué…?

—No tenía opción. Pensé que te quedarías aquí meses. Eso fue lo que dijo el doctor Cohen. Deposité el dinero del coche en tu cuenta de ahorros. Por cierto, deberías cambiar tus contraseñas. Siguen siendo las mismas de hace quince años.

Pateé mi equipaje y apoyé las manos en la cintura.

—No tenías ningún derecho a hacer eso.

—Tuve que tomar decisiones ejecutivas. Ese apartamento no era adecuado para ti, de todas formas. Cero seguridad. Y el coche era

más viejo que tú.

—No estoy tan vieja.

—Eres *vintage*.

—Vete a la mierda.

—¿Qué? Me gusta lo *vintage*.

Apreté los labios en una línea fina. No quería quedarme ahí discutiendo con él. Tenía problemas más grandes que resolver.

—Adiós, Oliver.

—Adiós, Briar —respondió, con tono ligero y juguetón.

Pedí un Uber en la entrada de su mansión y salí por la puerta principal, consciente de que sus invitados seguían en el otro extremo de la propiedad.

Mi supuesto prometido no salió tras de mí mientras arrastraba mis maletas por el camino de grava, y recorrí los cuatrocientos metros sin que nadie me siguiera.

Me pregunté por qué eso me molestaba.

Era exactamente lo que quería. Dejarlo a él y al pasado atrás.

Y, aun así, se sentía como romper otra vez.

Quizá seguir adelante no es lo mismo que soltar.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Oliver

¿Así se sentía Sebastian, escondido tras una cortina gruesa, viendo cómo el mundo seguía adelante sin él?

Me quedé junto a la ventana del segundo piso, oculto a la vista, con un vaso de whisky en la mano que no tenía ganas de beber.

Un Uber se detuvo frente a la reja principal. El conductor bajó, abrió el maletero y lanzó las maletas destartaladas de Briar dentro sin el menor cuidado.

En el jardín, la cena seguía con la segunda ronda de platillos principales, cortesía de Hettie, que ya antes había logrado colar comida haitiana en la fiesta.

Al parecer, mis invitados tenían más apetito por el circo que era mi vida que por el menú vegetariano que había preparado para complacer a mi falsa prometida.

Mi ex falsa prometida.

Di un buen trago al líquido ámbar y lo dejé girar en mi boca. Dejarla ir era lo correcto. No tenía otra opción.

Lo nuestro no tenía futuro.

Mierda, lo único que tenía era nostalgia.

Y eso no era suficiente.

Yo era un desastre, alguien que le había hecho daño. Ella era brillante, deslumbrante, fuerte, independiente y divertida. Con una carrera impresionante y un cuerpo de yoga que dejaba en ridículo a las supermodelos.

Había intentado mantenerme firme, hacerme el indiferente, fingir que sus palabras no atravesaban mi piel hasta lo más profundo.

Y, en su mayor parte, lo había logrado.

Si quisiera, podría bloquear el acceso al aeropuerto en un abrir y cerrar de ojos. Demonios, podría hacer una llamada a algunos miembros del consejo en Delta o United y cancelar todos los vuelos de salida de la zona esta noche si realmente me lo propusiera.

Podría retrasarla. Quizá incluso detenerla.

Pero no lo hice.

Los últimos días habían sido frustrantes, divertidos, aterradores y confusos, pero también electrizantes. Quería las discusiones, el coqueteo punzante, la tensión sexual y los constantes intentos de superarnos.

Y aun así…

La dejé ir.

Por primera vez desde la lesión de Sebastian, admití que no había hecho aquella promesa de alejarme de Briar porque se lo debiera a él.

Lo hice porque la idea de que yo era un cáncer para quienes me rodeaban se intensificaba a cada minuto.

Después del accidente, Seb no podía mirarme a los ojos. Papá negaba con la cabeza cada vez que me veía. Mamá ni siquiera soportaba quedarse en la misma habitación conmigo por mucho tiempo.

Mi propia familia no tenía fe en mí.

¿Cómo podía esperar que Briar la tuviera?

No quería arruinar su vida como arruiné la de Seb. Así que me aferré a su exigencia y la usé como excusa para hacer lo que ya tenía planeado hacer.

Me volqué en la tarea de ayudar a mi hermano a recuperarse y corté todo contacto con Briar, consciente de que mi presencia solo complicaría su vida.

No merecía el amor de nadie.

Como aquella noche, elegí lo que era correcto para Briar.

Elegí su camino y perdí de vista el mío.

La puerta del pasajero del Uber se cerró. El Prius salió del callejón sin salida y desapareció de mi vista.

Arrojé el vaso de whisky contra la ventana y observé cómo se hacía añicos y el oro líquido se deslizaba por el hormigón desnudo.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Briar

—Malditos coches que se te pegan.

El conductor del Uber se acarició el bigote espeso y apretó los dedos alrededor del volante. Al oírlo, giré el cuello y miré por la ventana trasera. Un Fiat deportivo se acercaba peligrosamente, casi rozando nuestro parachoques. El conductor encendió las luces, indicándonos que nos detuviéramos en la orilla.

No había nada más que bosque denso y oscuridad absoluta a nuestro alrededor. La carretera sinuosa se extendía hacia la ciudad, completamente vacía salvo por nuestro Prius y el Fiat. Pinos a ambos lados. Si nos embestía, nadie vendría a rescatarnos.

Saqué el teléfono y desbloqueé la pantalla.

—¿Llamo a la policía?

—¿Qué demonios le pasa? Nos va a matar. —Mi conductor, ya mayor, aceleró, con ambas manos firmes en el volante—. Sí. Llama a la policía.

—Un momento. —El corazón me dio un vuelco—. ¿Puede verle la cara?

Eres una masoquista, Briar.

No reconocía el Fiat. Pero en el remoto caso de que fuera Oliver, no podía denunciarlo. De hecho, la posibilidad de que me estuviera persiguiendo me complacía.

Definitivamente necesitaba volver con mi terapeuta.

—No mucho. —El conductor entrecerró los ojos en el retrovisor—. No se le distingue bien la cara. Lleva una máscara negra y una gorra de béisbol. Pero tiene el cabello largo. —Movió la boca de lado a lado—. Claro. Tal vez rizado. Tipo guapo. Joven. Un revoltoso, seguro. A veces vienen de vacaciones por aquí.

Imposible.

No puede ser.

—Deténgase —ordené, con el corazón a mil por hora.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Por favor. Hágalo.

Soltó un suspiro corto y se frotó la nuca.

—Está bien. Pero lo voy a contar como parada adicional. Tendrá que cambiarlo en la aplicación.

—De acuerdo.

—Y más le vale ponerme cinco estrellas, señorita.

Puso el intermitente y se detuvo en el arcén. El Fiat hizo lo mismo y aparcó detrás. Bajé del asiento trasero y cerré la puerta de golpe. Rodeé el maletero hacia el otro coche. El conductor salió, y todo el aire de mis pulmones se escapó de golpe.

Sebastian.

Salió de su ala.

Salió de la casa.

—Eres descarada, eh, ¿lo sabías? —Apretó los puños y los metió en los bolsillos de la chaqueta—. Irte así, sin despedirte.

Seb caminaba de un lado a otro, negándose a mirarme a los ojos. Todo su cuerpo temblaba, y sabía que no era por el frío.

Ay, Seb.

Me recordaba tanto al niño que solía seguirnos a Oliver y a mí mientras jugábamos a ser piratas en los juegos del parque y competíamos en los toboganes. Antes de convertirse en la estrella atleta, fue el único hermanito que conocí.

—Lo siento —dije en voz baja, y lo decía en serio. Me abracé a mí misma para contener el impulso de abrazarlo—. Pensaba despedirme. Todo fue muy repentino…

—No lo hiciste. —Se ajustó la gorra—. ¿Desde cuándo planeabas esto? ¿Desde cuándo has recuperado la memoria?

—Recordé después de volver de Baylor —admití—. En el lago. El día antes de escribirte que sabía la verdad. Tan solo regresó de golpe, y de pronto todos esos fragmentos de recuerdos que no entendía cobraron sentido.

Echó la cabeza hacia atrás y suspiró mientras hacía cuentas.

Ayer habíamos estado montando un puzle después de que interrumpiera la ducha de Oliver. No podía dormir sin pasar a ver a Seb. Terminamos las piezas, bebimos cerveza y recordamos nuestra infancia.

En ningún momento mencioné que había recuperado la memoria. Aparte del mensaje críptico, no dije nada.

No quería arruinar la gran sorpresa que tenía para Ollie. Tampoco es que pensara que Seb me delataría.

Ahora todo parecía tan infantil. Estaba tan concentrada en vengarme de Oliver que olvidé que Sebastian también podía salir herido.

Los hombros de Seb se hundieron.

—Entonces, ¿ya has decidido irte?

Bajé la cabeza y apreté el puño de la chaqueta entre mis dedos.

—Tengo mi propia vida en Los Ángeles.

Sentí la mirada del conductor clavada en mi espalda.

—Oliver dijo que tu próximo proyecto no empieza hasta verano. Todavía te estás recuperando.

La culpa me atravesó el pecho. Se había encariñado, y yo me iba sin siquiera despedirme. Sabía mejor que nadie lo que se siente al aferrarse a un recuerdo que la otra persona ya ha olvidado. La indiferencia dolía tanto como el adiós.

Me mordí el labio inferior hasta saborear sangre.

—Lo siento mucho. No hay excusa. He sido egoísta y vengativa. Yo… no lo pensé.

—Ni siquiera has logrado nada, ¿sabes? —Seb pateó una de las llantas delanteras, con las manos aún hundidas en los bolsillos—. Después de todo lo que Ollie te hizo, esos trucos baratos no son venganza suficiente. Lo tuyo no ha terminado.

—Oiga, señorita. —El conductor asomó medio cuerpo por la ventana—. ¿Va a subir o qué? Me estoy congelando aquí.

Sonreí con tristeza y lo ignoré.

—La mejor venganza es sanar, y creo que estoy empezando a hacerlo. Romperlo a él no me va a arreglar a mí.

Seb apretó los dientes.

—Necesitas cerrar esto.

Su rabia cobró vida, densa y palpable a nuestro alrededor. Desesperado. Por fin tenía a alguien más con quien hablar aparte de Oliver, y no quería que me fuera. Aunque eso significara arrojar a su hermano por la borda.

Dudaba que tuviera algo que ver conmigo o con nuestra antigua amistad. Seguramente estaba harto de tener a su hermano consumido por la culpa como única compañía.

—Tienes la oportunidad de cambiarlo. —Seb hizo una pausa—. De cambiarme a mí.

Sentí que me balanceaba. Literalmente. Me inclinaba hacia él, con la esperanza de que me quitara la decisión de las manos y la tomara por mí. Que incluso me cargara y me dejara en la puerta de Ollie.

Los hermanos von Bismarck ni siquiera compartían un corazón entre los dos. En algún punto de los últimos doce años, ambos habían hecho añicos sus propios corazones. Yo habría recogido los pedazos encantada, pero no podía pasar por alto que Oliver me había engañado.

No era estúpida. La línea de tiempo de cuando Ollie me dejó en visto coincidía con el accidente de Seb. Pero la infidelidad… eso había pasado antes. Incluso le había dejado un comentario público en Instagram la mañana en que me quitó la virginidad, invitándola a desnudarse para él por FaceTime.

—Señorita. —El conductor abrió su puerta de golpe, rodeó el coche y dio un par de golpes en el techo—. Me está haciendo perder el tiempo. Tengo hijos que mantener.

Sebastian se agarró la nuca e inclinó la cabeza hacia abajo para que no pudiera ver su máscara.

—Llevo tanto tiempo solo que ya no recuerdo lo que es esperar algo con ilusión. En los pocos días que estuviste aquí, me hiciste sentir…, bueno, normal. Echo de menos sentirme normal.

—Señorita. —El conductor volvió a su asiento y tocó el claxon varias veces—. ¿Va a venir o no?

—Tu hermano no me quiere ahí —le dije a Sebastian, ya considerando la absurda idea.

Sería solo por unos meses. Hasta que comenzara mi siguiente trabajo. Tenía sentido. Ni siquiera tenía apartamento ni coche a los que regresar. Tenía que pagar mis préstamos estudiantiles, junto con algunas deudas que mis padres me habían dejado. Podría ahorrar quedándome en casa de Oliver. Buscar algo bonito. Tal vez relajarme unas semanas.

Había trabajado como loca desde los dieciocho. Sin vacaciones. Ni siquiera días pagados. Incluso entre proyectos daba clases privadas consecutivas a actores que tenían problemas con la intimidad en pantalla. Mis amigos me llamaban la Susurradora de Tangas.

Quizá era hora de tomarme un descanso.

—Eso lo haría aún mejor. —Sebastian ya tenía las llaves en la mano y las hacía girar en su dedo. Sabía que aceptaría quedarme—. Lo vas a volver loco, pero no tendrá el valor de echarte.

—¿Dónde voy a dormir? —me froté la frente, sorprendida de que en serio quisiera regresar.

¿Por qué no? Tenía alojamiento y comida gratis y podía ayudar a un amigo de la infancia. Fastidiar a Oliver no era el objetivo principal, pero lo consideraba un bono atractivo.

Sebastian abrió los brazos.

—En cualquiera de las diecisiete habitaciones disponibles.

Levanté un dedo.

—Bueno, está bien, pero tengo algunas normas.

El conductor perdió la paciencia. Rodeó el coche, abrió el maletero y lanzó mis maletas al suelo con un bufido irritado. No podía culparlo. Pensaba dejarle una buena propina en la aplicación.

Seb agitó las llaves para que le prestara atención.

—A ver, suéltalas.

—Quiero que comamos juntos al menos una vez al día. Necesitas acostumbrarte a estar con gente.

Seb se echó hacia atrás, haciendo una mueca de asco.

—No seas pesada.

—No prometo nada. —Levanté un segundo dedo—. Regla número dos: quiero que salgas del ala de la casa de vez en cuando durante el día.

—Ni de broma.

—No tiene que ser fuera de la casa —aclaré sabiendo que esta era difícil. Sebastian no tenía interés en abrirse al mundo, al menos no por ahora—. Necesitas que te dé el sol. Oler flores en primavera. Te sentará bien.

Resopló.

—No voy a cambiar, Briar. Solo quiero un poco de compañía unas semanas. Eso es todo.

—Claro. —Asentí, sabiendo que eso lo irritaría.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—Siempre fuiste insoportable.

Caminó hacia mis maletas y las levantó con una facilidad intimidante. Con una en cada mano, se dirigió a su coche.

En algún momento entre su clase magistral de levantamiento de pesas y mi aceptación de la absurda idea de tomarme unas vacaciones en la mansión de mi archienemigo, el conductor del Uber desapareció entre una nube de insultos.

—Siempre fuiste un cretino condescendiente —añadí, yendo hacia el asiento del pasajero.

Ambos subimos al coche. Seb arrancó el motor.

En cuanto se sentó, me di cuenta. Un temblor le recorría el cuerpo entero. Se sacudía por completo. Debió de haber necesitado toda su fuerza de voluntad para salir de la casa.

—¿Qué es lo peor? —pregunté mientras hacía un cambio de sentido para regresar por el camino por el que habíamos venido—. ¿El miedo a que te vean o empezar de nuevo?

Muchos actores llegaban al rodaje cargando vergüenza por sus cuerpos. Actores que habían perdido mucho peso y les colgaba la piel. Actrices con grandes marcas de nacimiento, celulitis o cicatrices de cesárea.

La verdad era que ningún cuerpo era perfecto. Incluso mis clientes, las personas más hermosas del planeta, tenían inseguridades. Pero si algo había aprendido de mi trabajo era esto: un diamante sigue brillando aunque tenga grietas.

—Admito con vergüenza que lo primero. —Sorbió por la nariz detrás de la máscara. Sabía que quería quitársela, pero también sabía que no lo haría. No importaba que nadie transitara esa carretera a la una de la madrugada. Ni siquiera quería que la oscuridad fuera testigo de sus cicatrices—. No me malinterpretes. Empezar de nuevo sería agotador. Pasar de la soledad absoluta a

convivir con gente no sería divertido, pero podría manejarlo. Lo que no puedo soportar son las miradas. El asco. La lástima.

Guardó silencio mientras avanzábamos por Dark Prince Road.

Cuando creí que había dejado el tema, añadió:

—Pasé la primera mitad de mi vida viéndome como un semidiós. La idea de caminar por este mundo viéndome como un monstruo me aterra.

Deja de usar esa palabra.

Siempre me atravesaba el corazón.

—¿Un monstruo? —Resoplé—. No eres ningún monstruo, Sebastian. Sobreviviste a algo increíblemente traumático, aunque todavía no sé qué fue. Espero que algún día me lo cuentes.

—Yo también espero hacerlo algún día.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio.

Ambos conversando con los verdaderos monstruos.

Los que viven en nuestras cabezas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Oliver

Sebastian había desaparecido.

En cuanto Briar se fue, fui a buscarlo. El impacto de encontrar todas sus habitaciones vacías hizo que sacara el teléfono para marcar el 911. Me detuve. Por los pelos.

Claro, entrar en pánico por la desaparición de un hombre de treinta y dos años podría parecer ridículo. Pero también era un hombre de treinta y dos años que jamás salía de la maldita casa.

Revolví todas sus cosas, recorrí los pasillos como un demonio, arriba y abajo, dentro y fuera, tratando de encontrarlo.

Nada.

Eché a mis invitados sin siquiera inventar una excusa y me dirigí a la sala de seguridad para revisar si había salido. Sí lo había hecho. En el Fiat que el personal usaba a veces para hacer recados.

Intenté llamarlo. Directo al buzón.

Cuando ya no me quedó nada más, me permití un colapso mental largamente postergado, agarré lo que quedaba de mi whisky y salí al porche para ahogar mis penas en alcohol.

Un cliché de mierda, lo sé. Las botas apoyadas en la barandilla del porche, Macallan directo de la botella. Solo yo y la noche.

Pero nunca fui ajeno a los clichés. Después de todo, me vendía como el *playboy* cabeza hueca para deslizarme por la vida sin complicaciones.

Las patas de Trio y Geezer resonaron sobre la madera bajo mi asiento, anunciando su llegada.

—Sí, así es. —Les lancé una mirada con la botella en alto—. Papá es un maldito desastre. Al menos vosotros sois ricos y tendréis dinero para terapia.

Bebí para ahogar mi miseria, esperando que cada trago me acercara al olvido, pero solo funcionaba como una lupa que me empujaba más cerca de la verdad.

Arruiné la vida de mi hermano. Le robé su oportunidad de ser feliz.

Por mi culpa, es un muerto en vida.

La única mujer que he amado me ha humillado esta noche y luego se ha ido, no sin antes dejar claro cuánto me despreciaba.

Mis amigos me siguieron la corriente con mi historia estúpida sobre una lobotomía porque ellos también estaban lidiando con sus propios líos en ese momento. Simplemente asumieron mi cambio de personalidad —de alguien decente a un bufón que solo perseguía faldas y fiestas— sin cuestionarlo.

Incluso cuando intenté construir una especie de vida funcional, me negué a mostrarles que tenía algo rescatable —que trabajaba, que cuidaba a mi hermano, que me importaba algo—, porque eso los habría llevado a intentar arreglarme.

Y no merecía felicidad.

Merecía expiar todo lo que había hecho.

—Hueles como si te hubieras enjuagado la boca con Jim Beam. —Sebastian abrió las puertas dobles de par en par y salió, después de arrancarme la botella de entre los dedos—. Tranquilo. Si te arruinas los riñones, no podrás donarme uno.

No respondí.

Para ser honesto, había muchas probabilidades de que estuviera alucinando.

—¿Qué tenemos aquí? —Seb bajó los tres escalones al jardín y vació el resto de la botella en el césped—. El desastre real, duque von Idiota, bebiendo hasta perder el sentido. ¿No crees que ya eres mayorcito para estas mierdas?

—Nunca se es demasiado viejo para ser un tren descarrilado. —Mis labios se torcieron en un gruñido—. ¿Dónde estabas?

Estaba harto. Harto de consentirlo. De intentar complacerlo. De rogarle que mejorara.

Lo había intentado todo.

Después del accidente, dejé la residencia de Harvard y me mudé a una casa fuera del campus. Solo disfruté un año de la experiencia universitaria. El resto lo pasé cuidando a Sebastian entre clases.

Toda nuestra vida adulta la dediqué a intentar ayudarlo.

Cuando me gradué, pensé que quizá si nos mudábamos a otro lugar, donde nadie nos conociera, le sería más fácil abrirse. Me aceptaron en un máster en Cambridge y me lo llevé a Inglaterra.

Alquilamos una casa en el campo, lejos de la civilización. A Sebastian le gustaba el aire libre, pero aun así se negaba a convivir con gente.

Después de esos dos años, regresé a Dark Prince Road y lo arrastré conmigo, pataleando y gritando. Él quería quedarse en Inglaterra. Vivir solo. Que le dejaran comida y provisiones en la puerta y no tener una sola interacción humana el resto de su vida.

No se lo permití.

Insistí en que viniera conmigo.

Estaba tan desesperado por salvarlo que olvidé salvarme a mí.

Sebastian terminó resentido conmigo, no solo por su rostro marcado, sino por sacarlo de Inglaterra, el único lugar que logró tolerar.

No ayudaba que de vez en cuando organizara fiestas salvajes en la casa de invitados, solo para tentarlo con la cercanía de la gente. A ver si así lograba que retomara su pasatiempo favorito.

Sebastian no respondió a mi pregunta. Entrecerró los ojos hacia el lago, tomó un puñado de piedras y palpó la más lisa y plana antes de lanzarla. Rebotó varias veces sobre el agua.

Me levanté de golpe.

—Casi pierdo la maldita cabeza. —La rabia se encendió dentro de mí y se extendió por mis extremidades y el pecho como una red de tumores.

Seb se rio y me dio la espalda.

—Por favor. Nunca la tuviste.

—No has salido de la casa en una década. Desde que volvimos de Cambridge. —Bajé los tres escalones y avancé hacia él—. ¿A dónde mierda has ido?

—Se acabó la leche. —Lanzó otra piedra.

—De verdad. —Lo agarré del hombro y lo giré hacia mí, para ponernos cara a cara—. ¿Dónde mierdas estabas?

Sebastian soltó una carcajada y me empujó con fuerza.

—Vete a la mierda, Ollie. No estás enfadado conmigo. Estás enfadado contigo mismo por haberla perdido otra vez. ¿Te suena la palabra responsabilidad?

No estaba equivocado. Pero me sentaba bien estar enfadado con él. Mostrarle una emoción que no fuera lástima. Más que nada, nos venía bien molestarnos un poco.

Solíamos pelearnos incluso después de la adolescencia.

Así fue como ocurrió el accidente.

Aquello era un destello de lo que habíamos sido.

—Dime dónde estabas —exigí. No. Supliqué.

¿Qué lo hizo salir de la casa? ¿Qué lo hizo arriesgarse? Necesitaba saber eso para usarlo. Para ayudarlo.

Seb rio y agarró el cuello de mi camisa.

—Lo creas o no…, con una mujer.

Me atrajo hacia él y luego me lanzó al césped. Me dejé caer, sabiendo que se arrodillaría para intentar golpearme. Cuando lo hizo, le agarré el codo, lo giré debajo de mí y lo inmovilicé contra la hierba.

—Para desear mujeres, necesitas no ser un cobarde —lo provoqué, furioso—. Y lo eres demasiado como para salir al mundo.

Me lanzó un puñetazo directo a la mandíbula. Me mordí la lengua. Saboreé sangre. El alcohol amortiguó el dolor.

Le golpeé la mejilla sana, haciendo que su cabeza cayera contra el césped con un golpe seco.

—Mira quién habla. Al menos yo no sigo obsesionado con la chica con la que salí antes de perder los huevos. —Seb ahora reía a carcajadas, pese al labio sangrante. Era la primera vez que lo veía

reír de verdad en casi quince años—. No es romántico, Oliver. Es patético.

Rodamos por el césped, golpeándonos en el pecho, brazos y estómago.

Finalmente llegamos a la orilla del lago. Yo quedé debajo de él, con el cabello rozando el agua helada.

Ambos jadeábamos.

Su rostro estaba tan cerca que sentía su aliento caliente en mi nariz y mejillas.

—¿Sabes, hermano? Podría matarte ahora mismo. —Me agarró la camisa justo debajo del cuello—. Hundir esa cabeza intacta en el agua y no dejarte salir nunca.

Podría hacerlo.

Estábamos en el ángulo perfecto para eso.

Tragué saliva, pero no dije nada. Sería irónico morir de la forma en que Sebastian casi pierde la vida antes de que yo lo salvara.

—La policía lo consideraría un accidente —continuó, sujetando mis brazos con su fuerza increíble—. Altos niveles de alcohol en sangre. Las cosas pasan. Sobre todo, a *playboys* ricos que no saben beber.

—Hazlo —dije, decidido.

Y lo decía en serio.

Una vida donde todos los que me importan me odian no es vida. Dormir es un ensayo de la muerte. Y a mí me encanta dormir.

¿Tan malo sería no despertar?

—Llevas tiempo queriendo hacerlo —escupí con desprecio.

Había visto cómo me miraba. Deseaba mi dolor. Si no, ¿por qué me pediría que dejara a Briar? Sería un honor concedérselo al fin.

Sebastian cerró los ojos e inhaló la noche.

—Debería. De verdad debería.

—No voy a detenerte.

Mi parte superior se hundió más en el agua. Ya cubría toda mi frente. No sabía si lo hacía a propósito o si estaba tan absorto en su propio dolor que no notaba que me deslizaba.

Cerré los ojos y me preparé para el final.

—Aunque… —Su voz se volvió metálica y, de pronto, se puso de pie y tiró de mí para levantarme—. Creo que te dolerá mucho más si te mantengo vivo y te obligo a ver mi cara día tras día. Que la culpa te consuma por dentro. Hasta ahora ha sido un método excelente.

Dicho eso, se dio la vuelta, se alejó y pateó la botella vacía de whisky camino al porche.

Solté un aliento tembloroso y me abracé las rodillas.

Antes de darme cuenta, vomité sobre el césped. Lloraba y reía al mismo maldito tiempo.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Oliver

Gotas heladas de agua se clavaban en mi piel como agujas. Avancé desde la cabaña hasta la mansión, todavía borracho y chorreando. Me había duchado allí sin siquiera molestarme en quitarme la ropa. Violentos escalofríos me erizaban la piel. Me deshice de la ropa empapada y la arrojé en montones por el camino.

No me importaba que Seb, con su recién estrenada audacia, pudiera salir y encontrarme completamente desnudo. Después de todo, era *mi* maldita casa.

Subí de nuevo a mi habitación, aparté el edredón de un tirón y me hundí en el colchón cuando la piel suave y tibia de otro cuerpo se aferró al mío. Confundido, encendí la lámpara de la mesita.

—Uf, Ollie. —Briar se incorporó y me miró con los ojos entrecerrados y el pelo revuelto. Un diminuto camisón de satén se ceñía a su cuerpo—. ¿Qué estás haciendo?

—Iba a preguntarte lo mismo.

Si esto era una alucinación, necesitaba más de lo que fuera que hubiese tomado para provocarla, porque era una sorpresa

agradable. Retorcida, pero agradable. Mi corazón retumbaba en el pecho.

—Estoy intentando dormir. ¿No es obvio? —Acomodó la manta sobre sus largas piernas y me fulminó con la mirada como si el raro fuera yo—. Necesito acumular horas de sueño, porque al parecer tardaremos tres días en llegar a Bribie Island.

—Nauru —la corregí—. Y ya has recuperado la memoria, así que puedes dejar la farsa, a menos que quieras saltar directamente a la parte de la luna de miel.

Yo estaba lo suficientemente desnudo para eso… y más que listo desde el segundo en que su cuerpo se curvó contra el mío. ¿Cuán borracho estaba, por cierto? ¿Había caído tan bajo que ahora tenía erecciones por alucinaciones? ¿Necesitaba una intervención?

Si era así, apostaba a que Romeo y Zach lo filmarían todo. Cabrones.

—La parte de la luna de miel probablemente incluiría cero sexo y muchas compras.

—Acepto —respondí, hundiendo la cabeza en la almohada—. Siempre que pueda mirarte en el probador.

—Ollie, hueles a cervecería.

—Las cervecerías son lugares de culto a Dios.

—¿No te refieres a iglesias, templos y mezquitas?

La miré, incrédulo.

—¿Dónde ves a la gente divirtiéndose más: ahí o en las cervecerías?

—Espero que vendan protector solar en el infierno.

—No te preocupes por mí. Yo me bronceo, no me quemo. Ahora, ¿qué haces aquí? —entrecerré los ojos—. Sé que recuerdas que soy

lo peor que le pasó al mundo desde las hombreras. ¿Qué tramas?

—Nada. —Me miró con fingida inocencia—. Soy tu prometida, Oliver. Y quiero casarme contigo.

Lo que quería era echarme de mi propia casa. Los dos lo sabíamos. *Bien*. Que empiece el juego. Ahora que tenía la memoria intacta, podía contraatacar. Estaba en igualdad de condiciones. Podía tomarle el pelo. Y vaya si quería hacerlo. Y besarla. Y morderla. Y hacer cosas que probablemente sonrojarían a una estrella porno.

—Cariño, no me asustas. Estoy listo para todo lo que la noche de bodas implica.

Le eché la manta encima y me acerqué para rodearle la cintura con los brazos. Fue un contacto fugaz, pero nos hizo estremecernos a los dos cuando una descarga eléctrica nos atravesó. No sacaría a esta mujer de mi cama ni aunque estuviera en llamas. Me estaba amenazando con pasarlo bien.

Arrugó la nariz.

—Nadie ha hablado de noche de bodas aún.

—Shh. Sígueme el juego.

Si las miradas mataran, la suya me habría cortado en pedacitos tamaño tartar. Estaba profundamente animado, excitado y confundido. Y tampoco estaba del todo convencido de que el whisky no me hubiera sumergido en la pesadilla de mis sueños.

—¿Qué tal si empezamos a consumar nuestro matrimonio? —rocé mi nariz con la suya, sabiendo perfectamente que estaba deseando lanzarme un mueble a la cabeza—. La práctica hace al maestro.

—Es verdad que se dice que eres bastante perfeccionista. —Me empujó el pecho, aún dolorido por mi pelea con Sebastian.

Ni siquiera consideré la posibilidad de que su desaparición tuviera algo que ver con que ella estuviera aquí. No. Imposible que se hubieran encontrado. Él jamás dejaría que ella viera su rostro. Ni en un millón de años.

Apoyé la cabeza en la mano, poniéndome serio.

—¿Sabías cuál era mi reputación cuando estabas en Los Ángeles?

—¿Cómo no iba a saberlo? —resopló—. A las webs de cotilleo les encantas, y a las mujeres también, por una razón que no logro comprender.

—Sé que es un concepto impactante, pero no todo lo que publican en el *National Enquirer* es verdad.

—Claro que sí lo es. En especial esa historia sobre los ovnis y las sirenas.

Sabía exactamente a qué titular se refería. Estaba suscrito al *National Enquirer.* Era el único periódico que a Geezer parecía gustarle morder.

—Entonces, ¿qué te ha traído de vuelta?

Mis ojos recorrieron su cuerpo. Los caóticos rizos rubio cobrizo. Los ojos azul oscuro. La piel salpicada de pecas que no tenía cuando éramos adolescentes y que, de alguna forma, la hacían más hermosa. Llevaba cada curva y cada marca de su vida como una medalla.

—Hacerte la vida imposible. ¿Qué más? —Se sacó la manta de encima y dio la vuelta alrededor de la cama.

La observé con pereza con una erección dolorosamente dura bajo las sábanas, preguntándome cuál era su verdadero motivo. Ella no era tan vengativa, y yo no era tan estúpido.

—El infierno no es un lugar. Es un estado mental. Y déjame asegurarte, cariño, que yo ya estoy allí.

Metió los pies en unas zapatillas, recogió una bata de satén del suelo y la sujetó alrededor de su cintura.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

¿Había deshecho la maleta? ¿Cuándo? Esa mujer era un demonio.

Negué con la cabeza.

—Mi casa es tu casa.

Se sacó el pelo fuera de la bata, y se me cortó la respiración: era condenadamente perfecta.

—Lo más probable es que tu casa sea un centro de tráfico de animales exóticos, considerando esa misteriosa ala sur a la que nadie puede entrar.

Al menos eso confirmaba que no sabía que Seb vivía aquí.

Salté de la cama, todavía desnudo, y la seguí por el pasillo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—No hay tráfico. Los gatitos están bien cuidados y disfrutan de cada minuto.

—¿Gatitos? —Se detuvo en seco y giró hacia mí con los puños apretados a los costados, sin molestarse en mirar hacia mis atributos —. ¿Acabas de hacer un chiste sobre maltrato animal?

Y delante de una vegetariana, nada menos.

—Oye, tú has empezado.

—No tienes límites.

—Es cierto. Pero sí respeto las palabras de seguridad, así que eso cuenta.

—No era un chiste. —Entrecerró los ojos, con las mejillas tan rosadas como esos pezones que podía ver a través del satén—.

Hablaba en serio.

—No, no lo hacías.

Un mechón cayó sobre sus ojos. Intenté colocarlo detrás de su oreja. Como esto era la vida real y no un libro, el mechón volvió a su lugar.

Agarré una manta del sofá y me la até a la cintura como si fuera una toalla.

—Si realmente creyeras que soy una amenaza, no te mudarías conmigo por voluntad propia y el FBI estaría aquí ahora mismo registrándome el recto.

—Probablemente lo disfrutarías.

Me encogí de hombros.

—No me juzgues mis filias, señorita.

Sus fosas nasales se dilataron y tensó la mandíbula. Ahora estábamos en igualdad de condiciones. Podía repartir tan bien como recibía.

Sacudió la cabeza y avanzó por el pasillo. Debía haber elegido una de las habitaciones de invitados.

La acompañé como si estuviéramos dando un paseo tranquilo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo planeas quedarte?

—Estoy pensando en para siempre, ¿te molesta? —Su intento débil de provocarme fracasó.

—*Au contraire*. Siempre eres bienvenida. Tenemos mucho que ponernos al día.

—Las columnas de cotilleos me han mantenido bastante al día de tus payasadas.

—… y no veo la hora de que asistas a una de mis orgías.

El rumor más persistente —favorito de los medios— era que organizaba fiestas sexuales. Salvajes, ilícitas, peligrosas. Todo empezó cuando contraté un servicio de limpieza para coches. Venían el mismo día cada mes y se llevaban mis doce coches para una limpieza profunda y cargar gasolina. Alguien que hacía footing por la zona vio todos los vehículos aparcados frente a mi propiedad y sacó la conclusión equivocada. Nunca lo desmentí.

Briar avanzó por el pasillo sin comprobar si la seguía.

—¿Alguna vez te han dicho que eres asqueroso?

—Cada hora, de hecho. —Cogí una rosa de un jarrón al pasar y la coloqué sobre su oreja. Cayó al suelo cuando la apartó de un manotazo—. Has conocido a mis amigos. Hablar de sexo duro es quedarse corto.

—¿Tú y Frankie estáis liados? —exigió.

—Responde mi pregunta primero. —Chasqueé la lengua—. Entiendo que estamos jugando a ver quién cede primero. En realidad, tú estás jugando a eso, si fuera por mí te llevaría directo al altar. Pero quiero saber la razón de tu cambio de actitud.

Eso era lo peligroso de la ambición. Bastaba con probar un poco de lo que deseaba para mandar toda moralidad al diablo. Algo cambió en mí cuando Seb y yo nos peleamos en el césped. Ese destello de normalidad me envalentonó. Me dijo que podía arreglar las cosas con Briar. O intentarlo, al menos. Seb no me mataría por romper mi promesa. O tal vez sí, y eso sería normal. Nosotros otra vez. Me llamaría cabrón, me daría un par de golpes, y volveríamos a ser hermanos.

Así que sí, si Briar me daba la más mínima señal de que aún quedaba algo que salvar, no desperdiciaría la oportunidad. La

aprovecharía. No volvería a dejarla marchar.

—Tres meses y medio hasta que empiece mi nuevo proyecto. Ese es el tiempo que pienso quedarme. —Giró en una esquina y me di cuenta de que, salvo por el ala sur, ya conocía cada rincón de la mansión—. Ahora, ¿estás liado con Frankie?

—No.

—Entonces, ¿por qué tenía tu tarjeta de crédito?

Me encogí de hombros.

—Me encanta fastidiar a mis amigos. Sabía que Romeo entraría en combustión en cuanto se enterara. Y así fue.

—Pareces un pervertido persiguiendo a una chica recién salida del cascarón.

Me reí.

—Si entra…

—¿Sabes? Aunque te detesto absolutamente, y no te equivoques, de verdad lo hago, no puedo imaginarte acostándote con cualquiera.

—No necesitas imaginarlo, cariño. Puedo hacerte una demostración.

Sus ojos bajaron a mi erección cubierta por la manta.

—No estoy impresionada.

—Es porque no la has visto en modo batalla.

—Puedo decir con honestidad que nunca he conocido a alguien peor que tú.

—Eso es injusto. Conociste a dos. Los llamas padres.

—Ya no. —Sonrió por fin—. No desde los dieciocho, de hecho.

La miré de reojo.

—¿Tanto tiempo? —La culpa y la tristeza me cerraron la garganta.

Su sonrisa se volvió amarga.

—El tiempo vuela cuando te diviertes.

—Lo siento. La he cagado al decir eso.

—Muy de tu estilo. —Se detuvo frente a una de las habitaciones de invitados y señaló la puerta—. Bueno, aquí me quedo.

—Y aquí me quedo yo. —Señalé un cuadro de un payaso triste en el pasillo—. En serio, lo siento por lo de tus padres. Sé que es un tema sensi…

—No, no lo sabes. —Se giró hacia mí—. Han cambiado muchas cosas en los últimos quince años. No me conoces. No sabes cuáles son mis detonantes, qué me gusta o no, qué me motiva. Somos extraños. Estoy feliz de aprovechar tu mansión, tu piscina y tu pista de tenis durante una temporada, pero no confundas esto con una tregua. Todavía te odio.

Abrió la puerta y estuvo a punto de cerrármela en la cara, pero puse la mano en el borde y la detuve sin esfuerzo.

—Déjame preguntarte algo. —Me lamí los labios y bajé la voz—. ¿Qué te hace pensar que no te echaré después de cómo me has hablado? —Estaba excitado. Estaba furioso. Estaba muchas cosas. Y todas me hacían sentir vivo.

La sorpresa cruzó su rostro.

—Me lo debes.

—No te debo nada. Sigues siendo la misma persona, y yo también. Lo que te hice fue horrible. Inexcusable. Pero tenía mis razones. Fuiste mi primer amor. —*Mi único amor*—. Y la verdad es que, en el fondo, sabes que yo soy tu lugar seguro.

—¿Mi lugar seguro? —Se le descolgó la mandíbula—. Estaría más segura en una trinchera.

Me limité a mirarla, dejándole claro que veía a través de su mentira.

Me mostró el dedo del medio. Fingí atraparlo y guardarlo en mi bolsillo, como si fuera un beso, con una sonrisa arrogante dibujada en el rostro.

Me cerró la puerta en la cara.

—Yo también te quiero —grité a través de la madera—. Buenas noches, compañera de piso.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Briar

Tú sabes que soy tu lugar seguro.

Obviamente, además de emborracharse hasta perder el sentido, Oliver también se había drogado. ¿Cómo podía pensar que yo había vuelto porque creía que él podía protegerme de algo?

Me quité las zapatillas de una patada y me senté en el borde de la cama tamaño *king*, con las rodillas abrazadas contra el pecho. Había vuelto para ayudar a Sebastian. Nada más. Bueno, y porque, logísticamente, tenía más sentido encontrar un apartamento y un coche en Los Ángeles antes de llegar allí.

Esto no tenía nada que ver con Oliver. Oliver estaba muerto para mí.

El teléfono de mi mesita de noche hizo un *ping*. Fruncí el ceño. Nadie tenía mi número salvo Sebastian y Oliver, que lo había guardado el mismo día que me lo dio. Lo agarré y miré la pantalla.

Ollie vB: Deberíamos hacer una noche de películas.
Ollie vB: UNA FIESTA DE PIJAMAS.
Briar Auer: ¿Qué parte de TE ODIO CON TODA MI ALMA no has entendido?

Ollie vB: ¿Todas? Has elegido quedarte aquí. Esto es brutal. Vamos a volvernos mejores amigos.
Briar Auer: No, no es así.
Ollie vB: Mejores amigos que de vez en cuando tienen sexo entre ellos.
Briar Auer: No me había dado cuenta de que tú, Romeo y Zach fuerais tan íntimos…
Ollie vB: Te das cuenta de que Dallas y Farrow van a intentar hacerse tus amigas sin descanso, ¿verdad? Les caes bien.
Briar Auer: El sentimiento no es mutuo.
Ollie vB: Sí lo es. Están un poco chifladas, pero son divertidas e inofensivas. Y tienen buen corazón. Tú solo tienes miedo de derribar esos muros y darle una oportunidad a la gente.

Odiaba que hablara como si todavía me conociera. Odiaba aún más que tuviera razón. Ya había entrado en mis treinta y, aun así, nunca me permitía soltarme de verdad. Claro, había tenido novios a lo largo de los años (incluido Grant, que no era todo lo maravilloso que lo hice parecer en absoluto), pero siempre lo mantenía todo en la superficie. Tenía miedo de encariñarme, de salir herida y, más que nada, de que se confirmara otra vez que yo no era digna de amor.

Briar Auer: Hablando de muros, no parece que tú hayas tenido nunca una novia estable…
Ollie vB: En realidad sí la tuve.

El corazón me dio un vuelco cuando empezó a escribir de nuevo; los tres puntitos bailaban en la pantalla.

Ollie vB: Tú.
Briar Auer: ¿Y después de mí?
Ollie vB: Nadie más estuvo a la altura.

Briar Auer: No me hagas reír.
Ollie vB: Está bien. ¿Quieres que te haga alguna otra cosa? Estoy abierto a sugerencias…
Briar Auer: Qué gracioso.
Ollie vB: Me encantaría invitarte a salir. Intentarlo otra vez.
Briar Auer: No.
Ollie vB: Hablo en serio, no estoy bromeando. No he encontrado a nadie por quien sintiera ni la mitad de lo que sentí por ti, así que ni siquiera lo he intentado.
Briar Auer: Entonces, ¿por qué me dejaste sin siquiera despedirte?

Me quedé mirando la pantalla. No habría tenido el valor de preguntárselo cara a cara. Para ser sincera, tuve que girar el teléfono, demasiado asustada de la respuesta que me esperaba, incluso en un mensaje. Después de unos minutos sin ningún *ping*, le di la vuelta. Los puntitos seguían bailando abajo. Oliver escribía y paraba, escribía y paraba. Con cada ciclo, sentía que el corazón se me hundía más en el cuerpo. Finalmente, llegó un mensaje.

Ollie vB: Pasé por algo muy malo y traumático ese verano, casi en cuanto volví de París. Me sentía avergonzado y entré en pánico. Hice algo horrible. Acepté algo que no debería haber aceptado. No quería que estuvieras cerca de mí. Pensé que arruinaría tu vida, y tú no merecías más dolor. Debería habértelo dicho. Pero era joven, estaba confundido y hecho polvo. Nunca me perdonaré por ello, así que no voy a esperar que tú me perdones. Pero tampoco voy a mentir diciendo que no lo deseo. Te quiero, Briar. De verdad.

Las lágrimas me escocieron en los ojos. Me negué a dejarlas caer. No. No me iba a romper. No iba a cometer el mismo error que cuando era adolescente. No cuando ni siquiera había tenido el valor de preguntarle por la otra chica. Por qué me había engañado. Si

había más y cuántas. Si Ollie había logrado destruirme tan profundamente entonces, solo podía imaginar el daño que me haría ahora.

Oliver von Bismarck no volvería a entrar en mi corazón.

No podía. Ya lo había cerrado y tirado la llave.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Oliver

—Me alegra no compartir baño contigo. Tienes una pésima puntería para mear, y siempre la tendrás.

Sebastian elevó los ojos entrecerrados hacia el cielo, apuntó su escopeta a un disco de arcilla circular y disparó.

Explotó en el aire y cayó sobre el césped como confeti.

Las sienes me palpitaban por la resaca. Si no hubiera visto los mensajes en mi teléfono al despertar, habría creído que había alucinado al encontrar a Briar en mi cama. Y también al prometer que haría que se enamorara de mí otra vez.

El alcohol se había ido.

El sentimiento no.

Todavía la quería, pero era demasiado cobarde para hablar con Seb al respecto.

Habíamos decidido hacer tiro al plato en el bosque, como si nada hubiera pasado la noche anterior. Como si él no hubiera estado a punto de ahogarme y yo no le hubiera soltado unas cuantas verdades que se negaba a aceptar.

Los jueves, cada dos semanas, eran la única vez que Seb salía de la casa durante el día. Sabía lo importante que era para mí. Lo habría arrastrado por la puerta trasera, pataleando y gritando, si hacía falta.

Todo estaba planeado.

Nadie lo vería. Siempre me aseguraba de eso.

Mi administrador de la casa había organizado el horario para que ninguno de los empleados estuviera allí, y el equipo de seguridad vigilaba un perímetro más amplio. Zach y Farrow compartían clases de esgrima hasta entrada la noche, Romeo estaría trabajando, y Dallas y Luca asistían a una clase de natación para bebés.

Vía libre.

Seb también me obligaba a convertirlo en todo un procedimiento. Tenía que maniobrar el carrito de golf de ocho plazas hasta el bosque mientras Sebastian, envuelto en ropa oscura, se tumbaba en el suelo del asiento trasero.

Al final valía la pena.

Quería que el sol le diera en la piel y que respirara aire fresco.

La máquina lanzadora escupió más discos de arcilla naranjas al aire. Giraban una y otra vez en el cielo azul.

—Tengo una puntería excelente, y lo sabes —dije, ajustándome los auriculares con cancelación de ruido mientras apuntaba a uno y fallaba por al menos ocho centímetros.

Sebastian resopló a mi lado, negando con la cabeza. Ambos llevábamos ropa clásica de caza en distintos tonos de marrón mierda.

—Demuéstralo —me desafió—. No has dado en el blanco ni una vez en toda la mañana.

En realidad, no había mentido.

Podía disparar tan bien como él, y él nunca fallaba.

Pero esa mañana mi cabeza no estaba en el juego. Estaba con Briar, en casa.

Preguntas que no tenía derecho a hacerme zumbaban en mi cerebro: qué estaría haciendo, cómo se estaría instalando, cómo podía lograr que se quedara.

Seguía odiándome —o al menos se convencía de que me odiaba —, pero yo estaba decidido a cambiar eso.

Otro disco naranja salió disparado al aire. Turno de Seb. Un tiro limpio. El disco se partió en dos y cayó al suelo con un golpe sordo. Otro disco voló al aire, esta vez para mí.

Volví a fallar.

—Está bien. ¿Qué pasa? —Se giró hacia mí—. Eres malo, pero no tanto. ¿Te has cansado masturbándote? Todo el mundo sabe que hay que cambiar de mano de vez en cuando. Error de principiante.

Mmm… una teoría que no había considerado. En verdad era una posibilidad. Me había tocado después de escribirle a Briar. Y unas cuantas veces más después de eso. Básicamente, no había dormido en toda la noche.

—Briar ha vuelto para vivir aquí tres meses más. —Recargué la escopeta—. Espero que no te moleste.

—¿Por qué me molestaría? De todos modos, nunca salgo de mi ala —dijo con frialdad. Demasiado rápido. A Sebastian siempre le molestaba. Ni siquiera dejaba que nuestros padres lo vieran—. ¿Qué la ha hecho volver?

—Quizás el hecho de que cancelé el contrato de su apartamento y vendí su coche, y vio una oportunidad para intentar volverme loco.

—Me rasqué la nuca, todavía desconcertado, aunque no lo suficiente como para insistir. La quería aquí. Me daba una extraña sensación de paz—. Me gusta, Seb.

Contuve la respiración, esperando que mencionara el juramento de hacía quince años.

—Entonces recupérala.

Me dejé caer hacia delante y me apoyé contra el tronco de un árbol.

—Ella no quiere que la recupere.

—Eso hará que cuando la recuperes sea mucho más satisfactorio.

Pero no era tan simple.

Cambié de tema.

—Oye, ¿has hablado con mamá y papá?

Mamá llamaba a Sebastian todos los días. Papá, una vez por semana. Le enviaban comida y dulces. Su sueño era verlo salir de su ala y volver al mundo. Eso solo aumentaba la culpa debilitante que ya sentía cada vez que pensaba en ello.

—Sí. —Seb bostezó—. Mamá dijo que pasará hoy a dejar unos bollos de arándanos.

No sabía si reír o llorar. Los bollos de arándanos eran los favoritos de Seb. No recordaba la última vez que había hecho mi postre favorito. Mis padres argumentaban que no estaban enfadados conmigo por lo que había pasado, pero su comportamiento decía otra cosa.

—Qué bien. Yo iré la semana que viene a cenar con ellos. ¿Quieres venir? —Le di un codazo en las costillas, riendo—. Puedes esconderte en el maletero del Escalade. Seguro que caben tres personas más.

No era que mis padres no hubieran visto el rostro actual de Sebastian. Lo habían visto. A Seb simplemente no le gustaba.

Mamá siempre terminaba llorando por la cara marcada de su hijo favorito, y papá no podía mantener el contacto visual con él. Los odiaba por eso.

Odiaba que no pudieran ser fuertes por él como yo lo era.

Sebastian caminó hacia una de las máquinas lanzadoras.

—Creo que me salto esta ronda.

—Te lo saltas todo —gruñí.

—Sí, bueno. —Se agachó para recargarla con docenas de discos de arcilla—. El cardio es una mierda y me encanta descansar.

La mandíbula me tembló.

—Vas a tener que enfrentarte al mundo en algún momento.

Seb se limitó a reír. Era casi peor. Ni siquiera se molestó en responder con palabras.

—Concéntrate en nuestro juego, hermanito mayor. —Reinició la máquina—. Y cállate.

CAPÍTULO SESENTA

Oliver

Resultó que no tenía absolutamente ningún motivo para preocuparme por cómo se estaba instalando Briar.

Se había acomodado como en su propia casa. Literalmente.

Apenas Sebastian y yo regresamos, vi un rastro de toallas de playa empapadas, granos de palomitas de maíz y bebidas alcohólicas fluorescentes y pegajosas desparramadas sobre el pavimento. Se extendían en un largo camino serpenteante que conducía directo a la piscina.

Las risas, el olor a barbacoa ahumada y el estruendo del sistema de sonido envolvente me guiaron hasta la culpable. «I Like the Way You Kiss Me», de Artemas, hacía vibrar la tarima bajo mis pies. Una gran canción. Me pregunté si habría sido elección de Briar.

Me encontré preguntándome muchas cosas sobre sus gustos. Comida, *playlists*, hombres. Con qué tipo de hombres le gustaba salir.

No con los que le arruinaron la vida, imbécil.

Una chispa de entusiasmo me recorrió. Se sentía como salir de una sombra a la luz del sol. Esto —la emoción de redescubrir a Briar — me liberaba. Una distracción bienvenida frente a la preocupación constante por el bienestar de Sebastian y la gestión del Grand Regent.

Desde el área de la piscina me llegaron fragmentos de conversación. Me acerqué un poco más, justo antes de la cabaña.

—… ¿segura de que no le va a molestar que hagas una fiesta? — No reconocí la voz femenina—. Quiero decir, apenas lo conoces.

—Está bien —la tranquilizó Briar. Definitivamente no estaba bien. Seb iba a arrancarme la piel en cualquier momento—. Le encantan las fiestas y las mujeres en bikini. Va a estar feliz. —Hizo una pausa —. Aunque yo evitaría meterme en la piscina. Dios sabe qué habrán dejado ahí él y sus ligues de una noche.

Me mordí el labio para contener una risa. Las cortinas me ocultaban de la vista.

Podría haber salido por las puertas dobles y enfrentarme a ella, pero no lo hice. Todavía no.

Observé la supuesta fiesta. La terraza consistía en una piscina hundida, un *jacuzzi* adosado y filas de tumbonas a cada lado. Quedaba frente al lago, en el extremo más alejado de mi casa, justo debajo de mi dormitorio principal.

Ocho mujeres estaban dispersas por el lugar, todas en bikini. Había bebidas a medio terminar desperdigadas por el suelo, hamburguesas y perritos calientes llenaban el aire de humo, y Briar estaba al mando de la parrilla, dando vuelta a panes *brioche* y a brochetas de cebolla.

Llevaba un bikini verde y el pelo recogido en un moño alto y desordenado.

Se me hizo agua la boca… y no por la comida.

—Ya están todos en la piscina. —La mujer de cabello negro a su lado rio—. Además, seguro que no es tan terrible.

Briar empezó a servir hamburguesas en platos en mi cocina exterior perfectamente equipada.

—Oh, sí que lo es.

Observé fascinado cómo recordaba sin esfuerzo las preferencias de comida de todas sus amigas. Una hamburguesa sin lechuga. Una jugosa, otra bien cocida. Una con tomates extra. La doble con mostaza aparte.

Tenía razón.

No estaba enfadado con ella. No porque dejar que las Spice Girls 2.0 invadieran mi casa estuviera bien —cualquiera con medio cerebro lo consideraría una violación grosera de la privacidad—, sino porque simplemente no podía enfadarme con Briar, ni aunque lo intentara.

Alguien se lanzó bomba a la piscina, salpicando los arbustos cercanos con agua salada tratada. Un par de gemelas hablaban en la repisa de bronceado de la piscina, medio sumergidas, con cócteles idénticos en la mano. Otras dos se habían invitado solas a un recorrido por mi propiedad y desaparecieron por la esquina.

Hora de arruinar tu fiesta, Mimitos.

Atravesé las puertas de golpe con una sonrisa arrogante mientras bajaba por las escaleras de la terraza superior.

—Señoritas. —Crucé el césped caminando hacia mi compañera de casa—. Briar.

El golpe dio en el blanco.

Sus amigas se taparon la boca con las manos.

La hermosa sonrisa de Briar desapareció. Odiaba que todo el mundo recibiera sus sonrisas mientras yo recibía sus miradas de odio. Antes era al revés.

—Hola, compañera de piso. —Le besé la mejilla, mostrándole que no me molestaba la fiesta… y también probándole que yo definitivamente la afectaba. Para cuando me aparté, todo su cuerpo estaba erizado—. ¿Aprovechando mis muchas comodidades?

—Sí, invité a unas amigas de Los Ángeles —dijo, apretando kétchup en un plato—. Espero que no te moleste.

Traducción: espero que te moleste con cada fibra de mi cuerpo.

—Ya lo veo. Hola, soy Ollie. —Le ofrecí la mano a la amiga más cercana—. Mucho gusto.

—Hazel. —Se enrolló un rizo grueso alrededor del dedo, tratando de ocultar lo que debía ser desprecio—. Fui compañera de cuarto de Briar en la universidad, así que sé todo sobre ti. No hace falta que gastes energía tratando de caerme bien. No lo vas a lograr.

—Entendible.

Briar me recorrió de arriba abajo con la mirada y una expresión sombría.

—¿Acabas de ir a cazar?

—Palomas —confirmé—. Palomas de arcilla. Hablando de cazar, ¿de dónde crees que salieron las hamburguesas y los perritos calientes que has estado asando?

—Oh, esta me la sé. —Chasqueó los dedos, fingiendo pensar—. De las cigüeñas, ¿no? ¿O esos eran los bebés?

—Eres vegetariana —le recordé—. No comes carne.

—Mis amigas sí. Vivir y dejar vivir. ¿Alguna vez has escuchado esa expresión?

—Sí. —La miré fijamente—. No sabía que vivías según ese principio, señorita No-aviones-privados-para-ti.

—Claramente sí. —Le pasó los platos a Hazel, después de servir patatas fritas con trufa en el espacio vacío—. Estoy alimentando a mis amigas con cadáveres de animales sacrificados.

—Mmm. Apetitoso. Muchas gracias. —Hazel le dio un mordisco, mirando a Briar de reojo—. Voy a llevarle este otro plato a Katie para que os matéis entre vosotros.

Ahora estábamos solos.

Un zumbido de emoción me recorrió.

Era muy fan de quedarme a solas con esa mujer.

—Ah, por cierto. —Briar me ofreció una sonrisa dulce—. Se van a quedar todo el fin de semana. ¿Todo bien, no?

No. Para nada. Nuestro otro compañero de casa —el que tú no sabes que existe— literalmente me va a colgar del balcón y transmitirlo en vivo en cuanto se entere.

—¿Que si todo bien? —Puse mi mejor cara de indignación—. Es fantástico. Mujeres medio desnudas en mi reino no son nada nuevo. Es como una comida casera.

Le guiñé un ojo con picardía y fui hasta la nevera industrial para sacar una hamburguesa vegetal. Unas cuantas veces al año las hago desde cero en grandes cantidades, las sello al vacío y las guardo en el congelador.

De vez en cuando mi primo Flynn pasa por la ciudad para preguntar por el paradero de Seb, autoinvitarse a comer y después desaparecer en el horizonte. Es vegetariano por el simple placer de

irritarme y de quejarse de que nunca estoy preparado para sus visitas.

Ahora me aseguro de estarlo.

—Siéntate. —Abrí el paquete individual y lo tiré a la parrilla—. Voy a prepararte la mejor hamburguesa vegetariana de tu maldita vida.

Briar no se movió.

—No, gracias.

—Tu boca va a tener un orgasmo. Va a ser una buena preparación para cuando al fin consumemos nuestro compromiso.

—No va a pasar, pero bueno. —Se cruzó de brazos, aunque sin dejar de mirarme.

—El secreto está en las especias. —Abrí un cajón y saqué los frascos—. Comino. Chile. Pimentón. Tomillo. Ajo tostado. Pimienta con limón. Sal de apio. La hacen pasar de ser una hamburguesa mediocre a ser una hamburguesa espectacular. Ya verás.

Por fin se sentó en el asiento más cercano, con su cóctel rosa en la mano.

—Ah, por cierto —dijo—. He vaciado tu reserva de bebidas.

Estaba desesperada por hacerme enfadar.

Era tan adorable.

—Bien. —Tomé las pinzas y las hice chasquear—. Me alegra que lo estéis disfrutando.

—Hemos hecho un desastre en toda la casa. No sé si lo has visto.

—Para eso tengo personal de limpieza las veinticuatro horas. Les pago extra después de las fiestas, así que no te preocupes.

Puse un pan en la parrilla y corté cebollas en rodajas finas. El resto de sus amigas se acercó a la mesa para agarrar comida. Me presenté, les dije que eran bienvenidas y observé cómo se alejaban

rápido para darnos privacidad, guiadas por la astuta Hazel, que evidentemente sí creía que yo merecía una segunda oportunidad.

Comieron en las tumbonas junto a la piscina mientras yo abría la nevera para elegir cheddar blanco, tomates *heirloom*, queso crema de jalapeño y champiñones.

Antes había notado que Briar no se había preparado nada para ella. Siempre tan desinteresada.

Se dio golpecitos en los labios mientras me observaba saltear los champiñones.

Los pasé al plato caliente.

—¿Cuándo te hiciste vegetariana?

—A los dieciocho. —Tragó saliva—. Justo después terminar el instituto, antes de empezar la universidad. No podía permitirme comprar carne, era muy pobre. Pero no fue solo eso. Decidí que quería ser inofensiva con todos los seres. He visto tanto dolor en el mundo y sufrí tanto que no quería contribuir a más.

Asentí mientras deslizaba la hamburguesa sobre el pan tostado y añadía las verduras. Me excedí un poco con la mayonesa de chipotle al dibujar con ella una espiral sobre el pan.

Cuando le acerqué el plato y me senté a su lado, no se quejó.

Briar abrió la hamburguesa y la examinó como si fuera un joyero.

—Te has acordado de que soy del equipo mayonesa. —Se las arreglo para sonar decepcionada.

—Me acuerdo de que eres del equipo mayonesa. —Le sonreí—. Me acuerdo de muchas cosas sobre ti, Briar. Que te haya fallado una vez no significa que no haya intentado lo mejor que pude. Lamentablemente, en ese momento mi mejor esfuerzo no fue suficiente.

—¿Alguna vez vas a decirme qué pasó ese verano? —Le dio un mordisco a la hamburguesa, cerró los ojos y gimió—. Uf, esto está buenísimo.

—Lo haré. —La miré, hipnotizado por lo jodidamente agradable que era verla disfrutar algo que yo había preparado—. Cuando estés lista para escucharlo. Creo que todavía te quedan unas semanas de odiarme a muerte.

—Añádele quince años a eso y vas a estar en lo cierto.

Pero no sonaba molesta.

La salsa goteó de su labio inferior al plato cuando volvió a morder la hamburguesa. Me encantaba que comiera una hamburguesa jugosa en bikini. Me encantaba que fuera completamente ella misma. Que nunca intentara impresionarme.

Se detuvo, dejó la hamburguesa y se quedó mirando al vacío. Tras un momento de silencio, volvió a alzar la vista, luchando contra las lágrimas.

—¿De verdad lo decías? ¿Que recuerdas todo sobre mí?

Asentí.

—Ponme a prueba.

—Está bien. —Volvió a coger la hamburguesa, pensando—. ¿Cuál es mi banda sonora favorita de Disney?

—*Mulan.* Sin duda. Seguida, y esto ni siquiera es un segundo puesto cercano, por *La Sirenita* y *La Bella y la Bestia* de los noventa. Pero *La Sirenita* también está muy por detrás de *La Bella y la Bestia*. La jerarquía es clarísima.

—¿*Crush indie* favorito?

—Jake Gyllenhaal en *Donnie Darko*.

—¿*Crush mainstream* favorito?

—Empate entre Dev Patel musculoso y Michael B. Jordan desde su época de *Friday Night Lights*.

—¿El Batman con peor puntuación?

—Demasiado fácil. —Puse los ojos en blanco—. Val Kilmer. Lo sabría incluso si nunca nos hubiéramos conocido.

Se rio entre mordiscos y me derritió el corazón.

—Pero ¿por qué es tan malo?

Esto.

Esto era lo que había echado de menos.

Prefería su ira antes que su indiferencia, pero lo que realmente buscaba era su afecto.

No sabía qué me impulsaba a seguir intentando reconquistarla.

Esto no iba a funcionar.

Yo estaba demasiado herido. Ella demasiado a la defensiva.

Yo no aceptaría una relación monogámica. Ella no aceptaría una relación conmigo.

Nos sonreímos como dos idiotas.

A pesar de todas las probabilidades en contra, todavía quería una oportunidad. Había pasado los últimos quince años asegurándome de tener un plan antes de empezar cualquier cosa, pero, así como así había empezado a perseguir a esta mujer, aun sabiendo que me rompería el corazón.

O peor: le prendería fuego.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Oliver

En la exhibición cinematográfica más sensual desde que Megan Fox prendió fuego a su lengua en *Jennifer's Body*, Briar terminó la hamburguesa de un solo bocado enorme que le infló las mejillas como a una ardilla. El plato raspó contra la encimera de mármol cuando lo empujó hacia dentro.

—¿Podemos pedir prestados algunos de tus coches? —Con un suspiro, se dejó caer contra el respaldo—. Quiero llevar a las chicas a dar una vuelta.

—Solo si tú no conduces ninguno. —Noté que la hinchazón alrededor de su sien había bajado, y que ya no tenía todos esos tonos de verde y morado alrededor. Aun así, no estaba de más ir a lo seguro—. No puedes hasta que el doctor Cohen te dé el alta.

—Me siento perfectamente bien. —Frunció el ceño—. Normal.

—Me alegra mucho oír eso. Aun así, no voy a dejar que conduzcas sin que el doctor Cohen lo autorice.

—¿Dejarme? —Sus cejas se levantaron. Bien. Mala elección de palabras—. No te estoy pidiendo permiso, Oliver.

—De todos modos, no te lo estoy dando, así que ¿cuál es el problema?

Estaba siendo insoportable, lo sabía. Pero las viejas costumbres no mueren fácilmente, y lo único que mantenía a la gente a cierta distancia de mí era mi tendencia a decir las peores cosas posibles en cualquier momento. Cada respiración mía parecía diseñada para provocar y fastidiar. Eso se aplicaba en especial a las mujeres, que a menudo perdonaban mis defectos. Las palabras simplemente salían de mi boca antes de que pudiera pensarlas dos veces.

Sus ojos parecían dos lunas enormes que me miraban con sorpresa.

—Mira. —Levanté las manos—. Podría haber elegido una mejor manera de decirlo…

Señaló la puerta.

—Fuera de aquí.

Las cabezas de sus amigas se levantaron de las tumbonas y se giraron hacia nosotros.

Levanté una ceja.

—Técnicamente, ya estamos fuera.

—Bien. Entonces entra. —Se encogió de hombros—. Solo mantente lejos de mí.

—Es mi casa.

—Es mi fiesta, y tú no estás invitado.

—No puedes desinvitarme de una fiesta en mi propiedad.

—Tienes razón. No te estoy desinvitando. Nunca te invité en primer lugar. —Crujió los nudillos, preparándose para levantarse—. Puedo escoltarte dentro si quieres.

¿De dónde sacaba esta mujer el valor para comportarse como G.I. Jane con un bikini diminuto? Me excitaba de una manera devastadora. Al punto de que me preocupaba que mi pene se cayera si hacía algún movimiento brusco. Tal como estaba, mi erección presionaba fuerte contra la cintura de mis pantalones de caza Upland.

Obviamente Briar quería que discutiera con ella. Lo sabía, igual que sabía que ella sabía que su petición era absurda. Sería ridículo echarme de mi propia casa. Al mismo tiempo, quería seguirle el juego. En treinta y tres años, Briar nunca había tenido la oportunidad de portarse mal. De niña, trabajó duro por migajas de afecto de sus padres, que nunca llegaron. Nunca se rebeló. Nunca contestó mal. Nunca cometió errores. Nunca fue realmente una niña.

En sus veinte, se mató trabajando y estudiando. Nunca dejó de pagar la matrícula. Nunca salió hasta tarde. Nunca faltó a un turno de trabajo. Nunca disfrutó de la emoción de equivocarse como adulta joven. Ahora, ya entrada en sus treinta, yo quería darle eso. Dejar que empujara los límites y mostrarle que aun así la aceptaría, incluso si se equivocaba.

Me levanté de golpe y alcé ambas manos, retrocediendo hacia las puertas de la sala.

—Ya me voy, ya me voy.

No me gustaba que me trataran como un pañuelo desechable, y menos la mujer que una vez amé, pero sí me gustaba dejarle ganar las discusiones.

Fui directo a la cocina. Ese olor a barbacoa me abrió el apetito. Abrí la nevera con la intención de devorarlo absolutamente todo y arranqué las tapas de todos los *tuppers* que encontré. Bueno,

mierda. Brócoli al vapor. Pechuga de pollo sin sazonar. Arroz con coliflor. Esa basura que solía comer para mantener mi diez por ciento de grasa corporal. Tiré unos *nuggets* de pollo congelados en la freidora de aire y luego eché dos paquetes de *ramen* Buldak en agua hirviendo. ¿De qué servía tener el cuerpo de Chris Hemsworth si Briar no quería treparse a él?

Un golpe fuerte me sobresaltó y fallé el colador. Mis fideos se fueron directo por el desagüe, junto con mi alma. Levanté la vista del fregadero. Los pequeños puños de Briar todavía apretaban la bandeja que había estrellado sobre la isla de la cocina. Las bebidas medio vacías se agitaron en los vasos y se derramaron por todas partes.

—Entré para poner algo en el lavavajillas. —Se apartó un mechón de cabello del ojo—. No hace falta que hablemos.

Perfecto para mí. Asentí en silencio y procedí a ponerme deliberadamente en su camino mientras ella recorría la cocina. La parte de abajo de su bikini se había metido entre sus nalgas azarosamente, y sus pezones estaban tan duros y puntiagudos como dos pequeños diamantes. Quería atraparlos con la boca a través de la tela y demostrarle que su cerebro podía odiarme, pero su cuerpo no sentía lo mismo.

Briar abrió el lavavajillas y empezó a colocar las copas de cóctel dentro.

—¿Qué estás mirando?

—¿Quieres ayuda?

—Podrías ayudarme muriéndote. —Todavía agachada, tanteó la superficie sobre su cabeza, encontró una copa alargada y la metió

en el lavavajillas—. Lo que has hecho fuera ha sido completamente humillante. Has sonado como mi padre.

—Sin ofender, pero a tu padre no le importaría. Te dejaría conducir. Yo sí me preocupo, así que estoy evitando que te pongas en peligro. En unas semanas vas a poder conducir otra vez. No voy a arriesgar nada. Mientras tanto puedo llevarte a donde quieras. Ser tu taxista. Va a ser divertido. —Me detuve a pensarlo—. Bueno, para ti al menos.

—¿Dónde estaba esa energía cuando mis padres me desheredaron a los dieciocho?

—Seguía ahí. Solo tenía muchas cosas que gestionar y estaba abrumado. Era un niño, Briar.

¿Haría algo diferente hoy? Sí. Me gustaría pensar que sí. De hecho, sabía que no la habría abandonado si pudiera volver atrás en el tiempo. Haría muchas cosas de otra manera. Le diría a Sebastian que se fuera a la mierda cuando hizo aquella exigencia. Lo dejaría quedarse en Inglaterra. No lo habría empujado de ese bote. Viéndolo ahora en retrospectiva, todo parecía obvio. Tal vez había pasado la última década diciéndome simplemente lo que quería creer.

Briar cerró el lavavajillas de golpe y presionó algunos botones hasta que empezó a rugir.

—¿Por qué le estás mintiendo a todo el mundo?

Me apoyé en la encimera del lado opuesto, tan solo mirándola y disfrutando cada segundo.

—Vas a tener que ser más específica que eso. —Recorrí su delicioso cuerpo con la mirada, de pies a cabeza—. Suelo soltar muchas mentiras por ahí.

Nunca entendí la obsesión de Zach y Romeo con el arte, pero ahora tenía que admitir que quizá tenían un punto. Hay cosas que podrías mirar durante una eternidad y aun así no te cansarías.

—Les estás mintiendo a tus amigos, haciéndoles creer que eres un idiota y un cabeza hueca.

Briar giró para quedar frente a mí.

—No eres ninguna de esas cosas.

—Es más fácil así. Menos expectativas. Menos presión.

—Nunca habías tenido problemas con la presión. —Entrecerró los ojos al mirarme y se apoyó en la misma encimera en la que yo estaba apoyado—. ¿Qué pasó entre entonces y ahora?

La freidora de aire terminó y pitó para que la abriera. La ignoré.

—Dejé de confiar en mi capacidad para hacer lo correcto —gruñí.

Era verdad. Ese año me jodió.

Briar asintió.

—Bueno, si te sirve de consuelo, no fuiste el peor novio que tuve.

Mi mirada cayó en sus labios.

—¿Ah, no?

Estaban malditamente carnosos y rosados. Quería atraparlos con la boca y pasar la lengua por la línea donde se juntaban. Lo último que quería, sin embargo, era pensar en sus ex. Aunque mutilarlos con mis propias manos… En fin, no podía dejar pasar ninguna oportunidad de no ser el villano en sus ojos, aunque fuera por unos segundos.

—No —dijo.

Sus ojos bajaron a mi garganta, donde mi nuez se movía al tragar.

—Al menos me diste un orgasmo aquella noche que tuvimos sexo. Uno de mis ex ni siquiera logró eso.

—Apuesto a que puedo darte un orgasmo sin siquiera quitarte el bikini, si quisiera.

Se notaba en el movimiento de su pecho que su respiración se había vuelto pesada. La mía también.

Alzó una ceja.

—Quieres decir, si *yo* quisiera.

Me pasé la lengua por los labios.

—Oh, sí quieres.

Estábamos muy cerca. Con nuestros cuerpos alineados frente a la isla de la cocina, nuestros meñiques se tocaban en el borde de la encimera.

Soltó una risa áspera.

—No tienes ni idea de lo que quiero, Oliver.

—Creo que sí.

Extendí la mano y empujé su labio inferior apenas un poco hacia abajo. El simple contacto de su labio tibio y mullido contra la yema de mi pulgar me recorrió el cuerpo como si hubiera acabado. Todo mi torso se sacudió hacia delante. Contuve la respiración y observé su reacción, para ver si me mandaba a la mierda.

No lo hizo.

En cambio, agarró mi antebrazo y lo llevó entre sus pechos. Su respiración se entrecortó.

—No hay forma de que puedes hacer que acabe sin quitarme el bikini.

Era un reto. Nunca me echaba para atrás frente a ellos.

También era permiso para tocarla, y lo acepté con una urgencia que nos sorprendió a los dos. En un instante la tenía pegada a la

encimera, atrapada contra mí. Mi pene encontró su lugar entre sus muslos y se frotó contra ella a través de la ropa.

Deslicé mi pulgar desde su boca hasta su cuello, que luego cubrí con mi mano por completo. Sus párpados temblaron. Ella también lo sentía. Ese deseo salvaje que había entre nosotros.

La punta de mi nariz encontró la suya.

—¿Es una apuesta? —murmuraron mis labios contra los suyos, aunque aún no la besaba.

—Si no me corro, tienes que prestarme tu coche —me desafió, moviendo la boca sobre la mía.

Sonreí, complaciéndola. No importaba si me pedía arrancar el sol de su sitio. No iba a ganar. No había forma de que no lo supiera. Solo necesitaba una excusa para dejarme tocarla.

—Suena bien. Y si acabas…

—¿Sí…?

—Me dejas follarte. —Hice una pausa—. Una vez. Donde yo quiera. Cuando yo quiera. Puede ser en una habitación llena de gente o en medio del desierto. No vas a decir que no. Déjame mostrarte lo que fuimos. Que aún podemos tenerlo. —Inhalé—. Que esto es real.

Mi mano bajó de su cuello hasta su pecho derecho y lo cubrió con la palma. Su espalda se arqueó y soltó un gemido. Estaba perdida. Yo también. Esto era peligroso. Catastrófico. Un error de proporciones épicas. Y, desde mi punto de vista, la mejor maldita decisión de nuestras vidas.

—Lo que tú digas. —Resopló—. Veamos de qué eres capaz. Pero recuerda: no puedes quitarme nada de ropa.

—Sí, recuerdo las reglas.

Mi mano volvió a su cuello para inclinarle la cabeza hacia arriba, y por fin hice lo que había querido hacer desde que la vi en el hotel. Pegué mi boca a la suya y la besé con todo lo que tenía.

Empezó suave. Quería darle la oportunidad de apartarse si cambiaba de idea. Pero no lo hizo. Me agarró de los hombros y me atrajo hacia ella, nuestros cuerpos quedaron pegados.

La bebí como si fuera néctar. Nuestras lenguas se encontraron en medio. El beso se profundizó y pasó de ser suave y dudoso a hambriento y desesperado. Besaba igual que cuando éramos adolescentes. Me hizo temblar todo el cuerpo antes siquiera de tocarla bien.

Mi mano cayó a su cintura. La apreté contra mi erección y le dejé sentir lo que me provocaba. Mi meñique se deslizó bajo la tela de su bikini, entre la parte alta de su muslo y su trasero. Briar tembló cuando rompí el beso y pasé la boca por la columna de su cuello. Echó la cabeza hacia atrás y me dejó lamer el camino sensible de su garganta hasta que mi lengua se hundió entre sus pechos llenos. Siempre había tenido unos pechos increíbles. Incluso antes. Pero los años le habían sentado muy bien.

—Nada de trampas. —Chasqueó la lengua, ya jadeando—. No puedes tocarme debajo del bikini.

Giré hacia su pecho derecho, lamí la curva por debajo y luego lo metí entero en mi boca a través del bikini. Apoyó los codos en la encimera detrás de ella mientras me miraba. Le agarré el trasero con fuerza.

—Te vas a arrepentir de haber dicho eso —murmuré contra su pecho redondo.

Su pezón se marcó aún más bajo la tela.

—No. No rompas las reglas.

Gruñí, saqué el dedo de su bikini y arrugué un poco la tela, lo suficiente para meterla entre sus nalgas. Con los dedos agarrando los tirantes, tiré hacia arriba y tensé la tela contra su sexo para que sintiera la presión.

Gimió. Fuerte. Lo bastante fuerte como para que lo oyera todo el personal, Seb y probablemente hasta los caballos en los establos. Me daba igual si lo escuchaban los astronautas en el espacio. Solo quería que lo hiciera otra vez, y otra, y otra.

Briar metió los dedos en mi cabello para guiar mis labios hacia su otro pecho. Me reí contra su piel y la provoqué con lentas pasadas de la lengua antes de morderle el pezón a través del nailon. Con la mano libre, presioné el pulgar contra su clítoris. El pequeño bulto hinchado se tensó entre nosotros.

Se le doblaron las rodillas y jadeó.

La sujeté por la cintura y la subí a la encimera.

—No seas mala perdedora, ¿sí, cariño?

Soltó un gemido mientras masajeaba su clítoris a través de la tela, rozando la abertura de su sexo con dos dedos mientras otro trabajaba ese punto sensible. Quería congelarla en ese momento y volver a ese recuerdo cada vez que la vida me pateara el trasero. Esos ojos pesados de deseo. Los pequeños jadeos cada vez que la tocaba justo donde debía. La forma en que se mordía el labio inferior como si deseara que fuera mi polla.

Cualquiera podía entrar a la cocina en cualquier momento. De hecho, con el personal y sus amigas, era bastante probable que alguien lo hiciera. Y, aun así, no podía parar. Ella tampoco.

Rocé la tira de su bikini con la nariz, la sujeté entre los dientes y tiré de ella, sin llegar a desatarla. Sus ojos se abrieron en advertencia. Me reí, separé los labios de su sexo con los dedos y deslicé todo mi dedo medio dentro de ella a través de la tela fina.

Se apretó alrededor de mí al instante, tan fuerte que no pude evitar gemir. Si tenía mi dedo así de atrapado, no podía imaginar lo que le esperaba a mi pene. Ya estaba soltando semen en la punta, prácticamente llorando dentro de mis pantalones.

—Está bien —dijo Briar mientras empezaba a mover las caderas contra mi mano, en busca de más contacto—. Vamos a dejarnos de tonterías. Nadie aquí quiere que sea recatada.

Con eso, se desató las tiras detrás de su cuello. La parte de arriba cayó al suelo hecha un ovillo, dejando sus pechos libres frente a mi cara.

Eran preciosos. Ligeramente pecosos por el sol, los pezones pequeños y erguidos.

De inmediato empecé a chupar el izquierdo al tiempo que murmuraba contra su piel:

—Ahora tienes que dejarme follarte cuando yo quiera.

—Sí, bueno, eso iba a pasar de todos modos y los dos lo sabemos —replicó, molesta.

Eso no impidió que siguiera temblando alrededor de mi dedo, que seguía penetrándola a través del bikini. De hecho, podría follarla en ese mismo instante. Me dejaría. Pero eso arruinaría su deseo. Su ansia. Quería que el fuego dentro de ella creciera con cada encuentro, cada roce, cada beso…

Curvé los dedos dentro de ella, aún atrapados por la tela, y encontré su punto G. Sus manos cayeron sobre mis hombros y me

clavó las uñas. Devoré su cuello mientras frotaba mi erección contra su muslo interior, follándola con todo lo que tenía sin siquiera hacerlo realmente.

—Oliver. —Echó la cabeza hacia atrás, jadeando—. Estoy cerca. Estoy muy cerca.

Sabía que lo estaba. Estaba cabalgando mi mano como una vaquera.

—Acaba para mí, Briar —le susurré en la boca, lamiendo, mordiendo, provocando, volviéndonos locos a los dos—. Sé una buena chica y acaba sobre mis dedos.

Lo hizo. Se estremeció completamente sobre mis dedos, su dulce y chorreante coño se contraía cada vez más fuerte. Una oleada de líquido caliente llegó a mis dedos a través de la tela. Eso casi me hace acabar. Me mordí la lengua hasta que sangró, obligándome a no acabar al verla tener su orgasmo. Tan familiar y al mismo tiempo tan nuevo. Estaba sonrojada de rosa, feliz y llena de vida.

Una sinfonía de sartenes que se estrellaban y cristales rotos estalló detrás de mi espalda.

—Uy. —Una de sus amigas chocó con algo—. Yo… yo… no sabía…

—Fuera —gruñí, con Briar todavía temblorosa en mis manos, cabalgando el orgasmo, demasiado aturdida para darse cuenta o que le importe.

—Sí. Ya me voy. En realidad, venía a por hielo…

—Fuera.

—Olvídalo. Sí. Luego vuelvo.

Briar se desplomó en mis brazos cuando terminó. Le tomó un minuto completo recuperarse. Disfruté los sesenta segundos que

pasó acurrucada contra mí, aunque mi pene estaba tenso, duro y dolorido, pidiendo su propia liberación.

Finalmente salió de esa nube. Supe el momento exacto en que lo hizo, porque me empujó y resopló mientras saltaba de la encimera.

—Igualmente he ganado, Ollie. Yo quería perder.

—Mira cómo me destroza que se aprovechen de mí. —La devoré con la mirada, con los ojos pegados a su trasero lleno mientras salía caminando de la cocina—. Hablaba en serio con lo de nuestra apuesta. Cuando yo quiera. Donde yo quiera. Una vez. Yo pongo las reglas.

—Está bien. —Se detuvo en el marco de la puerta y me lanzó una mirada por encima del hombro—. No me voy a volver a enamorar de ti. Para que lo sepas.

—No espero que lo hagas —mentí.

La verdad era que, cuando se trataba de ella, lo quería todo y nada al mismo tiempo. Me fascinaba y me asustaba. Me atraía y me alejaba. Me apoyé contra la encimera, tratando de parecer tranquilo mientras mi pene palpitaba dentro del pantalón como el corazón de un león.

—Mientras estemos en la misma página. —Briar me sostuvo la mirada, con la barbilla en alto—. Esta no es una historia de amor.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Briar

No me voy a volver a enamorar de ti. Había conocido estafas piramidales más creíbles que esa estupidez.

—Ay, Briar… —Me pasé los dedos por el cuero cabelludo y enterré la cara en la toalla mientras gritaba—. ¿Qué estabas pensando al dejar que te diera el orgasmo de tu vida?

El espacio entre mis muslos todavía palpitaba. Estaba tan mojada que ya debería considerarse una condición médica. En cuanto me tiré en la tumbona, tuve que envolverme la cintura con una toalla para cubrir la evidencia.

—Oye, chica. —Hazel nadó hasta el borde de la piscina, apoyó los codos en el borde y entrecerró los ojos al mirarme—. ¿Qué tal estuvo la…, eh…, cocina?

Entonces lo entendí. Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo rumbo a algún destino indeterminado en las islas del Caribe. Hazel había sido quien nos había sorprendido a Ollie y a mí. Yo acababa de pasar todo su vuelo hasta aquí mandándole mensajes sobre cuánto

lo odiaba, y ni dos horas después me había visto mientras él me hacía cosas impuras.

—Para que quede claro…, no vas a meterte a la piscina hasta que te bañes y te cambies el bikini. —Señaló la toalla que llevaba alrededor de la cintura—. Acabas de entrar en las estadísticas. Otro de los ligues de Ollie que contaminan la piscina.

Solo que yo no me creía del todo esa imagen de Oliver como vaquero seductor que se acostaba con todo lo que se movía. La gente puede cambiar, pero el fondo de una persona sigue siendo el mismo.

Por aquel entonces, Oliver había sido quien sugirió que esperáramos para perder la virginidad. Yo no necesitaba las velas, ni las rosas, ni el atardecer romántico. Él sí. Siempre había necesitado conexión para disfrutar la intimidad. Incluso los besos.

—No te preocupes. —Solté la toalla y me subí los minishorts por las piernas antes de que alguien se diera cuenta—. No tengo ningún interés en meterme en la piscina.

—¿Segura? —Hazel me lanzó una sonrisa divertida, moviendo las cejas—. Te vendría bien refrescarte un poco.

Estaba a punto de responderle cuando «This Is How We Do It» empezó a sonar a todo volumen. Giré la cabeza y vi a Dallas entrando con un radiocasete viejo apoyado sobre el hombro.

Llevaba un traje de baño de una pieza con el pecho peludo de un hombre estampado y una tanga alta estilo Borat. Farrow venía detrás con un bikini negro de tiras, sosteniendo una bandeja de vasitos con pudín de chocolate con Oreo triturada encima y gusanitos de gominola medio enterrados. La mandíbula de Hazel se abrió.

Dallas se detuvo frente a mí y levantó una mano.

—No digas nada todavía. Sé que Farrow y yo la cagamos, pero te he preparado algo.

Mis amigas de Los Ángeles me lanzaron miradas de preocupación. Dallas se comportaba exactamente como parecía: como alguien capaz de quemar el mundo hasta las cenizas y luego limpiarlo todo con una elegante AmEx Black. Me mordí el labio para no reírme. Estaba adorablemente desquiciada.

Sacó un micrófono de su escote, lo encendió y lo golpeó con el dedo.

—Bueno, allá vamos.

El radiocasete chirrió y todas se encogieron.

—Ups —canturreó Dallas—. Aunque, a decir verdad, mi canto no va a ser mucho mejor.

Dejó el radiocasete en el suelo, puso una versión instrumental de «Can't Take My Eyes Off You», se quitó las sandalias y saltó sobre una tumbona en la orilla poco profunda. Luego se puso a cantar a todo pulmón, completamente desafinada, al estilo Heath Ledger en *10 razones para odiarte*. Farrow fingía perseguirla mientras Dallas salpicaba agua por todas partes. Yo me quedé ahí, sorprendida, conmovida y muy divertida, hasta que la risa que tenía en el pecho terminó por escaparse.

La verdad es que sí me gustaban sus locuras. Y ya las había perdonado por sus mentiras. No lo habían hecho por maldad. Lo sabía.

Cuando terminó la canción, Dallas y Farrow hicieron una reverencia frente a mí.

—Escucha —dijo Farrow mientras la señalaba a Dallas y a sí misma—. La cagamos. Oliver nos dijo que el doctor Cohen quería que las cosas se hicieran de cierta manera y nosotras le seguimos la corriente. Entiendo por qué te sientes avergonzada y traicionada. Creo que cualquiera aquí se sentiría igual en tu lugar. Pero somos cien por cien equipo Briar, ¿entendido?

—Sí —dijo Dallas, vibrando de energía—. Creemos que eres genial y queremos ser tus amigas. Sobre todo, después de escuchar que estás ocupando la mansión de Oliver para darle una lección. —Hizo un gesto alrededor de mi cara—. Vibra total de hermandad Dark Prince Road.

No por nada, ese viaje a Texas sí terminó ayudándome. Recuperé la memoria. Y comí *beignets* como si no hubiera mañana. También los vomité, pero ese no es el punto.

Habían tratado de ayudar. Eran buenas personas. Personas increíbles. Y no era culpa de ellas que el doctor Cohen —y Oliver— hubieran puesto las reglas.

—Sí. Está bien. —Asentí y señalé la bandeja que Farrow sujetaba —. Siempre y cuando podáis confirmar que esas gominolas son de buena calidad.

Los ojos de Dallas casi se le salieron de las órbitas.

—¿Crees que te haría esa porquería con gominolas asquerosas que se pegan a los dientes como un acosador de primera categoría? —Hizo una mueca—. Señora, quiero su perdón, no una orden de restricción.

—Guau —susurró Tiff—. ¿Todos los ricos son así?

Miré a Fae y a Dallas.

—¿Qué os ha hecho venir hoy a verme?

—¿La verdad? El olor a barbacoa. —Dallas caminó hacia mis amigas y les extendió la mano, presentándose con cada una de ellas en la cocina exterior—. Íbamos a esperar hasta la noche para suplicar tu perdón, pero nunca dejamos pasar una buena hamburguesa triple.

—Tú no dejas pasar una hamburguesa triple —la corrigió Fae, arrugando la nariz—. Mis arterias, en cambio, no pasan la prueba.

Dal ya había apilado tres hamburguesas con queso dentro de un pan.

—Entonces, ¿nos hemos perdido algo?

Hazel salió de la piscina y se envolvió con una toalla.

—Solo ver a Briar y a Oliver frotándose en seco salvajemente en la cocina.

—¿Ah, sí? —Farrow soltó una carcajada—. Te descongelas rápido.

—¿Descongelarme? —Me tapé la cara con las manos—. No he tardado ni dos segundos en ceder y estar en llamas.

Dal hizo un puchero.

—Deberías darle una oportunidad.

—Ni de broma. —Farrow agitó un dedo—. No antes de que demuestre que lo merece.

—Eso lo dices porque tu esposo hizo el ridículo suplicando por ti. Algunas nunca tuvimos ese lujo.

—¿De qué hablas? El tuyo recibió una bala por ti. Casi se muere.

De acuerdo...

—Tranquilas —dije, forzando una risa—. Lo que sea que esté pasando entre Oliver y yo es estrictamente casual.

O al menos, eso me decía a mí misma.

¿Me estaba quedando por Sebastián?

¿O por Oliver?

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Oliver

Ollie vB: ¿Conocéis a alguien importante en el *New York Times*?
Zach Sun: Si esto es por la tienda de joyería anal que querías abrir, dudo que la reseñen.
Ollie vB: Alguien está celoso.
Romeo Costa: Escribiste mal «asqueado».
Ollie vB: No, no es sobre mi *startup* de joyería anal. Es otra cosa.
Zach Sun: ¿Es para pagar dinero para que se callen o intimidarlos para que no publiquen un artículo sobre ti? Porque eso no va a funcionar.
Ollie vB: ¿Por qué siempre pensáis lo peor de mí?
Romeo Costa: Eh, ¿porque te conocemos desde hace más de cinco minutos?
Zach Sun: Farrow dice que tú y Briar os besasteis en la cocina.
Ollie vB: No ando con chismes.
Romeo Costa: Según Dallas, lo tuyo es mucho ruido y pocas nueces. ¿Es cierto que no eres un donjuán?
Ollie vB: POR DIOS.
Ollie vB: ¿Las mujeres lo comparten TODO?
Zach Sun: Excepto las compresas, creo que sí.
Romeo Costa: No me sorprendería que mi esposa también fuera de las que cuentan todo.
Zach Sun: Entonces, ¿cuál es el propósito de acostarte con tu okupa?
Ollie vB: Ella no es una okupa. Es mi prometida falsa.

Romeo Costa: No. No puedes usar ese cliché cuando la chica en cuestión no consiente ser tu prometida falsa.
Ollie vB: Si yo fuera tú, no opinaría sobre el tema del consentimiento.
Romeo Costa: Eso fue completamente diferente.
Ollie vB: ¿CÓMO?
Ollie vB: Arrastraste a Dallas pateando y gritando y casi la encerraste. Toda tu relación es básicamente un gran síndrome de Estocolmo, tío.
Romeo Costa: Somos de razas distintas.
Ollie vB: ¿RAZAS DISTINTAS?
Romeo Costa: Sí. Yo no soy un *fuckboy*, como tú. Soy un héroe alfa oscuro emocionalmente dañado que solo necesitaba un poco de guía para enamorarse.
Zach Sun: Alguien se metió en la colección de novelas eróticas de su esposa después de escucharla hablar maravillas del ex de Briar que leía literatura erótica. ¿Qué tan celoso estabas exactamente?
Romeo Costa: Lo suficiente como para abrir una novela... de Wattpad encuadernada a medida. ¿Saben lo que están leyendo los jóvenes hoy en día?
Romeo Costa: Olvidadlo. Volvamos al *fuckboy*.
Ollie vB: Primero que nada, soy un *fuckMAN*, muchas gracias.
Ollie vB: Segundo, el único tipo de guía que tú necesitas es un mapa hacia la prisión más cercana. Secuestraste a esa chica.
Romeo Costa: Bueno, parece lo suficientemente contenta de quedarse, y hasta estamos trabajando en un segundo hijo, así que…
Ollie vB: Qué asco.
Zach Sun: @OllievB, ¿qué estás planeando con el *New York Times*?
Ollie vB: Oh, solo tendréis que esperar y ver.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Briar

No hay furia comparable a la de una mujer a la que sorprenden montando el dedo de su archienemigo como una vaquera sobre el toro mecánico más grande del mundo.

Decidí procesar el encuentro de la forma más saludable posible: pasando los siguientes días evitando a Oliver tanto como pudiera. Con una mansión tan enorme y un itinerario turístico tan lleno, apenas lo veía de vez en cuando.

Acompañé a mis amigas al Smithsonian, a la Biblioteca del Congreso y al National Mall. No pasó desapercibido para mí que las guiaba como si fuera la anfitriona, como si ese lugar se hubiera convertido en mi casa en apenas unas semanas. Las chicas y yo recorrimos bares en todos los lugares respetables que servían mimosas elegantes, hicimos una búsqueda del tesoro en Lost City Books y probamos cada lugar gastronómico en Shaw. Y, aun así, me sorprendía esperando encontrarme con él, mirando por encima del hombro en busca de señales suyas, incluso cuando sabía que él no tenía por qué estar en D. C.

Oliver quería darme espacio. Para pasar tiempo con mis amigas. O tal vez simplemente estaba harto de mis tonterías y agradecía el descanso de tener que cuidarme. De cualquier modo, mis esperanzas de que se cobrara mi promesa de dejar que me follara se hicieron pedazos.

No me buscó. Traté de no dejar que me afectara demasiado, pero sí lo hizo. Era lo único en lo que podía pensar, incluso mientras quería seguir enfadada con él, sobre todo porque me había engañado, y los infieles nunca cambian.

Cuando llegó el lunes por la mañana y mis amigas se fueron, me dejé caer en el sofá, exhausta y aliviada. Anhelaba algo de normalidad, aunque no tenía idea de cómo se vería eso en este lugar tan extraño.

Ollie vB: Llevaré comida para cenar. ¿Qué quieres?
Briar Auer: Udon carbonara de Perry's. Sin carne, por favor y gracias.

Estando en D. C., eso me daría unas buenas seis o siete horas para relajarme con Seb. Últimamente lo visitaba todos los días después de que todos se iban a dormir.

No quería que fuera antes de la una de la madrugada, una hora antes de sus sesiones nocturnas de remo en el lago. La paranoia de ese tipo haría quedar mal a Howard Hughes.

—Lo último que quiero es que mi hermano piense que estoy progresando y me obligue a hacer terapia y socializar —había gruñido Seb una vez. Yo respetaba eso.

Mi teléfono vibró otra vez.

Ollie vB: Entendido.

Y eso fue todo. Nada más.

Ni una mención de nuestra pequeña sesión de frotamiento en seco sobre el mostrador. Nada sobre la apuesta que había ganado. Ni ninguna señal de interés en mí más allá de lo que un padre (normal) mostraría hacia su hijo. De hecho, sí nos mandábamos mensajes todos los días, pero solo lo básico. Él preguntaba si yo o mis amigas necesitábamos algo, si queríamos usar a su chófer o si podía contratar cátering para nosotras.

Era atento hasta la saciedad. Me daban ganas de apuñalarlo por eso.

Pensé que las cosas cambiarían una vez que mis amigas se fueran, pero supongo que no fue así.

Como sea. Me levanté del sofá y fui a buscar el cajón lleno de menús de comida para llevar. Con tanto tiempo hasta la cena, podía sorprender a Seb con su primera fiesta en quince años. Una fiesta de dos, pero fiesta al fin.

Normalmente comíamos pizza, hacíamos puzles, veíamos maratones de *Family Guy* y *South Park*. Rara vez hablábamos de cosas importantes, y cuando lo hacíamos era sobre el pasado. Siempre sobre el pasado. Él se negaba a pensar en cómo podría ser su futuro, y lo respetaba. El pasado era seguro. Inofensivo. Y la noche terminaría en que yo lo enviaba al lago, lo cual me encantaba porque sabía que le levantaba el ánimo.

Una hora después, entré de espaldas al ascensor con todo un carrito de sushi, margaritas caseras y un enorme pastel de cuatro pisos que conseguí a última hora en Classic Bakery gracias a un pedido cancelado de una despedida de soltero.

Encontré a Seb en su sala, viendo una conferencia en línea sobre la resistencia pública a las medidas básicas de ciberseguridad. Algo sobre la demonización de la verificación en dos pasos y una generación de vagos. Al menos, eso parecía.

Pausó la conferencia en su portátil y me miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué está pasando?

—Espera ahí. —Llevé el carrito a la mesa de centro, pasé todo excepto el pastel a la mesa y esparcí confeti por toda la alfombra.

—Sabes que no tengo servicio de limpieza en esta ala —señaló—. Alguien va a tener que limpiar eso, y ese alguien no voy a ser yo.

—Ya veremos. —Para demostrarlo, tomé un puñado de confeti y se lo lancé sobre la cabeza. Cayó brillando sobre sus mejillas, hombros y muslos—. Muy bonito. La purpurina definitivamente es tu color.

—Eso no es un color.

—Hoy sí lo es. —Me senté en el suelo frente a la mesa, con las piernas cruzadas—. Vamos a tener una fiesta, tonto.

Ni se movió.

—¿Quiénes vamos a tener una fiesta?

—Tú y yo. Obvio. —Abrí unos palillos y señalé el lugar frente a mí —. Siéntate. Mis amigas ya se han ido y Ollie no estará en casa hasta por lo menos las seis, tenemos vía libre.

—Como sea —murmuró, aunque alcancé a ver una sonrisa en sus labios—. Pero esto no es una fiesta.

—Claro que sí es una fiesta. —Serví salsa de soja en un recipiente de *wasabi kizami* y mezclé *yuzu kosho*—. ¿Qué estabas viendo?

—Cosas de clase. Para mi segundo máster. —Partió sus palillos—. Ciberseguridad, ¿recuerdas?

—Una ventaja de la revolución tecnológica, además de los filtros que me hacen ver como una niña, es la enorme cantidad de trabajos remotos. —Intenté decirlo con naturalidad mientras mojaba mi *maki* de pepino en la salsa, sabiendo que había tocado el tema prohibido: el futuro.

—Sí. Lo sé. —Se mordió el interior de la mejilla mientras mezclaba salsa de soja con trufa en su *toro donburi*—. Estoy gestionando algunos portafolios de inversión para viejos amigos. Creen que trabajo desde un pueblo rural en Bali.

Crisis evitada. Me relajé y le deslicé su mimosa por la mesa.

—Tú y Ollie siempre han sido analíticos.

Sebastian se encogió de hombros.

—Yo más que él, pero sí.

Cuando terminamos de comer, nos movimos al sofá y empezamos a pasar por los estrenos nuevos en Netflix. Mi teléfono vibró sobre la mesa. Miré la pantalla y vi un número desconocido con código de área de Florida.

Mierda. No podían ser ellos. Mi pulso empezó a retumbar en mis oídos. Vivían ahí ahora. Muy apropiado que hubieran terminado en Florida. Quizá aclimatándose al calor antes de dirigirse directo al infierno. Por supuesto, nunca se habían molestado en contactarme. No había sabido de ellos en quince años. ¿Por qué llamarían ahora? Ni siquiera tenían mi número. Ni el nuevo ni el anterior.

Sebastian y yo intercambiamos miradas. Él conocía mi situación.

—Nadie sabe tu número.

Asintió cuando el teléfono dejó de vibrar, pero enseguida empezó de nuevo con la segunda llamada.

—Si alguien te está llamando, de verdad quiere hablar contigo.

Apreté el aparato con la palma sudorosa y deslicé el dedo por la pantalla.

—¿Hola?

Odiaba que mi voz sonara tan entrecortada. Odiaba que una semilla de esperanza brotara dentro de mí, convencida de que podía ser ella. La mujer que me dio la espalda.

—¿Briar Rose?

Quise romper a llorar. Sonaba como ella, pero más vieja. Me di cuenta de que no podía confirmarlo por la simple razón de que hacía demasiado tiempo que no escuchaba su voz.

El teléfono se me cayó de la mano. Seb lo movió hacia la mesa y presionó el botón del altavoz mientras me daba una palmada en el hombro en señal de apoyo.

—Ay, cariño, ¿eres tú? ¿Por fin te he encontrado?

Mamá. No, mamá no. No merecía ese título. Philomena Auer. Sentí cómo la sangre se me helaba en las venas. Era ella. ¿Cómo había conseguido mi número? Sabía que Seb podía leer el pánico en toda mi cara. Prácticamente vibraba con él. No respondí, pero eso no le impidió apresurarse a explicar, tal vez al darse cuenta de que quería colgar.

—Hice una búsqueda en una de esas páginas de internet. Apenas ayer encontré este número asociado a tu nombre. Solo quería decirte felicidades.

Intenté, sin éxito, desenredar el desastre en mi cabeza. ¿Felicidades? ¿Por qué? Desde que me dejó, me había graduado, había encontrado trabajo, me habían ascendido, había alcanzado un logro profesional tras otro. Ninguna de esas hazañas me había hecho digna de su atención. ¿Por qué ahora?

Tardé diez segundos completos en encontrar la voz.

—¿Podrías ser más específica? Mi vida ha sido un parque temático de éxitos y ocasiones dignas de celebración desde que me sacastéis de vuestra vida.

Sebastian asintió, levantando el pulgar. Le gustó mi respuesta.

Puedes hacerlo, Briar. Esto no es nada. Ellos no son nada.

Un pequeño aleteo revoloteó dentro de mi pecho. Lo estaba gestionando. Enfrentando el trauma de frente. Parecía ser el tema de mi vida las últimas dos semanas: chocar con personas que me decepcionaron.

—Briar Rose, por favor. —Philomena soltó una risa falsa, una que conocía demasiado bien de las fiestas a las que me había llevado como si fuera su adorno—. El sarcasmo es muy poco elegante.

El descaro.

—Ahora es Briar. Y por suerte no me convertí en una mujer de buenos modales. Soy una mujer fuerte, y no acepto consejos maternales de mujeres que nunca fueron madres.

La mano de Sebastian voló a su boca. Contuvo la risa, tomó su teléfono y me mandó un mensaje. Llegó un segundo después.

Seb vB: ¿Hola? ¿9-1-1? Me gustaría reportar un ASESINATO.

Forcé una risita.

Pasó un minuto.

Estaba a punto de colgar cuando Philomena finalmente rompió el silencio.

—Tienes razón. No tengo derecho a criticarte. No debimos perder el contacto contigo, cariño. Fue una época muy estresante en

nuestras vidas. Estábamos abrumados con todo. Ojalá pudieras dejarme explicarte.

Oliver había dicho lo mismo. Solo que Oliver había intentado compensarlo salvándome en el estanque, cuidándome junto a mi cama en el hospital, cambiando su vida conmigo como su prometida y permitiéndome quedarme aquí después de que dejé muy, muy claro que lo odiaba.

Y nunca pidió nada a cambio.

Tenía la sensación de que Philomena y Jason compartían un motivo oculto y que lo descubriría más temprano que tarde.

—Claro. —Hice rodar la lengua dentro de mi boca—. Mira, de eso se trata tener una familia. Te mantienes firme incluso cuando las cosas se ponen difíciles. No te olvidas de la persona y sigues con tu vida.

Los dedos de Sebastian volaban por la pantalla y tenía la lengua fuera por la concentración. Un segundo después apareció otro mensaje.

Seb vB: ¿9-1-1? Olvídalo. Quiero reportar un DOBLE HOMICIDIO.

Le sonreí. Con la cara perfecta o arruinada, Sebastian seguía desbordando encanto.

Philomena permaneció en silencio al otro lado de la línea. No sabía cómo lidiar con una hija rebelde. Yo siempre había intentado complacerla.

Suspiré, ya agotada solo de saber que ella y Jason hablaban de mí.

—¿Qué quieres?

—Quería felicitarte por tu compromiso con Oliver von Bismarck.

Su voz sonó formal, correcta.

—Tu padre y yo, sí, seguimos siendo tus padres, te guste o no, aprobamos mucho esta unión. Oliver proviene de una familia muy respetable.

Mi mente chirrió como un disco rayado.

—Perdón… ¿mi qué?

—Tu compromiso con Oliver. Esperamos que consideres enviarnos una invitación, Briar Ro… Briar. Nos encantaría honrarte con nuestra presencia.

—Podríais haberme honrado con vuestra presencia los últimos quince años —dije con dureza—. Y todavía no tengo idea de qué estás hablando. ¿Cómo sabes que estoy… comprometida con Oliver?

No lo estaba. No realmente. Pero estaba segura de que si corría un rumor, la boca grande de Oliver lo había esparcido. Olía a él. Le encantaba fastidiarme.

—¿Cómo que cómo? —A juzgar por el tono endurecido de su voz, mi queridísima madre obviamente había perdido la paciencia—. ¿Me tomas por una cerda ignorante? Vi el anuncio en el *New York Times*.

—¿En el *New Yor*…?

El resto de las palabras murió en mi garganta.

Chasqueé los dedos para que Sebastian me enseñara el periódico de hoy. Él recibía todas las publicaciones diariamente y las recogía antes del amanecer cuando regresaba sigilosamente a su guarida.

Seb se levantó de un salto, corrió hacia el aparador del comedor, sacó el periódico y lo arrojó en mi regazo. Pasé las páginas hasta encontrarlo.

Maldito Oliver.

Una boda (estadounidense) real.

POTOMAC, 3 de abril.— Su Gracia Oliver Etherion von Bismarck, hijo mayor de Felix von Bismarck, duque de Carintia, y Agnes von Bismarck, de la dinastía artística Conyngham, anuncia su compromiso con Briar Auer de Los Ángeles, padres fallecidos.

El anuncio ocupaba una doble página. Una maldita doble página. Como si fuéramos Meghan y Harry.

Jesucristo, Ollie. Además… *¿padres fallecidos?*

Dios, podía ser brutal cuando quería. No sabía si quería reír o golpearlo hasta dejarlo inconsciente. Probablemente ambas cosas.

—Debo decir… —Philomena fingió un sollozo—. Me decepcionó un poco que nos mencionaran como fallecidos.

—¿Por qué? —Negué con la cabeza, tratando de ordenar la niebla en mi mente—. Es completamente exacto. Para mí estáis muertos.

Iba a matar a Ollie. Quería una reacción de mi parte, y la tendría.

—Briar Rose, estás siendo muy cruel con tu madre —ladró Jason desde el fondo. Supongo que ellos también estaban en altavoz—. Somos tu familia, para bien o para mal, y queremos participar en esta boda.

Ah, ahora lo entendía. Querían volver a abrirse paso en la alta sociedad. Durante las últimas dos décadas, Jason había terminado en los tribunales gracias a sus delitos de malversación y robo. Para cuando me repudiaron, ya sabía que sus deudas se habían acumulado más de lo que podrían pagar en diez vidas.

Mi apuesta: ahora estaban completamente arruinados. No me sorprendería.

Esta llamada era solo otro plan para conseguir dinero. Resultaba que yo tenía que ponerlo en marcha. No debería afectarme tanto

después de tanto tiempo, pero lo hizo. También me volvió muy desconfiada respecto a las intenciones de Oliver. Tal vez no eran tan puras como quería hacerme creer.

—Hola, Jason. —Me aclaré la garganta, obligándome a mantener la calma—. Mucho tiempo sin… hervir de rabia.

—Oh, ya déjalo ir. —Sus carcajadas no convencerían ni a un santo —. No era tan malo.

—Sí lo eras. Me llamabas *la chica*.

—¿Cómo se suponía que debía llamarte? ¿*Los auriculares*?

Intentó reír otra vez, pero la risa murió en su garganta.

No podía creer que las provocaciones de Oliver me hubieran llevado hasta aquí. Esto era una locura.

—Adiós, Jason. Adiós, Philomena.

—Espera. —Mi madre se apresuró hacia el altavoz—. ¿Y la invita…?

Colgué antes de que terminara la frase.

Eso le daría una probada de su propia medicina.

—Al menos tenemos pastel. —Seb se puso de pie de un salto y rodó la caja hacia nosotros. La que había conseguido de una despedida de soltero cancelada—. ¿Cuando un matrimonio termina, otro empieza?

—Demasiado pronto para bromas —gruñí, pero aun así desaté el lazo de la caja y observé cómo las paredes se abrían para revelar el pastel.

Nuestras mandíbulas se cayeron.

Seb levantó las cejas y se volvió hacia mí.

—Pensé que dijiste que era un pastel de cuatro pisos.

—Eso fue lo que me dijeron.

No. No era un pastel de cuatro pisos.
Era un pastel con forma de pene.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Briar Rose

Dieciocho años de edad

Lo primero que perdí fue mi aceptación en Harvard.

—No podemos pagarlo —anunció mi madre una noche, sin molestarse en levantar la vista de la ensalada caprese que estaba preparando—. Es simplemente imposible.

Sería muy propio de mi suerte que mis padres por fin hubieran llegado al lago de Ginebra, solo para aplastar mis esperanzas y mis sueños.

Apiló hojas de albahaca sobre tomates y rebanadas frescas de mozzarella. Yo rocié aceite de oliva por encima.

—¿Qué quieres decir con que no podemos pagarlo?

Ya sabía que no podían costear gran parte del alojamiento ni de los gastos de vida. Dos años atrás, a papá lo habían despedido de su trabajo por malversación y había hundido sus ahorros en honorarios legales para defenderse de las víctimas que lo demandaron. Por suerte, la escuela Surval Montreux me había ofrecido becas.

Pero para la universidad, pensé que al menos la matrícula estaba cubierta.

—Exactamente lo que he dicho. —Mi madre cerró de golpe un cajón con la cadera, caminó con aire despreocupado hasta el refrigerador de vinos y sacó una botella de blanco por el cuello—. La casa de verano del senador era un último intento para conseguir algo de financiamiento, pero está postrado en cama con alguna enfermedad. Ni siquiera quiso saludarnos. Qué grosero.

—Pero ya me han aceptado.

Papá robó para cubrir su problema con el juego. Por eso saltaba de un país a otro. Al parecer, los casinos de todo el mundo lo habían puesto en lista negra por su mal comportamiento cada vez que perdía.

—No tenemos dinero. —Se sirvió una copa generosa y señaló a nuestro alrededor—. De hecho, también vamos a tener que vender esta casa de verano.

Al oír esas palabras, traté de no desplomarme.

Todos mis recuerdos con Oliver… perdidos.

Lo conocí por primera vez en esta misma casa. Le dije que lo amaba en los escalones cerca de los columpios. Le prometí que me casaría con él arriba, en el balcón.

Contrólate, Briar Rose. La educación es más importante. Oliver también te diría eso.

Me volví hacia mi madre y apoyé una mano en la cadera.

—Esto es importante para mí, mamá.

La palabra *mamá* se sentía mal en mi boca cada vez que la decía, pero aun así la usaba, con la esperanza de que, si la repetía suficientes veces, empezara a sentirse verdadera.

Se echó el cabello hacia atrás y torció la boca por el sabor del vino.

—No sé qué quieres que te diga.

—Bueno…, supongo que podría pedir algunos préstamos…

—No tienes historial crediticio —señaló, casi burlona—. Y Dios sabe que nuestro crédito es terrible estos días.

—¡Mamá! —jadeé—. No puedo renunciar a Harvard. Es mi sueño.

Bueno, estar con Oliver era mi sueño. Harvard solo era un extra.

—Consigue una beca o algo así.

—Es demasiado tarde para postular.

—¿Qué quieres que te diga? —Golpeó el puño contra la encimera —. Entonces ve a otra universidad.

—Quiero ir a Harvard.

—Y yo quiero un marido que no pierda todo nuestro dinero en el casino, cariño. Mick Jagger no bromeaba cuando dijo que no siempre puedes conseguir lo que quieres.

¿Eso era todo lo que tenía que decirme?

No podía creerlo y, aun así, me parecía completamente típico de ella.

Bien. Lo que sea. No iba a poder cambiar su opinión… ni la de él.

Corrí a mi cuarto, arranqué mi teléfono del cargador y llamé a Ollie. Él sabría qué hacer. Tal vez incluso podría prestarme dinero. Claro que se lo devolvería. Hasta el último centavo.

Mientras sonaba el teléfono, me dejé caer sobre mi futón y sorbí por la nariz, mientras me limpiaba las lágrimas de las mejillas.

Tres timbrazos. Cuatro. Cinco.

Miré la hora. Era temprano en la costa este. ¿Por qué no contestaba? Oliver siempre contestaba. Aunque fuera solo para

decirme que me devolvería la llamada en una o dos horas.

Había hecho eso muchas veces en las dos semanas desde París. Con su horario caótico de prácticas, aparecía en nuestras videollamadas con ojeras oscuras bajo los ojos.

Corté la llamada y le mandé un mensaje para que me respondiera. Luego apoyé la cabeza en el respaldo y empecé a recorrer el Instagram de Ollie. Ver su cara siempre me calmaba.

No subíamos fotos juntos a internet. Yo era en extremo reservada, y Ollie era… bueno, todo lo contrario.

Vi una foto nueva que no había visto antes: él y Seb en un restaurante de carnes, chocando vasos de té helado y sonriendo a la cámara. Le di «me gusta» de inmediato y seguí bajando cuando vi un comentario de alguien que no reconocía.

LindseyBorneXO: TE VES MUY HOT OLLIE.

El corazón me dio un brinco.

Deslicé el dedo por la pantalla y encontré otro comentario suyo en una foto de Oliver, solo, tomando el sol junto al lago.

LindseyBorneXO: ¿¿¿Cuándo me vas a invitar a la casa del lago???Te mandé algo travieso por DM…

Tragué saliva y entré a su perfil. Solté un jadeo.

Ollie le había dado «me gusta» a su foto en bikini.

Ollie le había dado «me gusta» a su foto en bikini.

Se sentía como pasar junto a un accidente de coche. Sirenas, pedazos de metal, sangre… y no podía dejar de mirar.

No te alteres. Es Oliver. Tal vez fue un accidente.

No.

Le había dado «me gusta» a todas sus fotos medio desnuda en Cancún durante las vacaciones de primavera. A todas. Treinta seguidas. Y los comentarios. Los comentarios. Directamente me quemaban la retina.

Nunca podría olvidarlos.

OlivervonBismarck: Dios mío estás buenísiiiiima

OlivervonBismarck: ¿Cerveza, bikini y BBQ? No hace falta más.

OlivervonBismarck: Entonces, ¿cuándo vienes para que te enseñe a pasarlo bien?

Nunca había dudado de la fidelidad de Ollie… hasta ahora.

Mis mejillas ardían. Las puntas de mis orejas quemaban. Volví a llamarlo.

No contestó.

Otra vez.

Y otra.

Me dije que tenía que haber una explicación perfectamente lógica para todo esto —los comentarios, el coqueteo, la falta de comunicación— y me obligué a esconder el teléfono y salir a caminar.

Pero cuando regresé, seguía sin contestar.

Entonces perdí el control.

No me enorgullece lo que hice después. Por lo general era una chica serena y bien educada. No en ese momento. Le escribí una cadena de mensajes furiosos.

Briar Rose: No estás contestando y no sé por qué, pero sinceramente tu comportamiento es inaceptable.
Briar Rose: Estás coqueteando en público con otra chica mientras yo estoy aquí planeando todo nuestro futuro juntos. ¿Qué demonios, Oliver?
Briar Rose: Llámame.
Briar Rose: ¿HOLA?
Briar Rose: Más vale que estés muerto, porque cualquier otra excusa no va a ser suficiente.

Pero Oliver no estaba muerto.

Lo supe cuatro días después cuando publicó una foto en su Instagram, de él y Sebastian sonriendo de oreja a oreja con la leyenda: *Mi hermano menor se muda a la India. ¡Alavida, cabrón!*

Ollie no había devuelto ninguna de mis llamadas ni mensajes. Sin embargo, encontró tiempo para publicar eso.

Estudié cada píxel de la foto. Se veía feliz. Despreocupado. Bronceado y sonriendo de oreja a oreja. ¿Cómo podía desaparecer de mi vida y seguir como si nada?

El resto del verano se vino abajo a una velocidad alarmante. La fecha límite para pagar la matrícula de Harvard llegó y pasó. Intenté conseguir un préstamo estudiantil privado, pero no tenía historial crediticio y mis padres se negaron a firmar como aval.

Harvard quedó oficialmente descartada.

Tal vez me habría dolido más si no estuviera tan obsesionada con el hecho de que Oliver me había dejado sin decir una sola palabra. No había actualizado sus redes desde esa publicación en el aeropuerto con Sebastian, pero eso no me impedía revisarlas compulsivamente varias veces al día.

El juicio por malversación de Jason iba a empezar pronto en Argentina, así que él y mi madre volaron hacia allí. Vendieron la casa

de verano en Ginebra y, cuando les supliqué que me dejaran ir con ellos, mi madre resopló y se dio una palmada en el muslo.

—Briar Rose, tienes dieciocho años. Ya eres demasiado mayor para esconderte detrás de la falda de tu madre. Apenas podemos pagar nuestros propios billetes. Vamos a volar en clase económica, por el amor de Dios.

Me dejaron atrás, sin siquiera un «buena suerte» dicho al pasar. Me dejaron destrozada, sin dinero y aterrada. Estaba completamente sola en el mundo.

Pasé los primeros dos días durmiendo en el sofá de la casa de un antiguo tutor antes de alquilar un pequeño apartamento tipo estudio en Zúrich. Pensé que podría trabajar allí durante un año, ahorrar algo de dinero y luego ir a la universidad en Estados Unidos.

Como los precios el sector inmobiliario en Zúrich eran absurdamente elevados, logré conseguir un descuento aceptando un trabajo extra: limpiar todo el edificio de cuatro pisos y el sótano del ático una vez por semana. Además de eso, conseguí trabajo como camarera, en una pequeña cafetería de Bahnhofstrasse y los fines de semana recogía mesas en un club de caballeros.

Trabajé, trabajé y luego trabajé aún más, tratando de apartar de mi mente la traición de Ollie. Pero cuanto más pensaba en la forma en que nos separamos —sin una conversación de ruptura, sin una razón válida, sin un adiós adecuado—, más empezaba a resentirlo.

Él conocía mi situación.

Tomó mi virginidad y se largó a Estados Unidos. Dejándome sin ropa siquiera para volver a casa.

El chico al que le entregué mi corazón y mi alma resultó no ser más que un bastardo hedonista.

Y, aun así, dentro de mí todavía quedaba una diminuta e idiota chispa de esperanza de que hubiera una buena explicación para todo esto. De que Ollie en realidad no fuera el villano.

Cuando no estaba trabajando, solicitaba becas y apoyos. Como tenía buenas notas y muchas cartas de recomendación, logré conseguir una beca completa en Baylor.

La primera vez que leí la carta de aceptación no sentí más que vacío. La leí en mi minúscula cocina, que también era mi dormitorio, mi baño y mi armario. Bebí mi té aguado —esa porquería que preparaba reutilizando una bolsita de té— y asentí para mis adentros.

Había aceptado el hecho de que nunca sería feliz ni me sentiría realizada.

Así que me conformé con sobrevivir.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Briar

La venganza es un plato que se sirve frío.

La mía se serviría en una bandeja de helado.

Cuando Oliver regresó a casa con comida para llevar por la que había conducido una hora, me encontró en la cocina sirviendo helado casero de coco con miel en un cono de *waffle* que había sumergido en chocolate blanco y cubierto con virutas de colores.

Se lo empujé hacia la cara mientras le daba un beso en la mejilla.

—Todo tuyo.

La simple visión de él después de cuatro días sin verlo me dejó casi sin aire.

Se veía tan guapo con su camiseta negra de cuello en V y sus pantalones elegantes. Y esas venas que zigzagueaban por sus antebrazos, y el indicio de su abdomen marcado bajo la camisa, y Dios, esas extremidades bien formadas.

De acuerdo. Sentía una tensión sexual insoportable con solo saber que este hombre existía en mi mismo código postal, y ni hablar de bajo el mismo techo.

Pero eso no significaba que fuera a perdonarlo solo por estar tan bueno.

Los ojos de Ollie se entrecerraron.

Bajó la mirada para examinar el cono.

—¿Cuál es la trampa?

Le puse una cereza encima.

—No hay trampa.

Cruzó los brazos con el ceño fruncido, lo que hizo que sus bíceps se marcaran aún más.

—¿Está todo bien?

—Fantástico. —Sonreí de oreja a oreja—. Por favor, dime qué te parece mi helado. Es una receta especial.

—¿Una receta especial que incluye trióxido de arsénico y fosgeno? —Examinó mi rostro en busca de enfado o molestia.

No mencioné nada del artículo del *New York Times*, y tampoco lo había visto en días. La tarde en que me enteré, había dejado mi *udon* en la puerta y se había ido antes de que pudiera confrontarlo.

—Vamos. —Hice un puchero—. ¿Dónde ha quedado la confianza?

—No en la mujer que anoche me dibujó dos penes en la cara con un Sharpie de súper resistencia mientras yo dormía —dijo, señalando su rostro, que todavía parecía tener unas mínimas sombras con forma fálica en cada mejilla.

Bueno, tal vez sí me vengué por ese anuncio de compromiso. Pero hay que reconocer lo impresionante que fue que lograra dibujarlos en completa oscuridad. Ni siquiera usé la luz del móvil.

—Duermes muy profundamente. Lo recuerdo de cuando estábamos juntos. —Me encogí de hombros—. Era demasiado fácil. No pude resistirme.

Señaló el helado.

—Bueno, no voy a darle ni una probada hasta que me prometas que no voy a salir de aquí en una camilla.

—Lo juro. —Me llevé una mano al pecho—. El helado está bien. Mira, yo daré la primera lamida.

Le quité el cono de entre los dedos y pasé la lengua por el helado sin apartar la mirada de Oliver en ningún momento.

Su garganta se movió al tragar saliva y se acomodó los pantalones. Casi me dio risa la reacción tan visceral que le provocó.

—¿Ves? —Le devolví el cono—. ¿Se te ocurre una crema mejor?

—Sí, la que hay en mis pantalones después de ver esto —gruñó, acercando los labios al helado. Su lengua siguió el mismo camino que la mía mientras también mantenía el contacto visual—. Oh, mierda. —Frunció el ceño al mirar el cono y volvió a lamerlo con más ganas—. Esto está realmente buenísimo.

Me senté y apoyé la barbilla en el puño, con los codos sobre la isla de la cocina mientras lo observaba.

—Hace dos años hice un curso para hacer *gelato*.

Le dio unas cuantas lamidas más antes de encontrar la tarjeta de plástico que había escondido dentro.

Se detuvo, la sacó de entre los dedos pegajosos y frunció el ceño.

—¿Qué demonios es esto?

—Es la cita para nuestra clase de canto. —Aplaudí y giré en el banco, poniendo mi mejor sonrisa de *ay-Dios-no-puedo-esperar-para-casarme-contigo*—. ¿Recuerdas? Para nuestro dueto de boda.

Casi podía oír los engranajes en su cabeza girando antes de que procesara que esta era mi venganza por su anuncio en el *New York Times*.

Su expresión de venado encandilado por los faros de un coche se transformó en una sonrisa ladeada.

—Ah, sí. Me preguntaba cuándo empezaríamos con eso.

Abrí los brazos.

—Esta tarde.

—¿Esta tarde?

Le guiñé un ojo.

—No hay mejor momento que el presente, ¿verdad?

—Se me ocurre uno mejor. Nunca —murmuró, antes de brindarme también una sonrisa falsa—. Perdón, lo que quise decir es: sí, estoy libre y no puedo esperar. Como seguramente ya has visto, me tomo muy en serio nuestra boda falsa.

—Yo también.

Uno de los dos tendría que ceder, pero no iba a ser yo.

No estaba segura de qué estábamos haciendo, pero estaba bastante segura de que terminaría con más roces y posiblemente sexo, lo cual en verdad me encantaría.

¿Y qué? De todos modos, le debía una vez.

Solo una vez, Briar.

—De hecho —dijo Oliver, acercándose mientras le daba otra lamida al helado—. Tengo una idea todavía mejor.

Inclinó el cono hacia mí. Lo lamí. Él bajó la cabeza y su lengua siguió la mía sobre el helado. El contraste entre lo frío y lo caliente era delicioso. Tan dulce.

Cerramos los ojos y, por un segundo, nos besamos con lengua a través de lo que quedaba del helado.

Unas gotas blancas cayeron del cono y se deslizaron entre mis pechos.

Antes de darme cuenta, estaba jadeando, lista para que me arrancara la ropa y me hiciera suya.

Yo había aceptado tener sexo con él en el momento que él eligiera.

Ese momento podría ser ahora.

—Mmm. Qué dulce. En fin —dijo Oliver apartándose de repente, completamente sereno y en apariencia indiferente al beso—. Como decía, tengo una idea.

—¿Cu-cuál es tu idea?

—Quiero hacer también el baile.

Me limpié la boca con el dorso de la mano.

—¿El baile?

—Sí. «La puerta hacia el amor». Tiene coreografía. ¿Por qué conformarnos solo con la canción? Hagamos también el baile.

Esto ya se estaba volviendo ridículo. ¿De verdad pensaba que yo creería que iba a seguir con todo esto? ¿Creía que yo lo haría? Si esto era un juego de ver quién se rendía primero, una competencia de quién parpadeaba antes, yo me negaba a ser la primera en retirarme.

—Claro. —Me bajé del asiento de un salto y me estiré, arqueando los pechos hacia su cara—. Me parece bien. Entonces… ¿listo para nuestra primera clase de canto?

Justo cuando había recuperado un poco la compostura, Oliver decidió sacar un poco de helado del cono con el dedo índice y meter la crema blanca en mi boca. La abrí para él sin cuestionarlo, mientras lo miraba fijo, indefensa.

—Mierda. —Sus ojos estaban pesados, somnolientos, mientras recorría mis labios con el mismo dedo que yo acababa de chupar

hasta dejar limpio—. Cuando por fin te folle, te vas a beber cada gota de mi semen, ¿verdad?

—Si es que eso llega a pasar. Te estás tomando tu tiempo para cobrar tu premio.

—Solo estoy aumentando el ansia.

—Querer acostarme contigo nunca es el problema, Oliver. Me atraes. Lo que no soporto es tu personalidad.

—Grandes palabras para alguien que está a punto de casarse conmigo.

Touché.

Él parpadearía primero.

Me aseguraría de ello.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Oliver

Ollie vB: Está furiosa.
Romeo Costa: ¿Qué has hecho?
Ollie vB: Puede que haya anunciado nuestro compromiso en el *New York Times.*
Romeo Costa: ¿Qué compromiso? NO HAY NINGÚN COMPROMISO.
Ollie vB: Semántica.
Romeo Costa: Eso no es lo que significa semántica. La lobotomía sí que te afectó.
Zach Sun: Ve pidiendo un futón. Se acabó.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Oliver

—¿Nos está enseñando a cantar o a parir una cría de ballena del tamaño de un edificio de oficinas?

Al oír mis palabras, la profesora de canto giró la cabeza bruscamente y me lanzó una mirada fulminante antes de salir del salón para una pausa rápida para ir al baño.

Ups. Pensé que ya se había ido. No es mi culpa. Apenas podía respirar, considerando que Briar y yo habíamos pasado los últimos quince minutos practicando «control», lo que básicamente se traducía en una competencia para ver quién podía aguantar la respiración más tiempo. En cuanto a su espíritu competitivo, se parecía a Seb incluso más que yo.

Desde el otro lado del diminuto estudio, Briar me sonrió.

—Tenemos que confiar en el proceso.

Detrás de ella, pósters firmados de obras de Broadway decoraban cada superficie, junto con premios y certificados enmarcados. Al parecer, nuestra instructora era toda una estrella.

Ni siquiera recordaba su nombre. Jillian o Jessica. Algo con J. Yo estaba demasiado concentrado en el hecho de que mi falsa prometida —o la verdadera, dependiendo de qué tan bien funcionara mi plan— se veía absolutamente irresistible mientras se concentraba en la tarea. Sus labios se fruncían y se movían cada vez que inhalaba.

Siempre supe que era un cabrón calenturiento, pero excitarme por la forma en que alguien respiraba era algo nuevo para mí.

Ah, y sí, estaba dispuesto a casarme con Briar si eso significaba conservarla.

No estaba del todo seguro acerca de lo que sentía por ella. ¿Era amor? ¿Cariño? ¿Ansia? ¿Alivio después de quince años de duelo? Fuera lo que fuera, estaba absolutamente seguro, más allá de cualquier duda, de que nadie más podría rozar siquiera la superficie de lo que ella me hacía sentir.

—Y también hay que tener paciencia. —Briar volvió a atarse su moño alto, sujetando la goma entre los dientes—. Roma no se construyó en un día.

—Nuestra boda es en unos meses. —Me obligué a apartar la mirada de la elegante curva de su cuello mientras aseguraba el moño—. A menos que para entonces nos implanten quirúrgicamente las cuerdas vocales de Lin Manuel Miranda y Mariah Carey…

—Eh, ¿esa opción está cien por ciento descartada? Eres asquerosamente rico.

—Se sabe que en mi vida he comprado cosas poco convencionales...

—¿Ah, sí? —Me miró con curiosidad—. ¿Como qué?

Como todo.

Aparte de su amor, nunca había ganado nada que tuviera valor verdadero. Todo había sido solo dinero. Lo único que tenía que valía la pena conservar —Briar misma— lo había perdido. Y cargaba ese conocimiento, ese fracaso, conmigo a todas partes. Algunos arrepentimientos se convierten en sombras que acechan en la oscuridad dondequiera que vayas.

—Ya sabes. Lo de siempre. —Me encogí de hombros—. Transfusiones de sangre prémium, cráneos de dinosaurio únicos en su especie y una flota de tigres adultos.

—Ya veo que todo vuelve a los animales exóticos traficados que guardas en tu ala secreta.

La verdad, aplaudía su contención. No sabía si yo tendría ese mismo autocontrol si alguien me hubiera dicho que tenía un área ultrasecreta a la que no podía entrar bajo ninguna circunstancia.

—Por última vez, no son traficados. Están perfectamente tranquilos. Estoy medio tentado de llevarte ahora mismo para demostrarte que están ahí relajándose, felices como lombrices. El Tiger King desearía ser yo.

Se mordió el labio inferior para no reírse.

Parecía el momento perfecto para cobrarme el premio de mi apuesta. En realidad, cualquier momento parecía el momento perfecto. Quería inclinarme y besarla. Desnudarla. Arrastrar mis labios desde su boca hasta los dedos de sus pies. Enterrar la cara entre sus piernas y perderme en ella. Esta mujer me tenía estúpido. Hecho un completo imbécil. No uno fingido, esta vez. Uno de verdad.

Y. No. Me. Importaba.

Pero no. No usaría mi premio hasta el momento adecuado.

Nos quedamos mirándonos un segundo, pensando lo mismo.

—Entonces. —Briar negó con la cabeza y se aclaró la garganta—. La boda tendrá lugar y también el dueto.

—Y el baile. No olvides el baile.

—Va a ser vergonzoso —advirtió—. Pero ese es el punto. Es una característica, no un error.

Tonta Mimitos, quise reírme. Nunca podrías avergonzarme.

La profesora abrió la puerta. La innombrable cantidad de pulseras que llevaba en la muñeca chocó en una sinfonía metálica anunciando su llegada.

—Ya he vuelto —canturreó—. ¿Habéis tenido oportunidad de practicar vuestras habilidades?

—Dos veces al día. —Señalé a Briar con el pulgar—. Y eso en un mal día, cuando solo quiere rapiditos.

Mi falsa prometida se puso roja al instante, pero la profesora se echó a reír.

—¡Dios mío! —Jillian-Jessica se abanicó—. Este es un gran partido, ¿eh?

—Cariño, por última vez, no se trata de cuántas veces, sino de la habilidad. —Briar me dio una palmada condescendiente en el brazo antes de lanzarle a la profesora una mirada solemne—. Él se lanza como perro con hueso, como si no hubiera comido en todo el año.

Tosí en mi puño.

—No escuché ninguna queja sobre mi desempeño.

—Eso es porque te gusta meterme tu ropa interior sucia en la boca. Por cierto, me encantaría que dejaras de hacerlo.

Santa mierda. Estaba tratando de avergonzarme más que yo a ella. Ganarme en mi propio juego. Imposible, por supuesto. Yo tenía

un doctorado en ser vulgar. Nadie podía superarme.

—Luz de mi vida. —Le acaricié el hombro, y ella se estremeció bajo mis dedos, justo como sabía que pasaría—. Se llaman trapos de cocina, y no se supone que debas comértelas. Pero vamos a civilizarte. Ya casi estás ahí. Casi. —Le dediqué a nuestra profesora una sonrisa triunfante—. Está completamente entrenada para ir al baño y ya sabe cantar el abecedario, gracias a los consejos de la famosa señorita Rachel en YouTube. ¿Puede creer que es la misma mujer que perdió la memoria hace unas semanas y volvió a su yo de dieciocho meses?

La profesora de canto se llevó una mano al pecho con un suspiro soñador. Briar gruñó y me pisó los dedos del pie. Un gruñido bajo vibró en mi estómago.

—Bien, ¿dónde estábamos? —La profesora miró alrededor, desorientada—. Ah, sí. Íbamos a trabajar en vuestro tarareo.

Hicimos eso durante el resto de la hora. Tararear. Gemir. Gruñir.

Briar permaneció del color de una fresa madura todo el tiempo. Cuando terminamos, se deslizó en el asiento del pasajero y se abrochó el cinturón.

Tan pronto como la profesora nos despidió con la mano a través de la ventana, la sonrisa relajada de Briar se transformó en un ceño fruncido.

Sigue decidida a odiarme, ya veo.

—Mañana voy a Nueva York —anunció.

—Creo que quisiste decir *vamos* a Nueva York —la corregí—. Ni loco voy a dejar a mi guapísima prometida a merced de los *fuckboys* de la ciudad sin supervisión.

—Ayy. —Me lanzó una sonrisa falsa—. Qué asco. Bueno, es por trabajo. Voy a reunirme con los dos actores con los que voy a trabajar en mi próximo proyecto, y necesito estar completamente concentrada para asegurarme de respetar sus necesidades y sus límites. Como puedes ver, estoy bien y funcionando a la perfección.

Señaló el lugar donde antes estaba su herida.

—No hay razón para que sigamos con esta farsa cuando nadie está mirando, solo para fastidiarnos el uno al otro.

—No lo hago para fastidiarte. —Fruncí el ceño mientras arrancaba el coche—. Solo es un muy buen beneficio extra.

Con un suspiro, abrió la guantera y cogió un chicle.

—De todas formas, no hay manera de que acabes acompañándome a Nueva York.

—Oh, no te preocupes, ya he acabado hace nada con solo verte respirar.

—Asqueroso.

—Romántico.

—Solo dime que de verdad entiendes que no puedes venir a Nueva York mañana, ¿sí? La productora me reservó un hotel para pasar la noche.

—Mi chófer te llevará —negocié, sin responder realmente a su pregunta. No iba a dejar de vigilarla. La mujer acababa de despertar de un coma.

Abrió la boca para discutir, pero luego se dio cuenta de que yo nunca iba a ceder.

—Está bien. Entonces, ¿no vas a venir?

—¿Te he dicho ya que hoy te ves preciosa?

—Deja de esquivar el tema. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo.

—Genial.

—Jodidamente fabuloso.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

Briar

Me sentía como una prisionera fugitiva cruzando la frontera estatal.

—Bien, hablemos de líneas rojas. —Abrí mi portátil frente a la actriz dos veces nominada al Oscar, Hailey Johansson, y di doble clic al cuestionario que uso con todos mis clientes—. ¿Tienes alguna?

Hailey hizo un puchero al otro lado de la mesa para doce personas. Enrolló un rizo negro alrededor de su delgado dedo mientras apoyaba la barbilla en el puño. Etérea y deslumbrante como una princesa de animación con ojos de ciervo, parecía aburrida hasta la médula en la Sala Magnolia del Grand Regent, en la Quinta Avenida.

Sí. Había reservado una mesa de dos-mil-dólares-la-hora en el hotel de siete estrellas, aprovechando al máximo las capacidades de mi prometido. Cuando entramos a la planta de conferencias, hombres con trajes de tres piezas se detuvieron a mirarnos desde sus lugares, inclinados sobre mesas redondas y hojas impresas con planillas de cálculo. Decir que parecíamos fuera de lugar en medio

de corredores de inversión de alto nivel, techos abovedados y candelabros de un millón de dólares sería quedarse corto.

—Quiero decir… Supongo que penetración completa. —Hailey reventó su chicle rosa, sus grandes ojos marrones seguían a los apuestos hombres de negocios a través de las ventanas de cristal mientras pasaban frente a nosotras—. Aunque, para ser honesta, ni siquiera eso es un límite firme si finalmente gano un Oscar.

Solté una risa débil. Ella me miró, completamente seria.

El rodaje empezaba en menos de quince semanas. Apostaría todo mi salario a que Hailey pasaría cada una de ellas apuñalando muñecos vudú de las actrices que ganaron trofeos los años en que ella fue nominada.

Me aclaré la garganta y di un sorbo a mi té verde.

—Debe haber algo que te cause incomodidad hacer.

—No.

—¿Desnudez total? ¿Tocar en lugares específicos? ¿Un número determinado de personas del equipo en el set cuando filmes escenas íntimas?

Me ofreció un parpadeo lento.

—Creo que no lo entiendes, Briar. Yo quiero un Oscar. Mientras más extravagante sea mi proceso, más posibilidades tengo de ganarlo. Por mí, puedo aceptar que me acaben dentro si con eso gano un premio.

La examiné desde el otro lado de la mesa, procurando que la mandíbula no se me cayera hasta el suelo. No había nada malo en el enfoque de Hailey. Simplemente no estaba acostumbrada, ya que yo trabajaba con personas que tendían a sentirse muy cohibidas respecto a sus cuerpos y su imagen.

—¿Puedo preguntar por qué me contrataste, si no necesitas una coordinadora de intimidad?

—Mi equipo de relaciones públicas cree que es buena idea. —Puso los ojos en blanco—. Desde mi desliz con Tony DiLorenzo.

Su *desliz* con Tony DiLorenzo fue una boda en Las Vegas seguida de una anulación. Tal vez los medios habrían sido más indulgentes con ella si Tony no hubiera estado esperando un bebé con su novia de muchos años, a quien dejó en el hospital —apenas a tiempo— para que diera a luz antes de irse corriendo con Hailey. Era bastante obvio que Hailey y yo no encajaríamos bien profesionalmente, pero siempre intentaba ser comprensiva con la gente. No había recibido mucha comprensión de pequeña. Me gustaba pensar que todos somos historias sin editar. Que un poco de comprensión puede suavizar los bordes más duros del mundo.

—¿Tú tienes líneas rojas? —Hailey sorbió su batido verde con una pajita de papel—. Tal vez pueda inspirarme en ti. Pareces del tipo sensible.

—Sí. —Ignoré el comentario—. Tengo líneas rojas.

Se acomodó la falda casi inexistente, escupió el chicle en una servilleta y lo tiró bajo del asiento de cuero.

—¿Como cuáles?

Abrí la boca para responder cuando, por el rabillo del ojo, capté un movimiento sospechoso cerca de la entrada. Una figura alta y bien vestida, con una masa de cabellos dorados y labios seductores.

Negué con la cabeza. No. No podía ser. Le había dicho que no viniera.

Le había advertido.

¿Ni siquiera puedes controlar tus hormonas cerca de este hombre y quieres controlarlo a él?

Una risa histérica se me quedó en la garganta cuando Oliver avanzó entre las mesas como un demonio. Hombres con trajes impecables intentaban llamar su atención, haciéndole señas a medias, desesperados por hablar con él.

Uno lo agarró del brazo. Oliver lo miró con desprecio y se burló de lo que sea que dijo. El empresario respondió con una risa, obviamente avergonzado. Como si sintiera mi mirada, los ojos de Oliver se elevaron hasta fijarse en mí. Su presa. Su conquista. Su pequeño juguete.

Tragué saliva mientras Hailey fruncía la cara, claramente molesta.

—¿Hola? ¿Cuáles son tus banderas rojas, Briar? Me vendría bien algo de inspiración. No quiero que mi coprotagonista piense que soy fácil. Escuché que está soltero, ¿sabes?

Ah, ¿ahora sí te importa?

Desvié mi mirada de Ollie con toda la fuerza de voluntad que me quedaba y le ofrecí a Hailey una sonrisa paciente. No iba a dejar que Oliver arruinara esto por nuestro estúpido juego de quién parpadea primero.

Esta era mi carrera. Mi pasión en la vida. ¿Cómo se atrevía a venir aquí?

—Límites —me oí decir.

—¿Límites? —Hailey inclinó la cabeza, como si la idea misma la confundiera—. ¿Como palabras de seguridad y esas cosas?

—Como que, si le digo a alguien que no puede venir a verme, tiene que respetarlo o enfrentarse a graves consecuencias.

Dije la última parte lo suficientemente alto como para que Oliver la escuchara mientras abría la puerta. Caminó detrás de mí, me agarró de los hombros y dejó un beso en la coronilla de mi cabeza.

—Cariño —dijo con su tono de conde de Quién-Sabe-Dónde, cargado de encanto condescendiente y seducción—. Aquí estás.

—Amor. —Sonreí tensamente al tiempo que aferré su mano y la apreté hasta que sus huesos crujieron. Era un juego de dos. Me negaba a mostrarle mi furia—. Qué sorpresa verte aquí.

—No hay razón para sorprenderse. Todos los empleados del Grupo Grand Regent tienen órdenes estrictas de avisarme si te ven en las instalaciones, para que pueda cortejarte. —Esperó a que la información escandalosa se filtrara en mi sistema—. Sí, los 184 000, en todo el mundo.

—Qué…

—¿Romántico?

—Iba a decir perturbador.

—Te he echado demasiado de menos para mantenerme alejado. —Se sentó en la silla a mi lado—. Espero que no te moleste.

Maldita sea. Estaba en medio de una reunión de trabajo.

—Para nada —canturreé, agarrándole la mejilla y dándole un pellizco que casi le arranca la piel—. Pero mi clienta aquí, comprensiblemente, no se sentirá cómoda compartiendo sus preferencias íntimas con un extraño.

—Oh, no me molesta para nada que se una a nosotras. —Hailey se rio, extendiendo el dorso de la mano para que él lo besara—. Oliver von Bismarck, he oído hablar mucho de ti.

—Los rumores sobre las ladillas, por desgracia, son ciertos. —Oliver suspiró, rodeó la mesa y tomó su mano, pero le dio un

apretón flojo en lugar del beso que ella quería—. Sin embargo, mi encantadora prometida aquí tuvo la amabilidad de quitármelos uno por uno cuando empezamos a salir. Esta mujer es una santa.

Regresó al asiento junto al mío, me rodeó los hombros y apretó nuestras mejillas juntas. Iba a matarlo.

La cadena perpetua era un precio pequeño a pagar, dadas las circunstancias.

Hailey nos miró a ambos, obviamente decepcionada.

—¿Estáis comprometidos?

Ahora sabía que no podríamos trabajar juntas. Por un lado, estaba mirando a mi falso prometido como si quisiera usar su cara como su nueva silla favorita. Por otro, se inclinó deliberadamente hacia delante para que él tuviera mejor vista de su escote.

Se echó el cabello hacia atrás.

—¿Y cómo es que no escuché nada al respecto? Sigo las columnas de cotilleos sobre ti, Oliver.

—Hicimos un anuncio en una doble página del *New York Times* el otro día —dijo Oliver, completamente indiferente a su coqueteo descarado—. No tuve opción. Ella me agotó, Hailey. Fue implacable en su persecución. Día tras día. Ni siquiera podía ir a mear sin que apareciera en mi baño, abriendo la boca para ser mi baño personal.

La sangre me hervía en las venas, caliente, espesa y llena de ira. Oliver estaba a punto de descubrir que la venganza es una perra, y yo también.

—¿En serio? —Hailey lo miró con una sonrisa, trazando el busto de su blusa con la punta de un dedo—. Me gustan las mujeres audaces. Justo le estaba diciendo a Briar que no tengo líneas rojas. Ningún límite. Ninguno —enfatizó, por si él no lo había entendido las

primeras cien veces—. En absoluto. Me apunto a todo. Totalmente abierta.

—Vaya, suena como que seriáis una pareja increíble —exclamé, deslizando mi mano bajo la mesa hacia su regazo.

Acomodé mi palma sobre su entrepierna, consciente de que, si alguien miraba a través del cristal, podría verlo. Debajo de sus elegantes pantalones, Oliver estaba completamente erecto, duro y palpitante. El calor de su pene se filtraba a través de la tela gruesa. La respiración se me atascó en la garganta.

Yo había provocado eso en él.

No ella.

No Hailey.

—Me temo que perdí ese tren —gruñó Oliver al responder, conteniendo la respiración mientras las yemas de mis dedos recorrían la forma de su pene, de la base a la punta.

Ella guiñó un ojo.

—Siempre puedes visitar mi estación si te dan ganas de conocer otro destino.

Sí, definitivamente iba a mandarle un correo de ruptura del tipo *no eres tú, soy yo*.

—Soy más de quedarme en casa —apenas logró decir Ollie.

Mi mano se deslizó hasta el botón de sus pantalones, que desabroché, antes de bajar el cierre. Para mi sorpresa, su pene saltó hacia fuera, grueso, largo y erecto. No llevaba ropa interior.

Claro que no. Era Ollie. Ya debería sentirme afortunada de que hubiera salido de la casa usando pantalones.

Lo tomé con la mano, cerrando el puño alrededor de él y dándole un buen apretón lleno de intenciones depravadas. Un gemido se

escapó de sus labios.

—¿Todo bien? —Hailey se inclinó hacia delante, tratando de captar la atención de Oliver—. Te ves un poco pálido.

—Es porque toda mi sangre ahora está concentrada en mi pene —murmuró entre dientes, para que solo yo lo oyera.

Se removió en su asiento, pero no apartó mi mano. Empecé a masturbarlo con movimientos lentos, arriba y abajo. La piel aterciopelada no necesitaba lubricante. Ya era lo bastante suave.

Junté los muslos, embriagada de deseo. Si no cobraba pronto su premio, terminaríamos haciendo algo drástico. No quería nada más que sentirlo dentro de mí.

Hailey frunció el ceño mirando a Oliver mientras me ignoraba por completo.

—¿Qué has dicho?

Aceleré el ritmo debajo de la mesa, masturbándolo, impulsada por el deseo, los celos y la rabia acumulada. Caí en la cuenta de que no estaba celosa de Hailey. Sabía que ella no significaba nada para él. Simplemente no podía —ni quería— borrar las imágenes que había pintado en mi cabeza de Ollie con esa chica de Instagram. Quince años era mucho tiempo para guardar rencor. Y aun así…

—He dicho —logró decir Oliver con dificultad— que de todos modos no soy fan del transporte público, así que el tema es irrelevante.

—Parece que a ella ni siquiera le gustas —se burló Hailey, desestimándome por completo. Su reputación realmente la precedía.

Aceleré más. El líquido preseminal de Oliver le cubrió la piel, lo que obligó a mi mano a moverse más rápido sobre su largo miembro. El calor y la humedad se acumularon entre mis muslos. Yo

misma podría acabar, estaba tan excitada. La adrenalina que corría por mi cuerpo me volvió audaz.

—Prefiero su odio antes que el amor de cualquier otra persona cualquier maldito día —gruñó Oliver.

Dejó de fingir que aún tenía el control y echó la cabeza hacia atrás. Su nuez se movió cuando cerró los ojos y disfrutó de que lo estuviera masturbando a la vista de al menos cien personas. No había forma de que Hailey no se diera cuenta.

Quizá está demasiado embobada como para notarlo.

—Sabes, Hailey —murmuré con mi voz más dulce e inocente—. Tal vez tu problema no es que tus películas no sean lo bastante atrevidas o vanguardistas. Tal vez simplemente no eres lo bastante buena para ganar un Oscar.

Me sorprendió que su mandíbula no golpeara la mesa. Claramente tenía experiencia moviendo la boca y haciendo cosas poco santas con ella.

—¿Qué acabas de decirme?

Deslicé mi puño apretado hacia arriba, recogiendo una perla de líquido en la punta de Oliver y usándola para humedecer el resto. Él tembló a mi lado, su hombro vibraba contra el mío. Estaba embriagada por el poder de saber que podía hacerle esto. Dejar sin palabras al hombre que todos —hombres y mujeres— deseaban, solo con mi mano.

—He dicho que tal vez simplemente no tienes suficiente talento.

—Eres una pésima coordinadora de intimidad.

—Bueno, tú pareces ser un pésimo ser humano. Así que supongo que estamos más o menos en empate.

Ella se levantó de golpe, arrancó su bolso rosa Lady Dior del respaldo de la silla y se lo colgó del hombro.

—No estás contratada, por si te lo estabas preguntando.

—Está bien —sonreí, ordeñando el pene de Oliver con mi puño, disfrutando cómo se estremecía, casi alcanzando el clímax a mi lado, completamente desconectado de la conversación—. Solo trabajo con gente amable, y tú no lo eres.

Salió pisando fuerte de la sala en medio de una tormenta de insultos poco caritativos. En cuanto se fue, saqué mi mano del pene de Oliver que se balanceó hacia su estómago y lo golpeó de manera casi cómica.

Ollie gruñó.

—Ay.

—Ponte bien la ropa —ordené, intentando parecer imperturbable mientras me levantaba y recogía mis gafas de sol y mi teléfono.

Oliver me miró, primero aturdido, luego con una frustración descarada.

—¿No vas a acabar lo que has empezado?

—Por favor, Oliver. —Puse los ojos en blanco mientras guardaba mi portátil en el bolso—. Ni siquiera puedes acabar un correo electrónico. No voy a aceptar lecciones sobre acabar cosas de tu parte.

—Bueno, si no acabo, se me van a caer los huesos.

Se acomodó de nuevo dentro de sus pantalones y salió detrás de mí mientras salía de la Sala Magnolia con dirección a la recepción. Habíamos llamado la atención. Me pregunté si la gente a nuestro alrededor sabía lo que acabábamos de hacer.

De algún modo, no me importaba. Había pasado toda mi vida intentando ser digna de amor para la gente a mi alrededor. Solo en las últimas semanas había empezado a sentir que valía la pena, cuando le mostré a Oliver, a Sebastian y a sus amigos mi verdadero yo, imperfecto.

Salí por las puertas giratorias.

—Suena a que es tu problema.

El joven valet me devolvió la sonrisa. Un taxi se detuvo frente a mí y el conductor me hizo señas para que subiera. Obviamente no podía pagar una noche en el Grand Regent, así que había reservado un hotel cercano.

Oliver cerró la puerta trasera antes de que pudiera subir. Me encerró entre sus brazos, con una mano a cada lado de mi cintura, mientras respiraba fuego sobre mi cara y mi cuello.

—¿A dónde crees que vas? —se veía salvaje y me mostraba los dientes.

—A mi habitación de hotel, a descansar. Estoy cansada después de un largo día de trabajo. Lo sabrías si tuvieras un traba…

—Sí tengo un trabajo y ambos lo sabemos. Ahora deja las tonterías. ¿Por qué mi prometida se quedaría en cualquier lugar que no fuera mi hotel?

Solté una carcajada.

—Por favor, deja de fingir que este compromiso es real.

Resultó que quizá yo sería la primera en ceder.

—Para mí sí lo es. Has dicho que no acabo lo que empiezo. Bueno, esta vez voy a cerrar el trato por fin.

—No puedes hablar en serio.

Inclinó la cabeza, completamente serio.

—¿Por qué no?

Sentí que el cuello se me calentaba.

—¿Por qué querrías casarte conmigo?

Sus fosas nasales se dilataron y su boca se tensó en una línea recta.

—Si quieres abandonar nuestra relación otra vez, adelante. Supongo que es tu prerrogativa. Pero yo no voy a ser el que arruine lo nuestro. No esta vez.

¿Lo nuestro? No había ningún *nosotros*.

—Briar.

Me sujetó del cuello y me levantó la cabeza, ignorando al pobre taxista, que probablemente sabía quién era y prefería no apresurarnos. En algún lugar del fondo de mi mente reconocí que Oliver y yo siempre éramos un desastre en público, y a ninguno de los dos parecía importarle, porque no podíamos dejar de tocarnos.

—Escucha con atención —sus labios rozaron mi oreja—. No tengo moral. Ni ética. Y me importa una mierda. Puede que esté más organizado de lo que aparento, pero no confundas mi productividad con principios. Lo que quiero, lo tomo. Y lo que siempre he querido está justo frente a mí. Tú. Si no me quieres, más vale que corras rápido y te escondas bien. Porque una vez que vuelva a probarte, no voy a dejarte ir.

Antes de que pudiera ordenar mis pensamientos para responderle, su boca chocó contra la mía, ruda y decidida, silenciando mis protestas. Fuegos artificiales estallaron en mi estómago. Mis manos salieron disparadas, desesperadas por empujarlo. Pero en lugar de eso me traicionaron, y se aferraron a las solapas de su americana.

Lo atraje más, instándolo a acorazarme con sus músculos tensos y su altura imponente. Abrió la boca y su lengua se enredó con la mía. Sabía, sin ninguna duda, que nos estaban mirando. Grabando. Mi piel se erizó al notar los *flashes* de las cámaras, que me cegaban incluso con los ojos cerrados.

Esto era malo. Me estaba perdiendo otra vez en el hombre que una vez me había descartado.

Me embriagué con su beso. Él sostuvo mis mejillas como si yo fuera algo precioso y único, y luego me inclinó un poco para devorarme aún más.

Entonces unos neumáticos chirriaron a mi derecha. Otro vehículo se detuvo bruscamente detrás de mi taxi.

Oliver rompió el beso de repente. Se limpió la boca con el dorso de la mano, con los ojos fijos en los míos. Casi me derrumbé sobre la acera con las rodillas temblorosas y llena de deseo.

Ni siquiera intentó ayudarme a recomponerme. Me sujeté al techo del taxi para estabilizarme. El disfraz se cayó. El Ollie adolescente había desaparecido, y en su lugar estaba el hombre que me estremecía.

Era frío pero íntimo. Familiar y extraño al mismo tiempo.

Este es el verdadero Oliver von Bismarck, pensé*.*

Y contra mi buen juicio, quería conocerlo.

En mi visión periférica, tres empleados del Grand Regent con uniforme salieron marchando de una furgoneta blanca. Llevaban mi maleta y las cosas que había dejado antes en mi hotel y las colocaron en un carrito de equipaje.

—Por cierto, cariño, convertí esto en un fin de semana de vacaciones para los dos —Oliver miró la hora en su reloj—. Te

quedarás conmigo en el *penthouse*. Último piso. Hice una reserva en un restaurante para más tarde esta noche, pero antes de eso, tenemos una cita.

—¿Q-qué? —corrí detrás de él mientras le arrojaba dos billetes de cien al taxista y entraba de nuevo al hotel—. Ni siquiera he aceptado salir contigo.

Regresó caminando hacia la sala de conferencias. Cuando llegamos a las puertas, dos guardaespaldas me bloquearon el paso.

Señalé a Ollie, que desapareció dentro.

—Oigan, todavía no he terminado de hablar con él.

—Mis disculpas, señora. —Uno de ellos inclinó la cabeza—. Órdenes de arriba.

—Permítame acompañarla a su *penthouse*. —Apareció de la nada una mujer diminuta, muy maquillada y con uniforme. Entrelazó su brazo con el mío—. Vamos a prepararla para su cita con el señor von Bismarck.

—No quiero salir con él —retiré el brazo, pero aun así la seguí.

Oliver tenía la costumbre de cancelar mis contratos de renta y mis habitaciones de hotel. No quería quedarme sin techo aquí solo por demostrar un punto.

—Ah, claro. Dios le da pan a quien no tiene hambre… —murmuró ella mientras me guiaba hacia los ascensores.

—Me rompió el corazón —dije entre dientes cuando llegamos a la último planta.

Abrió la puerta del *penthouse* para mí, sin parecer muy impresionada por la confesión.

—Bueno, está intentando repararlo, ¿no? Eso requiere valentía y dedicación.

Cada vez estaba más claro que Oliver no iba a dejarme ir en esta ocasión.

El problema era que yo tampoco quería escapar.

CAPÍTULO SETENTA

Briar

En contra de la creencia popular, la distancia no hacía que el cariño creciera.

Con espacio (y unas cincuenta plantas) entre Oliver y yo, logré recuperar la conciencia y reforzar mis barreras.

No, no iba a salir en una cita con el hombre que me había engañado. Podía cobrar su apuesta, claro, y definitivamente lo disfrutaría. Pero todo terminaría ahí. Bueno, después de que lograra convencer a Seb de probar la luz del día y hacer planes para su futuro, por supuesto.

Para cuando dieron las cinco, ya estaba a la defensiva por completo. Llevaba un bonito vestido con la espalda descubierta, un poco de maquillaje e incluso un moño francés recogido con un broche esmeralda.

—Solo te has arreglado así para poder mandarlo a la mierda viéndote espectacular. —Alisé mi vestido frente al espejo, satisfecha con cómo me veía—. ¿Cierto, Briar?

Oliver apareció a las seis en punto, lo cual, vaya sorpresa, superaba a cualquier otro sapo con el que hubiera salido. Pasé toda una década dando puntos extra a los hombres si no llegaban más de diez minutos tarde a recogerme. Dato curioso: los hombres con los que las chicas salen en sus veintes les enseñan más sobre banderas rojas que el *dark romance*.

Tocó una vez, esperando a que yo fuera a abrirle. Abrí la puerta de golpe, con el rostro cuidadosamente inexpresivo. Para mi sorpresa, se había quitado el traje de la tarde y lo había reemplazado por unos chinos azul oscuro, una camiseta Henley blanca y una chaqueta de pana sin abotonar, con forro de cordero.

Se veía… normal. Ordinario. Casi me daban ganas de ir de cita. Casi.

—Qué amable de tu parte hacer que me arregle tanto solo para aparecer vestido como un leñador desempleado. —Bloqueé su paso manteniendo el puño en la puerta—. Qué suerte que no vamos a salir.

—Díselo a tu vestido. —Sus ojos de lobo me devoraron de pies a cabeza—. Buenas noches, cariño. Vaya, me alegra verte también. —Me besó en la mejilla y me puso en las manos un enorme ramo de rosas azules—. No puedo esperar para salir contigo.

Solo porque sería una pena desperdiciar flores tan bonitas, tomé un florero, lo llené de agua y coloqué el ramo dentro. Las rosas no habían sido las que me engañaron.

—Déjame adivinar. —Tiré el envoltorio del ramo—. ¿Cerraste Broadway para una función privada? —Sonaba como algo que él haría: totalmente de mal gusto—. Me temo que tendrás que verla solo.

—¿Querías que cerrara Broadway? —Me siguió hasta la sala, sin prestar atención a mi última frase—. Porque no es algo imposible.

—Oliver —estiré su nombre lentamente para que pudiera seguirme —. No vamos a ir de cita.

Se agarró la nuca y casi sentí lástima por él.

Sus ojos bajaron unos segundos antes de volver a los míos. Por un momento pareció… vulnerable.

—Pero me esforcé mucho planeándola.

No cedas, Briar. Este hombre te engañó y nunca se disculpó. «Era joven» no es suficiente.

Levanté la barbilla.

—Lleva a Lindsey.

—¿Quién es Lindsey? —Frunció el ceño—. ¿Tenemos una mascota de la que no sé nada?

Oh, Dios. Quería hacerse el tonto. No se lo iba a permitir.

Crucé los brazos.

—Tu verdadero amor de la infancia.

—¿Eh? —Ante mi silencio añadió—. Vas a tener que ayudarme aquí.

—¿Ni siquiera recuerdas tus antiguos ligues? —Fruncí el ceño, disgustada—. La chica con la que me engañaste.

Su mandíbula casi se le desencajó. Logró cerrarla otra vez, al tiempo que levantaba ambas manos.

—Cariño, yo nunca te engañé.

—Vi las pruebas. —Sostuve mi teléfono y lo agité—. No puedes mentir para salir de esta.

—Literalmente no sé de qué estás hablando, Briar. Lo juro por mi vida. —Hizo una pausa—. También lo juro por la vida de Sebastian.

—Oliver, no soy estúpida. Coqueteabas con ella en los comentarios públicos de tu Instagram. —Subí la voz unos tonos, imitando lo que imaginaba que era su tono—. *¿Cuándo me vas a invitar a la casa del lago? Te mandé algo travieso por DM.*

Si hubiera tenido la cabeza en su lugar, me habría muerto de vergüenza por revelar que releía esos comentarios tan seguido que se habían quedado grabados en mi memoria hasta el día de hoy. Pero en lugar de eso, solo tenía la vista nublada de la furia…, sobre todo ante su total silencio y esa expresión vacía que se pegó en la cara.

Esta vez puse la voz más grave, haciendo una pésima imitación de él.

—Entonces, ¿cuándo vienes para que te enseñe a pasarlo bien?

Silencio.

—¿En serio, Oliver? Destruiste mi mundo, me ignoraste cuando intenté enfrentarme contigo por eso, y luego me rechazaste incluso cuando me tragué el orgullo y aparecí en tu puerta. Me convertiste en un chiste. Obviamente no me respetas. ¿Y ahora ni siquiera lo vas a admitir?

Se golpeó la frente tan de repente que me dejó en silencio.

—Oh, Dios. Voy a matarlo.

—¿Perdón?

—Sebastian. Él escribió esos mensajes. Me lo contó, pero pasaron tantas cosas que nunca tuve oportunidad de decírtelo.

Solté una carcajada.

—Qué conveniente.

—En serio. —Señaló mi teléfono, el viejo que me había devuelto días antes—. Pregúntaselo. Su número sigue siendo el mismo.

No quería seguirle el juego. De verdad. Pero había pasado quince años cuestionando cada centímetro de mí misma, preguntándome por qué él también me había encontrado tan poco digna de amor como para no poder serme fiel. Tenía que saberlo. Eso es lo que pasa cuando te engañan. Deja una cicatriz. Una marca que susurra: *no eres suficiente.*

Desbloqueé la pantalla y le mandé un mensaje a Seb.

Briar Auer: ¿Recuerdas haber usado el IG de tu hermano para coquetear con una chica?
Seb vB: No.

Fruncí el ceño y abrí la boca para soltar un sermón, pero otra vibración me interrumpió.

Seb vB: Ah, espera. Sí. Lindsey Borne.
Seb vB: Estaba buenísima y era dos años mayor. Me introdujo al sexo por FaceTime.
Seb vB: ¿O yo la introduje a ella? El mundo quizá nunca lo sabrá.
Seb vB: [GIF de lamiendo una piruleta]

Me quedé en silencio y dejé que el teléfono se me cayera de las manos mientras yo misma caía de rodillas. Hundí la cabeza entre las palmas. Sentí las manos de Oliver rodeando mis muslos mientras me cargaba hasta el sofá en brazos.

—¿No me engañaste? —pregunté otra vez, esta vez dispuesta a escucharlo.

—Nunca lo haría.

—¿Por qué desapareciste? —Me aferré a las solapas de su abrigo y tiré de ellas—. Necesito saberlo.

Me besó la frente y lo dejé hacerlo. No pude leer su expresión. Tristeza, frustración, alivio. Todo se mezclaba, junto con algo más oscuro. Más sombrío.

—Sal en la cita conmigo y te lo diré. —Apoyó su frente contra la mía—. Ya es hora.

***

Después de ese encantador desastre, bajamos al aparcamiento subterráneo. Para mi sorpresa, Ollie condujo. Y en un sensato sedán Volvo, nada menos.

No hice preguntas. Sobre nuestro destino. Sobre nuestros planes. Sobre el pasado.

Está bien, me había ablandado. A fin de cuentas, yo también era humana. Pero eso no significaba que lo hubiera perdonado por completo solo porque no me había engañado. Igualmente me dejó sin decir una palabra. Simplemente no era estúpida. Podía hacer las cuentas básicas. Oliver me ignoró, solo para reaparecer días después con la mentira del viaje mochilero de Seb. Debió de ser entonces cuando pasó todo. Cuando Seb destrozó su cara.

Condujimos sin rumbo un rato. Mantuve la mirada pegada a la ventana del copiloto, perdida en mis pensamientos.

Después de la cuarta vuelta pasando por las mismas tiendas, le lancé a Oliver una mirada de fastidio.

—¿Estás perdido y eres incapaz de admitirlo? Porque no tengo problema en sacar mi aplicación de Waze y sacarnos de nuestra miseria.

—No. —Ollie mantuvo los ojos en la carretera, tranquilo—. Cuando eras niña siempre decías que eras de Nueva York, aunque nunca tuviste la oportunidad de explorar la ciudad. Pensé en darte un pequeño tour para que la próxima vez que le digas a la gente que eres de aquí, lo digas de verdad. —Sacó unos AirPods del bolsillo y me los lanzó a las manos—. Toma.

Me los puse en los oídos y, efectivamente, la voz pregrabada de Ollie empezó a hablar con su mejor imitación de guía turístico, explicando la historia de todos los lugares por los que pasábamos.

El corazón se me rompió dentro del pecho. Esto era lo opuesto a ostentoso. Ni caro ni vulgar. Oliver debió haber dedicado muchísimo tiempo a preparar esto. Todo porque sabía que yo siempre había extrañado Nueva York sin haber vivido realmente allí.

Me di cuenta, mientras recorríamos mi no-ciudad natal, de que algunos lugares llaman a nuestro corazón incluso si nuestros pies nunca tocaron su suelo.

Cuando aparcamos frente a uno de los clásicos edificios de fachada de arenisca roja en Brooklyn, tuve que morderme la mejilla por dentro para no sollozar. Le Boudoir. El Transit Museum. El Jardín Botánico. La tienda Superhero Supply Store. House of Yes. Supo exactamente qué me gustaría ver.

Ollie apagó el motor justo cuando el sol terminaba de ponerse.

—Hemos llegado.

—¿Eh…, vale? —miré la casa—. ¿Vamos a colarnos en la cena de alguien?

Sin responder, rodeó el Volvo y me abrió la puerta. Bajé con las piernas temblorosas. Mi instinto me decía que Oliver había elegido carnicería emocional como tema de la cita de esta noche.

Me llevó hasta la puerta principal con mis dedos enganchados en su brazo. Varias macetas y plantas llenaban el angosto camino, con enredaderas enroscadas en la barandilla. Alguien había dedicado muchas horas a restaurar el lugar, y había funcionado. Era encantador. Adorable. No pude evitar desearlo. Vi calcomanías rosas en las ventanas. Mariposas y tulipanes. Aquí vivía una niña pequeña. Quienes fueran sus padres debían ser cercanos a Ollie, porque él sacó una llave, la metió en la cerradura y abrió la puerta para entrar como si fuera dueño del lugar.

Esperaba que alguien nos recibiera, pero solo nos encontramos con… nada. O, más específicamente, nada importante. La casa se veía como si estuviera habitada. Con una biblioteca llena, una cocina totalmente equipada y Barbies saliendo de cada rincón.

Observé el papel tapiz *vintage*.

—Entonces, ¿no nos estamos colando en la cena de nadie?

—Oh, no. Compré la casa a principios de esta semana —explicó, como si fuera TOTALMENTE NORMAL COMPRAR UNA CASA PARA UNA PRIMERA CITA—. Déjame mostrarte la guinda del pastel.

Me indicó que lo siguiera por el pasillo. Lo hice, sin saber con seguridad de qué manera había perdido el aliento. Quizá por el presentimiento que giraba en mi estómago. Sabía, en el fondo, por qué me había traído aquí.

Nos detuvimos frente a la antigua habitación de la niña. Miré dentro, con el corazón en la garganta. *Oh, Ollie.* Las rodillas me fallaron. Me desplomé en el suelo y me tragué la lágrima que rodó por mi mejilla hasta mis labios.

Oliver se dejó caer a mi lado y me frotó la espalda. No dijo ni una palabra mientras yo absorbía la habitación como si pudiera saciar mi

alma. Un mar de rosas y morados pastel danzaba por las paredes. La más cercana lucía un mural de *La Bella Durmiente*, la escena en la que el príncipe ve a Briar Rose por primera vez. Una colección de carruseles de bailarina y cajas de música llenaba los estantes blancos empotrados. Ropa, de los colores más brillantes, estaba esparcida por todas partes. En una esquina, maquillaje infantil cubría la parte superior de un pequeño tocador: purpurina, sombras y pequeños pintalabios.

Y las fotos enmarcadas. Cubrían cada tramo libre de pared. Todas eran de mí, de niña. Con padres que me abrazaban, sus rostros ocultos por sus espaldas. Con amigos rodeándome en mi cumpleaños y celebrando. Y con un Oliver joven —una foto real esta vez— con el brazo echado sobre mis hombros.

Me acurruqué sobre la alfombra y lloré a mares, ordenando sentimientos que nunca me había permitido sentir. No cuando necesitaba sobrevivir. Nadie me había enseñado a amar. Antes de Ollie, pasé mi infancia aprendiendo a vivir sin ser vista. Pero en esta pequeña habitación, en una ciudad que llamaba hogar sin haberla conocido nunca, rodeada de fotos que jamás tomé, él puso luz en mi oscuridad.

Oliver permaneció en silencio un momento para dejarme procesar mis emociones.

Por fin, cuando mis lágrimas se secaron, habló.

—Querías una infancia normal, y estoy jodidamente furioso de que tus padres fueran demasiado egoístas para dártela. Pero te prometo que si me das una oportunidad, no la voy a arruinar. Les daré amor a nuestros hijos. Tendrán pasteles de cumpleaños y jerséis navideños horribles, y una infancia estable en un solo lugar que

reconozcan y amen. Habrá peleas y noches sin dormir, y días rodando por colinas, y pícnics familiares, y maratones de películas. Y haremos todo eso juntos.

Cada promesa se me clavaba en la piel como un cuchillo, y de algún modo me iba cosiendo de nuevo. Inhaló una bocanada de aire entrecortado.

—Solo dame una oportunidad y no volveré a echarlo a perder.

Me enderecé hasta quedar de rodillas, tomé su puño entre mis manos y lo llevé a mi regazo.

—¿Qué pasó ese verano?

—Seb…

Sus ojos se cerraron de golpe. Su garganta se movió una vez. Dos. Fuera lo que fuera, no quería decirlo. Tal vez nunca lo había dicho.

Me quedé en silencio. Paciente. Debía de haber enterrado esas palabras dentro de sí durante años.

Cuando volvió a abrir los ojos, las lágrimas se aferraban a sus pestañas inferiores.

—Él… Lo que le hice… nunca me lo voy a perdonar.

—No te toca a ti decidir si estás perdonado. Le toca a él. El perdón pertenece al herido, no al que causó la herida. —Apreté su puño—. Ahora cuéntame qué pasó.

Oliver me lo contó todo. El accidente en el bote. La sangre. La ambulancia. Las cirugías. El goteo interminable de transfusiones. La destrucción total del rostro que alguna vez fue atractivo de Sebastian. La forma en que nadie en su familia volvió a mirarlo igual.

Y las peleas.

Nunca se detuvieron. Dejó que Seb descargara su rabia contra él, porque creía que lo merecía. Por esa creencia tan arraigada de que era incapaz de cuidar de alguien, y mucho menos de mí.

—Así que —empezó Oliver, con la barbilla baja por la vergüenza—, cuando le rogué a Sebastian que me dijera qué podía darle para aliviar su dolor y me dijo que quería mi felicidad, acepté.

Solté una exclamación ahogada.

Seb le había pedido que me dejara.

Y Oliver aceptó.

Me rodeé las rodillas con los brazos y las apreté contra el pecho.

—¿Por qué?

—Porque tenía razón. Yo arruino las cosas. No merezco ser feliz, y tú mereces estar con alguien que pueda cuidarte. No con alguien condenado a pasar los siguientes cinco años entre citas médicas constantes y entrenándose para hacerse cargo de una empresa que ni siquiera quería en primer lugar.

En aquel entonces, Oliver solo planeaba quedarse en el Grand Regent para ayudar a Sebastian a asumir el mando. Después del accidente, no había manera de que Seb aceptara hacerse cargo. Oliver debió haber tenido que equilibrar la escuela, heredar una empresa del Fortune 100, y cuidar a un Seb gruñón hasta ayudarlo a recuperarse.

Apoyé la barbilla sobre mis rodillas.

—Yo te habría ayudado.

—Habrías puesto tu vida patas arriba para moldearla alrededor de mí, igual que hiciste cuando elegiste Harvard. Eras tan hermosa, independiente y llena de vida. Pero también estabas tan

desesperada por encontrar a alguien que te quisiera que habrías renunciado a todo, incluso a tu identidad, para estar conmigo.

Tenía razón.

En ese entonces no habría estado de acuerdo con él, pero ahora, después de tantos años, podía mirar atrás y verlo. La pérdida de Jason, Philomena y Cooper dejó enormes grietas en mi psique.

Mis compañeros de clase no me querían, nunca me quedaba el tiempo suficiente en ningún lugar para hacer amigos, y cuando el chico guapo de al lado me llenó de atención, me negué a soltarlo. Literalmente. Solía abrazarlo cada vez que podía, esperando atraparlo y mantenerlo a mi lado. De ahí mi apodo: Mimitos.

—Debiste darme a elegir.

Pero las palabras sonaron vacías, porque sabía cuál habría sido mi elección y que no la habría hecho por las razones correctas.

—No creía merecerte, Mimitos. Nunca se ha tratado de si te amo lo suficiente. Es que te quiero demasiado. Nada de lo que pudiera ofrecerte habría sido suficiente. Tú lo mereces todo, y yo no tenía nada de eso, en especial con todo lo que la vida me había puesto encima. Quería algo mejor para ti que…, bueno, que yo mismo.

Algo se rompió dentro de mí. Cada capa de defensa. Sabía de primera mano lo que le hace al alma sentir que el amor es un regalo que no mereces.

Oliver dejó caer la espalda contra la pared y sujeto su cabeza entre las manos.

—De hecho, incluso ahora sigo creyendo que no te merezco. La diferencia es que he crecido. Ahora entiendo que lo más importante es estar aquí. Despertar cada mañana y dar lo mejor de mí por ti, porque me encanta verte sonreír.

Alargó la mano para tocar mi rostro. En cuanto sus dedos rozaron mi mejilla, fue como si abriera una grieta invisible para que la luz entrara en mis heridas.

Me apoyé contra su palma áspera y me dejé caer contra él entre sus piernas abiertas.

—Publicaste una foto llevando a Sebastian al aeropuerto para su vuelo a la India —susurré.

La culpa me quemó la garganta. No podía contarle a Oliver sobre mis visitas frecuentes a Sebastian. Un solo paso en falso podría romper la frágil confianza de Seb. Había jurado no hacerlo, sabiendo que la generosidad de su hermano lo haría entender.

—Era una foto vieja. Me obligó a subirla. —Los labios de Oliver recorrieron mi cuello, mi hombro y besaron el punto que siempre tocaba el sol—. No quería que nadie viera su cara. Se inventó una historia sobre la India. Sobre elegir una vida sin estrés en lugar de las Olimpiadas. Y yo le seguí el juego.

—Pensé que te habías olvidado de mí.

—Eras lo único en lo que podía pensar. Incluso ahora. Después de todos estos años. Durante mucho tiempo pensé en ti como una sombra que me seguía. Pero tú no eres la sombra. La sombra soy yo. Tú eres el organismo vivo que respira dentro de mí. Yo solo estoy aquí para el viaje.

Nos buscamos como agua en el desierto. Yo primero, estrellando mis labios contra los suyos mientras por fin lo dejaba todo ir. Lloré en medio de nuestro beso. Mis lágrimas saladas se mezclaron con la dulzura de nuestra pasión.

Ollie se puso de rodillas y sujetó la parte posterior de mi cabeza, acomodándome sobre la alfombra. Besó, mordisqueó y descendió

por mi cuerpo. Me aferré a sus hombros, todavía llorando, pero también mareada de placer cuando separó mis muslos con la cabeza y besó el interior de cada uno.

—No hubo nadie más. —Su lengua trazó un camino desde mi cadera hasta mi sexo, todavía cubierto por mi ropa interior—. Dejar de amarte era imposible. Tan antinatural como intentar no respirar.

Apartó mi ropa interior hacia un lado y besó mi sexo con la boca abierta. Temblé bajo su contacto, sin aliento. Sonaba demasiado cercano a una declaración de amor. Antes de que pudiera procesarlo, su lengua se hundió dentro de mí.

Me arqueé sobre el suelo y gemí. La mano de Oliver subió por mi cuerpo y amasó mi pecho derecho mientras me devoraba sin reservas. Su lengua se movía hondo dentro de mí mientras su nariz rozaba mi clítoris.

El placer fue tan intenso que estallaron estrellas detrás de mis párpados.

Su barba corta y áspera rozaba la parte interna de mis muslos.

—Tienes el coño tan sonrosado —murmuró, besando, mordiendo y hundiéndose más en mí. Sus manos separaron mis muslos—. Eres tan jodidamente preciosa. Estoy a punto de acabar en los pantalones solo de comerte.

Absorbí todo. Su adoración, la sensación, la forma en que nuestros cuerpos parecían volver a sincronizarse como si nunca hubiéramos pasado tiempo separados.

Y cuando añadió dos dedos y su boca subió a mi clítoris para atraparlo entre sus labios, un primer orgasmo me atravesó como un terremoto. Mi visión se nubló, mis músculos se tensaron, y no había nada en el mundo salvo él y yo —sobre esa alfombra suave y

esponjosa, en la casa que compró solo para que yo pudiera sentir un hogar— recuperando el tiempo perdido.

Y la certeza de que por fin habíamos encontrado algo que valía la pena conservar.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

Briar

La alfombra se tragó mi gemido mientras atravesaba la neblina posterior al orgasmo.

Levanté las mejillas de la lana mullida y entrelacé los dedos alrededor del cuello de Oliver.

—Te necesito dentro de mí.

Las palabras salieron de mi boca sin permiso. Una afirmación, una súplica, un simple hecho de la vida. A mi lado, Oliver apoyó la cabeza sobre el puño, mirándome con ojos embriagados de sexo. Negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo sin besarte primero cada centímetro.

De hecho, sus labios todavía brillaban con mi humedad.

—Tus condiciones son aceptables.

Abrí el cierre de mi vestido con prisa, antes de pensarlo mejor y sacármelo por la cabeza como una niña pequeña.

Una risita suave flotó hacia mí.

—Tú has pedido esto. Esto no puede contar como el sexo de premio que obtuve al hacerte acabar con el bikini puesto —advirtió.

—Sigue amenazándome con pasarlo bien. —Volví a arrodillarme, lo empujé contra la pared y le desabroché los pantalones—. Y veremos qué pasa.

Era liberador no tener que intentar odiarlo. Más liberador todavía era poder agarrar su pene con el puño y agacharme para darle un beso.

—No tienes que… —Oliver gimió.

—Oh, quiero hacerlo. Lo he echado de menos.

—En ese caso, déjame encontrar una posición menos incómoda.

Deslizó la espalda contra la pared, me agarró del cabello y tiró de él para que nuestras miradas se encontraran.

—Te ves hermosa arrodillada para mí.

—Espera a ver mis labios alrededor de tu polla.

Se sujetó desde la base y guio su polla hacia mis labios.

—Solo recuerda que eres la mujer más valiosa de mi vida.

—¿Por qué me recuerdas eso?

—Porque estoy a punto de tratarte como a una puta sucia.

Una descarga de emoción recorrió mi columna. Nunca me había considerado alguien a quien le gustara el lenguaje sucio, pero viniendo de la boca de Oliver, estaba bastante segura de que incluso escucharía su lista del supermercado con gusto.

Moví la mano para agarrar su polla y rodearla con mis labios, pero él se me adelantó, sujetando su erección y guiándola hacia mi boca, mientras su otra mano seguía enredada en mi cabello. Abrí la boca para aceptarlo. En lugar de meter su gruesa erección dentro, rozó la punta contra mis labios, como si fuera pintalabios. Gemí, al borde de desmoronarme.

—Tu cara es exquisita —gimió, guiando la punta por mi mandíbula, trazándola con su pene—. No puedo esperar para follármela.

—Nada te lo impide, excepto este pequeño monólogo.

Como premio por mi insolencia tiró de mi cabello, lo que me hizo estirar mi cuello mientras me obligaba a mirarlo.

—Has sido una bocazas desde que irrumpiste de nuevo en mi vida.

Entrecerré los ojos al mirarlo.

—Yo no irrumpí en ningún lado. Tú literalmente chocaste contra un…

—¿Ves? A eso me refiero. —Su agarre en mi cabello se tensó y empujó su pene hasta lo más profundo de mi boca—. No dejas de hablar y estás tratando de provocarme cada vez que puedes.

Golpeó el fondo de mi garganta y despertó un reflejo que creí que me haría vomitar la comida sobre su pene. Por suerte logré contenerlo. Ollie era *grande*.

Ante sus palabras, gemí en protesta, todavía llena de él. Su pene exploró el interior de mi boca. Lo chupé —fuerte—. Soltó un siseo de puro deseo.

—Será mejor que te agarres de mi trasero, cariño. —Tomó mis brazos y los rodeó alrededor de sus piernas. Mis uñas se clavaron en su piel—. Porque estoy a punto de follarte la boca tan fuerte que me vas a agradecer que deje intactos tus dientes.

Mi corazón dio un salto en el pecho. Este era el Oliver hedonista y descarado que había conocido en las últimas semanas. Y ya no podía negarlo: me gustaba. Era divertido, rápido y un poco sucio. Siempre me mantenía al borde.

Las embestidas de Ollie en mi boca se volvieron salvajes, largas y bruscas. Como si estuviera perdiendo el control… o ya lo hubiera perdido. Cada vez que la punta golpeaba el fondo de mi garganta, gemía, mientras más saliva se acumulaba en mi lengua y se mezclaba con su líquido salado.

Mis rodillas se hundían en la alfombra mientras él penetraba mi boca, y supe que estaba cerca.

—Frótate contra mi pierna, Briar —ordenó Oliver, con la voz tensa pero totalmente en control—. Estás tan jodidamente mojada para mí, cariño.

Gorgoteé con los líquidos en mi boca mientras me movía contra su pierna, que él inclinó hacia delante para mí. Con mi ropa interior todavía apartada hacia un lado, mi clítoris tocó su piel desnuda de inmediato. La fricción, la provocación de su piel contra ese manojo de nervios, me descolocó. Este orgasmo me lanzó a otra galaxia mientras Oliver seguía bombeando dentro de mi boca. La saliva y el líquido se deslizaban por mi barbilla y caían entre mis pechos. Era sucio. Era depravado. Y era pura perfección.

—No he acabado. Todavía no. —Sacó su pene de mi boca, y quise llorar de lo mucho que ya lo echaba de menos—. Nuestra primera vez debería ser en una cama. Ven.

Tomó mi mano —¿cómo podía estar tan sereno?— y se apresuró por el pasillo hacia la habitación principal. Tropecé detrás de él, riendo. Cuando llegamos al dormitorio principal se detuvo, me tomó en sus brazos y me cargó.

Tardé un segundo en registrar lo que había alrededor. Había preparado la habitación como para una luna de miel. Velas aromáticas encendidas estaban esparcidas sobre la cómoda y el

aparador; fresas y cerezas cubiertas de chocolate descansaban en un tazón junto a una cubeta con champaña fría, y pétalos de rosas azules salpicaban las sábanas de lino planchadas.

—Así es como debió haber sido la primera vez —dijo Ollie, mirándome profundamente a los ojos mientras me llevaba a la cama —. Perfecta. Igual que tú.

—Ollie. —Enlacé mis brazos alrededor de su cuello—. En su momento también fue perfecto. No me arrepiento de haber perdido mi virginidad contigo, aunque después se me rompiera el corazón. En ese instante, por primera vez en mi vida, me sentí completa. No lo cambiaría por ningún otro recuerdo del mundo.

Me tumbó sobre el colchón con tanta suavidad que pensé que iba a llorar. Lentamente —muy lentamente— me quitó la ropa interior. Desabrochó mis tacones y besó las plantas de mis pies mientras yo lo miraba con los ojos nublados de deseo. Dibujó con besos un camino hasta mi tobillo, y luego subió por el interior de mi muslo.

—Dios, eres preciosa.

Sus labios tocaron y acariciaron cada centímetro de mí, tal como había prometido, antes de quitarse su propia ropa y entrar en mí. Abrí más las piernas, dándole acceso, señalando mi entrega total y absoluta. No había nadie más. Nunca lo hubo. Siempre fue Oliver von Bismarck.

Su tamaño me sorprendió. Con mi orgasmo pensé que estaría lista, pero le costó deslizarse dentro. Me tensé alrededor de él por instinto, sin saber cómo lo había logrado quince años atrás.

Cerró los ojos y gruñó, antes de enterrar el rostro en mi cuello.

—Vas a ser mi muerte.

—Entonces mi plan está funcionando.

Oliver soltó una risa baja y su aliento caliente revolvió mi cabello en todas direcciones.

—Sí, así es.

Seguía dentro de mí, sin moverse.

—No creo que mi polla soporte follarte.

—¿Y tu corazón?

—Menos todavía —admitió.

—Oye. —Le sujeté la cara, obligándolo a mirarme—. Disfruta esto. Deja de permitir que un solo momento defina toda tu vida. Algunos errores no merecen el peso que les damos. Sus lecciones son suficientes. Suelta el recuerdo, pero conserva la lección. Eso es lo mejor que puedes hacer.

Algo se relajó en su rostro. Sus músculos se aflojaron, aunque seguían sosteniendo su peso para no aplastarme. Como si por fin se permitiera soltarse.

Con un beso ardiente, retiró su polla y volvió a entrar. Mis ojos se abrieron de golpe por la sensación. Sus besos se volvieron más urgentes mientras se movía dentro de mí, se fundía conmigo, me hacía el amor. Su respiración salió irregular y rápida. Dos gotas de sudor bajaron por su sien y se unieron en su mandíbula.

No podía tener suficiente de él. Arqueé la espalda y grité su nombre, dejando que me embistiera con fuerza. La tensión dentro de mí se sentía como una cuerda estirada hasta el límite.

—Mierda, voy a acabar —jadeó Oliver sin dejar de besar mi cara una y otra vez.

—Yo también.

Y cuando la cuerda se rompió para ambos, cuando nos aferramos el uno al otro y susurramos nuestros nombres como un secreto,

supe que no me había vuelto a enamorar de Oliver von Bismarck.

La verdad era que nunca había dejado de amarlo.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Oliver

Romeo Costa: ¿Sigues vivo?
Ollie vB: ¿Por qué no?
Zach Sun: Farrow y Dallas dijeron que decidiste irrumpir en el viaje de negocios de Briar en Nueva York. El resto del escenario se explica solo.
Ollie vB: Estoy vivo y bien.
Romeo Costa: Algo decepcionante, pero bueno.
Zach Sun: ¿Ya estás más cerca de usar ese yate por el que apostamos Romeo y yo?
Ollie vB: De hecho, sí. Y podéis quedaros con esa pieza de chatarra. Voy a construir uno nuevo y lo llamaré Briar.
Romeo Costa: Esa es la llamada de ayuda más cara que escuché en mi vida.
Zach Sun: No estés tan seguro. Farrow dijo que le compró una casa en Nueva York para su primera cita.
Romeo Costa: No me digas que hablas en serio.
Ollie vB: Relájate, está en Brooklyn.
Ollie vB: Nota al margen: ¿las mujeres hablan entre ellas de TODO?
Romeo Costa: SÍ.
Zach Sun: SÍ.
Ollie vB: ¿Cómo sobrevivís a esto llamado matrimonio?
Romeo Costa: Alcohol.
Zach Sun: Y el consuelo de saber que ellas valen la pena.

Zach Sun: Bueno, tal vez Dallas no. Ella genera una cuenta de $500k cada mes en compras.
Romeo Costa: DEJA EN PAZ A MI MUJER.
Zach Sun: Con mucho gusto.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SETENTA Y TRES

Oliver

Las siguientes ocho semanas se mezclaron en una neblina de orgasmos, paseos junto al lago, noches de películas y citas en restaurantes vegetarianos (ey, no todo es perfecto todo el tiempo). No importaba. Nos habíamos sumido en la felicidad.

Briar y yo no hablábamos del futuro. Por acuerdo tácito, lo clasificamos como radiactivo. Una perspectiva volátil que ninguno de los dos quería considerar. Ella no debía renunciar a su carrera en Hollywood por mí —y no lo haría—, y yo no podía dejar a Seb aquí solo —y no lo haría tampoco—.

—Eres un idiota —anunció Eli antes de mi reunión con dos miembros de la junta. Para un asistente glorificado, tenía una boca impresionante—. Te van a odiar en cuanto los lleves al estanque, solo para darse cuenta de que lo vaciaste porque esa chica se cayó.

—Esa chica es mi prometida.

—¿Ese anuncio del *New York Times* era real? Pensé que alguien te estaba haciendo una broma pesada.

—La única broma aquí es la que me hizo mi padre al contratarte. —Le palmeé la mejilla al salir.

El sol calentó mi cuello cuando me acerqué a John y Edward. Silbé para saludarlos al acercarme. Se habían bronceado durante sus dos meses en Dubái. Bueno, Edward se bronceó. John solo se puso rojo. John me dio una palmada en el hombro.

—Te ves bien.

—¿Sí? —Levanté una ceja, empezando a bajar por el camino hacia el estanque vacío. Montones de tierra fea y malas hierbas brotaban del agujero.

—Sí —dijo Edward desde mi otro lado—. Menos cansado.

—Mmm —asentí, dándome cuenta de que, a pesar de mis desvelos con Briar, había dormido más en las últimas semanas que en los últimos quince años.

¿Cuándo fue la última vez que tuviste una pesadilla?

Los tres caminamos alrededor del cráter gigante mientras yo intentaba renegociar la apertura del maldito parque de esquí programado para abrir en Dubái antes de que Briar me cortara las pelotas por arruinar el planeta. John y Edward comenzaron a hablar al mismo tiempo, divagando sobre accionistas y trayectoria del mercado. Pero, sobre todo, sabía que odiaban haber dedicado meses de sus vidas a un proyecto que yo quería cancelar.

John, quien debía tener unos doscientos años, clavaba su bastón en el suelo con cada paso.

—Vemos hacia dónde sopla el viento, y hay mucho interés en Dubái por ese tipo de lugares.

—Sí, realmente no me importa —admití, con la vista fija en una persona que estaba sentada en un carrito de golf—. No estarás aquí

cuando este mundo colapse. No te importa arruinarlo todo.

—Tú tampoco estarás aquí, hijo —contestó riendo Edward, un tiburón de la inversión privada de más de sesenta años—. No eres tan joven.

—Tienes razón. —Me desplomé al darme cuenta de que la mujer que tenía cerca era de cabello rubio ceniza, no rubio rojizo. No es que no supiera que Briar estaba en una cita de repostería con Dallas —. Pero mis hijos sí lo harán.

Desde cuándo te importan tus hijos, que ni siquiera existen todavía.

Desde que la idea de tenerlos se volvió real.

Dios, estaba mal. Necesitaba reorganizarme con urgencia.

—Bueno, con todos los respetos, si tú no vas a arruinar este planeta, alguien más lo hará. Aquí lo único que manda es el dinero. —Edward resopló—. No trates de ser más papista que el Papa.

Empezamos a avanzar hacia el aparcamiento. Sabía que no apelaría a su conciencia porque no tenían ninguna, así que decidí cortar la conversación.

—Es cierto que no puedo controlar las acciones de otras personas. —Me detuve junto a sus coches—. Pero sí puedo controlar las mías, y elijo no rebajarme al nivel de un ejecutivo petrolero codicioso. Así que no, no habrá un centro de esquí en un lugar donde normalmente se alcanzan los cuarenta grados. Fin de la discusión.

—¿Consultaste esto con tu padre? —John apretó su mano alrededor del llavero—. En sus tiempos, no habría rechazado un buen trato solo porque tenía esa cosa molesta llamada sentimientos.

—Estoy tomando una decisión ejecutiva —dije con calma. Papá no lo sabía aún, pero lo sabría. Pronto. No podía ocultárselo más—. Y

mi padre ya no pinta nada aquí, así que no importa.

Ed negó con la cabeza como si fuera un caso perdido.

—¿Qué te ha pasado?

—Amor —dije con una sonrisa, entregándolos a las manos de sus devoradores de gasolina—. El mío regresó y nunca lo voy a dejar ir.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

Oliver

Briar no sabía que había cancelado los resorts de esquí en Dubái y Palm Springs. Y como la «lobotomía» realmente había hecho cosas salvajes en mi cerebro, me fui temprano del trabajo y corrí a contárselo.

Debería haber regresado de su cita de repostería con Dallas —lo que sea que eso fuera— para entonces. Y ojalá estuviera esperándome en la habitación sin nada más que su piel. La escena que había imaginado —de Briar dándome una palmadita en la cabeza como un padre pegando una estrellita dorada en el cuaderno de su hijo— aceleró mi pulso. Palpitaba tan fuerte que podía sentirlo en el cuello.

Mientras más rápido conducía, más ridículo me parecía todo este asunto. No era como si hubiera pasado mi infancia hambriento de afecto. Mamá me elogiaba solo por existir, lo cual en verdad era como una especie de cumplido absoluto. Y papá tenía sus maneras de mostrar orgullo. Pero yo quería una demostración de ella. De mi

chica. Quería escuchar su elogio, ver su sonrisa y bañarme en el resplandor de su aprobación. Que me demanden por eso.

El coche apenas se detuvo antes de que yo saliera disparado, directo a la habitación que habíamos compartido desde que salimos de Nueva York. (Realmente deseaba que me estuviera esperando desnuda en nuestra cama).

Lamentablemente, no tuve suerte. Entré a la oficina, a la biblioteca y a las dos habitaciones de huéspedes de arriba. Todas vacías. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Dallas, sabiendo que Briar era pésima respondiendo —y usando tecnología en general —. En realidad, era una *boomer* atrapada en un cuerpo más joven.

Ollie vB: ¿Dónde está mi prometida?
Dallas Costa: Me la comí. Lo siento. :/
Ollie vB: Los chistes no deberían ser tan realistas.
Dallas Costa: Salió de mi casa hace media hora. ¿Está bien?
Ollie vB: Seguro que no es nada.

Abrí la aplicación de seguridad y retrocedí el temporizador treinta minutos. Normalmente no me molestaba con eso, sobre todo porque no me sorprendería que Seb me dejara grabaciones desagradables haciendo quién sabe qué cerca del lago.

Las cámaras exteriores confirmaron que ciertamente había entrado en casa, pero yo lo había revisado todo. Así que, a menos que hubiera saltado por alguna ventana —improbable, era una casa muy alta— todavía tenía que estar aquí. Pero ¿dónde? Mi sangre se heló y formó carámbanos en mis venas.

No. No puede ser. No sería capaz…

Pero claro que sí. No era Briar Rose. Era Briar. Y Briar no era en absoluto la chica que había dejado atrás. Tenía un instinto rebelde salvaje y no toleraba que le dijeran qué hacer.

Corrí al ala sur, con el corazón en la garganta. El golpeteo violento podría causarme un ataque si no me detenía a respirar. Esto no debería asustarme. Seb no le haría daño. Sabía que lo destruiría si lo hacía. Aun así, mis rodillas temblaban mientras me lanzaba hacia la segunda reja de seguridad para bebés como si mi trasero estuviera en llamas. Casi la arranco de la pared en mi intento por abrirla. Avancé más adentro del ala de Sebastian, justo antes de la curva hacia su sala de estar.

Entonces lo escuché. Risas. No cualquier risa. La risa de Sebastian. Un sonido tan raro, tan preciado, tan totalmente extraño a mis propios oídos en ese momento, que mi reacción inmediata fue pensar que lo había imaginado.

Me detuve en la mitad de un paso, tragando saliva para escuchar mejor.

—… literalmente me saltaría la dieta por esto —bromeó Briar, haciendo que Sebastian estallara en otra carcajada.

—¿Eso antes o después de sobrealimentarte con Brigadeiro?

—Ni antes ni después. —Briar dejó escapar un suspiro—. No puedo romper algo que no existe. Las dietas son el enemigo de la humanidad. Siempre elegiré los carbohidratos. Son mi único amor verdadero.

Casi me atraganto con mi propia saliva, dividido entre desplomarme en una felicidad desbordante al verlos divertirse juntos y sentir celos descontrolados por un grupo de alimentos. Dejando de lado la adicción a los carbohidratos de Briar, Seb se estaba

divirtiendo. Por primera vez. En quince años. Bueno, quizá no la primera vez. Por lo que sabía, esto podría haber empezado desde el día en que ella llegó. A juzgar por su química, no podía ser su primer encuentro. ¿Cómo pude estar tan ciego? Debieron de ser sigilosos. Me lo ocultaron a propósito.

Idea de Seb, sin duda. Probablemente pensó que lo arrastraría a un crucero mundial de 180 días, y tenía razón. Ya estaba haciendo una lista mental para llamar a todos. El terapeuta, los médicos, la agencia de viajes. Santo cielo. SANTO CIELO. Mi hermano podría volver a vivir.

Intenté calmarme. Sabía que Seb odiaba cuando me ponía así —entusiasmado por él, insistente, demasiado ansioso para dejarlo decidir por sí mismo—.

Cálmate un poco o la vas a cagar, amigo.

Apoyé mi hombro contra la pared y seguí espiando sin una pizca de vergüenza. La euforia en mi interior lo borraba todo. Olores de pizza y cerveza flotaban en el aire. El característico quejido de Peter Griffin se escuchaba desde los altavoces. *Family Guy*. Leyendas.

—No sé cómo comes toda esta basura y te mantienes tan marcado —se lamentó Briar, con la boca claramente llena de pizza.

—Entreno cinco horas al día. Mucho tiempo para quemar, ya ves.

Continuaron comiendo en silencio mientras yo me deslizaba al suelo, tan solo disfrutando del sonido de mi hermano y mi prometida felices.

—Entonces —Seb hizo una pausa para tragar su bocado—, ¿has vuelto a saber de tus padres desde la última vez?

¿Desde la última vez? ¿Había una última vez y ella no me lo había contado?

Los celos me estrangularon. Compartían un lenguaje entero entre ellos, secretos y conversaciones de los que yo había sido excluido. Pero la alegría ganó. Seb había progresado por primera vez en años. Había aceptado a alguien, disfrutado su compañía y conectado.

—Nada de nada —Briar remarcó cada «nada»—. Supongo que logré enviar el mensaje de que los quiero en mi vida un poco menos de lo que quiero a la Parca.

—No seas tan dura. Seguro que la Parca tiene algunas buenas cualidades.

Más risas. Más pizza. Más *Family Guy*.

Quería a mi hermano. De verdad. Había puesto toda mi maldita vida en pausa por él, y lo haría de nuevo sin pensarlo. Pero no me gustaba que le hubiera pedido que mantuvieran en secreto sus reuniones. Y no tenía duda de que la orden había venido de él. Ese hijo de puta nació para sacarme de quicio.

Cuando el reloj se acercó a las seis, la hora en la que normalmente llegaba a casa, salí del ala de Seb, con la garganta latiendo. Quería destrozar algo. Soltar mi rabia sobre alguien. Y llorar de alivio. Sebastian era capaz de ser feliz. Era capaz de ser humano otra vez. Solo necesitaba a alguien que lo sacara de su caparazón.

Demasiadas emociones revoloteaban en mi estómago. Apenas mis pies tocaron la alfombra de mi oficina, me desplomé sobre el bote de basura, arqueando el cuerpo. No salió nada. Me dejé caer sobre mi trasero, dejé mi cabeza colgando y solté un gruñido salvaje.

El amor de mi vida estaba curando a mi hermano. Pero ella tenía metas, trabajo y una vida en Los Ángeles. Si ella se iba… Golpeé mi

escritorio con el puño tan fuerte que astillé la pesada madera y me lastimé los nudillos.

Esta vez, ella no se iría a ninguna parte.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

Briar

Dallas Costa: Todavía no puedo creer que haya COMPRADO UNA CASA ENTERA PARA VUESTRA PRIMERA CITA.
Briar Auer: Para ser sincera, lo cierto es que hace años yo ya había puesto todo de mi parte a cambio de unas copas mal servidas.
Briar Auer: Pero de alguna manera diseñó la habitación perfecta que nunca tuve de niña. Un bonito gesto, teniendo en cuenta el panorama general.
Farrow Ballantine-Sun: Me temo que, bajo estas circunstancias, hasta yo cedería.
Dallas Costa: ¿CEDER?
Dallas Costa: Sería capaz de doblarme para adoptar la forma que él quisiera como si fuera un maldito origami.
Farrow Ballantine-Sun: @BriarAuer, ¿qué vas a hacer cuando sea hora de regresar a Los Ángeles por trabajo?
Dallas Costa: Sí. Sé que dijiste que cancelaste el contrato con esa actriz, pero todavía tienes que trabajar con su co-estrella.
Briar Auer: Me iré a casa. Debo hacerlo. No puedo dedicar mi vida a Oliver otra vez.
Briar Auer: Tal vez podamos hacerlo funcionar a distancia.
Dallas Costa: Eso no funcionó la última vez.
Farrow Ballantine-Sun: Apenas conozco a Oliver, y aun así sé que es un tipo de todo o nada.

Briar Auer: Bueno, entonces tendrá que conformarse con nada.
Briar Auer: Porque no puedo volver a renunciar a mí misma por otra persona.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

Oliver

—Santo cielo. No me puedo creer que vaya a volver a ver a Felix y Agnes otra vez.

Briar se desabrochó el cinturón del asiento del copiloto y se bajó un poco el vestido de un tirón.

Podía bajárselo todo lo que quisiera; yo aún sabía que mi semen le corría por la cara interna del muslo debajo de esas bragas.

—Cuida tu lenguaje con ellos. —Salí del asiento del conductor y rodeé el coche para abrirle la puerta—. Siguen siendo igual de estirados que siempre.

Aceptó mi mano y estiró sus largas extremidades con una sonrisa.

—¿Me estás pidiendo que me porte bien?

—Solo esta vez. —Le di un beso rápido en los labios—. Y solo con ellos. El resto del tiempo quiero tu versión sin filtros.

Con los brazos entrelazados, caminamos hacia la puerta principal de la finca frente al agua que mis padres tenían en Oxford. El monstruo de dos mil trescientos metros cuadrados se alzaba sobre más de cuatro hectáreas de exuberante terreno verde.

Después del accidente, se refugiaron aquí, con la esperanza de atraer a Sebastian de vuelta gracias a la privacidad.

Hasta que se dieron cuenta de que no podían verlo cara a cara.

Los tacones de Briar trituraron la grava mientras subíamos los escalones del porche.

—Tengo un mal presentimiento con esto.

—¿Un mal presentimiento? Están fascinados contigo. —Y, al parecer, yo también—. Se mueren de ganas por volver a verte desde el reportaje del *New York Times*. La única razón por la que eso no había sucedido hasta ahora es porque no quería compartirte con nadie.

—¿Y ahora? ¿Te has cansado de mí?

—Nunca. —Apreté mi brazo alrededor del suyo—. Solo me he vuelto mejor fingiendo que mi obsesión contigo está bajo control para evitar que me internen.

Decidí no enfrentarme a Briar ni a Sebastian por haberme ocultado su amistad.

No quería interponerme en su camino.

Obviamente, sus interacciones funcionaban.

Preferiría cortarme un testículo antes que sabotear el progreso de mi hermano.

El timbre estaba a un lado, pero lo ignoré, empujé las puertas y entré directamente.

Escaleras curvas flanqueaban ambos lados del vestíbulo de mármol. Desde la sala llegaba un sonido apagado de voces. Copas que chocaban. Risas cantarinas.

Los susurros se entremezclaban, y estaba claro que no provenían solo de mi madre y mi padre.

Briar me miró con el ceño fruncido.

—No sabía que tus padres tenían invitados.

—Tampoco yo. —Pasé un brazo por sus hombros—. No te preocupes. Nos iremos temprano si no te diviertes.

Sus labios se torcieron en una mueca, pero aun así asintió. Estuve a punto de alzarla y llevarla de regreso al coche, pero logré detenerme justo a tiempo, sabiendo que sería capaz de hacer algo drástico, como negarme el sexo, si la hacía quedar mal frente a mis padres.

Avanzamos de la mano hacia el origen de las risas y nos detuvimos justo antes del umbral abierto de la sala.

Dos invitados ocupaban los sillones reclinables junto a mis padres, sosteniendo copas de champán y entremeses.

Briar se llevó una mano a la boca para sofocar un jadeo.

La pareja se giró a mirarnos con sonrisas amplias y despreocupadas.

Jason y Philomena Auer.

Philomena fue la primera en ponerse de pie.

—Bueno, hola, queridísima hija.

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

Briar

Me habían tendido una emboscada. Claro que sí. Respetar mis límites implicaría reconocer que existen, y para eso tendrían que reconocer que yo existo, cosa que solo parecen hacer cuando quieren algo de mí.

Si querían provocarme, no lo iban a conseguir. Las rodillas de Briar Rose se habrían doblado. Las mías, en cambio, se tensaron. Levanté el mentón y miré a Jason mientras se ponía de pie junto a Philomena.

Mientras Felix y Agnes habían envejecido con gracia, el tiempo no había sido amable con mis supuestos padres. Surcos de arrugas formaban un mapa desgastado en el rostro de Jason. Su cabello, antes oscuro, ahora estaba veteado de plata. Los ojos de Philomena, fríos y calculadores como siempre, me observaban desde debajo de párpados caídos, evaluando la cercanía entre Oliver y yo.

—Querida. —Philomena se recuperó primero, se dirigió hacia mí y me echó los brazos sobre los hombros—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos.

Apestaba a desesperación y a Chanel n.º 5, un aroma que antes anhelaba y que ahora apenas podía soportar.

—Curioso cómo funcionan esas cosas. —Mantuve los brazos a los lados y me aparté de su abrazo, asegurándome de que mi voz fuera lo bastante baja como para que los padres de Ollie no la escucharan —. Quién diría que abandonar a vuestra hija podría significar abandonar a vuestra hija. Sorprendente, ¿no?

Philomena ni se inmutó y volvió a su asiento, aferrando su bolso de diseñador falso contra el pecho como si fuera un escudo.

—Qué alegría verte, Briar Rose.

Jason me dio una palmada en el hombro, como si fuera un viejo amigo del golf.

—Cariño, te ves bien.

—Mmm. Tú has envejecido mal. —Fruncí el ceño en tono burlón, ya sin miedo de sus miradas despiadadas y de su lengua afilada—. No meterse en problemas legales y evitar la bancarrota hacen maravillas para la piel. Deberías intentarlo.

—Lo siento, cariño. —Agnes von Bismarck se levantó con la gracia de una reina madre y me abrazó—. Cuando los Auer llamaron y dijeron que querían sorprenderte con una pequeña fiesta de compromiso, simplemente no pudimos negarnos. —Se apartó para tocarme la punta de la nariz—. Cada vez estás más guapa, mi amorcito.

Agnes solía llamarme así después de que escuchó que Oliver me llamaba Mimitos. Yo me sentaba en su cocina mientras ella revisaba catálogos de arte y me enseñaba la historia de cada pieza que consideraba coleccionar. En esos momentos me preguntaba si así se

sentía ser amada por una madre. Como estar envuelta en una promesa silenciosa e irrompible.

Oliver besó su mejilla, con los dedos aún entrelazados con los míos.

—Y vaya sorpresa que nos habéis dado, madre.

Me di cuenta de que, desde que llegamos, no me había soltado ni una sola vez. Como un ancla que me mantenía en pie. No lo necesitaba, pero lo agradecía de todos modos. Me sorprendía no tartamudear. No llorar, suplicar ni derrumbarme. Había crecido. Había encontrado valor en mí misma y aceptado que el rechazo de mis padres no significaba nada.

Felix siguió a su esposa y me envolvió en un abrazo de oso que obligó a Oliver a soltarme a regañadientes.

—Briar Rose, es un placer volver a verte por fin.

—Oh, ahora es solo Briar. —Philomena soltó una risita dentro de su copa de champán—. Se cambió el nombre.

Qué audacia la de esa mujer para fingir que sabía cosas de mí. Que le importaba. Me hubiera reído, pero no quería que Felix y Agnes pensaran mal de mí.

Me aparté de Felix y estudié su rostro. Mientras su esposa seguía viéndose joven, con el cabello amarillo como el sol, las cuencas de los ojos de Felix se habían hundido en dos cráteres oscuros. Su boca estaba fija en una permanente expresión de tristeza, como si pasara la mayor parte del tiempo deprimido. Las piezas encajaron. Este hombre —aún de duelo por un hijo vivo— ya no pertenecía a una sala de juntas. No era de extrañar que hubiera renunciado como CEO antes de lo planeado. Pero con la reputación de Oliver, no podía

retirarse oficialmente. No antes de que Ollie se ganara el respeto que merecía.

Y Oliver, ansioso por expiar su pecado, cargaba con toda la responsabilidad. La empresa. La salud de Sebastian. Tenía sentido. No me gustaba, pero lo entendía. Algunas personas cargan con el peso de sus errores mucho más tiempo del que nadie les pide.

—Briar. —Felix sonrió, casi con timidez—. Perdón. Estuve un poco desconectado. No he sido el mismo últimamente.

—Ni te disculpes. —Apreté su brazo y paseé mi mirada de Agnes a él. Nadie más—. Me alegro de volver a veros.

—Cariño. —Philomena puso una mano en mi hombro—. Tenemos que hablar de la distribución de las mesas. ¿Estás pensando en algo grande o pequeño? Probablemente grande. Tu padre y yo tenemos muchos amigos…

Me costó un esfuerzo sobrehumano no apartarme. No porque me alterara, sino porque la mujer tenía sus uñas acrílicas clavadas profundamente en mi piel. Me condujo lejos de Agnes y Felix. Los ojos de Ollie siguieron nuestros movimientos y se entrecerraron al ver las pequeñas marcas que sus uñas dejaron en mi cárdigan. Negué con la cabeza para hacerle saber que yo misma me encargaría del asunto.

En cuanto nos separamos del grupo, me zafé de la mujer que me dio a luz y crucé los brazos.

—Madre. —Destilé sarcasmo, negándome a seguirle el juego—. Nadie ha dicho que estarías invitada, y mucho menos tus amigos.

—Por favor, Briar. —Philomena dejó caer la actuación cursi con un resoplido irritante y mantuvo la voz baja por si alguien entraba en el radio de escucha—. Basta con esta farsa. Eres nuestra hija.

—Tuya, quizá. Incluso eso está por ver. —Me detuve en el pasillo, justo antes del comedor—. Pero no de Jason.

La sangre abandonó su rostro. Cerca de nosotros, una docena de camareros acomodaban lugares en la mesa, recolocando porcelana fina, tulipanes y velas, ajenos al inminente ataque al corazón de Philomena. En ese momento, Agnes, Felix, Oliver y Jason se acercaron a nosotras.

—Los entrantes están casi listos —anunció Agnes, ocupando el asiento en la cabecera de la mesa, frente a su esposo—. Por favor, uniros a nosotros.

Philomena y yo nos quedamos en el pasillo, asintiendo con sonrisas falsas en el rostro.

Esperamos a que todos entraran al comedor antes de que volviera a dirigirse a mí.

—¿De qué estás hablando? —susurró entre dientes.

—Te escuché aquella noche en el baile. —Crucé los brazos—. Tu conversación con Cooper. Jason no es mi padre.

—Lo es en todas las formas que importan. Te lo dio todo. Siempre te trató como si fueras su…

—¿De verdad? —la interrumpí—. Si eso es todo lo que es capaz de dar como padre, me alegro de ser hija única.

—¿Qué problema tienes? —Las lágrimas le velaron los ojos. Nunca las dejaría caer. Estropear su maquillaje perfecto solo por mí estaba por debajo de ella—. Te lo pagamos todo hasta que cumpliste dieciocho —dijo.

—Me dejasteis a mi suerte en cuanto celebré mi cumpleaños —repliqué—. Y no todo se trata de dinero. Literalmente me abandonasteis en Suiza y os mudasteis.

—Era una escuela prestigiosa.

—Nunca me llamaste ni una sola vez.

—Bueno, tú llamabas lo suficiente por las dos.

Negué con la cabeza, exasperada.

—No estáis invitados a la boda.

—No nos precipitemos. —Alzó las manos en señal de rendición—. Cometimos un error. Pero nos gustaría reconectar contigo. ¿Cómo podemos hacerlo?

—No podéis. —Como si alguna vez fuera a dejarlos meter un pie en el mundo de Oliver: su riqueza, su estatus, sus padres. Todo lo que venía con esta boda falsa—. Pero sería muy considerado que me dijeras quién es Cooper y dónde puedo encontrarlo.

No es que necesariamente lo fuera a buscar. Pero me gustaba la idea de tener la opción.

Philomena se balanceó sobre los talones y se mordió el interior de la mejilla.

—Ese no es un tema de conversación para este momento.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada. Desde fuera debía parecer que estábamos teniendo un intercambio encantador.

—No tienes derecho a decidir dónde y cuándo te hablo. Ya no soy una niña. No necesito pedir permiso para sacar un tema. O me respondes y consideraré invitaros a mi boda, o no lo haces y te atienes a las consecuencias.

Yo era una mujer de palabra. Claro que la invitaría si lo confesaba todo. Y la sentaría en una mesa con los contables de Oliver, bien lejos de nosotros. Peor aún: los pondría junto a Dallas y Farrow, que sabía que se burlarían de ellos hasta el infinito.

Philomena abrió la boca, sin duda armada con una respuesta mordaz, pero Oliver asomó la cabeza desde el comedor.

—¿Cariño? —Me ofreció la palma—. Mi padre quiere hacer un brindis y, francamente, te echo demasiado de menos como para compartirte con la Bruja Mala del Oeste.

Philomena jadeó, pero no le replicó. Él estaba muy por encima de su nivel. Necesitaba volver a caerle en gracia.

Le sonreí a mi falso prometido y tomé su mano.

—Claro.

Por primera vez en mi vida, dejé atrás a mi madre… y no al revés.

CAPÍTULO SETENTA Y OCHO

Briar

—¿Alguna vez lograste pagarles a todas las personas que te demandaron?

Felix seguía con el ceño fruncido mientras cortaba un filete *mignon* sangrante.

Me atraganté con mi salteado de tofu —puntos para Ollie por planear con anticipación mis restricciones alimentarias— y paseé la mirada entre Jason y Felix.

Jason tosió en su servilleta, claramente incómodo.

—Casi. —Tomó su vaso de agua y dio un gran trago—. Definitivamente me golpeó duro. Ya sabes cómo es eso.

—Improbable. —Apoyé la barbilla en mis dedos entrelazados—. Felix es un empresario legítimo, no un estafador.

—Jesús bendito, Briar —Philomena hizo tintinear sus cubiertos, horrorizada—. Estás hablando de tu padre.

—Ya te lo he dicho. —Me recargué en la silla, enrollando los fideos en mi tenedor con una sonrisa—. No es mi padre.

Jason dejó caer su vaso de agua, con la boca abierta. Su mirada rebotó entre mi madre y yo, llena de acusaciones silenciosas. Felix y Agnes intercambiaron una mirada. ¿Acababa de hacer que la noche fuera muy incómoda para todos? Por supuesto. Pero tendrían que soportarlo. Aunque quería guardar las apariencias frente a los von Bismarck, los Auer no merecían ninguna consideración. Quería que el mundo supiera sus pecados. Después de esta noche, nunca podrían aprovecharse de los von Bismarck.

—No tengo idea de… —empezó Philomena, lista para negarlo todo.

—Por favor, Philly, ya basta. —Oliver soltó una carcajada a mi lado, sujetándose el estómago—. Yo estaba ahí cuando te escabulliste a los establos con tu noviete, Cooper. Briar y yo te oímos. Sebastian también.

Al mencionar a su hermano, Felix se estremeció. Agnes soltó un jadeo tan suave que casi no lo percibí. No podía imaginar lo doloroso que debía ser para Ollie creer que él había traído esta gran tragedia a su familia.

—Es hora de decir la verdad y dejar que Briar sepa quién es su padre —continuó Oliver, señalando con un gesto a Jason—. Porque definitivamente no es este tipo.

—Oliver. —Agnes negó con la cabeza mientras se secaba las comisuras de los labios con una servilleta de tela—. Eso ha sido muy poco amable.

—Bueno, tampoco lo fue la forma en que trataron a Briar todos estos años.

—Esto es el colmo. —Jason se levantó de golpe, rojo como un tomate—. Sacar esto en público…

Me levanté yo también, con los puños apretados sobre la mesa.

—Lo habría hablado en privado si alguna vez hubierais contestado el teléfono.

Agnes se llevó el dorso de la mano a la sien.

—Oh, cielos.

Estaba a punto de desmayarse si esto escalaba. A pesar de que habían criado a dos hijos adictos a las telenovelas, los von Bismarck odiaban el drama.

No había venido preparada para una emboscada, pero ahora que tenía la rara oportunidad de tener a Philomena y Jason frente a mí, sería tonta si la desaprovechaba. Necesitaba respuestas. Con desesperación.

—Briar, esto es ridículo. —Philomena abanicaba a Agnes con una de las pequeñas tarjetas de presentación de Jason—. No sé qué crees que escuchaste…

—Siempre puedo contratar a un investigador privado —interrumpí su mentira con otra mía, sabiendo que Oliver no me llevaría la contraria—. De hecho, a todo un equipo. Ahora que sí puedo pagarlo. Así que o decís la verdad en la privacidad de esta casa… o lo hago público. Tal vez estáis en la ruina, pero todavía os preocupáis lo suficiente por vuestro nombre como para evitar arrastrarlo por el barro.

Philomena y Jason intercambiaron miradas y se retiraron al salón para discutir su decisión en privado. Agnes y Felix se desinflaron en sus sillas. Él se cubrió el rostro con las manos.

—Lo… lo siento mucho. —Los dedos de Agnes revolotearon hacia su collar de perlas—. No tenía ni idea de que tú y tus padres

estuvierais tan mal, Briar. Esto se suponía que sería una sorpresa agradable.

—Bueno, sí ha sido una sorpresa; en cuanto a lo agradable… —Bebí un sorbo de vino—. Pero no estoy molesta con vosotros. Con ninguno de los dos. De hecho, lamento haber montado una escena. Solo que no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de enfrentarme a Jason y Philomena. Y detesto la idea de que intenten aprovecharse de vuestra buena voluntad.

—Siempre tuve una sospecha, ¿sabes? —Felix se masajeó las sienes—. Eres muy distinta de los dos.

—Cariño —Agnes palmeó mi mano, y con ese gesto tan simple rompió mi valentía como una ramita seca—, quiero que sepas que, más allá de tu relación con mi hijo, siempre tendrás un hombro en el que llorar conmigo. Siempre puedes acudir a mí para lo que sea.

Su rostro se torció de arrepentimiento cuando vio mis lágrimas. Cayeron de mis pestañas a mis mejillas con un pequeño chapoteo. A veces me sentaba en cafeterías mirando a las familias interactuar a mi alrededor, preguntándome cómo sería experimentar algo así. Una palmadita en la mano. Algo tan simple. Tan pequeño. Y que aun así era todo. Los gestos más diminutos siempre eran los que más tiempo permanecían.

Hubo una época en la que deseaba que mi madre me tocara así.

—Ay, querida. —Apretó mi mano con más fuerza y frotó el pulgar sobre ella, sin saber que ese gesto me deshacía—. No quería alterarte más.

Me había enfrentado a mi madre sin pestañear. Ellos no me habían hecho llorar. Los von Bismarck —todos ellos— sí. Quería formar parte

de esta familia, de una familia real, más que nada en el mundo. El pensamiento me sacudió.

—No lo has hecho. —Sacudí la idea al tiempo que me limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano libre—. Estoy agradecida de veros otra vez. Os he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

Oliver me rodeó los hombros con un brazo.

—No es una competición, pero yo fui el que más echó de menos a Briar.

Sus palabras rompieron la intensidad del momento.

Me apoyé en él justo cuando mis padres regresaron, con las mejillas encendidas.

Ambos soltaron largos suspiros, como si acabaran de tener una gran pelea.

Jason se sentó primero, sonriendo como si nada hubiera pasado.

—¿En qué estábamos?

—En mi padre biológico —le recordé—. Y en su identidad, que tu esposa se niega a decirme.

—Lo siento, Briar. No hay nada que revelar. —Philomena ocupó su asiento, nerviosa—. Debisteis escuchar mal. Ni siquiera era yo, probablemente. Jason es tu padre. Esa es mi respuesta final.

Oliver se pasó la lengua por los dientes superiores, a punto de estallar de rabia.

—Muy bien. —Arrojó la servilleta sobre su plato—. Si así queréis jugar, seguiré vuestras reglas retorcidas.

—Oliver —se quejó Agnes.

Él la ignoró.

—Encontraremos al padre biológico de Briar. Y, a diferencia de vosotros, quizá él sí esté invitado a la boda. Ahora, cariño —se levantó y me ofreció la mano—, ¿lista para irnos a casa?

—Sí. —Me puse de pie yo también y lancé una última sonrisa a mis padres mientras salíamos—. Disfrutad de la cena de lujo. Quién sabe… tal vez sea la última.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE

Oliver

Su fachada duró dos segundos.

Cuando llegamos al final del pasillo, Briar se tambaleó a mi lado. La levanté en brazos y la llevé hasta el coche. La acomodé en su asiento arropándola con mi chaqueta y le abroché el cinturón de seguridad por encima. Sus dientes empezaron a castañear mientras avanzaba por la entrada y atravesaba las cuatro hectáreas de césped.

Subí la calefacción, a pesar del sudor que empezaba a formarse en mis sienes.

Briar encogió las piernas contra el pecho y rodeó sus rodillas con los brazos, todavía envuelta en mi chaqueta.

—Ni siquiera sé si quiero encontrarlo.

—Está bien, Mimitos. Solo lo dije para hacerlos enfadar. Haz lo que tú quieras.

Y hazlo conmigo, por favor.

Tres veces al día.

—No me puedo creer que hayan aparecido ahí. —Apoyó la cabeza sobre las rodillas y la inclinó para mirarme—. Se pusieron en contacto con tus padres y les hicieron creer que aún sabían de mí. Obviamente querían usarte para recuperar la amistad de tus padres.

—Dudo mucho que puedan reavivar algo que ya fue apagado con agua helada. —Pasé la mano izquierda al volante y le di la derecha cuando ella la buscó—. Primero, nunca fueron amigos. Mi padre odió a Jason desde el principio, pero fingieron llevarse bien porque yo estaba obsesionado contigo. Y segundo, mis padres quedaron bastante decepcionados por las graves acusaciones contra Jason. Creo que solo lo invitaron esta noche para complacerte.

Su dedo índice empezó a trazar patrones invisibles en el interior de mi palma, mientras soltaba un gemido.

—Misión fallida.

—Mi madre nunca se va a perdonar esto.

—No es culpa suya. Mañana la llamaré y le diré que aprecio todo lo que hizo por mí.

—Puedes hacerlo, pero aun así no se lo va a perdonar.

—¿Igual que tú nunca te perdonarás por lo de Sebastian?

Entrelazó nuestros dedos y los dejó reposar sobre la consola central.

Resistí el impulso de cerrar los ojos y hundirme en esa sensación de los dos conectados.

Negué con la cabeza.

—Es diferente.

—No debería serlo —susurró.

—Sabes que vive en el ala sur, ¿verdad? —solté de pronto.

Me prometí a mí mismo que no les diría que ya lo sabía, pero tampoco quería que Briar pensara que le ocultaba cosas.

—Lo sé. Y te adoro por eso. Eres un buen hermano mayor, Ollie.

Apreté el volante.

—Ojalá Seb pensara lo mismo.

—Sí lo piensa. —Apretó mi mano—. Solo que todavía no lo sabe.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHENTA

Oliver

Zach Sun: ¿Hay alguna razón por la que me hayan enviado una invitación a… donde demonios sea eso?
Ollie vB: Nauru.
Romeo Costa: Básicamente Australia.
Ollie vB: Está bien, Cristobal Colón.
Zach Sun: Continente equivocado, pero te la dejo pasar solo porque al menos sabes escribir su nombre.
Ollie vB: Reservad la fecha.
Romeo Costa: ¿¡ACABO DE GANAR UN YATE!?
Zach Sun: No nos adelantemos. Briar todavía no camina hacia el altar y, conociendo a nuestro chico, puede cagarla en cualquier momento.
Romeo Costa: Por favor, no la cagues. El amor prevalece, la soledad es una condición incurable, etc.
Ollie vB: ?
Romeo Costa: TÚ NECESITAS UNA MALDITA ESPOSA Y YO NECESITO UN MALDITO YATE, ¡¿VALE?!
Ollie vB: Ve a comprarte tu propio yate si tanto lo deseas.
Zach Sun: Con lo que gasta su esposa, con suerte puede pagar una suscripción a Disney+, ni hablar de un yate.
Romeo Costa: Son los mismos programas una y otra vez. Además, compartimos contraseña con los Townsend.

Zach Sun: A este ritmo te va a hacer hipotecar tu propiedad otra vez.
Romeo Costa: Al menos seré pobre y usaré ropa elegante, no como lo que fuera que estabas vistiendo hoy por la mañana.
Zach Sun: Una chaqueta de siete capas y un rollo de cinta adhesiva de pulsera. Era la primera vez de Fae en Balenciaga. Todos esos maniquíes con brazos y piernas flotando la abrumaron. ¿Qué más podía hacer? Mi mujer me lo ha regalado.
Romeo Costa: No sabría decirte qué se siente con eso.
Zach Sun: ¿Dallas no te regaló una escultura de chocolate en Navidad?
Romeo Costa: Y luego se la comió.
Zach Sun: Lo que cuenta es la intención.
Romeo Costa: Se la terminó antes de que siquiera acabáramos de abrir los regalos.
Ollie vB: En fin, reservad la fecha.
Zach Sun: ¿Y si Briar dice que no?
Ollie vB: Eres genial para mi ego, ¿verdad?
Romeo Costa: Ahí estaremos.
Ollie vB: Sin niños, por favor.
Romeo Costa: Entonces, ¿cómo demonios vas a asistir tú?
Ollie vB: Muy gracioso.
Zach Sun: En realidad sí ha sido gracioso.
Ollie vB: Os odio.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHENTA Y UNO

Oliver

—¿Cuándo demonios me vas a dar mis caramelos?

Sebastian enfatizó su protesta bajándose más la gorra sobre la frente. No había dejado de refunfuñar detrás de su mascarilla desde que empezamos a caminar por una calle cualquiera de Washington D.C.

Seguí silbando y fingí ignorar su pregunta, sintiéndome todavía en la cima del maldito mundo. Finalmente había logrado sacarlo de casa para ver a un cirujano plástico.

Claro que convencerlo de salir del ala sur requirió una negociación dura. Puntualmente, unas barritas de chocolate que habían sido descatalogadas hacía tiempo.

¿Logré conseguir un paquete? No.

¿Se lo iba a decir? Claro que no.

Alguien pasó zumbando en una motocicleta.

Seb bajó el mentón hasta que el tipo dobló la esquina, sosteniéndose las gafas de sol contra las mejillas por si se resbalaban.

—Los caramelos, Oliver.

—No son caramelos. Es un casco completamente nuevo. —Ni siquiera intenté ocultar la alegría que me brotaba. Todavía estaba absurdamente emocionado de tenerlo fuera respirando aire fresco, aunque parecía una celebridad en extremo reservada tratando de evitar un nuevo escándalo—. Una lancha de competición de primera categoría que va a costar más que un coche.

Sí, también logró sacarme eso en la negociación.

Seb se encogió de hombros.

—Es la misma mierda.

Con su herencia y su fondo de acciones, podía permitírsela por su cuenta. Lo que no podía hacer era recibir el paquete. Eso requeriría ir hasta el lago. Lo que requeriría salir de su ala.

Así que acepté encargarme de todo si me acompañaba en esta salida de un día.

Metí las manos en los bolsillos.

—Sabes, podríamos hacer esto más interesante.

—¿Ah, sí? —Sebastian me siguió al interior de un rascacielos elegante—. ¿Mi cara hecha mierda y mi vida arruinada ya no son lo suficientemente entretenidas para ti?

Gruñí.

—Quiero decir que podemos subir la apuesta.

—¿Qué tienes en mente?

Nos detuvimos frente al ascensor. Había otras personas alrededor y, aunque no podía ver el rostro de Sebastian, sabía perfectamente que estaba tenso.

Ni siquiera quería que lo vieran mis padres, así que la idea de que lo vieran completos desconocidos estaba descartada.

—Un millón de dólares si tomas un café conmigo en alguna cafetería cercana —ofrecí.

—Sin ofender —dijo resoplando—, pero necesito más dinero tanto como los Duggar necesitan más hijos.

—Tiene que haber algo que quieras.

Sebastian fingió animarse.

—¿Que me devuelvan mi cara de antes?

El hombre se despertaba cada día decidido a ser un completo idiota conmigo.

Nos apretujamos dentro del ascensor, Seb con el mentón pegado al pecho. La recepcionista, cuyo rostro claramente estaba familiarizado con las manos del cirujano, intentó coquetear con nosotros. Yo la rechacé con amabilidad, mientras que Seb ni siquiera se dignó a responder.

Llegamos diez minutos antes, así que hojeamos revistas viejas en la sala de espera, que por lo demás estaba vacía.

Por fin, una enfermera nos invitó a entrar a la oficina del doctor Perry.

El hombre, de no más de cuarenta años, tenía una mandíbula más cuadrada que una maldita caja de UPS e implantes capilares recientes.

Entrelazó los dedos y movió la mirada entre nosotros.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Seb me señaló.

—Puede hacer que deje de estar fastidiándome para arreglarme la cara.

Ignoré su comentario y forcé una pequeña risa.

—Mi hermano se lesionó en un accidente en lancha hace quince años. Nos preguntábamos si habría alguna forma de reconstruir la estructura original de su rostro.

—Él se lo preguntaba. —Seb se hundió en su asiento, con una rodilla hacia fuera—. Yo no. Sé a la perfección que no hay vuelta atrás con esto.

Hizo un círculo alrededor de su cara.

El doctor Perry desenganchó sus gafas del bolsillo de su bata blanca y se las puso.

—¿Puede quitarse la gorra, las gafas y la mascarilla?

Contuve la respiración, seguro de que Sebastian se negaría. Un momento de intenso silencio pasó antes de que Seb ofreciera el más leve asentimiento. Primero se quitó la gorra y luego las gafas, a paso de caracol.

Se detuvo unos segundos más. Observé, tenso, mientras inhalaba profundamente, reuniendo el valor para quitarse la mascarilla.

Mierda.

Lo hizo.

Le mostró su rostro a alguien nuevo.

La segunda persona en menos de dos meses.

No me importaba lo que pensara Seb. Esto era progreso.

El doctor Perry estudió el rostro de Seb sin retroceder ni hacer una mueca, sin duda acostumbrado a ver a muchos pacientes con traumas. Yo lo había elegido específicamente por su experiencia en ese tipo de casos.

Sebastian se removió en su asiento y miró alrededor. Hacía todo lo posible por ignorar el par de ojos que parecía taladrarle la cara. Finalmente miró al doctor de frente.

—¿Quiere una foto o algo así?

—Sí. —El doctor Perry señaló hacia la puerta, en dirección al estudio por el que habíamos pasado al entrar—. Desde todos los ángulos. Y también me gustaría verlo haciendo expresiones faciales, para evaluar su rango de movimiento.

Sebastian resopló, pero no rechazó la petición. Se me ocurrió que, en el fondo, él quería esto. Quería algo lo más cercano posible a la normalidad.

—¿Puedo preguntarle, señor von Bismarck, por qué decidió esperar tanto para la reconstrucción facial y los injertos de piel? —El doctor Perry anotó algo y luego volvió a mirar a Seb—. En general, cuanto antes se abordan estos procedimientos, mejor.

Yo sabía la respuesta. Sebastian mantenía su rostro exactamente como yo lo había destrozado porque quería que yo tuviera un recordatorio constante del daño que había causado.

Pero eso sería demasiado incómodo de compartir, así que Sebastian se encogió de hombros.

—Tenía cosas más importantes de qué ocuparme. Me concentré en la fisioterapia y no quería pasar semanas tirado en la cama solo para verme un 0,01 % menos horrible.

El doctor Perry ignoró la pésima actitud de mi hermano.

—Bueno, si quiere que lo ayude, va a tener que pasar varias semanas de reposo mientras su rostro se recupera. Tal vez estemos hablando de cuatro, quizá cinco cirugías que deberán espaciarse.

Sebastian no dijo nada. Solo lo miró por encima de la nariz.

El doctor Perry dejó de escribir.

—Lo más probable es que tomemos piel de los glúteos o de la parte interna del muslo para reconstruir su mejilla.

Seb hizo girar su gorra en la punta del dedo índice.

—¿Voy a parecer hecho de plastilina como en esos «antes y después»?

Intenté con todas mis fuerzas no atragantarme con mi propia saliva. Qué comentario tan de mierda. Sobre todo cuando los «después», al menos, habían tenido el maldito valor de levantarse y seguir adelante.

El doctor Perry, sin embargo, era un profesional curtido cuando se trataba de imbéciles.

—No se va a ver justo como antes, si eso es lo que está preguntando.

Agradecí que no lo tratara con condescendencia. Algunos doctores lo hacían, y él los pisoteaba.

—¿Voy o no voy a parecer de plastilina, doc?

—No lo sé. —El doctor Perry no se inmutó ante la grosería de Sebastian—. No juego con plastilina desde que era niño y, por suerte, no tengo hijos. Dicho eso, he desarrollado una técnica que utiliza cartílago y fascia de donantes cortados en pequeños fragmentos para reconstruir la estructura facial. Con eso, además de la piel donada de su propio cuerpo, estoy seguro de que puedo crear una textura uniforme en su rostro. Volverá al agua en poco tiempo.

Sebastian se inclinó hacia delante de golpe. Por instinto, agarré la parte trasera de su camisa, por si se lanzaba sobre el doctor. No lo hizo. Contuvimos el aliento, esperando en silencio a ver qué haría.

El doctor Perry habló de nuevo, esta vez más bajo.

—Sé quién es usted, Sebastian von Bismarck. Sé quién era. No volverá a ser perfecto, pero puedo acercarlo bastante. Puede ser su propia versión de la imperfección, que también es algo precioso.

Los puños de Sebastian se cerraron. Sus nudillos se pusieron blancos de rabia y sus dedos rosados por la falta de circulación.

—Váyase a la mierda. —Se levantó de golpe, enviando su silla contra una estantería—. No sabe nada de quién era yo.

El doctor Perry inclinó la cabeza.

—Lo siento, hijo. No quise…

—No soy su puto hijo —escupió Seb al tiempo que agarraba la silla que había tirado al suelo y la arrojaba contra la pared.

Se estrelló contra un cuadro enmarcado.

El cristal se hizo añicos por todas partes.

—Jesús. —El doctor Perry presionó un botón en su teléfono—. Aliana, voy a necesitar…

—Su peluca falsa de mierda es patética —dijo Sebastian, señalando en la dirección del doctor con el dedo—. Solo para que lo sepa.

—Muy bien. Hora de irnos. —Agarré el hombro de mi hermano justo cuando la enfermera abrió la puerta de golpe detrás de nosotros—. Lo siento, doctor Perry.

Arrastré a Sebastian fuera del consultorio por la fuerza. Él clavó los talones en el suelo de madera y se negó a moverse. Como el maldito se ejercitaba como un olímpico, lo consiguió.

—No. A la mierda con eso. —Sebastian sacudió el hombro y se liberó de mi agarre—. Yo no lo siento en absoluto.

Lo empujé fuera del umbral con todas mis fuerzas antes de que esto se volviera aún peor. La enfermera nos miraba con la boca abierta, esperando a que llegara seguridad. Entonces me di cuenta de que tenía una vista directa del rostro de Sebastian.

Desnudo. Sin mascarilla.

Mierda.

La mujer se llevó la mano a la boca.

—Ay, Dios.

Ni siquiera intentó ocultar su mirada de ojos desorbitados. Estaba temblando visiblemente. Al vernos, retrocedió tambaleándose. Su espalda chocó contra el dispensador de agua del pasillo. Un impulso violento de rodearle el cuello con las manos y sacudirla hasta que cerrara los malditos ojos me tensó los puños.

Todo el progreso de Sebastian… terminado. Borrado. Desaparecido en cuestión de segundos.

Solo porque alguien había dicho algo que no le gustó.

Y ni siquiera sabíamos qué había querido decir.

«Ay, Dios, tu cara».

O «Ay, Dios, todo el cristal roto».

Sebastian tomó una inhalación brusca, con los ojos muy abiertos. Se quedó congelado un segundo antes de que algo oscuro y cruel le cruzara el rostro. Sus labios rotos se curvaron en una sonrisa torcida. Avanzó hacia ella, lenta y deliberadamente, erguido y amenazante.

Quería asustarla.

Y eso me asustó a mí.

—Así es, cariño. —Seb se puso frente a ella y se detuvo a apenas unos centímetros—. Mira bien. Llénate los ojos. Así es como se ve un monstruo. Un demonio. Un fenómeno de la naturaleza. Míralo bien.

Sebastian se mantuvo inmóvil y la obligó a mirarlo todo. La cicatriz elevada, los labios destrozados, la mejilla hundida. La mujer temblaba, intentando fundirse con la pared. Agarré el cuello de su camisa y lo tiré hacia atrás.

Esta vez me dejó.

—¿Qué demonios te pasa? —Seguí sujetándolo del bíceps, aunque sabía que podría vencerme si quisiera—. Dios, vas a terminar en la cárcel a este paso.

Me giré hacia la enfermera, juntando las manos, aunque en el fondo la odiaba por hacer que Seb se sintiera menos que nada.

—Lo siento. De verdad, lo siento mucho.

Con eso empujé a Sebastian fuera del pasillo y hacia la recepción. En algún momento de los últimos quince minutos, la sala se había llenado.

Todas las personas lo miraban.

Había olvidado sus accesorios para cubrirse en el consultorio del doctor Perry.

La recepcionista que antes había coqueteado con nosotros soltó un grito ahogado.

Sebastian se giró y se detuvo frente a ella.

—¿Qué pasa con tus malditos modales?

Ella chilló y se escondió bajo su escritorio. Obviamente no esperaba que la escucháramos. Antes de que esto empeorara, lo empujé hacia fuera de la clínica y en dirección a los ascensores. Para cuando las puertas se abrieron y metí a Sebastian dentro, ambos estábamos jadeando.

Se aferró a la barra frente al espejo, fulminando su reflejo con la mirada.

El sudor me corría por el cuello y desaparecía dentro de mi camisa, mientras mi mente iba a mil por hora. Esto no podía ponerse peor. Excepto que sí podía. Podían demandarnos. Vetarnos de todos los cirujanos plásticos de la zona. Exponernos en las noticias de la noche.

La mandíbula de Sebastian estaba tan tensa que pensé que los dientes se le iban a romper.

—¿Contento ahora?

—Seb…

No sabía qué decir. Todo lo que quería era mejorar las cosas para él. Y había fracasado estrepitosamente. Otra vez.

No estaba listo.

Y, en el fondo, me pregunté si alguna vez lo estaría.

El ascensor sonó al abrirse.

—Cállate y consígueme ese maldito casco —gruñó Sebastian, saliendo a zancadas y mostrándole el dedo del medio a todos los que lo miraban en el vestíbulo—. Y no vuelvas a hablarme nunca más.

CAPÍTULO OCHENTA Y DOS

Oliver

Romeo Costa: @OllievB, acabo de verte pasar en tu Land Rover con un hombre en el asiento del pasajero. ¿Algo que quieras contarnos?
Ollie vB: ¿Que tengo amigos que no sois vosotros, idiotas?
Romeo Costa: El hombre llevaba una gorra de béisbol, gafas de sol y mascarilla.
Ollie vB: Es una celebridad.
Zach Sun: Ni de broma es una celebridad. Si tuvieras una celebridad en tu casa, invitarías a Annie Leibovitz para que documentara hasta cómo se limpia el culo.
Ollie vB: Por el precio adecuado, claro. Pero Annie parecía estar «ocupada». Ella se lo pierde.
Romeo Costa: Deja de decir tonterías. ¿Quién era?
Ollie vB: No es asunto tuyo.
Romeo Costa: Se parecía un poco a Seb.
Ollie vB: Literalmente acabas de admitir que no le has visto la cara.
Zach Sun: ¿Dónde está Seb ahora?
Ollie vB: En India.
Romeo Costa: ¿No era en Bali?
Zach Sun: ¿Tú mismo te crees tus mentiras?
Ollie vB: La persona a mi lado era mi padre, pedazo de idiotas.

Romeo Costa: Felix von Bismarck no ha hecho una aparición pública en años. No desde que Sebastian se fue de repente a la India. ¿A quién intentas engañar?
Ollie vB: A vosotros, obviamente.
Zach Sun: Queremos la verdad, Ollie.
Ollie vB: Sí, bueno. Y yo quiero un maldito descanso.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHENTA Y TRES

Briar

—¿Soy la única que piensa que el pedestal del probador parece un pastel?

Como si fuera una señal, el estómago de Dallas rugió lo bastante fuerte como para activar sensores sísmicos. Se movió en el sofá tapizado de la tienda de vestidos de novia, frotándose la barriga.

Sí. Has oído bien.

Tienda de vestidos de novia.

Naturalmente, esta mañana me desperté con una emboscada. Agnes, Dallas y Farrow me estaban esperando en la puerta para llevarme a una prueba de vestido que yo no había reservado.

Agnes enlazó su brazo con el mío.

—Oliver nos dijo que estabas demasiado estresada para reservar una cita en un salón de vestidos de novia, así que lo hice yo por ti.

Mi primera reacción fue subir corriendo las escaleras y darle un puñetazo directo en la cara a Ollie.

Luego recordé mi voto como devota pacifista.

Mi segunda reacción fue huir a las colinas. Sí, había empezado a sentir cosas por Oliver. Pero el compromiso seguía siendo cien por cien falso.

Muy pronto volvería a Los Ángeles por trabajo. De hecho, había pasado la última semana buscando nuevos apartamentos (y atragantándome con los precios).

Esto nunca podría funcionar, del mismo modo que yo tampoco volvería a relegarme por alguien más.

La boda falsa solo servía como rompehielos. Una forma de provocarnos mientras inventábamos ideas de citas románticas. Un juego interminable de a ver quién parpadeaba primero.

Por supuesto, yo no parpadearía primero.

Mi lado competitivo no lo permitiría.

Puntos extra: no conseguir una invitación enfurecía a mis padres.

El único problema con esta farsa era el entusiasmo genuino de Agnes.

Farrow bebió un sorbo de champán.

—Sí, eres la única que ve un pastel.

—Me encantan los pasteles de boda. —Dallas suspiró, echó la cabeza hacia atrás y miró el techo con estrellas en los ojos—. Las bodas en sí son solo un plus.

—Si te gustan tanto los pasteles, ¿por qué no te encargas del pastel en la boda de Ollie y Briar?

Quería estrangularlas a las dos. Sabían que la boda no iba a celebrarse, pero aun así fingían frente a la pobre y entusiasmada Agnes.

—No me amenaces con algo que me encantaría —dijo Dallas, girándose hacia mí—. Briar, ¿qué te parece un pastel de diez pisos?

—Una garantía de acidez —murmuré. No importaba. No sucedería.

—Perfecto. Entonces queda decidido. Un pastel de doce pisos. —Dallas juntó las manos—. ¿Alguien más tiene hambre ahora mismo?

Farrow se terminó el champán.

—No, pero se me antoja un *frappé* de *pumpkin spice*.

—Cuidado, podrías estar embarazada.

—Todavía no he dejado los anticonceptivos.

—Dato curioso —traté de acomodar el escote en V pronunciado del vestido que llevaba, moviéndolo para cubrir más mis pechos—. Un *frappé* tiene más azúcar que veinte dónuts.

Dallas saltó del sofá, con la mandíbula desencajada.

—¿Me estás diciendo que todo este tiempo veinte dónuts no eran tan malos como pensaba? Siento que acabo de aprender algo monumental.

Fae se dio una palmada en la frente.

—¿Esa es tu conclusión?

Agnes regresó con una caja de plástico llena de alfileres.

—Briar, cariño, el vestido te queda perfecto. —Arregló la cola de seda pura del vestido Mikado que me había probado—. Oliver va a perder la cabeza cuando te vea.

No pude evitar girar mientras me miraba en el espejo.

—Ojalá no se canse de mí antes de la boda.

Nos haría bien a los dos sembrar dudas en la mente de sus padres.

—¿Estás bromeando? —Agnes dejó la caja de alfileres y cruzó los brazos—. Siempre has sido la única para él. Vi lo deprimido que estuvo después de vuestra ruptura. Nunca se recuperó del todo. No

hasta que volviste. No lo había visto tan feliz desde… —Se detuvo, frunciendo el ceño para pensarlo—. La verdad, nunca.

Esto era una tortura.

Odiaba mentir.

—Le devolviste tanta luz a sus ojos —continuó, mirándome como si yo hubiera pintado el cielo con la luna y las estrellas—. Por primera no estoy preocupada por él ni por su futuro. Todo gracias a ti.

Me giré hacia ella y le agarré los hombros. Las lágrimas que se acumulaban en sus ojos me perforaron la conciencia. Esta broma elaborada terminaría haciéndole daño. Pero decirle la verdad también.

Nunca debimos dejar que esto llegara tan lejos.

Corrección: Oliver nunca debió anunciarlo en el *New York Times*.

Me mordí el labio, a punto de decirle que la boda con Oliver no ocurriría.

—Agnes, yo…

Dallas saltó del sofá e intervino entre nosotras.

—Agnes, he oído que coleccionas monedas antiguas. Por favor, cuéntame sobre ellas.

Agnes dio un brinco, sorprendida por la interrupción repentina.

—Bueno…, ¿qué quieres saber?

—Todo. Absolutamente todo.

Dallas la alejó de mí y la ayudó a sentarse en el sofá. Luego giró la cabeza hacia mí y articuló con los labios:

«No te atrevas a romperle el corazón a esta mujer».

Pero ¿qué opciones tenía?

Podía romperle el corazón hoy o después de que consiguiera un visado especial, tomara tres aviones distintos, aterrizara en Nauru y lograra que algún lugareño generoso la llevara al lugar de la boda, solo para descubrir que yo había abandonado a su precioso hijo en el altar.

Horrible más horrible siempre daba horrible, sin importar cómo hicieras la cuenta.

Dallas acomodó a Agnes en el sofá y la bombardeó con preguntas sobre monedas valiosas.

Farrow caminó hacia mí, observándome con sus ojos fríos.

—Odias el vestido.

Me encogí de hombros.

—Es que… me parece un poco absurdo, considerando que no habrá boda.

—No lo sabes.

—Considerando que tengo que consentir la boda, sí lo sé. —Me bajé del pedestal, caminé hacia la pequeña cocina y me serví un vaso de agua—. Quiero a Oliver. Creo que él también me quiere. Haber tenido amnesia ha sido sorprendentemente curativo, dadas las circunstancias.

Fae arqueó una ceja.

—Pero…

—Pero nunca podremos cambiar el hecho de que una vez me entregué por completo a un hombre, y nunca volveré a hacerlo. Tengo una vida en Los Ángeles. Una carrera, amigos y sueños que todavía no he logrado. No puedo quedarme aquí. No cuando me gusto más con mis principios claros.

—Sabes, yo era igual. —Una sonrisa triste apareció en su rostro—. Tuve el peor inicio de vida imaginable. Si hace cinco años me hubieras dicho que me soltaría y confiaría en un hombre, habría dado por hecho que ibas borracha. Pero, Dios, la recompensa vale tanto la pena.

—Zach nunca te ha fallado —señalé.

—No, nunca. Pero piensa en esto: si tú no eres la misma persona que eras hace quince años, ¿por qué Oliver sí lo sería? Esa pregunta te va a perseguir cuando regreses a Los Ángeles y te des cuenta de que ya no brilla como antes. Lo único que haces evitando esta conversación es hacerte daño a ti misma. Dale a Oliver la oportunidad de hacer lo correcto. Quién sabe, tal vez te sorprenda.

No puede.

Pero Farrow no sabía lo de Sebastian.

Oliver nunca lo dejaría atrás, y yo nunca querría que lo hiciera. Yo también amaba a Seb. Así que Oliver y yo evitábamos el tema por completo, sabiendo los dos cuál sería el único resultado posible.

—Sí. —Esbocé la sonrisa más débil del mundo—. Tal vez.

CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO

Briar

Teníamos que cancelar la boda falsa.

La única pregunta era cuándo.

No teníamos muchas opciones: ahora o después. Casi sería más fácil llamar al programa de Maury y dejar que él anunciara los resultados por nosotros, considerando que Ollie y yo no queríamos tocar esa conversación ni con un palo de tres metros cubierto con un condón.

Yo, porque temía lo que significaba para nosotros. Él, porque sabía, en el fondo, que quería seguirme a Los Ángeles, pero jamás podría abandonar a su familia.

El halo-halo que había devorado en casa de Dallas chapoteaba en mi estómago mientras pasaba a escondidas por nuestras rejas, recorriendo la corta distancia entre su casa y la mía.

Mía.

Mierda, estaba muy mal.

Nada en esta mansión de mil ochocientos metros cuadrados gritaba que fuera mía.

Excepto, se burló la voz autodestructiva en mi cabeza, *el frustrante y tremendamente atractivo hombre que la posee.*

Me quedé merodeando junto a la fuente, alargando los minutos antes de entrar.

Durante los últimos quince años, había adquirido un sexto sentido para la calamidad. La inquietante habilidad de reconocer los desastres antes de que sucedieran. Me habría servido antes de que Oliver me dejara en París, o antes de tropezar con ese intercambio de mensajes en Instagram, o incluso antes de que mis padres me abandonaran.

Así que, esa noche, hice lo posible por obedecer su advertencia y me quedé fuera hasta que me dolieron los pies y los ojos casi se me cerraron solos.

Finalmente, cuando abrí la puerta principal con cuidado, pude ver las cortinas corridas y la oscuridad absoluta.

Un silencio total se extendía por todo aquel espacio inmenso. La energía juguetona que normalmente flotaba en el aire había desaparecido.

Dejé mi bolso en el primer escalón y encendí la linterna del teléfono.

—¿Hola?

Nadie respondió.

—¿Oliver?

Esquivé el sofá y entré en la cocina. Vacía.

Luego subí de puntillas por las escaleras, sin saber por qué me daba miedo romper el silencio.

Cuando llegué al último escalón, dudé y lancé una mirada hacia la entrada del ala sur.

Oscura y vacía, como siempre.

Con una rápida sacudida de cabeza, obligué a esa extraña corazonada que me revolvía el estómago a desaparecer. La sensación de una catástrofe inminente.

—Estás siendo ridícula, Briar.

Enderecé los hombros y caminé hacia el dormitorio principal, donde choqué con la primera evidencia de desastre.

Las puertas dobles cerradas.

Ollie siempre las dejaba abiertas.

Una invitación para que yo entrara cuando quisiera.

Dudé, con los dedos aferrados al pomo. El latido desbocado de mi corazón rebotaba entre mis oídos.

Esto es ridículo.

Tú duermes aquí.

Abre la puerta.

Primero llamé. No hubo respuesta.

Apoyé la frente contra la madera y cerré los ojos.

—¿Ollie?

Nada.

Un recuerdo me golpeó.

Oliver dejándome fuera de las rejas de esta misma casa, mirándome bajo la lluvia mientras yo le suplicaba que me dejara entrar.

No pude evitarlo.

Retrocedí tambaleándome, alterada y temblando.

Incapaz de escapar de nuestro feo pasado, que me mantenía prisionera.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHENTA Y CINCO

Briar

Diecinueve años de edad.

Cometí el error fatal de revisar la página de Instagram de Oliver. En un banco, entre clases, bajo el abrasador calor de Texas, con un sándwich a medio comer entre los dientes.

Por fin había actualizado su Instagram otra vez, después de una pausa de veinte meses, desde aquella foto en el aeropuerto.

Ignoré la notificación durante un segundo de dicha, acepté las ofertas de becas y apoyos para el siguiente año escolar, y volví a Instagram como si algo me arrastrara hacia allí.

—Oh, a la mierda.

Abrí la aplicación, entré a su perfil y toqué la foto.

Una enorme mansión con rejas de hierro negro forjado.

El pie de foto decía: *Olvídaos de los impostores. Hay un nuevo (oscuro) príncipe en la ciudad. Este sí es de la realeza de verdad. Es hora de pasar las vacaciones de primavera organizando fiestas increíbles en DPR. Se vienen grandes cosas.*

¿Buscar la mansión en Google con búsqueda inversa de imágenes era de acosadora? Claro.

¿Me importaba? Para nada.

Escuchadme: tal vez Oliver se merecía una acosadora después de todo lo que me había hecho.

El resultado apareció vergonzosamente rápido. Tuve la dirección en menos de diez segundos.

Potomac, Maryland.

88 Dark Prince Road.

¿Qué había pasado con el sentido común de Oliver? ¿Lo había dejado en esa casa del lago con Lindsey?

El Oliver que yo conocía jamás habría hecho algo tan estúpido.

Podía llegar ahí por bastante poco dinero con un vuelo económico.

Podía.

Tenía el dinero de la beca y un poco de ahorros.

Había pasado un año desde nuestra ruptura y, aun así, me parecía que hubiera sido ayer cuando me cargó sobre su hombro al sacarme de un bar en París, destrozada y llorando, y se quedó mirándome dormir en una habitación de hotel mientras toda su familia lo presionaba para que regresara a casa.

Una oleada de emociones me golpeó y ahogó toda lógica en mi cabeza. Estaba triste, eufórica, enfadada, asustada, desesperada y ansiosa al mismo tiempo.

Más que nada, sabía que no podía dejar nuestra historia así.

Era hora de obtener respuestas.

***

Exactamente una semana después, estaba frente a la reja de Oliver.

La lluvia no daba tregua, como si en Potomac no se hubieran enterado de que estábamos en plena primavera.

—Estás haciendo lo correcto, Briar. Esos cien dólares del vuelo son un gasto necesario. Es necesario que averigües qué pasó entre tú y Ollie.

Hechos.

Durante un año me repetí que el dolor ardiente y abrumador que había dejado a su paso se iría apagando con el tiempo. No fue así en absoluto. Solo me volví mejor gestionando el dolor.

Seguía viviendo, funcionando, existiendo con el único propósito de volver a encontrarlo algún día.

Mi discurso motivacional funcionó. Más o menos.

Mi mano temblaba solo un poco cuando presioné el intercomunicador.

Sin respuesta.

Esperé unos minutos antes de presionarlo otra vez, con los dientes castañeteando bajo la lluvia.

Esto no pasaría a la historia como una de mis mejores ideas.

Ni siquiera había pensado en un plan. En la mochila llevaba solo unas cuantas barritas de cereales y ropa de recambio, y no sabía dónde pasaría la noche.

No era como si él fuera a abrir la puerta, de repente darme atención después de un año y medio sin contacto y suplicarme que lo perdonara.

Yo solo… necesitaba estar allí.

Sin importar cómo terminara.

El intercomunicador silencioso me dio todas las respuestas que iba a obtener. Sabía que funcionaba, porque la pantalla táctil se encendía cada vez que lo presionaba.

Intenté llamar a su número, aunque sospechaba que me había bloqueado a principios del año pasado. Había pasado muchas noches en vela dejándole mensajes en los que le decía cuánto lo odiaba por arruinar mi vida.

La llamada fue directa al buzón, como sabía que pasaría. Escribí rápidamente un mensaje.

Briar Auer: Soy Briar. Estoy detrás de tu reja. Está lloviendo. Abre.

Ahora era solo Briar. Eliminé el Rose de mi nombre el verano pasado, cuando Oliver no apareció con una rosa azul. Había pensado que si quitaba esa parte de mi nombre, dejaría de pensar en él.

Estúpida, estúpida, estúpida.

La lluvia, que había empezado como una llovizna cuando alquilé esa pedazo de chatarra que llamaban coche en el aeropuerto, se intensificó en cuestión de cinco segundos. Golpeaba mi cara, mi cuerpo y mi mochila.

Gruñí, echando la cabeza hacia atrás. Dulces gotas de lluvia se deslizaron dentro de mi boca. Un grito se escapó de mis labios.

Cuando bajé la cabeza, capté un destello de movimiento detrás de una ventana de cristal en la segunda planta. Alguien me estaba mirando desde las sombras.

Contuve la respiración y esperé, pero la cortina no volvió a moverse.

Qué cobarde. Qué maldito cobarde.

Toda la ira que había embotellado durante los últimos dieciocho meses explotó y salió de mí en la forma de un grito ensordecedor que incluso ahogó el golpeteo de la lluvia.

—¡Oliver! —Apreté los barrotes de hierro con los puños y los sacudí—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué desapareciste de mi vida?

Se me pegaba la ropa al cuerpo. Tenía frío, estaba empapada y me sentía miserable. Seguí sacudiendo la reja entre gritos, sabiendo que parecía estar fuera de mí, sabiendo que estaba fuera de mí. No merecía esto.

En especial de parte de él.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, sacudiendo la verja, exigiendo que me viera, pillando una neumonía, probablemente. Pero en algún momento, quizá una hora después de haber llegado, dos hombres fornidos vestidos de pies a cabeza con trajes negros y camisas de vestir a juego salieron por la puerta principal.

Una risa amarga me recorrió la espalda mientras se acercaban a mí.

—Ah, fantástico. —Mantuve los puños apretados alrededor de los barrotes—. Ha llamado a seguridad para escoltarme fuera.

Uno de ellos se ajustó el auricular.

—Está invadiendo propiedad privada.

—No, no lo estoy. Estoy al otro lado de la verja.

—Está tocando una verja que pertenece al señor von Bismarck. —Desbloqueó el portón y dio un paso al frente, como si fuera un escudo humano contra mí.

Retrocedí por instinto. Ambos hombres cruzaron los brazos sobre el pecho y me fulminaron con la mirada con expresiones que

gritaban: «o te vas, o…».

—¿Ahora mandas matones para intimidarme? —grité por encima de sus hombros, hacia esa ventana, sabiendo que tenía público. Que él estaba escuchando—. Cómo han caído los poderosos. No sé qué te hizo pasar de ser la mejor persona que conocía a un maldito cobarde, pero basta decir que la transformación está completa.

Me imaginé a Oliver estremeciéndose, aunque era absurdo pensar que todavía le importara después del último año y medio.

Pero de algún modo sabía que sí.

—Arruinaste mi vida, ¿sabes? —Ignoré a los hombres fornidos y enderecé la espalda, irguiéndome mientras miraba fijamente a esa ventana vacía. Una risa venenosa se me escapó de la garganta—. Es increíble cómo crecí pensando que estarías en mi epílogo y resulta que no eres más que un prólogo mal escrito.

—Señorita. —El otro guardia de seguridad se acercó un poco más; estaba a menos de dos centímetros de mí—. Es hora de irse a casa.

Al menos lo dijo con suavidad. Incluso él, sospechaba yo, sabía que su jefe era un imbécil.

—Ya me voy, ya me voy. —Hice un gesto despectivo con la mano frente a su cara, todavía concentrada en la ventana—. Solo quiero decir una última cosa, porque sé que está escuchando. Conseguiste lo que querías, Oliver. Oficialmente estás muerto para mí. Nunca voy a perdonarte. Nunca voy a aceptar tu disculpa, si es que algún día decides darla. Lo arruinaste todo. Felicidades. Te volviste tan malo como Seb.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHENTA Y SEIS

Briar

Eso no volverá a pasar. Y aunque pasara, tu lugar está al otro lado del país, idiota. Eché los hombros hacia atrás y me clavé las uñas en los vaqueros hasta que mis manos dejaron de temblar. Había crecido en los últimos quince años. Podía gestionar cualquier cosa que la vida me lanzara. La vida debería temerme a mí, no al revés. Con eso, abrí la puerta de golpe y encontré a Oliver tumbado sobre su cama todavía hecha.

La luz de la luna se colaba por la puerta del balcón y proyectaba una delgada cinta de luz sobre mi prometido. Parecía salido de una pintura de Courbet: los ojos enrojecidos clavados en el techo, la camisa medio desabotonada y el inconfundible hedor a alcohol flotando hacia mí.

Mi dulce chico atormentado.

Me sentí como una intrusa, como si hubiera interrumpido un evento al que no me habían invitado: un duelo entre Oliver von Bismarck y sus demonios.

—¿Ollie?

El silencio nos envolvió durante unos momentos.

No creí que siquiera me hubiera oído hasta que su respuesta me sacudió los huesos.

—Creo que lo he destrozado para siempre.

Ambos sabíamos de quién hablaba.

Con una confianza fingida, caminé hasta la cama y me senté en el borde para acariciar su mejilla. Su temperatura me sorprendió. Fría, helada y húmeda por las lágrimas. Oliver von Bismarck no era de llorar. Tampoco bebía así. Ni siquiera de niños, cuando robábamos sorbos de vino. Siempre se aseguraba de controlar su consumo, siendo a la vez el instigador y el responsable en todas nuestras aventuras.

Le limpié una lágrima con el pulgar.

—¿Quién te ha hecho esto?

Quienquiera que fuera, lo mataría. Incluso si esa persona era Sebastian.

—Lo llevé a un médico. Bueno, lo soborné con falsos pretextos, si nos ponemos técnicos… —Intentó reclinarse contra el cabecero, pero se tambaleó por el alcohol. En vez de eso, se asomó por el borde de la cama y vomitó hasta el alma. Toda su comida y un mar de vodka se mezclaron en un lago espeso—. Ah, mierda —murmuró.

—Oye, no te preocupes. —Le apreté el hombro, lo ayudé a incorporarse contra el cabecero y le pasé dos Advil de la mesita de noche—. Yo lo limpio.

Corrí al armario de productos de limpieza y regresé con rollos de papel de cocina, una bolsa de basura y toallitas desinfectantes. Ollie dejó caer la cabeza contra el respaldo de cuero, murmurando

disculpas mientras hacía una pausa para pedir *cháo* de pollo a domicilio.

Cuando terminé, me lavé las manos, me senté a su lado en el borde de la cama y le aparté el cabello de la frente pegajosa.

—Intentemos otra vez. Segunda ronda. Cuéntame qué pasó, cariño.

—No habíamos ido al médico en años, cinco, por lo menos, y nunca habíamos visitado a un cirujano plástico. Odia cualquier cosa médica. Pero últimamente parecía mucho más feliz. Pensé…, pensé que las cosas serían diferentes.

Así que Oliver también había notado el cambio.

Los engranajes en mi cabeza empezaron a girar, las piezas encajaban. Suspiré, frotándole el hombro.

—Lo llevaste a un cirujano plástico.

—Quería ver si podíamos reconstruirle la cara. Devolverle algo de su confianza.

No señalé lo que ambos sabíamos: que Seb nunca volvería a ser el mismo. Su rostro nunca volvería a ser la escultura perfecta que una vez había sido. El doctor podía injertar piel, implantar cartílago o silicona o lo que fuera, reconstruirle los labios, pero la evidencia de su horrible accidente seguiría ahí. No podían borrar por completo las cicatrices que cruzaban su cara. Habría señales, y la gente que lo conocía de antes notaría la diferencia entre el Seb de antes y el Seb de ahora. Viviría con el estigma de su pasado para siempre.

—Perdió el control ahí, Mimitos. —Ollie negó con la cabeza mientras miraba un punto imaginario detrás de mi hombro—. Simplemente perdió el control. Le gritó al doctor, intimidó a una enfermera, lanzó una silla contra la pared. Fue horrible.

Ahogué un grito y apreté los labios con fuerza.

—Ya no sé qué hacer. —Oliver metió los dedos en su cabello y tiró con fuerza—. No puedo con esto. Él no quiere mejorar.

—No puedes obligarlo. No funciona así.

El camino de Sebastian era suyo. Apresurarlo solo tendría el efecto contrario. La recuperación no grita, susurra… y necesita tiempo para que la escuchen.

—Lo sé. —Oliver se pasó los nudillos por la barba incipiente—. Pero pensé que quizá…, como parecía que os llevabais bien…

Se quedó helado al darse cuenta de su error. Mi espalda se tensó. ¿Sabía que yo visitaba a Seb?

Subí las piernas al pecho y las rodeé con los brazos.

—¿Ollie?

—Una vez os sorprendí y me quedé escuchando a escondidas. Lograste que comiera pizza. Que viera *Family Guy*. Que hiciera bromas. —Hizo una pausa, con una dolorosa sonrisa dibujada en sus labios—. Lo escuché reír por primera vez en quince putos años.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Pensé que Seb te había dicho que no me lo contaras. Cree que si lo veo hacer cosas normales lo tomaré como una invitación para empujarlo a salir de su cueva.

Le lancé una mirada que decía: «y mira».

Oliver se dio una palmada en la frente.

—Tenía razón, ¿verdad?

—No está listo. Apresurarlo solo hará que se cierre más.

—No creo que alguna vez me perdone. —Oliver dejó caer la cabeza entre las manos—. A veces me pregunto por qué siquiera lo intento.

—Porque lo quieres. —Le dibujé círculos en la espalda, en un intento de consolarlo—. Eres más feliz cuando la gente que amas es feliz. Así eres. No vas a parar hasta ver a Sebastian sonreír otra vez. Todos los días, no solo por un momento porque logré distraerlo con mi incomparable encanto.

Oliver soltó una risa nasal.

—Tu eres encantadoramente incomparable.

—¿Verdad que sí?

Nos sonreímos, pero fue una sonrisa triste y sobria, porque me di cuenta, en ese momento, de que Oliver von Bismarck y yo no teníamos ninguna oportunidad. Lo que más amaba de Oliver —lo que siempre había amado más— era su disposición a sacrificar su propia felicidad por la gente que quería. Si le pedía que me eligiera a mí, le estaría pidiendo que se convirtiera en otra persona.

Él necesitaba quedarse aquí por Sebastian.

Yo necesitaba elegirme a mí misma por una vez.

Eran las decisiones correctas, así que ¿por qué se sentían tan mal?

Oliver me sostuvo el rostro entre las manos y apoyó su frente contra la mía.

—Sé que todavía estoy muy borracho y que eso probablemente le quita fuerza a esta inminente declaración de amor, pero, joder, te quiero. —Cerró los ojos; respiraba con dificultad—. Te quiero muchísimo, Briar. A veces es difícil respirar cuando no estás.

Un ancla se hundió en mi corazón. Absorbí sus palabras —su amor— sabiendo que no cambiaban nuestra situación. Tendríamos que separarnos. La recaída de Sebastian requería el cuidado de Oliver, y mi película empezaba a filmarse en dos semanas y media.

Las manos de Oliver enmarcaron mi cara. Me aspiró como si quisiera guardarme en sus pulmones.

—Lo único que me ha mantenido a flote hoy, cuando metí a Seb a la fuerza en el ascensor, era saber que al final del día te vería. Haces que existir bajo la sombra de su tragedia sea soportable. Contigo, creo que puedo sobrevivir a esto.

Pero yo no quería que Oliver sobreviviera. Quería que viviera.

Froté mi nariz contra la suya.

—Yo también te quiero —susurré, y mi corazón se rompió porque lo decía en serio, y él era perfecto, y nunca tendría suficiente del chico que me apoyó cuando nadie más lo hizo, y aun así no cambiaba nada—. Nunca dejé de hacerlo. Por más que lo intenté. Por más que me convencí de que te despreciaba. Nunca fue así.

Hay dos tipos de amor: uno se desvanece, el otro consume. El fuego interminable es el que arde, y pocos sobreviven a las llamas.

Oliver se bajó de la cama y se cayó de culo antes de levantarse tambaleante y entrar al vestidor. Regresó con una caja para anillos de terciopelo del color del lago Lemán. Se me atascó el aire en la garganta.

No, no, no. Ahora no.

Necesitaba detener esto antes de que se saliera de control. Recordarle mi calendario de trabajo y sus responsabilidades con su hermano. Pero se veía tan destrozado que no fui capaz de añadir más dolor.

—Quería comprarte el anillo de diamantes más grande, más extravagante y más ridículamente ostentoso en la historia de los anillos. Y podía hacerlo. —Se arrodilló frente al borde de la cama y

abrió la caja—. Pero sé que eso no es lo que quieres. Que odiarías andar por ahí con un diamante, incluso si fuera de origen ético.

Me mordí la lengua para no decirle que los diamantes de origen ético no existen.

—Así que, en cambio, busqué en cada maldito laboratorio del mundo el anillo de diamante creado en laboratorio más grande, más extravagante y más ridículamente ostentoso de la historia de los anillos.

Una mueca le torció los labios como si contuviera una arcada.

—Todavía me da un poco de náuseas pensar que te estoy dando un diamante falso. Es como andar por ahí con unas Jordans falsas. Pero lo que sea por ti, cariño.

Me tragué el pánico y lo enterré junto con esa mezcla tóxica de diversión, tristeza y felicidad.

—No es el diamante sostenible lo que te está haciendo sentir mal. Es el alcohol.

Detén esta locura, Briar. Hazlo ahora mismo.

Pero ¿cómo podía hacerlo? Yo quería la propuesta, y a Oliver, y mi carrera, y el futuro de Sebastian. Resulta que la ambición es letal. Matará tu corazón antes de avanzar hacia nuevas víctimas.

—Estoy arruinando por completo esta propuesta real de matrimonio, ¿no? —Oliver se dio un golpe en la cabeza, ajeno a mi tormento interior—. Espera aquí.

Se levantó, se tambaleó y me agarró de los hombros para mantener el equilibrio.

—Solo… espera.

Medio corrió, medio se tambaleó hacia el baño, abrió la ducha y se cepilló los dientes durante diez minutos completos. Luego volvió

caminando pesadamente hacia la cama, donde me había dejado, vestido con un traje completo de tres piezas. Para cuando regresó, yo había abollado la caja del anillo de lo fuerte que la había apretado. Ollie no lo notó, con lo ansioso que estaba por terminar su propuesta.

Tomó la caja de mis dedos, se arrodilló frente a mí otra vez y sonrió de oreja a oreja con una alegría infantil. Estaba orgulloso, radiante, y quizá un poco borracho.

—Mimitos —dijo con la seriedad de una amenaza nuclear.

—Desastre sexi —respondí.

Su risa sana y luminosa se me asentó en el pecho.

—Te quiero. Estoy loco por ti. Nunca voy a dejarte ir otra vez. Cásate conmigo. De verdad. Puedo hacerte feliz. Sé que puedo, porque estoy dispuesto a dedicar toda mi vida a lograrlo. —Sujetó mi barbilla con sus dedos temblorosos y la elevó—. Dame otra oportunidad. No la voy a echar a perder.

Dile que no va a funcionar. Dile que necesitas irte. Dile que tenemos que terminar esto antes de que la boda falsa se salga de control y nos explote en la cara.

Pero no podía romperle el corazón. No el mismo día en que Sebastian se lo había roto. Por el amor de Dios, se había emborrachado hasta perderse.

Tomé su rostro entre mis manos y forcé una sonrisa en mis labios, esperando que este chico hermoso, perfecto y borracho olvidara todo esto por la mañana.

—Vuelve a preguntármelo cuando estés sobrio.

—Estoy sob…

—Por favor —logré decir con la voz quebrada.

Antes de que pudiera protestar, estampé mis labios contra los suyos. Un gemido ahogado se escapó del fondo de mi garganta. Me deslicé por el colchón hasta el suelo de madera, montando su rodilla entre mis muslos. Él siseó y dejó caer la caja del anillo con un golpe suave, mientras me agarraba el trasero con una mano.

Con la otra mano me sujetó la nuca y me guio hacia el suelo. Frotó su enorme erección entre mis muslos sin romper nuestro beso sucio, ni siquiera cuando murmuró:

—¿Cómo te ha ido hoy buscando vestido de novia?

Apenas podía formar una frase coherente mientras mis manos recorrían su cuerpo, apresuradas por quitarle toda la ropa que acababa de ponerse.

—Nada productivo —logré decir al final, con mi lengua bajando por su mandíbula y trazando una línea recta hasta su cuello. Necesitaba que dejáramos de hablar de una boda que no iba a ocurrir.

Me agarró el culo, me arqueó sobre el suelo y me restregó contra su erección.

—¿No?

—No. —Mis pechos se aplastaron contra su pecho desnudo. La piel se me erizó por completo—. Voy a ir sin nada.

Nuestras manos volaban por todas partes, nuestras piernas se enredaban mientras jadeábamos al mismo ritmo. El mismo pulso. Mis caderas se encontraban con las suyas una y otra vez, chocando contra su pene duro a través de sus pantalones. Luché por desabrocharle el cinturón.

Él se bajó los pantalones de una patada, intentando —y fallando— quitarme mi vestido cruzado.

Con un suspiro, despegó sus labios de los míos.

—¿Cuánto te gusta este vestido?

—Bueno, es lo mejor de Target… —me froté contra su pierna, desesperada por contacto—. De hace como siete temporadas.

—¿Te enfadarías mucho si lo hago pedazos?

—Me enfadaría mucho si no lo hicieras.

Sus dientes atraparon la tira que mantenía el vestido cerrado y la partió de un tirón. Jadeé. Una ráfaga de aire frío me acarició la piel desnuda mientras la tela se deslizaba por mi cuerpo. Oliver agarró mis bragas y las bajó mientras su boca se cerraba sobre mi pezón, succionándolo con fuerza.

—Estoy obsesionado con cada fibra de tu cuerpo, Briar.

—Qué coincidencia. —Mis dientes rozaron su hombro—. Cada fibra de mi cuerpo está obsesionada contigo.

Y entonces estaba dentro de mí, sin protección y completamente hasta el fondo. Por un momento, los dos nos quedamos quietos, saboreando la sensación de nuestros cuerpos conectados.

Mis ojos se cerraron.

No llores, no llores, no llores.

Pero quería hacerlo, sabiendo que esta sería la última vez que sentiría esto. Clavé las uñas en su espalda. Dejar ir a este hombre sería mi muerte.

Empezó a moverse dentro de mí y, entre la neblina del placer, la bruma de la dicha y el dolor, todavía logré decir entre dientes:

—Condón.

Había dejado de tomar la pastilla en el hospital y nunca conseguí otra receta.

—Ah, mierda —gruñó, pero no dejó de moverse dentro de mí, y yo tampoco dejé de atraerlo, morderlo y rozarlo con los labios—. ¿Debería parar?

—O sea…, supongo que puedes acabar fuera —me oí decir mientras él aceleraba, y fue entonces cuando supe que no había perdido la cabeza: nunca la había tenido para empezar.

En cuanto a Oliver…, él quería casarse conmigo. Embarazarme probablemente no le daba miedo.

—Voy a acabar fuera —prometió, empujándose más profundo dentro de mí.

Agarró mi tobillo izquierdo y lo colocó sobre su hombro. El ángulo más profundo aumentó la fricción y me arrancó un gemido gutural. Sus caderas se movían en círculos cada vez que se frotaba contra mí, rozando mi clítoris, siempre asegurándose de priorizar mi placer.

Y ahí, en medio del infierno personal de Oliver, encontré mi cielo entre sus brazos.

Me aferré más fuerte a él, al borde de algo grande, algo muy superior a otro orgasmo más.

Se detuvo para trazar círculos con su polla dentro de mí.

—No me rompas el corazón, Briar —me suplicó, saliendo un poco.

—¿Qué pasa si lo hago?

Sin advertencia, volvió a entrar en mí, más profundo que antes. Me contraje alrededor de su polla y hundí los dientes en su hombro. Ahora me embestía más rápido. El sudor corría de su cara hacia la mía. Mis ojos ardieron por el contacto y quedé casi al borde de las lágrimas.

Claro. Por eso. Vamos a decir que es por eso. No porque estés a punto de romperles el corazón a ambos.

—¿A ti? —Echó la cabeza hacia atrás, dejándome ver la línea perfecta de su garganta—. Nada. Tú vivirás tu final feliz con otra persona. Nunca te haría daño. Pero a mí… —Ollie se movió dentro de mí, más rápido, más errático, perdiendo el ritmo junto con el control—. Yo estaría acabado. Tienes ese poder sobre mí. De terminar con mi vida tal como la conozco.

Me corrí entre sus brazos, aferrándome a él con todas mis fuerzas mientras mi cuerpo se convertía en un huracán de delirante deseo y felicidad. Cada una de mis células vibraba y temblaba.

Oliver salió de mí y fue subiendo por mi cuerpo.

—Voy a acabar ahora.

Colocó su polla brillante frente a mi cara. Se veía dolorosamente hinchada y llena, con la punta púrpura y resbalosa de mi humedad, y una gota de líquido preseminal brillando en la abertura.

La agarró con la mano y la apuntó hacia mis labios.

—¿Puedo?

Asentí con entusiasmo y abrí la boca. Deslizó su pene dentro y se hundió profundo en mi garganta.

—Tan bonita.

Se sujetó del borde del colchón para mantener el equilibrio mientras se movía dentro de mi boca, observando cómo las lágrimas aparecían en las comisuras de mis ojos.

—Tan jodidamente perfecta. Te ves tan preciosa con los labios alrededor de mi polla, cariño.

Gorgoteé sonidos de alegría mientras me usaba la boca. Una de sus manos subía por mi mejilla y me acariciaba el cabello mientras me llenaba de elogios y órdenes.

Podría vivir dentro de ti.

Grita mi nombre alrededor de mi polla.

Tan apretada, tan perfecta, y mía.

Sé una buena chica y haz que acabe.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Esto sabía a despedida.

Me limpió el agua de la cara, probablemente pensando que era por el reflejo de arcada.

—Voy a acabar.

Se movió para retirarse, pero le agarré el trasero y lo mantuve dentro de mi boca. Mis dientes rasparon accidentalmente la piel de su pene. Eso fue todo lo que necesitó para explotar allí. Su semen corrió por mi garganta, caliente y espeso.

Lo tragué todo, succionando cada gota que pude.

Su pulgar recorrió la base de mi garganta.

—Tan insaciable.

No tienes ni idea.

Después de que terminé de ordeñarlo, se dejó caer sobre mí, gimiendo contra mi cuello. Era pesado, pero de una forma deliciosa, envolvente, que me hacía sentir segura. Y sí me sentía segura, mientras siguiéramos juntos.

—Eres mi lugar seguro —susurré en su cuello.

Él respondió con un ronquido fuerte.

Santo cielo. Se había quedado dormido justo encima de mí. Así de destrozado lo había dejado este día.

Justo antes de escabullirme de debajo de él, escuché su murmullo somnoliento.

—Tú también eres mi lugar seguro.

CAPÍTULO OCHENTA Y SIETE

Oliver

—Tenemos que hablar.

Ante las palabras de Briar, gemí y me aplasté una almohada contra la cara, deseando que la luz del sol regresara de donde había venido.

—¿Puede esperar hasta que el cuarto deje de dar vueltas? No me gusta este juego. Quiero un reembolso.

—Hablando de reembolsos…

Asomé un ojo por debajo de la almohada y le eché un vistazo a Briar, que apretaba la caja del anillo con los nudillos blancos. La mitad estaba hundida por un golpe. Me pregunté cuándo había pasado eso.

Ahora que lo pienso… ¿cómo encontró eso?

Bueno, mierda.

La habitación se balanceó mientras me obligaba a sentarme, tratando de recordar qué había pasado después de que Romeo y Zach me cargaran de regreso a casa como si fuera una hamaca

humana. Los cabrones habían golpeado mi cráneo contra todas las paredes al subir las escaleras.

Lo único que recuerdo después de desmayarme es despertarme con las tibias yemas de Briar en la mejilla, vomitar por todo el suelo de madera… y luego su deliciosa boca alrededor de mi polla.

Y justo al mencionarla, cobró vida y me saludó desde debajo de las sábanas.

Briar miró la tienda que se formaba sobre mis caderas y entreabrió la boca, con suerte para envolverla alrededor de mí y no para «hablar», porque eso sonaba serio, y yo no podía con algo serio en ese estado.

Su teléfono vibró sobre la mesita de noche, interrumpiendo lo que pudo haber sido la mañana más espléndida después de un día infernal. Me di cuenta de que ni siquiera me había molestado en revisar cómo estaba Sebastian después de dejarlo en su ala de la casa como a un niño castigado.

El tono de llamada de Briar era el tema de *Succession*. Iba a casarme con esta mujer aunque fuera la última maldita cosa que hiciera.

—Déjame contestar. —Dejó la caja del anillo y tomó el teléfono—. Mmm. Número desconocido.

—No contestes —advertí—. No necesitas que te bajen la deuda de tu tarjeta de crédito. Estás a punto de casarte con un billonario demasiado loco por ti como para pedirte un acuerdo prenupcial.

Convertiría ese compromiso falso en uno real en cuanto tuviera bien planeada la propuesta.

La sonrisa de Briar titubeó antes de que una expresión incrédula la reemplazara.

—Podría ser Dallas. Su número sale privado cuando llama.

Ah, claro.

El año anterior, a Dallas la habían vetado de varios restaurantes por reservar doble y hasta triple por accidente.

Briar deslizó la pantalla y puso la llamada en altavoz.

—¿Hola?

—¿Briar?

La temperatura del dormitorio bajó diez grados. Al escuchar la inconfundible voz de Philomena Auer, la sonrisa esperanzada de Briar se derritió en una mueca.

No era un hombre violento, pero en ese momento no descarté hacerles cosas a sus padres tan atroces que la ley todavía no les hubiera inventado un castigo adecuado.

—¿Sí, Philomena? —La voz de Briar salió tan gélida como su expresión.

—Ojalá me llamaras mamá.

—Ojalá tuviera alas y una colita esponjosa. Todos deseamos cosas imposibles a veces. ¿A qué viene la llamada?

Te verías adorable con una colita esponjosa, le dije en silencio a Briar, con lo que logré arrancarle una risa.

—Bien. —Philomena se aclaró la garganta—. Que conste que intenté arreglar las cosas entre nosotras.

—¿Te refieres a cuando intentaste subirte al tren del dinero? Anotado. Ahora, ¿en qué puedo ayudarte?

—Tengo entendido que no vas a invitarnos a tu padre y a mí a tu boda.

—¿Te refieres a ti y a Jason, que no es mi verdadero padre? Correcto.

Briar pegó las rodillas al pecho y las metió bajo su camiseta enorme —mi camiseta, noté—. Hice lo posible por no inflar el pecho, que era la única reacción apropiada cuando la chica más sexi del mundo llevaba puesta tu camisa.

—Como ya te dije, solo lo consideraré si me das información sobre mi padre biológico.

—¿Para qué quieres conocerlo? Obviamente te abandonó.

—Quería ser parte de mi vida. Tú lo alejaste.

Una oleada de orgullo me llenó el pecho. Debía de ser difícil enfrentarse a alguien a quien alguna vez le suplicaste amor. Briar sería una gran madre algún día.

—Te daré información sobre tu donante de esperma —dijo Philomena, como si tuviera que arrancarse las palabras de la boca—. Si…

—¿Si? —Los ojos de Briar se clavaron en los míos, brillando de esperanza.

Le mostré dos pulgares arriba.

—… si nos das dinero para cubrir nuestros gastos legales —terminó Philomena.

Hija de puta. Hacía que cualquier madre negligente pareciera ejemplar.

—Pagarle a esa gente horrible nos dejó en la ruina. Tu padre…

—No es mi padre.

Bien dicho.

—Jason —se corrigió Philomena— ha estado trabajando en un club de golf vendiendo café para pagar las cuentas.

—Ah, trabajo. Te sorprendería cuánta gente vive de eso —dijo Briar—. ¿Cuánto necesitas?

—Quinientos mil dólares sería un buen comienzo.

No puedo creer que Philomena haya dicho eso sin dudar ni un segundo.

Bueno, sí puedo. Esa mujer no reconocería la vergüenza ni aunque la golpeara en la cara.

—Jesús —soltó Briar—. No tengo ese tipo de dinero.

—Yo sí —le recordé.

Briar me lanzó una mirada alarmada de *¿qué demonios estás haciendo?*, claramente molesta por mi intervención. Pero no me importaba que Philomena y Jason recibieran una suma grande de dinero.

Primero, seguramente se lo gastarían todo en seis meses como los irresponsables que eran.

Y segundo, yo compraría el maldito sol si con eso podía darle a Briar el cierre que necesitaba.

Me incliné hacia el teléfono, aunque los ojos de Briar ardían en advertencia.

—Pago eso en un segundo si le das a tu hija, que, por cierto, siempre ha sido demasiado buena para vosotros, la información que merece. Deberías habérsela dado gratis. Pero ya he dejado de esperar el mínimo de decencia de vuestra parte.

—¿Cuánto tardarías en transferirlo? —preguntó Philomena sin dudar—. Solo estoy tratando de salir adelante.

—Sí, bueno, siempre fuiste buena en ponerte a ti primero —murmuró Briar, todavía fulminándome con la mirada—. ¿Dónde nos vemos?

—Puedo ir a casa de Oliver.

—No, gracias. No confiamos en ti cerca de la decoración ni de los utensilios de oro. Hay una cafetería cerca que admite perros. Mándame tu número por mensaje y te envío la dirección. Seguro que te sentirás como en casa.

Fruncí el ceño mirando hacia Briar y me rasqué la sien.

—Eso ha sido cruel. ¿Qué te han hecho los animales?

—Está bien. —Philomena ignoró nuestras insinuaciones—. ¿Cómo vas a pagarme?

—Te lo daremos en efectivo —intervine otra vez—. Después de que nos des la información, desapareces para siempre.

—¿Ni siquiera una invitación a la boda?

—Dios. —Briar se masajeó la frente—. De verdad no tienes remedio. Solo mándame tu número.

—Pero yo…

—Adiós. —Briar colgó y se volvió hacia mí—. ¿Estoy haciendo lo correcto?

Asentí.

—Necesitas saber quién es Cooper. Aunque nunca lo contactes. Aunque descubras que es un estafador, como Jason. Necesitas saberlo.

Briar saltó de la cama, fue al armario y regresó con ropa limpia.

—Me parece mal darle dinero por información que debería darme gratis.

—Ese dinero no le va a traer nada bueno —dije—. El dinero conseguido de forma sucia siempre termina financiando miseria. Te lo prometo.

—Podría contratar a un investigador privado —dijo Briar, mordiendo su labio inferior—. Sería más barato y no sentiría que

estoy premiando su comportamiento asqueroso.

—Ya lo hice. —Me rasqué la nuca—. Pero no tenemos mucho con qué trabajar. En ese entonces revisé toda la lista del catering y no encontré a ningún Cooper. Contraté a dos docenas de investigadores para rastrear a todos los que trabajaron en la fiesta y ninguno encontró nada. Todos llegaron a la misma conclusión: que se unió al equipo de catering con un alias, por si tus padres tenían acceso a la lista.

—¿Hiciste todo eso por mí? —Sus ojos grandes encontraron los míos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Tenías tanta esperanza que no quise quitártela. —Fui al armario y regresé con un jersey de cuello con cremallera—. Además, nos ha traído a esta hermosa escena. Tu madre recibiendo nuestro dinero como si fuera una campesina. Siempre te trató como si fueras la última en discordia. Ya era hora de mostrarle que las cosas han cambiado.

Briar apoyó la cabeza contra la pared y la golpeó suavemente varias veces, con los ojos cerrados mientras pensaba.

—¿Y si es un estafador? ¿Un delincuente sexual? ¿Una persona terrible?

—Entonces habrás logrado lo imposible: convertirte en la persona más perfecta del planeta, aunque tu ADN estuviera en contra.

Abrió los ojos.

—Hablo en serio, Ollie.

—Yo también.

El reloj hizo *tic, tac, tic, tac* de fondo, el único sonido entre nosotros.

Sabía de dónde venía su miedo. Odiaba a sus padres. Lo que representaban. El tipo de personas que eran. Descubrir que su padre biológico era igual de terrible sería un golpe durísimo.

Pero yo estaría ahí para ayudarla a levantarse otra vez. Ahora me tenía a mí. Podía superar cualquier cosa.

Solo necesitaba encontrar el momento para proponerle matrimonio y convertir este compromiso falso en uno real.

—Bueno, gracias por los quinientos mil dólares. Es… generoso, por decir lo menos.

—Mi dinero es tu dinero. —Me encogí de hombros—. Siempre lo ha sido.

Su teléfono vibró en su mano. Philomena, probablemente.

Guardé mi cartera en el bolsillo.

—Tenemos que hacer una parada en el banco.

Hora del espectáculo, cariño.

CAPÍTULO OCHENTA Y OCHO

Briar

La mujer no tenía ni idea de lo poco que me importaba.

No odiaba a Philomena Auer. No, eso requeriría sentir algo por ella aparte de incredulidad. Alguien capaz de abandonar a su propia carne y sangre no merecía ocupar espacio en mi mente.

A nuestro alrededor, la gente vibraba con la energía del fin de semana. Los perros bebían agua de cuencos de cerámica, sus dueños tomaban café en tazas con forma de patita de animal y los camareros zigzagueaban de mesa en mesa. El tintinear de las tazas y el murmullo de las conversaciones se desvanecían en el fondo mientras yo estudiaba a la mujer que una vez me llevó en su vientre.

Se colocó una sonrisa encantadora, con un Birkin falso apoyado en el regazo. Las perlas que le apretaban el cuello carecían del brillo de las auténticas, y había cosido el agujero de su vieja americana Chanel con hilos de otro color.

La ironía de haberme criado en un ambiente donde las apariencias importaban era que yo podía ver a través de la suya.

Philomena me lanzó una mirada desagradable. Todavía no lo entendía.

—Sabes que estuvimos sobreviviendo en un Motel 6 para quedarnos en la zona.

Esbocé una sonrisa tensa.

—Obtienes lo que puedes pagar.

—Tengo una hija que vive en una mansión.

—No. Tuviste una hija a la que le diste la espalda. Esa hija «sobrevivió» en pequeños trasteros en edificios de apartamentos horribles que tenía que limpiar cada semana para poder pagar el alquiler. Ahora lo único que tienes es un marido que te odia porque lo engañaste y me odia a mí porque soy la prueba viviente de eso. —Me recosté en la silla, observándola con curiosidad moderada—. Lo que me lleva al tema en cuestión…

La camarera dejó nuestras bebidas: un *latte* para mí y un americano con hielo sin leche ni azúcar para Philomena. Otro recordatorio de que era una psicópata.

Miré por encima de su hombro hacia la ventana del local. Oliver estaba en el coche esperándome, con un iPad apoyado entre las manos. Esta mañana había dejado claro que no recordaba mucho de la noche anterior.

Tendría que cortar con él lo antes posible. Seguía hablando de nuestro futuro como si realmente pudiera existir, y había ofrecido una suma ridícula de dinero que yo aún no tenía ninguna intención de darle a mi madre. Ninguno de los dos lo sabía, pero lo sabrían. Pronto.

La mandíbula de Philomena se movió hacia delante, señalando la bolsa que había traído.

—Primero enséñame el dinero.

Tomé mi desgastada mochila JanSport, la abrí un poco y le mostré los fajos de billetes dentro.

—Todo está aquí.

Ella la arrancó de mis manos y revisó los billetes nuevos.

—Nunca se puede estar demasiado segura.

—Si hubieras tenido esa misma energía cuando engañaste a Jason con quien sea que sea mi padre y hubieras usado protección, no estaríamos aquí.

Philomena volvió a colocar los fajos dentro de la mochila y me miró con el ceño fruncido.

Antes de que pudiera salir corriendo con el dinero, le arrebaté la bolsa y la apreté contra mi estómago.

—Primero la información.

—Pero…

—Nunca se puede estar demasiado segura —canturreé, imitando su tono.

—Está bien. —La arrogancia desapareció de su rostro ahora que tenía que enfrentarse a sus pecados del pasado—. Después de nuestra luna de miel, el primer trabajo internacional de Jason nos llevó a Londres. Cameron era el portero del edificio en Shoreditch donde vivíamos.

—¿Cameron? —Incliné la cabeza—. Lo llamaste Cooper.

—No, no. —Mi madre negó con la cabeza—. Su apellido es Cooper. Así lo llamaba todo el mundo.

—¿Tuviste un romance con él?

—*Romance* es una palabra muy grande. —Puso los ojos en blanco como una niña, moviendo el hielo de su americano con una pajita—.

Jason trabajaba como un loco, setenta horas a la semana. Yo estaba sola. No conocía a nadie en Londres. No podíamos tener hijos a pesar de intentarlo y peleábamos todo el tiempo. A él solo le importaba el trabajo.

Sus palabras me atravesaban una por una, no porque me importara su relación con Jason, sino porque veía mis propios miedos reflejados frente a mí.

El trabajo me llevaría de ciudad en ciudad, de país en país.

Pasaba horas largas e imposibles en el rodaje, sin establecerme nunca. Ninguna relación podía sobrevivir a eso. La de mis propios padres no lo había hecho, y mi madre seguía a Jason a todas partes. Oliver no tenía ese lujo.

Tragué bilis.

—Ninguna de esas es una razón válida para ser infiel.

Ella me ignoró.

—Cooper era amable y cálido. Me traía galletas de mi pastelería favorita para alegrarme el día. Me hacía reír con chistes tontos. Una vez me regaló entradas para un partido de la Premier League. Era fácil caer en su trampa cuando era el único que me prestaba atención en esa maldita ciudad.

—Siguen sin ser razones válidas.

Sus fosas nasales se inflaron. Miró sus dedos, que se retorcían en su regazo.

—Quería quedarme embarazada. Quería ser madre desesperadamente. Y pensé que si le decía a Jason que el bebé era suyo, podría salirme con la mía.

La miré, atónita. ¿Había… dormido intencionalmente con Cooper para quedar embarazada?

—Solo lo hicimos una vez. Pero una vez fue suficiente. Por suerte, Jason y yo regresamos a Nueva York durante mi embarazo. Cuando naciste… —Cerró los ojos y suspiró—. Era obvio que no eras hija de Jason. Cada día que pasaba lo confirmaba más. Ni siquiera te parecías a mí.

—¿Yo…? —Apreté con más fuerza mi taza de café—. ¿Me parezco a Cooper?

Me miró directamente a los ojos cuando dijo:

—Te ves exactamente como tu padre.

Al oír sus palabras, encogí los dedos de los pies y le indiqué que continuara.

—Jason sospechó desde el primer día, incluso antes de que te lleváramos del hospital a casa. No me confrontó hasta tu tercer cumpleaños. Para entonces vivíamos en Dubái.

No me importaba cómo se enteró Jason. Mi mente se aferró a un detalle enorme.

—¿Me alejaste de Cooper?

—Era demasiado arriesgado dejar que te viera. Después de volver de Nueva York, Cameron siguió trabajando como portero solo para poder verte cada mañana cuando te llevaba en el carrito.

—Soy su hija. Él me quería. De verdad me quería. ¿Cómo pudiste?

—Te diré lo mismo que le dije a Cameron antes de irnos a Dubái. —Levantó la barbilla, todavía desafiante—. Habría sido egoísta por su parte romper una familia solo para tenerte en su vida. Jason nos daba estabilidad económica de una manera que Cameron nunca habría podido. Tenía diecinueve años, un trabajo horrible y ningún ahorro.

—A mí no me importa el dinero. Prefiero tener mucho amor antes que mucho dinero.

—Lo dice la chica que se va a casar con uno de los hombres más ricos del mundo.

—Hay más cosas en la vida que el dinero, Philomena.

—Bueno, Cameron no pensaba así. Se apartó cuando le hice ver que Jason podía darte una vida mejor. Verás, Cameron venía de una familia rica que lo perdió todo cuando su padre llevó su negocio a la ruina. Sabía lo que era recibir una mala mano y no quería eso para ti.

—Yo sí recibí una mala mano —dije—. Me tocaste tú.

—Sabes… —Cogió el café, bebió por la pajita y lo dejó caer sobre la mesa entre nosotras—. No te haces ningún favor con esa actitud.

Estaba muy orgullosa de mí misma por no estrangularla.

—Por favor, continúa.

—Jason exigió una prueba de paternidad. Estaba furioso. Yo estaba asustada. Tuve que confesar. Le dije que eras hija de Cameron. Se enfureció. Mucho.

Tragué con dificultad.

—No me quería.

—No, sí te quería. —Los labios de Philomena se apretaron—. Sí te aceptó. Sí te quería. Nunca fue un padre cariñoso, esa es simplemente su personalidad. No te culpaba por lo que pasó. Estaba enfadado conmigo.

Lo dijo como si me culpara a mí por eso.

—Por más que supliqué, rogué y me disculpé, nunca me perdonó. Tampoco se divorció de mí. Le gustaba tener una hija. Le gustaba que lo esperara cada noche con una cena casera y lencería. Pero me

castigó de otras maneras. Tuvo amantes. Muchas. Las paseaba frente a mí. Bromeaba sobre ellas delante de nuestros amigos, humillándome. Dormía en otra habitación, pero de vez en cuando venía a buscarme para tener sexo…

Se cubrió la cara con las manos al tiempo que sacudía la cabeza.

—Lo hizo de forma inteligente. Cómo conquistó y dividió la casa. Hizo que yo te resintiera, porque en realidad era amable contigo, así que lo puse en tu contra.

Parpadeé, intentando procesar esa última frase.

—¿Pusiste a tu propio marido en contra de tu hija pequeña?

—No te atrevas a juzgarme. —Me señaló con el dedo—. Hice lo que tenía que hacer. Tú eras una niña. Sana, rica y hermosa. Sabía que encontrarías tu camino. Jason era mi única oportunidad de ser feliz. Mi única oportunidad.

—Jason no tenía que seguirte el juego. Eligió odiarme.

—Estaba cansada de cuidar a una niña que me robaba toda la atención de mi propio esposo. Jason empezó a notar que cuando contratamos a una niñera a jornada completa, yo le gustaba más. Así que evitarte arregló nuestra relación.

—Qué romántico…

No me importaba escuchar nada de eso. Había venido por una sola cosa.

—¿Dónde vive Cameron ahora?

—¿Cameron? —Arqueó una ceja mientras un amago de sonrisa tiraba de una esquina de su boca—. Cameron Cooper está muerto, cariño.

Mi corazón se desplomó. Atravesó la tierra y casi me arrastró con él. Luché por recuperar el aliento.

—Lo está desde hace… A ver… ¿cinco años, supongo? —Philomena miró sus uñas, riéndose sola—. Cómo pasa el tiempo. Recuerdo que su hermana me llamó cuando aún vivíamos en Argentina para decírmelo. Se quitó la vida. Horrible, en realidad.

Un gemido escapó de mis labios. El único destello de vulnerabilidad que le había mostrado hoy, y me odié por ello. Una sonrisa satisfecha se extendió por su rostro. Eso era su venganza. Por haberla rechazado. Por no querer que fuera parte de mi vida. De mi boda.

Y funcionó.

—Sabes… —Hizo un puchero—. Nunca superó del todo el hecho de que nunca tuvierais una relación. Intentó buscarte. Mandar cartas. Llamar. Yo lo bloqueé cada vez. Tiré las cartas. Cambié de número para que no pudiera encontrarnos. La fiesta en el *château* fue la gota que derramó el vaso. Te mandé a un internado donde no pudiera encontrarte. Y funcionó.

Todo mi cuerpo temblaba. Me aferré al borde de la mesa. Si me soltaba, me lanzaría sobre ella y le haría daño. Mi autocontrol disminuía segundo a segundo.

Podría haber tenido un padre.

Podría haber tenido un padre.

Podría haber sentido amor incondicional. Podría haber tenido un padre que me preguntara cómo me había ido el día, que me acompañara al altar, que me enseñara a romper los traumas generacionales antes de empezar mi propia familia.

Ella me arrebató eso.

Me puse de pie, pero las rodillas me fallaron. La mochila cayó hacia los azulejos. Una mano se lanzó para atraparla, seguida de

otra que rodeó mi cintura.

Oliver. Solo él podía cubrirme de paz en un momento como este. Lo dejé sujetarme, sin palabras por primera vez. Después de todo, ninguna palabra podría describir el daño que ella me había infligido.

Los ojos de Oliver se afilaron como dos dagas puntiagudas que perforaron a mi madre y la dejaron clavada en su sitio.

—Se acabó.

Intentó cerrar la boca que tenía abierta de par en par, sin conseguirlo.

—Pero…

—Y no me refiero a esta conversación. Me refiero a tu vida. Esta es la última vez que le hablarás a mi mujer. Voy a despedazar los restos de vida que hayas logrado rescatar. Ser pobre será el menor de tus problemas.

—Ni siquiera sabes qué le he dicho —protestó.

—Y me importa una mierda. El segundo en que hiciste llorar a la mujer que amo fue el segundo en que firmaste tu sentencia de muerte. Espero que te guste el color naranja, Philomena, porque está a punto de ser el único color que vas a usar el resto de tu miserable vida.

Los ojos de Philomena lo miraban como dos enormes platos.

—Ah. —Se echó la mochila llena de dinero al hombro—. Y no te mereces esto.

Eso la hizo reaccionar de inmediato.

—Oye. No puedes llevártelo.

—Sí puedo, y lo estoy haciendo. Sin contrato, no hay maldito dinero. Persígueme con abogados, cariño. Vamos a ver quién gana.

Tomó mi mano con más suavidad de la necesaria, como si fuera algo precioso, y la puso dentro del bolsillo de su jersey como si quisiera guardarme ahí también y protegerme del mundo.

—No te preocupes, Philomena, me aseguraré de enviarte un vídeo quemando todo ese dinero en una fogata, solo para echarle sal a la herida abierta. Que tengas una vida de mierda.

Nos siguió hasta la salida, agarrándose de la JanSport por sus frágiles correas.

—Eso es ilegal.

—También lo son el fraude, el robo y los esquemas Ponzi. Estoy seguro de que a las autoridades les encantaría ver todas las pruebas que he reunido.

Ollie le arrancó la mochila de los dedos frágiles mientras la camarera corría detrás de nosotros con la cuenta.

—Si tienes algún descuento, más te vale aprovecharlo, Philomena.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO OCHENTA Y NUEVE

Briar

Puedes esconder a Trio en tu JanSport y a Geezer debajo de tu sudadera Baylor extragrande.

El plan improvisado cruzó por mi mente como un salvavidas. Seguramente la seguridad del aeropuerto no revisaría demasiado si fingía estar embarazada. Pero sería cruel secuestrar a los perros de Oliver además de romper con él.

E iba a romper con él. Nada había cambiado. Mi trabajo en el rodaje comenzaba en dos semanas, y la condición de Sebastian mantenía a Oliver atado aquí. Nuestras vidas no encajaban. Nunca habían encajado. Resulta que el amor es una perra exigente. No espera a nadie, pero tiene el descaro de valer la espera.

—No podemos estar juntos —anuncié en la mesa del desayuno, entre huevos y salchichas veganas.

Oliver dejó caer el *Financial Times* sobre su plato y me miró como si hubiera arruinado para siempre la combinación perfecta de desayuno. No me estaba tomando en serio. Podía leer la rebeldía chisporroteando en sus ojos. De hecho, había pasado las últimas

veinticuatro horas rondándome, vigilando señales de que fuera a derrumbarme por la noticia de la muerte de Cooper. Probablemente consideraba mis palabras el punto de quiebre.

—Sí podemos.

Cerró el periódico, limpió una mancha de salsa holandesa de la portada con la servilleta que tenía en el regazo y retomó su comida con toda la calma.

—Pero adelante, dime qué crees que se interpone en nuestro camino.

Unté mantequilla en una rebanada de pan de masa madre, imaginando qué me habría dicho si no hubiera arruinado el desayuno con mi anuncio. Probablemente algo como: *Te quiero. De verdad. Pero no entiendo por qué tostaste un pan que ya está duro. ¿No te gustan tus dientes?*

—Ollie. —Suspiré, hincándole los dientes al pan que, en efecto, dolía al morder—. Esta farsa del compromiso falso ha sido divertida, pero ahora hay otras personas involucradas que esperan que de verdad suceda.

Él arqueó las cejas.

—¿Como tú y yo?

—Como tus padres.

—Claro. —Se pasó la lengua por los dientes superiores y se acomodó en la silla—. ¿Y por qué no puede ocurrir este matrimonio?

Dejé el pan y observé cómo la mantequilla se acumulaba en mi plato.

—Porque tengo una vida, amigos y una carrera, y todos están en el sur de California. Y tú tienes que quedarte aquí.

—Bienvenida a la vida de viajes constantes, cariño. —Abrió los brazos—. Incluso tienes un avión privado solo para ti.

—No quiero volar en avión privado por razones éticas, ¿recuerdas?

—Sí. Demasiado bien.

Empujó su plato hacia el centro y soltó un suspiro exagerado.

—¿Por qué no pude enamorarme de alguien como las hermanas Townsend, que quemarían una selva entera ellas solas si eso las ayudara a abrirse paso hacia una venta de diseñador?

—Volverían a plantar los árboles —intenté protestar, sorprendida de cuánto había llegado a apreciarlas. *¿Qué importa echar de menos a dos personas más?*

Me lanzó una mirada de *habla en serio*.

—Puedes volar en clase turista.

Negué con la cabeza.

—Filmamos durante semanas seguidas y el horario es una locura. A menudo son días de veinte horas.

—Eso pide a gritos una demanda. Yo te ayudo a presentarla. Nos iremos cabalgando hacia el atardecer con el acuerdo, y puedes usarlo para lanzar tu propia productora. Aquí. En Potomac. A mi lado.

—No voy a demandar a mis jefes, Oliver. Y no voy a hacer nada que me ponga en la lista negra de Hollywood para siempre.

Apoyé los codos en la mesa.

—Este es mi sueño.

Una pequeña lágrima traicionera se escapó, deslizándose por mi mejilla. La limpié antes de que él la viera. No habría señales de debilidad. Ninguna grieta que pudiera abrir para convencerme de quedarme. Por una vez, necesitaba elegirme a mí misma.

Ollie no cedió.

—Podemos hacer que funcione.

—Si no estás en Los Ángeles, se convertirá en una relación a distancia.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Entonces tendremos una relación a distancia.

—Sí. —Bufé—. Eso funcionó muy bien la última vez, ¿verdad?

Oliver asintió, concediendo el punto.

—Está bien. Buen argumento. Tampoco quiero estar lejos de ti otra vez.

Enfatizó *tampoco*, mientras recuperaba el plato y cortaba su bacon canadiense.

—Lo hice durante quince años y fue una tortura. Entonces me mudaré a Los Ángeles contigo.

Se frotó el corazón como si estuviera dolido porque no le hubiera ofrecido yo antes la idea.

Excepto que mi instinto —y cada célula de mi cerebro que no había muerto por la conmoción— me advertía que mudarnos juntos a Los Ángeles solo terminaría en desamor. No estaba en sus genes abandonar a su familia. Y yo nunca le pediría que lo hiciera.

—Oliver.

Le sostuve la mirada mientras partía el pan tostado por la mitad y lo mojaba en la yema del huevo.

—No puedes mudarte. Tienes a Seb.

—Vendrá con nosotros —soltó, sin pensarlo.

Sebastian nunca aceptaría eso. Ni siquiera salía de su ala de la casa, mucho menos después del fiasco en el consultorio del cirujano. En los días desde entonces, había prohibido visitas (incluyéndome),

había dejado de remar (incluso de noche) y recibía las compras en un carrito que Usain Colt llevaba hasta la terraza y luego subía al balcón con un sistema de poleas.

Me levanté y caminé hacia él.

—No. No lo hará.

Los dos sabíamos que era un hecho indiscutible.

Se le pusieron rígidos los músculos del cuello, como si pudiera aferrarse físicamente esta relación.

—¿De verdad estás cortando conmigo?

—Siempre fue un juego de ver quién parpadeaba primero. —Dejé que me atrajera hacia su regazo y le levanté el mentón para obligarlo a mirarme—. Yo. Yo parpadeo primero. Esto se acabó, Oliver.

—Espera. —Me silenció poniendo un dedo sobre mis labios—. Te perdí una vez por Sebastian. Amo a mi hermano, pero no lo suficiente como para perderte otra vez. Tú estás primero. Pase lo que pase. Eres tú, Briar. No él.

—Esto es más grande que nosotros. —Su dedo amortiguó mis palabras. Le agarré la muñeca y la aparté de mi rostro–. Tengo mi propia conciencia. No puedo dejar que lo abandones. Y en un mes viviendo en Los Ángeles, te darás cuenta de lo mismo. No tiene sentido retrasar lo inevitable.

—Podemos hacer que funcione.

—No podemos.

Le acaricié la mejilla, disfrutando de la sensación de su piel bajo mi mano. Lo que más iba a echar de menos sería tocarlo.

—Porque sé cuál es tu mayor secreto.

—Sí. Seb. —Apoyó el dorso de la mano en mi frente, revisando si tenía fiebre o algún signo de la conmoción—. Sé que lo sabes.

—No, Oliver. —Aparté su mano y la guie hasta mi cintura—. No es eso. Tu mayor secreto es que eres más precioso por dentro que por fuera. Y eres increíblemente precioso por fuera.

—Con más razón deberías quedarte.

—No. —Besé la punta de su nariz, incapaz de evitarlo—. Porque el Oliver que yo conozco nunca abandonaría a su familia. Y yo no podría enamorarme de alguien que lo hiciera.

Soltó un gemido, apoyando la frente contra la mía.

—Me has atrapado.

—Lo sé.

—Si no voy a Los Ángeles, te pierdo. Pero si voy, dejo de ser la persona de la que te enamoraste.

Intenté sonreír.

—Habría sido una gran abogada, ¿no crees?

No dijo nada durante unos minutos. El amargo olor de la despedida me golpeó las fosas nasales. Como si pudiera entender nuestra conversación, Trio gimoteó y frotó su hocico húmedo contra mi tobillo. Geezer se unió al ataque y se lanzó contra mis dedos con sus patas. Nuestros bebés. Ellos también querían que me quedara.

Estiré los hilos sueltos de mi jersey con la esperanza de distraerme de los tres pares de ojos suplicantes clavados en mí.

No luches contra esto, Ol. No soy lo suficientemente fuerte para resistirme. Por una vez, dame una despedida bonita.

Finalmente, Oliver rompió el silencio.

—¿Tienes dónde quedarte en Los Ángeles?

Me dejé caer contra él, entendiendo el significado detrás de sus palabras.

—Puedo dormir en el sofá de Hazel hasta encontrar algo.

—El Grand Regent en Beverly Hills tiene apartamentos de lujo para inquilinos a largo plazo.

Me levanté de su regazo y puse algo de distancia entre nosotros, ahora que ya no había un *nosotros*.

—No voy a aceptar tu caridad, Oliver.

—Rompí tu contrato de alquiler anterior y vendí tu coche. No es caridad. Es compensación.

Lo pensé un momento mientras me sentaba en el borde de la mesa del desayuno.

—Está bien. Pero solo el tiempo que me tome encontrar otro lugar. Y voy a pagar alquiler.

—Redactaré un contrato.

Esto era adulto. Maduro. El cierre que ojalá hubiera tenido quince años atrás.

Podíamos hacerlo. Seguir caminos separados. Tal vez en unos años, cuando el polvo se asentara y pudiera mirarlo sin ganas de llorar, incluso podríamos volver a ser amigos.

Vas a sobrevivir, intenté convencerme. *Algún día mirarás atrás este momento y te agradecerás haberte puesto a ti primero.*

—Siento como si el cielo se estuviera cayendo —confesé.

—Eres lo suficientemente fuerte para aguantarlo —me dijo, con palabras orgullosas pero ojos tristes.

—Gracias.

Por enseñarme a volar.

Por ayudarme a recuperar mis alas.

Por dejarme ir.

Apoyó la barbilla en mi rodilla y me miró desde su asiento.

—Vas a estar bien, ¿verdad?

—Los dos vamos a estar bien —le aseguré.

Y porque no pude evitarlo, pasé la yema de un dedo por el puente de su nariz.

—Me diste alas, mi trágico y oscuro príncipe.

Antes de que pudiera arrepentirme, me bajé de la mesa y me dirigí hacia las escaleras para recoger mis cosas. Me detuve al pie de la escalera y me volví para mirarlo. Sus ojos no se habían apartado de mí.

Oliver me devolvía la mirada sin decir nada. Una oleada de confesiones llegó hasta la punta de mi lengua.

Te amo.

Siempre te voy a amar.

Solo voy a amarte a ti.

En lugar de eso, me conformé con un simple:

—¿Oliver?

—Mimitos.

Regresé hacia él, me quité el anillo de compromiso y lo presioné en su palma, cerrando sus dedos alrededor.

—Algún día serás un esposo increíble.

Solo que no el mío.

Se levantó de golpe de su asiento y me hizo sobresaltar.

—Ni de broma.

Retrocedí mientras avanzaba hacia mí, paso a paso, con determinación.

—¿Perdón?

Otro paso. Y otro más. Mi espalda chocó contra la pared. Oliver plantó una mano a cada lado de mi cara y me encerró entre sus brazos. Nuestras respiraciones pesadas se mezclaron, sus ojos estaban oscuros e implacables.

Bajó la cabeza y acercó sus labios a mi oído.

—Si no me caso contigo, y eso es un *gran* maldito *si*, voy a ser el peor marido del mundo. Porque voy a pasar cada segundo de cada minuto pensando en ti. Cuando la haga reír, voy a escuchar tus risitas. Cuando la bese, voy a sentir tus labios. Y cuando me hunda dentro de ella, voy a imaginar tu coño empapado alrededor de mi polla. Me has arruinado, Briar. Me has destruido por completo para cualquier otra mujer en este planeta. Eres tú o nada.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NOVENTA

Briar

Briar Auer: El compromiso se ha cancelado.
Briar Auer: Bueno, en realidad nunca estuvo realmente en pie.
Dallas Costa: ¿¿Hablas en serio?? Ahora le debo cien mil a Farrow.
Briar Auer: ¿¡Apostaste contra nosotros!?
Farrow Ballantine-Sun: *Temporalmente*.
Farrow Ballantine-Sun: Ella dijo que te mudarías de regreso a LA, Oliver iría detrás de ti y volverías de Nauru embarazada. Mi apuesta era que habría escena en el aeropuerto, pero que básicamente te quedarías aquí.
Briar Auer: Sois pésimas amigas.
Dallas Costa: ¡Te llevé volando a Texas cuando eras una completa desconocida!
Farrow Ballantine-Sun: ¡SALÍ DE CASA POR TI! VARIAS VECES.
Briar Auer: Me aseguraré de mencionar eso en nuestro discurso de boda.
Dallas Costa: ¿Ahora tengo yo amnesia o no acabas de decir que el compromiso se ha cancelado?
Briar Auer: Es algo temporal.
Farrow Ballantine-Sun: ¿O sea?
Briar Auer: O sea que intenté terminar con él, se negó, luego me besó tan a fondo que no pude evitar aceptar una relación a distancia otra vez, a modo de prueba.
Dallas Costa: ¿No nos dijiste que la distancia era un rotundo no?

Briar Auer: Sí. Tenía miedo. Pasé quince años pensando que Oliver me había engañado cada vez que regresaba a Estados Unidos. Entre eso y las constantes infidelidades de mis padres, la posibilidad de convertirme en mi madre me aterraba.
Dallas Costa: Qué asco. ¿Cómo puedes siquiera compararte con la bruja que te parió? No os parecéis en nada.
Briar Auer: Lo sé. Y me alegra haberme dado cuenta antes de pasarme todo el vuelo de regreso a LA llorando sobre una bolsa de *pretzels* rancios.
Briar Auer: Por cierto, ¿alguien quiere llevarme al aeropuerto? Oliver se ofreció, pero tuvimos una despedida tan bonita que no quiero arruinarla.
Farrow Ballantine-Sun: Voy para allá. Nos vemos en cinco.
Dallas Costa: ¿Necesitas ayuda con la mudanza?
Briar Auer: No. La asistente de Ollie enviará todo esta semana.
Farrow Ballantine-Sun: Llevaré vino.
Dallas Costa: Y pastel. Nada de *pretzels* rancios para ti hoy.
Dallas Costa: Y ni creas que ya te deshiciste de nosotras, señorita. Iremos a visitarte una vez al mes, te guste o no.

CAPÍTULO NOVENTA Y UNO

Oliver

Día de prueba cuatro.

Nadie menciona la inquietud como un efecto secundario de las relaciones a distancia. Ese impulso desgarrador, que te revuelve el estómago, que te provoca náuseas, esa descarga eléctrica dentro de ti que parece que va a explotar y llevarse tus órganos si no te levantas y haces algo.

Lo que sea.

Eli revisaba un muestrario de alfombras, con los pies sobre mi escritorio de la oficina.

—¿Algo más?

Con la punta del bolígrafo le aparté el zapato de la madera de caoba, orgulloso de haber logrado levantarme después de una borrachera de cuatro días.

Corrección: Eli había llegado a mi casa a las siete de la mañana y me arrastró a la oficina justo a tiempo para una votación importante, apenas dándome un minuto para ponerme un traje.

Mis dedos volvieron a mis sienes y se hundieron en la piel como si pudieran apretar y eliminar la resaca.

—¿Alguna vez estuviste en Waco?

—Me refería a algo relacionado con el trabajo.

—Soy tu jefe. Todo lo que te digo está relacionado con el trabajo.

Suspiró, cediendo un poco.

—¿Qué hay en Waco?

—Un imbécil.

Específicamente, un imbécil infiel que una vez hizo *match* con Briar en Raya, escribió comentarios de odio en cada tráiler de las películas en las que ella trabajó y se enfrentó a ella en Baylor cuando fue a visitar a sus amigos.

Le había ordenado a Sebastian que investigara sobre él meses atrás.

Kyle Clark. Exingeniero júnior en Raytheon. Futuro exdoctorando en Baylor.

Dallas me lo había contado todo cuando regresaron de su viaje, y lo había dejado salirse con la suya demasiado tiempo, demasiado distraído por tener a Briar cerca de mí.

Eli me lanzó una mirada por encima de una horrible muestra de poliéster fucsia.

—Hay muchos imbéciles en este gran país. ¿A cuál te refieres?

—A uno cuya esperanza de vida está a punto de acortarse.

—No hagas nada ilegal. No voy a sacarte de la cárcel.

—Tengo amigos para eso.

Dejé de frotarme las sienes el tiempo suficiente para entrecerrar los ojos.

—¿Acabo de escuchar preocupación en tu voz?

—Es instinto de supervivencia. Te ves hecho mierda.

Bueno…, sobre eso…

No me había duchado desde que Briar se fue. Qué más daba. No es como si dejara que alguien se acercara lo suficiente para olerme. Sería más fácil si ella se hubiera quedado en LA. Al menos tendríamos FaceTime.

Pero no. En cuanto aterrizó, producción le informó que habían adelantado el rodaje a una isla privada remota, propiedad de uno de los inversionistas multimillonarios. Algo sobre reducir costes de localización.

La diminuta isla caribeña tenía exactamente una torre de señal que requería una caminata de dos horas por una montaña llena de selva para conseguir cobertura. Incluso si quisiera que hiciera la caminata —que no quiero— no podría con su horario de filmación de veinte horas.

No había tenido noticias de mi novia en cuatro malditos días.

Apoyé la mejilla sobre el escritorio.

—Estoy vestido de pies a cabeza con sastrería hecha a medida.

—Tus calcetines ni siquiera combinan.

—Una elección de moda deliberada.

—La única persona cuyo nombre dijiste bien ha sido el mío, le gritaste al menos a la mitad del personal, y durante la reunión del consejo sugeriste cancelar toda la expansión del resort en Brasil.

—Eso habría provocado una deforestación masiva y pondría en mayor peligro a los titíes cabeciblancos.

—¿Titíes cabe…? — Eli cerró el muestrario de golpe—. ¿Quién demonios eres?

No respondí. Me puse de pie de un salto antes de explotar en la silla.

Esa descarga eléctrica no desaparecía. Tenía que hacer algo.

Los ojos de Eli siguieron mi marcha hacia la salida.

—¿A dónde vas?

—A Texas.

—¿Qué demonios hay en Texas?

Venganza.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NOVENTA Y DOS

Briar

Día de prueba diecinueve.

En la segunda semana de rodaje, Hailey Johansson logró acorralarme y atraparme entre dos mesas de catering.

Si esperaba algún desarrollo personal desde nuestra reunión en Nueva York, estaba muy equivocada.

Se echó el cabello por encima del hombro, sin duda retrasando peinado y maquillaje otra media hora con ese simple gesto.

—¿Va a venir tu prometido?

Suspiré, tomando un plato de la pila.

—Por millonésima vez, no es mi prometido.

Al menos, todavía no.

La mujer realmente carecía de la capacidad básica de escuchar algo que no saliera de su propia boca.

Tampoco ayudaba que yo pasara cada minuto despierta manteniéndome ocupada, intentando sacar a Cooper y a Oliver de

mi mente. (Énfasis en despierta. Contra mis sueños no tenía ninguna oportunidad).

Echaba de menos a Ollie.

Muchísimo.

La semana pasada incluso logré apartar cinco horas para subir y bajar la montaña en busca de señal, pero producción canceló eso con un cambio de horario de última hora, cortesía del colapso de tres horas de Hailey en el rodaje por una escena que no le salía bien.

En cuanto a Cooper…

No podía soportar la idea de que nuestra separación hubiera llevado a su muerte.

Simplemente no me entraba en la cabeza.

Si me concentraba en mis tareas, si me ocupaba con horas extra planeando posiciones y escenas, pensaba menos en todo eso. Así que eso hice. Me sumergí en el trabajo con ferocidad.

Hailey me siguió por la línea del bufé.

—Sabes, para ser una pareja comprometida, nunca pasáis tiempo juntos.

—Porque ya no estamos comprometidos.

—¿De verdad le gustas?

—Tendrás que preguntárselo.

Puse medio *banh mi* vegetariano en mi plato. El equipo de catering se había lucido al enviar una flota de chefs a la isla.

—¿Me das su número?

Eso fue suficiente.

Me giré hacia ella y dejé mi comida sobre la mesa.

—¿Me estás pidiendo el número de teléfono de mi exprometido?

—Bueno, como ya no lo quieres...

Suspiré, sin molestarme en explicarle —otra vez— que cancelar el compromiso no significaba cancelar nuestra relación.

Aunque, para ser justa, después de diecinueve días sin contacto, ni siquiera parecía una relación.

Esto era exactamente lo que temía cuando intenté terminar.

El amor se transformaría en anhelo.

Y el anhelo en duda.

Hailey me miró parpadeando, a la espera de una respuesta.

En lugar de eso, regresé furiosa a mi tráiler, donde planeaba esconderme hasta que alguien me necesitara.

Las palabras de Fae camino al aeropuerto flotaban sobre mi cabeza como una guillotina.

El pasado es un capítulo, no toda la historia. Deja de permitir que decida las siguientes páginas.

A mi alrededor, los actores se asaban bajo los focos listos para meterse en personaje al oír *acción*. Los maquilladores rondaban con brochas.

Los asistentes de producción corrían de un lado a otro cargados de cafés y guiones llenos de anotaciones. El director y el director de fotografía intercambiaban palabras detrás de un monitor, con los ojos fijos en el encuadre perfecto.

Mi sueño de Hollywood corría por mis venas, vivo y vibrante.

Pero ya no me emocionaba.

CAPÍTULO NOVENTA Y TRES

Oliver

Día de prueba veinticuatro.

La fuerte dosis de sedantes de hoy vino cortesía de Jack Daniels. (El imbécil de Eli escondió el Macallan hace dos noches con la esperanza de que no me rebajara a lo que estaba en el estante de abajo). Por lo general no buscaba consuelo en el alcohol, pero lo necesitaba para evitar hacer algo drástico como abandonar mis responsabilidades y mudarme a LA con Briar.

La niebla en mi cerebro se disipó lo suficiente para registrar el toc-toc de unos zapatos golpeando mi alfombra. Un elegante zapato negro entró en mi campo de visión para mezclarse con las botellas vacías de whisky que me rodeaban.

—Por Dios, Oliver.

Parpadeé hacia arriba desde el suelo, con la mejilla todavía aplastada contra la alfombra.

—¿Papá?

Esto tenía que ser una alucinación. No había entrado a este edificio en más de quince años.

—Lamentablemente.

Se llevó una mano a la nariz arrugada, con un Patek *guilloché vintage* brillando en su muñeca.

—A decir verdad, Oliver, me avergüenza admitir que tuve algo que ver en crear… —Me empujó el tobillo con la punta del zapato—… esto.

—¿Por qué estás aquí?

¿Y por qué llevas traje?

En los últimos quince años jamás lo había visto usando un traje.

Levantó mi brazo sobre su hombro y me arrastró hasta dejarme caer en la silla de cuero detrás de mi escritorio.

—Sebastian me ha enviado.

Eso no podía ser cierto. Aún me guardaba rencor por el incidente de la cirugía plástica. Había pasado nuestros últimos tres maratones de *Days of Our Lives* en silencio, bebiendo de una botella mientras él miraba boquiabierto al demonio que poseía a Marlena sin mí. Por algún acuerdo tácito, habíamos dejado de reconocer la existencia del otro, salvo por el hecho de que Sebastian hacía arcadas cada vez que yo pasaba.

Ahora estaba seguro de que mi padre era una alucinación.

Me desplomé contra el respaldo de cuero, consciente de que mi oficina —normalmente impecable y ordenada— parecía un campo de batalla. Papeles sueltos cubrían el escritorio de caoba y algunos incluso estaban esparcidos por el suelo. Las persianas medio cerradas proyectaban por la habitación sombras que te hacían marear.

¿Era esto normal? Intenté recordar en qué estado habían quedado Romeo y Zach durante sus separaciones de sus esposas. Romeo duró tres días. Zach duró treinta. Ninguno lo logró sobrio.

Papá empezó a recoger las botellas vacías en una bolsa de basura.

—¿Me estás ignorando?

—¿De verdad estás aquí?

—¿Perdón?

—¿A dónde ha ido Eli?

—A plantar un árbol para que lo abraces. Sus palabras, no las mías. ¿Le permites hablarte así?

No estaba exactamente en condiciones de protestar. No tenía energía para discutir con él. Ni siquiera un jabalí salvaje la tendría en ese momento.

—Tú lo contrataste —señalé.

—Para ponerte en forma. Mira el resultado.

Papá hizo un doble nudo en la bolsa y sacó otra, mientras avanzaba hacia las botellas apiladas junto a las ventanas.

—No habría venido si Sebastian no me hubiera mandado. Él nunca pide nada, así que supe que era serio.

Desabroché el botón superior de mi camisa y aflojé la corbata, preguntándome cuánto aguantaría si la usaba de soga.

—¿Por qué no pude alucinar a alguien más guapo?

—Es Briar, ¿verdad? Si la echas de menos, síguela. Yo me encargo de mantener todo aquí en orden.

En el momento en que ese nombre salió de sus labios como una daga, todo se desvaneció. El clic-clac de los teclados fuera. El murmullo bajo de las conversaciones entre mi personal. Los gruñidos

incrédulos de papá cada vez que encontraba otro escondite de botellas. Todo desapareció.

Ni siquiera escuché lo que dijo después de su nombre.

Las yemas de mis dedos me ardían por darle la vuelta a la foto que estaba boca abajo sobre mi escritorio. Eli la había lanzado ahí varias semanas atrás, y nunca me había molestado en girarla, con miedo de que al ver la sonrisa de Briar me subiera a un avión y me apareciera en su rodaje de grabación. Desafortunadamente, necesitaba demostrarle que podía llevar una relación a distancia. Y aún más desafortunadamente, parecía que no podía.

—Vete a casa, Oliver. Descansa un poco. Recupérate. —Papá me frotó la espalda con amplios círculos, el primer gesto de consuelo que me ofrecía en casi dieciséis años—. Deja el alcohol.

Me limpié la boca con el dorso de la mano, en un intento de concentrarme.

—Eso es gracioso viniendo de ti.

—Tienes razón, y lo siento. —Se arrodilló frente a mí y buscó mis ojos bajo el pelo revuelto—. Siento no haber estado presente desde el accidente de tu hermano. Siento que hayas tenido que cargar con tanta responsabilidad. Y siento que tu madre y yo nunca nos detuviéramos a preguntarte si estabas bien.

—¿A qué viene todo esto? —Negué con la cabeza, incapaz de formar pensamientos coherentes. La situación parecía importante. Monumental, incluso. Pero mi cerebro, y mi cuerpo, me fallaban.

La habitación empezó a girar, con colores y formas mezclándose en un caleidoscopio vertiginoso.

Sabía que olvidaría esta conversación en una hora. Y peor aún, que tal vez lo había alucinado todo. Pero debía haber aparecido por

alguna razón. Tal vez, en el fondo, necesitaba escuchar esto.

—Tu hermano me hizo entrar en razón anoche.

—¿Sebastian?

—Me hizo una videollamada. Me obligó a mirarlo directamente a los ojos mientras me decía que os había fallado a los dos. Que era mi deber como padre ayudaros a navegar este nuevo mundo, y que no lo había hecho.

La alucinación con forma de papá suspiró y se pasó una mano por el cabello canoso.

—Déjame darte el consejo de tu hermano, hijo. A veces las cosas que nunca sucedieron te persiguen más que las que sí pasaron. No vivas con arrepentimientos, Oliver.

Un dolor nauseabundo surgió de un lugar que creía ya sanado.

Gruñí contra el escritorio.

—Esta alucinación suena mucho a una intervención terapéutica.

Papá juntó mis manos entre las suyas y se rio contra mis puños.

—¿Ollie?

—¿Sí, papá?

—Sé que somos pésimos para demostrarlo, pero tu madre y yo te queremos.

La habitación cayó en un silencio pesado. Recordé la última vez que escuché esas palabras.

Hace veinticinco días.

De Briar.

La única mujer capaz de hacer lo que ningún rival corporativo jamás pudo.

Derribarme.

CAPÍTULO NOVENTA Y CUATRO

Briar

Día de prueba veintiséis.

Dallas Costa: Sé que no vas a ver esto hasta dentro de otros 500 años (y que esto me convierte en una chismosa total), pero Oliver está hecho polvo desde que te fuiste.
Farrow Ballantine-Sun: Confirmo. Por mucho que me guste ver a los hombres caer rendidos a los pies de las mujeres, la verdad es que es una escena bastante triste de presenciar.
Dallas Costa: ¿Estáis seguros de que podéis hacer que esto funcione a distancia?
Farrow Ballantine-Sun: Está bien. Lo entendemos. No lo volveremos a mencionar.
Dallas Costa: ¿Soy solo yo o es raro hablarle a Briar cuando sabemos que no va a responder a estos mensajes?
Frankie Townsend: HMM… ES CASI COMO SI NO FUERA DIVERTIDO QUE TE IGNOREN EN LOS MENSAJES.
Farrow Ballantine-Sun: Mirad quién ha encontrado el botón de las mayúsculas.
Frankie Townsend: no es gracioso. que te ignoren es una mierda. os juro que ser *influencer* es un trabajo de verdad.

Farrow Ballantine-Sun: Tengo libre el fin de semana de la próxima semana.
Dallas Costa: ¿Viaje de chicas al sur de California? Podemos ir al condado de Orange.
Farrow Ballantine-Sun: Seamos honestas. No quieres ir a visitar a Briar. Solo quieres un rollo de queso de Porto's.
Dallas Costa: No quiero UN rollo de queso. Quiero TODO el menú.
Frankie Townsend: esta vez sí voy!
Dallas Costa: ¿Ya has encontrado trabajo?
Frankie Townsend: no es culpa mía que me hayan despedido otra vez
Dallas Costa: Has suspendido cinco pruebas de *phishing* en una empresa de TECNOLOGÍA.
Frankie Townsend: la última era imposible. estaban ofreciendo entradas gratis para ver a taylor. ni una monja habría podido resistirse a darle clic a ese enlace
Dallas Costa: Y en vez de hacer el curso de ciberseguridad, te negaste, así que te despidieron.
Frankie Townsend: mi carrera como *influencer* va a despegar. ya veréis

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NOVENTA Y CINCO

Oliver

Día de prueba veintiocho.

Mi inevitable reconciliación con Sebastian siempre había estado garantizada.

Una cuestión de *cuándo* sucedería, no de *si* sucedería.

Me acercaba a nuestra tensa relación fraternal con un tipo de optimismo que Sebastian detestaba por completo, sabiendo que si me quedaba a su lado, si le demostraba que me tenía en su vida sin importar cómo se viera o cómo se comportara, en algún momento encontraríamos la manera de deponer las armas.

Y así, Sebastian había pasado los últimos quince años demostrándome que estaba equivocado. Casi de forma intencionada.

Por eso no reparé dónde estábamos —ni lo que significaba que él estuviera aquí abajo— cuando apareció a mi lado en la sala a plena luz del día, con el personal yendo y viniendo por la casa.

Tenía el cuerpo apoyado contra la pared mientras miraba el lago a través de las puertas abiertas del patio. Había faltado al trabajo los

últimos cuatro días, ni siquiera me molesté en presentarme, desde que Eli dejó de acosarme a llamadas.

Tal vez se dio cuenta de que él también podía funcionar sin mí.

Sebastian pateó una botella vacía de Jack y observó cómo rodaba hacia la cocina.

—¿Estás reviviendo tú solo la industria del alcohol?

—La industria del alcohol no necesita que la revivan. —Apreté la botella en mi puño con más fuerza, sin descartar que intentara quitármela—. Vive de la miseria, y de eso hay de sobra.

En el fondo, sabía que Briar regresaría a Estados Unidos eventualmente, pero desde que empezó nuestro periodo de prueba me di cuenta de que, entre nuestros horarios de trabajo y mi compromiso dos veces por semana con Sebastian, no nos veríamos más de treinta o cuarenta días al año.

Sebastian empujó con el pie mi pierna floja.

—Esto es patético.

—Vete a la mierda.

—Te perdiste *Days of Our Lives*.

—No, no me lo perdí. —Dejé caer la espalda sobre el suelo de madera, luchando contra una ráfaga de viento que entraba por el patio. A lo lejos, el lago rugía con un oleaje inusualmente fuertes.

Seb se inclinó sobre mí. Sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro.

—Es jueves.

—No puede ser. Tengo una reunión de negocios el miércoles, y aún no he ido.

—Te la perdiste. Papá se encargó.

Eso sí me despertó.

—¿En serio? —Saqué la cabeza por la puerta del patio, dejándola caer medio en el suelo porque no tenía ganas de mover todo el cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

Miré las nubes.

—Esperando a que pasen los cerdos voladores.

Quizá aquella conversación con mi padre no había sido una alucinación. Pero tampoco tenía sentido. Eso significaría que él estaba haciendo algo más que simplemente guardar luto por sus hijos vivos.

Sebastian me miró con desprecio.

—Felicidades. Oficialmente eres el von Bismarck más vergonzoso.

Me incorporé para verlo bien. Llevaba unas gafas de sol Gentle Monster, unos vaqueros desgastados y una sudadera de Harvard.

Era casi normal, excepto por la capucha sobre la cabeza, apretada al máximo con las cintas y con tres nudos para dejar apenas un pequeño agujero por donde pudiera ver.

—Espera. —Parpadeé, preguntándome si esto también era un espejismo—. Has salido de tu cueva.

—Sí, bueno…, alguien tiene que asegurarse de que no te ahogues en tu propio vómito. —Se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos—. Por cierto, tienes una pinta de mierda.

—Eso dicen todos. —Volví a mirar el lago. Una sonrisa amarga tiró de mis labios—. ¿Todavía recuerdas cómo se ve el sol?

Empezaba a ocultarse en el horizonte, tiñendo la habitación con un brillo naranja. Quedaban cinco o diez minutos antes de que desapareciera por completo, pero pensé que mi alucinación y yo podríamos disfrutarlo juntos.

—Se ve igual que como lo recuerdo, solo que con más contaminación. —Seb se sentó a mi lado, con la boca torcida en una casi sonrisa que desapareció cuando eructé frente a él. Abanicó el aire—. Debí haberte dejado ahogarte en tu autocompasión. Desafortunadamente para mí, hoy me siento caritativo.

Solté una risa por la nariz y me limpié la boca con el dorso de la mano.

—¿Desde cuándo haces obras de caridad?

—Desde que la única persona que me hace las compras se convirtió en un borracho de manual sacado de una película cutre de sobremesa. —Alzó las cejas detrás de sus gafas—. En serio… Sentado en la oscuridad, tragando litros de whisky y mirando el lago. ¿Qué sigue? ¿Le vas a escribir una carta triste, meterla en una botella y lanzarla al agua? Ya he visto esa película. Para tu información, ella nunca la lee.

—Tentador. Tal vez me lance yo también.

—Evitemos los gestos dramáticos. Ya monopolizas demasiado el drama en esta familia. Es agotador verte.

Me giré hacia él, tambaleándome contra el marco de la puerta mientras me señalaba el pecho con el pulgar.

—¿Yo soy agotador de ver?

—Sí. Y eres un género pésimo. Demasiada tragedia. Muy pocas explosiones.

Hipé y bebí de la botella.

—Eres una alucinación malísima.

—Es porque no soy una alucinación.

—Demuéstralo.

—Encantado.

Entonces se levantó de un salto, fue hacia mi sofá y empezó a lanzarme todas las almohadas a la cara. La botella de Jack Daniels cayó al suelo de madera y se rompió por la mitad.

Un río de whisky corrió entre nosotros.

—¿Qué mierda, Seb? —Me levanté de golpe y lo agarré de la camisa.

Él arqueó una ceja, divertido.

—¿Estás enfadado?

No, en realidad no. Para nada.

No me podía creer que hubiera salido de su cueva.

—Has salido de tu cueva. —Le toqué los brazos, el pecho, el cuello, la cara, sintiéndome sobrio de repente.

Apartó mis manos.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Sí?

—Dios mío. —Empezó a irse—. Búscame cuando se te baje la borrachera. Y la próxima vez que te pierdas *Days of Our Lives*, no esperes que te haga el resumen.

—No, espera. —Lo agarré de la sudadera y lo giré hacia mí—. Quédate. Has venido por una razón.

—He venido a asegurarme de que sigues vivo. Desafortunadamente, sí lo estás. Ahora me voy.

—Deja de mentir. ¿Por qué has venido?

No respondió.

A lo lejos, el agua golpeaba la orilla, llenando el silencio.

Estaba a punto de soltarlo cuando finalmente habló, en voz baja. Casi tímida.

—Lo siento.

Esa simple frase, más que cualquier otra cosa, atravesó la neblina del whisky.

Me llevé la mano a la oreja.

—¿Qué has dicho?

—No voy a repetirlo.

—Está bien, está bien. Te he escuchado la primera vez. —Le solté la camisa y le indiqué que siguiera.

—Sé que yo empecé esa pelea, y aunque no lo hubiera hecho, no debí culparte por esto. —Señaló su rostro cubierto—. Tú no querías que nada de esto pasara.

—No, no quería —prometí—. Lo siento muchísimo, Seb. No tienes ni idea.

—Sí la tengo. Me lo has estado diciendo como un millón de veces. Solo necesitaba a alguien a quien culpar. —Se pasó la mano por la cara y tiró sus gafas—. Y, mierda, pedirte que no seas feliz por el resto de tu vida estuvo muy jodido. También lo siento por eso. Pensé que verte miserable me haría feliz, pero no ha sido así.

—Esa no es la única razón por la que dejé a Briar.

—No —aceptó—. La dejaste porque te culpas por mi cara, y pensaste que no podrías protegerla y, peor aún, que no la merecías. Yo no ayudé mucho con eso. Pero puedo ayudar ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… —Suspiró, dejándose caer en el sofá—. Tal vez no necesitas cuidarme todo el tiempo. No te lo voy a reprochar si por fin tienes una vida más allá de mí.

—Pero quiero que mejores.

—Nunca voy a mejorar, Oliver.

—Pero sí puedes. —Empecé a caminar de un lado a otro. El efecto del alcohol se me iba pasando más rápido, ahora que veía una oportunidad y la aprovechaba—. Ahora es diferente. Hay mejores doctores, medicina moderna, nueva tecnología…

—Y aun así nunca voy a verme exactamente como hace quince años.

Levanté los brazos al aire.

—Claro que no. Ahora estás viejo como la mierda.

—Sabes a qué me refiero.

—Está bien. Iremos paso a paso. Te visitaré todos los días. Tal vez podamos contratar a alguien para…

—No —me interrumpió, con una almohada sobre el regazo como si pudiera protegerlo de mis exigencias entusiastas—. He venido a disculparme, no a escuchar otro sermón. Nunca voy a mejorar, Oliver. Ese es un maldito hecho. Acéptalo. Solo me niego a ser la razón por la que vuelvas a terminar con Briar.

—Seguimos juntos.

—¿Durante cuánto tiempo? —Empujó con el pie una botella vacía de Jack que había sobre la mesa de centro—. Esto no es sostenible.

—Mi hígado dice lo contrario.

—Esto es estúpido. Múdate con ella. Problema resuelto.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque ella está en Los Ángeles.

Me lanzó una mirada que dejaba claro lo estúpido que le parecía.

—Entonces síguela.

—Pero tú eres…

—¿Una espina clavada en tu lado?

—No era eso lo que quería decir.

—Pero es la verdad. Lo soy, y lo he sido durante quince años. —La tensión entre los dos se suavizó. Se acomodó en el almohadón del sofá, todavía claramente tenso, pero no retrocedió—. Bueno, te estoy liberando de la carga.

La brisa trajo el olor de pino fresco y agua salada. Apenas lo noté.

—¿Por qué ahora? —Se frotó la nuca y bajó la cabeza mientras murmuraba algo—. ¿Qué has dicho? —Más murmullos—. No te escucho, Seb.

Finalmente levantó la mirada hacia mí, con el rostro tenso y dejando caer su habitual armadura de sarcasmo por un momento.

—Yo también la echo de menos.

Pequeño cabrón.

Una sonrisa enorme se apoderó de mi cara. No pude evitarlo. Mimitos era tan condenadamente adorable.

La parte más loca era que ella nunca me creía cuando se lo decía. ¿Cómo podía ser? Incluso el tipo más gruñón de todo el continente quería tenerla cerca.

—Yo también, hermano. —Me dejé caer en el almohadón junto a Sebastian y le di una palmada en el hombro—. Yo también.

—Deberías recuperarla antes de que algún galán de Hollywood con una cuenta bancaria más grande que la tuya la conquiste.

—Primero: nadie al oeste del Mississippi tiene una cuenta bancaria más grande que la mía. —Me froté la mandíbula y me obligué a no seguirle el juego a Seb—. Y segundo: no necesito recuperarla. Sigue siendo mía.

—Tal vez ya no te quiera —señaló—. Pueden pasar muchas cosas en veintiocho días.

Resoplé.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor?

—Tal vez. Estás borracho, así que pensé que valía la pena intentarlo.

—Eres un pésimo terapeuta, Seb.

—Gracias a toda la pésima terapia que me obligaste a hacer. Se llama ósmosis.

Pero acepté su terapia por lo que era. Un puente frágil. Una rara ofrenda de un hombre que apenas podía ver más allá de su propia tragedia, y mucho menos reconocer la de otro.

Me giré hacia él y me apoyé en el respaldo.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? Que voy a estar en Los Ángeles la mayoría de los días.

Mi mente se apresuraba analizando toda la logística.

La sede de Grand Regent estaba aquí. No sabía cómo iba a reorganizar mi horario de trabajo, pero encontraría la manera de quedarme al lado de Briar. En especial si papá podía ayudarme, suponiendo que esta vez lograra mantenerse funcional.

—Solo… —La respiración de Sebastian se volvió más lenta. Cada inhalación parecía costarle—… vuelve para ver *Days of Our Lives*. Hablaba en serio cuando he dicho que no iba a darte el resumen, imbécil.

CAPÍTULO NOVENTA Y SEIS

Oliver

Día de prueba veintinueve.

Me desperté con toda la determinación del mundo, decidido a llegar a la Costa Oeste antes de que mi novia regresara mañana de su viaje de trabajo. El avión me esperaba en la pista, con el tanque lleno y listo para despegar.

Entonces todo se fue a la mierda.

En cuanto salí por la puerta, con toda la intención de subir a mi *jet* y perseguir al amor de mi vida, unas manos me agarraron por detrás. Me dieron un tirón brusco y se me cayó el móvil por la entrada de coches.

Antes de que pudiera reaccionar, una capucha negra y áspera cayó sobre mi cabeza.

Tropecé cuando mi visión se volvió negra.

—¿Qué demonios? —Mi bolsa cayó al suelo con un golpe sordo mientras forcejeaba—. ¿Romeo? ¿Zach? Esto huele a vosotros, idiotas.

Ya llevaba tiempo con el teléfono apagado, gracias a su acoso constante. Durante el último mes se habían dedicado a llamarme como un par de vendedores telefónicos que no captaban la indirecta. Me dejaban mensajes sobre las maravillas del matrimonio, mi yate y otras tonterías.

Otro par de manos rodeó mis muñecas y las amarró juntas con lo que solo podían ser bridas.

Dejé que mis amigos me arrastraran hasta una furgoneta que olía a Cheetos, con la certeza de que perdería menos tiempo si no peleaba.

—¿En serio, chicos?

Me lanzaron en la parte de atrás como si fuera un saco de patatas, ignorando mis palabras.

—Tiger King asegurado.

Zach —y sabía que era él porque ese cabrón solo sabía hablar con el mismo tono grave y monótono— lanzó la bolsa contra mi estómago y cerró la puerta de golpe.

Intenté encontrar una posición cómoda, pero terminé estampando la cara contra objetos puntiagudos indeterminados.

—¿Esto es una broma?

Si lo era, era una pésima broma, y necesitaba nuevos amigos con mejor sentido del humor.

—Solo si crees que es un chiste que tu vida se caiga a pedazos. —Eso vino de Romeo mientras el motor rugía al arrancar—. Quédate quieto o no puedo garantizar que tu cara siga intacta.

La furgoneta chirrió al detenerse, probablemente en un semáforo. Alguien tocó el claxon dos veces. A través de la tela áspera sobre mi cabeza podía distinguir apenas algunas formas. Romeo iba al volante

mientras Zach estaba recostado en el asiento del pasajero, mirando su teléfono. Nos detuvimos otra vez con brusquedad en otro semáforo. Rodé de un lado al otro dentro de la furgoneta y me quejé por el golpe.

—¿De dónde demonios han sacado esta furgoneta?

Esa cosa era prehistórica. Crujía cada vez que alguno de nosotros se movía un centímetro y olía como si hubiera sobrevivido a dos guerras mundiales, Woodstock y once temporadas de *The Walking Dead*.

—Se la compramos a un conductor de Uber. —Zach bostezó y lanzó algo al asiento trasero. ¿Una máscara de esquí, tal vez?—. No olvides dejarnos cinco estrellas.

—Pensé que erais alérgicos al trabajo manual.

—Hago excepciones para secuestros.

La furgoneta frenó otra vez de golpe.

Para alguien con mucha experiencia conduciendo tanques, con los coches parecía un gato persiguiendo un puntero láser.

—Por el amor de Dios. —Me golpeé la cabeza con algo duro—. ¿Esto es realmente necesario?

—Considerando que estás a dos tragos de tener un colapso público, sí. —Romeo resopló mientras activaba la luz direccional—. Admítelo. Nos necesitas.

—Habla por ti. Literalmente aguantaste tres días antes de correr a Georgia a buscar a tu esposa con el rabo entre las piernas.

—Cierto. —Zach asintió, como si lo que le hizo a ese pobre mango durante su separación de Farrow no hubiera llegado a oídos de todos —. Eso fue, quizás, más patético que lo de Oliver.

La furgoneta pasó por un bache y me lanzó otra vez contra el asiento trasero.

Apreté los puños y traté de separarlos, en un intento frustrado de romper las bridas.

—Si esta es vuestra idea de una intervención terapéutica, da pena.

Soportar mi tercera intervención en solo cinco días estaba en mi lista de cosas pendientes por encima de comer sushi de gasolinera y por debajo de hacerme una endodoncia.

A esas alturas, necesitaba borrarlo todo y reiniciar mi vida con gente nueva en ella.

—No es exactamente una intervención. —Romeo cambió de carril de manera tan bruta que me lanzó de un lado al otro de la furgoneta —. Más bien es un ajuste táctico. De algún modo, dudo que Briar esté encantada con la idea de salir con una cervecería ambulante.

—Ahora mismo estoy sobrio —señalé—. Y no voy a aceptar consejos de dos idiotas que creen que ponerme una bolsa negra en la cabeza cuenta como sesión de terapia.

—Tal vez sí nos hemos pasado un poco con la capucha negra.

—Que conste que yo sugerí algo más suave. —Zach abrió su puerta cuando la furgoneta se detuvo—. Una funda de almohada habría servido. ¿No compró Dallas una con la cara de Nic Cage?

Me retorcí otra vez. Mi frustración aumentaba.

—Esto es un secuestro.

—Técnicamente no es un secuestro. —Zach abrió el maletero y la luz del sol me bañó—. Somos tus mejores amigos. Consentiste por proximidad.

—Así no funciona el consentimiento, idiota.

—Sí funciona así cuando te estás hundiendo.

Con eso, él y Romeo me subieron a un carrito y empezaron a empujarme hacia algún lugar, con la tela negra todavía apretada sobre mi cabeza.

El instinto de lucha abandonó mi cuerpo. Me dejé caer contra el metal frío.

—No me estoy hundiendo.

—Porque ya estás en el fondo. —Zach abrió una puerta para que Romeo me empujara por ella—. Desafortunadamente para mí, como tu mejor amigo, es mi deber sacar tu trasero de ahí.

—Esto es solo venganza por haberte encerrado en la cámara criogénica. —Intenté golpearlo a ciegas, pero solo le di al aire—. No vas a salvarme secuestrándome.

Si acaso, esto solo retrasaría lo único que podía ponerme la cabeza en su sitio: una fuerte dosis de Briar.

—Ya estás más allá de ser salvado. —La voz de Romeo sonó a mi derecha, sospechosamente alegre para alguien que alguna vez consideré un sociópata—. Considéralo una misión de rescate de lo que queda.

El olor a palomitas con mantequilla me invadió las fosas nasales. Donde sea que me hubieran llevado, olía como un puesto de comida. Nadie se detuvo a cuestionar al extraño con los ojos cubiertos y las manos atadas mientras me empujaban a una sala con temperatura de congelador.

Sin aviso, Romeo y Zach me agarraron de cada lado y me dejaron caer en una silla de cuero acolchada. Me arrancaron la capucha de la cabeza y soltaron las ataduras solo el tiempo suficiente para que Romeo dejara un enorme bote de palomitas en mi regazo, mientras

Zach volvía a amarrar mi muñeca izquierda al reposabrazos con otra brida.

Entonces me di cuenta de dónde me habían llevado. Nuestro antiguo territorio. El cine que solíamos aterrorizar de niños, mientras nos saltábamos clases y dormíamos siestas en la última fila de la Sala 8.

Los tres nos quedamos mirándonos fijamente. Yo, desde el asiento de la primera fila en el que me habían obligado a sentarme. Ellos, desde la barandilla contra la que se apoyaban.

—¿En serio? ¿Habéis alquilado todo un cine solo para burlaros de mí? Me siento halagado. —Borré mi sonrisa falsa y fruncí el ceño—. Sois unos idiotas y esto no tiene sentido. Papá y Sebastian ya han hablado conmigo. Iba camino a Los Ángeles para decirle a Briar que me voy a mudar con ella antes de que vosotros, imbéciles, me descarrilarais.

Romeo, que sostenía una bolsa pequeña de palomitas, se quedó congelado a mitad de un bocado.

—Espera. ¿Te mudas a Los Ángeles?

—Sí. Más o menos —gemí, exasperado—. Y estaba de camino para decírselo a Briar en persona. Así que, felicidades, idiotas. Me habéis secuestrado para nada.

Romeo y Zach intercambiaron miradas. Ninguno parecía particularmente arrepentido.

—En ese caso, redoblamos esfuerzos. —Zach se enderezó y caminó hasta el asiento junto al mío—. Sin ofender, pero Sebastian tuvo literalmente un colapso que lo mandó al otro lado del mundo y Felix no ha visto el sol desde que los teléfonos con tapa eran tecnología punta.

Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo, resignado a mi horrible destino.

—Esto no tiene sentido.

—Pensamos que te gustaría el juego de roles. —Romeo ocupó el asiento a mi izquierda—. Además, nunca tuvimos la oportunidad de disculparnos.

—¿Por qué?

—En ese entonces sabíamos que algo te había pasado cuando regresaste de las vacaciones de verano con esa ridícula excusa de la lobotomía. Solo que no dijimos nada porque los dos teníamos nuestras propias mierdas, y obviamente querías que nos mantuviéramos al margen.

—Y siendo honestos… —Zach robó palomitas del bote intacto en mi regazo—. Tú siempre fuiste el pegamento que nos mantenía unidos. Los dos sabíamos que, si te derrumbabas, no quedaría nada. Yo me quedaría deprimido en mi casa todo el día y Romeo probablemente terminaría en la cárcel por asesinar a su padre.

Romeo no negó la acusación. Me quedé mirando la pantalla en blanco, sorprendido. Mierda. Siempre había pensado que los dos me veían como el tercero en discordia, no como la pieza que faltaba.

Rom tomó una palomita y lanzó el grano a un portavasos tres filas más allá, como hacíamos de niños.

—Hemos sido unos pésimos amigos.

Negué con la cabeza.

—La verdad es que no.

Zach asintió.

—Sí lo hemos sido.

Me aclaré la garganta, sin saber qué decir en este territorio desconocido.

—¿Vosotros… estáis suplicando perdón?

Mis pelotas amenazaban con encogerse y morir de una muerte horrible.

Zach se hundió en su asiento como si pudiera desaparecer en él.

—Se pone peor.

—Dallas ha hecho un PowerPoint. —Romeo tomó su teléfono y escribió un mensaje—. Y vas a ver cada maldita diapositiva porque le ha llevado horas.

Envió el mensaje y segundos después la pantalla se encendió.

—¿Horas? ¿Dónde estaba esa energía cuando suspendió la universidad? —Me acomodé en el cuero gastado, aceptando mis nuevos planes para la tarde—. Necesita un pasatiempo.

—Meterse en nuestras vidas es su pasatiempo.

—Más vale que haya fotos. Aprendo mejor con cosas visuales.

Zach abrió una aplicación en su teléfono conectada al sistema de proyección del cine.

—Podemos saltarnos la sección «Eres un idiota que se sabotea a sí mismo» y pasar directo a la diapositiva «Corazón comprometido».

Me pellizqué el puente de la nariz con la mano libre.

—¿Hay una diapositiva de un corazón?

—No finjas que no estás intrigado. Incluso hace *zoom*.

Romeo lanzó tres palomitas seguidas.

—Además, ¿tienes idea de cuánto tiempo tardó Dallas en animar los latidos del corazón?

—Por el amor de Dios. —Me metí un puñado de palomitas en la boca para evitar decir algo peor—. Está bien. Mostradme esta obra

maestra de presentación.

Cuando la primera diapositiva apareció, con transiciones cursis de corazones, Zach lanzó mi teléfono a mi regazo.

Vibraba con un mensaje de texto de Sebastian.

Lo encontré.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NOVENTA Y SIETE

Briar

Día de prueba treinta.

La idea de pasar un segundo más sin Oliver me aterraba.

Pero en cuanto aterrizamos en LAX, el equipo de producción anunció una reunión en su sede de Burbank mañana por la mañana, lo que arruinaba de inmediato cualquier posibilidad de pasar el fin de semana en Potomac.

Decidí cargar yo misma mi bolsa deportiva hasta The Grand Regent Beverly Hills, y entré arrastrando los pies al vestíbulo. Las puertas automáticas se cerraron con un susurro detrás de mí. Trace, el portero, me saludó con una inclinación de cabeza.

El olor a cítricos y cuero me dio la bienvenida a casa, aunque no me resultaba un lugar familiar. Había pasado catorce horas aquí hace treinta días, y apenas había logrado deshacer parte del equipaje antes de irme al Caribe a filmar.

El cansancio pesaba sobre mis extremidades privadas de sueño. Estaba a punto de dejar mi bolsa sobre el mármol recién pulido

cuando algo pequeño y sólido chocó contra mis piernas y se abrazó a ellas con feroz determinación.

La niña me sonrió desde abajo, todavía aferrada a mis piernas como si fuera a salir flotando si me soltaba.

—Hola, hermanita.

Era diminuta, con el cabello rizado del color de la arena blanca de la playa, un conjunto deportivo de viaje rosa chillón y unas zapatillas con luces.

Me agaché para despegar sus puñitos de mí y luego apoyé una mano en su hombro.

—¿Estás perdida? ¿Buscas a tu hermana?

—Tú eres mi hermana, tonta. Mi hermana mayor.

Parpadeé, un poco aturdida.

—¿Perdón?

Ella me recorrió con la mirada de arriba abajo.

—Está bien.

—¿Qué está bien? —Miré alrededor buscando ayuda, pero no había nadie más en el pequeño espacio del ascensor aparte de nosotras.

—Tu cara.

—Eh… ¿qué?

—Mamá dice que la gente se parece a su familia cuando crece. —Me palmeó la mejilla con su mano—. Quiero tu cara.

—No funciona así, tonta —dijo un niño de su edad mientras doblaba la esquina hacia el rincón—. No tenemos la misma madre. Eres tan tonta, Rose. No puedo creer que seamos gemelos.

Rose cruzó los brazos y se alejó por fin de mí para enfrentarlo.

—El tonto eres tú, Brian. Tenemos el mismo papá que Briar.

Ella sabía mi nombre.

Ella. Sabía. Mi. Nombre.

Un pensamiento salvaje cruzó mi mente.

No tenía sentido.

Y al mismo tiempo, sí lo tenía.

Brian y Rose.

Briar Rose.

Santo cielo.

Brian imitó la postura de Rose. Era casi idéntico a ella salvo por su corte de cabello corto y las cejas fruncidas.

—Pero él no la hizo solo.

—Lo que sea. —Rose sacudió sus rizos sobre el hombro—. Crees que lo sabes todo solo porque los profesores te prefieren. Solo te prefieren porque les besas el trasero.

Me enderecé y tropecé hacia atrás contra la pared. Ignoré el ascensor cuando sonó.

—¿Vuestros nombres son Brian y Rose?

—Sip. —Rose me sonrió—. Papá dijo que me puso tu nombre.

—A los dos nos puso su nombre —corrigió Brian, más quejica que una estrella de la tele hambrienta de atención—. Todos los días es Rose, Rose, Rose. Ya me tiene endemoniadamente harto.

—Oooooh. Le voy a decir a mamá que dijiste una palabrota.

—Brian. Rose. —Una hermosa pelirroja jadeó al entrar en el espacio, y apoyó una mano en la puerta cerrada del ascensor para recuperar el aliento—. No podéis salir corriendo así. Es peligroso.

Cuando me vio, sus ojos se iluminaron.

—Oh, Briar, querida. Ahí estás. Te ves tan preciosa como en tus fotos. Cam está en la recepción tratando de encontrarte.

Cam.

¿Como en… Cameron Cooper?

Mi padre.

—Mamá. —Rose dio un pisotón y sus tenis brillaron con luces rosas y moradas—. Brian ha dicho una palabrota.

—Oh, cariño. Debes estar muy sorprendida. —La mujer ignoró a Rose y tomó mis manos temblorosas entre las suyas—. ¿Por qué no vamos a la biblioteca? El señor von Bismarck la ha reservado para nosotros todo el día. Le mandaré un mensaje a Cameron para que nos encuentre ahí.

***

Te pareces mucho a tu padre.

Las palabras de Philomena rebotaban dentro de mi cabeza. Las recordaba con claridad absoluta, igual que recordaba todo lo que dijo en el café. En especial: *Cameron está muerto.*

Y, sin embargo, él me miraba desde el sofá de enfrente, acomodándose unas elegantes gafas graduadas sobre su afilada nariz. Y no, no se parecía en nada a mí. No con esos grandes ojos verdes, ni con su cabello castaño lacio, ni con las mejillas llenas de pecas.

Todos estos años siempre había sido un producto de mi imaginación. Como una nube enorme, incapaz de tomar una forma definida. Nunca le asigné una altura, ni un tamaño, ni un color de cabello. Solo tenía la idea de él. Alguien que me amaría incondicionalmente, sin importar lo que la vida le lanzara.

El estómago se me hizo un nudo mientras lo miraba, incapaz de pronunciar una sola palabra. Él sostuvo mi mirada, firme, sin parpadear, y dejó que lo absorbiera como una esponja.

Por fin logré romper el silencio.

—Estás vivo.

—Por fortuna —dijo sonriendo.

—Philomena me dijo que habías muerto. Que te habías suicidado.

—Seguro que le gustaría. —Se recostó en el elegante sofá de cuero, apoyando un brazo en el respaldo, sorprendentemente relajado—. Phil siempre tuvo un lado cruel. Veo que lo mantiene todavía.

Estábamos solos en la enorme biblioteca. La esposa de Cooper, Melinda, se había llevado a los niños —¿mis hermanos?— al acuario mientras hablábamos. Durante la última media hora, básicamente me había dedicado a mirarlo fijamente, grabando cada centímetro de mi padre en mi memoria por si nunca volvía a verlo.

El tatuaje que asomaba bajo su Henley azul marino. Las líneas de risa que enmarcaban sus mejillas. El aura de fuerza tranquila que emanaba de él en oleadas densas. Si no hubiera hecho las cuentas antes, jamás habría creído que pudiera tener 52 o 53 años.

Jugué con las bolitas de tapioca de mi té con leche, revolviéndolas con la pajita.

—Creo que lo dijo para desestabilizarme. Como venganza por no seguirle el juego con su plan. Ahora que lo pienso, fui tonta por creerle.

—No fuiste tonta, Briar. —Cuando lo dijo, sonó completamente seguro—. Es tu madre. La creíste.

Dicho así, tan firme y directo, casi estuve de acuerdo.

—Bueno, no debí hacerlo. —Pasé a las galletas, y mantuve las manos ocupadas con unas de matcha que se desmigajaban al tocarlas—. ¿Cómo me has encontrado?

—Un investigador privado se comunicó conmigo anoche. —Cooper hizo un gesto para que el personal que se acercaba con menús se retirara—. Dijo que su cliente lo había contratado para buscarme, y tomamos el primer vuelo disponible cuando mencionó tu nombre.

—¿Su cliente?

—Un tal Oliver von Bismarck. —Sus ojos volvieron a brillar—. Lo busqué en Google durante el vuelo.

Hice una mueca y me froté la nuca.

—La mayoría de esos artículos son mentira.

Obviamente no necesitaba la aprobación de Cooper para salir con Oliver. Pero la quería. Había algo en la forma en que me miraba —con afecto real, genuino— que despertaba emociones que creí enterradas.

Y Oliver. Ni siquiera había respondido al mensaje que le mandé al aterrizar en Los Ángeles, pero en cuanto lo hiciera planeaba recompensarlo con lo que quisiera. Lo había hecho muy bien. Muy, muy bien.

Cooper le quitó importancia con un gesto.

—Aunque no lo fueran, yo hice cosas mucho peores.

—¿Como qué? —Le devolví la sonrisa.

—Como acostarme con una mujer casada. —Se rascó la sien y se encogió de hombros—. Para entonces Phil ya había pasado por varios inquilinos del edificio, y supongo que la única opción que quedaba era yo. El humilde portero.

Abrí los ojos como platos.

—¿No fuiste su única aventura?

Con todo el escándalo que Philomena montaba por las infidelidades constantes de Jason, nunca mencionó las suyas. Pero tenía sentido. En la cafetería, mi madre había dado a entender que se había quedado embarazada a propósito en una aventura. Jason no podía tener hijos, así que los buscó en otra parte. Tal vez para atraparlo en un matrimonio infeliz.

Cooper se terminó su té inglés y dejó el platito sobre la mesa.

—Para nada.

—¿Es por eso que…? —me quedé a medias, sin saber cómo formular la pregunta.

Me lanzó una sonrisa divertida.

—¿Que no nos parecemos?

Asentí, aunque no pregunté lo que realmente quería saber.

—Eres mi hija biológica, si eso es lo que te preguntas. —Sus ojos se suavizaron—. Aunque no te haya criado, aunque no tengamos el mismo apellido, aunque decidas marcharte y no volver nunca, siempre serás mi hija.

Sus palabras llenaron el hueco en mi alma como lluvia que empapa tierra reseca. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba oírlas. De cómo, con los años, me había convencido de dejar de esperar ser vista, reconocida, amada. Lo entendí entonces, en aquella biblioteca enorme y vacía: el corazón de un niño es tan grande como el amor que sus padres ponen dentro de él.

Me aclaré la garganta y me tragué el nudo repentino.

—¿Cómo sabes que eres mi padre si ella tuvo otras aventuras? Ni siquiera nos parecemos.

—Sabía que Philomena se acostaba con otros, pero cuando me dijo que eras mía, le creí. —Me sostuvo la mirada—. Te quería. Desde el principio. Nunca hubo un momento en que no quisiera ser tu padre. ¿Entendido?

—Pero…

—Necesito que me digas que lo entiendes, Briar.

No lograba comprender que un completo desconocido —de solo diecinueve años en ese momento— pudiera quererme tanto como para arrancar su vida de raíz y perseguirme por todo el mundo. *A mí.* ¿Por qué? Era como intentar convencerme de que el sol amaba las sombras.

Aun así, le di las palabras que quería oír, aunque me quedaban grandes en la boca.

—Te creo.

Obviamente él no me creyó. Sus ojos prometieron que volveríamos al tema más adelante, pero me tiró una soga de rescate y siguió.

—Después de la demanda me di cuenta de que Phil solo me tenía como plan de respaldo, por si las cosas fallaban con Jason.

—Te usó.

—Sí. —Asintió con tranquila aceptación—. Primero como medio para darle un hijo a la imagen familiar de Jason. Luego como plan de respaldo en caso de que sus fechorías los alcanzaran.

—¿No estás enfadado?

—Al principio estuve enfadado. Philomena es una mentirosa compulsiva. Después de ella, me tomó años volver a confiar en la gente. Pero siempre le agradeceré la única verdad que me dijo.

—¿Cuál?

—Que tengo una hija.

Tragué saliva, con la sensación de que el corazón se me subía a la garganta.

—Cuéntame sobre la demanda, por favor.

—Pasó después de que encontré a Phil por octava vez. —Lo dijo como si la gente abandonara su vida para buscar a sus hijas perdidas todo el tiempo—. Ella y Jason vivían en un apartamento en Buenos Aires. Vigilé el lugar, esperando verte entrar.

—Yo estaba en un internado.

—Eso explica por qué nunca apareciste. —Sonrió, claramente divertido por su propia persistencia—. Al final me cansé de esperar y los confronté.

—¿Qué te dijeron?

—Que no querías verme.

—Eso es mentira. —Una ráfaga de rabia incandescente me atravesó, como si le hubieran echado gasolina a una hoguera—. Ni siquiera me dijeron que existías hasta que los confronté yo también.

—Lo sé. Y también lo sabía entonces. Así que cuando amenazaron con llamar a la policía, terminé presentando una demanda en Argentina por la custodia total.

—¿Cómo es posible que nunca lo supiera?

—Para empezar, perdí. —Se rascó el cuello—. Mi abogado presentó mal unos documentos y, cuando el tribunal nos avisó, faltaban dos semanas para que cumplieras dieciocho. El juez recomendó esperar a tu cumpleaños, ya que iniciar otra demanda tardaría mucho más que eso.

—No puedo creer que nunca lo supiera.

—Algo bueno sí salió del juicio. —Se enderezó en el sofá—. Phil dijo en el tribunal que no eras mi hija, así que exigí una prueba de ADN.

Fruncí el ceño y me quedé mirando el espacio vacío a su lado, como si la respuesta pudiera estar flotando en el aire.

—Pero no recuerdo haberme hecho una prueba.

—Habrá sido unos cuatro meses antes de que cumplieras dieciocho.

—Yo no… Oh. —Caí contra el respaldo de cuero, en shock por el atrevimiento de mi madre—. Me hice un análisis de sangre. Philomena me mandó a una clínica. Dijo que era para el seguro médico. Debió haber sido eso.

—Salió 99,99 % de coincidencia.

—¿Y la orden de restricción? Philomena dijo que tenía una contra ti.

—No hay orden de restricción. —Se encogió de hombros frente a la nueva mentira de Philomena—. Me fui de Argentina por mi cuenta unas semanas después del juicio. Mi abogado encontró tu dirección en Ginebra, pero cuando llegué ya te habías ido.

—Me mudé a otra ciudad para encontrar trabajo. Necesitaba ahorrar para la universidad.

—Después de eso ya no tenía punto de partida para encontrarte. Así que volví al principio. —Me guiñó un ojo—. Lo bueno fue que conseguí una cita con la abogada que me defendió gratis.

No pude evitar sonreír.

—¿Melinda?

Había conocido a la mujer —¿mi madrastra?— durante cinco minutos y ya me caía increíble. Durante todo el camino a la

biblioteca había contado chistes, respondido mil preguntas de los gemelos y no había perdido la calma ni un segundo. Una domadora profesional del caos en modo mamá.

—Sí. —Cooper sonrió con admiración—. Acababa de salir de la universidad y quería hacerse un nombre. Pero no tenía experiencia. Ahora es un tiburón.

No lo dudaba.

—¿Cuánto lleváis casados?

—Once años. Los gemelos tienen nueve y son un desastre absoluto. —Cuando hablaba de ellos brillaba como si le hubieran dado el Nobel. Y me di cuenta de que esa energía se extendía también hacia mí—. Nos mudamos a Connecticut poco después del juicio, pero seguí buscándote. Volé a Tokio, París, Montreal, Zúrich, Riad, Budapest. A cualquier lugar donde sabía que habías estado. Incluso llegué a Surval Montreux, pero para entonces ya te habías graduado.

—Y me había cambiado el nombre —añadí, completando las piezas que faltaban—. Ahora me llamo Briar, y en los créditos de mis películas solo aparece Briar. Me niego a poner el apellido de Jason en algo de lo que me siento orgullosa.

—Y desactivaste tus redes sociales, cambiaste tus antiguos números de teléfono y también tu correo electrónico.

—No quería que mis padres me contactaran. Aunque tampoco es que lo hayan intentado.

—Cada temporada navideña, Melinda y yo llevamos a los niños a buscar a su hermana. Les encanta. —Soltó una risa, con la mirada perdida en un recuerdo que yo no podía ver—. Rose actúa como si fuera una búsqueda del tesoro. Brian también lo hacía, pero ahora

está en esa etapa en la que simplemente existir le parece una molestia.

Me uní a su risa contagiosa, recordando el gesto agrio de Brian.

—Más bien la existencia de todos los demás le parece una molestia.

Entonces me di cuenta de que, sin querer, acababa de participar en una broma interna.

Esto, comprendí, debía ser lo que se siente al tener familia. Un lenguaje secreto, construido a partir de un millón de pequeños momentos, que solo nosotros hablamos.

En algún punto del camino, Oliver y Sebastian habían perdido esa fluidez, habían dejado que se cubriera de polvo en los rincones más oscuros de sus corazones. Me pregunté cuánto echaría Ollie de menos ser aceptado como hermano y como hijo. Con una sola muestra yo ya me había vuelto adicta a formar parte de mi familia.

Me froté la nuca y bajé la mirada hacia mis zapatillas.

—¿Por qué seguiste buscándome?

—Esos cabrones.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Perdón?

—Jason y Philomena. —Sus nombres le salieron de la boca como un veneno. Apretó el borde del sofá—. Si esos dos alguna vez te hubieran mostrado aunque fuera un poco del amor que mereces, no estarías haciendo esa pregunta.

Me moví inquieta en el almohadón, atrapada entre el deseo de aceptar su consuelo y el instinto de proteger mi corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Lo entenderás si algún día decides tener un hijo. —Cooper me dedicó la sonrisa triste de un hombre que ya hizo las paces con sus fantasmas—. En el momento en que te convertiste en mi hija, te grabaste en mi alma. No por un día, ni por un año, ni siquiera por una década. Para siempre. Eso es ser padre. Un compromiso para toda la vida. ¿Esa prueba de paternidad? Solo es un papel elegante. No cuenta la verdadera historia.

—¿Y cuál es?

—La familia no tiene nada que ver con la sangre. Se trata de las personas que entran en tu vida y llenan espacios vacíos que ni siquiera sabías que existían, hasta el punto de que ya no puedes imaginar tu vida sin ellas.

Levanté una ceja, incapaz de ocultar mi incredulidad.

—¿Te pasó eso conmigo?

Aparte de mis aburridos logros académicos, mis mayores hazañas de la infancia incluían sobrevivir tres años seguidos de escuela sin comer una sola verdura (gracias únicamente al descuido de mis padres), esconder libros bajo la almohada para leer después de la medianoche (aunque a mis padres no les habría importado lo suficiente como para impedírmelo) y crear amigos imaginarios para no sentirme sola (Philomena le puso fin a eso después de todas las miradas raras que recibía por hablar sola).

—Por supuesto. —Una carcajada profunda sacudió su cuerpo—. Cada vez que encontraba rastros de ti, me daba fuerzas. Ni siquiera podía enfadarme cuando te perdía por cuestión de semanas, porque siempre dejabas una parte de ti en cada lugar al que ibas. Ese libro de la biblioteca que dejaste en Tokio con notitas adhesivas dentro. O la siesta inesperada que te echaste en medio de tu presentación de

El Cascanueces en tercero. Esas quince mil reproducciones en YouTube probablemente son mías. O ese mural de rosas que pintaste antes de irte de Budapest. Me pregunté si de mayor te convertirías en artista.

—¿Viste eso?

—Sí. Fue mi fondo de pantalla durante años, hasta que Rose lo cambió por una *selfie* del interior de sus fosas nasales en primer plano. —Una leve sonrisa apareció en sus labios—. Vi todas las piezas de ti que dejaste atrás, y amé cada una de ellas.

—Y nunca te rendiste.

Aún me costaba creerlo. Después de una vida entera siendo una idea secundaria para los demás, esto era como escuchar la historia de otra persona, no la mía. Cooper no podría ser más diferente de Jason y Philomena. Esos dos habían convertido el descuido parental en una forma de arte.

Entonces, con una ternura feroz que me sirvió de ancla, Cooper me sostuvo la mirada y añadió con voz firme:

—Siempre te buscaré, Briar. Aunque nunca te hubiera encontrado, seguiría recorriendo cada rincón de la Tierra con la más mínima esperanza de que algún día lo descubrieras y entendieras la verdad. Siempre fuiste deseada. No hubo ni un solo momento en toda tu vida en que no hayas sido amada.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NOVENTA Y OCHO

Briar

Otra vez no.

Dejé caer mi bolsa de lona sobre la alfombra con un golpe sordo y limpié mi tarjeta de acceso en el borde de mi camisa.

Un bostezo me desgarró la garganta. Cooper y yo nos quedamos intercambiando historias hasta después del atardecer, y solo nos detuvimos cuando los gemelos suplicaron que fuéramos a cenar.

Por mucho que quisiera acompañarlos, apenas podía mantener los ojos abiertos. Marcy, la directora, me mataría si llegaba tarde a la reunión de la mañana.

Además, mi familia se quedaría en su suite del Grand Regent todo el verano, cortesía del arreglo de Ollie.

Pasé la tarjeta por el lector otra vez y esperé la luz verde.

Nada.

Con el ceño fruncido, volví a pasarla, esta vez más despacio. La cerradura siguió en rojo. Un pitido sordo y molesto confirmó mi sospecha.

La presión me subió de golpe. El rápido pum-pum de mi corazón rebotaba entre mis oídos.

—No, no, no. Otra vez no. —Apoyé la frente contra la puerta fría —. Maldito Oliver.

Lo iba a matar.

Después de darle las gracias.

Una camarera salió de una habitación al fondo del pasillo, empujando un carrito cargado de toallas.

—Oiga —la llamé, intentando mantener la voz tranquila a pesar de sentirme como si hubiera pisado un Lego descalza—. Perdón por pedirle esto, pero ¿podría abrirme mi habitación? Creo que mi tarjeta se ha dañado durante mi viaje de trabajo.

—No tengo permiti… —La camarera inclinó la cabeza, y un segundo después sus ojos se iluminaron—. Ah, claro, señora von Bismarck. Bienvenida de nuevo.

¿Señora von Bismarck?

Quise quejarme. ¿Qué les había dicho Oliver a sus empleados?

Pasó su llave maestra mientras yo sopesaba los pros y los contras de estrangular a Oliver frente a besarlo hasta dejarlo sin sentido.

Tranquila, Briar. No sabes si realmente hizo lo que lo estás acusando de haber hecho.

Excepto que sí.

La camarera lo demostró en el segundo en que abrió la puerta y reveló un apartamento vacío.

Me quedé boquiabierta.

Todo —y cuando digo todo, es todo— había desaparecido. No solo mis cajas sin deshacer mi montaña de ropa y mis trastos varios, sino

también el sofá, la cama, la televisión y la mesa de centro. Cosas que ni siquiera eran mías.

Hasta mis velas, medio consumidas sobre la encimera, habían desaparecido. Alguien había borrado cada rastro de mis catorce horas allí: los suelos estaban limpios de objetos y las paredes cubiertas con una capa fresca de pintura que todavía apestaba a químicos.

—Oliver, maldito loco.

Resistí el impulso de lanzar la tarjeta contra la puerta. Lo había hecho otra vez. Tenía que ser él. Solo él tendría la audacia de cancelar otro de mis contratos de alquiler así como así.

La camarera me dio unas palmadas en el antebrazo.

—¿Todo bien, señora von Bismarck?

—De maravilla. —Forcé la sonrisa más calmada que pude, guardando el nombre con el que me había llamado en la enorme carpeta de crisis existenciales que tenía pendientes por resolver—. Gracias.

Se despidió con una pequeña reverencia y me dejó sola con mi impresionante colección de espacio vacío. Probablemente pensaba que tenía un enfoque vanguardista del minimalismo.

¿Qué pretendía Oliver con esto? Seguro que no esperaba que regresara a Potomac solo porque le gustaba jugar al Monopoly con mis contratos de alquiler. Apenas llevábamos treinta días de nuestro experimento de relación a distancia y ya había salido con esta tontería.

Pateé mi bolsa de lona hacia la entrada, cerré la puerta detrás de mí y saqué el teléfono mientras avanzaba hacia los ascensores, lista para enfrentarme a mi autoproclamado casero.

Contestó al primer timbrazo, insoportablemente alegre.

—Mimitos. ¿A qué debo el placer?

Tres segundos.

Me di exactamente tres segundos para cerrar los ojos y disfrutar del sonido de su voz abrazándome a través de la línea.

Te echo de menos.

Gracias, y gracias, y gracias.

Nunca podré pagarte lo suficiente por reunirnos a mi padre y a mí.

Luego me recompuse, lista para arreglar este desastre.

—¿Placer? Más bien pesadilla. —Intenté que mi tono sonara feroz, aunque lo único que quería era lanzarme a sus brazos (y tal vez estrangularlo mientras lo hacía)—. Explícate, Oliver.

—No tengo idea de qué estás hablando.

Mi paciencia se deshilachó como un cordón barato.

—¿Por qué mi apartamento parece la escena después de un robo?

—¿Te ha gustado lo que hice con la decoración? —Su sonrisa satisfecha prácticamente se coló por el teléfono como humo.

El ascensor se abrió con un *ding*.

—Me encanta. —Entré y presioné el botón del vestíbulo—. Siempre fue mi sueño vivir en un almacén.

—Sabía que apreciarías el concepto abierto. —Alzó la voz para que se le oyera por encima del ruido a su alrededor—. Todo ese espacio extra para que tu mal genio corra libre. Considéralo terapia gratuita. De nada.

Las puertas del ascensor se abrieron. Salí furiosa del vestíbulo y me dirigí a la recepción más cercana.

Mi cartera iba a llorar con el precio de la habitación más barata del Grand Regent, pero apenas podía mantener los ojos abiertos.

Desde el mediodía, los salones del hotel habían estado encadenando evento tras evento. Pasé junto a una fiesta de bienvenida para nuevos reclutas, la celebración de los dulces 16 de alguna *influencer*, una recepción de boda con invitados entrando y saliendo, y una conferencia jurídica que acababa de terminar.

Los huéspedes se agrupaban en pequeños círculos por la recepción. El lugar zumbaba con música clásica, conversaciones de negocios y risitas incómodas de gente atrapada en el infierno de la charla trivial.

Apenas noté que el personal había cambiado los tulipanes —rosa pálido esa mañana— por impactantes rosas índigo.

—El único que necesita terapia aquí eres tú. Por tu adicción crónica a romper contratos de alquiler. —Me abrí paso entre la gente y me uní a la cola detrás de una anciana con un discreto traje pantalón de Chanel—. En serio, Oliver, ¿qué mierda?

La mujer se llevó la mano al collar de perlas, claramente escandalizada por mi lenguaje.

—¿Me creerías si te dijera que tenía buenas intenciones?

—Claro que sí. —Avancé un paso en la fila, preguntándome dónde estaba con todo ese ruido de fondo—. Igual que te creería si dijeras que has empezado a tejer y hacer yoga.

—De hecho, sí he empezado a tejer. —Oliver respondió sin perder el ritmo, igual de alegre—. ¿Creías que mi calentador de polla talla doble XL se hizo solo?

—Eres asqueroso —le informé justo cuando una mujer gritó en medio de la fila.

Fruncí el ceño, preguntándome cómo había sonado tan fuerte por el altavoz de mi teléfono. Cerca de la entrada, una mujer dio un

salto hacia atrás, sin lograr esquivar un chorro de café que le salpicó encima.

Intentó limpiar lo más posible de su vestido de noche mientras el culpable trataba de secar la mancha con la manga.

El tacón mortal de su estileto golpeó el mármol.

—Has arruinado mi vestido.

Me tomó un segundo darme cuenta de que también había escuchado sus palabras por la llamada. Cuando lo entendí, casi dejé caer el teléfono.

Levanté la cabeza de golpe.

Busqué entre la multitud la fuente de mi dolor de cabeza.

Y ahí estaba.

Oliver von Bismarck, con la mirada fija en la mía y esa maldita sonrisa característica dibujada en sus labios tan besables.

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

CAPÍTULO NOVENTA Y NUEVE

Oliver

Era justo que aterrizara en Los Ángeles con una comitiva.

Romeo, Zach, Dallas y Farrow me siguieron hasta aquí, sin invitación, por el simple placer de verme tragarme una enorme porción de humildad. (Al parecer, nada unía más a los amigos que una peregrinación a través del país para presenciar cómo me arrastraba.) Consiguieron asientos de primera fila en el área de espera de la recepción, con palomitas en la mano.

Mientras tanto, yo me apoyé en una columna, esperando a que Briar me viera. La vista de ella —tan jodidamente hermosa que quería saborearla— hizo que el viaje de cinco horas hasta aquí valiera la pena. Me tragué cada detalle: el moño despeinado en la parte alta, los leggins de yoga pegadísimos al cuerpo, el gesto de frustración en sus labios fruncidos.

Entonces levantó la cabeza de golpe y barrió el lugar con la mirada a izquierda y derecha antes de verme. Nuestras miradas se encontraron. Por un segundo, olvidé todas y cada una de las frases que había ensayado en el vuelo. Luego su expresión pasó de una

sonrisa a un gesto de enfado. Me separé de la columna y crucé la recepción para encontrarme con ella a mitad de camino.

Ni siquiera intenté ocultar mi sonrisa.

—¿Acabo de alegrarte el día?

—Si estás aquí para escoltarme de vuelta a Potomac, no puedo ir. —Se mordió el labio inferior—. Mi padre está aquí.

—Tiempo muerto. —Levanté una mano para detenerla—. Necesitamos un descanso para besarnos antes de empezar a discutir. No te he visto en treinta jodidos días, y estoy a unos dos segundos de caer de rodillas y suplicarte que me dejes tocarte. Personalmente, no me molestaría, pero pensé que preferirías no salir en los titulares de *TMZ*.

Con eso, avancé como una tormenta, sostuve su rostro entre mis enormes manos y presioné mis labios contra los suyos. Su vacilación se derritió bajo mi contacto. Deslizó los brazos alrededor de mi cuello. Sus pequeños jadeos se enroscaron en mi boca como una caricia suave. Hundí la lengua dentro, entrelazándola con la suya.

Las uñas de Briar encontraron mis hombros y se clavaron lo suficiente como para dejar marcas durante días. El beso contenía cada palabra que había querido decir durante los últimos treinta días. *Te quiero, y te quiero, y te quiero.*

Me arañó el pecho e intentó atraerme más hacia ella. Nuestras bocas se movían al mismo ritmo, hambrientas y desesperadas y sin freno. A nuestro alrededor, la gente silbaba y lanzaba gritos. Yo ya había olvidado dónde estábamos. Nos separamos a regañadientes, sin aliento y todavía aferrados el uno al otro. El mundo volvió poco a poco, centímetro a implacable centímetro. Habíamos conseguido

público con nuestra muestra de afecto, pero al menos fueron lo suficientemente educados como para darnos espacio.

Apoyé mi frente contra la suya y saboreé la cercanía.

—Te he echado de menos.

—He pensado en ti cada segundo en la isla. —Briar se aclaró la garganta y trató de aligerar el ambiente—. Apuesto a que tu mano derecha está cansada después de su reto de entrenamiento de treinta días.

Excepto que no lo estaba. Había pasado cada día demasiado hecho un desastre como para hacer algo que no fuera quejarme y lamentarme por la ausencia de Briar.

Limpié la humedad de sus labios, separando lo suficiente el inferior como para que mi erección reaccionara.

—No tienes ni idea de lo que me haces.

Alguien silbó. Estuve a dos segundos de cargarla en brazos y darle a la multitud una verdadera clase de educación sexual. Pero, por desgracia, mi reputación de caballero ya pendía de un desgastado hilo.

—Volviendo al asunto. —Briar dio un paso atrás, tirando de su jersey para cubrirse más. Sus mejillas se tiñeron de un rosa pálido mientras se esforzaba por calmarse—. ¿Dónde están mis cosas, Oliver?

—En el ático.

Sus cejas se arquearon como si hubiera embotellado aire y pretendiera cobrarle por él.

—No puedo pagar el alquiler del ático.

—Sobre eso. No creo que esto de la relación a distancia vaya a funcionar.

Palideció.

—¿Perdón?

—No estoy hecho para eso. Las cosas estuvieron… no muy bien después de que te fuiste.

—Fue un desastre total —aclaró Dallas, masticando palomitas.

Briar se sobresaltó. No había visto a nuestros amigos repantigados en los sofás, pasándose tentempiés como si hubieran conseguido entradas VIP para el estreno de una película.

Farrow asintió.

—Como ver una crisis en un *reality show*.

Zach hundió el puño en las palomitas.

—Pero sin pausas para anuncios.

—Nunca entenderé el atractivo de eso —dijo Romeo, cruzando las piernas sobre la mesa de café—. Demasiado drama. Muy poca trama.

Hablando de invitados no deseados, la multitud nunca se dispersó. Si acaso, había crecido desde el beso. En algún momento de los últimos diez minutos, la fiesta de los dulces 16 se había trasladado hasta aquí. Un ejército de adolescentes sujetaban sus teléfonos como si hubieran encontrado a una Kardashian en estado salvaje.

—Como decía, antes de que me interrumpierais tan groseramente… —ignoré a nuestro club de fans no oficial, negándome a romper el contacto visual con Briar—. Ya no quiero seguir despidiéndome de ti y fingiendo que eso no me hace miserable. Esta cosa de la distancia es una mierda.

—¿Entonces ahora qué? —Llevó los puños a los costados, claramente lista para lanzarme por la ventana más cercana, pero el

leve temblor en su barbilla delataba su pánico—. ¿Vas a cortar conmigo?

—Ni loco. Me voy a mudar contigo, cariño.

—Pero… —Sus ojos se movieron hacia nuestros amigos—. Tienes *responsabilidades*.

Se refería a Seb, claro. Me encantaba lo natural que le salía protegerlo. Sería la mejor madre. Con suerte, de cinco hijos que se parecieran exactamente a ella. Y tal vez uno con mi talento para convertirlo todo en un desastre. Solo para mantenernos humildes.

—Las tengo. —Bajé la mirada mientras intentaba convertir el caos en mi cabeza en algo que tuviera sentido—. Pero no puedo evitarlo. Volviste a entrar en mi vida como una avalancha, imparable y capaz de consumirlo todo. He pasado los últimos quince años sumido en la miseria, pero tú me has sacado de la oscuridad y me has enseñado a vivir otra vez.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Oliver…

—Espera. —Levanté una mano—. Necesito decir esto.

—O lo va a olvidar otra vez —susurró Dallas, dándole un codazo a Farrow como si ese no hubiera sido precisamente el motivo de haberlo ensayado en el avión.

Ignoré a la galería de comentaristas, demasiado decidido como para fijarme en alguien que no fuera Briar.

—Durante los últimos quince años, nunca imaginé cómo sería la felicidad. Ni siquiera me atreví. Pero en el segundo en que apareciste, ya no pude evitar pensarlo. Y luego me descubrí deseándola. Necesitándola. Tú haces que quiera ser feliz, Briar. Haces que sienta que… que tal vez está bien si soy feliz.

Las palabras subieron por mi garganta como engranajes oxidados que se obligaban a girar después de años de abandono. Me llevaría un tiempo acostumbrarme a esta forma de pensar, pero el sentimiento estaba ahí. Podía volver a ser feliz, y el sol seguiría saliendo, y el cielo no se caería, y Seb seguiría hablándome, y el mundo no dejaría de existir.

—Así es. Mereces ser feliz, Oliver. —Briar sostuvo mi mirada, firme —. Está bien ser egoísta a veces. No puedes dar, dar y dar todo el tiempo. Eso no es sostenible. A veces tienes que ser lo suficientemente egoísta como para guardar una parte de ti, para que te quede algo que dar.

—Estoy empezando a entenderlo. —Me froté la nuca y sentí cómo se me calentaban las mejillas—. Todos sabemos que soy un colosal desastre, pero…

Briar frunció el ceño y dijo con voz suave pero insistente:

—No lo eres.

Me encantaba cuando se mantenía firme. Me daban ganas de callarme, besarla y demostrar que tenía razón. Pero más tarde. Todavía tenía una montaña de disculpas que escalar antes de poder ganarme ese beso.

—Sí lo soy —insistí, decidido con esta cosa de la sinceridad—. Pero estoy empezando a darme cuenta de que está bien. Las cosas pasan. Es normal cometer errores, y no tengo que odiarme por ellos. Ya la he cagado antes, y la volveré a cagar. Pero si he hecho algo bien en este mundo, es amarte.

Una de las adolescentes gruñó:

—Tío, bésala ya de una vez.

—Paciencia, niña. —Le lancé una mirada fulminante, suavizándola apenas porque nuestros objetivos estaban alineados—. Estoy tratando de ganármelo.

No retrocedió.

—Para ahora ya podría haberme maratoneado *Outer Banks*.

Briar arrugó la nariz.

—La proximidad con adolescentes es un anticonceptivo incomparable.

Eso desató a la multitud hostil.

—¡Termina ya, hombre! ¿Te pagan por palabra?

—¡Que alguien llame a Hallmark! Estos idiotas les han robado el guion.

—¡Oye, habla más fuerte! No tengo subtítulos.

Les hice caso, no por ese Zac Efron pirata de allá, sino porque quería que mis palabras se filtraran bajo la piel de Briar.

—Me dije a mí mismo que necesitaba sacrificarme por mi familia a cualquier precio, pero olvidé un hecho importante. El más importante.

Contuvo el aliento.

—¿Cuál?

—Tú también eres mi familia. Siempre lo has sido. —Me acerqué más, a un suspiro de distancia—. Esta es mi promesa de que estoy cien por cien comprometido. Sin excusas. Incluso si eso significa mudarme a una ciudad donde las dietas de zumos cuentan como planes de comida.

Briar echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa ronca que me golpeó de lleno en la polla, abandonada desde hacía demasiado tiempo. La suave línea de su cuello pedía mis labios. Quería

arrastrarla a la habitación más cercana y recordarle por qué suplicaba cada vez que me tenía dentro. Pero no. Tenía que abrirle mi alma aquí. En público. Durante demasiado tiempo la había arrastrado a demasiados secretos. Merecía algo mejor que ser uno de ellos.

Briar se balanceó hacia atrás sobre los talones, aturdida.

—De verdad te vas a mudar aquí.

—Sí.

—¿Qué hay de…? —se quedó a medias, arqueando una ceja.

—Él lo sabe. Y está de acuerdo con esto. ¿Quién crees que hackeó los registros judiciales de Philomena para encontrar la información de contacto de Cooper?

Sus labios se separaron.

—¿Le pediste que hiciera eso?

—Como si fuera a confiar en que esa estafadora te dijera la verdad sobre tu padre.

Su sonrisa se desvaneció. Mordisqueó su labio inferior y tamborileó los dedos contra el muslo.

—Aun así tienes que dirigir el Grand Regent.

—Volaré de ida y vuelta. —Levanté una mano para detenerla—. Lo sé, lo sé. La gasolina. Compraré algunos créditos de CO_2 para compensarlo y donaré para salvar algunas ballenas varadas.

Puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar la sonrisa que volvió a subir por sus mejillas.

—¿De verdad no te necesitan ahí todos los días?

—Papá ha salido de su cueva.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿En serio?

—En serio. Lo arreglamos anoche. Hay detalles que ajustar, pero en general volaré a Potomac dos días a la semana para revisar mi casa y asistir a las reuniones del consejo los viernes. Puedes venir conmigo cuando quieras, pero si no, regresaré aquí lo antes posible.

No podía borrar la sonrisa de su cara.

—Te vas a mudar conmigo.

—Así es.

—Esto va a funcionar —prometió.

—Va a funcionar —confirmé.

Sus pequeñas manos agarraron las solapas de mi chaqueta y me arrastraron hacia sus labios. Contuve el aliento, sintiéndome como un adolescente de nuevo, a punto de besar por primera vez a la chica guapa de al lado.

Entonces las luces se apagaron.

Oh, mierda.

El jadeo de Briar rozó mis labios.

—¿Qué está pasando?

Me lamenté.

—Dallas me convenció de hacer una presentación.

Un reflector se encendió sobre nosotros y proyectó luces brillantes en semicírculo sobre el mármol. En horario normal, proyectaba el escudo característico del hotel sobre los elegantes suelos. Ahora iluminaba docenas de fotos que eran un testimonio de mis dudosas habilidades con Photoshop.

Briar y yo mirando las nubes desde la Torre Eiffel. Girando bajo los cerezos en Japón. Con parkas iguales bajo la aurora boreal. Marrakech, la bahía de Ha Long, la Patagonia. Lugares que alguna

vez prometimos visitar. Lugares a los que no podía esperar para llevarla.

—¿Eso es… Comic Sans? —Briar ahogó una risita—. Eso debería ser ilegal.

—No quería abrumarte con Helvetica.

—Me abrumaste con… —entrecerró los ojos ante la edición muy realista de ella tomando el sol en un congelado lago Baikal— ¿… mis tres cabezas?

—¿Qué puedo decir? Una sola cabeza no bastaba para capturar tu magnificencia.

—Este es un nivel de devoción perturbador para el que no estaba preparada. —Giró sobre sí misma y se tomó su tiempo para examinar cada una de las fotografías—. ¿Qué es todo esto?

—Son todos los recuerdos que deberíamos haber tenido…, todos los recuerdos que vamos a tener. —Le hice una señal a Dallas para que cambiara las diapositivas, que parpadearon y pasaron a fotos editadas de ella con nuestros amigos—. Navidad, vacaciones de primavera, *baby showers*. —Señalé una de nosotros comiendo pavo en casa de mis padres, y luego otra en casa de Romeo—. Ese fue el año en que peleamos por dónde comer en el Día de Acción de Gracias. No te preocupes. Lo compensé dándote el relleno más caliente de tu vida.

Se puso roja como un tomate y me siguió el juego.

—Con razón lo llaman un festín.

—Ahora es una tradición anual. —Hice una pausa para dejarla absorber los jerséis navideños horribles, los adornos de árbol exagerados y los perros con ridículos sombreros de duende irlandés —. Y vamos a crear más tradiciones festivas juntos. No vas a estar

sola en ninguna de ellas. Eres parte de esta familia, Briar. No vamos a dejarte ir.

Dallas asintió, formando un corazón con ambas manos.

—Te queremos.

Romeo logró no hacer una mueca.

—Si yo tengo que sufrir los infames *hotcakes* de Año Nuevo de Dallas, tú también.

—Tenemos tradiciones para todas las festividades imaginables. —Zach se estremeció—. Para julio ya vas a estar exhausta.

Fae hizo una mueca.

—También celebramos los medios cumpleaños. Considérate advertida.

Observé a Briar y disfruté cómo sus ojos recorrían cada uno de sus rostros. Luchaba por contener las lágrimas, su pecho temblaba con una risa que amenazaba con quebrarla por completo. Un caleidoscopio de emociones cruzó su cara: gratitud, asombro y un toque de incredulidad.

Su mirada se suavizó de esa forma rara y desprotegida con la que solía mirarme cuando éramos niños. Como si nos hubiera entregado su corazón y confiara en que no lo romperíamos.

—Gracias. Creo que me he quedado sin palabras. —La voz de Briar se quebró, y pude ver el momento exacto en que perdió la batalla por mantener la compostura—. ¿De verdad queréis que esté aquí?

—Por favor. —Fae agitó una mano—. Dallas ya ha planeado nuestros disfraces de Halloween.

Dallas nos señaló a los seis.

—Vamos a ir de los Vengadores. Obviamente, tendrás que sacrificarte por el equipo e ir de Viuda Negra. Mi trasero posparto no se va a meter en látex por lo menos en otro año.

Romeo se encogió de hombros.

—Una vez que entras al chat grupal, no hay escapatoria.

Zach suspiró.

—Lo hemos intentado.

Briar se arrodilló. Los dedos le temblaron ligeramente cuando tocó una foto de nosotros cortando pastel.

—Nunca había tenido esto. —Sus ojos volvieron a los míos—. Lo pedí como deseo esa noche en el baile del castillo. Felicidad. Libertad. Amigos tan cercanos como la familia. Al fin lo tengo.

—Acostúmbrate. —La ayudé a levantarse y besé su frente—. Somos tercos y no nos vamos a ir a ninguna parte.

Desde el fondo de la multitud, alguien empezó a sollozar.

—¿Alguien tiene pañuelos?

Briar rio entre lágrimas que aún no caían, brillando como nunca la había visto. Ah, al diablo. Reuní el valor para salirme del guion y saqué el anillo de compromiso que ella me había devuelto. El que había llevado en el bolsillo desde que se fue.

—He llevado esto desde que te fuiste, esperando que me dejaras ponerlo de nuevo donde pertenece. —Me arrodillé—. Cuando rompimos de niños, traté de convencerme de que sobreviviría. Me mentí a mí mismo. Demonios, toda mi vida es una gran mentira. Bueno, ya no más. Se acabó fingir que puedo vivir sin ti. Tú no eres un capítulo en mi vida. Eres toda la maldita historia.

La multitud empezó a murmurar, la energía en la recepción cambió. Una mujer suspiró y se aferró a la mano de su esposo. Una

pareja mayor me dio dos pulgares arriba, mientras el hombre a su lado limpiaba las lágrimas de los ojos de su esposa con los pulgares.

—Últimamente me he dado cuenta de que soy un cabrón egoísta, y me parece bien. —El ánimo de la multitud me dio energía—. Quiero dormir a tu lado y despertar con tus besos. Quiero verte comer hamburguesas vegetarianas, arruinar las fiestas en la piscina que organices, fracasar montando a Al Capony, e incluso hacer tu brutal rutina de yoga desnuda. Especialmente quiero verte hacer tu rutina de yoga desnuda.

Mi corazón latía en mis oídos y ahogaba a la multitud. Ahora éramos solo nosotros. La chica que hacía que cualquier otro sueño pareciera pequeño y yo. Ella era el principio, el medio y el final.

—Quiero salvar focas, y adoptar tortugas marinas en peligro de extinción en tu nombre, y manifestarme en el Capitolio cuando algún ejecutivo petrolero haga algo que te enfurezca. Me encadenaría a una maldita secuoya si eso significara quedarme a tu lado. Estoy desesperadamente obsesionado contigo, Briar. No me enamoré de ti. Me estrellé sin paracaídas.

Exhaló mi nombre, y nada volvería a acercarse a eso.

—Yo también te amo.

—Y estoy muy orgulloso de la persona en la que te has convertido Siempre supe que podías ser una auténtica chica dura, pero verlo de verdad me deja sin aliento. Tenías razón cuando dijiste que las espinas son parte de una rosa. Tú eres la prueba viviente. Me encanta que seas lo suficientemente fuerte para luchar por ti misma. Odio que tengas que serlo. Si me das la oportunidad, seré tu lugar seguro.

—Ya lo eres, Oliver. —Y como era la dulce y amorosa Briar, se arrodilló conmigo y se aferró a mis hombros—. Has sido mi lugar seguro desde el día en que nos conocimos.

—Y tú eres el mío. —Besé su frente, rompiendo las reglas por un momento, incapaz de evitarlo. Era eso o explotar—. Si los últimos treinta días me han enseñado algo, es que no quiero pasar ni un día más separado de ti. Briar Aurora Auer, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí. —Extendió la mano hacia mí para observar cómo deslizaba el anillo de nuevo en su lugar—. Sí, sí, sí. Un millón de veces sí.

A nuestro alrededor, la multitud estalló en vítores. Pétalos de rosas azules cayeron como confeti mientras los invitados los sacaban de los jarrones y nos los lanzaban. Nos buscamos al mismo tiempo y caímos sobre el mármol en un enredo de brazos y piernas ansiosos.

—Os habéis vuelto virales —nos informó la cumpleañera, con el teléfono apuntando al anillo de Briar—. Despedid la retransmisión en directo.

Eso debía ser el karma haciendo acto de presencia. Me había burlado de Zach por su humillante disculpa pública, solo para terminar superándolo.

Suspiré, apoyando la frente contra la de Briar.

—Creo que después de todo sí vamos a salir en los titulares de *TMZ*.

Dallas aplaudía y saltaba en el sofá.

—Bésala, bésala, bésala.

Por fin alguien con algo de sentido.

El pianista empezó a tocar una canción. Nuestra canción. Aparté un pétalo de rosa de las pestañas de Briar y luego la besé como siempre debió ser besada: con pasión y referencia, eternamente.

El mundo se desdibujó a nuestro alrededor y se desvaneció en la nada. Briar pasó los dedos por mi cabello y tiró de mí para acercarme más. Sabía a rosas, a luz de sol y a mía.

Esta vez tomé la decisión correcta.

La elegí a ella por encima del mundo.

EPÍLOGO

Briar

Tres meses después.

Dallas Costa: Entonces, ¿Briar sí va a venir a la cena de Acción de Gracias o le voy a guardar un plato en el congelador otra vez?
Dallas Costa: Y con eso me refiero a MI congelador.
Frankie Townsend: solo estás resentida porque romeo no te dejó custodiar el *pay* de calabaza con tu vida.
Dallas Costa: ¡¡Lo mandó traer desde Emporium!! Lo juro, por cada minuto que llegue tarde, le voy a dar un mordisco a su porción como compensación.
Briar Cooper: Perdón, perdón. Acabo de aterrizar. El vuelo se retrasó dos veces.
Farrow Ballantine-Sun: ¿Sigues empeñada en volar en comercial?
Briar Cooper: Estoy dudando… recordadme otra vez por qué es importante el planeta.
Dallas Costa: Eh, ¿dónde más voy a cultivar calabazas para el *pay* de calabaza?
Farrow Ballantine-Sun: ¿El granjero está en este chat con nosotros? Porque estoy segura de que no eres tú, la Asesina Botánica de Potomac.
Dallas Costa: Alguien tiene que ser la catadora. Se llama delegar.
Briar Cooper: El chófer de Ollie ya me ha recogido. Voy en camino.

Dallas Costa: Solo asegúrate de llegar antes de que los perros se coman toda la comida. Están mirando el pavo.
Briar Cooper: Soy vegetariana…
Dallas Costa: Deja de recordármelo. Mi alma llora cada vez que lo haces.
Briar Cooper: Estaré ahí en veinte minutos. Si llego y la mesa está vacía, os voy a demandar a todos por daños emocionales.

Me estoy convirtiendo en mi madre.

No en el sentido de que esté rumbo a la cárcel, demasiado arruinada para pagar la fianza. (El juez la fijó en dos millones por cabeza, considerando el historial de mis padres de ir saltando de país en país. Con las pruebas que Seb y Ollie reunieron, la única luz del sol que verán en décadas será desde dentro del patio de una prisión). Sin embargo, en los últimos meses sí heredé su tendencia a llegar tarde, rebotando como una pelota de ping pong entre los aeropuertos de LX y Dulles.

El coche ni siquiera se detiene por completo antes de que abra la puerta de golpe. Salgo rengueando del Bentley con un solo tacón puesto mientras me despido del chófer con la mano. El aroma a canela y relleno de pavo me envuelve como un abrazo cálido. Siento la risa chispeante de Dallas resonando en el vestíbulo. Me tienta asomarme al comedor y echar un vistazo. En lugar de eso, subo corriendo las escaleras, sabiendo que Oliver me espera en el ala de su hermano.

En cuanto paso las rejas de seguridad para bebés, un brazo rodea mi cintura y me arrastra hacia un pecho firme.

—Te he echado de menos. —Con un gruñido, Ollie hunde la nariz en mi cuello—. Deberías haber dejado que fuera a buscarte al aeropuerto.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Es la primera vez que organizas la cena de Acción de Gracias. No puedes desaparecer. Alguien tiene que proteger el *pay* de Dallas.

—No me voy a interponer entre esa mujer y su *pay* de calabaza especiado ni con chaleco antibalas, botiquín de primeros auxilios y unas zapatillas nuevas para correr.

—Estás exagerando.

—Ojalá. —Sostiene mi cabello hacia un lado y traza un camino por mi cuello con los labios—. Pasó una hora entera despotricando sobre la masa de jengibre de la base. Estuve a segundos de orquestar una emergencia nacional solo para interrumpir la transmisión.

Hago un puchero.

—Pobrecito.

—Deberías besarme para que se me pase.

Sin advertencia, me gira para ponerme frente a él y prende fuego a mis labios con los suyos, enredando los dedos en mi cabello desordenado. Su lengua se desliza dentro de mi boca y se entrelaza con la mía. Un escalofrío me recorre la espalda. El beso es suave, su barba raspa un poco, y lo único que quiero es derretirme contra él. Sabe a vainilla, azúcar moreno y a mío. Sentirlo contra mí se hunde hasta mis huesos. Es como el primer sorbo de chocolate caliente en una noche nevada.

No puedo evitar pensar que este es mi lugar en el mundo.

—Si vais a follar en mi propiedad, por lo menos poned una manta para atrapar los fluidos. —Eso viene de Seb, que está escondido en una de sus muchas habitaciones—. Aquí no hay servicio de limpieza.

Ollie se aparta lo suficiente para gritar:

—Díselo a tu casero. Ah, espera. Soy yo. Solicitud denegada.

Intento no reírme y siento las mejillas calientes.

—Hola a ti también, Seb.

—Qué hay, BR. —Seb asoma la cabeza y me ofrece un saludo militar—. Diría que te he echado de menos, pero por fin mis recomendaciones de Netflix han vuelto a la normalidad.

Se me cae la mandíbula.

—¡Es mi cuenta!

Se encoge de hombros y vuelve a meterse en su cuarto sin decir nada más. Nadie sabe de Seb todavía. De hecho, solo aceptó que la cena se hiciera aquí con la condición de que lo compensáramos con sobras y una lancha de remo con proa de arco valorada en setenta mil dólares.

Ollie besa la punta de mi nariz.

—Podríamos haber echado un rapidín en el aparcamiento del aeropuerto si me hubieras dejado ir a buscarte.

—La seguridad del aeropuerto lo habría convertido en juego de rol carcelario en segundos.

—Recuérdame otra vez por qué vuelas en comercial. —Apoya la frente contra la mía—. Ah, cierto. Los osos polares.

Estos días divido mi tiempo entre Potomac y Los Ángeles casi mitad y mitad, y Oliver me sigue de un lado a otro casi cada semana. Incluso logré que volara en comercial una vez, lo cual describió como una afrenta directa a su espacio personal y su dignidad.

—Oh, por cierto. —Ollie saca una rosa azul del bolsillo trasero, la acomoda en mi cabello y me guía hacia una pila de cajas—. Elige tu veneno.

Resulta que los paquetes con los que he tropezado en el pasillo que lleva al ala de Sebastian no son signo de que el problema de acumulación de Oliver está asomando otra vez. Todos estos años, Ollie nunca dejó de escoger regalos para mí en cada lugar al que viajaba. Ahora me deja abrir uno nuevo cada vez que regreso a casa.

—Mmm… —Toco mi labio inferior, fingiendo pensar—. ¿Todos?

La tensión de la lectura de guion acalorada de esta mañana se derrite. Para ser justa, no puedo seguir molesta cuando *Rewriting Us* será mi primer proyecto acreditado con mi nuevo nombre legal: Briar Cooper. Normalmente se tardan meses cambiar los nombres, pero Oliver movió algunos hilos para acelerar el papeleo, así que puedo disfrutar de unos meses como Cooper antes de convertirme en una von Bismarck.

—Imposible, Mimitos. —Revisa las cajas, apilando las que más le emocionan—. ¿Si no cómo podré garantizar que regreses?

Subo mis dedos por su espalda.

—Puedo pensar en formas mejores.

Sus ojos se clavan en los míos. Cuando habla, su voz sale espesa y ronca.

—Tienes diez segundos para abrir un regalo o no vamos a llegar a la cena de Acción de Gracias.

—Está bien, está bien. —Tomo el más cercano y lo abro, para revelar las páginas gastadas de un libro antiguo—. *La dama de blanco.* —Lo acerco a mi nariz y respiro su aroma—. Me encanta, Oliver. Gracias.

—Es una novela de misterio que compré en una pequeña librería en Londres. —Observa cómo acaricio el título en letras doradas. Su

nuez se mueve cuando traga, y suelta de pronto, sin venir a cuento —: Pero a mí me gusta leer literatura erótica.

Alzo una ceja.

—Eh… ¿vale? —Eso salió de la nada. Luego recuerdo lo que dije aquella vez que cenamos fuera. La mentira ridícula sobre que mi ex era un ávido lector de literatura erótica—. Dios. Mío. —No puedo evitarlo: la sonrisa más amplia y satisfecha se curva en mis labios—. Oliver von Bismarck, ¿estás celoso?

Sus orejas se ponen rosadas.

—¿Celoso? —Se recupera rápido. Arranca la rosa de mi cabello por el tallo y pasa los pétalos entre mis pechos—. Para nada. Solo te recuerdo el caos que provocas cuando me dejas solo demasiado tiempo.

Retrocedo hasta la pared y observo cómo su garganta se mueve al tragar. El dedo de Ollie engancha la parte frontal de mi blusa, justo en medio del escote, y tira hacia abajo. Beso tras beso baja por mi mandíbula y mi cuello, hasta llegar a la curva de mi pecho. Su dedo sube por la cara interna de mi muslo, se desliza bajo mi ropa interior y entra en mí.

Bajo más aún su cabeza y gimo cuando muerde mi pezón a través del sujetador.

—Tenemos cena.

Murmura una maldición, retira los dedos y se los lleva a la boca, sin romper el contacto visual mientras me prueba.

—Esto es la cena.

—La manta —nos recuerda Seb desde su habitación, sin duda escuchando toda nuestra conversación.

Lo ignoro.

—Oliver.

Ollie espera un momento, con los ojos aún oscuros de deseo.

—Está bien.

Antes de que las cosas se salgan de control otra vez, lo arrastro hacia el comedor.

—¿Qué has estado haciendo estos últimos días?

Se acomoda la erección mientras bajamos las escaleras a toda velocidad.

—Anuncié al mundo que soy el nuevo CEO de Grand Regent, hice que las acciones se desplomaran justo a tiempo para las fiestas, y doné dinero para salvar algunas focas cubiertas de petróleo en Newport Beach.

—Ahora que ya no sales en las portadas de las revistas de chismes cada semana, tu imagen se recuperará, y las acciones también. Espera. ¿Has dicho focas? —Uno todas las piezas de lo que dije en aquella cena meses atrás y me quedo boquiabierta—. Oliver. ¿Desde cuándo estás obsesionado con ganarle a Grant?

Toma mi mano al llegar al último escalón.

—El tiempo suficiente para cancelar los resorts de esquí en Palm Springs y Dubái, presentarme a activistas ecológicos locales y crear menús de servicio a la habitación sostenibles para las seis mil propiedades de Grand Regent.

—Grant Dwyer no dejó la universidad para salvar el planeta Tierra. Ni siquiera leía literatura erótica. —Intento no reírme y casi lo logro. Casi—. Te estaba tomando el pelo, Oliver.

—¿Qué puedo decir? Ya no hay vuelta atrás. —Lleva mi anillo de compromiso a sus labios y besa mi nudillo mientras me mira directo a los ojos—. Estoy totalmente comprometido, Briar. Los Ángeles, los

outfits de Barbie, el maldito dueto de *Frozen*. Demonios, no me importa si me pides escalar el monte Everest y bajar yo solo cada pedazo de basura que encuentre, lo haré. No hay nada que no haría para hacerte sonreír.

***

—No tenemos favoritos. —Agnes frunce el ceño hacia Ollie por encima de su copa de vino.

Él hunde su pavo en la salsa.

—Claro que sí tenéis favoritos.

Me hundo en mi asiento, ya con dos porciones de puré de patata encima en mi primera gran fiesta con mi nueva familia. De hecho, mi primera fiesta con cualquier familia. Al parecer, implican una cantidad poco saludable de licor y muchas discusiones inútiles. Nunca me había dado cuenta de que «unión familiar» quiere decir «a ver quién grita más fuerte».

La madre de Zach acaba de terminar de sermonearlos a él y a Farrow sobre sus expectativas extracurriculares para unos nietos que aún no existen cuando estalla otra discusión entre Oliver y su madre.

Agnes se da golpecitos en las comisuras de los labios con una servilleta de lino.

—¿Alguna prueba?

—Claro. —Ollie señala con la zanahoria ensartada en la punta de su tenedor hacia sus padres—. Me pusisteis Oliver por el restaurante Olive Garden, mientras que a Sebastian lo nombrasteis por alguna escultura romana triturada.

—Era una pintura florentina, no una escultura, y Olive Garden es un clásico estadounidense.

—Además… —Felix se relame los labios—. Te pusimos Oliver por la fruta.

Ante su declaración, Agnes se deshace en una carcajada.

—Ugh. —Ollie finge hacer arcadas sobre su plato—. Qué asco.

Su madre hace girar el vino en su copa.

—Ni siquiera sabes por qué me estoy riendo.

—Y no quiero saberlo. —Empuja el plato, con los labios torcidos en una mueca—. Por lo que a mí respecta, fui una concepción inmaculada.

Su discusión continúa mientras yo amontono las porciones para Sebastian en un plato caliente. Pavo cajún, relleno de *andouille*, pan de maíz y *boudin*.

—Briar. —Dallas se inclina más allá de Romeo y Frankie para espiarme—. ¿Estás haciendo reserva de comida para después?

—Tal vez. —Me preparo mentalmente para dar excusas acerca de la carne en mi plato, pero Dallas estalla en una sonrisa.

Se abanica, tirando del cuello de su vestido para separarlo de su piel.

—Nunca me habías alegrado tanto.

Para cuando regreso de llevarle la comida a Seb, el personal ya ha retirado el plato principal. Los restos de *pay* de calabaza y galletas de limón están abandonados en una bandeja de catering. Oliver desaparece en el almacén para buscar juegos de mesa mientras Romeo regresa con una caja del tamaño de un campo de fútbol. El regalo gigante cae sobre la mesa de caoba con un golpe y ocupa todo el espacio disponible. Y se trata de una mesa grande. Es todo

un espectáculo por sí mismo. Está envuelto en un papel brillante color esmeralda que centellea bajo las luces cálidas.

—Ábrelo. —Dallas agita el extremo de la cinta dorada de seda que se enrosca alrededor de la caja en perfectos bucles—. Es de Romeo. Mi regalo de boda te lo doy el día de la boda.

—No pensaba que pasaría la aduana —explica Romeo, lo cual no explica absolutamente nada.

—Sobre eso. —Ollie entra al comedor lanzándole una baraja a Farrow—. Cambio de destino.

Fae abre el paquete y empieza a barajar las cartas para rummy.

—¿Ya no es en Nauru?

No puedo evitar recordar mi deseo de hace diecinueve años. De una vida que en ese momento me parecía imposible. Amigos ferozmente leales. Comidas caseras. Partidas de rummy en tardes tranquilas de fiesta.

Existe, y es hermosa, y es toda tuya. Para siempre.

Frankie frunce el ceño.

—Pero ya he comprado la ropa tropical más mona.

—Y yo he comprado la isla tropical más mona. —Ollie toma el asiento junto al mío, pasando un brazo por mi espalda—. Está en el Caribe. Tiene una buena pista de aterrizaje, para que todos podamos volar en privado.

—Aay. —Dallas se lleva la mano al corazón y prácticamente se derrite en su silla—. ¿Como regalo de boda para Briar?

Para Sebastian, en realidad. Si queremos que esté en la boda, tenemos que meterlo al lugar a escondidas, y si queremos meterlo a escondidas, tenemos que evitar la aduana. La única forma de

hacerlo fue con una compra de cuarenta y cinco millones de dólares justo pasando las Islas Vírgenes.

Antes de que cualquiera de ellos haga más preguntas, agarro el lazo dorado y tiro de él.

—De todos modos, voy a abrir el regalo antes.

En cuanto la cinta se desenrolla, los lados de la caja se desploman sobre la mesa, y revelan algo elegante y metálico. No tengo idea de qué es. Algún tipo de maquinaria, probablemente. Con una larga manguera enrollada que serpentea desde un tanque hasta una boquilla. Brilla como si alguien lo hubiera pulido hace un momento.

—Es un… —Me rasco la sien—. Un…

—Un lanzallamas —aclara Romeo, alzando una ceja—. Para tus arbustos. ¿Recuerdas?

—Claro. —Miro el monstruoso aparato sin pestañear, convencida de que merezco la visita del FBI, la ATF y todas las demás agencias de tres letras—. Gracias.

Oliver se inclina hacia delante para inspeccionarlo.

—No era exactamente lo que tenía en mente cuando dije que apoyaría tus pasatiempos.

—¿Quieres una demostración? —Romeo agrega un cubo de hielo redondo a su whisky—. Podemos dejar todo el acantilado reducido a cenizas antes del atardecer.

Por suerte, Agnes entra bailando a la cocina y el acantilado queda a salvo. Hace equilibrio con una bandeja en cada mano, ambas cargadas de dulces.

—¿Postre, cariño?

—No, gracias. —La ayudo a dejar las bandejas en la mesa y la detengo cuando levanta un plato pequeño—. Creo que ya no puedo

comer más. Oliver y yo vamos mañana a casa de los Cooper para la segunda ronda de Acción de Gracias.

—Oh, Connecticut es precioso en esta época del año. —Agnes deja el plato que había reservado frente a Oliver y le aprieta el hombro—. Este lo he hecho solo para ti.

Luego se va en un torbellino de perlas brillantes y Jean Patou *vintage*. Oliver mira el plato en silencio mientras Farrow reparte las cartas a todos. Son *cupcakes* de boniato. Sus favoritos. Oh. *Oh.* Me inclino hacia él cuando murmura algo casi inaudible.

—*No me había horneado mi postre favorito en quince años.*

Las palabras me rompen el corazón, pero los *cupcakes* lo vuelven a coser.

—Las cosas están cambiando, Ollie. No estás solo. Esta vez… —le aprieto la mano debajo de la mesa y le digo lo bastante cerca para que solo nosotros lo oigamos—:… si el cielo se cae, yo lo aguantaré por ti.

***

Oliver

Mi hermano es un cabrón. Un sádico y oportunista en todo el sentido de la palabra. El traje de terciopelo *vintage* que me compró se me mete por el trasero y chupa sudor de poros que ni sabía que tenía. Sebastian logró convencer a mi prometida de seguir con los atuendos estilo Barbie, de ahí mi incomodidad general. A pesar de

que estamos a mediados de diciembre, hace más de treinta grados y hay una humedad infernal en la isla privada.

Desde mi lugar en la arena, puedo sentir los ojos de Seb clavados en mí, observándolo todo desde un faro cercano. Briar sugirió que retrasáramos nuestra luna de miel. En lugar de correr a Sagres Point, vamos a pasar una semana entera aquí, para que Sebastian pueda disfrutar la isla por la noche mientras todos duermen. Ella siempre piensa en mi hermano cuando hacemos planes, otra razón más para casarme con esta mujer lo antes posible.

Además del cortejo nupcial, nuestra diminuta lista de invitados ocupa cuatro sillas: mamá, Melinda, la señora Sun y la tía Celeste. Es lo mejor, considerando lo viral que se ha vuelto mi propuesta. Lo bueno es que al menos todos los que tienen internet saben que Briar ya está reservada. Pequeñas misericordias.

La violinista empieza a tocar «La bella y la bestia», señal de que el cortejo debe avanzar. Frankie baja caminando con Hazel y se detienen en las marcas más lejanas del lado de la novia junto al altar. Luego Romeo escolta a Farrow, ya que Briar eligió a Dallas como su dama de honor. La canción llega a un *crescendo*, dando paso a Zach y Dallas.

Ellos recorren el pasillo y ocupan sus lugares más cerca de mí. Zach obtuvo el honor de ser mi padrino, pero solo para evitar que siga quejándose de que casi lo maté en su cámara criogénica. Fue una buena decisión, porque su enorme cabeza bloquea mi vista de Briar escondida detrás del arco de rosas. No hay forma de adivinar qué haré en cuanto la vea.

La música se detiene. Ya casi es hora de que mi novia camine hacia el altar, y estoy tan malditamente acelerado que podría

desplomarme y empezar a hiperventilar hasta provocarme un infarto. Ni siquiera entraría en el top diez de las cosas más vergonzosas que he hecho frente a Briar, pero estoy seguro de que mi familia jamás me dejaría olvidarlo.

Zach empuja mi zapato con la punta del suyo.

—¿Ya le has puesto nombre a esta isla?

Creo que intenta distraerme. No funciona mucho, pero le sigo la corriente.

—Estamos pensando en Naurua.

Romeo resopla y gira la cara para que el camarógrafo no lo capte.

—Eso tiene que ser violación de derechos de autor.

Estiro el cuello, intentando ver a mi futura esposa.

—Puedo pagar la demanda.

Zach frunce el ceño y se frota las cejas con incredulidad.

—¿Este es el mismo tipo que decía que el matrimonio era una secuela para hacer dinero?

La violinista nos hace callar al acomodar el violín en su cuello. Las primeras notas de «What Have I Done» de Dermot Kennedy recorren la playa.

Rose avanza impetuosa por el pasillo con Geezer, arrojando puñados de rosas azules a su paso. Los pétalos giran con el viento antes de aterrizar en la arena blanca. Cuando llega hasta donde estoy al final del improvisado pasillo, gira y se sube al regazo de Melinda.

Brian baja caminando después, con Trio saltando a su lado. Ambos llevan pajaritas a juego, cortes de cabello rapados y un nivel de ansiedad más propio de una partida de póker de alto riesgo. Después de treinta segundos en los que Brian apenas avanza seis

pasos, Trio agarra la cajita de los anillos con el hocico y corre hacia nosotros. Sus tres patas van quedando marcadas en la arena.

Brian persigue al perro, con los puños apretados a los costados.

—Ese perro está poseído.

Como su trabajo ya está hecho, camina directo hacia su mamá, donde supongo que se quedará ofuscado el resto de la noche.

La canción baja el ritmo y llega otra vez al estribillo. Desde la distancia, Briar aparece en mi campo de visión y todo lo demás deja de existir. Las olas ya no rompen, mis amigos dejan de burlarse de lo enamorado que estoy de esta chica, y papá ya no está respirando como Darth Vader detrás de mí con su traje de oficiante.

Cooper le ofrece el brazo a Briar y la acompaña por el pasillo. Se ve radiante con ese vestido de hombros descubiertos. El vuelo de la falda parece danzar a cada paso que da. Una brisa suave lleva su aroma por el pasillo: a ropa recién lavada, a rosas y a dulces recuerdos de verano.

Un toque de encaje rosa *vintage* y perlas brilla bajo la luz del sol mientras camina. La cola del vestido fluye detrás de ella, bordada con rosas de color oscuro que suben hasta su cintura y rodean el corsé. Es un vestido salido de un cuento de hadas para una chica salida de un sueño.

Nuestros ojos se encuentran. Podría desmayarme. De hecho, empiezo a tambalearme. Zach me mantiene en pie agarrando un puñado de mi americana y me amenaza con una paliza despiadada si mis rodillas fallan. No puedo evitarlo. Llevo dos malditas décadas imaginando casarme con esta chica. Y por fin está pasando.

—Perfecta —murmuro a mi novia mientras se acerca.

Soy el cabrón con más suerte del planeta.

Cooper se detiene justo frente a mí, con los dedos de Briar aún en su brazo.

—Pasé mi vida esperando que mi hija tuviera la fuerza para superar sus dificultades, pero ahora confío en que tú seas el lugar seguro donde pueda estar.

Trago saliva; el aire raspa mi garganta.

—Lo seré.

—Papá —dice Briar.

Es la primera vez que lo llama así. Su voz se quiebra. Parpadea rápido en un intento por contener las emociones que quieren salir.

—Gracias por buscarme.

Cooper la envuelve en un abrazo.

—Vales cada segundo.

Es una disculpa, una promesa y una declaración de amor en una sola frase.

Luego vuelve a mirarme y aprieta mi hombro con fuerza.

—Prométeme que, cuando tomes su mano, la sostendrás con cuidado… y para siempre.

Lo miro a los ojos y asiento.

—Lo prometo.

Entonces pone la mano de Briar en la mía y aprieta nuestras manos unidas antes de hacerse a un lado.

Una sonrisa pícara curva los labios de Briar.

—Todavía estás a tiempo de correr.

—¿Correr? —alzo una ceja—. Cariño, si corro es para alcanzarte. Estás atrapada conmigo.

Dallas resopla.

—Sois pésimos para hablar con ternura. Duele escucharos.

Mi novia y yo la ignoramos. Ninguno puede apartar los ojos del otro.

Papá empieza la ceremonia, pero dejo de escuchar hasta que llega el momento de susurrar nuestros votos. Briar y yo acordamos no prepararlos con anticipación. De alguna manera, sabía lo que ella diría. Creo que ella también sabía lo que yo diría, porque cuando lo hago no parece sorprendida. Ni siquiera espera a que papá nos declare marido y mujer.

Sin ninguna instrucción más, se pone de puntillas, rodea mi cuello con los brazos y tira de mí para besarme. Nuestros labios se unen y ya no sé dónde empiezo yo y dónde termina ella. A nuestro alrededor, la familia grita y aplaude, lanzando pétalos de rosa sobre el altar.

La noche se difumina en una especie de nebulosa.

Cantamos el estúpido dueto de «La puerta hacia el amor» (lo hice perfecto), nos hacemos tatuajes temporales de las caras del otro (Briar se ve malditamente sexi en el mío y quizá me lo deje), y cortamos nuestro pastel de cinco pisos con un adorno de 69 arriba. (Mamá estaba pidiendo consejos de Photoshop para borrarlo de las fotos, pero mi mujer le dijo que me lo dejara pasar).

Al final de la noche regalamos acciones de Grand Regent a nuestros invitados, y me alegra que no hiciéramos la entrada a caballo por el pasillo, porque Briar todavía es pésima montando caballos, y la necesito en perfecto estado para lo que planeo hacerle en cuanto lleguemos a nuestra suite nupcial.

Mientras nuestros invitados siguen la fiesta en la carpa exterior, cargo a Briar hasta nuestro dormitorio y la dejo sobre la cama, donde volvemos a susurrarnos nuestros votos.

—El cielo no se está cayendo —me promete mi esposa.
—Lo estamos aguantando juntos.

Índice

Prólogo. Briar
Capítulo uno. Briar Rose
Capítulo dos. Briar Rose
Capítulo tres. Oliver
Capítulo cuatro
Capítulo cinco. Oliver
Capítulo seis. Oliver
Capítulo siete. Oliver
Capítulo ocho. Oliver
Capítulo nueve. Briar
Capítulo diez. Oliver
Capítulo once. Briar Rose
Capítulo doce. Briar
Capítulo trece. Oliver
Capítulo catorce. Oliver
Capítulo quince. Oliver
Capítulo dieciséis. Oliver
Capítulo diecisiete. Oliver

Capítulo dieciocho. Oliver
Capítulo Diecinueve. Briar
Capítulo veinte. Oliver
Capítulo veintiuno. Oliver
Capítulo veintidós. Briar
Capítulo veintitrés. Oliver
Capítulo veinticuatro. Oliver
Capítulo veinticinco. Oliver
Capítulo veintiséis. Oliver
Capítulo veintisiete. Briar
Capítulo veintiocho. Oliver
Capítulo veintinueve. Oliver
Capítulo treinta. Briar
Capítulo treinta y uno. Oliver
Capítulo treinta y dos. Briar
Capítulo treinta y tres. Briar
Capítulo treinta y cuatro. Oliver
Capítulo treinta y cinco. Briar
Capítulo treinta y seis. Briar
Capítulo treinta y siete. Oliver
Capítulo treinta y ocho. Oliver
Capítulo treinta y nueve. Briar
Capítulo cuarenta. Briar
Capítulo cuarenta y uno. Oliver
Capítulo cuarenta y dos. Briar
Capítulo cuarenta y tres. Briar
Capítulo cuarenta y cuatro. Oliver
Capítulo cuarenta y cinco. Oliver

Capítulo cuarenta y seis. Oliver
Capítulo cuarenta y siete. Briar
Capítulo cuarenta y ocho. Briar
Capítulo cuarenta y nueve. Oliver
Capítulo cincuenta. Oliver
Capítulo cincuenta y uno. Oliver
Capítulo cincuenta y dos. Briar
Capítulo cincuenta y tres. Briar
Capítulo cincuenta y cuatro. Oliver
Capítulo cincuenta y cinco. Briar
Capítulo cincuenta y seis. Oliver
Capítulo cincuenta y siete. Oliver
Capítulo cincuenta y ocho. Briar
Capítulo cincuenta y nueve. Oliver
Capítulo sesenta. Oliver
Capítulo sesenta y uno. Oliver
Capítulo sesenta y dos. Briar
Capítulo sesenta y tres. Oliver
Capítulo sesenta y cuatro. Briar
Capítulo sesenta y cinco. Briar Rose
Capítulo sesenta y seis. Briar
Capítulo sesenta y siete. Oliver
Capítulo sesenta y ocho. Oliver
Capítulo sesenta y nueve. Briar
Capítulo setenta. Briar
Capítulo setenta y uno. Briar
Capítulo setenta y dos. Oliver
Capítulo setenta y tres. Oliver

Capítulo setenta y cuatro. Oliver
Capítulo setenta y cinco. Briar
Capítulo setenta y seis. Oliver
Capítulo setenta y siete. Briar
Capítulo setenta y ocho. Briar
Capítulo setenta y nueve. Oliver
Capítulo ochenta. Oliver
Capítulo ochenta y uno. Oliver
Capítulo ochenta y dos. Oliver
Capítulo ochenta y tres. Briar
Capítulo ochenta y cuatro. Briar
Capítulo ochenta y cinco. Briar
Capítulo ochenta y seis. Briar
Capítulo ochenta y siete. Oliver
Capítulo ochenta y ocho. Briar
Capítulo ochenta y nueve. Briar
Capítulo noventa. Briar
Capítulo noventa y uno. Oliver
Capítulo noventa y dos. Briar
Capítulo noventa y tres. Oliver
Capítulo noventa y cuatro. Briar
Capítulo noventa y cinco. Oliver
Capítulo noventa y seis. Oliver
Capítulo noventa y siete. Briar
Capítulo noventa y ocho. Briar
Capítulo noventa y nueve. Oliver
Epílogo

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

Título original: *My Dark Prince*
Traducción del inglés: Natalia Barry y María Eugenia Blanco
Maquetación: Estudio Olifant
Diseño de portada: Sarah Horgan
Imágenes de portada: Stocksy/Amor Burakova (woman), Shutterstock/Somerset Grace (roses)
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: junio de 2026

© 2025 by Parker S. Huntington and L.J. Shen
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición es posible gracias a un acuerdo de licencia con Brower Literary Agency.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-88287-05-3

MAMEN_BORREGA@HOTMAIL.COM

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Parker S. Huntington y L.J. Shen
Portada
Dedicatoria
Prólogo. Briar
Capítulo uno. Briar Rose
Capítulo dos. Briar Rose
Capítulo tres. Oliver
Capítulo cuatro
Capítulo cinco. Oliver
Capítulo seis. Oliver
Capítulo siete. Oliver
Capítulo ocho. Oliver
Capítulo nueve. Briar
Capítulo diez. Oliver
Capítulo once. Briar Rose
Capítulo doce. Briar
Capítulo trece. Oliver
Capítulo catorce. Oliver
Capítulo quince. Oliver
Capítulo dieciséis. Oliver
Capítulo diecisiete. Oliver
Capítulo dieciocho. Oliver
Capítulo Diecinueve. Briar
Capítulo veinte. Oliver

Capítulo veintiuno. Oliver
Capítulo veintidós. Briar
Capítulo veintitrés. Oliver
Capítulo veinticuatro. Oliver
Capítulo veinticinco. Oliver
Capítulo veintiséis. Oliver
Capítulo veintisiete. Briar
Capítulo veintiocho. Oliver
Capítulo veintinueve. Oliver
Capítulo treinta. Briar
Capítulo treinta y uno. Oliver
Capítulo treinta y dos. Briar
Capítulo treinta y tres. Briar
Capítulo treinta y cuatro. Oliver
Capítulo treinta y cinco. Briar
Capítulo treinta y seis. Briar
Capítulo treinta y siete. Oliver
Capítulo treinta y ocho. Oliver
Capítulo treinta y nueve. Briar
Capítulo cuarenta. Briar
Capítulo cuarenta y uno. Oliver
Capítulo cuarenta y dos. Briar
Capítulo cuarenta y tres. Briar
Capítulo cuarenta y cuatro. Oliver
Capítulo cuarenta y cinco. Oliver
Capítulo cuarenta y seis. Oliver
Capítulo cuarenta y siete. Briar
Capítulo cuarenta y ocho. Briar
Capítulo cuarenta y nueve. Oliver
Capítulo cincuenta. Oliver
Capítulo cincuenta y uno. Oliver
Capítulo cincuenta y dos. Briar
Capítulo cincuenta y tres. Briar
Capítulo cincuenta y cuatro. Oliver

Capítulo cincuenta y cinco. Briar
Capítulo cincuenta y seis. Oliver
Capítulo cincuenta y siete. Oliver
Capítulo cincuenta y ocho. Briar
Capítulo cincuenta y nueve. Oliver
Capítulo sesenta. Oliver
Capítulo sesenta y uno. Oliver
Capítulo sesenta y dos. Briar
Capítulo sesenta y tres. Oliver
Capítulo sesenta y cuatro. Briar
Capítulo sesenta y cinco. Briar Rose
Capítulo sesenta y seis. Briar
Capítulo sesenta y siete. Oliver
Capítulo sesenta y ocho. Oliver
Capítulo sesenta y nueve. Briar
Capítulo setenta. Briar
Capítulo setenta y uno. Briar
Capítulo setenta y dos. Oliver
Capítulo setenta y tres. Oliver
Capítulo setenta y cuatro. Oliver
Capítulo setenta y cinco. Briar
Capítulo setenta y seis. Oliver
Capítulo setenta y siete. Briar
Capítulo setenta y ocho. Briar
Capítulo setenta y nueve. Oliver
Capítulo ochenta. Oliver
Capítulo ochenta y uno. Oliver
Capítulo ochenta y dos. Oliver
Capítulo ochenta y tres. Briar
Capítulo ochenta y cuatro. Briar
Capítulo ochenta y cinco. Briar
Capítulo ochenta y seis. Briar
Capítulo ochenta y siete. Oliver
Capítulo ochenta y ocho. Briar

Capítulo ochenta y nueve. Briar
Capítulo noventa. Briar
Capítulo noventa y uno. Oliver
Capítulo noventa y dos. Briar
Capítulo noventa y tres. Oliver
Capítulo noventa y cuatro. Briar
Capítulo noventa y cinco. Oliver
Capítulo noventa y seis. Oliver
Capítulo noventa y siete. Briar
Capítulo noventa y ocho. Briar
Capítulo noventa y nueve. Oliver
Epílogo
Briar
Oliver
Índice
Créditos


Cubierta